

DONA TER

Crash Boom Bang

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Parte I

1. Las palabras y yo
2. ¡Crash, boom, bang!
3. Sueños de carne y hueso
4. Asumiendo
5. El mundo, un pañuelo lleno de mocos
6. Suspiro-man
7. Comerte a ti, no al mundo
8. Una (pizca) de cal y una (tonelada) de arena
9. Retos pasados por agua
10. Sadomasoquista
11. Rutina, ven a mí
12. Ojos que no ven, hostiazo que te metes
13. A grandes males, vestidos de infarto
14. Noches de bohemia, desayunos sin diamantes
15. Un 3×2 no siempre es buena oferta
16. ¿Gato o mariposa?
17. Huir de ti mismo
18. Hogar, dulce hogar
19. Ofrenda de paz
20. Un rompecabezas de cabecero
21. Menudo motivo para el olvido
22. Sin pecado no hay paraíso

23. En el infierno tampoco se vive tan mal
24. Volver a la casilla de salida
25. Noches cortas, cafés largos
26. Los calzoncillos de la discordia
27. El jeque
28. ¿Me falta un tornillo o un gato?
29. Sueños «versus» realidad
30. Un imposible lleno de «ojalás»
31. Amores estrellados

Parte II

32. Vuela
33. A todo gas
34. Plan maquiavélico-sensual
35. Cenas de tres pares y una
36. El adiós que nos merecemos
37. Un paso más lejos
38. Me voy
39. Explicaciones
40. 4 de diciembre, fum, fum, fum
41. Cuenta atrás
42. La vida en rosa chillón
43. Regalos
44. Despedidas
45. Quien sueña recoge pesadillas
46. Sin querer, te quiero
47. Regálame un instante
48. En la distancia está el secreto

Parte III

49. La otra versión
50. Vivir es algo más que coger aire

51. Navidad
52. Tanga rojo y vida nueva
53. Resiliencia
54. London
55. Whitstable
56. De todo a nada
57. Barcelona
58. De traca final
59. Si tú aquí...

Parte IV

60. Navegar
61. Nace una ilusión
62. Surrealista y real
63. Adaptación
64. Todo lo que puede ocurrir
65. Cumpleaños a la escocesa
66. La caja de Pandora
67. Nuestro nunca, para siempre
68. Nosotros
69. Sicalipsis
70. Siempre
71. Nueva vida
72. Paso a paso
73. Nena
74. Si vives o sueñas
75. Vuelve

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Manuela tiene veintiocho años, es grafóloga forense y vive en Barcelona con su prima Nerea.

Manuela, como todos, tiene sueños y secretos que nunca deberían ver la luz. Entre ellos está que, encerrada en su habitación y bajo seudónimo, escribe exitosas novelas eróticas.

Un día, su prima organiza una cena con sus amigos para presentar a su nuevo novio, y a partir de esa noche la vida de Manuela se volverá un caos absoluto y ya nada volverá a ser igual.

En la amistad hay leyes no escritas que nunca se deberían traspasar, pero lo prohibido seduce, y más si se trata de él, Abel.

CRASH BOOM BANG

Dona Ter

zafiro[♥]

Lo importante no es si dura un instante, es que ocurra.

Parte I

En verdad hay sentimientos que es mejor que se queden en lo platónico, y es mejor recordarlos así, irreales, inacabados, porque eso es lo que los hace perfectos.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Las palabras y yo

Hay momentos en la vida que significan un salto en el camino, ese hito que marcará un antes y un después. Muchas veces, la vida misma te distrae y cuesta darse cuenta del momento en que se originó todo, cuando se inició ese camino sin retorno. Yo no sé si llamarlo suerte, pero tuve el privilegio de ser consciente de cuándo empezó mi propio big bang. Podría ponerle fecha, hora y hasta lugar.

Fecha: 30 de septiembre de 2016.

Me hallaba tan inmersa en la historia que cuando sonó el despertador me costó saber qué estaba ocurriendo. «¡Maldito *jet lag*...!» Con pereza, alcé los brazos como si la intención fuera tocar el techo y me estiré toda yo al tiempo que me levantaba de la silla. Volví la cabeza hacia el ventanal y vi los colores del amanecer teñir el cielo.

Lo más normal era que me pillara durmiendo, apagarlo de un manotazo antes de remolonear un poco más en la cama buscando las fuerzas para levantarme y salir a correr. Parece mentira que yo, una marmota de siempre, encuentre placer en levantarme al amanecer para salir nada menos que a correr. Y todo porque tengo unas musas de lo más cabronas y de lo más *fit* que suelen aparecer entre el sudor. Cuando casi no puedo pensar por la falta de aire, cuando las piernas se quejan por vicio, ahí aparecen, con ideas que surgen a raudales.

Pero esa mañana aún estaban bajo el efecto del *jet lag*, lo que repercutía en mí; por eso llevaba desde las cuatro y media de la madrugada sentada frente al ordenador escribiendo. Fue uno de esos días en que parece que tus dedos

vuelan sobre el teclado, las palabras surgen con fuerza y sin descanso. Estaba feliz pensando que, si seguía a ese ritmo, terminaría el libro antes de lo previsto. Andrea, mi editora, daría saltos de alegría; parecía que, por una vez, no tendría que perseguirme con la fecha de entrega.

Aparté la vista de la ventana y releí lo que llevaba escrito. Me gustó. Estaba bastante contenta con el resultado, hecho casi insólito, ya que lo más normal era leer, releer y cambiar veinte veces el mismo párrafo. Como siempre, hice una copia triple; con una vez que lo perdiera todo era suficiente para aprender la lección. Mientras el ordenador trabajaba, abrí el armario y me peleé con mi ropa. ¡Es superior a mí! Es lo que menos me gusta del otoño, nunca sé qué ponerme cuando estamos en esta época porque tengo que vestirme a capas, como una cebolla. Como ese día sólo tenía trabajo de despacho, me decidí por un vestido en tonos marrones con un estampado de diminutas flores, medias tupidas negras y botines del mismo color, y, encima, una rebequita en color caramelo a juego con las flores.

Hace un tiempo habría dicho que el piso estaba anticuado, pero ahora que se han vuelto a poner de moda los suelos de baldosas hidráulicas, los techos altos y los ventanales grandes, puedo decir que todo lo que tiene de viejo lo tiene de encantador. Está situado en el corazón de Barcelona, en el paseo de Sant Joan, cerca del Arc de Triomf. Cuando el abuelo Tomás murió, dejó escrito en el testamento que no se podía vender hasta que ninguno de los nietos dejara de necesitarlo para sus estudios. Unos cuatro años después de casarse con mi abuela Amalia, cuando mi padre —el hijo menor— tenía unos dos años, se instalaron en el pueblo natal de ella, Puigcerdà, en el Pirineo catalán. Conservaron el piso porque les encantaba hacer escapadas de fin de semana y disfrutar de la ciudad.

Así que en quince años esas paredes habían visto pasar a mi hermano Eric y a mi primo Charlie, y desde hacía diez años lo ocupábamos mi prima y yo. Somos de la misma edad, veintiocho, nos llevamos sólo cinco meses. Nos

entendíamos de maravilla y por aquel entonces la consideraba como a una hermana.

Aunque hacía años que habíamos dejado de ser estudiantes, hicimos un pacto con nuestros padres para poder seguir viviendo en él. Pagábamos los gastos y cada mes ahorrábamos con la intención de ir haciendo arreglos poco a poco. Aunque la idea al principio no convencía mucho a nuestros progenitores —lo que querían era venderlo y sacar tajada—, visto el panorama del ladrillo, era mejor que siguiéramos cuidándolo y reformándolo antes que malvenderlo. Ellos lo veían como una inversión y nosotras seguíamos viviendo en un piso que poco a poco habíamos ido construyendo a nuestro gusto y donde nos sentíamos como en casa.

La última inversión fue el baño: con la excusa de una fuga ya nos pusimos a cambiar azulejos y, claro, ya que estábamos, la bañera... En fin... Bueno, tengo que decir que después de las obras, los baños en la nueva bañera de patas lacadas en negro parecían más relajantes. Hasta en temas escatológicos era mejor..., vamos, que hasta cagar en un váter nuevo parecía que sentaba mejor. Lo sé, tan sólo era una pantomima para no recordar el riñón que habíamos pagado, pero, oye, que el efecto placebo también sirve en estos casos.

El año anterior había sido la cocina, y aún quedaba la terraza, que la pobre necesitaba un repaso de arriba abajo, pero esperaría a la primavera siguiente. O ésa era la intención.

En aquella época sólo vivíamos las dos, aunque durante el tiempo que estuvimos estudiando lo compartimos con Ivet, que se convirtió en una gran amiga, aún hoy. Cuando acabó la carrera se buscó un piso cerca del hospital donde trabajaba de enfermera en la planta de neonatos.

Al salir al pasillo vi que la puerta de la habitación de mi prima estaba entornada. La luz que se colaba por los postigos me reveló que no estaba sola, porque cuatro pies me saludaban bajo unas sábanas arrugadas y deshechas. Fui directa a la cocina y me preparé unas tostadas para desayunar. A esas horas ya

llevaba dos cafés largos. Aunque Clooney siga promocionando el mejor café del mundo, yo en ese sentido soy muy proyanqui, y a mí me va más el agua de calcetines que dice mi madre. Cafés largos, sin azúcar ni leche. Cuando miré la hora me asusté: las ocho y media, iba con el tiempo justo.

«¡La madre que me parió! Despierta desde las cuatro y voy a llegar tarde...»

—Por fin te veo —me saludó mi prima desde el umbral de la puerta de la cocina.

Había pasado las dos últimas semanas en México. La primera me la había cogido de vacaciones y la segunda había participado en un congreso en la Universidad del Valle, en la misma capital. Había regresado el día anterior y no nos habíamos visto. Al llegar a casa me puse a hacer la colada, deshacer maletas, me di una ducha... Por mucho que quise esperar y hacer frente al cambio horario, a las siete y media de la tarde caí rendida en la cama. No era nada raro entonces que mis musas, a las cuatro de la madrugada, dijeran que era hora de despertar.

—Buenos días, Nena. —La verdad es que se llama Nerea, pero desde pequeña, como no sabía decir su nombre, la llamaba así, y al final se le quedó —. ¿Qué haces levantada?

Era raro verla despierta a esas horas, ya que trabajaba en el turno de tarde y hasta las tres no entraba en el hospital. Era enfermera quirúrgica en el Clínic.

—Te he oído y quería verte —dijo, y dando saltitos llegó a mi lado y me abrazó—. Te he echado de menos.

—Y yo. —Sonreí devolviéndole el gesto.

Vestía sólo una camiseta de hombre básica negra que olía de maravilla, y mis musas de nuevo volvieron a susurrarme escenas.

«Mamá, ¡qué inspiradas estáis hoy!»

—*Toy namoráaaa* —anunció suspirando como una quinceañera.

Si hubiera sido otra persona, la revelación me habría pillado por sorpresa

y miles de preguntas me habrían venido a la lengua para descubrirlo todo, pero era tan normal en ella que casi ni le hice caso. Había estado fuera dos semanas, tiempo suficiente para que mi prima se creyera enamorada. Nerea era así, en cambio yo, desde la experiencia con mi ex, de lo último que tenía ganas era de una relación. Sólo a veces me sentía sola al ver algunas parejas haciéndose mimos, especialmente los domingos. No sé por qué, era como si ese día el vacío fuera mayor. Las ganas de levantarse sin prisas, de pasear, de tardes de sofá y manta, de noches de confesiones... Era un día para dedicarlo exclusivamente a disfrutar en pareja. El resto de la semana, imagino que entre el trabajo y mi pasión por escribir, no tenía tanta necesidad. Los sábados siempre los había dedicado a mí, por lo que supongo que, en mi *planning* de mujer soltera, como quien dice, sobraba ese día. Pero no tenía ninguna prisa, no estaba a la caza, todo lo contrario que Nerea.

—Vale, y yo llego tarde, me voy.

—¡Nola, lo digo de verdad! —me espetó haciendo un mohín.

Yo también tengo un apodo: Nola, que viene de Manola.

—Y yo, me lo cuentas esta noche, ¿de acuerdo?

—Quiero que conozcáis a Abel. Es viernes, ¿quedamos para cenar todos?

—preguntó acompañándome a la puerta.

—Perfecto, háblalo en el grupo; nos vemos luego.

—Me vuelvo a la cama, que él hasta las diez y media no tiene una reunión.

—Se alejó meneando las caderas de forma sensual.

Salí escopeteada de casa, tanto, que en el ascensor ya me fui poniendo el casco y apunté en las notas del móvil la última escena que había imaginado.

Aunque, a puerta cerrada, en mi habitación escribiera libros de romántica, el suspense siempre me ha apasionado. Creo que me viene ya de enana, cuando me encantaba Angela Lansbury en «Se ha escrito un crimen». En la adolescencia, viendo uno de los capítulos de «CSI», descubrí que la grafología —ya no sólo la parte psíquica de la misma, sino también la parte más forense— era lo que quería hacer. Y lo conseguí. Estudié durante cuatro

años Criminología, luego un posgrado en Caligrafía, Grafología y Pericia Documental, y al final un máster en Grafopatología y Grafología Forense. Aunque, en casa, cuando les dije a lo que quería dedicarme se lo tomaron a broma: «Una cosa es jugar a detectives y la otra dedicarte a ello».

En definitiva, y sin siquiera planearlo, mi vida estaba rodeada de palabras.

Trabajaba en el Gabinete J. Miller, un despacho especializado en peritajes grafológicos muy reconocido en todo el país. Entré para hacer prácticas y me quedé. Me encantaba y tenía ganas de volver a él, pero empezar un viernes después de estar dos semanas de vacaciones era..., para ser claros, una putada. Resignada a comenzar la jornada laboral, aparqué la moto y entré en el edificio que estaba situado en la plaza Lesseps. Subí la escalera hasta el segundo piso. Las oficinas ocupaban toda la planta. Al final había llegado puntual. Sólo con abrir la puerta, Nico vino hacia mí. Era el secretario y el chico para todo.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo abrazándome—. ¿Me la has traído?

—Si no fuera porque te conozco, pensaría que sólo me quieres por interés —contesté al mismo tiempo que sacaba del bolso su regalo. Una taza. Las coleccionaba desde hacía años y siempre que viajaba le traía una. Sólo tenía una petición: que llevara el nombre del lugar.

—Te di el dinero, pero te negaste a cogerlo. No me hagas pasar por un interesado, al menos, no en esto... Te odio, estás muy morena.

Y, no, no era gay. Tenía mujer, hija y cuatro gatos.

—Te recuerdo que, mientras todos estabais de vacaciones en agosto, yo estuve aquí dentro encerrada trabajando.

—Sabes tan bien como yo que, en agosto, como cierran los juzgados, es un mes tranquilo.

—Cada vez hay más abogados que no cierran y piden pruebas y más pruebas para tenerlo todo listo a la vuelta en septiembre.

En ese momento la puerta principal se abrió y entró Ingrid, mi jefa. Era una mujer que imponía con su presencia, siempre tan elegante. Rondaba los

cuarenta y se mantenía estupenda. Teníamos muy buena relación, y desde que empecé se había comportado más como mi mentora que como mi jefa.

—Manuela, no esperaba verte hasta el lunes.

«¿Y me lo dices ahora?»

—No podía saberlo, en ese caso me voy y...

—Ah, no, ahora ya te quedas —me interrumpió sonriendo—. Tengo la mañana algo liada. Nico, pásale el informe del médico, por favor. Ponte con él, que es urgente. ¿Quedamos para comer y me pones al día?

A Ingrid le encantaban los congresos. A mí, aunque algunos me parecían interesantes, no me gustaba mucho participar. Pero desde que se había quedado embarazada hacía dos años, yo había asumido esa parte. Luego le pasaba informes y me tenía horas y horas contándole todo lo debatido. No es que me molestase, al contrario, esa parte me gustaba, y más si podía combinarlo como había hecho esa vez. ¿Congreso internacional en México? Pues me cogía una semana antes de vacaciones y la pasaba allí. Tenía el viaje pagado, sólo corrían de mi cuenta los gastos del hotel, y no escatimé, me pasé los días descansando bajo el sol de Cancún y recabando información para un libro que tenía en mente desde hacía algunos meses.

Ella se fue a su despacho y yo me encaminé al mío. No es que fuera muy grande, pero, como todo el edificio, tenía las paredes exteriores de cristal, era luminoso, y eso es lo que más agradecía. Toda la oficina estaba pintada de blanco, igual que los muebles. Era todo muy sobrio, de líneas limpias y funcionales. Lo único de color que había eran los cuadros que pintaba la señora Marqués —más conocida coloquialmente como «la mujer del gran jefe»— y que adornaban todos los despachos y las salas. Eran bastante abstractos y algunos diría que hasta algo macabros; como el que estaba en la sala que utilizábamos de cocina y que representaba a un hombre fumando una pipa con un ojo más alto que el otro y la cabeza despegada del cuerpo. También tengo que admitir que, al final, de tanto verlos ya ni les prestabas atención.

Encendí el ordenador y, mientras dejaba la chaqueta en el colgador, Nico entró con una taza humeante de café en una mano y en la otra un dossier; se sentó en una de las sillas que había frente a mi mesa. En general, la gente suele confundir mi trabajo con el de un grafólogo. Ellos determinan la personalidad del individuo a través de la escritura, y es más una rama de la psicología. En cambio, la grafología forense o pericia caligráfica es una disciplina utilizada en criminalística y se centra en determinar la autoría de un manuscrito.

—Gracias. Ponme al día. —Me acomodé y le di un sorbo al café, esperando que empezara.

Nico se tomó su tiempo, primero haciéndose el ofendido, pero al final sonrió como un niño pillado con la cara llena de azúcar y las manos en el bote de las chucherías. No era su trabajo, pero era un curioso nato. Sabía mejor que nadie de qué trataba cada caso, y su memoria era impresionante. Él siempre decía que sólo era un administrativo friki de Perry Mason, que odiaba estudiar y nunca llegó a hacer carrera.

—Imprudencia profesional. Cirujano oftalmológico que dejó ciego a un paciente al insistir en operar en la consulta sin los medios ni las precauciones debidas. Es sencillo, hay que demostrar el agravante de su estado ebrio y, de ahí, sus temblores a través de las recetas que adjuntan y otros documentos.

—¿Ah, sí? Qué fácil, ¿eh? —sonreí alzando las cejas.

—Para ti, sí. Bueno, sigo con lo mío. Gracias por la taza.

Pasé el resto de la mañana poniéndome al día con los correos, agendé los juicios a los que tenía que acudir como especialista y me puse con el caso del médico. A las doce y media, mi jefa me llamó para que fuera a su despacho. Ordenó a Nico que nos pidiera comida china de un restaurante cercano y empecé a relatarle al detalle el congreso recuperando las notas que había tomado.

—Me sigue fascinando que puedan encontrarse patrones similares en un peritaje entre secuestradores, por ejemplo —señalé, terminando de contarle una de las charlas.

—Veo que la parte psicológica te sigue atrayendo. Recuerdo cuando me hablaste de aquel estudio de una doctora de Polonia sobre la escritura y la esquizofrenia.

El tema me atraía y, con ella, las horas de charla podían hacerse interminables, pero por mucho que lo evitara no podía dejar de bostezar.

—Discúlpame, pero ayer me dormí a las siete de la tarde y esta mañana a las cuatro ya estaba despierta y ahora... Además, la cabeza va a estallarme.

—Vete a casa.

Ingrid era una jefa estricta, pero también sabía cuándo dar algo de margen.

—Gracias, disfruta del fin de semana.

—Igualmente, nos vemos el lunes.

¡Crash, boom, bang!

Aunque no estaba dormida cuando la puerta de mi habitación se abrió de sopetón, me llevé tal susto que me senté de golpe.

—¡Joder! —rugí llevándome la mano al pecho.

—¿Qué haces en la cama? —me preguntó Nerea.

Miré la hora en la mesilla: eran las nueve menos cuarto.

—¿Y tú en casa? —contesté dejándome caer hacia atrás y tumbándome de nuevo.

—Mery me debía un favor y he podido salir dos horas antes.

No dijo nada más y se tumbó a mi lado. Tiene un carácter un poco absorbente por el que chocábamos bastante a menudo. Yo soy más tipo ermitaño y necesito mi espacio. Parecía que el dolor de cabeza había menguado algo, pero de lo último que tenía ganas era de salir.

—No voy a permitir que me dejes plantada —susurró como si me leyera la mente.

—Me duele la cabeza, estoy agotada —me excusé.

—Por favor... —suplicó con voz de niña malcriada.

Suspiré resignada.

Después de insistir como unas cien veces, y viendo que mi dolor de cabeza empezaba a remitir y que si seguía escuchándola sólo iba a conseguir empeorarlo, claudiqué. Aunque fuera lo último que me apeteciera. Decidí pasar por la ducha para despejarme un poco y prepararme para la presentación de su nuevo novio en sociedad, bueno, a nuestro grupo de amigos.

Ahora, con la perspectiva del tiempo, creo que ese dolor de cabeza no era

una simple migraña, sino una especie de aviso que no supe entender. Habría sido mucho más evidente un billete sólo de ida a una isla paradisíaca o a Siberia..., pero no. Fue un simple dolor de cabeza. Está claro que lo mío no es entender las señales, el tiempo me lo ha demostrado.

Como no tenía mucho coraje para arreglarme, opté por unos vaqueros de pitillo y una sencilla blusa en color rosa palo. Me recogí mi melena morena en un moño flojo, y, sin ganas, me terminé con un poco de maquillaje suave: *eyeliner* y los labios con el Lolita de Kat Von D que me había regalado Ivet por mi cumpleaños y que me encantaba. Lo mínimo para disimular un poco la cara de cansancio que tenía.

Oí a Nerea maldecir una y otra vez desde su cuarto, al otro lado del pasillo, hasta que se coló en mi habitación vistiendo sólo un conjunto de ropa interior gris de satén con un bordado rojo en las puntas, muy provocador.

—No sé qué ponerme —se quejó con la cabeza escondida en mi armario.

—Así y una gabardina, seguro que le gusta —bromeé.

—Sí, a Abel y a todo el local.

—Entre nosotras —cuchicheé, como si alguien pudiera oírnos—, sabemos que te gusta ser el centro de atención.

—Entre nosotras —me miró haciéndose la ofendida antes de sonreír traviesa—, sí, pero no en la cárcel, cuando me encierren por exhibicionista.

Parecía realmente nerviosa, y me sorprendió. Digamos que, viniendo de ella, ese tipo de cenas no es que fuera algo excepcional. La única excusa que encontré fue que a lo mejor ese tal Abel sí le gustaba de verdad, o más que la mayoría.

Al final optó por una minifalda de pequeñas lentejuelas plateadas que combinó con un top negro de cuello barco asimétrico y, para rematar, unos *peep toes* de plataforma. Se dejó la melena rubia suelta y se maquilló con un ahumado intenso que agrandaba y favorecía sus ojos azules. No tengo problemas en reconocer que la falda le quedaba mucho mejor que a mí...,

estaba espectacular. Un antiguo novio suyo la había descrito diciendo que tenía la cara de un ángel y un cuerpo de pecado.

Sí, éramos primas, pero creo que en apariencia lo único igual era la altura. Rondamos el metro setenta. Pero Nerea es rubia, ojos azules, y yo morena con los ojos marrones. Ella es curvilínea, y yo, en cambio, soy un palo. Hay gente para todo, y a veces admiran mi delgadez cuando yo las admiro a ellas. ¿Qué puede haber más sexy que un cuerpo de mujer con sus curvas? Sólo soy una mujer tipo autopista, sosa y aburrida. Si quieres disfrutar de la carretera, no hay nada mejor que una serpenteante, y, si no, que se lo pregunten a los motoristas... Bueno, puede que no sea la mejor comparación, pero creo que la idea queda clara.

Vale que tengo las piernas bien definidas y musculadas de tantos kilómetros gastando zapatillas, pero bueno, un poco más de muslo, un poco más de culo, de tetas... estaría genial. Como todas, hay días que me veo más guapa que otros. Tengo los ojos almendrados, cara en forma de corazón y una boca pequeña. Aunque dicho así no lo parezca, hace años que dejé los complejos y que he aceptado cómo soy.

—¿De verdad no quieres venir con nosotros? —dijo una vez lista para salir.

—No, prefiero ir por mi cuenta.

No era sólo por las pocas ganas que le tenía a la velada, y que antes de llegar ya estuviera pensando en la hora de volver a casa, es que no me gusta interferir en los planes de los demás y depender de ellos.

—Pasamos a buscar a Ivet por el hospital y nos vemos en el Mixturis directamente —se despidió, mandándome un beso desde el pasillo.

—Perfecto, hasta ahora.

Terminé de arreglarme. Me puse unos pendientes y rebusqué en la caja de los anillos. Tengo que confesar que son mi objeto fetiche; me gustan grandes, pequeños, de todos los colores y formas. Escogí uno sencillo de plata con un cuarzo rosa en forma rectangular. Me calcé unos *stiletto*s en fucsia que eran la

mar de cantones, pero muy cómodos. Cogí la chaqueta de cuero negra y me fui con la moto directa al restaurante, que está situado en una de las callejuelas que dan a la rambla del Poblenou.

Era viernes, las diez de la noche, y como es normal el tránsito de la ciudad era un poco caótico; esos pequeños inconvenientes que tenía vivir en la *city*, aunque me moviera con mi *Avespa*. Sí, no es un error. Porque es una Vespa negra preciosa, pero con el asiento en amarillo canario —en el tono más chillón que puedas imaginar—, un detalle que tuvo Eric, mi hermano, que fue el encargado de buscarla cuando me mudé. Cuando la vi por primera vez por poco no lo estrangulo; tantos años deseándola y ese amarillo me mortificó durante días. Luego, cuando Eric se fue —eso ya os lo cuento en otro momento—, cada vez que me sentaba sobre aquel asiento canario me acordaba de él, y así fue cómo pasó de ser un tormento y una vergüenza a sacarme una sonrisa. Una de mis películas favoritas y también de mi abuela es *Vacaciones en Roma*. Su pasión por el cine clásico lo compartimos todas las mujeres de mi familia. Supongo que mi vena romántica surgió de ver esos amores en blanco y negro.

Aparqué sin problemas delante mismo del local, otro de los motivos por los que mi moto me encantaba. Nada más cruzar la puerta vi a Quim y a Elsa, que ya nos estaban esperando tomando un vino en la barra.

Todos somos de la misma quinta, Quim, Ivet y mi prima compartieron carrera, los tres son enfermeros. Después de horas y horas de estudio en casa, acabamos formando este grupo. Quim es alto y delgado; moreno con el pelo algo ondulado y ojos marrones. Físicamente no tiene nada destacable, pero es directo y transparente, y muy buen amigo de los suyos. Estaba trabajando también en el hospital del Mar, como Ivet, él en la planta de cardiología.

Elsa, para que os hagáis una idea, es igualita a Adriana Ugarte. Es sencilla,

tanto en el vestir como en su forma de ser, pero siempre va a la última en moda. Tiene una tienda de decoración, Kukicasa, y es entrar en ella y querer llevártelo todo. El nombre le va perfecto. Lo compagina con el estudio de interiorismo y con la empresa de materiales para la construcción que tiene su padre. Fue ella la que nos aconsejó cómo rehabilitar el piso, y su padre nos hizo un buen descuento que nos vino de maravilla.

Ella y Quim son novios desde el instituto; llevan casi media vida juntos y la verdad es que dan envidia. Nunca he visto una pareja tan unida, pero con un comportamiento de total libertad y confianza en el otro. Viven juntos desde los veinte, y hace unos meses —el 25 de junio—, creo que más para darle el gusto a la madre de ella y que no los interrogara más con el tema de casarse, se dieron el «sí, quiero». Todos sabíamos que los niños no tardarían en llegar.

Después de saludarlos, me quité la chaqueta y me senté junto a ella. Quim me pidió lo de siempre, una copa de vino blanco. El restaurante lo había encontrado Ivet por casualidad una noche y, desde entonces, siempre que quedábamos solíamos hacerlo allí. Era pequeño, coqueto, con una decoración bastante ecléctica, pero agradable. La cocina era a base de tapas, tostadas y *pa amb tomàquet*. Lo que nos sorprendió la primera vez es que la carta de vinos y postres era más larga que la del menú, y eso acabó de convencernos a todos para convertirlo en nuestro lugar favorito.

—Sigo enamorada de esa blusa —dije.

Elsa llevaba un pantalón de pinzas negro y una blusa del mismo color que me encantaba. Era de manga larga, pero con los hombros al descubierto y dos tirantes muy finos.

—Lo sé. Es de mis favoritas.

Les hablé de mi viaje. Ellos habían estado en Cancún para su luna de miel y, al buscar un destino donde pasar la semana de vacaciones, me acordé de su estancia allí. Cuando recabé información sobre la zona en internet fue como una señal, y la idea de escribir un libro con los mayas de fondo y sus creencias fue lo que me hizo decidirme. Aproveché al máximo aquellos siete días.

Disfruté de la playa y las notas llenaron una libreta entera. Tenía claro que la historia se situaría en la isla Mujeres, e Ixchel, la diosa del amor, de la luna y la medicina, sería una de las protagonistas.

Vi llegar a Ivet; como siempre, venía muy arreglada. Se había dejado su pelo, moreno y liso, suelto. Vestía un blazer entallado color burdeos y un vestido a medio muslo con vuelo y algo acampanado negro y con pequeños lunares blancos. Y si los anillos son mi fetiche, para Ivet son los zapatos. Ese día eran unos Mary Jane en rojo, igual que el cinturón. Tiene complejo de ser bajita y sin ellos no va a ningún lado. Estaba muy guapa, y eso que salía de trabajar en el turno de tarde. Es muy coqueta, cuando vivíamos juntas al principio creó más de un conflicto. Al final optamos por poner unas normas y que acabara acicalándose en su cuarto, dejando así el baño libre. Es el único defecto que podría encontrarle a Ivet, y eso dice mucho de ella.

Se mudó al piso casi dos meses después de que empezáramos en la universidad. Ella es de Girona y cada día hacía el trayecto en tren, y pronto se cansó de llegar tarde o no llegar. Nerea le comentó que, si quería, teníamos una habitación de sobra. Y desde entonces. Es divertida, muy sensata, y la mejor amiga que puedas tener. Un poco bruta al decir las cosas, pero suele tener razón. Es como la voz de la conciencia de todos. Yo digo que hasta el nombre le va que ni pintado, porque Ivet me recuerda al Tíbet y a las creencias budistas. Ya la iréis conociendo.

Por cierto, puede que me veáis llamarla *Dalai*. Fue una noche, al principio de empezar a vivir juntas, en una de esas cenas que comienzan de lo más banales y aburridas y van cogiendo forma. Forma de cogorza monumental a base de chupitos, confesiones y risas.

—Podéis llamarme *Dalai Mama*.

—¿Sólo nos deleitarás con tu sabiduría cuando estés mamada?

—No de bebida, ¡*mama* de mujer! Aunque, ya se sabe, los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. Allá vosotras si no queréis hacer caso de

mis consejos...

—Tienes mala cara —dijo antes de darme dos besos, devolviéndome al presente.

Si había alguien en este mundo que me tenía calada y me conocía hasta mejor que yo, era ella. Desde siempre, tenía como un sexto sentido para detectar mi humor.

—Vaya, hola —repuse vocalizando cada letra—, será porque me duele la cabeza.

—¿Por qué no te has quedado en casa? —La miré alzando las cejas—. Vale, tu prima.

—Pues eso, la conoces, no he podido decirle que no. ¿Vienes sola?

—He dejado a los tortolitos aparcando. —Besó a la pareja y se sentó en el taburete a mi lado.

—¿Y qué tal es? —pregunté curiosa. Había estado tan espesa todo el día que hasta minutos antes de conocer al novio no me había planteado cómo sería.

—Pues, la verdad, un bombón. Te va a gustar, no sé por qué me ha recordado a Bernardo —dijo guiñándome un ojo.

—¿Bernardo? —cuestionó Quim desconcertado al no saber de quién hablábamos.

—El protagonista de la trilogía de *Vino y canela* —le contestó su mujer—. Nos has oído hablar de él.

—Ya, ya. Otro Grey con el que competir —la interrumpió poniendo los ojos en blanco.

—Tiene mucho futuro esa escritora; está arrasando —añadió Ivet sin dejar de mirarme y sonriendo pícaro.

Las dos se pusieron a hablar de la trilogía y yo decidí ir al baño. Era la historia sobre una pastelera francesa, Amélie, y un enólogo español, Bernardo, que se encontraban en un *château* en la zona del Loira donde se abriría un

hotel de lujo con restaurante. Ambos habían sido preseleccionados y tenían que terminar de pasar las pruebas. El erotismo y la pasión —en la cocina y fuera de ella— eran los platos fuertes.

Aún hoy, ese tema me hace sentir incómoda. No sé muy bien por qué lo guardo en secreto, pero resulta raro cuando la gente habla de tus libros frente a ti sin que sepan que eres la autora. Por aquel entonces, la única que sabía que me dedicaba a escribir erótica era Ivet, y todo porque una noche en casa, después de cenar las dos solas, no sé cómo acabamos hablando de esos libros y, sin querer ni pensar qué estaba diciendo, le conté el final de la trilogía. Después de que casi le diera un patatús al saberlo, me acribilló a preguntas. De ahí, ese juego de provocarme siempre que podía. No entendía, y sigue sin hacerlo, por qué utilizo un seudónimo. Por qué me escondo y no digo a voz en grito que escribo libros que se venden muy bien, ¿qué mal hay para no divulgarlo? Supongo que lo que me impedía, como quien dice, salir del armario es lo que escondía esa parte de mí. Me sentía segura creyendo que era imposible que se descubriera. Creía que si algún día se sabía me moriría de vergüenza, pero me quedé corta. Muy corta, imaginando qué ocurriría si se diera el caso. Escribir desde el anonimato me daba seguridad, y disfrutaba escribiendo esas historias. Por aquel entonces tenía entre manos una que mezclaba mis dos pasiones: la grafología y la romántica. Aunque aún no tenía la trama del todo clara, sí lo era el argumento. Sólo eran unas páginas de una novela que ahora puedo decir que fue un éxito.

Cuando volví de mi miniescapada al baño, me quedé petrificada en medio del restaurante mirando al grupo de mis amigos y sintiendo cómo el suelo se movía bajo mis pies. Como un puñetazo en el estómago que no me dejara respirar y me desgarrara entera por dentro. Negué con la cabeza creyendo ver entre ellos un fantasma. Parpadeé dos o tres veces, pero al abrirlos, en lugar de esfumarse, mi visión se volvió de lado y sonrió. Y ésa fue la primera vez que noté cómo el corazón me explotaba en mil pedazos.

¡CRASH, BOOM, BANG!

No sé el rato que pasó hasta que volví a la realidad. Seguro que fueron sólo unos segundos al ver que todo a mi alrededor seguía como si nada. Nadie se dio cuenta, nadie vio cómo mi vida se partía en dos.

Hora: Once menos veinte de la noche.

Lugar: Mixturis, Barcelona.

Ése fue el momento, el que marcó un antes y un después. Ese que sirve de referencia para el «pre» y el «post». Fue ése. Justo ése. Aunque no lo asumí hasta tiempo después. Y todo porque mi fantasma estaba con mis amigos, agarrando a mi prima por la cintura.

Me di media vuelta y corrí sin mirar si había alguien en mi trayectoria, tuve la suerte de no tentar a Murphy y no me llevé a ningún un camarero cargando platos en mi huida. Volví al baño y me atrincheré en él.

«¡¡¡NOOOOO!!! No puede ser..., ¡imposible!»

Me encerré sentándome en el retrete, suspirando sonoramente mientras trataba de respirar; estaba temblando. Sin ser muy consciente, me balanceaba adelante y atrás, negando con la cabeza una y otra vez. Me abrazaba fuerte renegando a media voz...

«¡Hostia!» ¿Qué posibilidad había? «¡Joder!»

Fue en ese momento que empecé a creer que realmente era cierto el dicho ese de «el mundo es un pañuelo».

Sólo una palabra retumbaba en mi cabeza: «IMPOSIBLE».

Por mucho que intentara tranquilizarme y murmurara entre dientes que a lo mejor me había equivocado y que no era él, algo me decía que me estaba engañando. Sabía que era él. Por saber, hasta acababa de descubrir su nombre: Abel.

Verlo así, a bocajarro, sin preliminares, sin anestesia ni redoble de tambores era de ataque al corazón. Fulminante.

Me costó como mínimo cinco años de vida tener la sangre fría para despejar un poco la mente y pensar qué hacer, porque si algo tenía claro era que no podía sentarme a aquella mesa. Mi cabeza estaba bloqueada repitiendo

sin cesar como una vieja cinta de casete rayada la palabra «imposible». No me sentía con fuerzas para afrontarlo, ni a él, ni la situación. Necesitaba digerirlo antes de... ¡de nada!, porque tenía claro que no habría ningún «momento» perfecto para algo así. Para algo así no se está nunca preparada, y mucho menos aquella noche.

«Imposible.»

Necesitaba tiempo, no sabía muy bien para qué, pero lo necesitaba.

Sin dudarlo, ni esperar más, salí del local. Entonces descubrí por qué las chicas solemos coger el bolso para ir al baño: la huida es más fácil.

Mandé un mensaje a Ivet para decirle que no me esperaran, que me iba a casa con la excusa del dolor de cabeza. Intentó llamarme, pero no lo cogí. Me puse el casco y hui escondiéndome entre las calles de la ciudad. El ruido del tráfico, las luces..., todo me parecía verlo en diferido, porque la imagen de un rostro sonriendo y mesándose la nuca estaba grabada en mi retina.

«Imposible», repetía mentalmente una y otra vez.

¡Como si sirviera de algo!

¡Como si con esa palabra fuera a desaparecer!

¡Como si con deseárselo fuera suficiente como para que él no fuera el novio de mi prima!

—¡Deja de repetir que es imposible y busca una solución! —Entre el ruido de la moto, del tráfico y el casco, pude gritar sin que nadie más oyera mi locura.

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue abrir el congelador y darle un buen trago a la primera botella que pillé. El sabor anisado de la ratafia me calentó la garganta. Odio el anís, así que, para cambiar el gusto, cogí la otra, que era de tequila.

«Pedazo de pedo voy a coger en treinta segundos sentada frente al congelador...»

Estaba muerta de frío.

—¡Ir en moto sin chaqueta es lo que tiene, pava! —bufé en voz alta, aunque

sabía muy bien que el temblor no se debía al frío de esa noche de principios de octubre—. ¡Es que es imposible, joder! —grité mientras gruñía y pataleaba como una cría—. ¡Necesito una solución!

El pavor a no saber cómo gestionar lo que se me venía encima me tenía al borde del colapso. Quería huir, esconderme lejos y no volver a sacar la cabeza en años. La idea de convertirme en un conejito y desaparecer dentro de un sombrero de copa me parecía la mejor solución.

«¿Dónde está Houdini cuando se lo necesita?»

Desde ese primer momento supe que ésa sería la solución, pero no quise verlo, ni creerlo. Hasta que fue tarde. Demasiado tarde.

Notaba el corazón retumbando histérico. Me daba palmadas en la frente, no llegaba a ninguna conclusión lo suficientemente atractiva o plausible. El teléfono volvió a sonar, rebusqué en el bolso y vi que tenía diez llamadas perdidas y no sé cuántos mensajes. Todos habían intentado contactar conmigo.

Informé al grupo —así todos se enteraban al mismo tiempo— de que sólo era un dolor de cabeza y necesitaba dormir.

En el pasillo, al pasar frente la puerta de la habitación de Nerea, la imagen de aquella misma mañana me vino a la mente, la de cuatro pies saludándome bajo las sábanas.

—¡Putas musas..., claro que estabais inspiradas esta mañana, si lo teníais al otro lado de la pared!

Di un portazo y me encerré en mi cuarto. Sin miramientos, me desnudé y me tiré en plancha en la cama. Necesitaba dormir. Dormir, apagar la luz y que todo volviera a su sitio. Sobre todo, un hombre de pelo oscuro y ojos marrones..., que volviera a ese lugar secreto donde había estado hasta entonces porque en mi vida real no pintaba nada de nada, sólo podía acarrear problemas. Un sinfín de problemas que me tenían sin saber qué iba a estallarme antes, si la cabeza o el corazón de tanta presión.

Busqué en mi faceta de escritora algún argumento o idea válida, en mi experiencia en resolver casos de mi trabajo, en los conocimientos de la vida

misma..., pero nada fue suficiente para llegar a imaginar todo lo que me esperaba.

Era incapaz de encontrar una solución que me convenciera, o que resultara, como mínimo, lo menos dañina para mí.

Hacer realidad el sueño de conocerlo al fin.

Fingir.

Callar.

Ignorar.

Huir.

Contar la verdad.

Nada, ninguna era lo suficientemente aceptable. Las dudas se sucedían mientras yo, Manuela Esteve, no sabía cómo afrontarlas. Me puse los cascos y, con la magia de los dedos de Ludovico Einaudi sobre las teclas del piano, cerré los ojos e intenté recuperar mi respiración al ritmo de la melodía de *Nuvole bianche*.

Sueños de carne y hueso

1 de octubre. El mes empezaba fuerte. Demasiado, la verdad. Decir que la noche había sido un asco era como si los meteorólogos de la tele informaran del tiempo que había hecho, un dato que no requería de estudio ni ser vidente. Ni me asusté al ver mi cara de mapache cuando me la lavé. Ni las ojeras que había debajo. Aunque era sábado, salí a correr e hice el doble de kilómetros que solía hacer con la esperanza de que así las musas me hablaran. No esperaba que me contaran ninguna escena, sino que me revelaran una solución; pero, para no variar, las cabronas desaparecieron en el momento de la verdad. Seguía sin saber qué hacer.

Los fines de semana no suelo salir a correr, es una actividad que dejo para los días laborables, el resto me gusta tomarme la mañana con tranquilidad. Pero ese día necesitaba salir, tomar aire y despejarme un poco. Si algo bueno tiene correr al amanecer, cuando, como dicen algunos, las calles no están puestas todavía, es el fresco de la mañana. Las posibilidades que se abren con la llegada de un nuevo día, la tranquilidad que envuelve esas horas y el olor de las panaderías..., eso es de lo mejor y de lo peor de salir tan temprano. Ese seductor olor a pan recién hecho, a chocolate, a mantequilla... Hay días, como ése, que conseguían su objetivo, y, como siempre llevaba algo de dinero en el bolsillo, compré unos cruasanes y el periódico antes de subir a casa.

Enriqueta, Queta, la quiosquera, era una mujer extravagante y muy pintoresca a la hora de vestir, además de llevar el pelo corto y teñido de violeta. No obstante, yo siempre creí que formaba parte de un uniforme que había elegido para estar vendiendo periódicos. Soy de esas personas a las que

aún les gusta leer las noticias en papel, y, después de años viéndonos cada día, habíamos llegado a congeniar de una forma especial. A pesar de su vena cotilla, me gustaba hablar con ella.

Queta estaba plano en mano atendiendo a unos turistas, no tenía prisa y dejé que terminara con ellos. Sí, soy de las que les gusta leer el periódico y ensuciarse las manos con su tinta mientras disfruto de un buen desayuno.

—¿Corriendo un sábado? —me saludó pellizcándome la mejilla a conciencia como harían las viejas tías de las novelas y dejando el churrete de pintalabios, ese día en un color melocotón, en la frente.

—Sí. La vuelta está siendo muy dura —dije con pesadumbre.

Supongo que mi cara reveló mi estado, porque, en lugar de ponerse a contarme las novedades que habían ocurrido en mi ausencia, me mandó a casa a descansar.

Dejé la compra en la encimera de la cocina y me fui al baño. Bonnie Tyler cantaba que necesitaba un héroe a través de los auriculares. Yo, por esa época, ya había decidido apuntar mucho más bajo y me conformaba con que fuera sólo un hombre, y, a poder ser, con los calzoncillos por debajo del pantalón.

Al abrir la puerta del baño, el vaho me nubló la vista... ¡Y una mierda! No me nubló nada, estaba todo muy muy claro. Nítido. DESNUDO.

—¡Joder! —Me di media vuelta para salir tan rápido que no me percaté de que tenía la puerta cerca y me di con ella un buen porrazo que me tiró para atrás. Unos brazos de hombre impidieron que me cayera de culo al suelo.

El dolor me cegaba por momentos, no podía ser...

«Quiero desaparecer, ahora, quiero huir. Tierra, trágame.»

Recé, pero nadie me hizo caso. Así que seguí allí, en el suelo, en brazos de mi fantasma. Desnudo, repito, mi fantasma pegado a mí y sin ropa.

«Tierra, trágame..., y a él conmigo.»

No sabía a qué atender primero, si al dolor o a él. Noté cómo un hilo de sangre empezaba a bajarme por la cara. Ganó el porrazo. Me quité los cascos

de un tirón y me llevé la mano a la cara; me dolía la frente y la nariz, ¡qué dolor!

«¡Por Dios, ¿de qué hacían antes las puertas?!»

—¿Estás bien? —Sin soltarme, cogió una toalla y me la puso en la frente.

«¡Ay, madre, qué voz!»

Eso yo lo desconocía porque sólo lo había oído susurrar. Ese mismo sonido que tenía guardado dentro apareció levantando el polvo de mi secreto más íntimo y abriéndose paso para salir a la superficie. Tomando forma. Siendo Palpable. Real.

—¡Joder, ni que fuera la primera vez que te veo desnudo! —exclamé.

—¿No es la primera vez? —preguntó desconcertado.

«¡Mierda, Nola, cómo la estás liando y sólo has dicho una frase!»

—Digo... a... un hombre —balbuceé haciendo un verdadero esfuerzo por mirarle sólo a la cara y no bajar la vista e inspeccionarlo como se merecía. Como deseaba. Como llevaba queriendo hacer desde hacía años...

«¡¡Frena!!»

Sólo era el cuerpo de un hombre desnudo. Estaba harta de verlos en la playa, en mi cama —bueno, es sólo una forma de hablar—, pero él era especial. Ese cuerpo en mi mente, para mí, lo era todo, y tenerlo en la realidad, tocándome y sintiéndolo tan cerca, me estaba afectando. El pulso me martilleaba en las sienes y aumentaba la sensación de dolor.

Por un momento, vamos a llamarlo efecto secundario del *shock* —así, como a modo de excusa—, me di el gustazo de hacer realidad mi sueño de poder observarlo sin pudor y sin nada de por medio. No parecía tener problemas por estar desnudo frente a mí, y yo mucho menos. Estaba visto que los años le sentaban igual de bien que a un buen vino. Alto, su constitución y sus facciones se habían endurecido y ensanchado, dejando muy lejos la pinta de estudiante, para convertirse en un icono de belleza ruda y algo salvaje. Llevaba el pelo igual de largo. Una mata de pelo morena, espesa y algo ondulada, una que me pedía que escondiera la mano y, sobre todo, tirar de ella pidiendo más... Ojos

almendrados, y una barba recortada que perfilaba su rostro ovalado. Sus labios gruesos y carnosos me recordaron a un melocotón en su punto, daban ganas de hincarle los dientes y dejar que su dulce jugo resbalara por la comisura de mi boca...

Mis ojos se detuvieron en su pecho y en aquel tatuaje que debía de ser más reciente, porque yo no se lo había visto. Era un círculo, un árbol de la vida. Desde allí, la desvié lentamente hasta llegar a su antebrazo, donde yo me sujetaba. Casi me pareció sentir cómo se removían las olas de aquel mar de tinta negra bajo mis dedos. Al levantar la vista choqué con su mirada, que me escrutaba expectante. Directa. Penetrante. Sus labios sonreían enigmáticos, y mandaron una descarga hormigueante por todo mi cuerpo.

«¡Ola de calor en el sur!»

No sé si fue efecto del momento, pero pensé —sí, mi cabeza fue capaz de procesar algunos datos— que era demasiado íntimo y sexy para ser nuestro primer encuentro, sobre todo teniendo en cuenta quién era él y cómo había llegado a estar desnudo en mi baño.

Notaba la garganta seca y sentía que toda yo temblaba. Tenía un calor horrible, las mejillas me ardían y al mismo tiempo tenía la piel erizada, que ni que estuviera en el Ártico en biquini.

—¿Qué ha pasado? —La voz de mi prima hizo que los dos, de forma automática, miráramos hacia arriba y volviéramos a la realidad.

Apareció vestida como el día anterior, sólo con la camisa azul claro de él. Retiré la mano de Abel —grande, masculina, con sus dedos perfectos para hacerte levitar— y le cogí la toalla para levantarme. Se apartó y me dejó espacio. Me tambaleé un poco y Nerea acudió en mi ayuda.

Completamente perturbada por la situación y, sobre todo, avergonzada por mi comportamiento, contesté en un tono demasiado enfadado que poco tenía que ver con ellos, y sí con mi estupidez:

—Que aquí, tu colega, no sabe que las puertas se cierran si hay alguien dentro y no se vive solo.

—Lo siento, no lo pensé —se justificó Abel.

Me acerqué al espejo mientras él se cubría con una toalla y se iba a la habitación, no antes de que el espejo me mostrara su espalda. Y ahí estaban, tan cerca y en todo su esplendor aquellas alas. ¡Las alas! Fue lo primero que me llamó la atención de él. El tatuaje le cubría toda la parte superior hasta llegar al interior de los brazos. El dibujo en sí, cada pluma..., era extraordinario. Parecía que iban a emprender el vuelo cada vez que movía los brazos. De frente ni se veían y ni me acordaba de ellas, pero al darse media vuelta, aquella espalda y aquel culo...

«¡Cómo gana este hombre en directo!»

Es ahora, escribiéndolo y recordándolo todo por enésima vez, que me doy cuenta de que, hasta aquel momento, no hizo el amago de cubrir su desnudez. Estaba más pendiente de mí, y, la verdad, yo tampoco pensé en pedirle que cubriera semejante escultura. Concentrándome en mí, me miré la frente. Era un corte limpio y no parecía profundo. Sin decirle nada a mi prima, la dejé allí plantada y me fui en busca de mi cama.

Nerea apareció casi al instante a mi lado, se puso de rodillas y apartó la toalla.

—Deja que te cure. —Antes de apoyar un trapo con hielo para evitar que se inflamara, me limpió la herida con Betadine. Sirvió de poco, porque al cabo de unas horas mi cara parecería un mapamundi.

Entre el caos que reinaba en mi vida y el golpe que tenía en la cabeza, parecía que tuviera una taladradora de las del tamaño de los túneles del AVE perforando mi cerebro.

—Vaya manera de conocer a Abel. Entre que ayer te largaste de la cena y ahora esto... ¿Se puede saber qué te ocurre?

«Si tú supieras...» Tragué saliva y la verdad con ella. Opté por una escapatoria dudosamente digna: una media mentira.

—Lo siento, ¿qué esperabas? Llego de correr, abro la puerta del baño y me encuentro a un tío desnudo. Y lo de ayer sabes que tenía dolor de cabeza.

—Por eso no sales huyendo así, que hasta te dejaste la chaqueta. Por cierto, está colgada en el perchero del recibidor. ¿Tiene algo que ver con G?

—Eh... —Asentí con la cabeza sin ser muy consciente de lo que hacía. Aunque no tuviera nada que ver con mi ex, no sería nada raro, así que por una vez le eché una culpa que no tenía y me sirvió de tapadera.

Gervasi, mi ex, es de esas personas que te alegras de que ya formen parte de tu pasado. Habría sido mucho mejor que no se cruzara en mi camino y no desperdiciar seis años de mi vida. Lo conocí en una fiesta de la universidad. Yo estaba en el tercer año de carrera y él estaba terminando su doctorado en Química. Es dos años mayor que yo y me atrajo al instante con su magnetismo. En cuatro días pasamos a ser una perfecta pareja unida que lo compartía todo. Pensé que había encontrado al hombre de mi vida. Hasta que hablamos de vivir juntos, de avanzar; una noche me propuso compartir piso y empezar nuestra vida a dos, y al día siguiente apareció diciendo que no estaba preparado. Y ahí se quedó lo nuestro, mis sueños, en un adiós.

Cuesta asumir una ruptura así, pero no pude seguir con él después de aquello. Hacía un año que lo habíamos dejado y desde entonces él iba de mártir. Sólo repetía que se había equivocado y que quería volver, pero yo no creo en las segundas oportunidades. Si no era lo suficientemente buena o algo no le encajó al día siguiente de planear una vida juntos, tampoco lo iba a ser ahora porque yo seguía siendo la misma.

Gervasi formaba parte de mi pasado, y si mientras estábamos juntos me encantaba que fuera cariñoso y que estuviera pendiente de mí, luego acabé aborreciendo todas sus atenciones. Parecía incapaz de entender que lo nuestro era ya historia. Creía que era un capricho de niña. Que ese año de negativas era para hacerlo sufrir y que sólo lo estaba torturando un poco antes de caer rendida.

—Bueno, cuando quieras contármelo, ya sabes dónde estoy. —La voz de Nerea me devolvió al presente.

Me sorprendió que no insistiera más porque no era propio de ella dejar el

tema así, sin intentar averiguarlo todo, pero, fuera por lo que fuese, lo agradecí. Mi prima es de esas personas de todo, aquí y ahora. Terca, que cuando se le mete algo entre ceja y ceja no hay forma de hacerla cambiar de opinión.

—Gracias.

—Deberías darte una ducha, apestas. —Cerró la puerta y me dejó sola.

Como una niña pequeña, rompí a llorar con tanta intensidad que hasta yo me sorprendí. Las preguntas de qué iba a hacer y cómo iba a hacerlo retumbaban dentro de mí en cada latido. Mi mente mezclaba imágenes entre las que tenía encriptadas y guardadas de él en mi cerebro con las de hacía unos minutos en el baño. Me regalé un instante. Sólo uno para rememorarlo cada milésima de segundo.

Pocas veces me había permitido la licencia de soñar que lo conocería, pero después de la «cena» del día anterior era de esperar que ocurriera. Durante la noche, por mi mente habían desfilado más de mil formas de presentación y qué le diría..., pero en ningún momento imaginé que sería en un baño y los dos solos. Él desnudo y yo en sus brazos. Un sueño hecho realidad, pero en una realidad muy distorsionada.

Como un perro mojado, me sacudí para apartar esos recuerdos y me obligué a centrarme. Tenía que actuar como si de verdad no lo conociera.

«¡Pero es que no tengo que fingirlo!

»Sólo conozco cada centímetro de su cuerpo... Joder, ¡qué mal suena!»

¡Sí, era tan horrible como parece!

«Pero... ¿cuándo me pareció que todo esto podría salir bien? ¿Cuándo me pareció una buena idea?»

Ellos estaban en la cocina, y yo seguía en mi habitación. Tenía que afrontarlo, no podía seguir escondiéndome como un oso en plena hibernación. «Conociendo a mi prima, puede que su enamoramiento dure dos días.» Podía hacer frente a la situación. O, al menos, intentarlo. Sólo tenía que evitarlo,

evitarlos. Verlo lo menos posible. Tampoco se iban a pasar el día dentro del piso..., ¿verdad?

Cambié el refugio de mi cuarto por el baño. Pero allí encerrada aún me torturé más. Nada era lo que parecía. Ya no era un suelo damero, ni sólo una bañera de estilo antiguo. Era el lugar donde hacía unos minutos él se estaba duchando y donde había sentido el calor de su piel junto a la mía.

«¡Qué duro va a ser esto...!»

No sé si fue adrede o mi cuerpo tomó la iniciativa, pero hice tiempo entre aquellas cuatro paredes. Me mimé con Rituals. Mascarilla en el pelo y en la cara mientras tomaba un baño con aceites esenciales, exfoliante, tónico, crema..., todo buscando retrasar al máximo el momento. Como me había llevado ropa limpia, me vestí allí mismo, un *short* de pijama corto azul con estrellitas y una fina camiseta de manga larga blanca. Me sequé el pelo a conciencia. Lo recogí todo y me llevé la ropa de correr para meterla en la lavadora. Había llegado el «ansiado» —léase con retintín— momento de la presentación oficial.

Al salir al pasillo y oír sus risas me llevé una decepción, pues por alguna estúpida razón deseaba que se hubieran cansado de esperar y ya no estuvieran en casa. Pero no, tenía que aceptar que la suerte no estaba de mi lado.

—Vamos allá —gruñí entre dientes cruzando el comedor de punta a punta.

Si debajo del chorro de agua creí que iba a ser duro y complicado, sólo por imaginarlo minutos antes en aquella misma posición, cuando llegué a la cocina vi que me había quedado corta con mis pronósticos. Encontrar a Nerea sentada en la encimera, con la camisa de él abierta de par en par como única vestimenta y él dándose un festín de carne era quedarse muy corta con las previsiones.

Era la primera vez que veía a Nena tan entregada, tan mimosa, tan... Tragué saliva y mis musas despertaron de golpe. ¡Lo que me faltaba!

¿Quién dijo que era una bendición tener tanta imaginación?

En ese momento deseé tener el cerebro de una Barbie, tamaño de un

cacahuete, sin pensar ni imaginar.

«¡Mecagoentó!

»¿¿Dónde han quedado esas presentaciones alrededor de una mesa, tomando un té y unas pastas?!

»Si ayer no hubieras salido huyendo...»

Carraspeé para hacerles notar mi presencia. Como esperaba, mi prima se bajó de un salto avergonzada, tapándose rápidamente, y él me dedicó una sonrisa canalla que me agradó y me causó repulsión a partes iguales.

—Parece que a la tercera va la vencida, buenos días, Nola —dijo acercándose a mí.

Vestía sólo unos vaqueros que hacían que su torso y su cintura fueran aún más sexis. Mi corazón decidió ponerse a retumbar en ese momento y me puse más nerviosa aún por miedo a que se diera cuenta.

—Un placer conocerte por fin —contesté casi sin voz y con ganas de añadir: «Después de años soñándote».

«¡Chist, concéntrate!»

Cerré los ojos. Quise guardar en mi retina las sensaciones de la primera vez que sentía su aliento, sus labios sobre mi piel, como tantas veces había soñado que fuera real. Y, cuando va y se cumple mi deseo más secreto, tenía el pequeño inconveniente de hacerlo en mi casa, sí, pero no en mi cama, sino en la de mi prima. Un pequeño problema sin importancia... ¡Jodido karma, jodido destino!

—Siento lo del baño —susurró sin apartar sus ojos de los míos. Una mirada chocolate que era pura energía que te arrastraba a lugares inexplorados y salvajes.

—Ya, yo también lo siento —añadí de mala gana señalando mi cara hinchada.

No podía dejarme llevar por lo que ese hombre despertaba en mí, tenía que mantenerme cuerda. Distante. Como si me fuera la vida en ello, y lo peor de todo es que no iba tan mal encaminada con esa idea.

Sin querer alargar el momento, porque dudaba de mi capacidad de raciocinio y la única idea que se me ocurría era secuestrarlo y tenerlo sólo para mí, me fui a poner la lavadora. Cuando me volví y le di la espalda, solté un suspiro más alto de lo que esperaba.

Necesitaba café. Nerea no suele desayunar, y, si lo hace, sólo toma zumo. Hablaban de la cena del día anterior, de nuestros amigos. Yo, mientras esperaba que la cafetera italiana terminara, me centré en respirar. Parece tonto, pero concentrarme en algo tan básico me ayudaba en mi nerviosismo. Cuanto antes aprendiera a llevar la situación de estar en la misma estancia que él, mejor.

Como el resto de la casa, la cocina también la habíamos remodelado. Acorde con el aire antiguo del piso, la actualizamos y le dimos ese toque *vintage* con los muebles de madera en blanco, el fregadero de porcelana del mismo color y la encimera de mármol negro. Hasta el capricho de Nerea por tener una nevera retro de la casa SMEG que fuera a juego y por la que pagamos un pastizal. El suelo de baldosines hidráulicos en tonos azules, rojos y grises era el mismo que se extendía por todo el piso, menos en el baño y en las habitaciones, donde había parquet. Me encantaba esa casa.

Cuando el café estuvo listo, me senté en la única silla que quedaba libre en la mesa de la cocina —donde siempre comíamos— y busqué el periódico para esconderme entre sus páginas, pero refunfuñé de mala gana cuando vi que lo tenía él.

—¿Te importa? Es mi diario y, ya puestos, mis cruasanes —solté al darme cuenta de que se estaba zampando mi desayuno. Me sorprendí hasta yo. Nunca he sido egoísta y ni sé por qué le hablé de tan mala manera. Ahora creo que sólo era un mecanismo de defensa; cuanto más lejos, mejor.

—¿Siempre te levantas de tan buen humor? —me preguntó Abel doblando el periódico y poniéndose en pie para entregármelo haciendo una cómica reverencia.

«Y encima cachondeo...»

No dejaba de mirarme de esa forma tan hipnotizante, y con el tiempo descubriría que no era una excepción, ya que siempre me miraría igual. Tragué saliva al ver su pecho desnudo de nuevo tan cerca.

—¿Por qué?, ¿te molesta? Además, ¿te importaría taparte? Yo ya te he visto y ella te ha *catao*, así que...

—No le hagas caso —me interrumpió Nerea dándome una patada por debajo de la mesa—. Su ex la pone así, saca lo peor de ella.

Mi prima también se levantó y sacó unas tostadas. Cansada, y sin saber muy bien si pedir disculpas o seguir con aquel cabreo, cogí mi taza y me encerré en la habitación. Había superado el primer contacto. Había sido patético, pero ya había pasado.

Me tomé un paracetamol antes de tumbarme de nuevo en la cama. Me sentía completamente absorbida por todo y no sabía cómo volver a tener el control de mi vida porque, sin saber aún el alcance de todo aquello, ya intuía que sólo era el principio de un caos absoluto. ¿Cómo explicar que no me molestaba que me hubiera cogido ni el diario ni unos malditos cruasanes? Sentía que era ella la que me había robado. Me lo había robado a él. Un sentimiento de egoísmo y de celos se apoderó de mí. No tenía ningún derecho sobre Abel, pero de alguna forma sentía que me había arrebatado algo que sentía mío desde hacía mucho tiempo.

Al final terminé por dormirme de nuevo y, cuando desperté, eran las tres de la tarde y la casa estaba vacía. Una nota de Nerea en la nevera me avisaba de que no la esperara en todo el día. Un suspiro de alivio escapó de mis labios.

Por fin, después de horas y horas, tuve la sensación de respirar sin que me oprimiera el pecho.

Asumiendo

El domingo bajé a buscar el diario y Queta empezó a contarme los cotilleos del barrio que habían sucedido mientras yo estaba fuera. Viendo que iba para largo, fui a buscar unos cafés y un bizcocho de almendras que le gustaba de la pastelería del otro lado de la calle y pasé casi toda la mañana en el quiosco. A ella le encantaba hablar y yo necesitaba distraerme. Y lo conseguí, tanto, que hasta me arrepentí de no haberme llevado un cuaderno y un bolígrafo porque cada historia que me chivaba era perfecta para añadirla a un libro. Aquel barrio parecía un culebrón. El bombazo de los últimos días era que ya se conocía el testamento del doctor Torreta: lo dejaba todo al hijo menor de la señora Virtudes, la vecina del piso de arriba del difunto.

—¿Quieres decir que él y la señora...?, ¿que era su hijo? —Queta torció la boca escondiendo la risa, cosa que yo no conseguí, y al final reímos las dos—. ¡Vaya!

Recordé a la mujer. Era viuda, tenía dos hijos..., ejem..., y tres nietos. Pequeñita, escuálida, curiosa, y siempre iba vestida de negro.

—Mucha virtud tenía la vecina...

De nuevo, nuestra carcajada retumbó en las paredes del viejo quiosco. Después siguió contándome todos los detalles que iban de boca en boca.

Cuando llegué a casa debía de ser poco más de la una. Estaba en la cocina cuando oí el tintineo de las llaves de mi prima. Me paralicé porque no la esperaba y tampoco estaba preparada para otro encuentro con mi fantasma. Dejé de clavarme las uñas en las palmas y solté el aire, que sin darme cuenta estaba reteniendo, al verla sola. Aunque duró un instante, porque de nuevo el

corazón empezó a bombearme con fuerza temiendo que hubiera llegado otro momento del que quería huir, que Nena empezara a hablarme de él. Por suerte, pronto vi que, aunque suene fatal, ese día me libraba. Por la cara que traía no hizo falta ni preguntarle qué le ocurría: cosas de mujeres.

No parecía tener ganas de chulear de novio, y yo lo agradecí. ¿Cómo? Preparando su comida favorita: macarrones a la boloñesa con triple de queso gratinado. Y, tumbadas las dos en el sofá, dejamos pasar las horas viendo un maratón de viejas pelis románticas en blanco y negro que teníamos en casa. Debían de ser sobre las cuatro que empezaron a llegar los mensajes. Sólo tuve que ver su sonrisa para saber de quién eran y los celos me pudieron. Qué estúpida estaba. Al final, ella se llevó el teléfono a la oreja y con voz de niña pequeña —típico de Nerea cuando quería conseguir algo— intentó convencerlo de que se viniera.

«Joder..., ya me veo toda la tarde atrincherada en mi cuarto.»

—Sí, claro, vete con él... —lamentó Nena, y yo me alegré—. Aprovecha que tu novia está con la regla para divertirte con tu hermano... Llámame luego..., un beso.

Jueves. La semana había pasado volando. Es lo que ocurre cuando no quieres pensar en ello y, de tanto que te esfuerzas en ignorarlo, tus días pasan a una velocidad vertiginosa envueltos en la misma ruleta: qué hacer. Eso y el *jet lag* me tenían agotada y con sueño todo el día. Soy de letras, así que no me había parado a pensar el porcentaje de cada uno de ellos. En el trabajo, mi mente se ponía a funcionar como en piloto automático, consiguiendo desconectar durante unas horas.

«Sí, quiero saber lo mismo que tú de mí, tu nombre y algo que, si pudiera verte desnudo, vería...» Estaba escribiendo encerrada en mi habitación

cuando sonó el timbre. Miré la hora y pensé que, para no variar, y algo muy normal en Nerea, había vuelto a olvidarse las llaves.

Con nuestros horarios sólo coincidíamos de noche, a partir de las diez y pico, que era cuando ella llegaba de trabajar. Bueno, normalmente, porque esa semana había estado... evitándola. Ésa es la palabra y no hace falta que busque alguna otra para adornarlo. Me comportaba de forma rara y más ermitaña que de costumbre, estaba retrasando el momento porque lo último que me apetecía era sentarme con una copa de vino en la mano y que me contara lo maravilloso que era Abel.

Poco a poco había ido haciéndome a la idea y empezaba a asumir la situación, así que mejor ir despacio pero seguro.

—Algún día olvidarás la cabeza... —dije riendo a través del interfono.

—Nola, soy Abel —me interrumpió.

«¡Ohhh!»

Sin pensar en lo que hacía, apreté el botón.

—Nerea aún no ha llegado, pero sube.

Lo esperé con la puerta abierta, la ansiedad de verlo de nuevo y a solas me pudo.

—Gracias —saludó, entrando algo cohibido—. Sé que no te caigo bien.

¿Eh? ¿Pero ¿qué decía?! ¿Cómo podía pensar eso? Rebobiné rápido, sólo habíamos coincidido dos veces, y reconozco que había estado algo borde... No sabía qué decirle porque la verdad distaba mucho de eso.

—No, no, no —empecé a decir negando con la cabeza de forma exagerada—. Nada más lejos, yo..., tú... —Pero las palabras murieron en mi garganta al verlo dejar la mochila en el suelo y quitarse el abrigo.

El ruido de las llaves abriendo la puerta nos sorprendió, y me di la vuelta con las mejillas coloradas como si me hubieran pillado haciendo algo malo.

—Hola... ¡Oh, ya estás aquí! —celebró Nena dándole un rápido beso en los labios.

—Me quedé trabajando y luego he venido dando un paseo, la oficina está

sólo a unos minutos.

—¿Qué os apetece cenar?, ¿pedimos algo? —preguntó mi prima.

—Que sea para dos, yo no tengo hambre. Buenas noches —me excusé yendo hacia mi cuarto.

—¿Aun te dura el *jet lag*? —bromeó ella, pero yo, que la conocía, noté el deje de mala leche.

—Eso parece.

—Descansa —murmuró Abel pasando junto a mí y persiguiendo a Nerea, que ya iba camino de la cocina.

«Felicidades. Prueba superada con éxito.»

Fue Picasso quien dijo: «Que las musas te pillen trabajando.» Mi muso iba más allá y se presentaba en mi casa cuando estaba escribiendo. Más que dormir, lo que hice fue acostarme en la cama con el portátil en el regazo. Con los cascos puestos y a todo volumen, Sia cantaba *Big Girls Cry*; no quería oír ni un ruido procedente del resto de la casa. Para ser sincera, no quería ni oír mis propios pensamientos. Como me ocurría tantas veces, queriendo o sin querer, acabé en una especie de trance y tecleando de forma automática. Esa que fluye de tu subconsciente sin que sepas lo que haces, dices o escribes.

Sobre la una de la madrugada, me levanté al baño y después me fui a la cocina a por una manzanilla con la intención de que me calmara aquella agonía que notaba en la boca del estómago. Me la tomé en el sofá, en la semipenumbra que daba la luz que entraba de la ciudad por el ventanal. Mi padre siempre dice que tengo la vista de un gato porque nunca enciendo las luces, me gusta pasearme por la casa a oscuras. Una sombra salió del pasillo y, al llegar al comedor, se dio un golpe con el sillón. Mi risa ahogada me delató.

—¡Qué susto!, no te había visto. —Abel se pasó la mano por el pelo y se acercó.

Su voz en susurros activó algo en mí, ese tono que tenía grabado en mi mente ahora sonaba de verdad a escasos centímetros de mí. Sabía que Nerea

es de las que, más que dormir, caen en un estado casi comatoso, pero igualmente mi risa sonó a murmullo.

—Amante bandido, si encendieras la luz no te habría pasado —balbuceé como pude con la boca abierta, sonriendo.

Iba a pasar de él...

No sé si fue pura provocación o sólo que no reaccionó a que mis ojos ya estaban del todo acostumbrados a ese nivel de luz, pero terminó de vestirse frente a mí abrochándose el pantalón y la camisa sin abotonarla del todo. Luego se sentó en el sillón para ponerse las botas.

Iba a... sentarme en su regazo.

Iba a... acabar arrancándole los botones de la camisa a mordiscos.

—¿Eres pájaro de noche? —Su voz era perfecta para sonar así, bajito. Era cálida. Directa al alma. Como una melodía de *soul* que pide luz tenue, latidos lentos y dejarte seducir por la vida. Nada de prisas ni gritos. Su voz era esa paz.

Terminó de atarse los cordones y alzó la vista, que chocó con la mía. Volví a la realidad, sonreí cohibida y me tomé otro segundo antes de responder.

—Últimamente me cuesta dormir —repuse, «porque sólo hago que pensar en ti», aunque esto último sólo se oyó en mi cabeza—. Buenas noches, Abel.

Iba a dejar de soñar despierta e irme a la cama...

Sin ganas, me obligué a levantarme.

—Sueña bonito.

Frené en seco.

«¡La madre que lo parió!»

Lo miré por encima del hombro, yo aún notando los estragos de la sacudida que me habían provocado tales palabras y él tan ignorante del mensaje que escondían.

—Eso se me da demasiado bien.

El mundo, un pañuelo lleno de mocos

Ya no recuerdo de quién fue la idea, pero al viernes siguiente volvimos a quedar todos para cenar en el mismo restaurante. Esa vez no había huida posible. Fui la primera en llegar, aunque no era de extrañar porque creo que salí de casa como una hora antes de la acordada. Nerea había cogido la ropa para cambiarse ya en el hospital y yo tenía tantas ganas de volver a verlo que me arreglé con dos horas de antelación y la espera no es lo mío.

«Ansiosa es mi segundo nombre...»

Pero también tenía miedo. Estaba acojonada por tener que sentarme a una mesa con mis amigos, frente a él y mi prima. En definitiva, era un manojo de nervios y dudas.

Cuando llegaron Elsa y Quim, me pedí la segunda copa de vino. La primera me la había tomado de una vez en cuanto me la sirvieron, nada más llegar. Ésa, en cambio, me la tomé más despacio y metiendo algo sólido en el estómago.

Como estaba sentada frente a la puerta, vi entrar a Nerea, seguida de Abel. Pantalones negros y camisa vaquera. Estaba impresionante. Pero algo se cruzó en mi minuciosa exploración. El mundo es un pañuelo y el mío estaba lleno de mocos: delante de mí, y acercándose, estaba mi ex. Por ridículo que parezca, mi primer pensamiento fue mirar mi ropa, y me alegré de haberme puesto el mono *short* de color negro. Era sencillo, pero lo que llamaba la atención era la abertura en forma de rombo que tenía a la altura del ombligo e idéntico en la espalda. Medias transparentes y la cazadora de piel color ciruela a conjunto con los *peep toes* y el anillo con un ámbar en forma de media luna. Llevaba el pelo suelto y el maquillaje cubría los restos del moratón que aún se empeñaba

en decorar mi frente —y que cada vez que lo notaba o lo veía tenía el efecto de recordarme el encontronazo y la desnudez de Abel—, y labios Russian Red de Mac. Bien, era un buen *look* para encontrarse con un ex. Recordé cómo le gustaba besarme en los hombros, así que, sin pensarlo dos veces, me puse de pie y me quité la cazadora. Lo bueno de estar seis años con él era que conocía sus puntos débiles y cómo martirizarlo un poco. Sigo sin entender qué nos impulsa a querer estar divinas de la muerte delante de ellos, pero es superior a nosotras. Aunque los odiamos, necesitamos hacerles ver lo que se han perdido.

—¡Qué sorpresa más agradable! —exclamó. Hacía tiempo que no lo veía y lo encontré realmente guapo. La camisa blanca con el cuello interior en gris le marcaba la figura y resaltaba el color de piel dorado del verano y sus ojos verdes. Llevaba el pelo algo más corto y se había cambiado las gafas. ¿Para qué engañarme? Seguía atrayéndome—. ¿Haciendo de carabina de nuevo?

Hasta que abrió la boca y recordé por qué lo odiaba tanto.

—Esta vez quien hace de carabina soy yo, capullo —contestó Nerea, interrumpiendo así mi respuesta.

Abel, que venía detrás de ella, se plantó delante de mí y di un paso involuntario hacia atrás, pero él me frenó al acunarme la cara con las manos y acercarse tanto que pensé que me daría un beso en los labios. Tragué saliva y levanté la vista hasta encontrar la suya, me vi reflejada en sus ojos y me olvidé de respirar. El tiempo se paró, allí, en aquel instante. Me guiñó un ojo y se apartó para colocarse a mi lado pasando un brazo por encima de mi hombro y apoyando la mano en mi cintura, y la mirada de mi ex se fijó en el detalle.

«¿De qué va esto?»

Busqué una respuesta muda en mi prima, pero sólo sonreía de forma exagerada.

—Gracias por mandar a tu novio a buscarnos, ha sido un detalle —dijo Ivet, que llegaba en ese momento, dándome un apretón en el brazo y haciendo muecas.

Los miré a todos con los ojos desorbitados.

«¿NOVIO? ¡Ojalá!»

—¿No nos presentas? —preguntó G con desdén y alargando la mano hacia Abel.

—Tío, déjalo —intervino Quim. Se hicieron grandes amigos cuando estábamos juntos y, aunque ya no se veían tanto, sabía que mantenían el contacto y que a veces quedaban para jugar a pádel.

Necesitaba aire. No sabía cuál de las dos locas era la que había ideado esa mentira cuando sabían que tener a mi ex delante se me hacía un mundo. Nadie me había preguntado si me parecía bien, sólo lo habían dado por hecho. Sé que lo hacían por mí, para demostrarle que ya había pasado página, pero ¿de verdad lo había olvidado? Él había tomado una decisión, se arrepintiera después o no, pero yo también. Me decepcionó como nunca nadie hasta aquel entonces lo había hecho, y no pensaba darle esa segunda oportunidad que siempre me reclamaba, pero ¿eso implicaba hacer aquel teatro? No soy de las de ojo por ojo, y no quería caer en ese absurdo. Ojalá llegara alguien que me hiciera olvidar, pero quería que fuera real, no una fantasía. Aunque me encantaba que la fantasía fuera Abel.

Todos me miraban esperando algo, y yo sólo podía pensar en dónde estaba la salida más cercana. Miré sus caras. La de mi ex mostraba la tensión por el momento; nunca, desde que lo dejamos, me había visto con otro hombre. La de mis amigos, venganza; sabían por lo que había pasado y sólo querían que me aprovechara de la situación. Cuando mis ojos buscaron al responsable de esa mano que me agarraba de la cintura, todo se detuvo de nuevo. Su mirada se fundió con la mía y me transmitió seguridad. Algo dulce y delicioso se paseó dentro de mí. Una sensación demasiado buena y demasiado peligrosa por ser él quien me la transmitiera. Su sonrisa caló en mi piel al verla tan de cerca. Vi cómo sus ojos se achicaban brillando bajo sus pestañas espesas y cómo le salían unas minúsculas patas de gallo. Cómo, bajo la barba recortada, se intuían unos hoyuelos y aquellos labios jugosos que sólo deseaba que formaran

parte de mi dieta. Arrebatador. La falta de aire me hizo reaccionar y darme cuenta de que estaba con la boca abierta y fantaseando aferrada a él. Delante de todos.

¡Dios!, como si la situación de volver a verlo no fuera suficiente, como si aguantar toda una cena sentada a la misma mesa y viendo cómo se hacía carantoñas con mi prima no fuera suficiente, ¡venga, añadamos más al cóctel, que ya está a punto de explotar!

«¿De verdad esperan que finja que este hombre me gusta y es mi pareja? ¿De verdad sólo tengo que interpretarlo o puedo quedarme el papel? Porque la idea me seduce cada vez más...

»¡Si casi ni puedo pensar, estoy yo como para interpretar!»

Su mano, aferrada con fuerza a mi cintura, acercándose más a él, me hacía vibrar y arder. Su perfume me asaltó y en mi mente apareció la imagen de Nerea el viernes pasado dándome los buenos días vestida sólo con la camisa de él. ¡Zasca!, eso me hizo regresar de golpe.

Respiré y me metí en el papel. Si había que fingir, fingiríamos y que terminara lo antes posible porque ya estaba a punto de perder del todo la cabeza.

—Abel, éste es G —dije de mala leche.

Ya que había que hacerlo, pues era mi momento de disfrutarlo. Dudaba que volviera a tener otra oportunidad de tenerlo tan cerca, de saber qué se sentiría si fuera real. Así que me regodeé en mi papel y abracé al novio de mi prima por la cintura, reposando mi cabeza en su pecho. Si era la única oportunidad que tenía de hacer realidad algunos de mis sueños más livianos con él, no iba a desaprovecharla.

—¿G?... Ah..., ya, «G» de *gilipollas* —soltó Abel.

«Joder, ¡qué bien se le da este papel!

»Contratado. Indefinido.»

—«G» de *Gervasi*, pero, claro, es demasiado para tu intelecto —aclaró tensándose y sacando pecho.

—Ya..., será eso, pero algo más listo que tú seré cuando soy yo quien la tiene ahora —contestó abrazándome y acercándose a mi oreja para susurrarme —: Deja de temblar o se dará cuenta.

«¿Cómo le digo yo a este espécimen que es él quien me hace temblar?»

Como os comenté antes, el mono tenía en la espalda una abertura igual que en la parte delantera y que quedaba justo en las lumbares. En esa zona tan erógena y sensible, él tenía la mano y su pulgar me acariciaba la piel desnuda. Carraspeé buscando mi voz, pero no la encontré y mi ex no me dejó tiempo porque atacó de nuevo, mostrándose en todo su esplendor.

—¿Eres de los que se conforman con las migajas?

—Guerras más grandes se han librado por un trozo de pan —contestó Abel cogiendo mi mano y besando mis nudillos—. Ahora entiendo que la perdieras.

«¡Uno, dos, tres..., adjudicada al señor que la abraza!»

—Ya lo has oído, olvídame. Tal como yo he hecho. —Necesitaba que se largara porque no aguantaría mucho más. Estaba al borde del colapso.

Además, me sorprendió y me decepcionó que, después de seis años juntos, Gervasi no me conociera lo suficiente como para que mi cara no le chivara que era una farsa.

«Por el amor de Dios, si soy una pésima actriz...

»Bueno, tener que fingir que estoy loca por Abel tampoco es muy complicado.»

Podía aparentar nerviosismo, pero era incapaz de interpretar el modo en que mi cuerpo estaba respondiendo a las caricias de Abel.

—¿De verdad crees que vas a ponerme celoso con este numerito? Sabes que me perteneces. Tarde o temprano abandonarás esta ridícula forma de comportarte y seguiremos donde lo dejamos.

El labio me temblaba y estaba a punto de derrumbarme. Desde que lo habíamos dejado tenía el maldito don de hacerme sentir débil. En un impulso de largarme y no oír más, intenté alejarme de Abel, pero sólo conseguí que me acercara más a él. Por un momento hasta yo me creí aquel abrazo. Me consumí

por un instante bajo su caricia, bajo el calor que emanaba su mano sobre mi piel.

«Todo es mentira, deja de hacerte ilusiones. ¡Sólo está fingiendo!»

—Acéptalo, «G» de *Gervasi*, es mía. Fuiste un gilipollas y perdiste lo mejor que te pasó en la vida. Tú le provocas pesadillas y yo sueños. —«¡Coño, qué gran verdad!»—. Desaparece, tu lugar es el pasado, y el mío, su futuro.

Alcé la cabeza, chocando de nuevo con su mirada de ébano, y me dieron ganas de gritarle: «¡Nene, libraría mil guerras con tal de tenerte en mi futuro!».

Lo que me faltaba para babear más por ese hombre era una cursilería, pero qué bien me sentó.

«¡Basta, loca! ¡Reacciona!»

—G, venga, déjala. Lo hemos discutido mil veces —intervino Quim, poniendo una mano en su hombro y tirando de él hacia atrás.

Hablaron en susurros, y, de mala gana, luego Gervasi se fue. Se acercó a una mesa donde había una pelirroja esperando —muy guapa, por cierto—, le susurró algo al oído y ella sonrió coqueta alargando la mano para que la ayudara a levantarse e irse.

Ahora, recordando aquellos días, me doy cuenta de que en aquel momento no sentí celos de mi ex y su nueva conquista, pero en cambio sí de mi prima y Abel. Eso debería haber sido otra señal. Otra que tampoco quise ver.

—Mejor me voy a casa.

Les di las gracias sin levantar la vista del suelo, cogiendo el bolso y la chaqueta. De repente tenía un frío atroz. No podía mirar a Abel a la cara, ni a mi prima. Sentía vergüenza por todo lo que me bullía en la cabeza, en el corazón. Y el cuerpo entero.

—Por favor, no le des el gusto, disfruta de la velada —intentó consolarme Elsa, acercándose a mí y cogiéndome del brazo.

—Lo siento. Sé que tenéis razón, que lo habéis hecho por mí, pero necesito estar sola.

Y, de nuevo, y por segunda vez, abandoné a mis amigos. Me subí a la moto y volví a casa hecha un mar de lágrimas y sintiendo que mi vida era un caos total. Nada bueno podía salir de todo eso.

Entre sus brazos, en una de las veces que me miró a los ojos, se me reveló. Descubrí que Abel había dejado de ser un amor platónico para volverse tan real como prohibido.

Cuando sólo era un capricho de hombre, era inconfesable, pero había mutado a peor, convirtiéndose en inmoral, y, sobre todo, en ponzoñoso. El corazón me iba a mil por hora impidiéndome respirar, los ojos ahogados en lágrimas; estaba en *shock*. Aún hoy me sorprende que no me diera un ataque de ansiedad, aunque creo que estuve muy cerca.

Definitivamente no sabía qué mierda había pisado, o si con mi presencia había ofendido a algún dios o había roto el karma de vete a saber quién, pero estaba visto que alguien me quería mucho mal. Si no hubiera sido por el yuyu que me dan esas cosas, hasta se me pasó por la cabeza que me habían echado un mal de ojo. Me había vuelto el juguete del destino. Su diversión. Me era imposible entender cómo, siendo más de siete mil millones de personas en todo el mundo, tenía que ser el mismo hombre. El Abel que me servía de muso, de inspiración, se había hecho realidad siendo el Abel de Nerea, su novio. Era de locos, y yo temía que mi fase de locura transitoria ya durara demasiado para ser eso, transitoria; se estaba volviendo crónica, y ése sólo era el principio.

6

Suspiro-man

Llegué a casa en un estado de histeria grave. El paseo largo que me di por la ciudad no sirvió de nada. Ni me calmó los nervios, ni el llanto. Todo se acumulaba. Aún ahora me pregunto cómo fui capaz de llegar ilesa.

Seguía sintiendo ese frío, lo sentía desde que había dejado de abrazarme. La carne de gallina, ese temblor inapreciable sin saber a qué se debía...

¿Era por la forma en que había despertado mi cuerpo con su roce?

¿Por el estado de *shock*?

¿O tal vez era puramente un efecto del frío típico de las noches otoñales?

Tener a G delante siempre me provocaba sentimientos encontrados. El primero de todo era encontrarlo guapo, y eso dificultaba las ganas que sentía de ignorarlo para siempre. Su sola presencia era sinónimo de una mezcla de dulces recuerdos y de una amarga decepción que seguía produciéndome ardores, y no sexualmente hablando.

Su insistencia dejó de parecerme halagadora un mes después de decirle adiós. Hasta me sentí tentada dos veces de aceptar sus disculpas y empezar de nuevo. Su comportamiento de cromañón de esa noche no era nada raro. Después de tantos años juntos había llegado a conocerlo y sabía que era fruto de los nervios y de la frustración, pero eso no impedía que su forma de hablar y las palabras que utilizaba fueran como misiles directos. No lo odiaba, pero tampoco estaba enamorada de él. Aunque estaba segura de que tampoco lo había olvidado del todo. Lo quería, ya no como pareja, sino como un bonito recuerdo. Alguien del pasado que durante años lo había sido todo para mí.

Había aceptado que no teníamos futuro como pareja y esperaba que él no tardara mucho en darse cuenta también de ello, por su bien y por el mío.

Refunfuñando y respirando ahogadamente por los nervios, me dejé caer de espaldas en el sofá. Tenía que serenarme. Ordenar las ideas. Había otras prioridades antes de Gervasi, de hecho, había una. Sólo una: Abel.

Esa farsa había podido conmigo y me había llevado hasta el delirio. Era para volverse loco. La sensación de estar viviendo uno de los tantos sueños que habían invadido mis noches..., pero estaba despierta. Era real y, para rematar, estábamos rodeados de mis amigos, de mi prima: SU novia.

«Pierde la cabeza al ser obligada a hacer realidad uno de sus sueños más secretos», ya podía ver el titular en todos los periódicos.

Soy incapaz de encontrar las palabras adecuadas para explicar qué sentí interpretando el papel de su pareja, como tampoco las sensaciones de después, cuando intentaba asimilar lo ocurrido. Estaba cabreada por tener que participar en un circo en contra de Gervasi cuando lo último que quería era hacerle daño.

Ansiedad. Histerismo por esa alucinación de carne y hueso.

Remordimientos y deslealtad al darme cuenta de lo que sentía por el novio de mi prima.

Y la reacción más física, ésa que no controlas: excitación.

Su forma de mirarme, tan intensa que me intimidaba, su mano provocativa colándose por la abertura de la espalda y sus dedos pervirtiendo mi piel me tenían cachonda perdida. ¡Dios...!, aún ahora, sólo de pensarlo, mi cuerpo se activa. Recordar ese casi beso, su aliento cálido sobre mis labios, su respiración tan cerca mezclada con la mía, hizo que apretara los muslos con fuerza. Sus ojos color café seguían clavados en mi retina como una catarata que me impedía ver nada más. El placer de sentirme arropada por su abrazo y querer perecer en él, su latido bajo mi oreja cuando reposé la cabeza en ese pecho que me sabía de memoria de la infinidad de veces que había fantaseado con que lo recorría con mis dedos. Toda esa oleada de emociones me ayudó a

poner nombre a ese estrujamiento que sentía en el estómago: eran las conocidas mariposas. Ya había estado enamorada, había querido muchísimo a Gervasi, pero nunca consiguió que se me removieran a esa velocidad. Nunca habían estado tan vivas.

¿Cómo no perder la cabeza?

¿Cómo no soñar despierta?

¿Sólo mi obsesión me estaba llevando a la locura o él también estaba participando en ella?

Porque... esa mano en mi espalda, sus dedos acariciándome perezosamente la piel..., ¿eso también formaba parte del teatro? No había nadie detrás de nosotros, por lo que era imposible que fuera para atormentar aún más a Gervasi porque no podía verlo. Lo único que podía ver mi ex era la respuesta de mi cuerpo: perturbación. Temblor, mejillas encendidas y pupilas dilatadas; en cualquier caso, ninguna de ellas formaba parte de ninguna farsa.

Sonó el timbre del portero automático y volví a la realidad, pero preferí ignorarlo, no sabía quién podía ser a esas horas y tampoco me importaba. Volvió a sonar al tiempo que mi móvil, era un mensaje de Ivet:

Soy yo, ¿te apetece compañía?

Utiliza tu llave, que para eso la tienes.

Sonreí, ella es así. Siempre había respetado mi espacio, como estaba haciendo, pero eso no impedía que se preocupara y que me hiciera saber que estaba allí.

Cuando llegó vi que traía una caja de pizza y mi estómago rugió al oler el queso fundido. Como el viernes anterior, con las prisas de huir del lugar de los hechos, estaba sin cenar. Se lo agradecí mientras le cogía la caja y le daba un abrazo de esos que dicen más que cualquier palabra.

—El vino lo pones tú —agregó quitándose la chaqueta.

Entre porciones de pizza y vino tinto fuimos hablando de todo y de nada. Poco a poco me fui relajando, entiéndase dentro del contexto de acabar de

abrazar y tontear con el novio de tu prima y después darte cuenta de que realmente te gusta. Mucho. Demasiado.

—¿Ya has empezado el nuevo libro?

Sonreí. Es mi mayor fan y durante un tiempo mi única lectora cero. A ella le encanta formar parte entre bastidores, y yo agradezco de corazón que sea directa y clara en su opinión. Prefiero eso y que me diga lo que no le gusta a un «genial» que no cree.

No recuerdo muy bien cómo me llegó la idea de escribir una novela romántica, ni tampoco cómo se fue desviando hasta una erótica. Fue durante el segundo año de carrera. Bernardo y Amélie aparecieron de pronto mientras estudiaba para un examen de Medicina Legal y Ciencia Forense —ya veis, qué romántico— y se instalaron en mi mente durante meses. Acaparaban horas de día y de noche. O estudiaba o escribía. Criminología y erótica. Escribir, evadirme de la realidad y sumergirme en su historia fue una aventura que me enganchó y se convirtió en mi mayor pasión. No me importaba no compartirla con nadie, me gustaba ese anonimato. Aunque me arrepentí en el acto de contarle quién era en verdad Emma Nuelles, poco a poco la idea de compartir aquel secreto con Ivet me gustó. Aportaba ideas, empatizaba con los personajes hasta convertirse en una pieza indispensable.

Después de la trilogía había escrito la historia de una perfumista que se instalaba en París. Una novela algo más sentida porque la escribí después de dejarlo con Gervasi y se convirtió en mi mayor terapia.

—Sí, ya llevo algunas páginas. Tengo la idea clara, y parece que esta vez sí voy a cumplir los plazos.

—Andrea estará contenta.

—Sí, y espero que siga así. —Aunque no conociera personalmente a mi editora, una vez me encontró con ella al teléfono y fue testigo de lo amable que se pone cuando me retraso en los plazos.

—¿Podemos hablar ya del tema? —Resoplé y asentí con la cabeza—. ¿Qué ha pasado antes?

—Lo de siempre, que no soporto ver a Gervasi, me pongo mala con sus comentarios.

Sabía que si le decía que subiera a casa llegaría la pregunta. Aunque necesitaba contarlo, estaba muerta de miedo por decirlo en voz alta, como si al guardarlo sólo para mí dejara de ser tan horrible. Pero, para no variar, a la primera que pude le achaqué la culpa a mi ex.

—Eso lo sé, pero siento que hay más. ¿Es por la pantomima que hemos liado? Nerea ha pensado que sería una buena forma de apartarlo definitivamente.

—Y os lo agradezco, pero... —Suspiré agotada haciendo girar el anillo como hacía siempre que estaba estresada.

—¿Qué más? Venga, habla; nunca te ha costado tanto abrirte y contarme qué te está comiendo por dentro.

Había llegado la hora. Toda confidencia se lleva mejor entre cucharadas de helado y chupitos de alcohol, por eso, sin contestar nada, me levanté y fui a por ellos a la cocina. No podía contarle la verdad de quién era para mí Abel y cómo lo conocí, pero sí podía liberar un poco de peso.

—Creo que me gusta —farfullé sentándome y dejando las provisiones en la mesa. Sentía un nudo en la garganta que a cada instante se estreñía más.

—¿Quién? —Me miraba expectante, y yo me tomé el tiempo con la mirada perdida en el bol que tenía en las manos.

—Abel —musité, escondiéndome bajo una cuchara llena hasta arriba de helado.

Creo que lo dije tan bajo que tardó unos segundos largos en reaccionar, pero sé cuándo lo hizo por el respingo que pegó acompañando un chillido que me estremeció los tímpanos. Se sirvió un chupito que se bebió de un trago sin dejar de mirarme con los ojos desorbitados.

—¿Sólo lo crees? —preguntó encogiéndose e intentando esconder las orejas bajo los hombros como si no quisiera escuchar porque temía la respuesta.

Sacudí la cabeza y afronté la verdad. «¿No decías que querías hablar?, pues al toro.»

—Estoy bastante convencida de que me gusta.

—Pero ¿desde cuándo? ¿Cómo? ¡Si casi ni lo conoces! —No dejaba de negar con la cabeza, de cruzar las piernas...; bueno, al menos parecía que la situación no sólo me ponía nerviosa a mí.

Le conté por encima el encontronazo en el baño del sábado pasado, la presentación en la cocina, y, para rematar, lo que había sentido esa noche fingiendo que era su novia.

—¡Menuda mierda tienes encima, niña!

Confirmado, hablarlo abiertamente con ella y confesar mis sentimientos no me aligeró para nada el peso. Todo lo contrario, me sentía incluso peor.

—Gracias por tu comprensión —repuse, e Ivet nos sirvió otro trago de tequila.

—La verdad es que no me extraña, es realmente atractivo y tiene ese aire... Ya te conté que cuando lo vi me hizo pensar en tu enólogo Bernardo.

Carraspeé, claro que se le parecía, ¡si me había inspirado en él! Cada personaje masculino que inventaba tenía algo de él. ¡Era mi muso!

—Sí, tal vez... —concedí esquiva.

Puede que en otro momento le sorprendiera que no alargara más porque me encantaba debatir con ella sobre mis libros, estudiar a los personajes, la cronología, pero creo que había tanto por asumir de mi confesión que ese detalle lo pasó por alto, y fue un alivio.

—¿Antes ha llegado a besarte?

Mi cabeza volvió a ese momento. Su perfume, el calor de sus manos en mis mejillas, el brillo de sus ojos enamorando a los míos, y, con ello, ese dulce aleteo tan puñeteramente adictivo que me cosquilleaba por dentro.

—No, pero te prometo que sentirlo tan cerca me ha provocado más que muchos besos. Todo esto es surrealista...

—¡Surrealista, pero bonito! —dijimos las dos a la vez, recordando a Hugh

Grant en la película *Notting Hill*.

—¡Cuánto hace que no la vemos! —expresó soñadora, era una de sus pelis favoritas.

—Por tu culpa. ¿Qué prisa tenías en irte a vivir sola? Con lo bien que estábamos.

—¿Qué piensas hacer? —dijo volviendo al tema.

—¡Nada! —rugí, demasiado nerviosa. Me pasé las manos por la cara hasta llegar a la nuca, donde las dejé mientras resoplaba con fuerza—. Y tú, ni pío. Esperemos que sea otro visto y no visto de Nerea y luego ya veremos.

—¿Y mientras?

—Ni idea, ¿evitarlo? De momento lo estoy haciendo fatal porque a quien estoy evitando es a mi prima, pero sólo de pensar en sentarme y que me cuente las maravillas de Abel, me pongo mala.

—Pues ya puedes empezar a olvidarlo y a hacer de tripas corazón porque, sabiendo cómo le gusta explayarse contando cada detalle de sus novios, va a empezar a sospechar algo.

—Ya.

Las dos conocíamos a mi prima y su forma de ser. No era mala persona, pero llevaba consigo esas ganas de ser siempre el centro de atención. Muchas veces la vida se volvía una competición con ella.

Ivet se tumbó en el sofá boca arriba y las dos permanecimos en silencio algunos minutos. Tenía ardor de estómago y no sabía si era por la gula con la que había cenado porque los nervios me hacían comer con ansia y cantidades indecentes, si era la mezcla de vino y tequila o era sencillamente un efecto secundario de todo lo vivido esa noche y de ser consciente de mis sentimientos.

—¿Tienes idea de lo pequeño que puede resultar un ascensor?

—¿Eh? —Estaba tan concentrada en mis propias cavilaciones que no sabía a qué venía ese cambio de tema, pero la dejé hablar.

—He encontrado otra razón para que no me gusten los ascensores. Depende

de con quién lo compartas se puede hacer minúsculo. ¡Sin aire!

—¿Estás intentando contarme algo? Porque siento decirte que, entre mi cacao mental y los chupitos, no estoy entendiendo nada.

—Esta tarde yo también me he cruzado con un espécimen de éstos. —Su voz sonaba soñadora y exhaló profundamente junto con un gemido, como si paladeara el recuerdo.

La miré con detenimiento. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo alta, blusa cruzada con gran escote de color camel y pitillos de piel negros. Nada más llegar se había quitado los *stiletos*, que descansaban sobre la alfombra cerca de los míos. Estaba preciosa, pero lo que más destacaba era la sonrisa, que, sin poder remediarlo, brillaba en su rostro.

—¿Un espécimen de éstos?

—Sí, vamos a llamarlo del «clan suspiros». —Solté una carcajada esperando su argumento—. Uno de esos hombres que si piensas en él suspiras, si hablas de él suspiras..., si...

—Lo he pillado y me encanta. ¿Me lo prestas? —Era con la única que me permitía hacerlo, cogí el móvil y empecé a teclear para guardar ese argumento.

—Todo tuyo. Ya sabes que sólo te pido un porcentaje de las ventas.

—¿Has conocido a alguien? —inquirí curiosa volviendo al tema.

Ivet era lo contrario de mi prima. Era muy exigente, por eso descubrir que por fin alguien había llegado a despertar algo en ella era para tirar cohetes.

Según ella misma, había empezado muy joven a salir con chicos, y siguió durante años de novio en novio, sin tiempo para ella. Siempre con pareja, olvidándose de vivir y de disfrutar con las amigas. Hasta después de la carrera, cuando algo cambió; se cansó de esas relaciones que no le aportaban nada, se dijo que para encontrar a su hombre no tenía que ir probándolos a todos y se impuso algo más de rigor. A veces, creí que ponía demasiado alto el listón, así que, después de años viendo cómo les encontraba defectos nada más conocerlos, sentía curiosidad por ese príncipe que sin besarla la había hecho despertar de su letargo.

—No exactamente, sólo hemos compartido un viaje en ascensor.

—¡Cuéntamelo todo, ya!

—Hay poco que contar. Ufff... —Se dio el tiempo para empezar y, aunque la curiosidad me podía, esperé paciente. Sonriendo de lado y con los ojos medio entornados, seguramente recordando con todo detalle el momento, empezó—: Ha sido una tarde de esas en que todo sale al revés. Cuando he mirado la hora eran ya las siete y media y tenía un hambre atroz, así que he cogido el monedero para ir al bar. La intención era bajar por la escalera, pero he visto a un hombre esperando frente al ascensor y me he atrevido.

Cuando Ivet tenía unos siete años, se quedó casi toda una mañana encerrada en un ascensor y desde entonces les tiene pánico, con los años va mejorando y ahora si hay alguien más se atreve, pero le cuesta.

—Espere, por favor —exclamó Ivet cuando vio que no llegaba a tiempo.

Una mano bronceada, masculina, acompañada por un bonito reloj y el inicio de una camisa blanca asomó entre las puertas parando su recorrido. A la enfermera le hizo gracia que se fijara en esos detalles y pensó que tanta literatura romántica estaba empezando a afectarle en su día a día.

—Gracias —agradeció una vez dentro del ascensor, elevando la vista hacia su salvador.

Por un momento dudó de si estaba viendo un espejismo a causa de una bajada de azúcar, por llevar demasiadas horas sin comer, o si se debía más al tipo de lectura. «Al que le dedico demasiadas horas, está claro», pensó, porque no podía creerse que allí dentro, frente a ella, estuviera semejante hombre y, encima, observándola descaradamente.

Muerta de vergüenza por haberse quedado embobada mirando, apartó la vista y la fijó en el suelo, en las paredes... Tampoco es que hubiera mucho donde entretenerse, cuando sólo había una cosa que quería ver. Pero él no parecía avergonzado porque la sensación de ese hormigueo al ser observada, de arriba abajo y de lado a lado, la estaba poniendo nerviosa. Se dijo que

seguro que no era para tanto, que había sido sólo la primera impresión, así que, harta de disimular, levantó la vista y lo afrontó. «¡Ja!», gritó su mente al elevar los ojos. Se había quedado corta, muy corta. Era realmente mucho mejor. Su inspección empezó por los ojos, que eran de un azul hipnótico. Pelo castaño y muy corto, menos la parte superior, que la llevaba hacia arriba; facciones en forma de diamante y labios perfilados, sin barba y con ese corte en la barbilla inferior que no llegaba a ser hoyuelo.

«Virgen santísima», aduló mentalmente, tragando saliva.

Se fijó hasta en la ropa. Vestía un traje negro que marcaba a la perfección un cuerpo delgado y una camisa blanca desabrochada en los primeros botones, que dejaban a la vista la piel y el vello del inicio de su cuello. Siguió hacia arriba y se encontró de nuevo con que él la estaba observando de forma seductora y hambrienta. Y ahí se quedaron, sosteniéndose la mirada hasta que sonó el «ding» y las puertas se abrieron.

—Las damas primero. —La voz grave y ronca le resultó muy sexy.

—Gracias —balbuceó Ivet, aún en trance, y salió.

Él se le pegó a la espalda, muy cerca, y le susurró contra el pelo:

—Todo un placer.

—Ha sido muy raro, intenso.

—Ojalá lo vuelvas a ver, ¡pinta muy novela!

—Si fuera una novela, me habría pedido el teléfono, me habría invitado a cenar; si fuera una tuya, ¡hasta me habría besado o más! Pero esto es la vida real y lo más probable es que no vuelva a verlo. Pero te prometo que seguro que más de un sueño tengo con él.

—Nunca digas nunca, yo me tropiezo con G más de lo que me gustaría.

—Es normal encontrártelo en locales que ya frecuentabais como pareja. Y, bueno, lo de Abel es una putada; ya puedes empezar a buscar la forma de olvidarlo, porque mejor no imaginar lo que podría pasar si...

—Eso, mejor ni imaginar. —Y ya no sólo por lo que había confesado en

voz alta, sino por lo que me había guardado y que, si saliera a la luz, podría ser un cataclismo.

—Llamo un taxi y me voy. Mi prima llega en el tren de las nueve para hacer otra vez «la última compra» para Irene. Esa niña aún no ha nacido y ya tiene ropa como para llenar el vestidor de Carrie Bradshaw. Quiero estar despejada, y por tu culpa me llevo una pea del copón.

—¿Quieres quedarte a dormir? —Sabía que su habitación, aunque pareciera más una leonera por todo el jaleo que había, siempre estaba disponible para ella.

—Prefiero irme ahora que tener que madrugar para ir a casa, ducharme y cambiarme.

Mientras esperábamos el taxi lo recogimos todo. Antes de que se marchara la abracé fuerte y le di las gracias por estar ahí, por escucharme.

—Tranquila, seguro que pronto estará todo olvidado.

No le contesté, porque la verdad que un «ojalá» no encajaba con nada de lo que sentía, quería o necesitaba.

Comerte a ti, no al mundo

El día acompañaba. Era un sábado de esos perfectos de octubre con una suave brisa que, junto con el calor del sol de otoño, incitaban a vagar y a dejar pasar el tiempo instalada en la terraza. Una de esas mañanas en las que todo parece ir en cámara lenta, para emociones ya había tenido suficientes con la noche anterior. Me había levantado tarde, sólo me apetecía un café bien largo y desayunar sin prisas en la terraza. No era muy espaciosa, pero al ser alargada permitía tener como dos ambientes: un rincón para comer con una mesa redonda de madera y cuatro sillas, y, en el otro extremo, con palés y viejos colchones de espuma habíamos creado una especie de sofá y una mesa baja. Una zona de *chill out*, como la llamó Elsa cuando nos ayudó a fabricarla dos veranos atrás. Para ser obra nuestra nos había quedado bastante bien, y lo mejor de todo es que allí me echaba unas siestas de órdago.

Había salido para desayunar con mi libreta y un boli para apuntar algunas ideas que durante la noche de insomnio habían aparecido en mi cabeza. Mi paz matutina duró un suspiro, o eso me pareció a mí. Era la una pasada cuando oí sus voces dentro del piso acercándose a mí. Mi corazón empezó a bombear con fuerza y comencé a sentir los fuertes latidos, que me oprimían el pecho.

«¿Es que no piensan darme ni un puto día de descanso?!»

Aunque se me pasó por la cabeza correr y esconderme en mi habitación, vi que no llegaba a tiempo. Apreté los puños y pataleé descalza al aire intentando descargar un poco de furia por volver a verlos y, al mismo tiempo, forzar una sonrisa en los labios.

Un escalofrío hizo que me ardiera toda la piel de vergüenza al ser el primer

encuentro teniendo muy claro lo que sentía por él, y, aceptémoslo, las puñeteras ganas que tenía de volver a verlo también contribuían a ese desasosiego. Me estaba volviendo claramente un ejemplo de bipolaridad. O eso, o era dos idiotas en una.

Seguía con la ropa que me había puesto al levantarme: una vieja camiseta de manga corta con el eslogan BUENOS DÍAS, CÓMETE EL MUNDO —que dejaba un hombro descubierto del tizeretazo que le había metido al cuello porque me ahogaba demasiado— y un *short* de pijama de rayas en tonos verdes. Llevaba el pelo recogido en un moño flojo y estaba con la cara sin lavar, todo glamur. Recordé que no tenía que agradarle a nadie, así que no pasaba nada por tener esas pintas de «*home, sweet home*». Estaba repanchigada en una de las sillas con los pies sobre la mesa, igual que los restos de mi desayuno, donde había también pósits con anotaciones, que con una rapidez —seguro que sospechosa— escondí dentro de la libreta que tenía en mi regazo al verlos llegar.

Después de saludarme y de darme un beso en la mejilla —los dos—, se sentaron frente a mí. Bajé rápido las piernas, más que por respeto, por eso de tener los pies en la tierra, porque no me pasó desapercibida la mirada que Abel les dedicó y que hizo que mi piel se pusiera en modo *chup-chup*.

Mi prima seguía llevando el mismo vestido que la noche anterior, pero él sí se había cambiado y estaba irresistible vestido con unos vaqueros de estilo clásico, polo blanco con los botones desabrochados y cazadora de cuero negra.

—¿Desayuno o comida? —preguntó Nerea señalando la mesa con la barbilla.

—Desayuno.

—Perfecto, porque voy a preparar mi paella especial. No os quiero ver por la cocina —dijo antes de desaparecer en el interior del piso.

Mi primer pensamiento volvió a ser dejarlo solo y refugiarme en mi habitación. No sabía si podía permitirme el lujo y el deseo de estar un rato a solas con Abel. Aunque fuera de lo más normal e inofensivo estar allí los dos

charlando tranquilamente, lo que sentía por él lo convertía en un acto desleal. Me hacía sentir una maldita traidora. Un juego peligroso del que, si alguien salía perjudicado, sin duda sería yo. Pero estar allí era lo que más deseaba. Quería conocerlo, borrar esa parte atrayente que provoca lo desconocido, quizá así dejaría de interesarme. Ilusa...

Sé que para los creyentes todo lo que tenía que ver con él en mi vida ya era motivo para llevarme directa al infierno. Primero, por la forma en que lo había conocido y por cómo acabó transformándose en un amor platónico, y, para rematar, esos sentimientos se habían vuelto una tortura al hacerse real convertido en el novio de mi prima. Si creyera en esas cosas, hasta pensaría que era un castigo divino.

Sus movimientos me hicieron volver a la realidad. Se había levantado para quitarse la chaqueta y después se repanchigó en la silla frente a la mía, con los pies sobre la que había dejado libre su novia. Tenía los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás buscando que el sol acunara sus facciones. Lo envidié, yo también quería recorrer cada poro de su piel, acariciarla, descubrir cada peca, perderme en esa boca pequeña pero de labios gruesos y jugosos.

«De perdidos, al río.

»*Carpe diem...*»

Y eso hice, aprovechar el momento.

—Gracias por lo de ayer —dije con la vista perdida en el tatuaje de la ola que tenía en medio del antebrazo.

Sintiera lo que sintiese, eso no impedía que les agradeciera que hubieran intentado ayudarme montando aquella farsa frente a Gervasi. No sabía si había servido para que se diera por enterado ni si lo habíamos engañado. Lo más patético de la situación era que yo, sabiendo que era mentira, me lo había creído. Dios, era tan estúpido... Pero es de lo más normal mentir y que al final tú mismo acabes creyendo que es la realidad. Puta realidad...

—De nada. Fue un placer ayudarte con ese tipejo. ¡Vaya individuo! —Bajó la cabeza y sus ojos almendrados chocaron con los míos... Ese brillo no podía

ser normal.

—Sí, es todo un personaje —sentenció, sin añadir más porque estaba observándolo perpleja. Abel estaba picoteando de lo que quedaba de la tostada con jamón que no me había terminado y, de un sorbo, apuró el café.

Puede que algunas personas al verlo terminarse el desayuno de otro lo tacharan de glotón y les diera hasta asco semejante actitud, pero yo me lo tomé como un acto de confianza. Me aterró lo mucho que me gustó esa complicidad. Mis musas pestañearon soñadoras:

Los dos recién levantados, en esa misma terraza, desayunando juntos mordisqueando de la misma tostada y sorbiendo de la misma taza. Compartiendo el periódico, sentir su mirada ardiente recorrer, junto a sus manos, mis piernas desnudas recostadas sobre su regazo...

«¡NOOOO!» Me llevé las manos a la cara y la froté como si así pudiera borrar lo que mi mente me mostraba. Ni que decir tiene que fue en vano.

Debería cabrearme para que siguiera guardando una mala imagen de mí, decirle que quitara sus manos de mi comida, pero fui incapaz. No quería que me odiara, aun sabiendo que ésa sería una buena solución. Era complicado, pero a mí lo complicado siempre me ha atraído, y él era una deliciosa tentación.

—Espero que no te molestara —continuó ajeno a mis pensamientos—. Nerea creyó que sería buena idea, pero en vista de cómo te fuiste... Sabe que necesitas tu espacio, pero está preocupada por ti y quería venir a verte.

Me sentí ruin y mezquina, el mismísimo Satán. Sabía que las intenciones de mi prima eran buenas, que todos eran conscientes de lo mal que lo había pasado y lo que me provocaba Gervasi cada vez que nos volvíamos a encontrar, y ¿cómo se lo devolvía yo? Encoñándome de su novio.

«Lo dicho, directa al infierno...»

—¿Has pensado en volver con él? —me preguntó después de carraspear

como si dudara de indagar en el tema.

No sé qué me impulsó a abrirme y contárselo todo, pero Abel tenía algo que me hacía sentirme cómoda, en confianza como para relatarle todo lo que había ocurrido con Gervasi. Puede que las mismas ganas que tenía de conocerlo todo de él me impulsaran a contarle cómo era yo.

—Y ahí tienes un resumen de los últimos años de mi vida. No quiero volver con él, pero es verdad que a veces necesitas que te abracen, no sentirte tan sola...

—Para eso no lo necesitas. —Tendiéndome la mano por encima de la mesa, se levantó y me arrastró con él.

Me envolvió con sus brazos y sentí su cuerpo pegado al mío. Me quedé paralizada, me costó asimilar que no era fruto de ninguna farsa ni invención de mis musas.

«Repita conmigo: es real. No sueño. Real. No sueño. Real...»

Me abrazó como todo el mundo necesita para no sentirse solo. Me acurruqué con la cara escondida en su pecho, engullida por su olor. Cerré los ojos y volé. Estaba tan atontada que hasta me pareció que olía mi pelo. No quería que terminara, ¡qué dulces podían resultar algunas torturas!

«Un segundo más, aunque no lo merezca, sólo uno más.»

Respiré hondo y su aroma me mortificó un poco más. Suspiré abatida al darme cuenta de que aquello era la magia que siempre buscas y que no hay quien pueda controlarla.

«Es mejor de lo que jamás soñé o imaginé. Estar entre sus brazos es... Hay algo que lo cambia todo, es...»

—Es real. —Me di cuenta demasiado tarde de que lo había dicho en voz alta.

—¿Perdón? —preguntó alejándose sólo un poco, y yo levanté la vista topando con la de él. No fue buena idea, porque tener tan cerca esa mirada trastocaba al más cuerdo.

—Eh..., nada. Gracias, aunque a veces se necesita más que un achuchón —

ironicé para intentar quitarle importancia a esa marabunta de emociones.

—Lo siento, por mucho que me pese, en eso no puedo ayudarte. —Se encogió de hombros y una sonrisa poco disimulada se le escapó por la comisura de los labios—. Gracias a ti por contármelo. Como cada vez que nos vemos sales huyendo, pensé que nunca llegaríamos a intercambiar más de dos frases.

—¡Deja de sobar a mi novio! —nos interrumpió Nerea, y el momento se desvaneció como un sueño. Como lo que era.

«Pillada con las manos en la masa..., ¡y qué masa!»

—Sólo era un abrazo... Le he pedido más, pero se ha negado. —A veces la verdad de cara es la mejor excusa, y en ese caso me pareció lo más oportuno; además, tengo que admitir que mi cabeza estaba saturada y era incapaz de inventar nada.

—¿Y qué esperabas? —preguntó divertida.

—Mejor no te lo digo —refunfuñé entre dientes, mostrando una sonrisa disfrazada, y, abatida, me senté de nuevo.

«Ahora hace gracia..., a ver dentro de unos días.»

—Abel, ¿podrías bajar a buscar algo de postre? Hay una pastelería justo enfrente, al otro lado de la calle. Pensaba que había helado, pero imagino que anoche se evaporó.

—Claro. —Le dio un beso tierno en los labios.

Avergonzada, me di cuenta de que estaba moviendo los míos esperando sentir ese roce. ¡Estaba volviéndome loca!

Los dos se fueron y yo bajé la frente hasta la mesa y empecé a darme de cabezazos.

«¡Estás idiotizada perdida!»

Unos pasos acercándose hicieron que levantara la vista, era él.

—Me dejaba la cartera —me informó con aire despreocupado.

—Así que soy yo la que se larga cada vez que estamos juntos, ¿eh?... —bromeé alzando las cejas y sonriendo.

—*Touché*. —Rio enseñando una perfecta dentadura y me guiñó el ojo.

«Oh, sí, tú *touché* a *moi*, donde quieras, cuando quieras, que yo me dejo todo.»

Cogió la *biker*, que había dejado en el respaldo y, sin quitarme la vista de encima, se la puso. Como una boba fanática, me recreé en cada movimiento. Rodeó la mesa y se apoyó en ella con una mano y la otra en el reposabrazos de mi silla, encerrándome allí. Boqueé. Agachó la cabeza lo suficiente como para quedar a escasos centímetros de la mía. Empecé a temblar por su cercanía. No podía apartar la vista de sus labios, tan tentadores, tan jugosos, tan cercanos, tan prohibidos...

«¡Maldita loca! Ese calor no es sexual, son las llamas del infierno.»

—Por cierto, no sé quién preferiría comerse el mundo, pudiéndote comer a ti...

Tragué saliva y vi cómo él seguía con sus ojos el movimiento de mi garganta. Luego continuó bajando hasta sentir el calor de su mirada en mis pechos, mi corazón a punto del colapso, los latidos rugiendo como campanas de boda, mis pezones respondiendo duramente a su seducción y dejando ver que no llevaba sujetador. Cuando levantó los ojos y se encontraron con los míos, por un segundo creí sentir algo, algo que no se esfumó ni siquiera cuando se incorporó y se fue dejándome completamente abducida.

«Ha dicho “comerte a ti”, o sea, a... ¿MÍ? Él coqueteando descaradamente conmigo... ¿Ha sido un piropo? ¿Una frase hecha? ¿Un deseo? Dios...

»Manuela, no te imagines cosas...

»¿Que no...? Pero si se me da genial. Es lo mejor que sé hacer, y más si es con él.

»Ha sido tan... apoteósicamente erótico.»

Exhalé todo el aire de los pulmones por la nariz. Resultado del experimento de dejarse llevar: Abel, 1 - Manuela, K. O. Fuera de combate.

Ese algo seguía flotando mientras poco a poco recuperaba la respiración. Esa influencia que, en lugar de apartarme, me hacía querer una y otra vez estar

más cerca de él. No me había recuperado de ese asalto cuando en mi mente perturbada apareció una pantalla en negro con las palabras «*Insert coin*». Lista para la próxima partida, porque cada vez que estaba con él, y sobre todo a solas, era sencillamente perfecto. O tan perfecto como la situación lo permitía.

Dándome palmadas en la frente y negando con la cabeza intenté, como si fuera algo sencillo y rutinario, dejar de sentir, de pensar..., de ¿ser yo? Estaba furiosa por no saber cómo frenar todo aquello. Gruñí en voz alta, asustando a las últimas golondrinas que quedaban aún por allí. Tenía que ser más consecuente con mis actos. Frente a él me volvía voluble, algo que nunca había sido, por lo que me descolocaba más aún.

Una (pizca) de cal y una (tonelada) de arena

Me fui a mi habitación buscando un poco de paz. Iba con la intención de arreglar un poco el desorden en el que se encontraba. Quizá colocar y limpiar de forma compulsiva me ayudara. Todo era un descontrol, que, aunque no lo parecía, estaba controlado, o eso quería creer.

«También debería intentar poner en orden la maraña de sentimientos que siento.»

Debería.

Pero lo único que hice fue tumbarme en la cama. Me di cuenta de la gravedad del asunto cuando me vi moviendo la nariz como Samantha en «Embrujada», esperando que con eso todo volviera a su lugar. La ropa era lo de menos, la verdad. Habría sido perfecto si con ello consiguiera mandar a Gervasi definitivamente al pasado, y a Abel a ese lugar secreto donde había estado hasta entonces. Por mucho que me tentara la idea de ponerlo y dejarlo bien colocadito en mi presente y mi futuro, era como querer que se sostuviera un jarro sobre una fina cuerda: inestable y con un final predecible, hecho añicos. Pero a tonta no me gana nadie, y lo intenté. No sabía si se debía a mi terquedad o a mi gilipollez, eso aún estaba por ver. Necesitaba en la misma medida apartarlo y olvidarlo, como tenerlo cerca y conocerlo mejor. Pero ya se sabe que necesitar no es lo mismo que poder, ni tampoco que querer.

Había dejado la puerta entornada, y un ligero golpe de nudillos en ella me hizo volver la cabeza hacia allí. La presencia de Abel en mi habitación hizo que me sentara de golpe y una deliciosa corriente eléctrica me atravesó de arriba abajo.

—La comida está lista, cuando quieras —masculló sin dejar de mirarme con una media sonrisa arrebatadora.

—Gracias, voy.

Sin que le diera permiso, y mostrando aquella confianza, entró en mi guarida y se sentó en la cama, a mi lado. Me puse nerviosa, como si por el hecho de entrar en mi cuarto pudiera descubrir el secreto que allí guardaba. Era imposible, pero algo dentro de mí no lo creía así.

Sin decir nada, siento el roce de sus dedos acariciar mi mano, que descansa sobre la cama, un cosquilleo dulce y sensual lo persigue en su camino por mi antebrazo en dirección a mi cuello. Cuando noto su palma en mi garganta, levanto la cabeza para dejarle más espacio. Nuestras respiraciones se aceleran, gimoteo anhelante. Sigue su ruta hacia abajo, serpentea en mis pechos, que reclaman dolorosos su atención y el calor me traspasa la camiseta al sentir cómo resigue las palabras que la decoran: «Cómete el mundo». Una invasión de mariposas inunda mis entrañas. Jadeo cuando siento que esconde la mano bajo ella y roza la piel de mi...

«¡Musas, castigadas a un rincón, y ni se os ocurra ponerlos a desvariar!». Pero las muy perras me ignoraron a conciencia.

—Ha cambiado desde que yo vivía en ella —dijo, como si no se hubiera percatado de nada, ni de mi sueño, ni de que, en lugar de respirar, resollaba.

—¿Ésta fue tu habitación? —pregunté alucinada.

Mi cabeza dejó de pensar en él por un instante y me di cuenta de que eso era una pista muy importante del rompecabezas que llevaba años intentando desentrañar.

—¿No lo sabías? —Negué tajante—. El primer año de carrera lo pasé aquí, luego me fui a vivir con mi hermana Abril.

Eso explicaba algunas cosas. Había una lógica. Las piezas iban encajando. Teniendo algo en común como el piso, Charlie o hasta mi hermano Eric, hacía

que la posibilidad de encontrarnos fuera aún mayor. Era como jugar a Euromillones, yo llevaba años con aquella ilusión, y llegaba mi prima y a la primera se llevaba el premio gordo. Un premio que estaba claro que no era para repartir.

Lo vi mirarlo todo sin ninguna discreción. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con fotos de mis amigos y mi familia. Junto a la puerta había tres colgadores repletos de chaquetas, bolsos... y un cesto para todos mis fulares, seguido de un espejo de pie que era una antigua puerta de armario. A un lado del ventanal, un escritorio cubierto de papeles; a continuación, dos estanterías llenas de libros y objetos de recuerdos de viajes, y al otro, un armario de doble hoja. Me puse colorada cuando vi que sus ojos se detenían más de la cuenta al llegar a la ropa que había en la silla —incluido el sujetador de satén negro—, hasta que llegó a la cama, donde estábamos sentados. Era grande, de metro y medio, y tenía dos mesillas repletas de cajas con bisutería. La colcha era muy colorida, con un estampado étnico que compré al poco de mudarme. Ahí se entretuvo.

La camiseta ha desaparecido sin que me dé cuenta y la ha utilizado para atarme las manos al cabecero. Tiro de ellas para tocarlo, necesito sentir el calor de su piel, pero no puedo. Está encima de mí, desnudo, pero sin rozarme; grito impaciente al sentir las caricias de su lengua...

«¡Tengo que encontrar un cabecero de forja ya!»

No sé si me vio, pero sacudí con fuerza la cabeza para apartar esos pensamientos de mi mente.

—Lo que me podrían contar estas paredes de ti —susurré volviendo a la realidad mientras lo miraba pasmada sin vergüenza alguna.

—Mejor que no te cuenten nada —bromeó, ofreciéndome esa sonrisa que me perturbaba cada vez que la veía—. Así conocí a Nerea, salí un día con tu primo Charlie para recordar viejos tiempos y coincidimos con ella.

Tan obsesionada estaba que ni me había planteado cómo se habían conocido ellos dos. Me recordé que todo se debía a la conversación que tenía aplazada con mi prima y que aún no había encontrado ningún hueco en mi agenda en la que meterla. Ni hueco, ni los ánimos suficientes para afrontar EL MOMENTO.

—¿Qué tal está Eric? Hace tiempo que no hablamos.

Tardé algo más de lo normal en reaccionar y darme cuenta de que me preguntaba por mi hermano.

—Claro, ¡fuisteis compañeros de piso mientras estuvisteis aquí! Está bien, rodearse de cabras le ha sentado bien —comenté sonriendo.

—Es extraño volver a estar aquí de nuevo. No pensé que regresaría a este piso...

—¿Venís o qué? —gritó Nerea desde la terraza. De nuevo fue ella la que hizo que volviéramos de donde fuera que nuestras mentes nos habían llevado.

Abel se levantó como si de pronto una chinche le hubiera mordisqueado ese increíble culo. Lamentablemente, os prometo que no fui yo. Sin decir nada, salió disparado, y yo me quedé como una idiota mirando la puerta e intentando asimilar ese nuevo capítulo.

Cuando llegué a la terraza ya estaban sentados esperándome, tomándose una cerveza y picando frente a un bol de aceitunas y otro de patatas fritas. Hay clásicos que nunca mueren. Esos minutos le dieron tiempo a la paella para reposar y a mí para entrar de nuevo en mi traje de camuflaje.

—Siento si te molestó, no quería hacerte más daño, sólo... —empezó mi prima, pero no la dejé acabar.

—Nena, sé que lo hiciste con buena intención, pero no quiero hablar de ello. —No sabía por qué, un rato antes y en aquella misma terraza, no me había costado nada sincerarme con él; y ahora, con mi prima, no quería ni nombrarlo—. La paella está buenísima.

Por suerte, captó el mensaje y no insistió más.

No recuerdo qué fue la causa, si hice algo que provocara ese cambio o

simplemente fue el transcurso del día, pero fui consciente del momento en que ocurrió porque fue sentarme a la mesa y chocar con la realidad. La que él quería mostrarme. Y si hasta entonces parecía que nos separaba un charco imaginario lleno de prohibiciones y pecados convertidos en caimanes hambrientos, durante la comida un abismo del tamaño de la Fosa de las Marianas creció entre ambos. A partir de entonces, Abel dejó de mirarme y casi ni me dirigió la palabra. Llevó a tal extremo su distancia hacia mí y su acercamiento hacia Nerea que hasta ella le dijo que dejara los arrumacos para después. Estaba hecho una lapa y era algo que a mi prima no le gustaba nada, al menos en aquella época.

—Creo que la terraza es lo único de la casa que se mantiene bastante igual —dijo Abel—, excepto por aquel rincón. La mesa ya estaba, ni recuerdo las veces que salí aquí fuera, me encantaba.

—¿Sabías que vivió aquí? —me preguntó ella, desconociendo completamente nuestra conversación.

Aunque no era la única ignorante, porque yo seguía sin saber qué le ocurría para comportarse de aquella forma.

—Sí, acaba de contármelo en la habitación; era la suya. —Terminé la frase con la copa en los labios, ahogando así cualquier palabra inoportuna.

El piso se convirtió en el tema principal. De cómo, después de su marcha y la de mi hermano, mi primo Charlie se quedó solo y lo convirtió en un refugio de Erasmus y de vete a saber qué. Lo que nos sorprendió fue que llegara a sacarse la carrera visto que aquello era una fiesta continua, y, si no, que se lo preguntaran a los vecinos. Hasta que llegamos nosotras y dejó de ser un piso viejo e impersonal para convertirse en un hogar. Los cambios hechos, lo que quedaba por hacer, los gustos de cada una... Había sacado él el tema y funcionó, debatimos sobre casas y muebles, algo banal, pero no tanto como el cliché del tiempo.

—Lo que normalmente se busca en un mueble es funcionalidad, luego escoges el que más te gusta o se adapta a tu bolsillo. Punto —insistía Nerea.

—Pues a mí no me vale. Los muebles de ahora son de aglomerado cortado por máquinas. Básicos y funcionales, pero sin personalidad —dije intentando por todos los medios integrarme en la charla y ocultar el cabreo que sentía.

«¿Motivo? Porque soy una idiota. ¿Qué me importa a mí verlo molesto, lo que haga o diga? Todo, maldita sea. Todo...»

—Una tía anti-Ikea..., ¡pensé que nunca lo vería! —Sus únicas palabras dirigidas a mí. No sabía cómo interpretar su forma de mirarme y el tono que había utilizado, si la sorpresa era porque estaba de acuerdo, si era burla, o pura indigestión.

—Es un objeto, ¿qué personalidad esperas que tenga? —insistió Nena.

—Decir eso delante de un arquitecto es peligroso —le contestó él mirándola a los ojos como retándola.

Respuesta de Nerea: sonreír bobamente, cómo no.

Intenté que no me afectara y hacer como si nada. Al fin y al cabo, sólo era eso, una comida en nuestra casa, con mi prima y su novio. Si alguien debía sentirse incómodo era él, el nuevo. Entonces ¿por qué, a cada minuto que pasaba, sentía que la intrusa era yo? Abel había irrumpido con fuerza, consiguiendo que mi remanso de paz ya no lo fuera.

—Prefiere tener la ropa amontonada en el armario antes que comprar algo útil —continuó ella, mofándose.

—A mí me gustan los materiales nobles: madera, vidrio, hierro... Muebles elaborados por artesanos que los han creado y trabajado con sus manos. Me gusta pensar en todo lo que han visto y vivido. Es lo que los hace únicos, igual que a las personas... —Me callé al levantar la vista y darme cuenta de la situación.

Él, ignorándome a conciencia.

Nerea, ni idea. No sabía si no quería ver lo que ocurría o el efecto Abel también la atontaba a ella.

Y yo..., soñando gilipollices.

—Podrías conformarte con cualquier cosa mientras los encuentras, porque

ahora buscar una prenda se vuelve una tarea imposible.

—Sólo lo sería para mí —contesté aguda—, pero, claro, necesitas atracarlo de vez en cuando como si no tuvieras el doble de ropa que yo.

—Parece que se haya mudado hace una semana, y han pasado años. La habitación sigue sin amueblar del todo esperando una cómoda, un cabecero...

—Tengo ganas de un cabecero de forja —admití al tiempo que la fantasía de hacía un rato me venía a la mente y el calor me teñía las mejillas—. En Pinterest he visto algunos que han utilizado hasta una vieja verja, pero aún no he encontrado ninguno con el que diga: «Es éste». —Abel no levantó la vista de su plato, y eso que ya había terminado de comer—. Así que tu antigua habitación y ahora la mía sigue sin acabar de amueblar, y así seguirá, hasta que encuentre lo que busco.

La comida no se alargó en exceso, creo que todos, por diferentes motivos, no queríamos prolongar la sobremesa. Yo, para huir; Nerea, vete a saber, y a él, muy a mi pesar, porque parecía que a cada minuto que pasaba le molestaba más mi presencia. Lo recogimos todo y, con la excusa de trabajar un poco, me encerré en mi habitación. Un poco después, mi prima me avisaba de que se iban al cine y que no la esperara.

Pero aquella tarde no escribí ni una palabra. Sólo pasé el rato con mi último pasatiempo favorito: pensar en él. Daba vueltas sobre su comportamiento en la comida y ese cambio tan brusco. Desde la mañana y su «no sé quién preferiría comerse el mundo pudiéndote comer a ti», hasta llegar a la comida y casi ni hablarme. No había pasado absolutamente nada raro en mi habitación, ni una palabra de más; puede que alguna mirada revelara esos pensamientos prohibidos, pero nada remarcable que explicara el cambio que me encontré al salir a la terraza. Quise creer que era una reacción parecida a la mía en el momento que nos presentamos en la cocina, comportándome como una bruja sólo porque su presencia me molestaba de tanto que me gustaba.

¿Había sentido él también ese algo?

¿Podía enfadarme porque él hubiera hecho lo mismo en la comida?

Porque... sólo podía ser ése el motivo, ¿no?

Me gustaba. Era lo único que tenía claro, y en mi estado ya me pareció un gran logro. Cuanto más lo conocía, más me gustaba. Cuanto más sentía que tenía que alejarme, más deseaba volver a verlo. Tenía claro que iba a sufrir, pero nada iba a impedirlo, cada vez lo veía más claro. ¡Tonta de mí!

Saber que había sido su habitación hizo que observara cada rincón de pared, cada centímetro de techo como si fuera la primera vez. El paisaje desde el ventanal. Hasta hurgaba en mis recuerdos para recordar cómo estaba cuando me mudé. No sabría decir las horas que invertí, si fueron una, dos o más, pero me quedé allí pensando en que, años atrás, él había visto lo mismo. Compartíamos algo, y, a riesgo de parecer patéticamente ridícula, ese detalle me hacía feliz. Era una tontería, pero era la nuestra.

Hasta me recliné haber ido a México y no haber estado presente la noche que se conocieron. Vale, reconozco que seguramente habría huido al reconocerlo como me pasó la noche en el Mixturis, pero no sé..., saber que estaba en el momento de empezar a jugar la partida y creer que podría haber tenido alguna oportunidad de ser yo la elegida... En fin, nos pasamos la vida imaginando, haciendo hipótesis, y yo esa época la invertí a fondo en ello.

Serían sobre las siete cuando por fin había conseguido relajarme. The Shires y su tema *My Universe* sonaban como música de ambiente. Estaba tumbada en el sofá comiendo la segunda bolsa de galletas Princesa —mis favoritas— y leía *Los secretos del faro*, de Santa Montefiore. Era el libro con el inicio más sorprendente que había leído en mi vida y me tenía tan enganchada que no oí la puerta hasta que vi a Nerea frente a mí.

—Hola, no pensaba verte hasta mañana. —Al sentarse en el sillón, vi que parecía molesta—. ¿Pasa algo?

—Nada. Hemos ido al cine y, no sé..., ha estado de lo más raro toda la tarde. En fin, que ahora dice que tiene dolor de cabeza y que prefiere irse a casa solo.

Tenía bastante con mis problemas como para insistir en el tema y querer

saber si su cara de merluza congelada se debía a eso, y mucho menos quería pensar en la jaqueca y el comportamiento de Abel. «Basta.»

—Pensaba llamar a Ivet y salir por ahí. —Ni me lo había planteado, pero por miedo a una noche de confesiones, las palabras salieron solas como defensa.

—Paso. Me voy a dar un baño y a mimarme un poco. Necesito descansar y recuperarme, porque ¡vaya noche! —Su cara se transformó y su sonrisa dijo todo lo que cabía en aquellas dos palabras.

Cogí el teléfono y llamé a Ivet.

—¿Tienes planes? Necesito salir y despejarme.

—Te espero en casa. Ven cuando quieras y algo haremos.

Sonreí levantándome del sofá de un salto y me fui hacia el pasillo, deteniéndome en el umbral de la habitación de mi prima.

—¿Me das cinco minutos para darme una ducha rápida?

—Claro.

Me planteé entrar, sentarme a su lado en la cama y preguntarle qué le ocurría. Estaba como ausente y demasiado callada y monosilábica. No era muy normal en ella. Pero, como me daba miedo lo que pudiera contarme, preferí ignorarlo.

Con Ivet nunca se sabía cuál iba a ser el plan. Podíamos pasar la noche tiradas en su sofá comiendo porquerías en pijama, o todo lo contrario, pasar dos horas poniéndonos espectaculares y salir a disfrutar de Barcelona. Me vestí con unos vaqueros pesqueros, camisa básica blanca y unas Mary Jane con estampado de serpiente y atadas con doble correa en el tobillo. Eran cómodas y le daban un toque al conjunto. En un bolso metí un pijama, el neceser y, por si acaso salíamos, un top lencero.

Estaba secándome el pelo cuando Nerea, sin ningún pudor, entró, se desnudó y se metió en la bañera. Apreté los dientes con fuerza cuando imágenes, tipo *flashes*, de ella y de su novio aparecieron en mi mente... Cómo odiaba a veces tener esa mente tan imaginativa.

—¿De verdad no quieres venir?

«Por favor, di que no...»

—Necesito recuperarme de tener un novio tan ardiente. Pasadlo bien.

«Vale, chata, tampoco hacía falta tanto detalle.»

Retos pasados por agua

—Lunes, no son ni las nueve de la mañana y tú bajas silbando —fue el saludo de Queta al acercarme al quiosco—. ¿Algún buen motivo con nombre masculino?

No era el motivo de mi felicidad el que tenía nombre masculino, sino el de mis pesadillas, pero tenía un plan, un reto —llámalo como quieras— que había pactado con Ivet la noche del sábado.

—No. Sólo he decidido ser feliz. Me he levantado con las energías renovadas.

Hablamos durante unos minutillos, luego ella se metió dentro y salió poco después entregándome una piruleta en forma de corazón. Sonreí por el detalle, le di un beso en la mejilla y, cogiendo el periódico, me fui a por la moto.

Al llegar a la oficina, el recibimiento de Nico fue bastante similar.

—Odio a la gente que se levanta de buen humor. Y más los lunes. Es antinatural —refunfuñó mirándome con cara de sueño—. ¿Me harías un café?

—Claro, pero ¿solo o con tus mejunjes?

—Con un chorrito de leche de almendras que hay en la nevera. —Le encantaba hacer mezclas. Le añadía de todo, canela, chocolate, leche condensada..., y yo me burlaba de él, y Nico de mí, por seguir prefiriendo el café solo, sin acompañante.

—Dejo las cosas en el despacho y voy a la cocina.

Cuando el sábado por la noche Ivet me abrió la puerta y me vio la cara, me recetó que teníamos que salir sí o sí. Al final nos decidimos por la zona del

Port Olímpic, que quedaba muy cerca de su casa, y a pesar de que la noche era algo fresca, decidimos ir a pie. Cenamos en el Carpe Diem, un restaurante fusión de comida asiática e india. Las vistas al mar eran una de sus mayores atracciones. De primero pedimos el Mumbai, una selección de tapas hindús. Hasta entonces la charla había sido animada y sin nada remarcable, pero todo cambió cuando me preguntó cómo estaba y si quería hablar. Asentí y, cogiendo aire, empecé por el encuentro en la terraza cuando le hablé a Abel de Gervasi, de su abrazo, de cómo se zampó lo que quedaba de mi desayuno, y, sobre todo, de cuando volvió y me soltó la frase de «comerme a mí», hasta su desinterés y su modo de ignorarme después en la comida.

—Hay que ser muy cabrón para tener a tu novia cerca y decirle a su prima que te la comerías. —Es lo que tiene decir las cosas en voz alta y dejar que alguien opine, sobre todo si es tu mejor amiga la que te hace abrir los ojos—. No puedes dejar que te chulee así. Vaya asco de hombres, y luego somos nosotras las complicadas, ¡ja!

—¿Y Ojos Azules?

—Creo que se resume en que ahora tío que me cruzo, tío que miro si es él. —Alzó su cerveza y esperó que la imitara—. Vamos a hacer honor al nombre del restaurante y esta noche nos permitimos pensar en ellos, fantasear. Y, si eso, ya el lunes nos ponemos a olvidarlos.

—Ajá, ¿tipo dieta?

—Exacto. Nunca se empieza un sábado.

—Pero lo más normal, siendo dos guapas solteras es que aprovecháramos la noche para buscar a quien nos haga olvidar, ¿no?

—Pero nosotras somos así de idiotas.

—Amén, hermana. —Brindamos y reímos. Esas dos palabras resumen el resto de la noche.

Al salir del restaurante, Ivet insistió en entrar en un bar de copas que se llama Icebarcelona, un pequeño local en el que dentro estás a menos diez

grados, y en la entrada te dan un abrigo y guantes. Hasta los vasos son de hielo.

—La gente dice que no se aguanta más de diez minutos —comentó la cabrona, riendo, después de que yo pagara las entradas.

Yo no sé si fue el cóctel o qué, pero aguantamos una hora. Pasamos la noche bailando y fantaseando cada una con su hombre ideal.

Al final me quedé a dormir en su casa. El domingo nos levantamos tarde y nos fuimos a comer a la playa. Ella lo llamó ir a hacer una carga de iones; yo, a dejar que el aire marino se llevara lo que quedaba de resaca.

Pasé la mañana del lunes con un caso: hombre muere sin dejar testamento; al cabo de unos meses uno de los hijos presenta un documento escrito, se supone, por el fallecido seis años antes.

—Nico, ¿puedes volver a reclamar la prueba de tinta?

—Acaba de llegar y te va a encantar. El boli sólo hace dos años que está en el mercado.

Sonreí. En el análisis grafoescritural identifiqué alteraciones en el documento que evidenciaban su falta de capacidad y que estaba escrito de manera forzada. La prueba complementaria del papel sí concordaba con la fecha del documento, pero no la tinta. Hacía cuatro años que al padre se le había diagnosticado Alzheimer y se encontraba en un geriátrico.

Hablamos unos minutos, después salió mi jefa de su despacho y se acercó a nosotros.

—¿Me acompañas a tomarme un café?

—Claro, mi vida. —Nico le pasó un brazo por la cintura y se fueron a la cocina.

Y eso, señoras y señores, hacía tiempo que era el escándalo del siglo y el culebrón de la oficina. La diferencia de edad —ella era doce años mayor, y al ser un amor jefa-secretario— hacía que, a pesar de llevar más de dos años juntos y tener una hija en común, Lis, aún levantaba rumor de abejas por los

pasillos de alguna lagarta del departamento jurídico. Durante un año lo habían mantenido en secreto. Mi jefa y Nico estaban liados. ¿Cómo lo supimos? Porque el día de la boda nos mandaron un mensaje con la foto de recién casados. Los dos sonrientes en un *e-mail* a las doce y media de la mañana.

«... Determinando que la firma fue forzada y plasmada bajo amenaza...» Debían de ser sobre las cuatro de la tarde y estaba acabando de redactar el informe cuando Ivet me llamó. Era algo tan inusual que lo cogí veloz.

—Lo he visto, ¡el muy cabrón acaba de ser padre!

—Empieza otra vez, que no te sigo. —Me levanté para pasearme un poco y estirar las piernas sin salir de mi despacho.

—¡Míster Ascensor acaba de ser padre! Me había llevado al niño a unas pruebas y, cuando vuelvo a la habitación, ahí está él, tan pancho, saludándome como si nada. ¡El muy cabrón!

—Pedazo gamberro —exclamé. Acababa de parir su mujer y estaba tonteando con una enfermera.

La oí chasquear la lengua y soltar el aire de una sola bocanada.

—Siento haberte llamado de este modo. Espero no haber interrumpido nada, pero es que no podía callarlo.

—No pasa nada, así hago una pausa. Olvídalo, lo peor se lo lleva esa mujer, me da pena sin ni siquiera conocerla.

—Si vieras al niño, es una monada.

—Ivet, dices eso de todos los bebés que pasan por tus manos —afirmé riendo.

—Ya, pero Biel lo es de verdad. Tan guapo como el gilipollas de su padre, pero bueno, supongo que mañana ya tendrán el alta, así que *au revoir*.

—¿Te apetece venir a cenar esta noche? —le pregunté sin dudarle.

—Sería genial, pero sigo aún con la suplencia aquella y los lunes, jueves y viernes voy de tarde.

—No pasa nada, Nerea también va de tarde. Le mando mensaje y hacemos noche de chicas.

—Lo que tú quieres es tener una aliada para las confesiones con Nerea.

—Vale, en parte, pero así nos desahogamos todas.

—¡¡¿Se lo vas a contar?!! —gritó, tanto, que tuve que apartarme el teléfono de la oreja.

—¿Tú estás loca? Nunca. Sólo que no quiero alargarlo más, y sería genial tener compañía cuando empiece a alabar a Abel. Además, tú necesitas destripar a ese tipo.

—Menuda noche nos espera. Nos vemos luego. Llevo el postre.

Cuando llegué a casa eran las nueve pasadas. Desde la llamada de Ivet que no había podido concentrarme, y terminar el informe me llevó el doble de trabajo. Aquella tarde me di a la bebida. Me tomé tres vasos dobles esperando calmar mi angustia, pero no había servido de nada, y eso que, en lugar de whisky, eran infusiones de tila. Las noches sin dormir y pasar el día intentando no pensar en él —y no conseguirlo— me tenían en un estado de agotamiento continuo. Los nervios no me daban tregua y estaba exhausta. Además, desde que había colgado el teléfono sentía una opresión en el pecho, como si de la misma ansiedad se me hubieran encogido hasta los pulmones. No lo había planeado así, pero puede que fuera lo mejor. Sin demasiadas horas para darle vueltas. Sin noches en vela para hacerme a la idea. Era una simple charla entre amigas, habíamos tenido cientos de ellas, pero, claro, nunca el protagonista de esa noche había sido el mismo de mis sueños más secretos.

¡Qué gilipollas nos vuelve el amor! Eso sí tiene efectos secundarios, es pura droga. Cuántas locuras y gilipollecas hacemos por amor. Qué fácil es perder la cabeza, la cordura, el corazón o hasta la vida.

De camino a casa me había detenido a comprar cuatro cosas para la cena. A diferencia de Nerea, a mí cocinar no me chifla, pero lo hago. Me defiendo lo

suficiente como para no pasar hambre, ni basar mi dieta en bocadillos o comida a domicilio.

Fui hasta los altavoces que teníamos sobre el mueble del comedor y enchufé el teléfono. Siempre digo que las tareas del hogar con alguna melodía de fondo son más llevaderas. Brandi Carlile y su *Heart's Content* conquistó el silencio y mis pensamientos. Necesitaba música y cantar a plena voz para mantener la cabeza vacía sin importarme mucho los vecinos.

Fui a la habitación y me cambié de ropa porque odiaba que cogiera olor a frito. Es algo superior a mí, ese olor a fritanga me repugna. Odio los bares y los restaurantes donde no hace falta ni entrar para apestar a aceite quemado. Me quité el vestido y las medias y los cambié por unos vaqueros y una camisa azul celeste que había comprado hacía poco y que me encantaba, pero que no sabía ni dónde ni cómo me la había manchado de lejía en el lado izquierdo.

Como era la chef, opté por hacer lo que más me gusta y mejor me sale: ensalada, tabla de quesos y una tortilla de patatas. Cantando y bailando, fui preparando todo. Me vino a la memoria mi abuela, muchos años atrás. La vi en la cocina terminando de freír las patatas y dejarlas listas para que, cuando llegaran mis padres de trabajar, tuvieran la mayor parte de la cena hecha. Era verlas y no poder parar de ir hasta la cocina y picotear. Así era que, cuando llegaba la hora de hacer la tortilla, faltaban la mitad de ellas; pero no sólo era culpa mía, Eric también me ayudaba. Desde entonces siempre cojo más patatas para que no falten y poder picotear a mi antojo.

Entre eso y la copa de vino que me serví para acompañarlas..., me estaba poniendo las botas y la noche no había ni empezado. Los nervios hacen que mi estómago se pase el día pidiendo, es como un pozo sin fondo, en plan bolso de Mary Poppins.

La noche prometía ser larga. Había llegado el temido momento: Nerea y Abel en todo su esplendor. No podía alargar más esa charla que teníamos pendiente. Mi prima merecía poder hablarnos de él, como hacía siempre con sus ligues. Entre las tres siempre nos habíamos contado todos los detalles y

habíamos disfrutado presumiendo de chico, pero ese día, esa noche... ese novio... era una pesadilla, la misma en la que se había convertido mi vida.

Adoraba esas veladas de confidencias, pero aquella noche sentía que me dirigía directamente al matadero. Me serví otra copa y la vacié casi de un solo trago. La situación estaba haciendo surgir una nueva yo que no conocía, la más sadomasoquista, porque había una parte de mí que deseaba saber más de Abel. Era curioso que conociera cosas tan íntimas de él, como el lunar en la nalga derecha, el emplazamiento de cada uno de sus tatuajes o la forma tan jodidamente sensual que tenía de morderse el labio al correrse, y, en cambio, no tenía ni idea de otras cosas básicas y banales como su apellido.

Se me revolvió el estómago cuando mi mente me recordó cómo los vi de acaramelados en esa misma cocina. Sobre esa misma encimera. Nunca me había molestado ver a una pareja en un momento de pasión; al contrario, no tengo problema en reconocer que tengo una parte de *voyeur* y me gusta, pero ya nada era igual. Ya no. Era la paradoja del asunto. Inverosímil y absurdo. Pero ¿qué sería la vida sin esas putas casualidades? Una muy aburrida, seguramente.

Sadomasoquista

La puerta de la calle se abrió y Nerea entró hablando por teléfono y, sin saludarme, se encerró en su habitación. Su forma de reír me dio una idea de quién era su interlocutor. Los celos estaban de nuevo ahí. Envidia, lo que nunca había sentido por mi prima. Hasta rabia. Sólo de pensar en oír su voz susurrando en mi oído a través de la línea y...

«¡No puedo seguir pensando en él de esa forma!»

La opción de perderme en algún rincón del mundo me seducía por momentos. Desaparecer de casa, ignorarlo a él y todo lo que me hacía sentir con su presencia y sin ella. No obstante, por mucho que me sedujera la idea, era poco factible. Lo que necesitaba era olvidarme de él antes de que fuera demasiado tarde. Temblé cuando algo en mi interior me dijo que ese «demasiado tarde» hacía días que lo había alcanzado.

El timbre me devolvió a la realidad. Abrí sin preguntar quién era, aunque por la forma de llamar sabía que era ella —dos, uno, dos— código morse *made in* Ivet. Dejé la puerta entornada y, bajo el chorro de agua fría del grifo de la cocina, me refresqué la nuca para despejarme un poco.

—¿Se puede saber para qué quieres las llaves si siempre acabas llamando al timbre? —ironicé acabándome de secar cuando entró y cerró la puerta de un culetazo.

Sin ni siquiera quitarse la chaqueta, se dirigió a la nevera, donde metió una caja de una pastelería. Me sonaba el nombre, le quedaba cerca del hospital y hacían una tarta de frutas exóticas que nos encantaba. Después se dejó caer en una de las sillas. Se sirvió una copa de vino y dio un trago con los ojos

cerrados. Me apoyé con la cadera en la encimera mirándola a la espera de que dijera algo. Estaba visto que a las dos, esos días, los hombres nos volvían majaras.

Entonces, de un salto, se levantó y me abrazó con fuerza. Tardé en reaccionar, hasta que por fin dejé caer el trapo que aún llevaba en las manos y la achuché fuerte. Sin saberlo, eso era lo que necesitaba, ese calor, ese mensaje de apoyo que sólo un buen abrazo puede revelar.

—¿Cómo estás? —me preguntó cuando me soltó, tirando de mi mano hasta sentarnos en las sillas.

—No lo sé. Histérica, nerviosa... —dije, y bajé la voz para que sólo ella me oyera—, y rozando el ridículo, porque hasta me apetece saber más de él.

—No servimos para los retos. —Chasqueó los dedos y torció la boca hacia un lado—. Al primer día ya nos lo hemos saltado.

—Te prometo que esta mañana me levanté feliz y con actitud.

Me tendió mi copa y ella cogió la suya después de rellenarlas hasta arriba.

—Hay más de una botella, ¿no? Estoy segura de que las vamos a necesitar.

—Sí, hay una buena reserva —confirmé, pensando que la pequeña bodega que teníamos en la galería estaba llena.

—Lo he vuelto a ver. Estaba en el pasillo, preparando el carrito, cuando he notado de nuevo ese cosquilleo de cuando alguien te observa. Me he girado y allí estaba, con sus pedazos de ojos azules. Aunque me he dado la vuelta lo más rápido posible, me ha dado tiempo a ver cómo me sonreía y, después, antes de entrar en la habitación, se ha parado y, al ver que lo estaba mirando, me ha guiñado el ojo.

—Menudo canalla.

—Me han dado ganas de cruzarle la cara y dejarle los dedos marcados. Iba con un traje oscuro gris merengue, camisa negra igual que la corbata y... Madre de Dios..., tremendo... —balbuceó cabreada, pero babeando por el recuerdo.

—¡Tremendo gilipollas!

—Y Carla, la mujer, es un sol. ¡Qué pena me da!

—¿Quién te da pena? —inquirió Nerea entrando en la cocina. Estaba radiante, pero ¿quién no lo estaría después de hablar con un novio como el suyo?

Mientras Ivet la ponía al día sobre Mr. Ascensor, terminamos de prepararlo todo y nos sentamos en el salón. Nerea en el sillón, y nosotras dos, cada una en una punta del sofá.

—Con suerte, mañana les dan el alta y no lo volveré a ver.

—Nola, ¿estás nerviosa? —Nerea cambió de tema y me pilló tan de sorpresa que casi me atraganté con un trozo de queso.

—¿Por qué dices eso? —mascullé, casi gritando.

—Porque comes con la misma gula de cuando te preocupa algo, porque no dejas de mover el pie y por cómo me has contestado.

Debía de ser que soy una kamikaze muy masoca —por no llamarme gilipollas directamente—, porque, en lugar de retrasar al máximo el momento y de seguir con el tema de Ivet, lancé la temida pregunta. Cuanto antes empezáramos, antes terminaríamos..., ¿no?

—Y tú, ¿qué tal con Abel?

«Olé yo. ¿Cómo evitar contestar? Tirándome de cabeza al pozo.»

Fui consciente de lo que le había preguntado cuando vi su cara de felicidad. Ya no tenía el entrecejo arrugado como hacía unos instantes. De un plumazo volvía esa sonrisa que yo envidiaba..., bueno, lo que envidiaba era la causa. Tragué saliva, tenía que ser como un robot, sin sentimientos de por medio.

—¡Por fin! Pensaba que nunca me lo preguntarías. Llevamos casi un mes y es la primera vez que...

—Perdona —la corté—, entre el *jet lag*, el trabajo... —fingí encogiéndome de hombros, buscando una respuesta que fuera lo suficientemente creíble mientras Ivet nos miraba expectante.

—Pues la verdad es que me encanta, es un tío genial. Salí un viernes con las chicas de planta para celebrar el cumpleaños de Mery y me los encontré en

el local donde fuimos después a tomar una copa. Charlie me lo presentó; me hizo gracia porque durante el primer año de carrera vivieron los tres aquí. Una cosa llevó a la otra, me acompañó a casa, pasamos la noche juntos y hasta hoy. Es arquitecto y trabaja en el despacho con sus hermanos y su madre.

—¿Y qué dice Charlie? —quiso saber Ivet. Ella es hija única y siempre le han fascinado las historias que contamos nosotras por tener hermanos mayores.

Charlie es el tío más despistado y poco responsable que conozco. ¿Y a qué se dedica? Es controlador aéreo. No intentéis entenderlo.

—Ya lo conocéis, va de justiciero defendiéndome a capa y espada, pero esta vez parece que le gusta mi elección.

—Venga, dinos el primer defecto —siguió, porque Nerea siempre encontraba un defecto nada más conocer a un hombre y ya era una broma entre las tres.

«No tiene.»

—¡No tiene! —afirmó pronunciando las mismas palabras que había gritado yo en mi mente.

En lugar de hacerme sentir mal, me alegré. Que no le encontrara ninguno podía ser una señal de que no se lo había mirado con detenimiento, ¿no?

No hay más ciego que el que no quiere ver.

No hay más tonto que el que lo quiere ser.

«Idiota, ése es su defecto, ¡que las dos no le encontréis ninguno!»

—Abel es increíble —expresó embobada—. Es detallista, y en la cama...

—Casi mejor te ahorras los detalles —la interrumpió Ivet.

¡Pobre! ¿Cómo contarle que ya conocía todos esos detalles y que no era eso lo que me hacía daño? O no lo era hasta hacía unos días. Nada era igual. Cuando alcé la vista hacia la Dalai, vi que me estaba mirando. Sus ojos estaban clavados en el cojín que yo tenía en el regazo y que estaba apretando tan fuerte que hasta tenía los nudillos blancos. Intenté relajar la postura y tiré el cojín al suelo de un manotazo.

—¿Desde cuándo no quieres saber todos los detalles? —insistió Nerea,

incrédula. Todas nos conocíamos demasiado bien.

—Desde que ésta y yo —nos señaló— hace meses que no...

La excusa que se sacó de la manga era buena. No sabía si nuestra actuación era creíble, lo que estaba claro era que mi prima no era tonta e intuía que algo no cuadraba.

—¡Deberíais buscaros un novio!

—Chata, eso parece que sólo es fácil para ti. —El tono era muy de Ivet; normalmente habríamos reído, pero no esa noche.

—¡Lo dices como si los coleccionara! —rugió molesta, y después me señaló con el dedo—. Si tú te olvidaras de tu ex y tú no fueras tan exigente, puede que tuvierais más candidatos para ese puesto, aunque creo que Abel es diferente.

Eso era lo que más temía, lo que no quería oír, esa maldita frase. Esas tres palabras juntas: «Abel es diferente». Que después de tantos novios, de tantos enamoramientos con fecha de caducidad, resultara que fuera él el especial.

—¡Mira qué suerte! —Me di cuenta demasiado tarde de que lo había dicho en voz alta y en un tono demasiado sarcástico para mi papel de buena amiga. Su cara lo dijo todo.

«Hola..., eh..., esto..., ¿cuándo zarpa el próximo barco al Ártico? Quiero desaparecer. Ya.»

—Casi mejor me callo —cedió molesta—. Quiero pensar que no os pasa nada conmigo y que sólo es que estáis de malhumor, ya sea por trabajo, o tú por esa mierda de tío del ascensor, porque de verdad que no os entiendo.

De mala gana, se levantó del sillón y empezó a recoger. Me quedé allí plantada, sin saber qué decir, sólo mirándola desaparecer camino de la cocina.

La había cagado.

Había ocurrido lo último que quería que pasara. Me había dejado llevar por los sentimientos y al final Abel se había metido en nuestra relación. Ya no sólo entre primas, sino entre las buenas amigas que éramos. *Mea culpa*. Y yo, sólo yo, lo había permitido, porque sólo dependía de mí que no sucediera.

Me levanté y fui en su busca.

—Lo siento —me disculpé poniéndome a su lado y ayudándola a meter las cosas en el lavavajillas—. Abel es genial y nos alegramos por ti; no nos hagas caso. Estamos un poco celosas, eso es todo. Volver a ver a G ya sabes que me aturulla, y a Ivet ese tío le ha entrado con fuerza para resultar ser un capullo. Entiende que nos metamos contigo y con tu felicidad.

—¿Seguro que es sólo eso? —preguntó con la mirada fija en mí. Las dos sabíamos que había algo que no le contaba.

—No hay ninguna razón para que te preocupes. —Y, aunque entonces no era así, me prometí que haría lo necesario y más para que Abel no fuera la razón.

—Hora del postre —anunció Ivet entrando en el momento justo. Por la sonrisa que me dedicó entendí que había estado espiándonos para entrar en caso de emergencia.

Volvimos al salón y cortamos la tarta.

—Un brindis para que muy pronto todas tengamos un Abel en nuestras vidas —celebró Nerea con la copa alzada, una vez nos las hubo rellenado.

«¡Joder con el brindis!»

Bebí sin decir nada porque yo ya lo tenía en mi vida, pero de la peor manera: tan cerca y tan inalcanzable a la vez.

No sé cómo, pero conseguimos relajar un poco el ambiente.

Puede que las dos botellas de vino que nos bebimos ayudaran.

Puede que ver a mi prima afectada por nuestro comportamiento me hiciera abrir los ojos.

Puede que por fin hubiera encontrado la motivación que buscaba para olvidarme de él.

Puede que sólo fueran las ganas de parecer que no pasaba nada, que al final nos lo acabamos creyendo todas.

Puede que las tres necesitáramos ver que aún éramos las mismas y que podíamos volver a las noches de cuando éramos estudiantes.

Sólo sé que encontré algo de paz en las horas siguientes. Me sentó bien ver

que aún éramos nosotras y que lo nuestro no se estaba rompiendo por mi culpa.

Acabamos tan tarde que Ivet aceptó esta vez la invitación de quedarse a dormir. Cuando por fin cerré la puerta y me vi refugiada en mi cuarto, me eché a llorar. No sabía qué estaba haciendo, ni cómo pararlo, pero sentía que mi vida se estaba descontrolando.

Deshice la cama con las mil vueltas que di, giré la almohada, abrí la ventana..., nada servía. Me senté, cogí un libro, pero lo cerré al cabo de unos párrafos porque no tenía la cabeza para nada. Apagué la luz. La volví a encender.

Hasta que me armé de valor e hice lo que estaba retrasando desde que Abel había aparecido en mi vida.

«Para poder olvidar hay que volver a los orígenes.»

Con un suspiro, di una patada al edredón y me levanté. Rebusqué la llave de la caja fuerte que tenía escondida, la tenía pegada en el bajo del último cajón de mi escritorio. Notaba cómo el hierro me ardía en la mano, los latidos me ensordecían y hacían que oyera ese pitido en el oído. Tenía la garganta seca. No estaba nerviosa, ¡estaba histérica! Lo había hecho demasiadas veces como para hallarme así, pero, claro, aquella noche todo era distinto. Sabía quién era él. No sé ni el tiempo que pasé allí, quieta, observándolo. Me sentía una espía, como una ladrona.

«¿Por qué me cuesta tanto?»

Había hecho aquello infinidad de veces. Algunas buscando inspiración para alguna escena..., a mis musas las volvía tan locas como a mí. Otras, sólo para verlo; entonces ¿por qué no podía ahora?

«Una vez más y me deshago de él.

»Sólo una para poder despedirme.»

Cerré los ojos y las imágenes que tantas veces había visto aparecieron en mi retina. Tatuajes, piel, la melodía de los jadeos, su expresión en el momento del clímax... Jadeé abducida por el efecto que tenían esos recuerdos en mí.

Con fuerza, me mordí los labios y me sequé las lágrimas. Soplé para apartar los pelos que me caían en la cara. Las mejillas me ardían de vergüenza. Era incapaz. No podía. Todo era distinto. Todo se había complicado.

«Ahora duele. Ahora me avergüenza.»

Me puse en pie, quería borrar todo rastro y hacer lo posible para olvidarlo, pero en el último instante me frené. No podía. Aquello me pertenecía desde hacía tiempo, aunque sabía que no era mío. Tuve tiempo cuando lo descubrí de deshacerme de él, pero no lo hice; al contrario, me lo quedé, condenándome sin saberlo. Pero ya era demasiado tarde porque de nada servía arrepentirse. Estaba hecho y no cambiaría nada. Yo lo sabía y era suficiente. Aunque fuera incapaz de volver a verlo, no podía deshacerme de él porque era como renegar de cómo lo conocí. Era patético y muy bochornoso, pero era la verdad. Y en un momento en que mi vida se hallaba envuelta en mentiras, era algo importante. O eso me dije para convencerme una vez más.

Lo guardé donde estaba. Escondido bajo mi cama. Escondido también en mi corazón bajo un montón de dudas, de anhelos, de miedos y de fantasías.

Rutina, ven a mí

Martes. Aunque cuando sonó el despertador lo habría tirado por la ventana, hice un esfuerzo y de un salto me puse en pie. Si quería volver a encauzar mi vida, tenía que empezar por volver a la rutina, y en ella figuraba salir a correr. Necesitaba esa sensación, necesitaba quemar pensamientos. Mientras me tomaba un batido de frutas y avena, escribí una nota para Ivet en el espejo del baño:

Te he dejado ropa sobre mi cama, espero que no tengas mucha resaca.
Hablamos, un besazo.

Entre los nervios, el cansancio y el alcohol de la noche anterior, me costó arrancar. No llevaba ni un kilómetro y ya me dolía todo. Me decía un poco más, un poco más, hasta que poco a poco me dejé llevar y disfruté. Al volver, vi la respuesta de Ivet junto a la cafetera:

Eres un sol. La resaca, fatal. ¡Ya no tenemos edad!

Tuve un momento de flaqueza, cuando, al regresar, estando en el baño y frente al espejo, me quedé observándome desnuda. Ya os dije que hacía tiempo que me había aceptado y no tenía complejos, pero siempre hay momentos de debilidad y aquél fue uno de ellos. Me pregunté cómo y qué verían aquellos ojos castaños en mí, y por primera vez me comparé con Nerea. Mejor no os digo la conclusión a la que llegué. Alejé esos pensamientos y me di una ducha con agua fría para espantar cualquier rastro de duda o flaqueza. Quería cambiar y ése era el primer día.

—¡Es su sobrino! —gritó Ivet cuando descolgué el teléfono. Eran casi las doce del mediodía.

—¿Te importa empezar por el principio? —Vale que estaba espesa, pero sólo con ese dato no sabía de qué me estaba hablando.

—Perdona, estoy histérica. Él no es el padre, ¡es su gemelo! De ahí su comportamiento.

—¡Niña, eso es genial! Cuéntamelo todo.

—Me han confirmado que se iban hoy, así que me he armado de valor y he ido a despedirme como hago siempre. Carla es un encanto y me sabía muy mal por ella al pensar lo capullo que era su marido. Me he relajado cuando he entrado y la he visto sola acabando de recoger las cosas. Nos hemos puesto a charlar, y he cogido a Biel en brazos.

Unos golpes en la puerta hicieron que las dos giraran la cabeza hacia allí. Él..., a Ivet casi se le desencaja la mandíbula al verlo vestido de nuevo con traje. La cara de sorpresa de él por encontrarla allí se esfumó pronto y mostró una sonrisa descarada, la misma que le había dedicado el día del ascensor, y un hormigueo extraño se extendió por el cuerpo de la enfermera.

«¿Vergüenza, yo, cuando es él quien tiene a su mujer delante? ¡Capullo!»

—Hola, Guillem —lo saludó Carla tan pancha, acabando de recoger el cargador del móvil—, gracias por venir.

—De nada. ¿Cómo está mi sobrino favorito?

«¡¿Su qué?!»

»¡¿SOBRINO?!»

Las siete letras chocaban entre sí en la mente de Ivet.

—Debo seguir con el trabajo —tartamudeó Ivet, y, con prisas, entregó el niño a su madre y se despidió antes de salir escopeteada y abochornada.

¿Sobrino? Seguía sin entender nada y tenía serias dudas de si quería averiguarlo. Como vía de escape, siguió con la ronda y se escondió en otra de las habitaciones. Al salir de ella vio a Carla despedirse de sus compañeras en el puesto de enfermeras. La reciente mamá miró hacia el fondo del pasillo y, sonriendo, se despidió de ella alzando la mano.

Le costaba concentrarse, recordaba lo que había pasado y era incapaz de asimilar el malentendido. Creía que al verlos marcharse estaría más tranquila, pero su corazón aún no había vuelto a su ritmo normal. Cuando pasó por delante del cuarto que Carla había ocupado, un brazo la agarró arrastrándola hacia dentro y cerrando después la puerta. Cuando fue a gritar de espanto, vio que era él.

La empotró contra la pared, inmovilizándola con su cuerpo presionando contra el de ella. Le cogió las manos y las retuvo con las suyas sobre Ivet, haciéndola su presa.

—Creo que he sido juzgado por tener un gemelo, ¿verdad? —susurró bajando la cabeza hasta notar el calor de su aliento en los labios.

Gemelo... ¡Ahora sí que todo encajaba!

Ella no sabía qué contestarle, sólo sentía esa fuerza, esa atracción que los había invadido el viernes en el ascensor.

—Soy Guillem y mi gemelo, Pol, es el padre de Biel. Ayer se hizo un esguince y por eso he venido yo a buscarlos. Imagino qué clase de tío has pensado que era. Ahora entiendo tu cara de hoy al verme llegar, y la de ayer en el pasillo. Estoy soltero. —Estaba demasiado cerca, y el olor que desprendía el perfume masculino la estaba enloqueciendo, su propio latido la estaba ensordeciendo—. Y tú, ¿tienes pareja?

Ivet seguía sin reaccionar. Estaba temblando, tenía la carne de gallina, tanto, que le daba miedo abrir la boca y ponerse a cacarear en lugar de hablar, así que sólo se permitió negar con la cabeza.

Guillem se acercó más, con la mirada buscó la de ella pidiendo permiso, e Ivet cerró los ojos concediéndole su deseo. Y el suyo. Se besaron despacio,

conociéndose. Un beso lleno de proposiciones y que, ni por asomo, se parecía a ninguno de los que le habían dado antes, ni a ninguno que hubiera leído. El bebé, que seguía esperando en el *maxi-cosi*, hizo un gorgorito y los dos se separaron volviendo a la realidad.

—Chavalín, espera un momento, ¡que estoy conquistando a tu futura tía! — Guillem se pasó la mano por el pelo frustrado—. Tengo que irme, pero quiero verte lo antes posible, ¿quedamos para cenar?

—¿Te puedes creer que he sido incapaz de decir nada, sólo he asentido? Me ha dado su tarjeta para que lo llamara o le mandara un mensaje. Luego ha cogido el portabebés y antes de salir se ha vuelto a girar para darme un beso mucho más salvaje. Aún estoy temblando.

—Conquistar a su tía... Ohhh... —repetí jocosa.

—¿Crees que es una locura? —En su tono se notaba que aún no había recuperado el pulso, y no me costó imaginarla con los ojos brillantes y una sonrisa radiante.

—¿Puedo utilizarlo en alguno de mis libros? —pregunté divertida.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —berreó.

—Ivet, los dos estáis solteros, os gustáis, hay una fuerte atracción y la forma de conoceros ha sido, como mínimo, divertida. ¿Qué haces llamándome a mí en lugar de a él?

—¡Eso mismo me pregunto yo!

Y me colgó sin añadir nada más. Sin poder evitarlo, me reí sola en mi despacho. Al menos, a ella le salían bien las cosas. Merecía ser la protagonista de su propio cuento.

Al cabo de pocos minutos recibí un mensaje suyo:

A las nueve en el Tragaluz. Deséame suerte.

Era un restaurante moderno con el techo de cristal y de los etiquetados como creativos por su carta. Estaba claro que Guillem iba a por todas con

ella.

No la necesitas, disfruta y déjate llevar.

Estaba deseando saber qué tal les iría. Durante toda la tarde intercambié varios mensajes con Ivet. Estaba más nerviosa que una quinceañera en su primera cita, palabras de ella.

Mientras iba para casa tuve una idea. Hacía diez años que nos habíamos mudado a la ciudad. ¡Diez! No sé cómo se me ocurrió que era la mejor noche para celebrarlo, ya que el día siguiente era 12 de octubre. Pasé a buscar un poco de *sushi* y nuestra tarta favorita: *brigadeiro*, una explosión de chocolate por doquier. Añadí también una botella de cava para celebrarlo con Nerea. Tengo que confesar que al comprar el ramo de margaritas —del que me enamoré al pasar por delante de una floristería— me sentí como un marido infiel que le comprase flores a su mujer, como si con eso la culpa se llevara mejor o hasta desapareciera. He de decir que no funcionó mucho, pero poco a poco montar aquella sorpresa para mi prima me estaba haciendo sentir bien. Reconozco que me pasé un poco porque hasta entré en un bazar chino a comprar globos y velitas.

Lo tenía todo listo y, mientras la esperaba, me puse a trabajar un poco. La primera reacción al oírla llegar fue ponerme tensa y cerrar el portátil de golpe; luego recordé que estaba escribiendo un artículo sobre grafología, y, por tanto, no había nada que temer. No me preguntéis por qué, pero ya no me preocupaba tanto que supiera que me dedicaba a escribir erótica; la angustia llegaba al pensar que descubriera quién era mi muso y todo lo que era capaz de imaginar cuando pensaba en Abel. Era ridículo, pero era como si, por el hecho de escribir escondida en mi habitación, no fuera tan grave.

—¿Y esto?

—Pues que hace diez años que nos mudamos y tocaba celebrarlo —anuncié, acercándome a ella y abrazándola.

—Con tantas cosas lo había olvidado. Lo siento... —se disculpó como si

fuera algo muy grave.

—Eh, que yo me acordé viniendo. No pasa nada, llevamos unas semanas algo... raras.

Nos sentamos en el sofá y brindamos por los recuerdos, con el álbum de fotos en el regazo mientras un viejo CD recopilatorio con las canciones que más nos gustaban de la época sonaba de fondo, como James Blunt con su *You're Beautiful*.

—¡Por Dios, qué pintas!

Lo habíamos empezado cuando hicimos las maletas para venirnos, cuando recogimos todo lo que queríamos llevarnos de la habitación de la infancia a nuestra casa de universitarias. El camino, la llegada. Dos niñas de dieciocho años que habían vivido toda su vida en un pueblo del Pirineo llegaban a la gran ciudad para vivir solas y lejos de sus familias. Nuestra mayor aventura. Y lo había sido. No sé las veces que nos perdimos con las líneas de metro o la liamos tomándolo en la dirección equivocada. Lo que nos costó coger un ritmo para la ropa, las comidas, el estudio..., pero lo conseguimos. Crecimos juntas en el pueblo y juntas nos hicimos mujeres adultas en aquel piso. Sin siquiera planearlo, nuestras vidas estaban unidas. Primas, vecinas, misma edad. Desde enanas lo habíamos compartido todo, pero hay cosas en esta vida que no se pueden compartir, y ese viaje al pasado hizo que valorara más lo que tenía con ella. Me importaba lo suficiente como para no estropearlo por nadie. Pero al mismo tiempo tenía claro que, si alguien podía entrometerse entre nosotras, ése era Abel.

Mientras cenábamos, también le expliqué lo de Ivet y su cita. Las dos estábamos ansiosas por saber cómo acabaría la noche. Me contó que su madre la había llamado dos veces. Estaba preocupada porque Adela, mi tía, tenía tendencia a las depresiones y al llegar el otoño siempre tenía alguna recaída. Cuando eso ocurría, Nena se volcaba con ella. Se llamaban infinidad de veces al día y los fines de semana se iba al pueblo a casa de sus padres. Aunque la vi preocupada por su madre, también sentí que estaba más tranquila conmigo.

al ver que volvíamos a estar como antes, y pensé que el esfuerzo merecía la pena. No podía perder lo que más me importaba por un capricho, ésa era mi última teoría. Sólo sentía celos de que él estuviera con Nerea. De alguna forma irracional, lo sentía como mío y ella me lo había arrebatado. Era mi muso mucho antes de que fuera su novio, pero, para no variar, el destino era caprichoso y la antigüedad no había sido un factor que tener en cuenta.

Como no nos pusimos de acuerdo con la película, decidimos volver a ver los primeros episodios de «Outlander» que teníamos grabados mientras nos comíamos la tarta.

—Por cierto, hay algo de lo que me gustaría hablar contigo, y quiero que seas del todo sincera.

«Mierda.» Me volví hacia ella y sonreí con la falsa tranquilidad de quien no tiene nada que esconder.

—Claro, dime.

—¿Te molesta que Abel esté por aquí?

—No —negué frunciendo el ceño—, ¿por qué dices eso?

—No sé, desde que estoy con él parece que estás rara y..., no sé..., es que en su casa no podemos estar. A su hermano Adam acaba de dejarlo la novia y está muy tocado, y Abel no quiere refregarle en los morros lo bien que estamos juntos.

«Lo bien que estamos...»

La idea de irme a Escocia para buscar el monte Craigh Na Dun y poder perderme en el pasado me sedujo muchísimo.

«Cambio pasaje al Ártico por uno a Escocia.»

—Puede venir cuando quiera. Esta casa es tan tuya como mía.

La celebración se alargó hasta la madrugada. Ni recuerdo a la hora que nos fuimos a la cama porque ya habíamos echado el primer sueño en el sofá.

«Ivet tenía razón: ya no tenemos edad...»

El viernes y el sábado con la Dalai, lunes cena las tres con confesiones incluidas, más el martes celebración regada con cava. Resultado: miércoles de

resaca acumulada. Lo bueno: nada de insomnio. Había tanto alcohol nadando en mi sangre que, más que dormir, caí en coma durante horas. Estuvimos todo el día fuera de combate y, sobre todo, sin novio a la vista, porque estaba celebrando con la familia el santo y el cumpleaños de su madre.

Debían de ser las tres de la tarde cuando Ivet me mandó un mensaje:

Ha sido LA NOCHE. La mejor de mi vida, y de Guillem sólo digo que es PERFECTO. Aún con él. Hablamos.

Ojos que no ven, hostiazo que te metes

El jueves, cuando bajé a por el periódico y a saludar a Queta, me la encontré de morros.

—Déjame adivinar, ¿tu hermana?

—Dedícate a esto, niña. Pero ya me he encargado del asunto. —Se bajó un poco la montura de las gafas de plástico amarillas y me guiñó el ojo.

—Eso suena a mafia —bromeé.

—He llamado a mis sobrinos y les he pedido que hagan el favor de ponerse a hacer hijos para que mi santa hermana tenga con que entretenerse. ¡Esa mujer necesita nietos!

Me eché a reír. Sonsoles, su hermana, era menor que la quiosquera, pero se preocupaba por ella y ejercía casi de madre protectora. Siempre estaba pendiente de Queta, y cada dos por tres le salía con alguna idea para ampliar el negocio, alguna actividad para solteras..., y así se pasaban la vida como perro y gato, pero cada tarde merendaban juntas.

—Te dejo, que tengo un juicio —me despedí de ella, y, para no variar, me ofreció una piruleta en forma de corazón para endulzarme el día.

El juicio fue un auténtico caos y las horas pasaron lentamente. Me tocó uno de esos abogados que preguntan y se responden a sí mismos, incapaces de escuchar. En definitiva, no son buenos y lo saben. Así que su táctica es la de machacar hasta hartarte y hacerte perder los estribos, poner en duda cada palabra y cada coma de tu informe, pero ya tenía experiencia. Sólo soy el especialista que va a responder sobre las pruebas, nada más.

Cuando llegué a casa lo único que hice fue calentarme un bol de caldo de

verduras y tomar un baño. Estaba saliendo del lavabo ya con el pijama puesto cuando llegó Nerea.

—Hola y buenas noches. Me voy a la cama —fue mi saludo.

—¿Ya?

—¿A qué hora te has levantado tú esta mañana?

—Eh..., pasadas las doce y media —dijo con la boca torcida—. Ya no aguantamos ni dos días seguidos a ese ritmo. Descansa.

Pero fue acurrucarme en la cama y volver mi caos como un ciclón. Toda la fuerza de voluntad que había mantenido durante los dos últimos días, al encontrarme encerrada en mi guarida, se desvaneció. Como venía sucediendo desde hacía semanas, todas las frustraciones que durante el día me consumían, de noche se convertían en sueños placenteros. La única cosa buena que podía adjudicarle al hecho de que mi muso apareciera en mi vida, la real, era que mi imaginación era una fuente incesante de ideas. Tanto que a veces no me daba ni tiempo a apuntarlas. Empezó a sonar *Spirit Cold* de Tall Heights a través de los cascos y me puse a escribir las escenas en un cuaderno. No me importaba sentir que el cansancio me vencía y que los ojos me pedían apagar la luz, sabía que en la oscuridad seguiría con él. Todo se juntaba: fantasías, escenas de libros, la realidad, lo que deseaba, lo prohibido. Sueños que despierta ocupaban páginas con infinitas palabras, caricias que llenaban mi imaginación, y que, dormida, conseguía que dejaran de ser de tinta y se volvieran pura pasión consumiendo mi sangre.

Debía de ser pasada la medianoche cuando me levanté para ir al baño. En el pasillo oí un ruido, pero no hice caso, hasta que distinguí una risa. Su risa. Me costó entender que no era fruto de ninguna invención y que Abel estaba en casa. Di un paso y me acerqué un poco más a la puerta de Nerea; aunque me sedujera la idea de apoyar la oreja en la madera, no hizo falta. El crujido de unos pantalones cayendo y el sonido de la hebilla del cinturón contra el parquet. El ruido de unos cuerpos desnudos chocando. El de los besos húmedos. Un golpe contra la madera y la voz de Nerea gimiendo su nombre:

—Abel.

Imaginé a mi prima en sus brazos, apoyados en la puerta, y yo al otro lado avergonzada, excitada y cabreada a partes iguales.

«¡Hay que ser gilipollas, esto no tiene otro nombre!»

Volví a mi habitación y arranqué sin piedad, y con mucha rabia, las páginas escritas. Arrugué el papel mezclando las palabras. Me sentía igual. Vi claro que nunca serían más que eso, palabras, una idea. Sentimientos que me envenenaban y teñían la hoja pero que nunca emprenderían el vuelo. Seguirían ahí, encerrados. Como yo. Esa ilusión no tenía vida. No había final feliz ni pájaros cantando. Nada. Yo me pasaba las noches así, escribiendo escenas, episodios de una vida que deseaba tener pero que nunca tendría, mientras en la habitación de al lado se hacían realidad. La puta realidad.

Estaba atrapada en mi propia utopía, y lo peor de todo, sin ganas de salir. El refranero no siempre tiene razón porque en ese momento comprendí que no era verdad eso de «ojos que no ven, corazón que no siente», porque la imaginación es poderosa —al menos, la mía—, y, si ya me costaba conciliar el sueño, después de aquello fue imposible sabiendo lo que estaba ocurriendo en la habitación contigua.

Siento el cosquilleo de su respiración pausada junto a mi cuello, su mano sobre mi vientre, acercándome a él, protegiéndome del frío otoñal con su calor. Me giro sabiendo que está al otro lado. Estiro la mano para acariciarlo despacio, el tacto de su piel adormecida y la suavidad de su pelo deslizándose entre mis dedos.

Abrí los ojos y frente a mí sólo había vacío. Únicamente aire en mis manos. Eso era lo único que tenía de él, nada. Porque de forma real, y no sólo metafóricamente hablando, entre los dos había una pared. A mi lado, vacío; en

el suyo, mi prima. Nunca había odiado tanto despertarme. Desde el exterior me llegó el sonido melancólico de la lluvia. Era algo que siempre me había gustado, ronronear en el calor de las sábanas oyendo el repicar de las gotas. Ojalá fuera sábado, pero era un maldito viernes y tocaba ir a trabajar. No quería salir de la cama.

Estaba preparando la cafetera cuando oí unos pasos acercándose a la cocina. Suspiré hondo y me enfundé mi máscara. No quería ver a ninguno de los dos. Recé porque no fuera él, pero nadie me hizo caso. «¡Qué raro!» Tenía la caja de café en la mano cuando me quedé embobada al verlo llegar, levantando los brazos desperezándose, con el pelo alborotado, los ojos medio cerrados y vistiendo sólo una camiseta blanca de manga corta y calzoncillos negros. Estaba sexy. Demasiado irresistible para esas horas de la mañana; daban ganas de llevarlo a la cama y despertarlo a besos. Arrancarle la camiseta de un tirón para ver ese pecho tatuado, recorrer cada línea con la punta de mi lengua... Demasiado para los límites que me había impuesto y que me saltaba a la torera cada vez que podía.

Seguía sin decidir cuándo me gustaba más verlo, si al cerrar los ojos o al abrirlos. Uno era real, otro no, pero en los dos era como adrenalina para las mariposas de mi estómago.

—Oh, había olvidado que estabas aquí —balbuceó cuando me vio observarlo sin pudor alguno.

Esa frase fue tal hostiazo de realidad que no sé ni cómo conseguí mantenerme en pie.

«Bienvenida a la realidad, Manolita.

»Él, olvidándome.

»Yo, lamiendo tatuajes.

»Putá vida.

»Ya sabía yo que habría sido mejor quedarse en cama. Era como si lo presintiera.»

Tenía tal nudo en la garganta que no sabía si acabaría gritando o llorando.

Al final ganó el silencio. Callé y tragué. Tragué palabras envueltas en lágrimas secas. Nunca había sido así, me tenía por una mujer fuerte, pero tanta emoción estaba volviéndome pava.

«¡Reacciona, joder!»

—Ya me gustaría a mí poder olvidarte —murmuré, dando un golpe con la caja del café al dejarla sobre la encimera.

—¿No desayunas? —me preguntó sorprendido por mi reacción cuando vio que me dirigía a la puerta.

Toda la respuesta que obtuvo fue el portazo que di tras de mí.

«Bienvenida al mundo real, donde mis sentimientos y yo sobramos.»

Fue un viernes de mierda, de esos que empiezan muy mal y que crees que irán remontando, pero no. En el trabajo había sido un problema tras otro, y el juicio se alargó dos días para nada. Una pérdida de tiempo total. Al final, por muchas pruebas incriminatorias, don dinero hizo su aparición y se desestimó el caso.

Mis noches sin dormir empezaban a afectarme. Era consciente de que no estaba respondiendo al cien por cien como de costumbre. Lo único positivo había sido el escueto mensaje de Ivet a primera hora:

¿Quedamos para comer? Hora y lugar de siempre.

Solíamos quedar cerca de mi oficina, cuando ella salía del hospital y a mí me cuadraba bien con el trabajo.

No puedo. Día de mierda, aunque me iría genial. ¿Mañana?

Estoy de guardia todo el finde, vente a cenar mañana a casa y hablamos.

Acepté encantada el plan.

Estaba absorta escribiendo con la puerta de mi habitación cerrada. Quería intimidad. Era mi momento perfecto del día, y ése lo necesitaba más que ninguno. Me había quitado la falda de tubo y la camisa que había llevado para el juicio y me puse unos *leggings*, calcetines gordos, camiseta de tirantes y una chaqueta de lana gorda. Dejé la taza de café sobre el escritorio, al lado de la ventana, y pronto empañó el cristal, que, al otro lado, era acariciado cadenciosamente por la lluvia. Desde los altavoces sonaba el islandés Ásgeir y su *Summer Guest*, a mis musas les encantaba ese estilo de música. Era mi refugio. Escribir me relajaba, contar la historia de los otros era más fácil que intentar poner orden en la mía o entenderla. No hice caso la primera vez que oí el timbre de la puerta pensando que serían los típicos comerciales de seguros, y no sé por qué en ese momento me pregunté qué habría sido de los antiguos vendedores de enciclopedias.

Al segundo timbrazo ya fui a abrir. Mi sorpresa y mi rabia fueron en aumento cuando me di cuenta de que era Abel quien estaba allí plantado. Me quedé parada mirándolo, asimilando que realmente estaba delante de mí. Era mi sueño, uno que al hacerse realidad se había convertido en mi peor pesadilla. Imaginé que venía o iba a una reunión, porque vestía un traje azul noche y camisa blanca, ¿de verdad hacía falta ser tan atractivo? ¡Cómo no pensar que era el perfecto muso! Desprendía esa esencia que me volvía tonta perdida. Pero sus palabras de la mañana aún retumbaban en mis sesos.

—Nerea no está —dije sin abrir del todo la puerta.

—Hola, lo sé. Sólo venía a buscar algo que me dejé esta mañana. ¿Puedo pasar?

Aunque sabía que cedería, quise hacerlo esperar un poco, provocarlo. Buscaba pelea, estaba claro. Sin decir nada, abrí la puerta y me di media vuelta con la intención de dejarlo allí y que hiciera lo que quisiera, que yo me encerraría en mi cuarto para no verlo.

—Nola, espera —susurró cogiéndome del brazo. Me libré de su agarre de un manotazo, y en su expresión vi que no se lo esperaba—. Quería pedirte

disculpas por esta mañana. Creo que sonó peor de lo que quería, no pretendía hacerte daño.

—¿Por qué iban a hacerme daño tus palabras? —«¿Por qué te has encaprichado de él?»—. Tranquilo, no me importa caerte bien o mal; que no pienses en mí o que ni te acuerdes que vivo aquí.

—Sé que vives aquí, me importa... Sólo quería disculparme. —Sus ojos no dejaban de buscar los míos.

—Vale, ya lo has hecho —declaré para terminar rápido—. Ahora, por favor, coge lo que necesites y vete, tengo trabajo.

—Claro, sólo será un segundo.

Se marchó a la habitación de Nerea y yo esperé paciente —o impaciente, ¡para qué engañarnos!— frente a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin ser muy consciente, empecé a tamborilear con el pie, estaba nerviosa. Los dos solos en casa..., me había pedido perdón..., y sólo con mirarlo a los ojos entendí que ya lo había olvidado. Así de fácil me volvía con él. No tardó nada. No sabía qué había cogido, sólo lo vi recolocarse la bandolera tamaño portátil de piel negra que llevaba colgada. Cuando llegó junto a mí, se me quedó observando lo que me pareció una eternidad. «¡Deja de mirarme así o no respondo de mis actos!»

—¿De verdad me has perdonado?

«¿Por qué insiste tanto?»

—Que sí, Abel, está olvidado. Venga...

«Desaparece ya de mi casa, de mi vida, de mis sueños, de mi corazón.»

—De acuerdo, no te molesto más —accedió con pesadez. Ahora creo que a lo mejor esperaba que lo invitara a tomar algo, pero ni se me pasó por la cabeza. Sin estar preparada, bajó la cabeza y me dio un beso en la mejilla—. Mi madre me enseñó que debía pedir perdón, y, si era una niña, darle un beso.

—Muy lista tu madre —musité completamente desconcertada, llevándome la mano a los mofletes.

—La mejor. —Sonrió travieso y me fue fácil imaginarlo de chico. Esa

sonrisa era matadora.

Se fue, pero en mí quedaron todas las sensaciones. Las mismas que cuando habíamos estado solos en la terraza o en la habitación. Ese hormigueo que nacía en mi estómago y hacía vibrar cada rincón de mi cuerpo. Esas mariposas convertidas en una especie de Gremlins, pero que, en lugar de necesitar agua para multiplicarse, sólo lo necesitaban a él.

Y, casi volando por la misma inercia de esas mariposas, fui hasta la habitación. Aunque luego me pasase el resto del día y de la noche lamentando y diciendo que era una estúpida por caer en su red, por darle coba y seguir su juego, caía en la tentación sin remedio. Una y otra vez. ¿Cómo combatir con el diablo cuando estás enamorada del mismísimo Lucifer?

Pero la euforia duró poco, porque los minutos fueron pasando y la rabia volvió. Me levanté de la cama, donde me había tumbado, y empecé a vestirme para salir a correr. Había dejado de llover y necesitaba despejarme, tomar aire fresco y meditar qué estaba haciendo, o, más bien, dejando de hacer. No me llevé música, necesitaba tener una charla. Un yo a yo muy serio. El retumbar de mis pisadas sobre la tierra, los pulmones ardiendo por el esfuerzo y la velocidad —muy por encima de mi zona de confort— me ayudaron a sacar todo lo que llevaba dentro. Quien me viera seguro que pensaría que estaba loca, como mínimo. No hablaba en voz alta, pero sí gesticulaba con las manos, con los brazos, y negaba con la cabeza una y otra vez.

«Pero ¿qué coño me pasa?

»¡Ésta no soy yo!

»Me merezco algo mejor que esperar una sonrisa suya.

»No me reconozco, ni a mí, ni mi comportamiento.

»Por favor, Dios, semidiós, santo o cualquiera que viva por allí arriba, o hasta los de allí abajo, que alguien se apiade de mí y me cuide porque yo ya no sé cómo ni qué hacer, porque está visto que yo sola soy incapaz.»

A grandes males, vestidos de infarto

Me gustaba la melancolía que había en el ambiente. Desde fuera llegaba el repicar de la lluvia, que había empezado a caer de nuevo con intensidad hacía poco. La luz suave que provenía de la lámpara de pie y de la chimenea dibujaba cálidas sombras que me envolvían estando tumbada en el sofá, acurrucada bajo la manta. Olía a leña y a vela. Sonaba a *It's Too Late*, del vinilo de Carole King *Tapestry*, de 1971.

Como el resto de la casa, la sala también la habíamos ido reformando, pero manteniendo su estilo y su personalidad. Era una estancia cuadrada, el suelo era el mismo dibujo hidráulico que la cocina en tonos azules, rojos y grises. Las paredes estaban pintadas de un color arena muy suave y las molduras originales y el techo eran en blanco, igual que las tres puertas: la de la cocina, la del pasillo —que daba acceso a las habitaciones y al baño—, y la otra era la de entrada, de la que se accedía directamente desde el recibidor. La estancia era grande y luminosa por los dos ventanales que iban del suelo al techo. Tenía dos partes bien diferenciadas. En la del comedor, los muebles tenían un aire clásico y eran todos reliquias que habíamos ido encontrando en Els Encants, el mercado por excelencia de artículos de segunda mano de Barcelona. La mesa era de roble, alargada, y las sillas de piel marrón. La vitrina iba a conjunto con el aparador. Eran antiguos, y tanto la madera como el cristal estaban tallados. La parte de la sala de estar, y la más cercana a los ventanales, era más moderna, pero con los consejos de Elsa había quedado todo muy homogéneo. La presidía una chimenea, y eso era lo que había causado más discusiones entre Nerea y yo, y hasta nuestros padres

intervinieron; al fin y al cabo, eran los propietarios. Yo quería mantenerla porque me encanta. Nací en medio de los Pirineos, rodeada por el olor y el crepitar del fuego. Nerea quería quitarla; odia el jaleo que comporta, las cenizas, los bichos y la porquería que implica la leña de por sí. Después de muchas horas de debate entre si eliminarla completamente, optar por una estufa, poner una falsa con luz de led imitando el fuego, otras eléctricas que sí daban calor..., al final optamos por una de *pellets*. Encajaba en el agujero y estaba cerrada. Menos polvo y era fácil de mantener.

Al lado, un mueble bajo para la televisión y dos estanterías repletas de libros, viejos vinilos y películas. Teníamos una mullida alfombra de pelo largo en rojo fuego, un sillón y un sofá *chaise longue* de tres plazas en gris. La decoración era algo ecléctica, pero marcaba un poco la personalidad de cada una y las mezclaba. Cada objeto había ido llegando poco a poco. Observar en detalle aquella estancia era recordar en forma de *flashes* un resumen de aquellos diez años que llevábamos conviviendo juntas.

Me sentía más tranquila, entiéndase dentro de la magnitud de histeria que esos días se habían apoderado de mí. La carrera, la ducha, todo había ayudado a que, como mínimo, fuera capaz de asimilar todo lo acontecido en tan sólo veinticuatro horas. Tanto el «había olvidado que estabas aquí» como el «perdóname». No quería darle más importancia a una que a la otra, ni a un gesto más que a otro. Lejos quedaba cada promesa de olvidarlo y no dejar que me afectara. Nada como hacer un juramento para que él apareciera y me lo desmontara enterito de cabo a rabo. Sencillamente, me era demasiado fácil perder la cabeza por cualquier cosa que tuviera relación con Abel. Estaba dominando mi vida y yo no era capaz de superarlo. Uno de mis poetas favoritos, el uruguayo Benedetti, dijo que «el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón», pero yo no tenía otra opción. Tenía que extirparlo, sólo debía encontrar la manera de hacerlo.

Nerea llegó cuando estaba en la cocina preparándome un bocata de

aguacate y atún. Entre los nervios y la carrera, estaba famélica.

—¿Abel ha pasado por aquí? —preguntó en forma de saludo yendo hacia la galería a dejar el paraguas.

—Sí.

Ella no dijo más y yo evité añadir algo. Tampoco era plan de contar por qué su novio me había pedido perdón o por qué mis piernas habían temblado cuando me había dado un beso de perdón. Un beso infantil que me recordó a los consejos que mi madre me daba cuando tenía cinco años y a los que él parecía seguir haciendo caso. Algo tan inocente, y recordarlo conseguía hacerme sonreír. «BOBA.»

Cenamos tranquilamente en el sofá mientras me comentaba que estaba contenta porque su madre no había llamado y eso significaba que había tenido un buen día. La música de fondo y contándonos las pequeñas cosas como era habitual en nosotras. ¡Por fin algo de rutina!

—¿A que no sabes quién vuelve, según el último rumor de pasillos? —No me dio tiempo ni a pensarlo pues ya se contestó ella sola aleteando las pestañas—: El Derek.

Me costó unos segundos saber de quién me hablaba: Derek, alias con el que había bautizado la cúpula entera de enfermeras del hospital Clínic, donde trabajaba Nerea, al doctor Miguel Félix. No sólo compartía con el personaje de «Anatomía de Grey» su especialidad en neurocirugía, es que encima era guapo, moreno, ojos azules... Vamos, una presa para cualquier fémica. Se habían organizado apuestas para ver quién se lo llevaba a la cama, incluida Nerea. Para ella suponía algo así como un reto que no había conseguido; imaginad lo que es eso para alguien tan cabezota como mi prima. Se oían muchas cosas, pero nadie afirmaba ni negaba del todo si eran reales, aumentando así la leyenda.

—¡Ay, madre! Los centros de estética deben de haberse llenado de enfermeras pidiendo hora para una puesta a punto.

—Ya ves. Estamos todas deseando volver a verlo para saber qué tal le ha

sentado este año en Chicago.

Creo que la presión a la que estaba sometida desde hacía semanas, junto a las emociones del día, empezaba a hacer mella en mí, porque me recosté en el sofá y dejé que la dulce duermevela me acunara. Esa sensación de estar más allá que aquí, de ir hablando, la música, la lluvia... Cuando el timbre sonó, pegué un bote asustada, me costó ubicarme. Sólo necesité verla feliz y dando saltitos yendo hacia la puerta para que mi cara pasara de medio sobada a cabreadísima en una milésima de segundo. Ganas de verlo y al mismo tiempo...

«¡Putada dualidad! Acabará dándome una úlcera de estómago o algo aún peor.»

—Es Abel —me aclaró.

«Gracias, Sherlock, ni se me había pasado por la cabeza que pudiera ser él. Qué novedad...»

Tranquilidad esfumada de un timbrazo.

«Si sabía que tenía que venir, ¿por qué se había presentado por la tarde?», fue el primer pensamiento coherente que tuve una vez despierta del todo.

Respuesta del corazón: «Sabía que estabas sola y quería pedirte perdón sin que estuviera Nerea delante».

Respuesta de la razón: «Necesitaba lo que vino a buscar y no podía esperar a estas horas de la noche.»

«Vale, mejor no hacer listas, y más cuando ves claramente cuál es la respuesta ganadora y no es la que querías.»

Lo esperó con la puerta abierta y, cuando llegó, Nerea le dio un beso corto y soso —a mi parecer— mientras Abel parecía tener ganas de más por cómo la abrazaba y le magreaba el culo. Ese hombre estaba pidiendo a gritos que lo recibieras tirándote a sus brazos, que le rodearas la cintura con las piernas mientras le devorabas los labios al tiempo que él te empotraba contra la puerta y gruñía en tu cuello cuando intentaba llegar al pecho y la ropa le impedía el trabajo.

Cuando me di cuenta de que estaba teniendo un sueño erótico estando despierta, delante de mi prima y de su novio, me avergoncé.

«A ver, cerebro, ¡un poco de dignidad!»

—Me voy al Bluelagoon —anuncié sin pensar, levantándome del sofá de un respingo.

—¿Sales ahora? —me preguntó él desconcertado, apartándose del todo de su novia—. Está lloviendo, la noche no acompaña.

¿Qué intentaba decirme?, ¿que me quedara con ellos aguantando la velita y me pusiera a hacer punto de cruz mientras veía cómo se enrollaban en el sofá?

¿Oírlos de nuevo divirtiéndose en la habitación de al lado?

A esas alturas, mi tendencia al masoquismo y a la autoflagelación estaba más que argumentada y demostrada, así que no creí necesario protagonizar otro capítulo.

«No, gracias por el ofrecimiento, pero ya he visto demasiado y oído suficiente.»

Si alguien me hubiera dicho que eso sería un problema días atrás, me habría echado a reír. Nunca digas nunca. Qué manía había cogido conmigo el destino para hacerme saber, de la peor forma, que todos los dichos tienen su porqué.

—No es la noche la compañía que espera —señaló Nerea con una sonrisa pícaro cogiendo el paraguas de él para llevarlo a la galería. Solos, de nuevo.

—¿Y qué es el Bluelagoon? —Seguía llevando el mismo traje. Despacio, empezó a quitarse la chaqueta.

Os juro que creí que la forma en que lo hizo, tan jodidamente sexy, era sólo para torturarme. Preguntarme eso apoyado en la pared, con las piernas estiradas y cruzadas en los tobillos para seguir después aflojándose la corbata con la cabeza baja y la mirada alta... no era jugar limpio. Aunque tampoco eran nada limpios los pensamientos que se me pasaron por la mente al verlo en esa posición que resaltaba su atractivo.

«Pedazo de cabrón, ya sabes que babeo por ti, ¡tampoco hace falta que me

lo recuerdes a cada instante!»

Ese gesto me recordó a una escena del libro que estaba escribiendo, cuando Iván llega una noche, también de lluvia, a casa de Candela. Su expresión... Mi cabeza hizo un *mix*: personajes, Abel el real, Abel mi muso, guiños de realidad mezclada con fantasía...

¡Dios, qué locura! Aquello rozaba la esquizofrenia.

—Un lugar donde, como la cerveza, si vas, triunfas —dije de forma seductora al pasar por su lado para dirigirme hacia mi cuarto a prepararme—. Además, así no hace falta que olvides que vivo aquí —susurré, notando cómo el corazón se engrandecía en mi pecho. Él y su manía de ser un estimulante de mis latidos.

Estaba harta de desear un imposible. De no saber ya diferenciar entre la realidad y la fantasía. De torturarme viéndolos juntos. Necesitaba salir de allí y poner distancia. Sentirme una mujer deseada y rendirme al deseo sin remordimientos. Que, al despertar, una película de besos húmedos y sudor me cubriera la piel y la nebulosa de una noche de sexo me rodeara, y no sólo en sueños.

Además, no entendía su comportamiento. Ese día ya era el extremo. Por la mañana me olvidaba, por la tarde venía a pedir perdón con un besito infantil. Llegaba la noche y besaba tórridamente a mi prima frente a mí para luego parecer cabreado con la idea de que fuera a pasarme la noche fuera con una sola intención, olvidarlo. Tenía que aceptar que él, por algún motivo que desconocía, parecía querer alimentar mi fantasía. Estaba consiguiendo volverme loca, pero no podía quejarme porque yo estaba permitiendo que jugara conmigo.

Toda la adrenalina que me corría por dentro hizo que buscara en mi armario el vestido negro que guardaba para una ocasión especial, ni recuerdo el tiempo que llevaba esperando su noche. Puede que ésa no fuera nada especial porque sólo era fruto de una rabieta. O puede que sí fuera el momento

perfecto. Darme una oportunidad y decir que yo también valía. Toda ayuda era bien recibida, y sabía que ese vestido era mi mejor baza.

Me encerré en el baño para peinarme y maquillarme a conciencia. Las clases de Ivet sobre cómo sacarme el máximo partido estaban ayudándome con mi tarea. Cuando terminé, fui corriendo a la habitación para terminar de arreglarme. El vestido era negro y corto hasta medio muslo. La parte de arriba era ceñida, con cuello *halter* y lágrima pronunciada, y contrastaba con la parte baja, que tenía un poco de vuelo. Por detrás, los tirantes eran una fina línea de encaje que tapaban los costados y el resto de la espalda al aire. El toque se lo di con un cinturón dorado, rígido y estrecho. Me enfundé unos *pumps* negros de plataforma que se ataban con una hebilla en el tobillo y un tacón de aguja de diez centímetros. El espejo me dijo que había conseguido lo que andaba buscando. Estaba sexy. Me sentía sexy.

En el pasillo, vi que mi prima estaba en su habitación cambiándose de ropa.

—Me voy —la informé desde la puerta—, no me esperes.

—Me ha dejado el jersey empapado de lluvia. Vaya beso me ha *pegao* —dijo jocosa, pero al ver que no le contestaba se despidió—: Estás impresionante, disfruta de la noche.

Sin querer perder más tiempo, me fui hacia la puerta aún con la chaqueta y el bolso en la mano. Sin querer, busqué a Abel en el salón, pero entonces me llegaron ruidos desde la cocina. Estaba por irme sin decirle ni adiós, pero mi parte más perversa quiso que le devolviera con la misma moneda su estriptis de hacía un rato. Ojalá consiguiera hacerle hervir la sangre como había hecho él con la mía.

—Deséame suerte —le pedí para llamar su atención.

Cuando me miró, supe que era el momento y, muy lentamente, di una vuelta entera delante de él con los brazos estirados para que viera mi aspecto.

—Desde luego, no la necesitas —ronroneó con voz gutural.

Se había acercado hasta la puerta, donde estaba yo. Su mirada intensa y su

voz profunda en susurros me recordaron a las que tenía grabadas en mi interior, esas con las que muchas veces fantaseaba. Había querido provocarlo y era yo la que había salido escaldada. Notaba el pulso mucho más abajo del corazón y la garganta seca. Me estaba volviendo loca porque era incapaz de saber si era sólo mi imaginación que me hacía malas pasadas y veía y sentía lo que no era, o realmente había algo.

¿Cuánto de mi deseo nublaba mi capacidad de ver la realidad y cuánta fantasía era capaz de crear sólo para seguir alimentando aquella locura y no afrontar la verdad?

«¿Es posible que este idiota esté jugando conmigo?»

Me habría quedado en el umbral de la puerta, los dos de pie, desafiándonos el resto de mi vida. No dejaba de preguntarme si con sólo su forma de mirar era capaz de hacer que mi cuerpo ya temblara, volviéndolo puro deseo, ¿qué sentiría con más?

«Nunca lo sabrás, ¡lárgate ya!»

Respiré hondo mitigando el ruido de un gemido y me fui.

La verdad es que, al llegar al portal, ya me había arrepentido de mi decisión, ¡qué poco me había durado el subidón! Estaba lloviendo, hacía frío y lo único que me apetecía era seguir acurrucada frente la chimenea, escribiendo al tiempo que me tomaba un vino, cenarme sus labios y tomar el postre sobre su pecho..., ¡o qué sé yo! Cualquier cosa menos salir a la calle, pero no podía volver arriba. Había llegado el momento de dejar los problemas en la cocina de casa. Había llegado el momento de quererme a mí misma.

Llamé un taxi y le di la dirección.

Noches de bohemia, desayunos sin diamantes

Por suerte, pillé a un taxista con pocas ganas de hablar y buen gusto para la música, toda una especie en extinción. La lluvia siempre tiene algo de melancolía que hace que todo lo que te rodea tenga ese toque de nostalgia, esa sensación que te cubre y te acuna en su manto. El sonido de la ciudad ahogado por las gotas resbalando en el cristal, la luz de la vida de las calles borrosas... Si no fuera por el pastón de la carrera, creo que me habría pasado la noche así, apalancada en el asiento trasero de un coche pintado en amarillo y negro, dando vueltas por la ciudad. No fui consciente ni del viaje ni de que habíamos llegado, el movimiento del taxista hacia el contador me despertó de mi trance.

—Por favor, no lo pare aún, necesito unos minutos.

No sé si me contestó, lo único que sé es que yo ya había vuelto a desconectar. No estaba segura de querer entrar ni de buscar lo que allí dentro encontraría. No tenía ningún problema con los rollos de una noche, no sería la primera vez, pero la principal razón era tener ganas de estar acompañada y a mí no me apetecía nada. Ni charlas, ni bailes, ni besos, ni tan sólo la coquetería. Sólo quería quedarme en casa, la cual sentía que ya no me pertenecía. Había sido invitada a abandonarla. Sé que era yo la que se había ido, pero ¿cómo pretender pasar una velada frente a ellos? ¿Cómo volver a mi habitación sabiendo que ellos dos estaban en la otra?

Había huido creyendo que si me alejaba me sentiría mejor, pero no había sido así; estando lejos me di cuenta de que la razón seguía en mí, porque era

imposible —por mucho que me esforzara— dejar de pensar en él como en el hombre que me gustaba. Era imposible verlo sólo como el novio de mi prima.

Le mandé un mensaje a Ivet:

¿Estás sola en casa?

Sí, ¿por?

Te necesito.

Vente.

Di la nueva dirección al taxista, que se había mantenido callado y que, con las manos en el volante, esperaba a que me decidiera.

—¡Estás increíble! —me saludó Ivet nada más cruzar la puerta de su casa.

—Eso espero, he utilizado todos tus consejos para que lo vierais tú y el taxista —espeté harta y cansada de mí misma.

—Y en casa... —empezó recelosa, dudando si yo quería hablar del tema.

—Sí, los dos —resoplé.

Como buena y vieja amiga, entendió el mensaje y tiró de mi brazo hacia su *tamagotchi*-mansión, nombre con el que ella misma la había bautizado cuando se mudó. Era bastante pequeña y repartida en tres zonas: el comedor-sala-cocina, una puerta que daba al baño y otra a la habitación, que era bastante espaciosa. Todas las paredes estaban pintadas de un gris perla y los muebles eran en blanco, y muy sobrios. Le había dado el toque de calidez con los llamativos cuadros que había pintado su madre, y en el sofá de piel blanca destacaban los cojines con motivos geométricos de varios colores. El piso era de esos minúsculos hasta para una persona, pero entre ella y Elsa habían aprovechado al máximo el espacio. Era cómodo, agradable y luminoso;

además, al ser una planta baja, tenía un pequeño patio, que era el lugar favorito de Ivet.

Me quité la chaqueta y soltó una exclamación.

—Madre mía, pero ¿cuándo te has comprado tú esto?

Todas conocían mi fobia para ir de tiendas y lo que me costaba encontrar ropa con la que sentirme cómoda. Sólo se habla de la gente que tiene sobrepeso a la que le cuesta encontrar con qué vestirse. Buscan esconder curvas cuando yo lo que busco es algo que no me haga parecer una tabla de planchar. Algo que dé forma a un cuerpo ya de por sí soso. Creen que por ser delgada ir de compras es genial, cuando para mí es un tormento. No hay tanta ropa que le quede bien a un palo. Resaltar cuando no hay es muy complicado.

—Ni me acuerdo. Sólo sé que lleva esperando en mi armario más de una temporada y de dos.

—Y esta noche te lo has puesto porque...

—¡Yo qué sé! —gruñí más alto de lo normal, dejándome caer en el sofá—. Me he vestido cabreada, con ganas de marcharme de allí y tirarme sobre el primero que pasara.

—Y lo primero que ha pasado he sido yo..., ¡vas mejorando en gustos! —se burló sentándose a mi lado.

—Mira, ésa sería una solución, volverme lesbiana.

—He preparado una copa, creo que la vamos a necesitar.

—Perfecto —me agaché para quitarme los zapatos—. Pero cuéntamelo todo sobre ¡LA NOCHE!

Su cara se transformó de inmediato. Cómo envidié poder disfrutar de esa tontura que te entra al enamorarte, y no de la sensación de asfixia que sentía yo.

—Todo se resume en que tengo miedo.

—¿Cómo que miedo? —repetí haciendo una mueca de sorpresa.

—Sí, miedo, pánico. El tío ha sabido cómo llegarme y colarse dentro sin siquiera despeinarse.

—Va, ese miedo da alas, no las corta —la animé.

—Guillem es... perfecto. Tiene treinta y siete años. Es asesor financiero. Me parece alguien muy transparente, dice lo que quiere, es directo. Menos en la cama..., y no es por el tiempo que llevo sin acostarme con alguien... DIOS, es de esos que convierten los preliminares en un arte de tortura.

—Te envidio —admití sin vergüenza.

Si lo normal era eso, el amor tenía esas consecuencias, menos conmigo, que estaba a punto de provocarme un ictus. La insté a contarme más; sabía que lo necesitaba, y no quería que mi problemilla la disuadiera de compartir su felicidad.

—Quedamos directamente en el restaurante, cuando llegué ya estaba en la puerta. Sólo lo había visto con traje, pero verlo en plan informal: vaqueros, camisa negra y cazadora de cuero marrón... Uff..., estaba brutal.

—Gracias por ponerte tan guapa, me encanta que quieras torturarme —la saludó Guillem con un beso en la comisura de los labios. Y allí se quedó, como esperando una reacción de ella. Y la tuvo, Ivet no sabía de dónde le salía aquel atrevimiento, pero, con las manos sobre el pecho de él, escondiendo el dedo por la abertura que dejaban los botones, tiró para darle un beso corto pero intenso—. Mejor entremos, vamos a hacer esto bien.

Con la llegada del primer plato, el tema de conversación se centró en cómo se habían conocido.

—¿Crees que si tuviera pareja te habría mirado así en el ascensor? —preguntó él acercándose lo máximo que le permitía la mesa.

—¿Cómo así? —insistió ella haciendo una mueca como si no lo entendiera y recortando aún más la distancia.

—Como ahora. —Bajó la vista hacia el pronunciado escote de la blusa lencera que lucía Ivet—. Haciéndote el amor sin tocarte siquiera.

—Ohhh... —fue lo único que consiguió decir.

—Sí, «ohhh» —se burló él dando un matiz más de gemido a la expresión.

—Compórtate, es un lugar público —le pidió Ivet, más por la necesidad que palpitaba en su interior que por vergüenza.

—Ya me comporto; de lo contrario, ya no llevarías la ropa puesta.

—El resto de la cena fue como hablar con alguien a quien hace tiempo que no ves y te pones al día. Pero añadiendo roces, insinuaciones muy directas... El peor momento fue cuando salimos y empezamos a caminar sin rumbo, los dos muy cerca, pero sin rozarnos. No recuerdo de qué hablábamos porque mi mente estaba pensando en lo mucho que me gustaba, cuando lo vi levantar la mano para llamar la atención de un taxi que se acercaba y me soltó: «Buen tema para mañana en el desayuno». Te juro que no lo pillé y me quedé como una idiota allí parada con la boca abierta. Sólo podía pensar en qué había fallado porque yo sentía que estaba siendo perfecto... Me atreví a levantar la vista hacia sus ojos y allí estaba una mueca gamberra.

—No se estaba despidiendo —vaticiné.

—No —afirmó eufórica—. Ni despedirse, ni sólo acostarse. Quería pasar la noche conmigo.

—Diez puntos para Mr. Ascensor. Y ¿cuál fue tu respuesta?

—Le dije que me gusta desayunar salado y me tiré a sus brazos. Literalmente. Si te digo la verdad, no recuerdo ni cómo escogimos venir aquí, imagino que era porque quedaba más cerca. Y en la cama, pues... el puto amo. Me llevó al limbo y ahí me dejó, torturando, besando, mordiendo, tocando... Y, cuanto más suplicaba, más se hacía de rogar... Fue apoteósico. Los mejores orgasmos de mi vida.

—Vale, lo pillo, cállate. —Estuve por añadir que conocía a alguien así, de los que, por mucho que suplicas llegar, ellos mandaban hasta que creías morir. Aunque me negué a pensar y a recordar, de forma involuntaria, un espasmo hormigueó mis entrañas.

—Había olvidado lo que es dormir con alguien pegado a ti, despertar a base de besos... y darte cuenta de que no es un sueño...

—Imagino —murmuré cortándola. La última frase fue como una patada en el pecho que me dejó sin voz y con unas ganas de llorar terribles.

—Se fue sobre las diez de la noche.

—No quiero irme, pero dicen que la distancia aumenta las ganas. —Le dio un último beso—. Te llamo mañana.

A las doce de la noche sonó el teléfono e Ivet tardó en cogerlo.

—¿Te he despertado? —preguntó él.

—Sí, pero puedes hacerlo siempre que quieras.

—Está divorciado.

—Oh... ¿Hijos?

—No. Duró sólo seis meses. Se llama Paloma. Fueron novios desde el instituto, al terminar la carrera decidieron vivir juntos, pero la madre de ella se opuso si no había boda por medio; la mujer es viuda y hace lo que le da la gana con su hija. Al final, ya ves, dice que duraron más los preparativos del bodorrio que el matrimonio. Me contó que es muy negativa, que por muchos años que pases saliendo con alguien la prueba final es la convivencia, y ellos fallaron estrepitosamente. Son lo contrario de Elsa y Quim.

—Lo de ellos es especial. Encontrar ese amor a los quince, saber mantenerlo y madurar con ello tiene mucha magia. ¿Cómo lo llevas al saber que hay una ex?

—De entrada, sorprende. Aunque a día de hoy no es raro encontrar gente joven divorciada. Me tranquiliza saber que no hay hijos. Se llevan bien, dice que los dos se dieron cuenta de que aquello no funcionaba.

Estaba radiante y, aunque tenía miedo de lo rápido que iba todo, sus sentimientos, sobre todo, conectaban tan bien que la ilusión le podía. Ese fin de semana no iban a verse porque Ivet tenía guardia y Guillem se iba a una masía del Alt Empordà con la familia de un amigo que tenía una bodega. Hacía años que ayudaba en la vendimia y cuando llegaba ese tiempo siempre hacían

una fiesta con el primer *vi novell* que sacaban antes de la fermentación. Se habían visto un rato esa tarde, pero sólo cinco minutos que dedicaron a besarse en el sofá y poco más.

—¡Si hasta me ha pedido que lo acompañara! Pero con la guardia es imposible. Además, aunque la idea de pasar dos días en una masía es de lo más seductora, es demasiado pronto. Estoy muertecita de miedo y *encoñá* como nunca.

Me enseñó unas fotos que se habían hecho esa misma tarde. Hacían muy buena pareja. Era muy guapo, resaltaban sus ojos azules sobre la piel bronceada, y el pelo corto le daba un toque canalla. Estaba deseando conocerlo.

—Me gusta cómo quiere conquistarme, cómo quiere saberlo todo de mí, cómo busca siempre hacerme sonreír... Guillem es atractivo por dentro y por fuera.

—Me alegro mucho por ti. Te lo mereces. No dejes que el miedo estropee algo tan bonito. Por favor, déjate llevar.

—Prometo intentarlo, pero basta de hablar de mí, creo que tú necesitas más terapia.

—Sólo sé que voy a acabar loca. No veo otra solución.

Le conté todo lo que había ocurrido ese mismo día, desde la mañana con su «Había olvidado que estabas aquí» y cómo había aparecido por la tarde pidiendo perdón, el besito infantil y, para rematar, lo de hacía apenas hora y media. Lo solté todo casi sin respirar, me daba miedo parar. Me daba miedo saber su opinión y darme cuenta de que me estaba engañando a mí misma y que él no había dado pie a nada, pero sólo descubrí al hacer el resumen que estaba loca por Abel.

Me gustaba.

Fin de la historia.

De la mía.

—Cambiamos el papel, ¿qué me dirías si yo estuviera en tu situación? —

preguntó—. ¿Qué consejo me darías?

—*Ehmmgrfgmmmm...* —fue toda la respuesta que le di, al tiempo que pescaba un cojín y me lo llevaba a la cara para ahogar el grito.

—Olvida por una vez tus musas, tu alma de escritora buscando finales felices hasta entre dos caracoles y mira esto de forma fría, tomando la mayor distancia. —Se acercó arrodillándose delante de mí para cogerme las manos y obligarme a mirarla, y, visto que yo no iba a responder, ella lo hizo por mí—: No dudo que él tenga esas reacciones, lo conozco muy poco, pero creo que el mismo miedo y el mismo deseo te hacen agarrarte a lo primero que caiga: ya sea una mirada, una frase, que vaya a buscarte para pedirte perdón... No quieres bajar del sueño y saltas de nube en nube. No sé si te da alas para seguir fantaseando, pero está claro que tú ya has echado a volar, y cada vez más alto. Sólo me preocupa cuando te toque bajar, niña, el suelo estará tan lejos que te harás papilla.

Siempre me había gustado la filosofía de Ivet y esas frases que soltaba. Me fastidió bastante darle la razón, aunque supiera que la tenía.

«Jodida Dalai y jodida su sabiduría...»

El despertador sonó a las siete de la mañana. Me burlé de Ivet al verla tan radiante, teniendo en cuenta las pocas horas que había dormido. No sé qué hora sería cuando decidimos ir a la cama. Y, tumbadas en ella, aún dijo que cantar nos haría bien y empezó a buscar canciones que hablaban de olvidar. *Noches de bohemia*, *Jarabe de Palo* y su *Agua* fueron algunas del repertorio.

Yo me giré hacia un lado cuando la oí coger el teléfono y teclear, hasta que se levantó y se fue al comedor. Su voz, esas risas en susurros..., la envidié de nuevo. Parecía que últimamente ése era mi pecado, pasarme el día envidiando a la gente, y, lo peor, que mi rencor me lo provocaban mis mejores amigas. No

obstante, al mismo tiempo, me alegraba de verlas felices. Yo era eso: un bicho bipolar.

—¿Quedamos igualmente esta noche? —me preguntó al despedirnos ya en la calle.

—Por mí, sí. —Me apetecía cualquier plan lejos de aquellos dos.

—Perfecto, pero a dormir pronto, que estoy agotada.

Ivet me había dejado unas bailarinas y los tacones los llevaba en una bolsa, volví a casa sin prisas, simplemente porque no quería llegar nunca. Odio el metro; más que odiarlo es que las profundidades oscuras no son lo mío. Así que anduve hasta la parada de bus más cercana, pero al final cambié de idea y volví a pie. Crucé el parque de la Ciutadella y pasé por debajo del Arc de Triomf hasta llegar al quiosco.

—Muy buenos días, Queta.

—No sé si serán buenos días, pero lo que está claro es que ¡sí han sido buenas noches! —me saludó.

—No es oro todo lo que reluce —respondí torciendo la boca—. ¿Cómo vamos?

—Como siempre. Oye, ¿tienes prisa? Es que tengo que ir a ver a mi camello. Sólo será un momento, a estas horas no suele haber nadie.

—Ve tranquila, yo vigilo tu castillo. —Sonreí, esa mujer era única.

No era la primera vez que me quedaba vendiendo diarios, revistas o chicles. En menos de cinco minutos la vi volver de la esquina llevando consigo una bolsa de farmacia repleta de cajas de medicamentos.

—Te digo yo que, si en lugar de pastillas hubiera jamoncito y gambas, saldríamos más baratos al gobierno. Moriríamos antes, pero bien servidos.

Nada es infinito y llegó el momento de volver a casa. Sólo con meter la llave en la cerradura y abrir la puerta, un intenso olor a café y tostadas me asaltó. Mis intestinos rugieron de hambre como si no hubiera comido nada en tres días. Dejé la chaqueta y el bolso sobre el baúl que había junto a la entrada y, descalza, llegué a la cocina. Mis reflejos y mi capacidad de razonamiento

debían de haberse visto afectados por la noche sin dormir, el alcohol, o hasta por la hora que era, porque, si no, no entiendo cómo no reaccioné. La posibilidad de que fuera Nerea quien preparara el desayuno era de una entre un billón. Plantada en la puerta de la cocina, me choqué con mi problema. Un problema que estaba de lo más sexy. ¿Sabes esa sensación de que se te hace la boca agua cuando tienes frente a ti lo que más deseas? Pues eso, pero sin poder llevártelo a la boca, ni a la cama... Un suplicio.

Estaba tan distraído, y yo lo observaba tan silenciosa, que no se dio cuenta de mi presencia hasta que se volvió camino de la nevera. Me observó de arriba abajo con una mirada fría y desconocida hasta el momento. Tragué saliva, porque, aunque no sabía qué estaba pensando, era fácil intuirlo. La noche había terminado y estaba de vuelta a la normalidad. De vuelta a que cada vez que lo veía babeaba por él.

—Llegas ahora —afirmó escondiendo la cabeza en el frigorífico buscando las naranjas y cerrando de un manotazo.

—Ha sido una gran noche. —Aunque no fuera por el motivo que él pensaba y yo no estuviera dispuesta a sacarlo de su error.

Vi cómo forzaba la mandíbula y cómo abría dos veces la boca para decir algo, para después volver a cerrarla. Me gustó ver que no era la única que tenía un comportamiento bipolar. Me regañé mentalmente y procuré un cambio de tema cuando mi pensamiento se puso a buscar un porqué en su reacción. La noche anterior había vuelto a hacerle la promesa a Ivet, pero sobre todo a mí misma: tratar de no imaginar nada ni buscar razones en sus acciones. Dejar de analizar todo lo referente a él.

Me fijé en que había preparado tostadas, café y estaba terminando con el zumo de naranja. Todo bien puestecito sobre una bandeja. Envidia. Ni sana, ni nada..., ¿quién cojones creyó que la envidia podía ser sana? Es mala. Odiosa. No quería ningún mal a mi prima ni a su novio, yo sólo quería... sólo lo quería a ÉL.

—¿Eres de los que llevan el desayuno a la cama? —pregunté entrando en la cocina y sentándome en una de las sillas.

—¿Por?

Dejó lo que estaba haciendo y se giró para dedicarme toda su atención. Cruzó los brazos sobre el pecho, con la camisa abierta, marcando músculo...

«Eso, tú provócame, que cuando salte encima de ti diré que fue puro instinto de supervivencia...»

Para no quemarme los ojos con semejante espectáculo, busqué otro punto en el que fijar la vista y la detuve en la bandeja. Me sorprendió un poco porque no era la primera noche que pasaban juntos y debería saber que mi prima de desayunar, más bien poco; pero, claro, es un tío y, a veces, esas cosas tan mínimas se les pasan. La temeridad me empujó a levantarme y a acercarme a él, me llené una taza hasta arriba de café y le di un sorbo.

—Nada..., pero Nerea no suele desayunar, así que no te lo tomes a mal, es una excepción; al resto —sin especificar a si me refería a las mujeres en general o a mí— nos encantaría que nos lo llevaras, pasar la mañana en la cama, tomar el café, leer el periódico, desayunarte...

«¡Perfecto, así se olvida, así!»

Di otro sorbo sin dejar de mirarlo, me fijé en el latido que se intuía bajo la piel de su cuello y en el movimiento de su nuez, y fui subiendo hasta encontrarme con esos ojos oscuros como el café que me estaba tomando y con ese brillo especial que sólo se lo había visto en él.

—Las hay que tienen suerte, las muy *jodías* —murmuré al pasar por su lado huyendo de la necesidad de tirarme a sus brazos. Suficiente tortura para no ser ni las nueve de la mañana de un sábado.

—¿Qué has dicho?

Sabía perfectamente que me había oído y hasta empezaba a creer que sabía muy bien lo que me provocaba. Pero lo que más miedo me dio fue ver su media sonrisa y la chispa en sus ojos, esa que me reveló que el juego se estaba convirtiendo en uno muy peligroso. Uno que sólo había empezado, pero ya se

sabía el resultado. Si alguien tenía el boleto ganador para volver a la casilla de salida, ésa era yo.

—Que... que tengas buenos días.

Un 3×2 no siempre es buena oferta

No sé si era el amodorramiento que me produce siempre este período del año y cual marmota me estaba preparando para la hibernación o «sólo» se trataba del estrés y el cansancio de estar siempre pensando en lo mismo, porque es que ni cerrando los ojos mi cerebro dejaba de cavilar provocándome insomnio, pero ese día acabé durmiendo hasta las cinco de la tarde. Suspiré tranquila cuando al despertarme vi que estaba sola en casa. Con tiempo, me di una ducha relajada e hice un desayuno-comida-merienda. Bocata de jamón, cafés —así, en plural—, una manzana, dos bolsitas de galletas Princesa..., mientras releía lo último que había escrito de la nueva novela y anotaba algunos cambios para corregir después.

Estaba de pie recogiendo los restos que había sobre la mesa baja del comedor cuando la puerta se abrió y aparecieron los dos tortolitos cargados de bolsas y mostrando una sonrisa demasiado grande para mi gusto.

—Por fin estás despierta —me saludó mi prima.

Me puse roja como un tomate y casi me caigo al suelo por patinar con los calcetines al querer correr para tapar el portátil, que descansaba en el sofá. Por suerte, ya estaban en la cocina y no vieron ni mis prisas ni mi casi caída. Sólo de pensar que pudieran saber qué estaba escribiendo me ponía mala, y eso que no sabían que toda la inspiración me la provocaba ese hombre que tranquilamente colocaba las cosas en la encimera mientras hablaba con su compañera. Abel vestía vaqueros grises, camiseta negra y chaqueta de lana. Tengo que decir que daba igual lo que llevara, sólo había una cosa que llamaba la atención y era su sonrisa. Era imposible no quedarse mirando como

una boba esa boca pequeña coronada por unos labios jugosos. Era de esas sonrisas contagiosas y muy adictivas.

Me armé de coraje, de valor, hasta de estupidez y me puse la máscara que últimamente me acompañaba cuando estaba cerca de ellos. Suspiré dándome ánimos porque hasta notaba sudor en las manos de lo nerviosa que me sentía. No me gustaba nada lo que estaba pasando; un gesto tan banal como era acercarme a ellos y ya me ponía mala, pero era incapaz de controlarme.

—¿Habéis dejado algo en la tienda? —pregunté fingiendo el mejor de los humores al entrar en la cocina y ver todas las bolsas.

«Con lo mal que se me da interpretar y últimamente —y, lo peor, en mi casa — es lo único que hago.»

—Ivet viene a cenar.

—¿Y eso? —Dejé la bandeja y lavé a mano el plato y la taza.

—Nada especial. La he llamado para saber qué tal la semana y me ha dicho que estaba de guardia y que Guillem está fuera, así que la he invitado y así nos pone al día.

Intuí por el comentario que no le había contado que había pasado la noche con ella.

—Perfecto. Tengo ganas de saberlo todo —fingí de nuevo. Me iba a matricular *cum laude*.

—Y tú, ¿qué tal anoche?

Lo primero que hice fue buscar la mirada de Abel, que hasta entonces se había mantenido callado mientras colocaba la compra, pero pareció que el tema le interesaba, porque apoyó un brazo en la puerta de la nevera y me observó esperando mi respuesta. Sus labios de morrito y su mirada me helaron la sangre en algunas zonas, sólo en algunas, en otras fue todo lo contrario.

—Digamos que no encontré lo que buscaba cuando salí de casa, pero fue una buena noche. —No mentí, aunque tampoco revelé la verdad—. ¿En qué os ayudo?

—Pregúntale a él, ¡hoy es el chef! —celebró ella.

«¡Y encima sabe cocinar...! ¡Cásate conmigo!»

—En nada, sólo quiero a Nerea —contestó Abel.

Seis palabras. Un escalofrío. Seis, no más. Una frase que nos resumía y que dejaba claro cuál era mi papel en el culebrón en el que se había convertido mi vida. Me sentó como una patada en el estómago. Ellos dos: perfecto; nosotros tres: un error. Pillé la indirecta tan jodidamente directa. ¿Por qué me dolió tanto esa simple frase? Boqueé buscando una respuesta, pero no la encontré; vaya mierda de escritora estaba hecha.

Me estaba dando pie a detestarlo y por momentos lo conseguía. Odiarlo era lo mejor, lo sabía. «¡Capullo, te odio!»

Con un cabreo enorme que estoy segura que mi cara reflejaba, me fui al salón para recoger el portátil y mis trastos, y, para no variar, me encerré en mi dormitorio. Lo odiaba a él. Me odiaba a mí misma. Odiaba mi vida porque pasar una velada con ellos era lo último que me apetecía. Me arrepentí una y otra vez de no haber aprovechado la oportunidad y despejarme con una buena noche de sexo porque empezaba a necesitar de forma urgente liberar tensiones. Y, sobre todo, olvidar.

Durante los últimos diez años me había pasado horas y horas encerrada en mi habitación, estudiando, escribiendo o simplemente dejando pasar el tiempo, pero aquella tarde me sentí enjaulada en mi propio refugio.

¿Cómo, el lugar donde siempre me había sentido segura, ahora resultaba ser tan claustrofóbico?

Si no hubiera sido por Ivet, me habría ido para no volver. Me estaba poniendo de los nervios estar allí, como en una especie de castigo por mis graves pecados. Puse música, los primeros acordes de *Wake Me Up* de Aloe Blacc retumbaron y subí el volumen para hacer callar el silencio que me martirizaba recordando sus palabras y, sobre todo, el murmullo de risas y voces que me llegaban desde la cocina.

Para no variar, en lugar de afrontar el problema y buscarle una solución, escapé. Me desnudé y me enfundé unos *shorts*, camiseta de tirantes, las

zapatillas y salí a correr. Sabía que mi vestimenta no era la adecuada para la época del año, pero buscaba tener que correr más rápido para sentir sólo frío. Que se me helara no sólo la piel, sino también los pensamientos. Y lo conseguí, me fui hasta la playa y, hasta que me sentí desfallecer, no volví a casa.

Al llegar, aunque era lo último que me apetecía, me acerqué a la cocina porque estaba muerta de sed y de hambre. Abel estaba allí, y solo. Sin decirle nada, empecé a prepararme un *porridge* con avena, leche y miel.

—¿Estás loca? No puedes salir así vestida, vas a coger una pulmonía. —Lo observé con el ceño fruncido; su comportamiento bipolar iba a acabar conmigo.

—Abel, déjame. Sólo soy alguien que no necesitas y al que olvidas —dije fingiendo indiferencia y me di media vuelta como si la tarea de calentar la leche requiriera de la máxima concentración.

Noté cómo se acercaba y se detenía. No me rozaba, pero sentí toda su presencia detrás de mí, cerré los ojos, pero sólo conseguí que aumentaran las sensaciones. Dejó pasar unos instantes, que llené de anhelo.

—Ódiame, pero sólo un poquito —susurró pegado a mi oreja, y una corriente eléctrica me sacudió cada vértebra a la velocidad de la luz.

Hasta que dejé de oír sus pasos alejándose no fui capaz de soltar el aire y respirar con naturalidad, o la máxima posible, dadas las consecuencias. Aunque el tono fuera en broma, me pareció que había mucho más en aquellas palabras.

—Ojalá pudiera..., ten por seguro que mi vida sería más fácil —mascullé entre dientes. Terminé la papilla con la vista perdida en el fondo del bol.

«Maldito Abel.»

Si la carrera me había sentado bien, el baño de después me supo a gloria. No había pasado una noche de sexo, pero casi me sentía igual. Casi, hay beneficios que sólo produce un buen orgasmo. De alguna manera había reunido las fuerzas suficientes para luchar contra aquella pesadilla. No quería seguir

sintiéndome así, ni tener más motivos para volverme loca. El timbre del portero automático fue lo que me hizo salir de la bañera al comprender que Ivet ya había llegado. Rápidamente me vestí con unos chinos verde oliva y una camiseta de manga larga de lino color azafrán. Ni me sequé el pelo, lo dejé suelto para que el aire hiciera su labor. Con la mano en el pomo, suspiré como unas tres veces antes de atreverme a abrir y salir.

—Sirenita, pensaba que tendría que ir a sacarte —se burló Ivet al verme entrar en el comedor. Le saqué la lengua a modo de respuesta.

Me fui a la cocina a poner una lavadora con la ropa que había utilizado para correr y volví con ellos. Abel estaba en el sillón, Nerea sentada en el sofá a su lado, Ivet en la parte de la *chaise longue*, y yo me puse en medio de las dos. Sobre la mesa baja había un bol de patatas y un plato con un poco de fuet. Los tres tenían una copa de vino blanco en las manos. Abel se levantó y me sirvió una a mí; en lugar de dejarla sobre la mesa, me la tendió justo antes de sentarme. No sé si fue a propósito, pero nuestros dedos se rozaron. Sólo eso, y algo en mí se removió.

«¡Puto Abel, deja de jugar conmigo!»

—Venga, cuéntanos qué tal con Mr. Ascensor —le pidió Nerea. Entendí que mi prima lo había puesto al corriente de cómo se conocieron porque, al oír ese apodo, Abel se echó a reír.

«Nada de sonrisas o te las borro a besos, a mordiscos... La verdad es que el método todavía no lo tengo muy claro... ¡Manolita, céntrate!»

—¡Se llama Guillem! —rio coqueta.

—Empieza y no te dejes nada.

Ivet, feliz, comenzó a relatar los últimos días, y desconecté. Había tenido el privilegio de conocer esos detalles la noche anterior y, no es que no fueran interesantes, es que si levantaba la vista mis ojos se iban a él, así que me concentré en mi copa y en los destellos que lanzaba al reflejarse la luz de las velas que decoraban la mesa.

—Voy a ver cómo está la cena —anunció él, como chef de esa noche.

—Espera, te acompaño —dijo Nerea, dando un saltito y colgándose de su cuello.

Olvidé al «mono» que llevaba colgado, sólo podía ver aquella espalda enfundada en una camisa celeste que se había puesto para la cena y el culo que le hacían aquellos vaqueros. Creí, y lo sigo pensando ahora, que se vistió a conciencia sólo con la intención de torturarme, si no, no se entiende cómo podía estar tan irresistible.

—Eh..., mírame —me zarandé Ivét, que se había acercado hasta mí, y aparté la vista de la puerta de la cocina. Puso una rodilla en el sofá y se acercó más para susurrarme al oído—: No sé qué ha pasado, ni tenemos tiempo, pero reacciona, ¡vuelve! Te empeñas tanto en esconder lo que sientes que estás sin estar. Ni hablas, ni sonríes, estás como ausente, ¡ésta no eres tú! No puedes dejar que esto te difumine como lo está haciendo.

—Lo sé, perdona, ha sido un día raro. Prometo esforzarme.

—No lo hagas por mí, hazlo por ti. —No volvió a hablar hasta pasados unos instantes—. Debes ser como la luna.

—¿Inalcanzable?

—Eso también. Brilla en la oscuridad. —Me guiñó un ojo y volvió a sentarse en su sitio—. Enseña quién es Nola.

Y puede que interpretara mal las palabras, pero me dio una idea. La verdad es que tenía razón, no estaba siendo yo frente a él. ¿Y si me arriesgaba a enseñarle quién era en realidad? Esa noche lo puse en práctica, aunque tardé un tiempo en ver las consecuencias de mis actos. Ivét me ayudó en mi cometido, sacando viejas anécdotas de cuando vivía con nosotras, conseguí relajarme y disfrutar de una cena entre amigos.

Habían puesto la mesa del comedor, y no me extrañó cuando vi todo lo que habían cocinado. Nos sentamos cada uno a un extremo de la mesa, frente a mí Nerea, a mi izquierda Abel y a mi derecha Ivét. Había ensalada, quiche de setas y una masa de hojaldre con verduras y queso de cabra gratinado. En la

segunda copa de vino me planté y preferí seguir con agua. El cocinero ya me embriagaba suficiente él solo.

—¿Qué pasa? ¿No sabéis utilizar el tenedor? —nos riñó Nerea cuando nos pilló a los dos comiendo la lechuga con los dedos. Era una costumbre que tenía y ni me había fijado en que él también lo hacía. Fue una tontería, pero estallamos todos en carcajadas menos ella.

—No es lo mismo, la lechuga sabe mejor así —defendí. Hay manías que tienes desde siempre sin saber muy bien por qué y, por lo visto, no sólo era mía.

—Es una guarrada, sabes que no lo soporto. —Mi prima se levantó a coger otro plato y repartió la ensalada—. Ésta es la vuestra, haced lo que queráis.

Fue un placer en mayúsculas ver a Abel relajado, parecía que él también disfrutaba de la velada. Por fin nos comportamos igual que cuando estábamos los dos solos, y lo que descubrí aún me enamoró más.

Decidimos tomar los postres y el café en el sofá. La parejita se instaló en él, Ivet en la parte de la *chaise longue* y yo en el sillón. Sobre todo, distancia. Habían preparado una mousse de mascarpone con *coulis* de frutos rojos que estaba tremenda, como tremendo era verlo a él llevarse la cuchara a la boca.

Salió mi trabajo a debate, ya estaba acostumbrada, era algo que a la gente la atraía y se lo tomaban como un juego. Normalmente, para un informe grafológico se utiliza una hoja en blanco y un bolígrafo normal. Se pide a la persona que escriba unas diez líneas sobre lo que quiera —no se puede copiar— y que firme. En la letra valoramos cómo se comporta a nivel social, y en la firma, a nivel personal. Así vemos si es igual en todos los ámbitos, o en la intimidad es otra persona distinta. Podemos ver el lado emocional, su infancia y sus padres, traumas del pasado, ambiciones, si es más material o emotivo o cómo afronta los objetivos. Aunque no nos demos cuenta, la escritura va modificándose con los años, de acuerdo con lo vivido.

No obstante, al final te das cuenta de que, por mucha curiosidad que sientan, no siempre están dispuestos a que les digas en voz alta la verdad

sobre lo que revela su modo de escribir, así que recurro a un juego como vía de escape. A petición de Nerea, se lo hice a Abel; no tenía nada de científico, lo había aprendido en alguna de las clases de psicología. Aquella profesora tenía una forma curiosa de trabajar y me encantaron sus lecciones, y aún a día de hoy, algunos de sus ejercicios me vienen a la memoria.

—Tienes que escribir una lista en vertical de veintisiete palabras, lo que te venga a la cabeza —le pedí.

Tardó un poco en apartar los ojos de mí, hasta que Nerea le dio un codazo y él empezó a apuntar. Al terminar levantó la vista y yo sonreí nerviosa.

—Ehh, vale, ahora agrúpalas de tres en tres y escribe la palabra que se te ocurra al juntarlas. Y luego otra vez lo mismo. Te quedarás sólo con tres palabras. Entrégamela al terminar.

Cuando acabó me la tendió y alargué el brazo para coger la libreta.

Me fue imposible no hacer un escaneado rápido.

«Líneas rectas: equilibrado y confianza en sí mismo. Letra pequeña: persona tímida, reservada, lo que corrobora con una mínima inclinación hacia la izquierda. Independiente por los espacios entre palabras. Sensualidad muy marcada por la forma del palo de la letra “g”. El punto de la “i”, muy separado: mucha imaginación y en forma casi de tilde, lo que significa que es autocrítico...»

—¿Y bien? —La voz de mi prima me devolvió a la realidad.

—La primera palabra, «equilibrio», es lo que significa para ti la vida. La segunda, «pasión», lo que es el amor, y la tercera, «meta», la muerte.

La música sonaba de fondo. Nerea e Ivet se enfrascaron hablando de algo que no tengo ni puñetera idea porque no prestaba atención, ya que sólo era consciente de una cosa: de la mirada de Abel fija en mí, y por un momento el mundo se olvidó de nosotros. Al final fue él quien apartó los ojos, y yo me levanté y me fui a la cocina.

¿Gato o mariposa?

Me escondí en el balcón de la cocina. Estiré los brazos a lo ancho apoyando las manos sobre la fría baranda y alcé la cabeza hacia el cielo. La humedad se notaba en el ambiente y una niebla espesa impedía ver nada. El frío helado en la cara me despejó un poco. No sé si la lágrima que cayó fue de tristeza o simplemente de frío, sólo sé que no fue la única.

Tener a Nerea delante, prometerme una y otra vez que lo olvidaría no servía de nada ni era un impedimento. Con él me volvía irracional, me dejaba guiar por un corazón ilógico y ciego. La razón se rendía a la obcecación. Fin.

No me di cuenta de que había alguien más hasta que lo noté a mi lado, no me volví, pero su olor lo delató. Copió mi postura, con los brazos extendidos, y no sé si a conciencia o no, su meñique entró en contacto con el mío, un mínimo contacto y estaba a punto de gemir de placer. No me aparté al sentirlo cerca, ni él tampoco. Un roce ínfimo. Infantil. Inocente y tan prohibido a la vez.

Respiraba agitada, el pecho me subía y me bajaba a la misma velocidad que si hubiera corrido diez kilómetros en media hora. Me sentía poseída por una gran fuerza que me estaba desgarrando desde dentro y me pedía que me tirara a sus brazos. Giré la cabeza hacia él con todo el cuidado posible de no mover la mano y perder ese roce que estaba volviéndome loca. Él hizo lo mismo. Un silencio cacofónico de palabras no dichas se instaló entre nosotros. Me perdí en sus ojos oscuros, en sus labios, en su boca lo suficientemente abierta como para ver su aliento convertirse en vaho al chocar con el aire frío. En esa sensación nueva y desconocida para mí, fascinante e indescriptible, la

de sentir que su mirada me estaba besando a distancia. Una nueva lágrima resbaló surcando mi cara, pero él se interpuso en su camino y con el pulgar la secó. Ese gesto se convirtió en caricia cuando movió la mano sobre mi mejilla hasta rozar de forma pecaminosa mi labio inferior. Mis pezones se pusieron firmes como un soldado frente a su general y las mariposas de mi estómago echaron a volar con la intención de conquistar la luna. Una corriente de fuego estalló en mí y jadeé ante el inminente miedo a quedarme sin aire.

Hui.

Salí corriendo porque no habría aguantado ni un segundo más sin caer en la tentación que eran sus labios tan cerca. Sólo un beso, sólo un roce de labios. Tan inocente, tan pecaminoso.

Lo primero que vi al entrar de nuevo en el salón fue la expresión inquisitiva de Ivet, sentada de cara a la puerta y frente a Nerea. Mi prima parecía tan ensimismada con la conversación que ni se enteró de que no estábamos presentes. Le hice un gesto con la cabeza diciendo que no quería hablar; por no querer, no quería ni pensar.

—Estoy agotada, llévame a la cama —dijo Nerea, estirando los brazos hacia Abel cuando lo vio entrar.

—Sí, por hoy es suficiente —sentencié recogiendo los vasos y el bol de frutos secos de la mesa baja. Luego hui a la cocina para no quedarme a ver cómo la cogía en brazos y desaparecían en su habitación.

Las mariposas que momentos antes brincaban eufóricas en mi interior se convirtieron en cadáveres que me encogían el pecho. Lo metí todo en el lavavajillas y me mordí la cara interna de la mejilla para evitar echarme a llorar. Ivet llegó con las copas que todavía quedaban y el mantel, y en silencio me ayudó. Es sorprendente la capacidad del cerebro de buscar salidas y vías de escape cuando se siente tan sobrepasado. Yo en ese momento me puse a cantar mentalmente la canción *Algo contigo* de Rosario:

No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo.

Y es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amiga...

—Venga, a la cama —dijo mientras me frotaba la espalda de forma cariñosa—. Lo siento, sé que te gustaría que te llevara en brazos, pero eso no va a poder ser.

Intenté reírme, pero fui incapaz. Aún no había ni recuperado la respiración normal, y mucho menos capacidad de razonamiento. Fue sentarme en mi cama y derrumbarme. Mi estómago era el que más sufría. Si estaba con él, sentía mariposas; lejos de él, en cambio, lo que sentía eran náuseas. De un extremo al otro. Del cosquilleo que hace el amor al dolor de los remordimientos.

—¿Cómo he podido hacer esto? ¡Cómo!

¿Adónde coño se había ido mi cordura? Parecía que la tenía al ralentí, tanto, que acababa convirtiéndose en remordimientos. Remordimientos que me consumían. Podían aparecer antes impidiéndome hacer locuras, pero no, se presentaban ya con todo hecho... ¡Cabrones! Lo peor es que no sé cómo, pero había aprendido demasiado rápido a convivir con ellos.

—No has hecho nada malo —repuso Ivet, sentándose a mi lado—, ¿o hay algo que no sé?

—No ha pasado nada. Ha salido al balcón y se ha puesto a mi lado sin decir nada, hasta que he entrado —sollocé con las manos en la cara sin saber muy bien por qué no le contaba todo lo sucedido realmente.

—Entonces no hay nada malo de lo que culparse.

—¿Te parece poco que me guste el novio de mi prima, de mi compañera de piso, de mi mejor amiga? ¿Por qué tiene que ser tan complicado, por qué es tan injusto?

—Vivimos en un mundo en el que el chocolate engorda, ¿qué esperabas?

Y, para no variar, me dejó sin palabras y haciendo que una sonrisa se fundiera en mis labios. Ése era su don, el de ser capaz de sacar una sonrisa en momentos como aquél. Me eché para atrás dejándome caer en la cama y ella me siguió. No sé el rato que pasamos, cada una cavilando por separado.

—Cada vez siento más vergüenza —murmuré sin apartar la vista del techo—, no puedo mirarla sin odiarla un poco, sin odiarme a mí un mucho.

—Sólo puedo decirte que loca del todo no estás. Desde que he llegado, él ha estado pendiente del pasillo, como esperando a que salieras del baño. Lo he visto mirarte cuando no te dabas cuenta. El modo en que te vigila..., cada vez que salía el tema de anoche y, creyendo que la habías pasado con un tío, cogía la copa y se terminaba el vino de un trago.

—Sobre eso, gracias por no decir que estuve en tu casa.

—Creo que es mejor para todos que crean que tuviste una noche loca. No sé por qué, ni con qué fin, lo que está claro es que no te estás haciendo falsas ilusiones, y sólo por eso cada vez me cae peor. —Me volví sorprendida y ella hizo lo mismo al ver mi reacción—. Creo que está jugando contigo y eso me revienta y me dan ganas de...

—De nada, tú calladita y ni se te ocurra decir nada.

—Y lo peor es que Nerea se ha dado cuenta de que me cae mal, siempre he sido transparente y todas nos conocemos demasiado bien. Mientras teníais vuestro momento terraza, era lo que me estaba preguntando, y sólo le he dicho que eran sensaciones, que algo en él no me cuadraba.

—Lo siento, ¡lo que me faltaba! —gimoteé sentándome de golpe—. No quiero meterte en este lío. No quiero que te pelees con ella. Es culpa mía.

—¡Es un capullo que está jugando contigo! —exclamó entre dientes para que no la oyeran mientras se ponía de pie—. Eso debería hacerte despertar y no seguir soñando. Deja de pintar fantasías con los colores de tu prima, nada bueno puede salir de esto. Haz todo lo posible por olvidarlo, porque esto sólo te va a traer dolor, como ya está ocurriendo.

Tenía razón, lo sé y lo sabía entonces. Y de nuevo me mentalicé, me dije que haría todo lo posible por conseguirlo. ¡Lo veía tan claro cuando hablaba con ella! Me sentía capaz de superar aquello, pero luego aparecía él y soplabla sobre esas ascuas avivando de nuevo el fuego de las esperanzas y los sueños. Como tantos otros, esperé que fuera el tiempo el que me diera la respuesta a qué y cómo hacerlo.

—¿De verdad no quieres quedarte? —le pregunté cuando la vi con el

teléfono en la oreja pidiendo un taxi.

—Me gusta demasiado mi cama y mañana madrugo, pero si prefieres que me quede...

—No hace falta, de verdad. Lo superaré.

—Consíguelo. No merece la pena destrozar lo que más te importa por él.

Asentí con la cabeza en un gesto muy convencido, cuando realmente tenía mil dudas; se me estaba escapando de las manos y ya no sólo me afectaba a mí. Ivet se había visto implicada y salía en mi defensa al ver el comportamiento de Abel. La entendía y, si fuera al revés, yo actuaría como ella, pero estaba tan idiotizada que dudaba si quería que me rescatara. No había pasado nada y ya había conseguido que mis dos mejores amigas se mosquearan entre ellas. Estaba viendo sólo las primeras consecuencias que esa locura me estaba provocando y estaba aterrada, entonces ¿por qué no reaccioné? ¿Por qué era incapaz de alejarme y dejar de pensar en él?

La respuesta era que, una parte de mí, aunque fuera efímera y estuviera muerta de miedo, estaba ahí, ese algo que me decía que valía la pena arriesgar todo lo que tenía. Por él.

Fui una intrépida y, sin preocuparme de perder los dientes o envejecer antes, me desnudé tirando la ropa a una esquina, sin importarme si estaba limpia o no. Me puse una de las camisetas de tirantes que tenía como pijama y me metí en la cama sin el previo ritual de higiene.

Recé para poder tener una noche de paz y que el sueño me llegara sin tener que contar ni ovejitas ni Abeles..., pero no fue así (¡qué novedad!). Y, cuanto más lo intentaba, más me desesperaba y me desvelaba. Estuve a punto de levantarme y escribir, pero desistí, no tenía muchas ganas de teclear. Además, el estado de uno se refleja en las palabras escritas y sólo habría salido algo muy negro. Lo que sentía yo: vacío, soledad y una duda enorme que, aun conociendo cuál era la única solución, no me atrevía ni siquiera a tenerla en cuenta.

Me dolía la cabeza de intentar comprender todo aquello, como si por el

hecho de encontrarle una justificación fuera a ser más fácil asumirlo y entenderlo.

«¡Ja!

»¡Como si el amor fuera una fórmula matemática!»

Pasaban de las tres y media de la madrugada cuando salí de la habitación y me fui a la cocina. Aunque hiciera frío o una temperatura de cuarenta grados, soy de las que el agua les gusta fría de la nevera. Sin coger un vaso ni nada, bebí a morro de la botella.

—Humm... Eres lo más sensual que he visto en mi vida.

Notar la voz de mi fantasía-pesadilla detrás de mí y sus manos en mis caderas me dio tal susto que me tiré toda el agua por encima. La camiseta de tirantes blanca se pegó aún más a mi cuerpo, a mis pechos, a los pezones, que se habían convertido en escarpas empujando contra la tela. ¡Estaba helada!

Me di la vuelta diciéndome que sólo era una alucinación, pero no, estaba allí. Frente a mí, vistiendo sólo unos bóxers negros, su pecho desnudo y el pelo despeinado con ese *look* que algunas definían como poscoital..., tan alucinante como real.

—Pero, ¿¿qué haces?! —pregunté intentando no alzar la voz.

—Debo confesar que en estos momentos no puedo pensar, tus piernas me enloquecen.

—¿Te has vuelto loco? —insistí incrédula.

—Loco. Sabio. Atrevido. Valiente. —Yo casi no podía ni hablar y él parecía tan sereno, como si fuera una situación de lo más normal.

Debería haberme cabreado, haberlo abofeteado.

Debería haber huido.

Pero no, seguí allí plantada frente a él.

Atribuí mi falta de raciocinio de aquel momento al agua fría. Porque, por mucho que me hubiera gustado decir que era por la gran cantidad de alcohol que llevaba en la sangre, no podía. No había excusas, nada estaba afectando a mi cordura. Si mi voluntad se había convertido en clara de huevo que

resbalaba por mis manos, sólo era culpa mía y de mis ganas de autoflagelarme. Algo había que nos impedía actuar coherentemente, porque no entiendo cómo llegamos a ese punto. El susto y el cabreo inicial se disiparon cuando vi el deseo dibujado en su sonrisa, dilatando sus pupilas. Esos mismos ojos que estaban concentrados en un solo punto.

«Sólo un instante», me concedí. Y acepté el juego.

—¿Quieres dejar de mirarme las tetas?! —inquirí jocosa, arqueando una ceja. Seguían como escarpas, pero el motivo era todo lo contrario, había pasado del frío a la ebullición en tres microsegundos.

—Eh..., perdona —balbuceó desorientado, levantando la vista hacia mis ojos durante un momento para luego volver a bajar y esta vez detenerse en mi boca—, pero soy un tío, y, ya sabes, me gustas..., nos gustan, y más así, tipo camiseta mojada... Es sexy...

«Sexy», una palabra ya sensual de por sí, pronunciada por sus labios y su cuerpo revelando en sus ojos y algo más abajo ese deseo... era erotismo rozando el nirvana.

—Ahora estamos empatados, los dos hemos visto el cuerpo desnudo del otro —susurré sin voz porque las llamas del maldito infierno donde él me llevaba me estaban consumiendo.

—Salgo perdiendo, tú me viste mejor de lo que yo he podido ver.

«Si tú supieras todo lo que conozco de tu cuerpo, de tus deseos...»

—No me tientes —le advertí—, ¡anda, date la vuelta!

Sin dejar de reír, lo hizo y yo me quedé babeando observando esa espalda. Había perdido la cuenta de las veces que había soñado acariciar con mis dedos aquellas alas tatuadas que ocupaban buena parte de ella. Volvió un poco la cabeza para ver qué hacía y el sonido de su risa burlona —seguro que de ver mi cara de pava— me hizo reaccionar.

—¡Gírate! —murmuré sonriendo señalándolo con el dedo.

«¿Qué coño estás haciendo?»

Pero borré rápido la pregunta, igual que la respuesta y las incalculables

consecuencias que podía acarrear disfrutar de esos instantes.

Él lo hizo y yo me quité la camiseta a toda prisa, la puse a lavar y del tendedero cogí una negra; antes de ponérmela me fijé en el reflejo del cristal. La luz de la calle dibujaba sombras en las paredes y en el techo, pero daba suficiente claridad como para ver que Abel se había dado media vuelta de nuevo y me observaba sin ningún pudor. Sabía muy bien que me estaba viendo con tan sólo un culote blanco, e hice un ligero movimiento de caderas, que se vio compensando por un ronco gruñido gutural. Estaba disfrutando de ese peligroso juego con el hombre al que deseaba desde hacía demasiado tiempo. Pero había dejado de ser un sueño, ahora era real y, lo peor, ERA PROHIBIDO. En ese caso, lo prohibido no le añadía más morbo, porque hacía mucho tiempo que ese hombre en concreto llenaba todas mis fantasías, primero, sólo las sexuales y, después, ya todas ellas.

Era un cabrón que estaba jugando conmigo, pero era mi cabrón favorito.

A través del cristal vi cómo daba una zancada hacia mí y se detenía en una vacilación imperceptible antes de dar otro paso hasta situarse detrás de mí sin apartar la mirada de la mía a través del reflejo del ventanal. Mi corazón por un momento dejó de bombear, ni siquiera recuerdo que respirara. El contacto de su pecho desnudo rozó mi espalda y fue como una descarga de calor que hizo vibrar hasta mi sombra. Sus dedos buscaron mi cintura y me acercó más a él, acoplándose perfectamente. Cerré los ojos de puro placer. Su piel junto a la mía.

¡CRASH, BOOM, BANG!

Aún ahora, al recordar ese momento se me eriza la piel. Dejé caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en su pecho. Nirvana. Hicimos que, en ese instante, el invierno fuera verano, y convertimos el pecado en algo sagrado. No había ni barreras ni prohibición. Éramos sólo nosotros, sin pasado, sin futuro. Sólo ese instante nuestro. Éramos sólo él y yo.

Ningún dios, semidiós, santo ni virgen, nadie se apiadó de mí. Me los imaginé tranquilamente tumbados a la romana en su Olimpo, mirándonos, pero

sin mover un dedo; me dejaron en manos del mismísimo diablo. Pero hay pecados que sería pecado no cometer.

No sé el rato que pasamos así, pero, fuera el que fuese, me pareció insuficiente. El perfume de su piel caliente acunándome y embriagando mis sentidos.

—Joder, ¡qué bien hueles! —murmuré de forma inconsciente.

—¿Qué has dicho?

La vibración de su voz bajo mi oreja me hizo jadear extasiada. Tenía la cabeza a la altura de la mía y respiraba agitadamente junto a mi cuello. Sus brazos cruzados sobre mi cintura, apretándome fuerte contra él, y mis manos enlazadas con las suyas descansaban sobre mi estómago. Con mano trémula, guie la suya hasta encima de mi pecho izquierdo. No era nada sexual, aunque fuera muy sensual. Sólo quería que sintiera qué provocaba en mí. No era sólo un latido acelerado o desbocado. Se parecía más a una explosión. La misma que sentí la primera vez que lo vi en el Mixturis. Un big bang que estallaba en mi corazón y se expandía en cada célula de mi cuerpo. Nuestros jadeos se acompañaron y sus dedos encarcelaron con más fuerza los míos.

Un atisbo de cordura me despertó. La dosis mínima para empujarme lejos de allí y de él. La suficiente para superar la necesidad que él me creaba.

—Que... buenas noches. —Me deshice del abrazo sin mirar atrás.

Fin de la partida.

Cuando llegué a la habitación, si no hubiera sido porque el corazón aún me estallaba por salir y las piernas me temblaban, habría dudado de si había sido real. Era un puto sueño, el mío, hecho realidad. Tan poca cosa. Tan... «¿qué coño ha sido eso?».

Hay un concepto llamado falacia del Nirvana que consiste en el error lógico de comparar cosas reales con situaciones utópicas, irreales o alternativas idealizadas. Pero que exista un nombre para describirlo no ayudaba en nada. Tiré del edredón y, cubriéndome como si fuera una capa, abrí el ventanal de par en par y me senté sobre la alfombra frente a él. De

nuevo, el frío intenso de esa noche de octubre me acarició la piel. Me sentía como una oruga en su crisálida. Me acordé de una de las clases de la carrera, cuando nos preguntaron que, si pudiéramos escoger, ¿qué querríamos ser? ¿Un gato y tener siete vidas o una mariposa y vivir sólo un día? Hasta entonces había dudado de la respuesta, pero esa noche lo vi claro: prefería vivir sólo unas horas y compartirlas con él a vivir siete vidas y ninguna a su lado. Y esa verdad me asustó.

Lo que sentía por él me desbordaba. Es curioso ver la situación desde la perspectiva del tiempo. Era ridículo, bochornoso, y lo peor de todo es que era consciente de ello. Una parte de mí sabía que aquello que deseaba era lo único que podía destruirme, pero no podía frenarlo. Ya ni pensaba en mí porque él ocupaba cada instante. La prueba era que, cada vez que podía echar por tierra mis promesas, saltaba con los ojos abiertos.

¿Qué precio tienen nuestros sueños?

¿Vale todo?

No busco que me entendáis, primero porque ni yo me entendía, sólo quiero que de alguna forma sepáis cómo me sentía. Concordaba con Ivet cuando decía que Abel estaba jugando conmigo, pero el problema era que, cada vez que trataba de alejarme, él aparecía con algún truco nuevo. Que, cada vez que intentaba dejar de sentir, lo único que conseguía era terminar sintiendo más.

¿Qué buscaba apareciendo en la cocina?

No sabía cómo ni por qué habíamos llegado a ese punto.

Sólo sabía que me había gustado demasiado, como también sabía que no podía volver a ocurrir. En veinticuatro horas habíamos llenado el cupo. No sentía remordimientos como después de la cena; sólo el convencimiento de que había aprovechado el momento y la seguridad de que no podía volver a dejarme llevar por mis sentimientos. Tanto esperar de él una señal más clara que palabras de doble sentido y miradas hechizantes y, cuando me lo daba, me dejaba igual de perdida o más.

El problema seguía existiendo. Pero era suficiente. Había llegado la hora

de poner freno. Distancia. Tenía que encontrar la manera de no tenerlo cerca.

Busqué consuelo en la música, en los clásicos, pero la fiera que llevaba dentro se pasó por el forro la melodía del piano y el relax que proporcionaba la canción *Pilgrims on a Long Journey* de Cœur de Pirate. Mi piel ardía con la sensación de tenerlo aún acoplado detrás de mí. Todo el cuerpo me rugía pidiendo una noche de pasión al límite. Así que me dejé llevar de la mano de mi muso y me entregué en cuerpo y alma a él. Más de una vez, para ser exactos. No paré hasta que me sentí agotada de tocarme con los dedos y con el recuerdo de la huella de su perfume como única caricia.

Huir de ti mismo

La temperatura había bajado en picado y los virus se habían expandido. El lunes, Ingrid ni se presentó a trabajar porque estaba con gastroenteritis y fiebre, igual que la pequeña Lis, y me tocó a mí terminar dos de sus informes.

El miércoles, cuando bajé a por el periódico, encontré a Queta tosiendo, iba tapada con bufanda y gorro, pero con el cigarrillo en los dedos.

—Putos vicios, que sabes que te van a matar, pero eres incapaz de dejar.

—Te entiendo.

«¿Que es un vicio sino algo que odiamos adorar?»

—¿Tú también fumas? —Me miró con los ojos vidriosos—. No te he visto nunca.

—No, tengo otros. —De nombre: Abel. Le guiñé un ojo, escondiendo detrás de una sonrisa tímida el sentido de aquella frase—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, tranquila; he llamado a mi Sonsoles y se ocupará hasta el mediodía. Ya me ha echado la bronca por salir de la cama.

Me despedí de ella recordándole que podía llamarme si necesitaba algo y me fui al trabajo.

A media mañana, un mensaje de Ivet consiguió sonsacarme una sonrisa, la primera verdadera desde hacía días. Era la mejor para levantar el ánimo.

¿Cómo va la pérdida de memoria?

Va, me lo pone fácil, no lo he visto desde el
sábado.

El domingo, a las siete de la mañana, ya estaba en la estación de tren con un destino fijo: Montserrat. No sé cómo me vino la idea, pero no quería estar en casa cuando se despertaran. Necesitaba despejarme y poner distancia para poder pensar, y estaba segura de que la montaña mágica me daría lo que buscaba. Perderme entre sus rocas, entre sus laberínticos caminos, patearme los seiscientos escalones hasta Sant Jeroni y contemplar el mundo a mis pies.

Hacía demasiados años que no iba, durante un tiempo pasé allí buena parte de los fines de semana. Fue poco después de mudarme, es un templo para la escalada y yo pasé una época en que, junto con unos compañeros de carrera, ese deporte me tenía completamente enganchada. No sé qué fue lo que me alejó de él, pero ese domingo volvieron las ganas de escalar con mis propias manos hacia la cima, con el viento acunando el vacío a tus pies, de sentir la adrenalina al estar colgando por la fuerza de tus brazos y el gustazo loco de dejarte caer y hacer el péndulo sujeto sólo de la cuerda.

Cuando llegué a lo alto de Sant Jeroni, busqué un lugar resguardado del viento y me senté dejando pasar las horas. La situación de Montserrat, en medio de Catalunya, y a esa altura, hace que las vistas sean un privilegio. Desde el Pirineo, hasta la costa. Después de días sintiéndome sola, allí arriba, rodeada de rocas mágicas, con el sol calentándome la piel, me sentí protegida y, por complejo y antagónico que parezca, la sensación de soledad se desvaneció poco a poco. Una bocanada de aire fresco que me ayudó a volver a respirar. A soplar las nubes que me impedían ver el sol en mi interior.

Había perdido el norte, y, con él, la capacidad de pensar coherentemente. Me tenía por una mujer sensata, con los pies en la tierra, inteligente... «¡Qué decepción!» A la mínima que me habían puesto a prueba había fallado estrepitosamente. Descubrí que haber sucumbido al pecado y dejarme seducir por aquel instante no había hecho que me sintiera más culpable. Al contrario, me reafirmó que lo que sentía por Abel no era fruto ni de celos ni de envidias. No era un capricho. Era real, todo lo que sentía por él, lo que despertaba en mí.

Quizá había sido un error no parar a tiempo, pero ¿de verdad era imparable?

Algo así... ¿se puede controlar?

Quizá debería haberlo olvidado antes incluso de tenerlo en mis recuerdos.

Cortázar escribió: «No puede ser que estemos aquí para no poder ser». Pero necesitaba que fuéramos algo. Ese «algo» de lo que tenía que necesitar y sentir por él.

El recuerdo de la otra noche era como un soplo de aire que apaga la vela y que también aviva el fuego. Alimentaba mis ganas de olvido, alimentaba mis ganas de él. Aquello era un amor suicida, pero amor al fin y al cabo.

De algún modo, y sin saber muy bien por qué, había momentos en que él parecía querer alimentar esa fantasía. Quería descubrir el motivo. El romance y la intriga siempre han sido mis pasiones. Devoramos y suspiramos leyendo sobre amores imposibles, deseando vivir algo así, pero, ¡ah, alma de cántaro!, cuando eres tú la protagonista y es la vida real, te das cuenta de que esos amores implican hacer sufrir hasta el alma y todo cambia.

No volví a casa hasta bien entrada la noche. Sí, había sido una escapada en toda regla. No quería verlo, y lo conseguí. Tanto que ni Nerea estaba cuando llegué. Me duché y, por fin, después de semanas, fue meterme en la cama y caer rendida.

Lo acepto, «fácil» puede que no fuera la palabra porque me estaba costando lo mío, pero lo intentaba. En algunos momentos, con todas mis fuerzas; los demás, sólo hacía el gesto. No fue hasta el miércoles que me di cuenta de que, de alguna manera, aquella noche del sábado había hecho saltar la alarma, y, como un pacto no dicho, cada uno había tomado la misma decisión: darnos tiempo, espacio. Ivet me escribió:

Es lo que necesitas, distancia para poner en

orden tus ideas y tus prioridades.

Sonreí y solté el aire por la nariz porque era lo que me decía cada noche. No verlo era lo mejor para recuperar mi vida, aunque la parte masoca de mí lo estuviera deseando.

Lo sé, cuesta, pero lo intento.

Lo estás haciendo genial. Abel no es para ti,
pronto verás el arcoíris y brillarás con el sol.

Pues ya va tardando, que estoy harta de la
época de lluvias, llevo tanto en ella que tengo
miedo a oler a moho.

Era, más bien al contrario, una época de sequía que duraba ya demasiado tiempo.

Loca, déjate de moho y escribe, eso te ayudará.

¡Ja!, jodido Abel, me había robado mi vida, mi casa, hasta mi única vía de escape y lo que realmente me hacía sentir bien: escribir. Antes de conocerlo inspiraba mis palabras; al hacerse realidad y aparecer en mi vida, en cambio, ya no sólo eran palabras en un papel, ahora había sentimientos, roces, miradas..., todo era real. Todo era... demasiado.

Para comer lo tengo justo, pero ¿quedamos a
la salida?

Hecho.

Cuando a las seis de la tarde salí de la oficina, la vi llegar por la esquina. Iba muy mona: manolequinas rojas, vaqueros de pitillo y un abrigo de sastre en un tono verde oliva de cuadros, y el pelo suelto. Cuando me saludó con dos besos, me fijé en que el tono de su maquillaje se debía al amor, igual que aquel pedazo de sonrisa que bailaba samba en sus labios.

—¿Te puedes creer que me he pasado de parada?

—Lo tuyo con las líneas de metro debería ser de estudio.

—Qué va, soy una cateta de pueblo que se pierde con tanta civilización. Aunque, claro, si me distraen...

—No añadas más. Tu sonrisa, tus ojos, tu piel... hablan por ti de tus noches.

—Y de mis mañanas...

Tiré de su brazo y nos fuimos a pie hasta La Teteria de la calle Saragossa. El local estaba especializado en té de China, el ambiente te transportaba a ese país, desprendía serenidad e invitaba a ir sin prisas. Era de estilo oriental, muy Shanghái años treinta, como nos había dicho una vez la dueña; hasta incluía la ceremonia que hacían al servir el té. Las dos pedimos un Ten Years Old, un té tostado con sabor parecido al del café y que nos encantaba degustar en antiguos fumaderos de opio.

Hablamos de tonterías, como que el abrigo de Ivet era el último capricho que se había comprado, era una fan de las compras por internet. Después le pregunté por Guillem. Como una quinceañera, sus ojos destellaron mientras sus labios esbozaban una mueca soñadora.

—Me tiene loca. El domingo me llamó y casi nos tiramos una hora al teléfono y quedamos en que el lunes me pasaría a buscar por el trabajo. Mira, como yo contigo hoy. —Le saqué la lengua y siguió—: Pero sobre la una y media de la madrugada recibí un mensaje. Sí, ahora soy de las que no quitan el volumen del móvil y casi duermo con él bajo la almohada.

Me mostró el teléfono:

Te echo de menos y me muero de ganas de ti.

Y yo de ti.

Pues ábreme.

—¿Se presentó a la una y media sin saber siquiera si le responderías? Eso son ganas y lo demás, tonterías —admití entre risas.

—Abrí sin ser muy consciente, pero te juro que el beso que me dio me

quitó el sueño de golpe. Bueno, el sueño y el camión.

Después de alabar a su novio en las artes amatorias, me preguntó por el nuevo libro que estaba escribiendo y le conté un poco por encima la idea que tenía.

—Candela, grafóloga forense de cincuenta años, viuda desde hace uno, y que, aconsejada por su psicóloga, visita un centro de masajes especiales para descubrir su sexualidad.

—Me gusta. No tenemos que cerrar el cliché por edad. A los cincuenta puedes tener tantas ganas o más de descubrir el sexo.

—Exacto. Se ha pasado la vida con un marido que le hacía sentir que el sexo valía poco o nada y que ella era una frígida. Pero, claro, ahora se puede hablar de sexo, ya no hace falta esconderse por leer erótica o decir que la mujer quiere experimentar y descubrir su cuerpo. En el centro de masajes, ella escogerá si es con final feliz o no... y será con los ojos cerrados. El encargado de dárselo será Iván, que la reconocerá del día del juicio en el que él era el acusado por falsificar unos documentos. Y ahí empezarán una relación sin que ella sepa quién es él. Mezclaré erótica con intriga y las ganas de él por vengarse, aunque al mismo tiempo le encanta verla suplicar bajo sus caricias. Podré añadir pinceladas de mi trabajo...

—Me gusta. ¿Llevas mucho escrito?

—Estoy llegando a las cien. Pero la cronología la tengo muy clara.

—Estoy deseando que me lo pases.

Siempre que llegaba a las cien páginas escritas las imprimía y se las daba para tener una primera impresión, si iba bien encaminada, el estilo... Poder compartir con ella aquella faceta de mi vida me encantaba. No sólo por poder hablarlo con alguien que no fuera mi editora, sino por la forma en que Ivet sentía al leer. Cómo empatizaba con los personajes, su opinión crítica. Las horas se nos pasaban volando y era como perderse en otro mundo.

Lo que había ocurrido con Abel la noche del sábado, después de que ella se fuera, me quemaba en la punta de la lengua. Las palabras se amontonaban en

mi garganta, tenía ganas de contárselo. De compartir lo perdida que me sentía por aquella felicidad negada y prohibida, pero al final no pude. Me lo guardé para mí. Otro secreto más con el que disfrutar y martirizarme sola. Todo lo que envolvía a Abel en mi vida era una constante decisión. Dudas. Y, por mucho que quisiera olvidarlo, el sonido de su sonrisa se colaba como trasfondo en mi día a día. Aún me ardía la piel al recordarlo detrás de mí, y los latidos se me desbocaban al evocar sus yemas sobre mi pecho.

Dios, ¿cómo podía sentir tanto por algo que ni siquiera existía?

¿Cómo podía ser prohibido algo tan absolutamente especial que nunca antes había experimentado?

La idea de que se debiera sólo a la adrenalina que causaba algo prohibido se me antojaba una excusa, pero reconozco que tampoco quería pensar ni buscar más el porqué. Sobre todo, porque no estaba preparada para asumir la verdad.

Como las últimas noches, cuando Nerea llegó a casa, yo estaba en la cocina preparando la cena; esa vez estaba terminando de aliñar el tartar de salmón. Era una receta sencilla que Gervasi me había enseñado y que a mi prima le encantaba. Sí, seguía intentando borrar la culpa de todas las maneras posibles, incluida la de hacer sus comidas favoritas o de ocuparme de TODAS las tareas del hogar. Quería que, poco a poco, «la normalidad» —así, entre comillas, porque volver a lo que habíamos sido sin Abel por medio me parecía irreal e imposible— se instalara de nuevo entre nosotras. Hablamos de trabajo, de cosas banales mientras yo terminaba y ella ponía la mesa.

—Mañana no me esperes para cenar —me comentó mientras cenábamos—, el fin de semana voy a ir a ver a mi madre, así que mañana iré directamente a casa de Abel, que en toda la semana no nos hemos visto. Está con un proyecto que lo tiene absorbido y yo con el horario de tarde...

—Te acompañaré —la interrumpí sin pensarlo mucho.

Hacía días que no iba a Puigcerdà y pasar un fin de semana lejos de todo lo que me rodeaba y que me recordada continuamente a él me pareció una fantástica idea. Menos Nerea, de ella no quería separarme. Necesitaba comprobar que mi estupidez no había roto nada entre nosotras, que aún había una posibilidad de salvarnos.

—¿A casa de Abel? —preguntó sorprendida.

«¡Ya me gustaría!»

—No, al pueblo, iré contigo. Hace semanas que no voy.

—Perfecto, un *finde* de chicas; me gusta.

Hogar, dulce hogar

Viernes por la tarde. Nerea había conseguido cambiar su turno, y a partir de ese día iría sólo de mañana. Así tenía las tardes de los viernes libres y conseguía tener más tiempo para estar con su madre. Me había pasado a recoger con el coche por el trabajo y nos marchamos directamente. Llevábamos treinta minutos, el tráfico era denso como el aire que se respiraba en aquel Citroën Cactus. Nos quedaban como mínimo dos horas por delante y empezaba a creer que había sido un auténtico error. La música sonaba, pero ninguna de las dos cantaba. No hablábamos y sólo habíamos abierto la boca para comentar el tiempo, como dos desconocidos en un ascensor que sienten la necesidad de romper el silencio y ser amables.

«¿Qué coño nos pasa?»

Me dio tanto miedo la respuesta que borré la pregunta como si de una pizarra se tratara. Quedaban restos de tiza, pero no quise ni mirarlos.

—Abel me dijo que le habías hablado de Gervasi. Me sorprendió un poco, sé que eres reacia a hacerlo y a él, al fin y al cabo, lo conoces desde hace poco.

Y cuando sacaba un tema, claro, tenía que ser precisamente ése, no podía ser otro... «¡Murphy, te odio!»

—Fue en la terraza, después del encontronazo en el Mixturis. Me preguntó y yo le contesté. Es fácil hablar con él —confesé.

—Sí, es fácil estar con él..., aunque es algo raro, a veces me desconcierta.
—No quise ni preguntar a qué se refería.

Y una parte de mí se alegró cuando se dio cuenta de que Nerea volvía a ser

ella. Los hombres eran siempre perfectos, luego llegaba un defecto tras otro, hasta que se cansaba y los dejaba. Aunque esa idea sería lo mejor que podría pasarme, no quise hacerme ilusiones.

—Todos tenemos defectos, Nerea. Intenta no hacer como siempre.

—¡No hago como siempre! ¿Qué quieres que haga, si todos acaban decepcionándome? A veces tiene cambios de humor que me desconciertan, pero Abel me gusta mucho. Además, como diría Ivet, tiene un culo impellizable. —Intentó hacer la gracia, supongo que ella también se dio cuenta del ambiente.

Le seguí la corriente.

—Lo sé —dije en voz alta.

—¿Cómo que lo sabes? —rugió con demasiado desprecio para el tono que estaba teniendo la conversación. Me puse roja como un tomate, hasta la punta de las orejas me hervían, pero recordé que saber aquello no era sólo fruto de mi secreto.

—En el baño, ¿recuerdas?

—Oh, Dios, es verdad, ¡qué vergüenza! —rio, y yo respiré tranquila.

—Vergüenza será a ti, porque él no se corta, y lo que es a mí...

—Calla, depravada, ¡que hablas de mi novio! Definitivamente, te falta un hombre.

«¡Regálame el tuyo, que me tiene loca!»

—Estoy de acuerdo —repuse en cambio—. Ahora, por favor, hablemos de cualquier cosa menos de hombres. Un fin de semana sólo de chicas, no quiero ni nombrarlos.

—¿Así que no quieres que te cuente todas las novedades sobre la vuelta de Derek?

—Siempre has hablado de él como de un dios, así que no entra en la categoría de hombre.

Estallamos en carcajadas y el ambiente cargado se esfumó.

—¡Está incluso más impresionante! —Dejó escapar un suspiro de gozo—.

Parece..., no sé, como más interesante, como si los aires de Chicago lo hubieran vuelto más intelectual. Además, se le ha quedado algo de acento inglés que me pone muy borrica...

—¿Siguen las apuestas?

—Cómo no, y encima, ahora se pide prueba gráfica. Por mucho que he dicho que tengo novio y que no quiero saber nada, por radio-pasillo me entero de todo. Estoy deseando que me toque quirófano con él y verlo en acción toqueteando un cerebro.

—Dios, aún no sé cómo tenéis tanta sangre fría..., yo sólo de pensarlo...

—¡Pero si es apasionante!

El resto del trayecto lo pasamos hablando de él, de la serie «Anatomía de Grey», que a las tres, Ivet incluida en el pack, nos tuvo enganchadas a la televisión durante todas sus temporadas, riendo, soñando y llorando a partes iguales.

Puigcerdà, nuestro pueblo, está situado en la frontera con Francia, en un gran valle en medio del Pirineo de Girona, y es capital de comarca. Toda la familia por parte de mi padre se había dedicado al transporte. La empresa, pequeña y familiar, daba trabajo a unas diez personas sin contar con mis padres y mis tíos. Nuestras madres eran las encargadas de todo el papeleo, aunque mi tía Adela, por su depresión, aparecía poco por el despacho.

Al llegar, Nerea tocó el claxon y nuestros progenitores no tardaron en salir de casa de la abuela, que vivía enfrente de las de sus dos hijos.

Fui a abrazar a mis padres, pero algo se interpuso en el camino y casi me tumba. Reaccioné rápido porque ya sabía cómo eran los saludos de *Curry*, nuestro perro, un golden retriever de color arena que tenía seis años. Cuando terminó con sus lametones y sus ladridos, abracé a mi madre, y, al esconder la cabeza en su cuello, su olor fue como un bálsamo. Olía a hogar, a chimenea, al

bizcocho, que cada fin de semana preparaba para tener para desayunar... La situación me tenía tan saturada y con los sentimientos tan a flor de piel que los ojos se me anegaron. Cuando se apartó y me miró, no pude esconderme.

—¿Estás bien?

Mi madre, Mercè, era una mujer menuda en comparación con mi padre. Delgada como yo, llevaba una media melena escalada en un tono cobrizo que acentuaba sus ojos verdes. Un color que yo había reclamado siempre como herencia, pero me habían tocado marrones, como los de mi padre.

—Sí, sólo que os he echado de menos.

—Pues haber venido antes. —Jordi, mi padre, el pragmático.

Me cogió levantándome del suelo como si aún tuviera tres años. Era un gigante, siempre me lo pareció, alto, de constitución fuerte, con el pelo canoso y la barba espesa.

—Bájala, que conmigo no puedes y me pongo celoso. —La voz burlona de mi hermano me hizo volverme para verlo bajar de su camioneta.

—¡Has venido! —grité corriendo hacia Eric.

La granja donde vivía estaba a unos diez kilómetros y no le gustaba mucho ir al pueblo, y menos cuando eran reuniones con toda la familia.

—Tenía ganas de verte.

—Y yo —le susurré abrazándolo con fuerza.

Saludé a mis tíos, Adela y Ferran, y entramos en casa. La abuela, con la que compartía nombre, nos esperaba arriba, en el descansillo de la escalera. Era una mujer tan bonachona que se le escapaba la dulzura por los poros de la piel. O eso decía siempre mi abuelo. Rechoncha, de pelo blanco recogido siempre en un moño, ojos almendrados pequeñitos y las mejillas coloradas. Unas manos que mostraban su pasión por la tierra, nunca se había hecho la manicura. Tenía setenta y seis años y aún se defendía sola para muchas tareas.

—Pero qué bonitas estáis. —Nos achuchó a las dos en el mismo abrazo.

—Ese delantal está viejo... —solté para chincharla. Era un mandil de color verde agua con margaritas blancas que le bordamos entre Nerea y yo un

verano que nos apuntaron a costura. Si no recuerdo mal, teníamos unos nueve años.

—Tiene algún remiendo, pero está tan estupendo como yo.

El olor a caldo nos inundó las fosas nasales cuando entramos. La casa era de una sola planta y estaba situada encima del viejo garaje que durante años sirvió para guardar los camiones, hasta que construyeron una nave más grande al lado, a medida que la empresa fue creciendo. No recuerdo que haya cambiado nada desde que tengo memoria, ni el color de las paredes, ni la decoración ni los sofás. Entrar allí era como un viaje en el tiempo: mismos olores, motas de polvo bailando relajadas bajo la luz que se filtra por las pequeñas ventanas de madera...

Cenamos todos juntos como era normal siempre que íbamos, para ser sincera, era muy rutinario. Aunque cada uno tenía su casa, todos los fines de semana nos juntábamos allí. Después de la sopa, había setas y butifarra con *pa amb tomàquet*. Me preguntaron por el viaje a Cancún, el congreso, el trabajo, pero me costaba concentrarme porque Nerea no dejaba de teclear en el móvil, sonriendo y soltando gemiditos inapreciables de no ser porque la tenía al lado. Me estaba poniendo de muy mala leche. ¡Cada puñetero «pip» era una puñalada! Varios días sin verlo, otras tantas noches evitando recordar cada momento vivido de aquel sábado por la noche..., y él, mientras yo me martirizaba, se mensajeaba con su chica.

—¿Puedes dejar el móvil por un rato, hija? —le pidió su padre.

—Bueno, es que... tengo que deciros... ¡que tengo novio! —anunció poniéndose de pie.

Me sorprendí tanto de que lo contara, cuando llevaban poco más de un mes, que me quedé cual estatua con el vaso de agua en la mano a medio camino de mi boca. Fue Eric, sentado a mi derecha, quien me lo quitó, y eso me hizo reaccionar. Al volver de mi... ¿ida?, los vi a todos tan contentos hablando de Abel que me dije que habría sido mejor seguir con la cabeza en otra parte.

—Tienes que traerlo, queremos conocerlo —pidió mi tía, emocionada con

la noticia.

—Bueno, aún es pronto, a lo mejor en Navidad.

Forcé una sonrisa mientras en mi interior se formaba otra tormenta. Imaginé esa misma mesa, cubierta con la mantelería roja que mi abuela había bordado de joven y que formaba parte de todos los recuerdos que tenía de esa época del año. Imaginé a Abel en mi silla, mirando a su novia, y yo en la punta de la mesa. Sola.

Acabaría siendo la amargada de la familia. Una familia que, a diferencia de otras muchas, era una piña, para lo bueno y para lo malo. Trabajaban juntos, vivían puerta con puerta... No era sólo traicionar a Nerea al enamorarme de su novio, era fallarle a toda mi gente por mi incapacidad de olvidarlo. Eso, sin ser capaz de evaluar hasta dónde podía llegar a afectarles mi error. Noté cómo los pulmones se me encogían de miedo, impidiéndome respirar.

Me levanté y fui al baño. Creía que nadie me había visto, pero me equivoqué. Más tarde supe que mi madre había estado pendiente de cada uno de mis gestos. Siempre dice que tiene como un don para sentir las ondas que Eric y yo mandamos sin ser conscientes. Como si algo le revelara cuál es el estado de nuestra alma. Fue la primera en darse cuenta de que mi hermano no estaba bien, todos creímos que se debía a la pena por la marcha del hijo mayor de casa, verlo partir del nido, pero, unos meses más tarde, cuando Eric lo abandonó todo y se fue, sólo pudimos darle la razón. Desde entonces estamos mucho más alertas a cualquier señal de alarma que ella crea sentir.

El resto de la velada se centró en Nerea, que también les había contado que Ivet estaba con Guillem. Mi prima estaba más que feliz de ser el centro de atención, y alardeó de novio mientras yo me concentraba en mis respiraciones como si fuera a dar a luz. «Duele, joder.»

Vi una salida cuando mi hermano se levantó.

—¿Ya te vas? —le pregunté.

—Sí, a las cabras no les gusta dormir solas. —Rio, y lo acompañé hasta el coche seguidos de *Curry*—. Pásalo bien, nos vemos.

—¿Eso quiere decir que ya no volveré a verte?

—Sabes que prefiero estar allí arriba. —Sí lo sabía, y cada vez su elección de vida me resultaba más atrayente.

—Gracias por venir a verme.

Me abrazó y me dio un beso en la frente.

Somos muy parecidos, aunque sea más alto que yo, mide uno noventa como mi padre, es delgado, de pelo castaño y ojos marrones. Dicen que hasta en la sonrisa nos parecemos.

La noche se eternizó y, cuanto más brillaba mi prima, menos lo hacía yo. Estaba agotada, del viaje, de mi pelea constante por no pensar, recordar o sentir. Sólo deseaba meterme en la cama y dormir hasta una nueva era. Al final, mi tío la secuestró para echar una partida de ajedrez. El abuelo nos había enseñado a todos a jugar, pero decía que la única rival digna era mi prima. Aún lo recuerdo con el tablero bajo el brazo, buscándola y pidiéndole con la boca pequeña, como si fuera un niño, si echaban una partida.

Mi padre me retó al billar.

—Padre contra hija. No puedes negarte. —Y no lo hice, pero sí lo machaqué. Eric y mi primo habían sido unos muy buenos maestros.

Volver al pueblo en otoño me recordó por qué era mi estación favorita. Ni sabía por qué no había pensado en ir antes y, pese a lo incómodo que me resultó el final de la cena, en pocas horas, esas viejas costumbres tan familiares fueron como un bálsamo para mí y al final dormí mejor de lo que podía esperar. Cuando me levanté, la casa estaba en silencio, y me di cuenta de que era la primera en despertar. Encendí la chimenea y preparé café. Con la taza en la mano, abrí la puerta y salí al pequeño porche. No era muy grande, pero era mi lugar favorito. Me encantaba la mezcla de frío en la cara y el calor del sabor del café en la boca. Fuera cual fuese el tiempo, allí me sentía cobijada del sol, del viento, de la lluvia... No había más espacio que para una pequeña mesa redonda de forja y dos sillas, pero para mí era suficiente. La vista se me perdió y se llevó todos mis pensamientos, me quedé sólo

observando cómo mi mente se fundía en el paisaje del Pirineo, que la luz tenue del amanecer engalanaba.

—¿Qué haces aquí fuera? —Mi madre se acercó y me abrazó por la cintura —. ¿Estás bien?

—Sí, es sólo que no sé cómo he podido olvidar cómo me gusta estar aquí en esta época del año.

—Son efectos secundarios de la ciudad. Lo importante es saber disfrutarlo cuando estás aquí.

Vi en sus ojos cómo me escudriñaba buscando una señal que le dijera cómo me sentía, y sabía que no volvería a preguntarme, pero buscaría y analizaría cada uno de mis movimientos. Preferí irme antes de sentir la necesidad de desahogarme con ella.

—Voy a salir a correr un poco, me llevo a *Curry*.

Me cambié de ropa y, nada más salir a la calle, el perro ya estaba esperándome inquieto. Le encantaba acompañarme en mis salidas, era verme con las zapatillas y correr hacia la puerta. Pronto me alejé del pueblo y me adentré en el bosque. Estaba precioso, con el suelo cubierto de hojas, el olor a humedad. No paré hasta llegar a mi rincón favorito.

Era una zona de rocas alejada del camino, pero con unas bonitas vistas de todo el valle desde lo alto de una colina. Me senté sobre una piedra y *Curry* se recostó a mi lado reposando la cabeza sobre mi muslo. Le acaricié el pelaje y perdí la vista en el horizonte. El buen tiempo que acompañaba esa mañana hacía que tres globos aerostáticos dieran color al cielo, una práctica muy habitual en la zona. Recordé todas las veces que había ido a ese rincón buscando algo de paz y serenidad. Infinidad de veces había recurrido a él buscando respuestas a esos problemas, que me parecían insignificantes en comparación con el que ahora me carcomía por dentro. El poder de la relatividad del tiempo, algo que en su día era lo peor, al día siguiente las respuestas aparecían solas, diluyendo el problema. No recordaba haber estado tan perdida ni cabreada en mi vida. Ni después de romper con Gervasi. Por

aquel entonces, lo que sentía era tristeza, decepción, estaba dolida, enamorada... Pero lo que aquellos días ocupaba mi mente era rabia, impotencia. Tenía claro que olvidarlo era lo único que no estaba haciendo. Sólo me lamentaba por sentir. «¿Con quién descargas la mala leche si el cabreo que tienes es contigo misma?»

El gesto de alerta del perro me puso sobre aviso. Volví la cabeza para ver llegar a Eric.

—Hola, ¿te molesto?

—Claro que no, ¿cómo sabías...? —Me moví un poco y le dejé espacio a mi lado. *Curry* ni se molestó en desplazarse.

—Recordé que una vez describiste este lugar como uno realmente solitario, donde hasta el eco y tu sombra te abandonan.

—Lo recuerdo, bien hecho, *espía*. —De pequeños siempre que jugábamos queríamos ser los polis, se nos daba bien buscar pistas.

—Al final has sido tú la que se ha dedicado profesionalmente a ello.

—Pensaba que tenías trabajo. —Cambié de tema.

—Y lo tengo, pero me ha llamado mamá. Dice, en su tono de diosa poetisa, que el tamaño del vacío de tus ojos es tan grande como la sonrisa en la que quieres esconderte... —No contesté, sólo sentí más presión sobre los hombros y noté cómo me hacía más pequeña—. No quiero meterme en tus asuntos, pero nos preocupas. Yo tampoco te vi bien ayer. ¿Es por G?

—No..., sí..., no sé —empecé a decir dubitativa—. Lo he vuelto a ver y sigue igual, pidiendo perdón, pero ya lo he superado. Es..., me siento un poco perdida.

—Y sola. —No era una pregunta, sino una afirmación que yo confirmé con un movimiento de la cabeza.

—¿Cómo? —quise saber.

—En la cena nos contasteis que Ivet también ha conocido a alguien. Nerea está con Abel... Por cierto, me sorprendió cuando Charlie me lo contó.

—Me dijo que coincidisteis en el piso.

Mi hermano sólo estudió un año en Barcelona, luego se dio cuenta de que no era lo que quería en la vida y cambió radicalmente para vivir de la granja y hacer queso.

—Sí, estudiaba Arquitectura. Es un buen tío.

—Sí, lo es. —Ninguno de los dos apartaba la vista del horizonte, pero me cogió de la mano y con ese simple gesto me sentí algo mejor.

—¡Es por eso! Es él —afirmó minutos después—. Vi cómo cerrabas los ojos cada vez que ella recibía un mensaje... Te gusta Abel. —Otra vez sin interrogantes de por medio. O era muy transparente o me conocía bien. Estaba claro que poco podía esconderle a mi hermano.

La pregunta del millón: mentir o no. El problema es que «gustar» se quedaba muy corto por todo lo que ese hombre me hacía sentir.

—Es algo más que gustar... Pero, tranquilo, estoy en proceso de olvidarlo.

Tardó en contestar. Yo seguía mirando al vacío por vergüenza, no quería ver ni pena ni algo peor en sus ojos. Pasó un brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia él mientras me besaba en el pelo.

—Ya veo. De momento, no lo estás consiguiendo muy bien, ¿eh?... No soy el mejor dando consejos, ya ves mi vida cómo ha ido, pero cuenta conmigo, no te lo quedes dentro o te envenenará.

Eric empezó la carrera de Administración de Empresas, y, como os he dicho antes, sólo aguantó un año. Se dio cuenta de que aquello no era lo que quería. Se sentía feliz en el pueblo, quería vivir del campo. Esa decisión, junto a Agnès, su novia desde los diecisiete años, estuvo a punto de volverlo loco. Tenían ese tipo de relación de ni contigo ni sin ti. Estaban tan acostumbrados el uno al otro que les costaba tomar la decisión y darse cuenta de si lo suyo ya sólo era costumbre o estaban enamorados de verdad. Todo ello llevó a que mi hermano pasara una época bastante perdido que lo llevó a recorrer Europa en una vieja furgoneta. Nunca contaba nada de aquel viaje. Dejó a Agnès definitivamente y se puso a trabajar en una granja; «Ya sabes, la cabra tira al monte», dijo cuando volvió. Hacía poco más de un año había acabado

comprando la pequeña granja, las cabras y el traspaso del negocio del queso. Ahora se le veía feliz.

—Siento que he perdido el control. Sé que es imperdonable entre primas, entre amigas, y que es un marrón del que no puede salir nada bueno, pero... me cuesta.

Durante un rato no dijimos nada, sólo me abrazaba fuerte, y sin darme cuenta me puse a llorar desconsoladamente. Putas hormonas revolucionadas.

—La vida es eso: dejarse llevar, equivocarse, caer, volver a levantarse, reír cuando quieres llorar. Haz lo que sientas y, sobre todo, si no es sólo un capricho, si de verdad es él, lucha, sé egoísta. He aprendido que hay pocas personas por las que merece la pena preocuparse. Lo importante eres tú, no lo olvidas.

—Qué listo eres. —Y no era una burla, era admiración.

—Sólo he vivido. A veces es necesario caer para emprender el vuelo y descubrir nuestro destino. Aunque te digo que la teoría es más fácil que ponerlo en práctica.

Ahora que lo pienso, no me sorprendió su reacción; si podía esperarla de alguien, era de él. No me juzgaba, no me daba el discurso de que lo que hacía estaba mal y debía olvidarlo. Eric me decía que me diera tiempo, espacio para valorar lo que sentía por Abel. Que me olvidara de si hacía daño a los demás y fuera valiente y egoísta, que pensara primero en mí.

Y, sin darme cuenta, entre lágrimas le conté gran parte de la verdad, obviando algunos puntos. Que ya conocía a Abel de antes y que, sin saber ni siquiera su nombre, ya me gustaba. Que verlo abrazado a Nerea fue un *shock* y que me costó mucho asimilarlo. Que cuanto más lo conocía más me atraía. Que a él parecía gustarle mi compañía y que sus gestos a veces me hacían dudar de lo que sentía.

—Date tiempo. Sé que es una putada y que cuesta, pero ten paciencia. No seas tan dura contigo misma y deja que el tiempo pase para asimilar y entender qué sientes. Y lo que siente él. No tengas miedo a equivocarte, no pasa nada.

No importa las veces que caigas o te equivoques, lo único importante es cómo te levantas.

El resto del día pasó demasiado deprisa. Nerea se volcó en su madre, y yo me sentí un poco mejor después de la charla con mi hermano. Sabía que estaba en un lío, pero sus palabras me habían animado a no culparme, no era algo que hubiera buscado, sólo pasó. Salí a pasear por el bosque con mi madre y disfruté del placer de estar con los míos.

—Algún día lo conseguiré —repetía mi abuela cada vez que me invitaba a ayudarla a preparar la comida. Por mucho que ella tuviera paciencia, y que yo me esforzara, lo de cocinar no me seducía en absoluto.

La noche del sábado, las mujeres nos encerramos en la sala de estar de casa de mis tíos y, entre palomitas y chuches, hicimos sesión de cine con *Siete novias para siete hermanos*, «pelis desteñidas», como las llamaba mi padre, que a todas nosotras nos encantaban.

La vuelta a casa fue más llevadera que la ida. Nerea estaba contenta, y no podía negarlo.

—Si llego a saber que mi madre sólo necesitaba que le dijera que tengo novio para verla así, se lo habría contado mucho antes.

Yo evité el tema y subí el volumen de la radio alegando que la canción me encantaba: *Believe* de Cher. No sé si es que aquella tarde hacían un especial o era que el disc-jockey se había ido poniendo melancólico, pero, fuera por lo que fuese, lo agradecí como agua de mayo. Cantando y recordando las anécdotas que nos venían a la cabeza al escuchar algunos de los *singles* de nuestra juventud, el trayecto pasó volando.

—¿Pedimos algo para cenar o calentamos un poco del caldo de la abuela?
—pregunté llegando a nuestra calle.

—Yo te dejo y me voy a ver a Abel, que lo he tenido abandonado todo el

fin de semana.

—Pero si os habéis pasado el *finde* con mensajitos y llamaditas —dije sonriendo, aunque por dentro bramaba como una idiota.

—Oh, eh... —Por un momento me pareció que dudaba, pero pronto cambió el gesto y yo lo olvidé—. Sí, sí, pero no es lo mismo.

Me despedí de ella y cargué la mochila y las bolsas de la intendencia que nos habían preparado nuestras madres, que seguían sin entender que sabíamos cocinar y que había tiendas en Barcelona. Subí a casa refunfuñando por lo bajo, guardé los tápers y demás en la nevera, llamé a mis padres diciendo que habíamos llegado y ni cené. Me fui directa al cuarto de baño y llené la bañera.

Ofrenda de paz

Olvido lo que debo recordar y recuerdo lo que debo olvidar. Es un buen resumen de cómo pasé la siguiente semana. Mis días se volvieron bastante rutinarios, pero había algo en esa rutina que hacía que el caos fuera llevadero, obligándome a aceptar poco a poco que Abel no era para mí. Me levantaba cada mañana a las siete menos cuarto, corría unos diez kilómetros, hacía unos estiramientos y al cabo de una hora ya estaba de nuevo en casa. Ducha, desayuno, trabajar, vuelta a casa, escribir. Y, mientras, mi prima se acostumbraba al cambio de horario, sobre todo a madrugar, cosa que odiaba con todas sus fuerzas. Al tener las tardes libres, se apuntó al gimnasio con otras compañeras de turno. Lo único que sé es que no le veía el pelo hasta que anocheceía. Algunas noches cenaba con Nerea; otras, ella no aparecía por casa, y Abel tampoco.

Eric me llamó un par de veces, pero lo mejor fueron sus mensajes. No por lo que decía en ellos, sino por las fotos: «Me ha llevado horas encontrarlas, pero sabía que era de las pocas cosas que no había tirado». Adjuntas me mandó fotos de la época en que convivió con Abel y con mi primo. No eran de muy buena calidad y mucho me temía que no era porque tenían quince años, sino más bien por el estado ebrio de quien hizo la foto. Sólo había que ver la cantidad de botellas de alcohol que había alrededor de ellos. La mejor de todas era una en la que salían Abel y Eric. Estaban en el sofá, recostados hacia atrás y riendo tanto que hasta Abel se aguantaba la barriga con las manos y tenía los pies en alto. Aquella sonrisa era un torpedo directo a mis entrañas que las volvía gelatina líquida.

El sábado me desperté pasadas las once de la mañana. Nerea se había ido al pueblo el día anterior, al salir a las dos. Su madre la había llamado cada día, de dos a tres veces. Parecía que la alegría por la noticia del novio había durado poco, y mi prima necesitaba verla. Yo preferí quedarme sola en casa y poder avanzar con la novela. Sumergirme todas las horas sin que nada me interrumpiera. No era algo que hacer cada semana, pero de tanto en tanto era increíble. Dejarte absorber de tal forma por unos personajes, por una historia... Me había acostado sobre las cuatro de la madrugada, pues, aunque mi cerebro seguía en plena creación, decidí que ya era suficiente. Después de desayunar salí a correr un poco, crucé el parc de la Ciutadella, llegué al paseo marítimo y lo seguí en dirección al Fòrum. Oí dos pitidos de entrada de un mensaje, pero no presté atención, ya los miraría después, pero al cabo de un momento la música bajó y entró una llamada.

—¿Te gusta como cabecero? —Entre el viento, el oleaje y mis jadeos, casi ni oí la pregunta.

—Perdona, pero ¿quién eres? —No reconocí el número.

—Soy Abel. —Esa voz... Me detuve en seco—. Hola, ¿me oyes?

«Alto y claro, tanto que casi entro en *shock*.»

—Sí, sí, perdona, es que me pillas en la playa corriendo.

—Entonces ¿qué te parece?

—¿El qué?

—¿No has recibido mis mensajes?

—Los he oído, pero no los he visto, espera. —Busqué el teléfono en el cinturón y me quedé con la boca abierta al ver la foto—. ¿Es una verja?

—Sí. Si te gusta, te la llevo a casa dentro de media hora.

—¿Lo dices en serio? Pero ¿dónde estás?

—Estoy ayudando a un amigo con la mudanza y frente a su piso van a derribar una casa, y ha sido verla y, bueno, me ha parecido perfecta para ti.

—Eh, yo... No sé si...

Me sequé el sudor con la manga sin ningún glamur y volví a mirar la foto.

Era lo que había visto por internet. La verdad es que parecía preciosa, la filigrana con flores intrincadas..., estaba bastante bien conservada. Sólo le faltaba que le quitasen un poco el óxido y una buena mano de pintura, pero se veía perfecta.

—¿No te gusta? —me preguntó de nuevo. Oír su voz a través de los cascos era de jaseo, y no por la carrera.

«Mira, una buena manera de jasear delante de él sin que se dé cuenta.»

—No..., digo, sí. Es perfecta, pero ¿crees que podemos..., ya sabes...?

—No es robarla, está todo en ruinas y hoy, además, tenemos la suerte de contar con una furgó, ¿qué me dices?

—¡Vale! Pero he salido a correr...

«Sólo amigos, una conversación entre amigos. Adultos. Nada más. Nada más.»

—Dime dónde estás —me cortó—, y te pasamos a recoger.

Sin creer muy bien todo lo que estaba ocurriendo, fui andando hasta el Auditori del Fòrum, donde habíamos quedado. No me dio la sensación de que llevara mucho rato esperando cuando vi una furgoneta negra acercarse y pitar cuando llegó a mi altura. De repente me puse nerviosa. De pronto, la idea de volver a verlo me produjo ansiedad. La teoría decía que lo estaba superando, pero fue verlo y rápidamente me di cuenta de que era sólo un cuento chino que me contaba a mí misma. Todo seguía igual, dos semanas que habían resultado ser sólo un paréntesis.

Verlo bajar de un salto, con una camiseta negra de manga corta, vaqueros viejos, despeinado y esa sonrisa cohibida... «Me cago en el destino.» Rag'n'Bone Man cantaba con su pedazo de voz *Human*. Humano, como yo. Con mis virtudes, mis defectos y mis flaquezas.

«Yo aquí, haciendo el esfuerzo, para que él aparezca así... Esto no es jugar limpio.»

Con paso vacilante, los dos nos acercamos. Dudaba de mí, dudaba de él, de nosotros. Cuando nos faltaba sólo uno para rozarnos, nos detuvimos. Un *flash*

de su cuerpo detrás del mío me hizo estremecer. «¡Maldita sea!» Mirádonos, sonriendo casi con vergüenza. Se había cortado un poco el pelo y no había rastro de barba; estaba guapo, pero le faltaba aquel toque salvaje que me volvía loca.

—Hola —nos saludamos a la vez. Me costaba aceptar que estaba de nuevo con él y más por ese motivo. Era todo bastante surrealista.

«Se busca cordura. Suele desaparecer cuando semejante espécimen está cerca. O pienso en él. O me hablan de él. O sueño. O escribo...

»¡Sé fuerte, Manolita, tú puedes con esto!»

—¿No nos presentas? —Una voz me hizo despegar los ojos de Abel y, si en un principio me dieron ganas de patear al desconocido por entrometerse, pronto se me pasaron. Dios... Igual de alto, cuerpo digno de un gladiador, pelo castaño y larguito, unos increíbles ojos verdes y sonrisa de infarto..., ¡pedazo de amigo!

—Eloi, ella es Nola.

—¿Nola? —Normal, la pregunta que siempre temo en las presentaciones.

Iba a dar la respuesta mecánica, pero cuando fui a abrir la boca, Abel se me adelantó.

—De Manuela.

«¡La madre que me parió y que me puso ese nombre!»

Por primera vez no me sonó a vieja maruja de pueblo. Nunca me había gustado, hasta entonces. La forma en que mi nombre se fundió en su boca, el murmullo de las vocales en sus labios fue lo más sensual que había oído en mi vida.

«¡Virgencita, ¿qué he hecho para merecer tal castigo?!»

De nuevo me quedé atrapada por la mirada de Abel, ahí estaban otra vez las mariposas, revoloteando, robándome el aliento. Pero algo se interpuso, un abrazo de oso que de primeras me sorprendió, pero que hizo despertar algo en mí: calor. Una dulce sensación, un ardiente cosquilleo al sentir los labios de Eloi sobre mi mejilla, a decir verdad, muy cerca de la comisura de mi boca.

Pura provocación. Lo supe por la mueca canalla que me dedicó cuando se apartó. Puede que, en otro momento, en otras circunstancias, otra persona..., esa forma de mirar, como si me desnudara, me hubiera molestado, pero aquel día fue un estímulo para pasar página, para darme una oportunidad. Para alejar malas sensaciones y sentirme deseada.

Con las cosas claras y directas.

Sin tapujos ni máscaras.

—Ven, a ver qué te parece. —Eloi me tendió la mano y no dudé en cogérsela y dejarme llevar hasta la parte trasera de la furgoneta.

Aunque tuve ganas de girarme a ver la cara de Abel, me dije que no. No debía importarme.

—Es perfecta. —Salté al interior observando y tocando en detalle la verja —. Gracias.

—Necesita algo de mimos, una capa de pintura...

—Lo sé. No soy muy manitas, pero me encantará hacerlo.

Unos minutos después, me tendió los brazos y, aunque bajar resultaba de lo más fácil, acepté su caballerosidad y con sus manos en mi cintura y las mías en sus antebrazos lo dejé bajarme con lentitud. Nos quedamos allí como dos estatuas petrificadas. «Señores y señoras, esto es un seductor, y ¡qué bien se le da!» Eloi llegaba en el momento perfecto.

Querer un cabecero era de lo más normal. Querer que fuera especial, de forja, antiguo y viejo reducía el círculo. Que un amigo lo viera y pensara en mí era anecdótico. Si ese amigo era Abel lo complicaba todo y lo convertía en excepcional y muy especial. Era un detalle, nada sin mucha importancia, o toda, porque ese simple gesto decía mucho. Decía que el día que comimos los tres en la terraza estuvo escuchando cada palabra que dije, aunque parecía muy concentrado en ignorarme. Decía que, aunque lleváramos quince días sin vernos, vio la verja y pensó en mí, en llamarme, en preocuparse de cómo hacer para llevarla a casa.

Era raro, por fin había encontrado mi cabecero de cama, y como venía

siendo la rutina en mis días, Murphy se encargó de que fuera de la mano de Abel. Tantos días sin hablarnos, tantos días sin vernos y ahora volvía, y ¡de qué forma!

Había conseguido mi cabecero, pero el precio que pagar era alto. Muy alto. Cada vez que lo viera iba a ser imposible no pensar en él... «¿Cómo coño voy a dormir ahora?»

Me dio un escalofrío. Un nuevo ataque de *Abelitis*.

—Espera, estás temblando. —La voz de Eloi tan cerca me hizo volver a la realidad.

Lo vi ir hasta la puerta del conductor y volver con un grueso jersey de lana de color morado. Sin decir nada, me lo entregó. Era enorme, me llegaba por debajo de las rodillas, pero sirvió para calentarme un poco, al menos la parte que era propia de estar parada, sudada y vistiendo sólo unos *leggings* piratas —de esos modernos con un estampado psicodélico— y una camiseta roja de manga larga. Miré de reojo a Abel, que se mantenía cerca de nosotros, con los brazos cruzados sin dejar de mirarnos.

—Venga, te llevamos a casa o cogerás una pulmonía. —Fue lo único que pronunció antes de ir hacia la parte delantera.

Eloi cerró la puerta trasera y me acompañó hasta mi asiento. Una cabina con tres asientos. Menudo viaje. Y, madre, si lo fue, dos adonis ocupando casi todo el espacio, y yo allí en medio, rozando mis piernas con las suyas, sintiéndolos tan cerca. Pronto empecé a tener calor. Imaginad cómo estaba de saturada que mis musas, cuando lo normal habría sido que se pusieran a divagar y a frotarse las manos frente a semejante situación, ni se inmutaron.

En un semáforo en rojo, me desabroché el cinturón y con trabajo me quité el jersey. Cuando saqué la cabeza vi que Eloi, con el brazo apoyado en el volante, estaba completamente vuelto hacia mí, me guiñó un ojo sonriendo canalla y yo no pude hacer otra cosa más que imitarlo. La mano caliente de Abel, junto a un casi inapreciable gruñido hosco, me asustó cuando la noté casi en mis pechos dando un tirón a mi camiseta. Vale, se me había subido;

vale, estaba enseñando la barriga a un desconocido y, además, Abel parecía estar más molesto por momentos.

—¿Así que te mudas? —le pregunté a su amigo, ignorando al novio de mi prima. Era lo mejor.

—Sí, dentro de una semana a estas horas ya habré aterrizado en Orán, mi nuevo hogar.

—¿Argelia? —Me sorprendió el destino.

—Sí, soy ingeniero de puentes y caminos. Es un país en alza, se está construyendo muchísimo y necesitan gente preparada. Pagan muy bien y es una buena oportunidad.

—Pero el país... ¿es seguro? —No entendí por qué me preocupaba tanto por alguien a quien acababa de conocer, aunque con el tiempo sabría que era el efecto Eloi.

—Seguros a día de hoy no estamos en ningún lado.

Le di la razón y seguimos hablando del tema.

Un rompecabezas de cabecero

Por suerte, encontramos un aparcamiento en la misma acera, muy cerca del piso. Cada uno cargó con un lado y lo tuvimos que subir por la escalera porque era imposible que entrara en el ascensor. Seguro que era de hierro macizo. Era todo un espectáculo para la vista, ¡menudos bíceps se gastaban!, para coger un bol de palomitas y sentarse a observar.

«Necesito una ducha, ¡fría!»

—¿Dónde la dejamos? —Me preguntó Abel cuando entramos en casa.

—Si no os importa, primero en la habitación, que quiero ver cómo queda, y luego en la terraza. La voy a limpiar y a pintar antes de ponerla definitivamente.

Los tres en mi habitación, cama sin hacer, ropa interior colgando de una silla... «Ejem..., ¿por dónde íbamos?»

Mientras Eloi sostenía la verja, Abel apartó la cama lo suficiente como para poder probar y ver el efecto final.

—Montar un cabecero de forja en una habitación de tía es de lo más sensual —señaló Eloi ofreciéndome una sonrisa endiabladamente sexy.

—Mente perversa —se me escapó.

—Nena, ni te imaginas... —Calor es lo que sentí cuando, como por arte de magia, mi mente me mostró a Eloi desnudo sobre mi cama bajo mi deseo.

«Eloi, no Abel. Buena señal.

»¡Abre el cava, que estoy curada!»

—¡Claro que imagino! —contesté alzando las cejas y mandándole un beso.

—Me ofrezco voluntario para el estreno, ya sabes..., para probar su

resistencia.

—Eso hay que ganárselo; seguro que se te ocurre cómo conseguir algún punto extra.

«Hola, ¿ésa soy yo?» ¿Desde cuándo era tan directa, y frente a Abel? ¿Sería por eso?

La apoyaron en la pared y acercaron la cama. A pesar del desorden, ya se intuía que quedaría perfecto. Era bastante grande, algo más que el colchón de metro cincuenta, pero el efecto en sí me gustaba muchísimo. Era tal cual había imaginado. Como una niña chica, me puse a dar unos saltitos y a aplaudir feliz.

—Sigamos, que no tenemos todo el día y ya hemos perdido toda la mañana con esta tontería —espetó Abel.

Mi cabecero, su idea, una tontería. Nueva hostia. Parecía francamente hastiado. ¿Sería por Eloi?

«Bienvenido a mi mundo, yo he aguantado esto más tiempo que tú, campeón.»

—Podéis dejarla en la terraza..., si os da tiempo, claro —repliqué.

Sin más, Abel tiró de la verja para fuera de mi habitación.

—Bah, no le hagas caso, para cargar cuatro cajas nos da tiempo —le contestó Eloi sin dejar de mirarme.

—Tú sabrás, es tu mudanza. —Abel se encogió de hombros, dando a entender que no le importaba lo más mínimo, pero no era lo que parecía.

Eloi no respondió y, con prisas, la sacaron a la terraza. Ya tenía con qué entretenerme el resto del fin de semana. Había una parte de mí, la más macabra, que disfrutaba viendo a Abel afectado. A lo mejor no era lo que había imaginado conseguir con su gesto. Y no es que no me sorprendiera y me halagara, es que no podía permitir que me afectara. Era como si mi subconsciente buscara provocar la situación y llevarlo al límite. Estuve por invitarlos a tomar algo, a refrescarse, pero ni me atreví. Dudé, pero al final me acerqué con la normalidad que debería haber si sólo fuéramos amigos.

—Gracias —agradecí abrazándolo, y él alargó el contacto más de lo que

esperaba—. No sé cómo...

—Sólo la vi y pensé en ti. —De nuevo, aquel tono melifluido.

Otra vez en sus brazos. Allí estaban de nuevo los viejos Abel y Nola, el recuerdo de la noche en la cocina... Mi corazón empezó a bombear con fuerza por la falta de oxígeno. Me separé como si me estuviera quemando.

Hice lo mismo con Eloi, que me engulló entre sus brazos.

—Yo he perdido horas de mudanza, así que eso me parece descompensado —apuntó cuando me aparté.

—¿Y qué compensaría tus horas y el sudor de transportarla hasta aquí? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

Era imposible, tenía el don de hacer que todo pareciera fácil. Un encantador de serpientes, pero a veces es lo que necesitamos.

—Déjame probar.

Sin previo aviso, me acunó la cara entre las manos y me dio un casto beso en los labios, suave y tentativo. Tardé en reaccionar. Cerré los ojos por un instante, pero una palabra cruzó mi mente: celos. Como una idiota, los abrí para ver la reacción de Abel. Apretaba la mandíbula con fuerza y me sostuvo la mirada. «Idiota», me dije cuando me separé y levanté la vista para encontrarme con la de Eloi. Era sincera, divertida, llena de promesas, y me di cuenta de que me gustaba. Había desaprovechado un buen beso por algo irreal. Iba a aprovechar la oportunidad que me ofrecía el destino para pasar la página de Abel.

«*Bye, bye, love!*»

—Esto y una cena, y me siento compensado.

—Suerte que es una verja... Y ¿si llega a ser la mudanza de todo el piso? —ironicé.

—Me deberías una semana de vacaciones los dos solos.

—Acepto. —Ni siquiera tuve que pensarlo.

Eloi podía ser la respuesta a mis plegarias. Un cambio de aires, una motivación para alejar todo lo prohibido y venenoso que me rodeaba.

—¿La cena o las vacaciones? —preguntó jocoso.

—Empecemos por la cena y ya veremos.

—Esta noche en mi cama, digo..., en mi casa. Cocino que ni los de «MasterChef».

—Eso hay que demostrarlo.

Los acompañé hasta la puerta.

—Te recojo a las nueve, ¿te va bien? —preguntó desde el descansillo.

—Perfecto.

—Hasta luego, Manuela —masculló bajito Abel al pasar por mi lado. Me dio un beso en la mejilla a modo de despedida y me desafió con su mirada clavada en la mía.

Estaba perdiendo la chaveta o era una forma de decir: «¡Puedes besarlo, pero sólo piensas en mí!». ¿Tan transparente era frente a él?

¿Podía ser tan listo como para darse cuenta de que me temblaban hasta las pestañas cuando pronunciaba mi nombre?

Le había resultado muy fácil demostrarme a mí, a él, todo lo que podía provocarme si quería. Pero yo ya no quería sentir.

—Adiós, Abel —susurré en lo que esperaba que fuera una despedida de ese hombre en cualquier término de mi vida que no fuera el de «novio de mi prima».

Cerré la puerta y suspiré. Demasiadas emociones en pocos minutos. No había asumido la vuelta de Abel. Ni que fuera el responsable de conseguir que tuviera por fin el cabecero que deseaba. Ni del huracán Eloi, a quien acababa de conocer y ya me tiraba los tejos, los rosales y el jardín entero.

Corrí hacia la terraza para observar la verja detenidamente. Era preciosa. Hice algunas fotos y se las mandé a Ivet.

¿Qué te parece mi nuevo cabecero?

Es perfecto, ¿dónde lo has encontrado?

¿Puedo llamarte?

Su respuesta llegó en forma de llamada.

—¿Tienes tiempo? Porque va para largo —dije al descolgar.

—Claro, estoy en el tren camino de casa. ¡Irene ya ha nacido!

Me contó que su prima había dado a luz esa misma noche. Después de felicitar a toda la familia, le conté lo sucedido.

—¡Quince días! Quince, es lo que ha durado la paz, lo que ha tardado en volver, y de ¡qué manera! Será cabrón, así hasta a mí me seduce.

—Ha sido un detalle muy bonito —alabé soñadora.

«¡Manuela, no!», me regañaba mentalmente cada vez que mi vena romántica hacía lo posible por mandar y cegarme sólo por ese gesto.

—Sí, muy bonito, pero hasta ahí. Aprovecha la oportunidad que te ofrece Eloi. Da igual si se va, los dos sabéis a lo que vais y es lo que necesitas. ¡¡Por fin se acabó el moho!!

Y no pude más que reírme y darle la razón. Le prometí disfrutar y contárselo todo al día siguiente. Me fui derecha a la ducha, necesitaba entrar en calor y eliminar el pestazo a sudor, la pregunta era: ¿cómo había podido seducir a Eloi con aquellas pintas y aquel tufillo?

Ese mismo día aprendí que no todo el mundo es un manitas para el bricolaje. Que tener las herramientas adecuadas es importante, y que lo que yo pensaba que estaría listo en un par de horas me había llevado toda la tarde, y mucho me temía que, como mínimo, me llevaría otro fin de semana. Había ido a una ferretería y comprado lijas, decapante, rasquetas, pintura y todo lo que el dependiente quiso venderme. La verja había salido barata, ahora, arreglarla me iba a costar un dineral y algunas sesiones con el osteópata.

Sobre las siete y media abandoné la tarea. Quería tomarme un buen baño, relajar los músculos y prepararme para cuando Eloi pasara a recogerme. Pensar en él tenía como consecuencia que me echara a reír sola. Ya sólo por

eso merecía la pena. Por fin un hombre que me gustaba y no me daban ganas de llorar.

Adiós, Gervasi.

Adiós, Abel.

Me serví una copa de vino blanco, puse música y empezó a sonar *Here with Me* de Dido. Encendí velas y eché una bomba Sex Bomb de Lush al agua. El olor a esencias pronto inundó la estancia. Yo no sabía reconocerlas, pero en la etiqueta decía que llevaba una mezcla de jazmín —conocido afrodisíaco desde la antigüedad—, salvia para despejar la mente, e ylang-ylang con su efecto relajante. Era la bomba perfecta para la ocasión. Después de correr y de pasarme toda la tarde haciendo manualidades, meterme en la bañera fue un placer en mayúsculas.

El timbre de la puerta me pilló tan perdida entre escenas del próximo libro que me costó saber dónde estaba y volver a la realidad. Me sorprendió porque no era el del portero automático, sino el de casa. Salí a toda prisa tapándome con una toalla; al oír también que llamaban con los nudillos, pensé que había pasado algo. Abrí sin mirar y me quedé de piedra cuando vi a Abel entrar en silencio, cerrar la puerta tras de sí y dirigirse hacia la sala, donde se detuvo frente al ventanal dándome la espalda. Lo seguí aún un poco aturdida por verlo allí.

—No va a darte lo que buscas —espetó entre dientes, al cabo de unos minutos de un incómodo silencio.

—¿Perdón? —Seguro que tenía jabón en las orejas y por eso no había entendido bien.

—Eloi, no es lo que buscas —repitió como si nada, volviéndose hacia mí.

—¿Y tú qué sabes lo que yo quiero?! —Levanté los brazos furiosa, pero noté sus ojos fijarse en la toalla y reaccioné a tiempo de cogerla al vuelo.

—No deberías liarte con él, ya te ha dicho que se larga.

—Sí, ¿y? —bufé, incrédula por la situación.

«Amigos, sólo amigos...»

—¿Cómo que «¿y?»? ¡Sólo es una cena, y un polvo! —gritó. Andaba de un lado a otro, pero lejos de mí, sin atreverse siquiera a hablar mirándome a los ojos.

—Me parece un plan perfecto —admití jocosa, cruzándome de brazos.

«No te enfades, amor, que yo te sigo queriendo igual.

»¿Queriendo? ¡No, no, no!

»Oohhh, sí.»

—Dirás lo que quieras, pero los dos sabemos que mientes. Él no es lo que buscas. —Y por fin me habló mirándome a los ojos y casi preferí que no lo hiciera. Eran prácticamente negros. La rabia brillaba en ellos, ¿o era impotencia?

—¿Y qué es lo que busco? —lo desafié cabreada por su inesperada visita, por su comportamiento, que cada vez me desconcertaba más.

Vestía de nuevo con los pantalones negros que se ceñían a sus piernas y la camisa vaquera que le sentaba de vicio medio remetida por dentro. El pelo lo llevaba bastante alborotado, pero no me extrañó al ver que en el tiempo que llevaba allí se lo había retirado de la cara y peinado hacia atrás como unas veinte veces. Creo que bipolares éramos los dos, porque yo tenía las mismas ganas de patearle ese increíble culo como de tirarme a sus brazos y empotrarlo contra la pared conmigo colgada de su cuello.

—Yo... —Pero no siguió, y de ahí la duda: ¿era un «yo soy lo que buscas» o un «yo...»?

Dio un paso más hacia mí y empecé a temblar.

—Sí, tú —afirmé, y si quería que pillara la directa.

Me arranca la toalla de un solo movimiento dejándome desnuda frente a él. El calor de su mirada dibuja una ruta por cada valle y cada curva de mi cuerpo. Estira una mano hacia mí invitándome y yo se la cojo sin dudar; tira de ella hasta que choco con su pecho. Mi lengua sale como loca a

saborear su aroma, a saciarse de su piel perfilando el árbol que adorna su pecho y sentir su latido bajo mi lengua.

Moví la cabeza para apartar esa imagen de mi mente: «¡Es sólo un sueño!». Porque él, para no variar, no hizo nada, sólo retarme con sus ojos clavados en los míos. Siempre dicen que las miradas hablan por sí solas, que son el lenguaje del alma, pero a veces se necesita algo más palpable, como mis dedos jugueteando con el vello de su pecho...

«¡Despierta de una vez, cabeza de chorlito!»

Ninguna reacción. Abel no iba a darme lo que yo quería de él. Estaba esperando algo que no iba a ocurrir. Reprimí las lágrimas mordiéndome los carrillos y resistí porque no pensaba darle el placer de verme llorar.

—Manuela... —Sonó como una última exhalación que electrizó mi espina dorsal.

«Eres un cobarde.»

—Tienes razón —dije con voz neutra, volviéndome hacia la puerta para abrirla como un claro gesto de invitación a que se largara, no aguantaba más la situación—. Sé muy bien lo que quiero, pero el puto destino se está riendo de mí, y no puedo más. Abel, déjame vivir. —Esta última frase era casi un ruego.

—Lo siento —susurró al pasar por mi lado antes de marcharse.

Estaba furiosa. No podía entender a qué se debía aquel ataque de celos, o lo que fuera que fuese aquello, pero en el fondo me agradó. Más que lo que dijo fue lo que se calló. El motivo. La esperanza, o la gilipollez —os dejo escoger—, me hizo verlo como una pelea contra sí mismo. Como si ni siquiera él pudiera poner nombre a lo que nos estaba ocurriendo. La situación nos estaba llevando al límite y ninguno de los dos sabía cómo hacerle frente.

Y, cuanto más merecía que lo odiara y dejara de quererlo, más cerca de él me sentía. Estaba claro que me gustaba lo difícil y me enamoraba lo imposible.

«¡Basta!»

»No voy a dejar que de nuevo manipules mi vida. No puedo, ni quiero.»

Me obligué a no pensar en él, ni en el motivo que lo había traído hasta casa.

Fin de la investigación. De psicoanalizar cada gesto, mirada o palabra.

«Nada. Mente despejada. Sólo yo. Y mi cita de esta noche.»

Menudo motivo para el olvido

A las nueve menos cinco, Eloi ya estaba llamando al interfono; menos mal que estaba lista. Nunca me ha gustado llegar tarde a los sitios y odio la impuntualidad.

—Voy —dije nerviosa por el telefonillo.

Antes de bajar, me eché un último vistazo en el espejo del recibidor.

Había buscado en el armario algo perfecto para la noche y me decidí por un vestido azul eléctrico de tejido elástico suave y muy ceñido, cruzado en el pecho y con una abertura en el muslo que le daba el toque sensual que estaba buscando. Me ondulé las puntas y dejé mi melena suelta. Me maquillé con un atrevido ahumado en tonos azules, y en los labios opté por un tono natural, el Patisserie de Mac. Unas gotas del perfume Yellow Diamond de Versace, que me encanta por su toque floral y fresco. Los complementos en dorado: joyas, el *clutch* y unas sandalias.

«¡Manolita, es tu noche, no te defraudes!»

Fue abrir el portal y encontrármelo esperándome con una mano apoyada en la pared y la otra en el bolsillo. Eloi vestía una camisa blanca y un vaquero gris estrecho. El pelo aún lo tenía algo húmedo y se le habían rizado un poco las puntas, estaba aún más guapo de lo que recordaba. No me dio tiempo ni a decir «hola» porque su saludo fue un breve beso en los labios. Tan corto que me supo a poco, así que me acerqué y le pedí otro en silencio. Su boca devoró la mía, sus manos me acercaron a él y jadeé por la violencia de deseo que sentí sólo con ese roce. Labios, lengua, dedos, piel, su olor, su mirada..., todo él me conquistó. Rodeé con mi pierna la suya al tiempo que escondía los

dedos en su pelo y su mano se agarraba con fuerza a mi muslo. Lo consiguió. Dejé de pensar, olvidé. Esta vez, nada se interpuso. Sentí. Volé. Ardí.

—Joder..., eh..., para... Ya me está costando a mí, ¡como para tener que frenarte a ti!

Sus palabras no impidieron un tercer beso con tanta pasión como el anterior. Nuestras lenguas volvieron a encadenarse. Sus manos se clavaron en mis nalgas para auparme y yo me colgué de su cuello rodeando su cintura con las piernas.

—Oohhh... —jadeé anhelante.

—Déjame verte. —Su voz ronca vibró junto a mi cuello, me empujó suavemente y yo me resistí hasta que puse los pies en el suelo. Sonrió ladino y me tendió la mano para que diera una vuelta sobre mí misma.

—¿Y bien? —le pregunté cuando quedé de nuevo frente a él, procurando que, con la postura, por la abertura lateral del vestido, se me viera la pantorrilla y buena parte del muslo, muy a lo actriz en una alfombra roja.

—Veo que no me vas a ayudar nada. Me he propuesto ser bueno y tú te presentas convertida en puro erotismo. —Se pasó las manos por el pelo como apartándolo de la cara. Con el tiempo descubriría que era un tic, un hábito de la época en que llevaba melena—. Vámonos ya o te arranco la ropa aquí mismo.

—¿Advertencia o promesa?

Por respuesta sólo obtuve un gruñido gutural. Me pasó el brazo por los hombros y nuestras carcajadas se fundieron en el ruido propio de la ciudad de camino hacia su coche.

«¡No se puede empezar mejor!»

Al llegar, me abrió la puerta con caballerosidad. Elevé la cabeza porque, a pesar de los tacones, su metro noventa seguía dejando su boca fuera del alcance de la mía. Me provocó acercándose y rozando su nariz con la mía. Noté el calor de su aliento cosquilleando mis labios, cerré los ojos, pero sólo obtuve un leve empujón hacia el interior del vehículo. Se marchó a su lado y

gruñí al ser consciente de que su juego me dejaba sin beso. El sonido de su risa consiguió que la mía resonara en mi garganta.

El camino lo hicimos en un silencio cómodo. No sabía cuál era la canción que sonaba, pero me gustó. Las especulaciones, las ideas que tanto él como yo nos hacíamos de lo que nos depararía la noche flotaban entre nosotros. Ese cosquilleo de la primera cita. Miradas, sonrisas chivatas y su meñique rozando mi rodilla con toda la intención cada vez que cambiaba de marcha. Puede que resultara tan fácil porque no había expectativas de futuro. Aquello era lo que era y los dos lo teníamos muy claro. La atracción se palpaba entre nosotros y, lo mejor de todo, era directo, sin atrezo ni mentiras. Sano. Todo lo contrario de lo que rodeaba mi vida las últimas semanas. Eloi era todo lo opuesto a Abel.

—Me gusta —dije en voz alta sin darme cuenta.

—Es *Harder to Lie* de David Ramírez.

—Sí, la canción también está bien. —Con el rabillo del ojo vi que sonreía con la boca torcida. Lo había pillado.

Estacionamos en el parking del mismo edificio y subimos en el ascensor junto a otra pareja. Hablaron de la mudanza y los vecinos le desearon suerte, pero yo ni intervine, sólo saludé. La anticipación estaba pudiendo conmigo.

Un piso de estilo moderno y casi vacío nos recibió. Las paredes grises, menos una que hacía contraste pintada en azul índigo, estaban completamente desnudas. Un sofá algo destartado, un mueble blanco y algunas cajas abiertas. Nada más en un comedor con un gran ventanal que daba a una pequeña terraza. Aun en esas condiciones, se veía que tenía potencial, y enseguida imaginé a Elsa esbozando sus ideas y llenándolo con todas esas cucadas que tenía en la tienda.

—Perdona el desorden, pero me he quedado con lo básico para aguantar hasta el jueves.

—Mientras tengas lo necesario...

—Por descontado. He terminado con el tiempo justo para la mudanza,

devolver la furgoneta y ducharme, así que te pido disculpas porque no he preparado nada.

—¡Me has traído engañada! —exageré—. ¿Y mi cena especial que «ni en MasterChef»?

—Te dejo escoger restaurante, que nos lo traigan o vamos allí, tú decides. Lo siento, pero tengo una gran excusa: esta mañana he tenido que hacerle un favor a una chica muy guapa y...

—¿Muy guapa?

Estábamos de pie. Cerca, pero sin tocarnos ni rozarnos. Que fácil me resultó sentirme cómoda y que sólo pudiera pensar en Eloi.

—Un pibón que no puedo quitarme de la cabeza.

—¿Puedo? —pregunté señalando la cocina. Asintió y me cedió el paso con un teatral gesto.

Abrí la nevera y vi que había vino, queso, embutido, huevos... Lo noté detrás de mí, apoyó la cabeza en mi hombro y su mano fue hacia la abertura del vestido, acariciándome el muslo. Cerré la puerta y me giré entre sus brazos. Acaricié sus hombros y él fue directamente a buscar la piel de mi nuca. Su mirada verde, dilatada, brillaba como la de un depredador.

—Creo que ya hemos frenado suficiente —murmuré contra su cuello. Olía a masculinidad, salvaje—. Además, eso de alimentarse está sobrevalorado.

—Haz las maletas, te vienes conmigo a Argelia.

Antes de que pudiera responder, con un empuje de caderas me empujó contra la nevera. Sentir su cuerpo presionando el mío me convulsionó de anticipación. Sabía qué venía después y lo estaba deseando.

Debo confesar que recuerdo más bien poco de aquella noche. Sólo fognazos. Instantes. Efecto del buen sexo, no hay duda. Había prioridades, e irrigar mi cerebro de sangre para guardar recuerdos no estaba entre ellas. Había suficiente donde concentrar toda la energía. Mordiscos suaves. Danza de labios y sabores revueltos. Sus manos tirando de mi pelo hacia atrás, las mías abriendo camino desabrochando botón a botón su camisa. Jadeos.

Patadas para liberar zapatos. Mis piernas rodeando su cintura apretando nuestros sexos y su excitación revelándose como una culebra. Mi lengua buscando su pulso en el cuello. Gemir. Vestido desatado. Sus dientes en el valle de mi hombro. Labios buscando a tientas mis pechos, yo arqueando la espalda invitándolo al manjar. Deshacerme de su abrazo. El vello de su pecho hormigueando en mi lengua. Sentir la fuerza de sus pectorales en la palma de la mano. Pantalón abierto. Manos ansiosas sondeando bajo su ropa interior. Yo de rodillas llevándome en el camino las telas de un tirón. Su erección frente de mí, su sabor en mi paladar. Su dura suavidad abarcando mi boca.

—Joder, ¡vente conmigo, por favor!

—Cómo os gusta tener a una mujer de rodillas.

Risas. Gemidos agarrando mi pezón con fuerza. Dolor y placer. Sus manos en mi cintura elevándome para sentarme en la encimera. Mirada turbia y mente ebria. Piel ardiendo. Labios enjaulados entre dientes. Su lengua bebiendo de mi humedad. Jadeos. Gritos.

—Eloi, ahora...

El sonido del plástico rasgándose. Un movimiento certero. Una estocada perfecta. Tiempo detenido. Salir. Volver a entrar. Mis uñas clavadas en su espalda, sus dientes en mi pezón. Pulso enloquecido. Choque de cuerpos. Una luz. Un espasmo. Elevarse. Gritar. Desvanecerse.

Puede que se hubiera pasado el día cargando y descargando muebles y cajas, pero esa noche no vi ni por asomo una pizca de cansancio. No recuerdo cómo acabamos en su cama, sólo sé que sobre las dos de la madrugada nuestros intestinos empezaron a rugir como si estuviéramos en medio de un safari.

—Soy un pésimo anfitrión. —Se sentía cómodo con su cuerpo porque se levantó sin reparos y se acercó a mi lado desnudo—. Dime qué te apetece y te

lo traigo.

—Si te soy sincera, ahora me tomaría un Cola Cao —pedí recordando lo que tenía en la nevera; nada de aquello me apetecía, pero el bote que había en la encimera, sí.

Se agachó y bajó la cabeza a la altura de la mía, arqueando las cejas sorprendido.

—¿Leche con Cola Cao?

—Sí, calentito —afirmé sin apartar los ojos de los suyos. Vi claramente que mi petición le había hecho gracia, sonreía de lado intentando disimularlo, pero no lo consiguió.

Fui a levantarme para ayudarlo, pero me lo prohibió.

—Eh..., vale. —Se puso en pie y fue hasta la puerta, donde se giró de nuevo—. ¿Quieres galletas?

—Eso sería perfecto.

Cuando me quedé sola, observé en detalle la habitación. La pared del cabecero estaba pintada en un rojo burdeos oscuro y las otras, en gris, como en el resto de la casa. La cama era grande y de madera oscura, muy sobria. Como en el resto del apartamento no había decoración ni cortinas. La persiana estaba subida, pero imaginé que daría a un patio interior porque no entraba luz de fuera.

Volvió al cabo de pocos minutos tendiéndome dos tazas enormes para que las sostuviera mientras dejaba un bol repleto de galletas en medio de la cama y él la rodeaba para meterse por su lado. Sin decir nada, metió dos puñados de galletas en la leche, ahogándolas, y con una cuchara sopera se puso a comer. Hice lo mismo e iba por la segunda cucharada cuando sentí sus ojos sobre mí. Volví la cabeza, parecía divertirse verme comer.

—Esperaba que me pidieras cualquier cosa, habría apostado por algo como sushi, pizza, o atracar la nevera, o hasta un McDonald's..., pero no leche con galletas.

—Me has preguntado qué quería y te lo he pedido. Soy simple.

—Pues me gusta tu simpleza, me gusta la niña que llevas dentro.

Fue un momento bonito, Eloi no sólo me hacía sentir a gusto conmigo misma, sino también feliz. En paz. Así lo sentí, y ahora que veo la imagen desde la distancia, no sólo había mucha atracción física, también complicidad. Había algo tierno en estar los dos desnudos tomando leche con galletas a cucharadas a las tantas de la madrugada, con los morros manchados de chocolate mientras charlábamos de nuestra infancia. La melancolía al recordar nuestra niñez contagió aquel momento.

—Lo de construir puentes y caminos lo llevo haciendo desde chico. Soy de los que siempre han tenido claro qué querían ser. Argelia supone una gran oportunidad, no sólo por trabajo, es otro país, otra cultura, otro idioma...

Como dijo él en algún momento mientras hablábamos, empezamos al revés. Primero nos acostamos, fuimos directos a la parte física y luego nos fuimos conociendo, y a cada hora que pasaba descubrí a un hombre que realmente me gustaba.

—Y cuando sean las tres, serán las dos... —anuncié con voz de telediario—. Ventajas de quedar la noche en que cambian la hora, gané una más contigo.

—Pues habrá que aprovecharla.

Era muy atractivo, pero también divertido e inteligente. Eloi tenía ese algo que hacía que al instante de conocerlo lo sintieras ya en confianza, como un buen amigo. Él me hizo sentir que realmente podían existir esos amigos con derecho a roce, porque ninguno de los dos buscaba en el otro una pareja estable. Me ofrecía ese desahogo en mi vida, ese soplo de aire. Reír, divertirme, hablar sin tapujos y horas de buen sexo sin complicaciones.

La noche dio paso al día y el alba nos pilló hablando, saboreándonos de nuevo y arrancando nuevos jadeos. Cuando desperté me encontraba sola en la cama, miré hacia la mesilla y en el despertador vi que eran las diez y media pasadas. Oí ruido en la cocina, me levanté y fui directa al baño. El espejo me mostró unas ojeras un poco marcadas, pero que quedaban eclipsadas por el brillo que desprendía mi piel. Esa sonrisa boba que no puedes borrar y ni se te

ocurre cómo hacerlo. Feliz. Ésa era yo aquella mañana. Detrás de la puerta encontré ropa suya y, aunque dudé, acabé vistiéndome con ella.

—Te he robado una camiseta. —Se volvió al oírme y no sé qué me excitó más, si verlo sólo con una toalla como único atuendo o la sonrisa con la que acompañó su mirada de depredador. Ese hombre era insaciable, ¿o lo era yo?

—Quédatela. —Me cogió de la cintura y me sentó delante de él sobre la encimera. El frío del mármol provocó un escalofrío en mis muslos, pero se calentaron de golpe al sentir sus manos subir lentamente desde las rodillas hacia arriba—. Me gusta la idea de imaginarte en tu casa, tumbada en la cama, vistiendo sólo con ella, embobada mirando el cabecero y pensando en mí.

—Te mandaré una foto. —Llevé las manos a su cuello y tiré de él para besarlo.

—Mala, pero me encantas. —Sus dedos se perdieron entre mis pliegues, pero su mirada seguía fija acariciando mis pupilas.

—Desayúname... —Me tumbé hacia atrás y él cumplió con creces todas mis fantasías.

—Si no fuera por la comida que ha preparado mi familia, no te dejaba salir en todo el día —dijo mientras entrábamos en la ducha, una hora y dos cafés después. Me había comentado que sus padres habían preparado una especie de fiesta a modo de despedida—. Me encanta cómo estoy celebrando mi último domingo como tal, la semana que viene a estas horas ya llevaré como unas cuatro trabajando.

Iba a preguntar a qué se refería cuando recordé que allí la semana laboral es de domingo a jueves. Mientras él acababa de afeitarse y de arreglarse, me vestí y recogí un poco la habitación y la cocina. Mordisqueando una manzana, me acerqué al ventanal y salí a la terraza. Desde allí se veía la casa en ruinas. La imagen de Abel vino a mi mente y un temblor inapreciable me erizó la piel.

Había conseguido huir de mis propios fantasmas unas horas, pero volvieron al acecho. Era una casa de estilo señorial de dos pisos, con techos pronunciados y grandes ventanales con los pórticos blancos, al menos, los que quedaban en pie y con algo de pintura. La entrada tenía un pequeño porche y en el jardín aún se adivinaban algunas flores que habían sobrevivido a la densa conquista de la propia naturaleza.

Lo noté detrás de mí, su fragancia me acarició antes de sentir cómo pasaba sus brazos por mi cintura. Eché la cabeza hacia atrás y me besó en el valle donde termina el cuello. Yo di otro mordisco a la fruta y él tiró de mi mano para hacer lo mismo.

—Parecía preciosa —musité sin apartar la vista de la casa.

—Sí, pero es ley de vida. Dentro de unos años será un edificio lleno de viviendas.

—Es una lástima. Me gusta haber visto de dónde procede mi nuevo cabecero.

Me acompañó a casa. En el camino me mostró que tenía muchas dotes, aunque cantar no era lo suyo, ni tampoco lo mío, pero ¡Dios, cómo me reí! Hasta le conté mi fobia cuando mi madre me apuntó a clases de canto. Nos despedimos con besos, intercambiamos los teléfonos y le deseé buen viaje. Alargamos hasta el último minuto la despedida. Abrí la puerta del coche e iba a sacar un pie cuando me detuve y me volví de nuevo hacia él.

—Por cierto, que sepas que contigo no me voy a ningún sitio. Eres peor que una dieta: mucho ejercicio y poco comer. —No esperé respuesta. Me bajé y me fui a casa mientras oía su carcajada difuminada.

Había sido una noche perfecta.

Sin pecado no hay paraíso

Antes de subir a casa me acerqué al quiosco a por el periódico. Me sentía pletórica. La noche me había dejado tan agotada como llena de energía, estaba deseando llegar y ponerme a acabar de lijar el cabecero. Eloi había resultado ser un hombre muy interesante y un amante extraordinario. Me había ofrecido más de lo que esperaba. Había conseguido que me olvidara completamente de Abel y de los problemas que durante las últimas semanas habían saturado mi vida.

«El placer de respirar sin sentir un puñal clavado en el corazón...»

Sabía lo que hacía cuando acepté la cita y fui a su casa. No había falsas esperanzas. El hecho de que fuera tan claro, sin medias tintas y tan fácil, resultó un consuelo. Nada de fingir, de esconder, sin esa mierda que me rodeaba últimamente. No puede haber decepción cuando no hay objetivos imposibles de alcanzar. No sé qué habría pasado de saber que no se mudaba, si él se hubiera comportado igual, o yo, pero de lo que no tenía dudas era de que por fin, después de días, volvía a sentirme yo, y no un manojito de nervios. Yo, una mujer que podía gustar, con ganas de comerme el mundo y no la cabeza.

Queta me saludó nada más verme y salió a hablar conmigo aprovechando el solecito que hacía. Me pidió si podía quedarme cinco minutos mientras iba al baño.

—Maldito virus, ¡que no me deja el puñetero!

—Ve tranquila, que yo me quedo. —La vi andar todo lo deprisa que podía hasta el bar de al lado.

Me gustaba el barrio por eso, porque seguía teniendo ese cariz de pueblo, de cuidar los unos de los otros, con su parte buena y su parte mala, pues todo el mundo lo sabía todo de todos. Estaba agachada colocando bien las revistas porque sabía que era algo que Queta siempre estaba revisando y que cada vez agacharse le costaba más cuando oí unos pasos tras de mí.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Esa voz..., ¿es que mi puto fantasma me perseguía a donde fuera?

Me levanté y lo encaré esperando que hubiera olvidado la tarde de ayer, porque si venía en el mismo plan, montábamos un espectáculo allí mismo. Cargaba dos bolsas y un paquete de la pastelería de enfrente. Sólo tuve que ver la sonrisa cautivadora con la que me saludó para saber que había vuelto el Abel del principio.

«Mal empezamos...»

Vestía chinos color caqui y una camisa azul marino con las mangas dobladas... Estaba imponente. No me preguntéis si eso es bueno o malo, sabéis que lo que conteste será una verdad a medias. Debí de quedarme boba mirándolo, como siempre, porque no oí llegar a la quiosquera, que me pasó el brazo por la cintura.

—¡Yo a ti te conozco! Eres uno de los que estaban ayer cargando aquel hierro. Manuela, no me habías dicho que tenías novio, ¿cómo te llamas, guapetón? —No sé qué le hizo pensar aquello, al final nunca se lo pregunté, pero rápidamente la saqué de su error.

—Queta, él no..., es el de Nerea. —Y, no, no terminé con un puchero, al menos no en voz alta.

—Ah, entonces no hace falta que te presentes. —«¿Por qué no puedo hacer yo igual? Cosas de Nerea: “¡No se toca, caca!”»—. Hale, ya puedes irte, gracias por quedarte, niña.

Cogí el periódico, le di un beso y me marché haciéndole prometer que me llamaría si necesitaba algo. Abel, un poco sorprendido por todo, seguía sin abrir la boca y nos miraba como atontado. Hice como si no fuera conmigo y

me fui hacia el portal seguida a dos pasos por él. El ascensor estaba ya abajo, así que entramos y un incómodo silencio se instaló entre nosotros. Sus ojos repasaron lentamente mi vestimenta y mi parte suicida adelantó un poco la pierna —una de esas piernas que había confesado que lo volvían loco— por la abertura del vestido con toda la intención del mundo. En ese momento me sentí como Ivet y su primer encuentro con Guillem. Y tuve que darle la razón mentalmente. Los ascensores podían resultar muy, pero que muy pequeños.

—Traigo la comida —rompió el silencio—. Lasaña de verduras y postre.

Asentí y desvié la mirada porque esos jodidos labios suyos me estaban pidiendo guerra. Las puertas se abrieron en el momento justo para impedirme hacer cualquier locura. Entramos en el piso, él dejó la mochila en el recibidor y desapareció en la cocina.

—Nerea aún no ha llegado —dije después de seguirlo y quedarme apoyada en el quicio de la puerta. Colocó las dos cajas en la nevera junto a una botella de vino blanco.

Los dos en la cocina..., el recuerdo aún era latente, tanto como el fognazo que me sacudió las entrañas. Tragué saliva.

—Lo sé, hemos quedado aquí. Buenos días. —Se acercó, pero manteniendo una distancia. Física porque mi cuerpo hormigueaba como si el suyo emitiera ondas, caricias, recuerdos, sueños, anhelos..., ya todo se mezclaba.

—Hola —murmuré derrotada. Acepté que frente a él era vulnerable, y más cuando venía de esa forma tan jodidamente atrayente—. No sé a qué hora va a venir.

—Yo tampoco. —Creo que vio mi incertidumbre y se acercó y, sin dejar de mirarme, susurró—: ¿Quieres que me vaya?

—¿Quieres irte? —musité con pesadez.

«¡Bipolar!

»¿Quién?, ¿yo? ¡Qué va!»

—No. La verdad es que había pensado en ayudarte con el cabecero mientras esperamos a que llegue y luego comer los tres juntos. Como amigos.

—Me tendió la mano como para firmar una tregua.

Dudé.

Confieso que me vi cogiendo esa mano y arrastrándolo hasta mi cama. Desnudándolo. Haciéndole el amor. O él a mí. No pensaba poner objeciones.

—Claro. —Acepté titubeando, pero sin estrechar esa mano por miedo a mi reacción. Verlo sólo como un amigo, ésa era mi meta, la única.

Solos en casa. Lo de evitar la tentación, lo de huir de los problemas estaba visto que no era para mí. No había hecho ningún comentario de su visita la tarde anterior, ni me había preguntado por la noche con Eloi. Tampoco estaba segura de querer hablarlo con él, pero si algo tenía claro era que, con Abel, cada palabra, cada frase podía leerse de maneras distintas, y yo empezaba a estar acostumbrada a ese doble juego. Lo de vivir al límite lo estaba convirtiendo en una forma de vida. O de morir lentamente.

—Venga, preparo una cafetera mientras nos cambiamos de ropa.

—¿Has traído ropa de recambio? —balbuceé sorprendida.

—No se me ocurre mejor forma de pasar un domingo.

«¡¿Cómo dices?! Espera, ven aquí, que yo te cuento todo lo que se me ocurre que podemos hacer juntos para pasar el domingo y el resto de la semana hasta la eternidad...»

Se dio media vuelta y puso en marcha la cafetera. Hasta que lo vi salir de la cocina y coger la mochila para encerrarse en el baño, no reaccioné.

Respiré hondo y me dije que no podía dejarme llevar así, con lo feliz que estaba con mi noche con Eloi y sin pensar en él, y ¡qué lejos me parecía ya! Qué poco había durado la paz.

Salí de allí corriendo y me fui a mi habitación para cambiarme de ropa, me puse una camiseta de tirantes blanca y el mono vaquero que nos compramos las cuatro igual —Ivet, Elsa, mi prima y yo— cuando nos pusimos a hacer las reformas creyéndonos las reinas de «Bricomanía». Había estado a punto de tirarlo un montón de veces porque estaba manchado de pintura de diferentes colores, barniz, lejía y tenía más de un agujero..., pero siempre se resistía.

«¡Sal ahí fuera y demuestra que eres una mujer fuerte!»

Cuando volví a la cocina, ya tenía dos tazas de café servidas —a los dos nos gustaba tipo americano, solo y sin azúcar— y ojeaba el periódico que había comprado. Resoplé por dentro..., vaqueros deshilachados y con agujeros en muslo y rodillas, y una camiseta gris descolorida que se pegaba demasiado a su torso... Fantástico.

—Ayer por la tarde lo estuve lijando como me aconsejaron en la ferretería —empecé a decir para centrar el tema en el cabecero y no distraerme con nada ni con nadie.

Nunca me gustaron las manualidades, en la escuela era un auténtico suplicio, la cola y yo nunca fuimos buenas amigas. No sé si era la edad o qué, pero me estaba gustando eso de lijar, tratar el hierro, pintar... Antes de eso, la restauración de muebles me parecía algo de otro mundo, pero después de horas viendo la transformación de la vieja verja, la idea de encontrar una antigua cómoda y restaurarla me estaba tentando. Restaurar aportaba un plus a los muebles, añadías una parte de tu esencia, aparte de sudor.

Conecté mi teléfono y le di al *play*. La canción *Mamma Mia* de ABBA empezó a sonar y fue imposible no ponerme a cantar y a recordar la gran noche que fue la despedida de soltera de Elsa. Nos disfrazamos del mítico grupo sueco y nos paseamos por todos los karaokes de la ciudad. Subí el volumen y nos fuimos a la terraza.

—Ni se te ocurra burlarte de mí —le advertí señalándolo con el dedo. Intentó disimular la carcajada, pero no lo consiguió.

Hablando de banalidades que ni recuerdo, una tontería llevó a la otra mientras nos terminábamos el café y también el ambiente cargado. Me fui relajando, él parecía más tranquilo cuando nos pusimos cada uno por un lado a lijar. Esa mañana descubrí que me encantaba verlo hacer «esos trabajos». Hasta el tiempo se puso de mi parte y en la terraza pegaba un sol de justicia que hizo para regocijo de mis ojos y mi mayor placer verlo trabajar en

vaqueros y sin camiseta. «¡Qué crueldad ponerme delante a semejante manjar y no poder hincarle el diente!»

Tuve que parar una decena de veces porque mis brazos y manos no estaban acostumbrados a ese tipo de trabajos, y digamos que la energía derrochada la noche anterior no ayudaba. Notaba cada músculo, pero en lugar de quejarme, provocaba que un fogonazo de recuerdos de la noche vivida apareciera en mi mente junto a una enorme sonrisa. «Dichoso el poder de una buena noche de sexo desenfrenado...»

Eran casi las tres de la tarde cuando me incorporé al acabar mi lado, él estaba aún de rodillas terminando de dar las últimas pinceladas. Al bajar la vista, su espalda y el tatuaje quedaron a la altura de mi mano. Sin ser consciente, mis dedos cobraron vida propia y recorrieron el camino de tinta sobre su piel formando aquellas alas. Temblé al sentir la descarga que me recorrió entera al sentir su piel caliente bajo la palma de mi mano. Calor, su olor, mis ganas...

—¿Te gustan?

—Eh..., yo..., perdona. —Aparté la mano como si su piel ardiera.

Volví a cometer el mismo error de dejarme llevar por mis deseos en cuanto estábamos solos. Pero no era por no aprender, es que no cometerlo era un error aún mayor.

—No pasa nada —susurró con voz ronca y ladeando la cabeza para mirarme.

No sé el tiempo que estuvimos así, hasta que cogió mi mano y, junto a la suya, la llevó de nuevo sobre el hombro, casi a la altura de la nuca. Estiró los brazos, bajó la cabeza y esperó. Era una clara invitación que no desperdicié. Mis dedos empezaron a moverse sinuosamente resiguiendo cada pluma. Parecía que el sol también quería dibujar su tatuaje, porque sentí cómo sus rayos bañaban su piel ofreciéndome una imagen de él aún más hipnótica y seductora.

«Nota mental: mirar hasta dónde se puede justificar una acción bajo el

efecto de locura transitoria.»

—¿Tiene algún significado? —pregunté casi sin voz. Ya no era sólo por la intensidad del momento, era poder tocar a mi antojo algo con lo que había soñado muchas veces. Otro sueño cumplido.

—Tu prima ni me ha preguntado por ellas.

«¿Cómo? Dios...»

Vale que tenía un cuerpo increíble y que era guapo, pero desnudo y de espaldas, aquella maravilla de tatuaje saltaba a la vista y te hacía volar sólo con observar aquellas alas. Era demasiado llamativo para pasarlo por alto y no sentir curiosidad.

Me callé porque fui incapaz de contestarle algo que justificara aquello: mi prima era idiota perdida. Me concentré en mi tarea. En mi momento robado.

—Cuando tenía siete años me caí de la bicicleta haciendo *cross*, me partí la pierna por tres sitios y el brazo izquierdo. Me pasé todo el verano tumbado sin poder moverme. Me quejaba una y otra vez de no hacer nada. Amargué aquellos días a mis padres y a mis hermanos. Una tarde, a mi madre se le ocurrió pintarme estas alas con un rotulador permanente. Era una locura, pero ella suele tener cosas así. Me dijo que mis heridas no impedían que pudiera volar, conocer nuevos sitios y vivir mil aventuras. Así que, no sé cómo, cada día inventaba un viaje nuevo. La noche anterior, un hermano hacía girar la bola del mundo y donde aterrizara el dedo sería nuestro próximo destino. Y al día siguiente, ella ya lo tenía todo preparado. Fue uno de los mejores veranos de mi vida. A los dieciocho busqué una foto, me fui a un tatuador y ahí tienes el resultado. No importa lo que te pase, siempre hay otra forma de ver el mundo y disfrutarlo.

Y aquella última frase más tarde tendría mucho significado para mí.

—Me encanta, y que sepas que soy muy fan de tu madre.

—Estoy seguro de que tú a ella también le gustarías.

Se dio media vuelta y quedó de pie frente a mí. Mi corazón comenzó a hacer aquella especie de miniexplosiones. Minierupciones que desprendían

fuegos artificiales, mariposas, unicornios y esperanza. Sus labios volvieron a gritarme que me acercara poniendo mi fuerza de voluntad al límite.

«¡Dios, ayúdame a no caer en la tentación!»

—Cierra los ojos. —Lo hice sin pensar mucho. De pronto noté el cosquilleo dulce de él soplando sobre mi rostro y su dedo acariciándome la mejilla. Me tragué el jadeo y abrí los ojos de golpe—. Tenías briznas de hierro.

—Ah... —farfullé—. Ha quedado genial, gracias por todo.

—Un placer.

Me obligué a bajar a la tierra, pero antes me di un último permiso y le di un suave beso en la mejilla.

—Mi madre me enseñó a dar las gracias con un beso.

—Muy lista tu madre —contestó sonriendo, y copiando mis palabras del día que él me pidió perdón—. Bueno..., voy a por una cerveza y a llamar a Nerea para saber dónde está y si le queda mucho.

Oír cómo la nombraba fue como sentir una patada en el estómago.

—Yo aprovecho para darme una ducha.

En el infierno tampoco se vive tan mal

Me encerré en el baño y me agarré al mármol temiendo caerme. Compartir esas horas con Abel estaba siendo una experiencia... ¿religiosa? No sé si era eso a lo que se refería Enrique Iglesias, pero era como estar dentro de una utopía.

El problema es que a menudo me pasaba con la dosis de fantasía con la que aliñaba mis momentos con él, pero aquel día en lo que me estaba pasando era en la cantidad de realidad que había en aquella fantasía hecha vida. No sé si había sido intencionado o no, pero consiguió que cada vez que pensaba en el cabecero lo viera a él. No sé por qué se acordó de mí al ver la verja. Sólo me había dicho que pensó en mí al verla y llamó a Nerea para contárselo y pedirle mi número de teléfono. No sé si realmente fue un detalle sin importancia o con toda la intención del mundo, ya no sólo como una ofrenda de paz para reconciliar lo nuestro, fuera lo que fuese. Lo único que tengo claro es que ese simple gesto hizo que Abel marcara territorio en mi vida, en mi cuarto. Un pequeño detalle, como todos entre nosotros, insignificante, sí, pero provenía de él y eso lo cambiaba todo. Uno a uno no eran nada, pero juntos eran capaces de poner patas arriba el mundo. El mío.

¿Quién mejor que él, el amo de mis sueños, para ofrecerme un cabecero con el que soñaba todo tipo de escenas? ¡Si él era el único que estaba presente en cada una de mis fantasías! ¿No quería tener un cabecero especial?, pues allí estaba. No sólo físicamente, al ser una vieja verja, era todo lo que escondía aquel amasijo de hierros. Era el puñetero don de Abel; consciente o no, seguía alimentando mis sueños.

Sin miramientos, me desnudé y abrí el grifo para que empezara a salir el agua caliente. A tientas, busqué el albornoz colgado detrás de la puerta, pero mis manos chocaron con otro tipo de tela, una más suave. Cerré los ojos cuando supe qué estaba tocando y tiré hacia mí sin abrirlos. Ojos que no ven... Lo confieso. Confieso que cogí la camisa de Abel y la achuché entre mis brazos, metí la nariz en ella intentando impregnarme de su olor. Acepto que era un acto de una loca yonqui, pero en eso me había convertido: una tía en pelotas abrazada a una camisa de hombre.

Suspirando, me obligué a dejarla en su sitio. Giré el grifo porque necesitaba agua fría para bajar el fognazo que me había provocado el momento y alargar algo más el tiempo bajo el agua ayudándome con mis manos a sofocar el calentón. Me vestí con un vestido estampado de tirantes porque seguía calurosa. Cuando fui a abrir la puerta me di cuenta de que estaba entornada.

«Loca, ya no sabes ni lo que haces..., pero ¡juraría que la cerré!»

Se me pasó una idea por la cabeza. Descabellada. Algunos dirán que otra vez estaba soñando despierta, pero ¿y si... no fui yo quien no la cerró, sino él? ¿Había estado espiándome? Pensar en él mirándome a través de la puerta entornada, la cortina y yo debajo el chorro dejando mis dedos manchados de mi placer... Me mordí la lengua sin que eso sirviera para ahogar el gemido que me provocó la idea. Me sacudí las sensaciones como un perro mojado yendo hacia el comedor.

Lo encontré allí poniendo la mesa sólo para... «Uno, dos, dos, uno... ¿DOS?» Creo que mi cara expresó lo que fui incapaz de articular.

—Nerea aún no ha salido de Puigcerdà —contestó sin ni siquiera esperar a que yo le preguntara.

No reaccioné al momento. Mis ojos lo observaban como buscando alguna pista para saber si había estado espiándome, pero al final sus palabras se metieron por medio y me preocupé.

—¿Ha pasado algo? —La alarma sonó en cuanto pensé en mi tía.

—No, no, están bien. Pero no ha podido salir antes y se ha olvidado de que habíamos quedado.

—Vale, pues..., eh... —empecé a tartamudear—, mesa para dos. Ya termino yo. Si quieres, puedes darte una ducha.

Me di media vuelta huyendo hacia la cocina.

«Comer los dos solos en casa..., ¿de verdad?

»¿Qué he hecho para merecer tal castigo?

»Joder con la puta manzana del paraíso y luego la culpable eres tú por ser débil, ¡hay que joderse!»

Chasqué los dedos frente a mi nariz para espabilarme y me fui directa a la nevera a por la botella de vino blanco que había traído él para servirme una copa. O dos. Mis pies se colocaron mirando hacia la puerta, y, cuando me di cuenta de sus intenciones, o sea, correr hacia el baño y mirar dentro..., volví a llenarme la copa y me la bebí de un trago.

«¡Uff, venga, Manola, tú puedes!»

La situación me estaba llevando al borde de la locura y el alcoholismo.

Obligándome a dejar de pensar y desconectar la mente, hice algo mecánico como echar un vistazo al horno; aún le faltaba un poco al gratinado de la lasaña.

Lo de dejar la mente en blanco duró sólo unos segundos. Estuve tentada de llamar a Ivet, pero me detuve porque tenía que poder hacer eso sola.

«¡Sólo es una comida!

»Ja, ja y requete-ja.»

Las canciones seguían sonando sin ton ni son, de forma aleatoria. Con los primeros acordes de *Cuánto me duele* de Morat, me puse a cantar y a bailar: «Prefiero la herida antes que perderte. Y aunque me duela la vida».

Tampoco había nada de raro en la situación. La mañana en la terraza se había pasado muy bien. Vale, demasiado bien. Había sido una placentera tortura, por un ratito más..., «¡tampoco se vive tan mal en el infierno!».

Cuando terminó le siguió *To Be with You* de Mr. Big. A Ivet le encantaba.

Manos alzadas y cantando: «Quiero estar contigo». Sonreí por los recuerdos que me trajo de cuando vivíamos las tres y nos daban aquellas venas de limpieza, con el trapo en la mano y bailando en el comedor como si nos fuera la vida en ello... Di una vuelta y paré de golpe al verlo. Estaba apoyado con la cadera en el respaldo del sofá, los brazos cruzados en el pecho. Con la mano izquierda se tocaba con parsimonia la barbilla. Justo allí donde yo estaba deseando posar mis labios.

—Creo que es la primera vez que te veo sonreír así.

—¿Así? —pregunté casi sin voz, porque su forma de mirarme mientras se acercaba a mí la anulaba por completo.

La canción terminó y empezó otra. Parecía que el destino se había puesto a hacer de disc-jockey y seguía jugando con nosotros, era Nina Simone cantando su tema *The Other Woman*. Me cogió la mano haciendo que diera una vuelta antes de tirar de mí para apoyarme en su pecho y empezó a mecernos en un sinuoso y casi inapreciable vaivén. Iba a negarme, pero estaba tan cansada de pelear contra todo que me dejé llevar. Alejandro Dumas dijo que la vida es tan incierta que la felicidad debe aprovecharse en el momento en que se presenta. Abel quería bailar conmigo, yo lo quería todo de él. A veces toca soñar, permitirse vivir sin pensar. Arriesgar. A veces se gana y otras se pierde, hasta dicen que a veces se pierden las ganas. Lo que está claro es que la última opción no iba conmigo. Entre las otras dos que quedaban estaba por ver.

—Así..., de verdad. Sonríes con todo tu cuerpo y estás preciosa. —Había olvidado que no me había contestado. Su voz susurrando haciéndome cosquillas en el oído, tan cálida en un lugar tan erógeno, era muy sensual. Demasiado. Para cerrar los ojos y suspirar.

—A veces olvidamos algo tan básico como vivir la vida —confesé con el corazón en la garganta.

Había dudas, pero ahí estábamos, tan locos, tan valientes, desafiándonos a nosotros mismos. Embriagada por el placer de estar de nuevo en sus brazos, pero esa vez sin teatros, sin mentiras. Sin aire entre nuestros cuerpos. Sólo

ropa. Abrazado a mi cintura, mi mano dibujando espirales en su nuca y la otra enlazada con la suya mientras su pulgar acariciaba mi pelo.

«La otra mujer siempre llorará hasta dormirse.

»La otra mujer nunca tendrá su amor, y, mientras pasan los años,

»la otra mujer pasará su vida sola. Sola.»

Y yo no quería ser esa otra mujer, pero tampoco era capaz de alejarme. ¿Cómo podía ser pecado si cuando estábamos juntos tocábamos el cielo? Sus ojos mirando con lascivia mi boca; en ella, besos muriendo en el abismo de mis labios. Después los elevó hasta encontrar los míos, dos miradas de chocolate fundiéndose bajo el mismo juego. Lo que vi en ellos me gustó y me asustó a partes iguales. A punto estuve de preguntarle «¿Qué estamos haciendo?», pero de nuevo, por miedo a que su respuesta liquidara aquel sueño como una ficha de dominó llevándose el resto por el camino, preferí callar y seguir alimentando aquella locura. Salvados por la campana, o, más concretamente, por la alarma del horno. Fue un instante, pero cuando quise deshacerme de su abrazo, su mano me aferró un poco más y sentí la fuerza de sus dedos enlazados con los míos reteniéndome, ¡cómo si yo quisiera separarme!

Como si fuera humo, aquello desapareció y volvimos a ser los de antes. Realmente no sé cuándo éramos nosotros mismos: si la noche anterior discutiendo, si intentando ser amigos o cuando nos dejábamos llevar por lo que fuera aquello. Sólo sé que apagué la música y nos pusimos a comer. Al final habíamos optado por salir a la terraza, como si al estar al aire libre fuera más fácil lidiar con las ganas que le tenía que en un comedor cerca de un sofá de lo más cómodo para realizar todas y cada una de mis fantasías. Aunque instintivamente los dos buscáramos separarnos un poco, la verdad es que todo era fácil y cómodo entre nosotros. Había más complicidad e intimidad que en muchos matrimonios con diez años a la espalda.

—Eric me mandó una foto de cuando vivíais aquí...

—Joder... —Chasqueó la lengua antes de soltar una carcajada—. Sólo

sacaba la máquina en muy pocas ocasiones y, en todas ellas, que yo recuerde, era porque había fiesta.

—Sí, teníais pinta de estar muy... contentos.

—El primer día de universidad me los encontré en el bar. Estaban discutiendo porque Charlie se había manchado la camiseta y decía que era la única que tenía limpia. «Pues pon una lavadora», le dijo tu hermano, y yo salté con algo así como: «Vete a comprar un par más». Se dieron la vuelta, empezamos a hablar y puedes imaginar el resto.

Entre carcajadas y sorbos de vino, me habló de aquel primer año de universidad. Aunque era de Barcelona, desde los quince que su madre sólo repetía que a partir de los dieciocho los quería fuera de casa.

—Ese primer año aquí fue demasiado, en todos los sentidos. Al siguiente, le tocó el turno a Abril, mi hermana. Si a mí esa libertad me hacía ilusión, a ella le imponía, pero mi madre seguía diciendo que la quería fuera de casa. Al final me convenció de que compartiera piso con ella.

—Tu madre parece una persona muy peculiar.

—Dios, lo es. —Suspiró exasperado, pero la sonrisa delataba cariño—. Pilar es arquitecta y mi padre, Pius, un banquero jubilado a los cincuenta y cinco. Un chollo. Son como la noche y el día. Ella es la tormenta, y él, la calma. Ella es de ciudad y de mar; él, de pueblo y montaña. Se quieren con locura, pero pasan más tiempo separados que juntos. Polos opuestos que chocan, pero que no saben vivir el uno sin el otro. Mi padre vive en Paüls, cerca de Els Ports, rodeado de olivares, y mi madre aquí. Hemos aprendido a vivir en ese caos que son.

Yo le conté un poco de mi familia, aunque imaginé que ya sabría muchas cosas, al fin y al cabo, teníamos a mucha gente en común.

—Y de Agnès, ¿sabéis algo? —me preguntó por la novia de mi hermano y me sorprendió.

—¿La conociste?

—Sí, bajaba a menudo los fines de semana. Se entendía bien con Marta, mi

novia de entonces.

«¡Seguro que es ella!» Ay, lo que me costó morderme la lengua y no preguntar más sobre la tal Marta.

—Creo que se casó y ahora vive en Lleida —contesté—. Entiendo que se distanciara, pero casi siempre estaba en casa y no fue fácil para nadie.

—Nada es fácil; al menos, lo que realmente merece la pena. No todos somos tan valientes como lo fue Eric. Someter tu vida a inspección, valorarla y dejarlo todo. Alejarte para buscarte...

—Ahora sólo vemos el resultado, verlo feliz haciendo lo que quiere y viviendo como desea. No ha hablado con nadie de lo que hizo o lo que pasó mientras estuvo fuera. —Tardé un poco en continuar porque me despisté observando cómo me miraba—. ¿Has pensado en hacerlo?

—¿En dejarlo todo? —Se pellizcó el labio inferior, un gesto muy suyo, al tiempo que volvía la cabeza mirando hacia la ciudad como si sopesara la respuesta—. Sí. ¿Quién no? No sólo cuando Eric se fue. Esta sociedad obliga siempre a pedir más. A no conformarte, a seguir unas pautas como borregos... —De nuevo, sus ojos buscaron los míos—. Por eso lo admiro. No todos somos tan valientes.

—Yo también creo que aquello fue un acto de sensatez y no una locura como muchos afirman, entre ellos, mis padres.

Durante unos minutos reinó el silencio. Cada uno con la vista perdida en esa panorámica de la ciudad, aunque la cabeza estuviera muy lejos de todo aquello.

—Por cierto, llevo todo el día queriendo preguntarte algo, ¿puedo?

—Claro —contesté sin saber por dónde me saldría.

—¿Por qué la quiosquera no ha querido saber mi nombre cuando le has dicho que soy el novio de Nerea? —Había imaginado cualquier cosa, hasta mi postura favorita, pero no aquello.

—Oh... —«¿A ver cómo te digo yo esto de manera suave?»—. Porque me conoce desde hace años y está deseando que pase página y encuentre a

alguien. Lleva semanas repitiéndome que la soledad es no tener a nadie que te caliente los pies en invierno...

—No me estás contestando —me interrumpió.

—Y sabe que a Nerea los novios le duran poco, así que no le importa conocerte —solté del tirón, sin pensar muy bien las palabras que escogía.

Lo vi tomarse el resto de la copa de un trago. Bueno, alguien tenía que decirle cómo era su novia si no conocía esos detalles. Que a lo mejor yo no era la más indicada para contarle esas cosas, puede, pero mira, ahí estaba yo, comiendo en la terraza una deliciosa lasaña, después de pasar la mañana viéndolo trabajar. «Un poco de piedad, por favor.»

Pronto cambió de tema y el resto de la comida nos centramos en nosotros. Sólo éramos dos personas conociéndonos un poco más, y tengo que decir que me atraía como una luz a las polillas. Muerte segura.

Era todo bastante surrealista, pero también bonito; como había hablado con Ivet. Ahí tenía otro instante haciéndose realidad, uno de los tantos que había soñado mil veces. Esas imágenes que me colapsaban de día, de noche. En sueños y en cada letra que escribía.

Entre sorbos de café, terminamos la tarta de chocolate, sí, enterita, entre los dos y directamente de la bandeja, sin platos. Reí al imaginar los gritos de Nerea si nos viera.

Volver a la casilla de salida

Las ganas por poner el cabecero me pudieron. Nos aseguramos de que la pintura estuviera seca y, mientras él se encargaba de taladrar la pared y poner los ganchos para sujetarlo, yo me di prisa en la cocina para recogerlo todo. No quería perderme ningún detalle.

Todo aquel día estaba siendo tan cotidiano y tan real..., de esos que cada instante se convierte en un bonito recuerdo. De esos de contarles a las chicas y ponerles los dientes largos. Pero, como todo lo que tenía con Abel, era sólo para mí. Ese día era una muestra preciosa y palpable de esa vida que no me costaba nada imaginar y, en cambio, costaba asumir que era imposible. El escritor Ray Bradbury dijo: «Ve al borde del precipicio y salta. Constrúyete las alas mientras caes», y eso hice, tirarme al vacío de cabeza y con los ojos abiertos para no perderme nada.

Y, sí, Eloí tenía razón, resultó de lo más sensual poner el cabecero entre los dos. Cuando acabamos, me tumbé en la cama, cerré los ojos y estiré las manos para poder tocar el frío metal. Sentí cómo Abel se movía por mi habitación hasta que lo noté muy cerca.

—¿Qué haces? —maullé sin voz cuando lo vi a mi lado, de pie.

En las manos llevaba uno de los pañuelos que yo tenía en un cesto de mimbre junto a la puerta y lo estaba atando en la esquina del cabecero, a mi lado. Parecía muy concentrado, y yo me quedé idiotizada perdida observándolo.

—Estrenarlo contigo.

«¡No me lo digas dos veces!»

Cuando terminó, me miró un instante y sonrió canalla. ¡Joder, qué bien le sentaba! Se colocó a mi lado y sentí un roce en mi mano, aparté la vista de él a regañadientes para mirar hacia arriba. «¿Me está atando?!

»No estoy soñando, repito, no estoy soñando.»

Retuve el aire. Dejé de respirar como si con ese gesto pudiera parar el tiempo. No perdí detalle del proceso del nudo ni tampoco de cómo, al terminar, con un dedo, recorrió mi mano y bajó hacia el antebrazo. Se me escapó un gemido y busqué sus ojos. Eran los más grandes y brillantes que había visto en mi vida. ¡¿Dios, esa mirada era humana?!

—Tenías razón, me gusta cómo ha quedado. —Su voz rasgada hizo que apretara los muslos de placer—. Ha visto el paso del tiempo ahí fuera, ahora será cómplice de tus sueños.

Y ese «cómplice de tus sueños» hizo que mi cuerpo se estremeciera de nuevo y cerrara los ojos de puro gozo.

—Abel... —gemí con una súplica silenciosa dibujada a fuego en la retina.

—Manuela... —Mi nombre en su lengua, acariciando sensualmente el paladar.

Sus ojos fijos en los míos..., fue capaz de darle otro sentido al verbo: no sólo era mirar, era besarme hasta el alma.

—¿Hola? —La voz de Nerea resonó entonces en el pasillo y los dos, de un salto, nos levantamos de la cama.

La mano que tenía atada tiró de mí y ahogué un gemido. Nerviosa, tiré de una punta del pañuelo y agradecí en silencio que no se hubiera entretenido en hacer un nudo doble y, sin esfuerzo, quedé libre. Mi corazón siguió bombeando con fuerza, aquello ya no era ni excitación ni locura, era PÁNICO en mayúsculas.

—En la habitación de Nola —dijo Abel en un tono demasiado eufórico, asomando la cabeza por la puerta.

Entonces comprendí que estando solos sería Manuela, y con gente sería Nola.

Aún hoy me pregunto qué habría pasado si mi prima hubiera llegado más tarde, porque si algo había en aquel instante era tensión, orgásmica, fundente. Una tensión no resuelta, por descontado.

Nena apareció y se acercó a Abel. Por una vez vi que ella tenía ganas de un beso largo y profundo y, en cambio, él sólo le respondía con un pico. Me gustó la idea de que después de que me atara a la cama no le respondiera con el mismo apetito. Que, por una vez, fuera él quien se retirara.

—¿Ya está? ¡Ha quedado genial! Si es que eres el mejor. —Nerea volvió al ataque y él se esforzó un poco al abrazarla por la cintura, sin dejar de mirarme.

Los labios que la besaban ahora a ella eran los mismos que un instante antes me cortejaban a sonrisas.

Para ella, Abel era su realidad, y para mí sólo alguien con quien soñar.

Él la acompañaba en la vida, a mí, sólo en sueños.

«Vida..., ¿quién quiere vivir en la puta realidad pudiendo soñar en carne y hueso?

»Dame otra dosis de esa bonita locura que me hace sentir tan bien.»

—Sí, el mejor —asentí sonriendo, pero con un regusto amargo en la boca del estómago.

—Bueno, si no os importa, paso un momento por la ducha —anunció Abel.

Estuve a punto de delatarlo, al decir «¿otra vez?», pero me detuve a tiempo. Me pareció una victoria que necesitara un tiempo muerto. Ver que a él aquello también le costaba encajarlo.

—Claro, ya recojo yo lo de fuera, muchas gracias, de verdad.

—Ha sido un placer. —La frase sonó demasiado sexy, demasiado placentera, tanto, que fue un milagro no gemir del gustazo que me provocó.

—Mi madre, tu tía —remarcó Nerea con ahínco siguiéndome a la terraza

—, sigue igual de mal, gracias por preguntar.

Los remordimientos volvieron a estrujarme por dentro y empecé a sentirme culpable. Otra vez. ¡Maldito Abel! Conseguía que no existiera más mundo que él cuando estaba cerca de mí. Si ya me sentía mal, esas palabras y con la rabia con que las dijo fueron como una puñalada directa al corazón.

—Lo siento, no tengo perdón.

«Ni por esto, ni por lo demás.»

—Estás de lo más rara últimamente, ¿no sé dónde coño tienes la cabeza!

—Entonces ¿la tía...?

«*Cum laude* en escapar por la tangente.»

—A medias, ayer parecía estar mejor, pero hoy... me ha costado un mundo dejarla y venirme.

—Haces lo que puedes, no te atormentes.

—¿Qué tal con Eloi? —preguntó dejándose caer en una silla mientras yo recogía los periódicos, las lijas, las latas vacías... ¡La que había liado!—. ¿O de eso tampoco quieres hablar?

Vale, comprendido. Estaba cabreada, la pregunta era: ¿sabía o intuía por qué?

—Por lo que veo, estás muy bien informada —dije sonriendo, acostumbrada ya a hacer un cambio de chip y esconderme detrás de mi propia dualidad.

—Cómo no, ¡si te besó delante de Abel a la media hora de conoceros! —El tono se relajó, ella sonrió y yo por fin cogí aire—. Y has pasado la noche con él.

—Luego dicen que las cotillas somos las mujeres. Sí, he pasado la noche con él. Eloi ha llegado en el mejor momento.

—También me ha dicho que se va.

—Lo sé, no me preocupa. No buscamos una relación, pero eso no impide que nos gustemos y que hayamos querido aprovechar la oportunidad.

La noche pasada había sido espectacular, pero había dejado que el día la

eclipsara quitándole importancia. No había sucedido nada importante, pero pasar todas esas horas con Abel me había hecho darme cuenta de que él no era un capricho. Una señal de alerta se iluminó en mi cabeza: peligro. Ese hombre era peligro. No sabía qué me deparaba el futuro y el problema era darse cuenta de que lo único que tenía claro era que no había marcha atrás.

—Pues ojalá te ayude a pasar página. Te preocupas por cosas que no valen la pena. Te engañas y sufres... —Dicho esto, se fue y yo me quedé con el bote de pintura en la mano y la mandíbula desencajada.

«¿Qué ha querido decir?»

Después de recoger, me fui a mi cuarto. Abel seguía en la ducha y Nerea estaba deshaciendo la maleta en su habitación.

—Me voy a echar una siesta, que esta noche he dormido poco y lo de la verja ya ha sido el colofón.

Era una media mentira, porque la verdadera razón para encerrarme era que lo último que quería era verlos juntos.

—Yo voy a disfrutar de mi novio.

Fue cerrar la puerta y suspiré, aunque sonara más a un gruñido cavernícola. Me dejé caer en la cama y golpeé el colchón con las manos como puños. Las insinuaciones de Nerea brillaban en mi mente como neones. Me di la vuelta y quedé con los pies en el cabecero. La vista se fue al hierro, el recuerdo de sus ojos acariciando los míos, el hormigueo en los dedos de sentir su roce... «¡Basta!»

Sin darme cuenta me había dejado llevar de nuevo, tenía la sensación de estar otra vez en la casilla de salida. De nuevo, pendiente de él. De nuevo, con la esperanza gobernándome. Me levanté y me desvestí con la intención de apartar el olor de Abel, que parecía tener incrustado en la punta de la nariz. Busqué la camiseta que Eloi me había dado y me la puse. Esperaba que ese trozo de tela hiciera maravillas con mi mente; entre otras cosas esperaba que tuviera un efecto somnífero. Me tumbé en la cama, puse una película en el portátil e intenté dormir. Sobre las siete recibí un mensaje de Eloi:

¿Te vienes a cenar y despedida?

Sonreí al leer lo de «despedida», no esperaba volver a saber de él, y menos tan rápido, pero salir de casa era lo que más me apetecía.

Sólo con la condición de que yo invito a cenar,
que ya me conozco tus menús; además, te lo
debo.

Acepto, pero te aviso que sólo una cena no
compensa, ¿sabes lo que pesaba ese hierro?

Algo se me ocurrirá de postre.

¡Joder, qué ganas tengo de verte! Te aviso cuando
salga de aquí, calcula como ayer, sobre las nueve.

Al menos Eloi me hacía sonreír y me calentaba la sangre sin ningún tipo de remordimientos.

Oí unos golpes de nudillos en la puerta y murmuré un «pasa» porque imaginé que era él; si fuera Nerea habría entrado sin permiso.

—Vamos a salir a cenar fuera, Nerea está en la ducha, ¿te vienes? —Se le veía muy incómodo.

En mi móvil sonó el «pip» de un mensaje nuevo. Abel desvió la vista hacia él y yo lo cogí sin dejar de mirarlo. Torcí la boca camuflando una sonrisa al leerlo.

Por cierto, tráete ropa para mañana, no pienso dejarte ir en toda la noche.

—No, ya he hecho planes. —Dejé el teléfono de nuevo en la mesilla y alcé la cabeza hacia él.

Me sorprendió verlo mirando fijamente mis piernas y un calor me invadió. Mi primer instinto fue taparme con algo, pero me sentí perversa y, en lugar de eso, las moví lo justo para provocarlo y ver cómo tragaba saliva con

dificultad. En mi interior reí ganadora. Levantó la vista y durante un momento nos retamos.

—Me suena la camiseta, ¿te llevas siempre un trofeo a casa? —me reprochó con desprecio.

—¡¿Y a ti qué te importa?! —berreé cabreada. Creo que no le gustó mi respuesta, como tampoco a mí su pregunta, porque no añadió más y salió dando un portazo.

«Lo nuestro hecho canción: “Un pasito *pa'lante*, Manuela, tres pasitos *p'atrás...*”»

Después de mucho buscar en el armario, acabé optando por una falda larga de satén plisada en color turquesa y un *crop top* en negro. En el pelo me hice una cola ladeada y para el maquillaje opté por el *eyeliner* en negro, pestañas marcadas y dejé que los labios fueran los protagonistas utilizando el tono rojo Ruby Woo de Mac. Después preparé una bolsa con una muda y pedí un taxi.

En el pasillo vi que la puerta de la habitación de Nerea estaba abierta. Mi prima estaba de espaldas y no me vio, pero él sí, y con toda la intención se acercó a ella y la abrazó agarrándola por las nalgas y, sin apartar la vista de mí, la besó en el cuello.

Capullo. Eso era. Un capullo. Y yo gilipollas por seguirle el juego.

Di media vuelta con la intención de irme sin despedirme. Estaba cogiendo las llaves cuando Nerea salió y me vio. Detrás llegó él, acabando de abrocharse la camisa azul marino, la misma que yo, como una imbécil, había abrazado horas antes en el baño.

—Dice Abel que no te vienes porque tienes planes.

—Sí, he quedado con Eloi.

—Ah, entonces podemos ir todos juntos —intervino Abel.

«¡Ni hablar!»

—No me gusta compartir. —«¡A ver si te enteras, capullo!»—. Esta noche es sólo para dos. —Sonreí, cuando lo único que me apetecía era estrangularlo. Me despedí con la mano.

Toda la ilusión y el cosquilleo del día se habían esfumado y volvían esas malas vibraciones que me consumían la energía.

Noches cortas, cafés largos

Desde el ascensor le mandé un mensaje a Eloi:

¿Has hecho reserva?

Casi ni me había dado tiempo a darle a «enviar» que ya me llamaba.

—¿Me vas a dejar plantado? —Su voz sonó a puchero, y solté una carcajada.

—No, pero es que no quiero estar más en casa.

—Espera, te paso la dirección del bar donde puedes esperarme. Se llama Seco. Intento escaquearme lo antes posible.

—Sin prisas. —No quería ser la causante de que se fuera de su fiesta familiar.

Me senté en uno de los taburetes de la barra y, por recomendación del camarero, pedí una cerveza artesana. Era una taberna pequeña e íntima con certificación *slow food*. Todos sus productos eran frescos, ecológicos y de kilómetro cero.

Vi claramente como un individuo me observaba sin disimulo antes de acercarse y acomodarse en el asiento de mi lado. Volví la cabeza hacia la puerta deseando que Eloi no tardara en llegar. Llevaba bastante cabreo encima como para tener que lidiar con un sobón con ganas de ligar. Sentía la mirada clavada en el cogote y me volví hacia él para verlo mejor. No estaba mal, parecía algo mayor que yo: moreno, de ojos azules, facciones alargadas, constitución fuerte y las patillas con alguna que otra cana; vestía de manera informal. Era bastante guapo, a decir verdad. Cuando volví la vista a su cara,

estaba riendo y con las cejas alzadas. Me había pillado haciéndole un buen repaso.

Me volví de nuevo hacia la puerta y sonreí al ver llegar a Eloi, pero me dejó de piedra cuando vi que no se acercaba a mí, sino que se sentaba al lado de aquel hombre. No entendía nada. Iba a decir algo, pero entonces el moreno, que estaba entre Eloi y yo, se dirigió a mí:

—Tienes unos ojos preciosos, brillan como la cerveza que tienes en la copa.

«Vaya piropo...» Bajé la vista y me fijé en la copa, era tostada, de un tono dorado oscuro, y brillaba bastante bajo los focos. Me mordí el carrillo por dentro para evitar una carcajada.

—Lo mismo que ellos. —Oí que le pedía Eloi al camarero, y luego se volvió para hablar con el desconocido—. Tío, ¿de verdad crees que con esa frase vas a ligártela?

Me incliné un poco hacia delante para mirarlo porque el hombre tenía una espalda tan ancha que me impedía ver nada. Eloi estaba muy guapo, con esa cara de canalla con la que se estaba divirtiendo a costa de nosotros.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor?

—Estoy seguro, ¿me dejas intentarlo?

El desconocido sólo le hizo un gesto con la mano, algo así como: «A ver cómo lo haces».

Eloi se levantó y vino a sentarse en el taburete que había libre a mi lado izquierdo, dejándome en medio de ellos dos. No dejaba de observarlo; de hecho, el desconocido también estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Sabía a qué jugaba, era el típico juego de pareja, el de los desconocidos en un bar.

—Hola —susurró aproximándose, y su perfume me invadió, alimentando mi deseo. Me costó aguantar la risa y no pedirle que dejara ese teatro, con él no quería tonterías, pero me había dado bastante como para concederle ese capricho si a él le apetecía—. ¿Sabes que llevo todo el día pensando en ti?

—¿En mí? —Me incliné hacia él, la vista de Eloi bajó hacia mi escote—.
¿Cómo exactamente?

—Estaba deseando venir para invitarte a cenar, darte la mejor primera cita de tu vida y hacer de esta noche una inolvidable.

—Parece un buen plan —declaré, y mis labios esbozaron una sensual sonrisa.

—Entonces ¿aceptas? Porque llegamos tarde a la reserva.

Me volví hacia el desconocido y le di un beso en la mejilla:

—Lo siento, hoy gana él.

—A ésta invito yo. —Eloi dejó dinero suficiente para pagar las tres bebidas y tiró de mi mano.

Una vez en pie, me dio un beso en los labios en medio del local que hizo que se oyera algún que otro silbido. Me aparté sonriendo vergonzosa y lo empujé hacia la puerta.

—¿Llevas mucho esperando?

—El suficiente.

Punto para Eloi. De nuevo había conseguido hacerme cambiar de pensamiento, y Abel y el cabreo con el que había llegado se habían esfumado.

—Siempre había deseado hacer eso.

—Te veo muy peliculero hoy.

—Puede, llevo todo el día imaginándote de mil posturas distintas en mil lugares distintos, ¡estoy agotado! —refunfuñó divertido.

—Espero que sólo mentalmente.

—Ven aquí.

Volvió a besarme de forma salvaje, sin importarle que estuviéramos en medio de la calle. Y, de camino al coche, me demostró unas tres veces que, de cansancio, nada.

Aluciné cuando vi adónde me llevaba a cenar. Estábamos en Montjuïc, en el restaurante Miramar.

—¿Te gusta? —dijo una vez sentados. Nos habían dado una de las mesas al

lado de la cristalera y las vistas del *skyline* de Barcelona eran inmejorables.

—Me has dejado sin palabras. No esperaba un sitio así.

—Tenía ganas de venir desde hace tiempo y hoy tengo un buen motivo.

—¿Que es...?

—Despedirme de la ciudad desde las alturas me parece la mejor forma. Además, tengo que demostrarte que también sé ser un caballero y no un neandertal después de tenerte toda la noche bajo mi cuerpo y mandarte a tu casa muerta de hambre.

Reí con él.

—No importa, lo pasé muy bien, y ésta promete ser igual de interesante.

—Por cierto, espero que no te importe, he pedido el menú degustación.

—Es perfecto. Gracias de nuevo por traerme y compartir conmigo esta despedida.

Nos sirvieron el vino, el agua y nos trajeron el primer plato: chupa-chups de foie con queso de cabra, frutos secos y frambuesa.

—¿Qué tal ha ido la fiesta?

—Bien. La peor es mi madre, que sólo llora; parece que me voy a la guerra. Se queja hasta de que su hermano se casara con una francesa. Y yo que les agradezco que me dejaran pasar los veranos con ellos. ¡Con lo que aprendí!

—No hace falta preguntar el qué.

—Mejor te lo enseño. —Acercó su silla y me susurró unas palabras en francés que juro que fueron como un vibrador a máxima potencia.

Disfruté muchísimo de la velada, las vistas de la ciudad de noche eran increíbles, y cada nuevo plato era una delicia para el paladar. Gazpacho de fresones con germinados de cebolla, zamburiñas al cava con *ceps*, gominola de *escudella* con crujiente de beicon y pan de ajo, *tataki* de atún con ajo blanco, codorniz al estilo Kentucky con salsa barbacoa... Pero, sobre todo, disfruté de la compañía. Eloi era divertido, podía hablar con él de todo y tenía ese punto canalla que me encantaba.

Luego decidimos ir directamente a su casa. Mientras él estaba en la cocina sirviéndonos un whisky —yo no era mucho de esa bebida, pero era su favorita y al final me había convencido: «Vamos a empezar por un Glenfiddich doce años, es fresco y ligero tanto en boca como en nariz»—, mis pasos me llevaron de nuevo hacia el ventanal del comedor. La vista se me fue a la casa en ruinas; sólo era un conjunto de viejas y oscuras sombras, como las que me atormentaban a mí. Después de horas, la imagen de Abel volvió a mi mente. Empezaba a ser de locos y me odiaba por no poder controlarme cuando estaba con él. Tenía miedo de sucumbir a mis deseos y hacer algo con lo que odiarme el resto de mi vida. Maldije, y, cuando iba a apartarme, vi que Eloi estaba frente a mí. Me tendió un vaso de whisky y, sin brindar ni esperar más, le di un trago.

—¿Estás muy borracha? —preguntó.

—¿Por?, ¿quieres aprovecharte de mí? —Apoyé la cabeza en su pecho besando la piel de su cuello. La verdad es que el maridaje de la cena había estado compuesto de varios vinos, pero no me sentía ebria.

—No creo que necesite el alcohol para eso, sólo tengo que pedirte. —Paseó los dedos sobre la piel de mi cintura que quedaba al aire.

—Reconozco que contigo soy una tía fácil. —Le mordí el lóbulo y tiré un poco de él presionándolo entre mis dientes.

—Y yo que me alegro por ello. Es más, si me permites hacerte una pregunta un tanto personal y bastante indiscreta...

Me aparté un poco y tiró de mi mano hasta sentarse en el sofá y dejarme a horcajadas sobre él. Me removí hasta encontrar una postura cómoda al llevar la falda larga. Dio un trago a su copa y lo imité, la temperatura empezaba a subir. Me quitó el vaso y lo dejó en el suelo junto al suyo.

—¿Qué quieres saber?

—Es sobre Abel... y tú. —Me revolví, molesta y sorprendida—. Vale, acabas de contestarme.

—No hay nada —aclaré en un hilo de voz. Quise bajarme y sentarme en la

otra punta del sofá. Irme de su casa. Desaparecer. Pero me retuvo tirando de mí y abrazándome fuerte, haciendo que apoyara mi mejilla en su pecho.

—A ver, que no me molesta. Haced lo que queráis con vuestra vida. —Me acariciaba la espalda en una cadencia que me fue calmando, ya no había rastro de esa chispa de deseo que nos hacía vibrar cuando estábamos juntos, como hacía sólo unos segundos. Era desvelar mi mayor secreto a un casi desconocido. Un secreto que poco a poco se iba sabiendo: Ivet, mi hermano..., miedo me daba añadir nombres a esa lista.

—¿Cómo lo has sabido? —pedí temerosa.

Si él se había dado cuenta, y los tres juntos sólo habíamos pasado una escasa media hora compartiendo un viaje en furgoneta, ¿entonces Nerea...?

—No sé, era sólo una sensación.

Quise preguntarle si Abel le había dicho algo, sabía que eran muy buenos amigos, pero no me atreví.

—Sólo me gusta.

—Debería interrogarlo acerca de qué tal es tener un harén, puede que me sirva en Argelia... —No aguanté más y rompí a llorar—. Mierda, lo siento, sólo intentaba hacer una broma. —Me besó en el pelo de forma cariñosa y me abrazó fuerte.

—Lo sé, no es por ti, es por mí. Suena típica y fatal la frase, pero es cierto. Soy una gilipollas, pero lo estoy intentando.

—¿Y yo soy ese intento? —preguntó juguetón. Asentí incapaz de articular palabra—. Tranquila, no me molesta, al contrario, me gusta, me gustas.

Me incorporé un poco, me sequé las lágrimas y sorbí por la nariz.
«Manuela en estado puro.»

—Dime por qué no podemos enamorarnos tú y yo —suspiré—. Me atraes, lo pasamos genial fuera y dentro de la cama, es perfecto.

—Porque el amor no es nada de eso. —Me acunó la cara con las manos y con los pulgares me secó las mejillas—. Como bien dices, eso lo puedes

encontrar en cualquiera, pero falta esa esencia que hace que pase de banal a único.

—Ya —afirmé con la boca pequeña.

—Jode, ¡¿eh?! —Tanta verdad y dicha de esa forma burlona. Hasta en eso era bueno el *jodío*.

—¿Eso quiere decir que crees en ese amor?

—Claro, tengo mi vena romántica bastante desarrollada. Aún no me preocupa, pero es verdad que a veces siento que lo he idealizado y que pido demasiado. No sé, mírate tú, enamorándote del problema en lugar de la solución.

—Lo que el sexo aporta es fácil de encontrar en cualquiera, hasta en un aparato de pilas, pero le falta ese ingrediente que le da el amor. Y la gente a veces lo confunde con el calentón de la pasión. Sentir ese cosquilleo en la piel cuando te mira, sentir que el mundo desaparece cuando estás en sus brazos... Ser capaz de aceptar cualquier migaja que te dé.

—Tú mereces que los tíos se rindan a tus pies y no al contrario. Mereces ser esa tía por la que cambiar, por la que no puedan pegar ojo, la que les provoca dolor de huevos sólo de pensar en ella. —De mis labios escapó una carcajada. «¡Qué poeta!»—. Joder, mereces que tu nombre suene a gemido cada vez que lo pronuncien sus labios. —Y mi nombre resonó en mi cerebro con la voz de Abel, sonando a ruego.

El resto de la noche la dedicó a hacerme sentir guapa, deseada. Acabamos hablando de nuestras primeras veces y nuestro descubrimiento del sexo. Comenzó a contarme sus inicios en el sexo, cómo, después de acostarse por primera vez con su novia y sentirse completamente perdido, decidió pagar para que le enseñaran.

—¡Igual que Candela!

—¿Quién?

—La protagonista del libro que estoy escribiendo —solté sin pensar.

—¿Eres escritora? —preguntó sorprendido—. Abel me dijo que eras grafóloga forense.

—Mierda.

—¿Mierda?

—Eh..., esto... ¿Eres de los de guardar un secreto y llevártelo a la tumba?

Por toda respuesta, se recostó en la cama, asintió y entendí que era una clara invitación a contárselo.

Cuando sonó el despertador me costó ubicarme, pero unos besos húmedos en la espalda y una mano subiendo lentamente entre mis pechos consiguieron lo que el teléfono no había hecho: despertarme.

—Me gusta tu forma de dar los buenos días —murmuré buscando su boca.

—Pues sólo acabo de empezar.

Sus movimientos eran lentos y adormilados, pero el efecto era ardiente y rápido. Estaba en posición fetal y me moví para encajarme con su cuerpo, llevé los dedos a su pelo y tiré de él para profundizar el beso. Su mano bajó hasta cogerme del muslo y subir la pierna mientras con el dedo índice se impregnaba de mi deseo. Gemí cuando me pellizcó los labios. Sólo cambió de postura para apartarse un poco y colocarse el preservativo antes de volver a encajarse detrás de mí. Entró lento pero firme y se quedó quieto, dejando que las sensaciones llegaran a todos nuestros rincones. Me mordió el lóbulo y comenzó a moverse. Con sus manos poseídas por el deseo me presionaba el pezón y la pierna. Clavé las uñas en su brazo cuando empecé a notar que estaba llegando, mis espasmos lo pusieron sobre aviso y se movió sabiendo cómo aumentar las sensaciones. Bajó la mano y exploté, llevándome conmigo también su orgasmo.

Cuando recuperé la respiración me di la vuelta y me abrazó con fuerza, besándome.

—Vas a llegar tarde...

—Lo sé...

—Date una ducha mientras yo te preparo el desayuno.

—Suena bien, pero si prefieres quedarte en la cama y dormir, lo comprendo.

—Tranquila, yo también me levanto. Debo terminar con la mudanza, cuatro cosas que el sábado no acabé. —Se levantó tirando de mí y, una vez en pie, sobre mis labios me preguntó—: ¿Café?

«Oh..., sí. Noches cortas y cafés largos, como suele decir Ivet.»

—Doble —le pedí yendo hacia el baño.

Me apresuré cuando vi la hora. En cinco minutos me duché y de la mochila que había preparado el día anterior saqué el vestido ceñido de punto gris jaspeado con cuello vuelto. Medias tupidas negras y los botines del mismo color. Eloi no tenía secador, así que hice lo que pude con la toalla. Con las prisas me había olvidado de coger el estuche de maquillaje, pero en el bolso llevaba siempre un *eyeliner* y un pintalabios de un tono natural, con el que me di un poco de brillo. No tenía nada para las ojeras, pero tanto me daba. Por una vez, el motivo bien valía mostrarlas orgullosa.

Eloi se había vestido con un vaquero negro deshilachado en la rodilla, una camiseta blanca y, encima, una camisa de cuadros en tonos azules.

—Sigues mirándome con hambre...

—Eres guapo y lo sabes —admití señalándolo.

—Tú también estás preciosa y me dan ganas de llevarte de nuevo a mi cama.

Nos tomamos el café con prisas y lo acompañó con unos bocadillos de jamón. Aunque insistí en coger un taxi, al final ganó él y me llevó a la oficina con su coche. No era fácil encontrar un sitio donde aparcar, así que puso los cuatro intermitentes y se colocó en doble fila.

—Gracias. —Lo besé de nuevo en los labios.

—Es lo mínimo, además, me apetecía tenerte un ratito más para mí.

—No lo decía sólo por traerme. Es un «gracias» por todo el fin de semana.

Por esta noche tan especial, por querer compartir conmigo tu despedida de la ciudad desde las alturas... y, sobre todo, por ser un hombre diez, y no sólo en la cama. Me ha encantado conocerte, Eloi.

—Manolita, eres una mujer increíble. —Acunó mi cara entre las manos y me besó con la pasión tan característica de él.

Un coche pegó un bocinazo y me aparté a regañadientes.

—Disfruta en Orán, y llámame alguna vez.

Los calzoncillos de la discordia

Mientras cerraba la puerta de la oficina detrás de mí solté un profundo suspiro. Supongo que hice más ruido de lo esperado, porque la risa de Nico tronó en la recepción.

—Muy buenas... —me saludó, entonando como si estuviera haciendo un programa de radio—. Oh, oh..., por esas ojeras y esa sonrisa..., parece que has pasado muy buena noche...

—No sólo la noche, ha sido un fin de semana a tope en muchos sentidos.

—Me alegro, últimamente se te veía muy despistada... Ya sabes que si necesitas cualquier cosa...

—Gracias, Nico, pero de momento me conformo con un barril de café.

—Marchando —gritó a lo camarero, y algunas risas llegaron desde todos los lados de la oficina; él, sin duda, era la alegría del gabinete.

Cuando me senté en mi silla, me di tiempo para cerrar los ojos y asumir. Como había sugerido Nico, el fin de semana había estado repleto de sexo, de confidencias, de muy buenos momentos y de emociones, muchas. Ya no sólo por Abel y nuestra forma de acercarnos y alejarnos... Eloi había conseguido, sobre todo aquella mañana, recordarme lo que era tener novio. Una cena en un sitio bonito con unas excepcionales vistas, comida deliciosa y una compañía fantástica. Confesiones murmuradas. Despertarte un día cualquiera a besos, desayunar con prisas e ir juntos a trabajar... Echaba de menos tener pareja. Mucho.

Lo que estaba ocurriendo con Abel nublaba esa necesidad primaria, la de querer y ser querido. Estaba entendiendo poco a poco que Abel no era para

mí, pero eso no significaba que lo que sentía por él se esfumara. No, seguía allí y bien latente, pero tenía la sensación de estar enamorada de él, y también de una fantasía. Cuando estaba con él, solos como el domingo, era como si fuéramos dos personas distintas en un mundo paralelo, como si nos dejáramos llevar por algo, una sensación, en mi caso, puede que un sueño. Y aquella otra vida era tan bonita que nublaba la real y, con ella, las consecuencias.

—Café tamaño lunes por la mañana, y *muffin* de manzana y canela, como te gusta, gentileza de la jefa.

Ingrid sólo traía bollería cuando iba a pedirnos algo.

—Vale, eso es a cambio de algo.

—Sí, me ha pedido que vayas a su despacho.

—Gracias, Nico.

Me guiñó un ojo y se fue a su mesa silbando la canción que sonaba en la radio desde recepción.

Con la taza en la mano, me fui al despacho de Ingrid. Me pidió un informe urgentísimo para el miércoles a primera hora y lo necesitaba listo para el final del día, al ser festivo al día siguiente. Era un acta de matrimonio de Colombia y la mujer negaba haber signado aquel documento. Además, el país es conocido porque son expertos en falsificación de firmas.

La firma puede ser igual, pero nunca es la misma. Cada uno deja su huella, por la forma de apretar más en un lado que en otro, de coger el bolígrafo..., todo afecta y se ve reflejado. A simple vista pueden ser idénticas, pero no. La forma de iniciar la firma, el arranque, hay muchos parámetros que ayudan a saber si es verdadera. Igual que si ha estado realizada bajo coacción.

—Empezamos bien —murmuré para mí al observar el documento bajo la lámpara ultravioleta. Allí se distinguían dos tintas diferentes entre la del marido y la de la mujer.

Eran pasadas las nueve de la noche cuando metía la llave en la cerradura y entraba en casa, que estaba a oscuras, Nerea aún no había llegado. Estaba deseando comer algo caliente y meterme en la cama, pero me llevé una sorpresa al entrar en la cocina y mirar la nevera. Había una escueta nota de mi prima:

Adam se ha ido unos días fuera,
por lo que me voy a «vivir» con Abel.
Hablamos, besitos.

Así que el hermano de Abel se había ido y les había dejado el nidito de amor para ellos solos. Vale que cualquiera aprovecharía la oportunidad de disfrutar de esa intimidad, pero lo siento, imaginarlos viviendo juntos sin nadie alrededor me provocaba retortijones. Grité y pataleé intentando descargar aquella rabia. Me calenté un poco de crema de calabacín y, después, me metí en la cama. En vista de que el cabreo había fulminado el cansancio, cogí el portátil y seguí escribiendo, descargando mi frustración en el personaje de Candela.

El martes era 1 de noviembre y me levanté a mediodía porque me había pasado buena parte de la noche escribiendo. Bajé al quiosco para hablar con Queta, pero como estaba atendiendo, esperé. Mi cerebro tardó milésimas en desconectar y recordar el sueño de la pasada noche. Tenía que ver con Abel desnudo, atándome al cabecero de mi cama... La voz de la quiosquera me llegó a lo lejos, me zarandeó y volví a la realidad.

—Buenos días —la saludé.

—¿Soñando despierta? —Sonreí con los labios apretados.

—¡Si supieras lo bien que se me da!

—¿Así que era bonito? —rio jocosa.

—Igual que imposible —suspiré soñadora.

—Dicen que por eso son perfectos. —Afirmé con la cabeza derrotada—. Oye, no se molestaría el novio de Nerea, ¿no?

—Se llama Abel, lo descolocó un poco y me pidió explicaciones.

—Vamos, que te puse en un compromiso.

—Le dije la verdad, la que todo el mundo conoce, allá ellos con lo que se cuentan y qué se esconden.

Me preguntó por el sábado, los dos chicos y «el hierro aquel tan grande». Le conté que era mi nuevo cabecero y que había pasado el fin de semana restaurándolo. Seguimos charlando un rato más hasta que fue la hora de cerrar. Subí, pedí comida china y seguí escribiendo, esa vez, para compensar cómo los había hecho sufrir en los capítulos que había escrito la noche anterior, les di a la parejita unas buenas páginas de fantasía que hicieron que a medida que las tecleaba la sonrisa no se borrara de mis labios.

El miércoles seguía estando de mala leche. Me estaba volviendo agria, pensé en darle las culpas a la regla y a las malditas hormonas, pero aún me faltaba una semana para su visita. Me alegré cuando a media mañana, en el grupo que teníamos las cuatro, Nerea propuso quedar aprovechando que tenía las tardes libres. Me gustó la idea de volver a reunirnos todas, hacía tiempo que no teníamos una salida de éstas. Elsa se disculpó por no venir, decía no encontrarse muy bien.

Ivet y mi prima me pasaron a buscar por el trabajo cuando terminé a las seis y media y nos fuimos a La Teteria.

Por petición de mi prima, las puse al corriente de la noche del domingo, el encuentro en el bar, la cena en el Miramar... Claro está que no dije ni una palabra de lo que hablé con Eloi.

Después fue el turno de Ivet.

—Este fin de semana me tiene reservada una sorpresa. Sólo me ha dicho

que no haga planes porque el viernes pasará a buscarme al salir de trabajar y ya nos vamos directamente. Sólo me ha pedido que coja ropa de abrigo. Estoy nerviosa. Es algo así como una despedida a lo grande, se va quince días a Japón y... ¡Ay..., aún no se ha ido y ya lo echo de menos!

—Madre mía, estás coladísima —sentenció Nerea.

—Mucho, y tengo miedo. Yo no soy de enamorarme tan rápidamente y me cuesta asumirlo, pero es que todo él me impulsa a dejarme llevar y a disfrutar del bonito momento que estoy viviendo. —El móvil de mi prima sonó interrumpiendo la declaración.

Nerea lo buscó rápidamente pensando que era su madre. Cuando lo cogió, su cara se transformó.

—Capullo —rugió cabreada, dejándolo sobre la mesa, sonando y con la pantalla hacia arriba.

De forma automática, y con curiosidad, tanto Ivet como yo miramos sin disimulo hacia el aparato para averiguar quién era antes de finalizar la llamada: Abel.

Abrí los ojos sorprendida por el tono y, sobre todo, por su reacción.

—¿No lo coges? —inquirió la Dalai. El comportamiento de Nerea era el típico para llamar la atención.

La mirada de Nena nos respondió.

—¿Os habéis peleado? —Creo que mi pregunta sonó con demasiada euforia, muy por encima de lo respetable, porque Ivet me pegó una patada en toda la espinilla, no sé cómo no solté un grito.

—Es que a veces me saca de quicio, ¡no lo soporto!, y encima esa manía ridícula de ponerse los calzoncillos al revés.

—¿Cómo dices? —balbuceé. Abel sólo en calzoncillos era una imagen que no me costaba nada dibujar en mi mente, por desgracia y satisfacción.

—Pues eso, que no distingue si está del derecho o del revés cuando los dobla y, hale, ahí que se pasea...

Cuatro días «viviendo» juntos y ya estaban peleados; no sabía si alegrarme

o no. Aún estaba con la imagen de ese hombre en ropa interior.

—Bueno, no es tan grave, es hasta divertido —dije con la boca ladeada, riéndome por lo bajini.

—Pues cada vez que lo veo me sale hasta un sarpullido... Que son unos calzoncillos, ¡a ver si necesita instrucciones! —Nos reímos, pero la mirada que nos dedicó fue suficiente como para parar de golpe.

«Vale, lo he pillado, no hace ni puñetera gracia, una decepción como hombre...»

—Cada uno tenemos nuestras manías —intentó excusarlo Ivet—, seguro que hay cosas tuyas que a él...

—Tiene cambios de humor que me desconciertan, y además es demasiado pasional —la interrumpió mi prima, que seguía con sus neuras y no escuchaba nada ni a nadie—. A veces..., no sé, es cómo... Da igual, olvídale...

«Sí, eso, olvídale... En una misma frase las palabras: “Abel”, “calzoncillos” y “pasional”..., ¿quién va a recordarlo? ¿Quién?»

El timbre de mi teléfono empezó a sonar, devolviéndome a la realidad. Sonreí al ver que era Eloi.

—Hola, jeque —respondí.

—Mañana me voy, ¿despedida?

—¿Cuántas veces vamos a despedirnos? —pregunté divertida. La vista de las dos estaba centrada en mí y en cada palabra que decía.

—Las que hagan falta; me han dicho que los polvos de despedida son apoteósicos.

—Me parece bien, pero ¿esos no eran los de reconciliación?

—Contigo son buenos hasta los de medio sobado de la tarde de domingo.

Lo invité a casa aprovechando que la tenía para mí sola.

—Cuando me vaya de aquí, te aviso y ya te vienes.

—Estoy deseando verte. Hasta ahora.

—Pues sí que te ha cogido cariño —ironizó Ivet cuando colgué.

—Es un polvo fácil antes de marcharse a un país donde estará más atado —

agregó Nerea.

—Qué mala puta llegas a ser cuando te lo propones... —solté.

—Sólo era una broma. —Rio, y me dio unos toques en el brazo—. Pero sabes que tengo razón.

Ivet cambió de tema y propuso hacer una cena todos juntos cuando volviera Guillem para conocerlo. Fue imposible no acordarme de la presentación de Abel, el teatro, Gervasi... Mi mente desconectó y me imaginé la escena: seis personas, tres parejitas felices, y yo. Planazo que se avecinaba. El teléfono de Nerea volvió a sonar.

—Haz el favor de contestarle, no seas chiquilla —espeté.

Refunfuñó, pero al final me hizo caso y se levantó para cogerlo, dejándonos con las ganas de saber más de aquel trágico culebrón de los gayumbos.

—Ni un comentario —amenacé a Ivet al ver que iba a abrir la boca.

—Sólo contrólate, se te ve demasiado el plumero.

—Joder, pero es que es una idiotez —dije recordando la puñetera pelea.

—Lo sé, pero a veces entre parejas esas nimiedades marcan mucho, y ella sólo nos ha contado eso, puede que haya mucho más.

No sé por qué, en lugar de alegrarme de que estuvieran peleados, me cabreaba con mi prima por molestarse por esa niñería. Era como una sensación de que Nerea estaba perdiendo el tiempo, se ofuscaba en nimiedades y desperdiciaba estar con un hombre como él. Puede que elogiara demasiado a mi amor platónico y que hubiera más debajo de esos simples calzoncillos al revés, pero eso lo desconocíamos.

Reconozco que la sonrisa con la que volvió al cabo de un rato fue otra patada de esas que últimamente machacaban mi estómago.

—¿Te apetece hacer una cena en casa los cuatro? —me preguntó.

—¿Cómo? —Estaba espesa, porque no lo pillé.

—Le he dicho que has quedado con Eloi y le he propuesto hacer una cena en casa, así lo conozco. Abel dice que mejor otro día, pero es que se va y ya

no tendremos oportunidad. —Miré horrorizada a Ivet, que nos observaba a las dos con el cejo fruncido—. ¿Quieres venir con Guillem?

—Eh, no. Es mejor como habíamos dicho, para cuando vuelva de Japón.

—Hace cinco minutos estabais peleados, y ¿ahora quieres hacer una cena en casa los cuatro? —La miré pidiendo explicaciones. ¿Cómo me libraba ahora?

—¿Qué tiene que ver? —preguntó molesta.

—No somos pareja y no tenemos ninguna intención de serlo.

—No seas egocéntrica. Es su mejor amigo y quiero conocerlo. Que te hayas liado con él no significa nada.

—Eh... —Iba a contestarle, pero el «pip» de un mensaje en su teléfono y el timbre de llamada del mío nos interrumpió.

Era Eloi.

—¿Ya te has enterado? —dije nada más descolgar.

—A mí no me importa, pero tú decides, yo sólo quiero pasar la noche contigo.

El jeque

Al final no sé cómo, y para no variar, Nerea se salió con la suya. No sé qué interés repentino le entró por conocer al mejor amigo de su novio aquella misma noche, y más cuando la parejita acababa de pelarse. Lo normal habría sido ir a casa de Abel, aprovechar la última noche en que tenían el piso para ellos solos y arreglar sus diferencias, pero no, a cabezota no le gana nadie.

Serían sobre las ocho cuando llegaron Eloi y Abel juntos, con una bolsa con dos botellas de vino y los postres. Decidimos cenar pronto porque Nerea, al cambiar de turno, se levantaba a las siete y lo de madrugar seguía sin gustarle, así que no podíamos alargar mucho la velada. «Una pena...»

—Por fin te conozco —saludó Nerea a Eloi, abrazándolo y dándole dos besos—. Te tenía muchas ganas, estos dos sólo hablan maravillas de ti.

Él se quedó allí quieto, con los brazos a los lados y sin saber muy bien cómo responder a ese saludo. ¿Dónde estaba el Eloi tan extrovertido que se había presentado frente a mí?

Nos sentamos a la mesa del comedor. Nerea insistió hasta en poner velas. La chimenea encendida y la voz de Toby Lightman cantando *My Sweet Song* como banda sonora. No habíamos preparado nada especial, sólo pan con tomate y embutido, quesos y una ensalada; eso sí, el vino que no faltara. La cena fue tensa desde el principio, pero la intención de Eloi de mantener un ambiente alegre y calmado poco a poco dio su fruto. Seguimos algo incómodos, pero con un poco menos de tirantez.

—Por la noche en que se estrenará el cabecero —brindó Nerea.

Me pilló tan abstraída que me ahogué con un trozo de queso y Eloi me dio

unas palmadas en la espalda. Cuando me recompuse, bebí agua y me sequé con la servilleta. Con ella aún en la boca como escudo, solté la verdad con la mirada fija en un objetivo: mi muso.

—El cabecero ya está estrenado.

—No me lo habías dicho, ¡zorrón! —Esto último lo dijo dando un codazo amistoso a su novio, que no me quitaba la vista de encima, pero bueno, tampoco era raro, porque todos me miraban.

—Nena, pero si ni nos vemos, como para contarte mi vida.

Abel me regaló una sonrisa cómplice y aprovechó el tema del cabecero para comentar lo que nos había costado lijarlo, o cuando me había visto cantar aquella mañana el *Mamma Mia*... Nerea tardó dos segundos en levantarse e ir a buscar la foto en la que salíamos las cuatro disfrazadas. Nos reímos todos cuando les contamos algunas de las anécdotas y lo que dio de sí la despedida de soltera de Elsa. Tengo que confesar que fue una de las noches más vergonzosas, pero también la más divertida que recuerdo.

—¿Tú, en el escenario y cantando? Veo que, aunque tuvieras fobia, las clases sirvieron para algo —dijo Eloi, recordando nuestra conversación la mañana del domingo cuando me llevó a casa.

—¿Sabes lo de sus clases de canto? Así que, en lugar de gastar sábanas, habéis estado de confidencias... —ironizó mi prima.

—Las noches dan para todo. Conozco secretos que ni siquiera tú sabes: sé que no tiene cosquillas, el lugar de cada peca o cómo hacer que se corra en menos de dos minutos.

«¿A qué viene este comportamiento?»

No entendí semejante declaración, pero le seguí la corriente.

—Brindo por ello. —Eloi chocó su copa con la mía y a continuación me mordió el cuello para calmarlo después con la lengua de forma muy sensual, sin importarles que dos pares de ojos no perdieran detalle de su gesto.

El ambiente se fue relajando, pero no del todo. No me sentía cómoda, por mucho que mi acompañante me hiciera reír y sentirme bien.

La pareja nos dijo que ya recogían ellos y se fueron a la cocina a por el postre, dejándonos solos. Miré interrogante a Eloi esperando una respuesta.

—A veces no es demostrar qué pierdes, sino evidenciar lo que tienes. —
Alcé las cejas sorprendida por su estrategia, ni que aquello fuera un campo de batalla—. Míralo, ella está como una mosca cojonera, superempalagosa, y Abel está molesto. Me da hasta miedo preguntarle qué le ocurre.

—¿Por?

—Porque, la verdad, no sé si es por ella y sus peleas de estos días o por ti. No sé de qué vais, pero me estoy divirtiendo. Aunque, te aviso, como reciba una paliza, sí me deberás unas vacaciones.

Habían traído una tarta de crema catalana que estaba deliciosa, o eso dije como excusa para repetir. La verdad, estaba tan nerviosa que no había forma de que me sintiera saciada.

A las diez dimos por terminada la velada. Nerea comentó que se quedaban a dormir porque habían bebido y no querían coger el coche. Yo maldije por dentro y Eloi dijo que ya recogíamos nosotros. Media hora después, estábamos los dos en mi habitación.

—No me esperaba que quedara tan bien —admitió acariciando el cabecero.

Después tiró de mí al tiempo que se tumbaba en la cama, y yo caí sobre él. Como si fuera una muñeca, me acomodó a su lado. Me abrazó con fuerza besándome el pelo. Agradecí que no buscara nada sexual, porque la verdad es que no me apetecía en absoluto. En cambio, sentirme arropada por él era muy placentero.

—Gracias.

Me sentía mal por estar en mi cama con Eloi, con Abel al otro lado de la pared. «¡Hay que ser estúpida!» Él estaba en la otra cama, nunca estaría en la mía. Hasta me preocupó y me molestó pensar que Eloi insinuara que estrenase el cabecero con él, pero, por suerte, esa noche fue más un amigo que un amante. Ni lo mencionó, aunque estoy segura de que lo pensó.

—Nerea es algo especial, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —pregunté dudosa, temiendo muchísimo la respuesta—. ¿Te gusta?

—No —contestó rotundo—. Me parece una zorra de esas listas y cabronas. No entiendo qué hace Abel con alguien así, no le pega. Además, es una provocadora.

—¿Por? —Lo miré con la ceja levantada, sin entender a qué se refería.

—No sé si era para poner celoso a Abel, pero sé cuándo una tía se me insinúa, y lo ha hecho descaradamente. Yo sólo la metería en la cama para ganar una apuesta.

—Eso suena fatal, ¿quién apostaría para algo así?

—Tú. Te apuesto lo que quieras, sé que no me costaría mucho.

No sé por qué me molestó. No es que sintiera a Eloi como algo sólo mío, pero, por alguna razón, imaginarlo en la cama con ella me produjo repugnancia.

—Paso.

Poco a poco, el ambiente se fue caldeando. Mis dedos desabrochando perezosamente cada botón de su camisa y jugueteando con el vello de su pecho, su mano bajo mi camiseta dibujando espirales en mi espalda..., besos en los labios, un mordisco juguetón y, al final, el deseo nos acorraló a los dos y la ropa fue desapareciendo igual que mis estúpidos pensamientos.

No dormimos en toda la noche, fue agradable ver nacer el día acurrucada sobre su pecho. Hablando y amándonos. Oímos cómo se fue Nerea a las siete y cuarto de la mañana. Cinco minutos después sonó mi despertador.

—Nuestro tiempo se ha acabado —murmuró.

—No hace falta, quédate un rato. Sólo lo pongo a esta hora para salir a correr, no entro a trabajar hasta las nueve.

—Creo que lo mejor es que me vaya, tengo el avión a las once y media. Prefiero irme ahora y hacer las cosas con tiempo. Además, son mis padres los que me llevan al aeropuerto, así que tendré otra llorera de mi madre.

—A mí también me da pena que te vayas... Ésta sí es la despedida definitiva.

—¿Vas a llorar? —bromeó.

—Podría. Estoy segura de que te echaré de menos —dije incorporándome un poco y poniéndome sobre él con las manos en su pecho.

—Yo también te voy a echar de menos. Pero te llamaré, y siempre que me necesites no dudes en coger el teléfono.

Aunque se me pasó por la cabeza quedarme en la cama, las ganas de correr se apoderaron de mí y, mientras él se vestía, yo me puse la ropa para salir a trotar un poco.

Al pasar por el pasillo, los ojos se me fueron hacia la puerta de la habitación de Nerea. Estaba cerrada, y me quedó la duda de si Abel estaba dentro o se había marchado con ella.

—Eres mejor anfitriona que yo —bromeó Eloi cuando le ofrecí café y unas tostadas. Para mí me preparé un batido de frutas y avena.

Entonces tuve una idea y me fui a la habitación. Cogí un ejemplar de cada uno de mis libros que tenía en la estantería rodeados del resto de mi lectura, me senté un momento sobre la cama y se los dediqué.

—Un regalo —dije al volver a su lado.

Al ver lo que era, sonrió y me besó en los labios.

—¿Quieres pervertirme? Prometo leerlos y decirte qué me han parecido. ¿Puedo llamarte si...? —susurró antes de mordisquearme el lóbulo, y gemí por las ganas que me entraron de volver a llevarlo a mi cama y disfrutar de su cuerpo.

—Esperaré esa llamada.

Como la primera noche que vino a buscarme, me arrinconó contra la pared del edificio y, protegiéndome del frío, me besó o, mejor dicho, me devoró. Sus

manos volvieron loco de deseo a mi cuerpo y maldije cuando se separó un poco.

—Prométeme que lo intentarás. —Entendí a la primera que se refería a Abel—. Es mi mejor amigo, pero tú también me importas, y, joder, la estáis cagando a base de bien.

De nuevo volvieron las ganas de preguntarle si había hablado con él, pero al final desistí. Lo último que quería era que aquello, fuera lo que fuese, también se entrometiera en su amistad.

—Te lo prometo. —Aún tardamos unos minutos en despedirnos del todo. Lo iba a echar de menos.

Al volver de correr, entré en casa y vi luz en la cocina. Allí, frente a mí, estaba mi problema recién duchado, con su olor obstaculizando mi respiración y llenando mis pulmones, que, entre el frío y el esfuerzo, estaban completamente receptivos. Un problema que, para putearme, parecía que cada día estaba más sexy. Estaba segura de que disfrutaba torturándome con su presencia. Odiaba cómo mi cuerpo reaccionaba a él, estremeciéndose, poniéndome nerviosa como una quinceañera frente a su amor platónico, y esas ganas de tirarme a su cuello y convertirme en gargantilla.

No sé si era yo y mi aumento irrefrenable de sentimientos hacia él o qué, pero parecía que cada día aumentaba su *sex-appeal*. En esa casa, sus feromonas resultaban adictivas y fascinantes. El problema era que nos lo pareciera a las dos. Tenía la vista clavada en el ventanal. Estaba absorto, tan completamente fuera de juego que tardó en darse cuenta de que yo estaba allí.

—Sólo me tomaba un café, ya me voy.

Me sorprendió la frase después de tanto compartido y, sobre todo, porque parecía realmente molesto. Me chocó tanto verlo así que no supe cómo reaccionar ni qué decir.

—Eehhh..., me voy a la ducha.

Sin un «buenos días» ni un mísero «hola», y mucho menos un «hasta luego», me fui al baño sabiendo que al salir ya no estaría allí.

Llevaba todo el día con una sensación extraña, no sabía si por culpa de la marcha de Eloi o por el raro comportamiento de Abel esa mañana. La cuestión era que no llegaba a concentrarme. Serían las doce pasadas cuando Nico entró en mi despacho.

—Ingrid me ha pedido si puedes encargarte tú de esto. Acaba de irse, han llamado de la guardería: mi princesa tiene fiebre y vómitos.

—Tranquilo, seguro que es sólo un brote.

—Lo sé, desde que ha empezado el cole, cada día está pachucha. Odio verla así.

Hablamos un rato más, me habló del caso y se fue a su mesa. Era un informe para verificar la autoría en unas cartas de un acosador y me era imposible concentrarme. Y eso que, normalmente, al entrar en la oficina me ponía en modo automático e intentaba que los sentimientos quedaran fuera, pero no siempre lo conseguía, estaba claro.

Al final acabé comiendo en el despacho un bocata de jamón que Nico tuvo el detalle de traerme cuando él bajó a comer. Mientras me lo comía, Ivet me llamó para saber cómo había ido la cena.

Me quedé hasta tarde en la oficina. Cuando llegué a casa encontré a la pareja acurrucada en el sofá. De entrada, me molestó invadir de repente una escena tan romántica, luego oí a Nerea gimotear. Me acerqué a ella rápidamente, quitándome la chaqueta.

—¿Ha pasado algo?

—Mi madre, ya no sé qué hacer... —Estaba acurrucada entre los brazos de él, que le acariciaba el pelo, la espalda, y la besaba dulcemente en la frente.

Me dolió ver tanta ternura y quise apartar la vista, pero me obligué a seguir allí, mirándolos, para entender que eran una pareja. Eran dos, y yo sobraba.

—Haces lo que puedes y más. Sabes que es una época complicada, pronto llega Navidad y eso la anima... —Me senté sobre la alfombra a sus pies y empecé a recordarle todo lo que solían preparar cuando llegaban esas fiestas —. Tu padre debe de estar a punto de sacar las cajas con todo lo del belén, y seguro que ya está con alguna nueva idea para añadirle.

—Me contó algo de que quería montar una especie de forja con herreros picando, el fuego...

Solían preparar uno de esos pesebres tan grandes como el jardín. Era una tradición y mucha gente se acercaba a verlo. No sólo eran las figuritas, era montar todo un pueblo, con luces, el río tenía corriente y había hasta molinos de agua... Invertían horas y horas.

Cuando la vi más calmada, me levanté.

—Voy a preparar la cena, ¿te apetece algo especial?

—Esta tarde he comprado unas truchas asalmonadas.

—Pues las preparo al horno sobre un lecho de patata y cebolla. —Abel me vocalizó un «gracias», asentí con la cabeza gacha y me fui a la cocina.

Estábamos terminando de cenar cuando oí mi teléfono y me levanté para cogerlo.

—Es Eloi. Disculpadme, pero yo ya he terminado —informé antes de descolgar—. Pero si es el nuevo jeque..., ¿ya estás instalado?

Alcé un poco la voz expresamente para que me oyeran; ni miré atrás para ver sus caras, desaparecí por el pasillo.

—Eres algo conocida, ¿no?

—¿Por qué lo dices? —Cerré la puerta de mi cuarto y me tumbé en la cama.

—Varias tías se me han quedado mirando en el aeropuerto y luego una azafata. Por cierto, ha dicho que eres una de las mejores en este género.

—¡Así que leerme te ha hecho ligar!

—Ohhh, sí. Mañana tengo una cita con Serina, la azafata. Hemos quedado para hablar más tranquilamente del tema del erotismo. Según ella, es un arte que no todo el mundo tiene ni entiende. Debe ser sutil, sensual, misterioso, creativo.

—Vamos, la teoría está más que estudiada y hay que pasar a las prácticas.

—Si es que encima eres lista.

—Bueno, y, aparte de que te sirva para ligar, ¿te está gustando?

—Manolita..., nunca pensé que diría esto, pero, joder, empieza a gustarme y mucho la novela rosa... Además, al conocer tan personalmente a la autora es fácil ponerte a ti y a mí como los protagonistas. Por cierto, ¡me gusta que me llames jeque!

—Pues ya sabes, tendrás que ir contándome tus aventuras para tener material para cuando escriba sobre mi jeque argelino favorito.

Seguimos hablando durante una larga hora, hasta que el sueño nos venció a los dos; se notaba que la noche anterior no habíamos descansado nada.

El viernes me desperté más tarde de las ocho y pasé por la ducha. Después me vestí con unos vaqueros de pitillo, jersey grueso negro y los botines de ante en color teja que me había comprado hacía poco y que me tenían enamorada. Cuando llegué a la cocina, la puerta de la galería estaba abierta. Abel seguía allí. Aquella terraza. Los dos. Recuerdos acechándome.

—Buenos días.

No me contestó, y no sabía si seguía igual que la mañana anterior o es que no me había oído. Me serví una taza de café y se acercó con paso chulesco

hasta quedar frente a mí. No sé si era la pose, pero me pareció más alto. Más imponente. Frío y completamente inaccesible.

—Sí que os habéis hecho amigos —susurró con un deje de desdén, y levanté la cabeza para mirarlo.

—¿Perdón? —inquirí, creyendo que aún estaba dormida y no había entendido bien la frase.

—Eloi y tú. Ni siquiera al grupo de amigos de WhatsApp nos contó que había llegado y, en cambio, a ti te llamó. Supongo que meterse en su cama da ciertos privilegios.

—La próxima vez le diré que te llame; parece realmente preocupado por él. Y, sí, no dudes de que sé cómo ganarme los privilegios.

Salió de la cocina y se fue. Lo último que oí fue la puerta cerrarse con un mínimo chasquido.

Desde que Abel había aparecido en mi vida, actuaba muchas veces como una loca demente y tenía comportamientos bipolares. Quería olvidarlo, pero me dolía que estuviera enfadado conmigo. Un paso adelante hacia el precipicio, tres atrás..., sin salir del infierno.

¿Me falta un tornillo o un gato?

Transcurrió una semana casi sin darme cuenta. Reconozco que los días pasaron en un suspiro, como un paréntesis. El fin de semana lo dediqué exclusivamente al libro.

Llamé a Elsa para saber cómo estaba, me dijo que lo que había pillado era la pasa de gastroenteritis, pero que ya se encontraba mejor. Pensé que sería la misma que había cogido Lis y que había acabado contagiando a Nico, que no había aparecido en tres días, haciendo que acabáramos echando de menos su humor.

Nerea se fue el viernes después de comer y se tomó dos días libres en el trabajo porque su madre tenía visita con el médico y quiso acompañarla junto con su padre. Cuando llegó el martes, decidimos ir al súper a por provisiones, y, si al principio estábamos algo incómodas, el mal rollo se esfumó con el paso de los minutos por los pasillos del hipermercado. Al final decidimos cenar fuera e ir al cine después. Fue una buena noche, como antes de Abel. Las dos primas, dos amigas compartiendo una noche juntas y disfrutándola, porque tengo que reconocer que lo pasamos genial.

El miércoles, al salir de trabajar, me pasé por casa de Ivet con las cien primeras páginas del libro que estaba escribiendo. Estaba deseando conocer su opinión, y ella, empezar a devorarlo. Se lo llevaba en papel porque, según ella misma, tenía síndrome de profesora con bolígrafo rojo. Corregir y hacer apuntes desde el ordenador no le era tan práctico: «Las ideas no surgen igual», y tenía que darle la razón, yo también me imprimía alguna copia de vez en cuando para poder repasar y hacer anotaciones.

Me la encontré triste porque al día siguiente Guillem se iba. Triste y enamorada. Me contó que el viaje sorpresa del fin de semana había sido a Andorra, en un hotel de cinco estrellas. Se hospedaron en una *suite* con techos altos y abovedados de madera, chimenea, paredes de piedra y una gran terraza privada donde había un *jacuzzi*.

—Al principio me sentí algo cohibida, no estoy acostumbrada a tanto lujo. Pero luego ya se encargó él de hacer que me olvidara de todo. No quieras saber qué cuesta una noche allí...

—Lo imagino. Si cobra bien y le apetecía compartirlo contigo, no veo el problema.

Estaba radiante, por los poros de su piel rezumaba una ilusión que no le había visto nunca.

—¿Sabes cuando hay esa magia que no necesitas ni trucos ni papel de regalo? ¿Cuando puedes ser directa, ser tú misma, sin miedos? Él lo consigue. Al final mucha maleta, mucha ropa y pasé el fin de semana desnuda y viendo las montañas desde la ventana, o desde el *jacuzzi* de la terraza...

—Ah, calla, te odio.

Yo, a cambio, le conté los últimos días porque sólo sabía de la cena a cuatro, pero nada de lo que había ocurrido el domingo trabajando en el cabecero. La llamada de Eloi y la reacción de Abel en la cocina de buena mañana.

—Sé que debería aprovechar para ignorarlo de una vez, pero lo único que hago es preocuparme de qué le pasa.

—Va a más, ¿verdad?

—Sí —asentí, retorciéndome de los mismos nervios el anillo que llevaba en el dedo índice.

«Va a más y, en lugar de olvidarlo, cada día siento más por él.»

—Nola, no puedes seguir así. Estoy por irme yo al piso y dejarte a ti mi casa.

—Claro, ¡fantástico! Las dos parejitas allí, viviendo en su nidito de amor, y

la loca aquí, viviendo sola. Adoptaré un gato, o tres... —Me encogí de hombros e hice una mueca de resignación—. De hecho, encaja perfectamente en mi perfil de escritora.

—Calla, coño, no se te puede ni hacer una broma. —El timbre sonó y supongo que algo hizo que supiese quién era antes de abrir—. Vas a conocer a Guillem.

—¿Está aquí? ¡Qué honor ser la primera! —ironicé viéndola ir hacia la puerta tan nerviosa.

Lo recibió tirándose a su cuello y él la cogió en volandas. Eso sí era un auténtico recibimiento.

—¡No podía esperar más para verte! —dijo Guillem antes de darle un beso que hasta a mí me puso la carne de gallina.

Me declaré fan de él en aquel momento, por la pasión y la conexión entre ellos, ¡saltaban chispas! Reconozco sin problemas que me puse celosa. Entre las descripciones que me había hecho Ivet y la foto que me enseñó la noche que dormí allí con ella, no me sorprendí al verlo. Era guapo, y esos ojos..., normal que mi amiga perdiera la cabeza por semejante semental.

—Guillem, ella es Nola.

—Oh..., un placer. He oído hablar mucho de ti.

—Igualmente —lo saludé—, seguro que no tanto como yo de ti.

—Dos mujeres hablando de hombres; miedo me da saber hasta qué punto sabes de mí. De nosotros.

Besó la coronilla de su chica, que lo miraba embobada. Estoy segura de que, si me hubiera acercado, habría visto estrellitas y corazones en las pupilas de mi amiga.

Nunca había visto a Ivet en ese estado de enamoramiento y, la verdad, después de tomarnos una cerveza y conocerlo un poco, me alegré mucho por ellos. Hacía poco que estaban juntos y era todo muy reciente, pero allí había algo bonito y era exactamente lo que yo quería. Lo que más admiré de Guillem fue su predisposición. Tras un divorcio como el suyo, lo más normal habría

sido ir despacio, tomarse las cosas con calma, pero, como había dicho Ivet, él demostró no tener miedo al compromiso. Desde el inicio fue directo. Sonreí al recordar la frase que le había dicho a su sobrino: «Estoy conquistando a tu futura tía».

Aunque la compañía era muy agradable y volver a casa era lo último que me apetecía, me fui tan pronto como acabé la cerveza. Quería dejarles tiempo y espacio para despedirse antes de que Guillem se fuera a Japón.

El jueves me desperté antes de que saliera el sol por un agudo dolor de ovarios. Estaba deseando que pasara ese día y llegara la hora de volver a acurrucarme en la cama. Además, ese fin de semana Nerea estaría en casa; como había estado hasta el martes en el pueblo, había decidido quedarse. «Así que ellos dos pululando por allí, y yo con la regla, planazo que me espera...»

Llegué a casa sobre las cinco, Nerea estaba echándose la siesta en el sofá y yo me fui a la cocina a prepararme un vaso de leche caliente con el que tomarme el chute de pastillas que esperaba me calmara un poco el dolor. Fue acostarme, y dormirme.

Cuando desperté, dos horas más tarde, me encontraba mejor y con hambre, de chocolate, para ser exactos. Oí la ducha y di por sentado que era mi prima, que ya se había levantado, pero al entrar en el comedor me llevé la sorpresa de ver que Abel estaba en el sofá, con el portátil en el regazo, trabajando.

—Hola —saludó sonriente al verme.

«Mira por dónde ya volvemos a ser sociables.»

Sólo levanté la mano, no tenía ni fuerzas ni ganas para un episodio de los suyos.

—Qué carita tienes, ¿estás bien?

—¿Y qué cara tengo? —pregunté de malhumor.

—Una que me pide que la cuide, que le dé mimos.

«Si eres tú quien me los da...»

Antes de contestarle alguna barbaridad de las que me quemaban la garganta, me callé y me fui a la cocina. Mientras se preparaba el café, busqué mi ansiado capricho.

—¿Quién coño se ha comido todo el chocolate? —grité nerviosa al no encontrar ni una onza por ningún rincón.

—Lo siento, lo terminé antes. —Vino directo al oírme. Se quedó plantado en la puerta mirándome con esa cara de niño que le salía a veces, y por un momento me sentí su madre regañándolo por alguna travesura.

—¿Y tú no tienes casa? ¿Por qué cojones siempre andas por aquí comiendo lo único que calma el dolor de regla?

—No sabía...

Pero no lo dejé terminar:

—Pues te informo, por tu propio interés en tu larga vida: nunca, jamás, toques el chocolate de una mujer cuando está con la regla.

—¿Y cómo voy a saber que está con la regla y no puedo comerlo?

Me planté frente a él y, aunque medía como mínimo un palmo más que yo, la rabia me hizo sentir gigante.

—Granos en la cara, tetas doloridas, hinchada..., sin olvidar el malhumor y la idiotez que nos invade. ¿Sabes qué?, olvídalo, ¡nunca toques el chocolate y punto! —No sabía si estaba en plan burlón, si era así de tonto o estaba buscando cabrearme, pero mi paciencia estaba bajo mínimos.

—Lo tendré en cuenta.

Me dejó sola y me eché a llorar. Putas hormonas. Cogí la taza de café y me encerré de nuevo en mi habitación.

Aquello era el colmo, discutiendo con él por una tableta de chocolate. Como una pareja, ¡maldita sea! Entre la mala leche que acumulaba y la rabia que sentía por no poder tocarlo, estaba a punto del colapso. Quince días sin verlo. Un fin de semana de yoyó: mostrarse lejano, viniendo a casa a pedir que no saliera con Eloi; mostrarse demasiado cercano como el domingo

bailando..., para volver a alejarse otra vez. Y los últimos días, cada vez que nos veíamos..., digamos que no nos dedicamos palabras muy amistosas.

Tenía claro que habíamos dado un salto y estábamos en otra casilla. Nuevas reglas, nuevas fronteras que no tenía ni idea de dónde se encontraban ni cuáles eran los límites infranqueables. Y a mí todo eso me estaba volviendo completamente loca.

Sueños «versus» realidad

El viernes terminé a las dos y me fui derechita a casa. Entre el dolor y que tenía todos los informes al día, me tomé el resto de la tarde libre. El trabajo me encantaba y la flexibilidad de los horarios era un gran plus. Por fin empezaba a haber empresas donde contaba más el trabajo hecho que las horas que pasaras en el despacho; aunque aún estábamos a años luz de otros países cercanos en los que era normal tomarse algún día para trabajar desde casa, sin mencionar las cuotas de autónomos, o las bajas por maternidad que tenían algunos países del norte..., lo dicho, a años luz.

Estaba preparando la comida cuando Nerea llegó. Mientras se hervían los espaguetis, descongelé un bote de salsa. Era una costumbre que habíamos cogido al inicio: compraríamos pensando en hacer más cantidad para tenerla para otras ocasiones. En este caso era un sofrito con calamares y gambas. En un cuarto de hora las dos estábamos sentadas a la mesa y con pocas ganas de charla. Ella estaba cansada, se quejaba de que le costaba coger el ritmo con el turno de mañana. Las dos deseábamos echarnos la siesta. Me tomé otro ibuprofeno y me hice un ovillo en la *chaise longue*. Ella ocupó el resto del sofá y pusimos la película *El viaje más largo*, que estaba basada en la novela de Nicholas Sparks. Debo decir que es mi favorita del autor y tenía ganas de volver a verla.

Poco a poco me fui despertando y fui consciente de lo que me rodeaba,

como el calor del sol en la cara y esa sensación de que alguien te observa. Estaba traspuesta, me costó abrir los ojos, y más cuando me pareció que era él quien estaba frente a mí, muy cerca. Hasta me pareció notar un roce de labios, pero no sé si fue mi imaginación o de verdad ocurrió.

—Abel —murmuré con la boca pastosa.

—Hola. —Alargué la mano y le toqué los labios. Sonrió, y la vibración hizo que toda yo relampagueara—. No estás soñando.

Pareció que me leía la mente, la sonrisa que me ofreció me llegó muy adentro.

«Tan cerca, tan guapo, tan soñado...»

—A veces lo dudo —dije consciente de él y de la realidad.

Estaba sentado a mi lado, con una mano se sujetaba del respaldo y con la otra me acariciaba el pelo. Cuando elevé los ojos, se detuvo en el acto, pero no la apartó. Me dolían los labios. Siempre pensé que cuando sintiera ese dolor sería por tenerlos desgastados de tanto besar, y resulta que era por tener que callarme y tener que morderlos para no buscar los suyos.

—Te he traído la merienda, ya sé que no es como un desayuno en la cama, pero espero que te valga.

—Gracias, no tenías por qué molestarte.

—Sólo es un café. —Se pasó los dedos por el pelo y, deteniéndolos en la nuca, pareció avergonzado—. Y bueno..., para compensar que ayer me comí el chocolate, yo... te he preparado el bizcocho que hace mi padre para mi madre cuando está en esos días. Dice que cura mejor que el ibuprofeno en vena.

—¿Has hecho un bizcocho para mí? —Os juro que dudaba de que aquella escena no fuera fruto de un delirio. Me costó bastante asimilar la realidad.

—Mi padre dice que es lo único que puedes hacer por tu chica en estos días; esto y no molestar mucho. —Lo último lo dijo sonriendo de lado.

—Ya, pero yo no soy tu chica —murmuré, y el labio inferior empezó a temblarme.

Me entraron unas ganas terribles de llorar. En el peor momento para una mujer, cuando todas sus barreras están hormonadas y los sentimientos alterados, ahí apareció él, mostrando esa faceta capaz de enamorar hasta Venus.

—Lo sé. —Tragó saliva antes de continuar—. Yo... sólo quería ayudarte.

«Y yo no quiero necesitarte...»

Tenía la carne de gallina, era frío, era calor, era puro amor por la persona que tenía frente a mí. Era otro momento nuestro, con la adrenalina supurando por cada poro al estar de puntillas y tan cerca del precipicio, rozando el cielo. Por unos segundos eternos nos dejamos seducir por ese silencio que tanto hablaba de nosotros, y por nosotros. La tenue luz de la tarde colándose por la ventana, su melodiosa voz sonando a *soul* y haciendo vibrar hasta mi alma. Miradas silenciosas cargadas de poesía. Y, entre tanta paz, dos latidos desbocados haciéndose oír por encima de todo.

Hasta que me obligué a traicionarme, a mí antes que a ella.

—¿Y Nerea? —pregunté por mi prima para evitar tirar de su camiseta y tumbarlo encima de mí. Ni el dolor de regla fue suficiente para quitarme el antojo de él. Estaba agotada de jugar siempre al gato y al ratón: «Pero si yo me dejo», «¡Atrápame, muérdeme, cómemme!»...

—Ha ido a depilarse, no creo que tarde mucho...

Y llegó la incomodidad.

Suspiré por dentro y me quedé con la mirada perdida en la taza, en el plato y en el trozo de bizcocho. Tenía una pinta estupenda, oscuro como el buen chocolate y muy esponjoso.

—¿Puedo? —dije señalando el dulce, y él, sonriendo, me lo acercó.

Cogí un pellizco y me lo llevé a la boca. Cerré los ojos, estaba buenísimo.

—Manuela... —Flexionó un poco más el brazo que tenía en el respaldo acercándose más.

—¿Sí? —respondí con un suspiro.

—Siento mi comportamiento de los últimos días. Y todo lo que te he dicho

de Eloi. Me pasé mucho de la raya.

«¿Por qué te enfadaste?

»¿Por qué me preparas el bizcocho?

»¿Por qué no hablamos y dejamos que esto nos vuelva locos?»

Pero, como él, al final tuve miedo y fingí que aquello era lo más normal del mundo y que no tenía más significado.

—Los dos somos mayores. Es verdad que no es lo que busco, pero es un hombre muy interesante.

—Uno de los mejores que conozco. Voy a seguir trabajando un poco. Te dejo merendar tranquila.

Me quedé embobada observando cómo se alejaba y se sentaba a la mesa del comedor frente al portátil. Tardé en decidirme, pero al final me levanté y me acerqué a él con la taza y el bizcocho.

—¿Te gusta? —Giró el iPad en el que trabajaba.

—¿Diseñas casas de madera? —pregunté atónita.

—Sí. ¿No lo sabías?

Negué.

—Sólo que eras arquitecto y que trabajabas con tu madre y tus hermanos.

Sonrió y apartó la silla de su lado como una clara invitación, que acepté.

—Abril y yo heredamos su pasión por la arquitectura. Y, con el *boom* del ladrillo, su estudio fue a más y, luego, también a menos. Poco a poco hemos tenido que adaptarnos. La idea surgió en una cena. Adam tiene una fijación con los palillos. Si los tiene cerca, siempre acaba haciendo alguna construcción. Ni recuerdo cómo, pero dijo que debíamos pasarnos a la madera. Él estudió Ambientales. La idea cuajó enseguida. El uno por el otro, fuimos estudiando materiales, formas..., y hemos acabado siendo un estudio de referencia en casas de madera. Tenemos unos diseños ya preparados. La gente escoge el que más le encaja y en seis meses tiene lista la casa. A partir del diseño base, se pueden hacer algunas modificaciones sobre plano, pero una vez se da el OK ya no se puede hacer nada. Es muy distinto de una casa de ladrillo.

Los dos comíamos el bizcocho y tomábamos el café, da igual si hablaba de tipos de madera, de la resistencia al clima o de ángulos, se veía que disfrutaba con ello, y mi admiración crecía un poco más. Ese hombre era pura pasión en todo lo que hacía.

—¿Quieres verlas?

—Claro.

Me enseñó algunos modelos. Algunas casas eran bastante simples, dos plantas, la típica que cualquier niño dibujaría; otras ya eran más ambiciosas y de alto *standing*, pero sin duda mi preferida fue una en forma de «U».

—Ésta es mi favorita.

—Tienes buen gusto. La que más nos costó. El cliente quería un jardín y que todas las estancias tuvieran vistas a la montaña. Me costó meses dar con la idea, creo que modifiqué los planos como unas veinte veces.

—Pero al final lo conseguiste.

Recibió una llamada y, mientras él contestaba, empezó a dibujar en una hoja. ¿Sabéis que esos garabatos que hacemos a veces de forma inconsciente mientras estamos al teléfono tienen significado?

Abel dibujaba espirales: significan que la persona da vueltas a las cosas e indican preocupación por algo. Los estaba haciendo en la parte superior derecha de la hoja, lo que indica interés por el futuro y que era una persona extrovertida.

Al ver que se alargaba, ladeó la cabeza y sonrió haciendo muecas mientras iba respondiendo con un «ajá» o un «claro». Era un pelmazo de cliente, hasta yo me di cuenta, el muy pesado estaba quitándome minutos de mis momentos robados.

Buscó algo en el ordenador, comentó unas medidas y devolvió la vista al folio, donde empezó a subrayar una palabra del texto impreso, indicando que aquello que estaba pensando era relevante, sin importar el significado de la palabra seleccionada. Los cuadros que siguió dibujando me hablaron de una persona que buscaba el control y la lógica de las cosas.

«Abel, es la magia del amor, no hay lógica que valga. Por eso es tan maravilloso. Tan absurdamente bonito. Tan jodidamente imposible...»

Suspiré resignada cuando me entraron ganas de arrebatárselo el teléfono y tirarlo por la ventana para poder sentarme en su regazo, esconder las manos bajo su camiseta y quitársela lentamente...

Pero sólo recogí los platos y me fui a la cocina.

Al volver, pasé por su lado y, aunque lo que quería era seguir sentada a su lado, con su pierna entre las mías, apoyada sobre la barra transversal de mi silla..., al final sólo me quedé con las ganas y me fui a mi cuarto.

Dos minutos después, la puerta de entrada se abrió y llegó Nerea. Suspiré tranquila, no nos había pillado. Tampoco estábamos haciendo nada que pudiera tacharse de pecado o un motivo para arrepentirse, o puede que sí. Encontrar a dos personas hablando con tanta confianza, tan cercanos, para mí es igual o peor que pillar a tu novio en la cama con otra. Y ya si esa otra es tu prima y tu mejor amiga..., «¡arde en el infierno, hija de satán!».

—Buenos días —dije al entrar en la cocina de buena mañana y ver que mi amor platónico ya estaba despierto, vestido, y, sobre todo, que en la mesa estaba dispuesto un jugoso desayuno. Mis tripas rugieron de hambre.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

La tarde anterior, en cuanto Nerea volvió de depilarse, se acercó a mi habitación para preguntarme cómo estaba. Hablamos un momento, me dijo que iba a darse una ducha rápida y «Me pongo mona, que vamos a salir a cenar».

—He bajado a por el periódico y he pasado por la panadería. —La voz de Abel me hizo volverme—. No sé qué le dijiste a la quiosquera, pero gracias, hoy estaba de lo más simpática.

—¿Y cómo sabes que hablamos? —Me sonrió levantando una ceja y fui

incapaz de no imitarlo—. Queta es una gran mujer, con teorías algo locas y divertidas, pero me gusta charlar con ella.

Sin darnos cuenta, fue el primer desayuno que tomamos sentados a la mesa, con el periódico y charlando. Fue perfecto, o tanto como podía serlo.

«El abismo, últimamente, es mi lugar favorito.»

—Ya. Recuerdo algo de los pies en invierno —dijo sirviéndome un vaso de zumo de naranja. Natural. Exprimido por él.

—Sí. —Reí—. Según ella, la soledad tiene dos puntos clave que dan la señal de alarma: uno, no tener quien te caliente los pies en invierno y, dos, no importa si tienes con quién pasar las noches de los viernes, lo importante es tener compañía los domingos por la tarde.

—No me lo había planteado; tiene lógica... ¿Por qué me miras así? —me preguntó.

¿Esperaba que le dijera la verdad?

«¿Quieres que te confiese que me muero porque me abrases, por sentir tu piel sobre la mía y descubrir por fin a qué saben tus besos?»

—Ya sabes, por ese todo y ese nada.

No contestó, pero el brillo que tomaron sus ojos me dijo que lo había comprendido.

Y mi humor mejoró hasta límites insospechados mientras estuvimos allí sentados en la cocina. Me gustó que hubiera ido a buscar el periódico porque sabía que me gustaba empezar así el día, y pan caliente... No era el desayuno en la cama, pero era a lo más que podía aspirar de ese Abel, amigo y novio de mi prima.

No era conformarse con poco. Ni con ser la otra. Es lo que sentía cuando estábamos juntos. Lo que, lejos de ser lo que deseaba, tenía esas pinceladas de realidad. Aquellos momentos en los que sólo éramos él y yo. Ese mundo efímero y tan pequeño en el que sólo cabíamos los dos y que para mí era suficiente porque daba sentido a ese sinsentido que era mi vida por aquel entonces. Me hacía feliz, y eso me volvía muy egoísta.

Mientras comíamos sin prisas, fuimos ojeando el periódico. Levantábamos la vista y comentábamos alguna noticia. Yo, como siempre, lo primero que hice fue ir a buscar una columna de un periodista que me encantaba. Los sábados siempre hacía referencia a algún local de la ciudad. Ese día hablaba de un restaurante ambientado en la novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—Mira, qué buena pinta. —Le pasé el diario y él se puso a leer, y, mientras lo hacía, se le dibujó una sonrisa en los labios.

«Podríamos ir.» A punto estuve de abrir la boca y condenarme para siempre con esas dos palabras. Aquello era tan normal en un día a día con pareja que mi mente me la estaba jugando.

«Pim, pam, pum, se acabó.

»Fecha y hora de la muerte de la mujer cuerda que llevo dentro. Pero es que a veces es tan bonito vivir en esa fantasía que nos inventamos para no afrontar la mierda de vida que realmente tenemos... Pero ¿hasta cuándo?»

Nerea apareció al cabo de un momento, ya duchada y arreglada. Bueno, a mí me pareció un momento, porque al levantar la cabeza y mirar la hora vi que eran pasadas las doce del mediodía. Algo más de tres horitas de paraíso.

—Venga, que tenemos mucho que hacer. —Mi prima lo abrazó por detrás, escondiendo la mano por el cuello de la camiseta abierta que dejaban los dos botones y empezó a darle besos en la nuca—. Quiero aprovechar que hace semanas que no estoy un fin de semana en casa. Podríamos ir a comer al restaurante aquel que me dijiste del centro, y luego damos una vuelta por las tiendas.

Abel se levantó con la intención de recoger la mesa.

—Déjalo, yo lo hago. Disfrutad, parejita. —Y escondí la cabeza detrás del periódico y me mordí el labio para no ponerme a gritar de envidia.

Tardé un buen rato en levantarme de la silla y dejar limpia la cocina. La tarde la pasé con Candela e Iván y la boca llena de bizcocho de chocolate hecho por Abel.

—Veo que has decidido renovar el vestuario —dije al ver entrar a Nerea cargando bolsas. Era noche cerrada ya y yo seguía en el sofá, trabajando con el portátil frente la chimenea.

—Verás cuando te enseñe lo que he comprado... —Empezó a sacar ropa, y al final me lanzó una blusa—. La he visto y he pensado que te gustaría, se parece a la que viste en aquella peli y que tanto te gustó.

—Eeh..., gracias, me encanta —dije acercándome a ella y dándole un abrazo. Era una blusa con escote Bardot en azul añil.

—Voy a la ducha, que Abel me pasa a buscar dentro de una hora. Hemos quedado con Elsa y Quim, así, en plan cena de parejas, no te querrás venir, ¿no?

—No. Como bien dices, cena de parejas.

Yo podía ser bipolar, pero lo de mi prima no se quedaba atrás. Primero me compraba ropa y ¿luego me soltaba aquella indirecta?

Al cabo de poco salió de la ducha y me llamó a su habitación.

—Ayúdame con el vestido. —La había visto desnuda miles de veces, pero me martirizó su imagen frente a mí—. ¿Te gusta? Lo compré el otro día.

Allí estaba ella, tan rubia, tan bonita, tan jodidamente sexy con aquel tanga negro a juego con un corsé con transparencias y puntilla. Las copas y el centro de la cintura, en vertical, eran en rojo. En la cintura, unas cintas de raso finas resaltaban su silueta.

—Le va a encantar —llegué a pronunciar, aún no sé cómo.

Mis musas, tan prolíferas después de toda la tarde trabajando, me mostraron imágenes demasiado gráficas, demasiado carnales de Abel frente a ella paseando sus dedos por aquel cuerpo tan tentador, por cada curva...

«Y, señores y señoras, en esta guerra silenciosa: sueños *versus* realidad, ya tenemos la prueba irrefutable de quién es el vencedor...»

Por cierto, el vestido tenía la cremallera al lado y no necesitaba de ayuda.

Un imposible lleno de «ojalás»

Miércoles. Esa mañana no salí a correr, cuando sonó el despertador lo apagué de un manotazo e hice la remolona en la cama hasta que, a las ocho menos cuarto, me fui directa a la ducha. En el pasillo, miré hacia la habitación de Nerea de forma inconsciente. Sólo que ese día me llevé una sorpresa. «*Mecagoenlaputa...*» La puerta estaba abierta, pero la cama no estaba vacía. Mi prima hacía poco que se había ido a trabajar y él seguía allí. La luz del pasillo se colaba y me ofreció la imagen de Abel tumbado boca abajo, las sábanas a la altura de las caderas y toda la espalda al aire. Confieso que se me ocurrió acercarme, desnudarme, meterme en la cama y despertarlo a besos. Hui de mí misma antes de cometer una locura. Me fui directa a la ducha sin tomarme ni un café. Estaba tan despistada que me lavé el pelo con el jabón de Nerea, ese para el cuerpo que lleva la crema hidratante incluida... ¡La que lie! No había forma de enjuagar aquello..., y todo porque la imagen de Abel medio desnudo y tumbado en la cama me tenía drogada.

Me vestí con unos pantalones azul marino con cremalleras en las rodillas y un jersey de lana color naranja tostado con cuello de pico y mangas de murciélago. Me recogí el pelo en una cola floja ladeada, un poco de rímel y el *eyeliner* y unos *stiletos* negros. Vale, os lo confieso, desde aquella noche en la cocina que Abel dijo que le encantaban mis piernas, siempre buscaba entre mi ropa la que mejor me sentaba y las favorecía.

Al llegar a la cocina encontré que, al lado de la cafetera, había una taza con café recién hecho. La sorpresa fue mayúscula cuando vi que Abel no se había ido y que estaba en la terraza.

—Gracias por el café —agradecí saliendo al fresco y colocándome a su lado. No dijo nada, sólo asintió.

Como aquella noche, de la que ya había pasado un mes, estiré la mano en la baranda y me quedé a un milímetro de su dedo meñique. No sabía cómo llevar la situación, porque la mejor ocasión para rendirme y dar rienda suelta a lo que deseaba también era la mejor para salir corriendo y alejarme. No tardó ni medio milisegundo en mover el suyo, lo suficiente para rozarme. ¿Infantil, inocente? Sí, pero también era pecaminoso e irresistible.

De allí nació aquella vibración que sentía cuando me tocaba. Ese hormigueo que contenía tanta adrenalina que me hacía hervir entera. Cuando los besos se transforman en miradas, porque sí, esa mañana volví a sentir el roce tibio de sus ojos sobre mis labios.

A las ocho de la mañana, aún sin despuntar el día, protegidos por el silencio del húmedo frío otoñal y con sabor a café, encontramos nuestro momento. Haciendo, de aquellas horas, una deliciosa costumbre que se repetiría todas las mañanas que estuviera en casa. Nuestro rincón en ese mundo externo, lo que lo convertía en mi lugar favorito de la casa. Y en el mejor momento del día. El placer de compartir lo cotidiano, de encontrar la felicidad en mínimos detalles del día a día. En ese café en la terraza. En ese roce inocente de dedos. En esa mirada hambrienta y contenida. Cargando el silencio de palabras no dichas. Y el espacio de abrazos no dados.

El alba, un *impasse*, como nosotros. Ni amigos, ni amantes, ni enemigos, ni compañeros. No éramos un día de sol radiante ni una preciosa noche oscura..., éramos sólo aquellos instantes en que se mezclaban la luz y la oscuridad. Nada claro, nada oscuro. Un nosotros convertidos en amanecer. En esa magia que hace creer que ese nuevo día traerá consigo todo lo que deseamos. En esa paleta de colores mezclados tan envidiada por los artistas y tan codiciada por los fotógrafos. Éramos aquellas estrellas que de noche cobraban vida en el cielo de los sueños, y que a aquellas horas estaban pero no se veían. Como nosotros, éramos sin ser. Un imposible lleno de «ojalás».

¿Por qué me conformaba con tan poco? Ni yo misma lo sabía. Supongo que, aunque fuera un juego, cada acercamiento de él era un clavo al que agarrarse mi esperanza. Todo lo que sentía podía esconderlo más o menos bien delante de los demás. Hasta de mí misma delante del espejo cuando me contaba excusas que en el fondo no me creía. Pero, cuando estábamos solos, cuando lo miraba y encontraba sus ojos fijos en los míos, allí desaparecían las máscaras y las mentiras. Esa mirada que le anunciaba toda mi verdad y que, a veces, sentía que era correspondida.

Era obsesivo. Fascinante. Excitante.

Era macabro. Prohibido. Utópico.

Mi cabeza era un hervidero de dudas, mi corazón un puñado de remordimientos, pero, a la hora de ponerle freno, las fuerzas desaparecían y emprendían el vuelo. Ya tocaría en otro momento poner los pies en el suelo. Mis actos, mis pasos nunca se detenían. Siempre iban hacia delante de forma inconsciente, o tan sólo seguían unas órdenes que yo, por miedo a perder a Nerea, y, hablando claramente, por el «qué dirán» y todos esos «políticamente correctos» valores de la sociedad, hacían que no me lanzara a por lo que deseaba realmente. Siempre esa duda entre lo que necesitaba, lo que quería, lo que podía o lo que me dejaban.

La ciudad despertó y, con ella, la realidad. Y, aunque deseé quedarme allí para siempre, al final todo acaba.

Bajamos juntos y nos acercamos al quiosco. Queta estaba de lo más cercana hablando con uno de los vecinos. Al vernos, el hombre se fue, pero antes le cogió la mano entre las suyas y le besó los nudillos.

—¿Estaba coqueteando contigo? —vocalicé, como si estuviera escandalizada.

—Ése sólo busca una esclava. ¡Hola, Abel! —Vi claramente cómo le gustó que la quiosquera se mostrara tan cercana y lo llamara por su nombre.

Me agaché para coger el periódico, y me estaba pidiendo uno para él cuando empezó a sonarle el teléfono.

—Tardo cinco minutos, ve a tomar un café. —Se volvió hacia nosotras disculpándose después de colgar—: Mi madre, que se ha olvidado las llaves de la oficina y mi hermana hoy está en el Montseny con unos clientes.

—Ah, ve, tranquilo, ve. Ya charlaremos en otro rato, que tengas buen día —lo despidió la quiosquera.

—Igualmente.

Nos dio un beso en la mejilla a las dos. Me desconcertó: arriba, solos, sólo un roce de dedos, y allí, en la calle, delante de Queta, me daba un besito en la mejilla. Supongo que era más fácil no pasar de ahí, no dejarse llevar... Sin ser consciente, suspiré viendo cómo se iba y volví a la realidad con la risa de la quiosquera.

—Demasiado guapo.

—Lo sé —admití.

—Ese trasero...

—Lo sé.

—Manuela...

—Enriqueta... —repetí igual de seria que ella, hasta que nos miramos y estallamos en una carcajada.

—Toma una piruleta y, hale, a trabajar.

Me despedí copiando a Abel y dándole un beso en la mejilla.

Amores estrellados

Nerea volvía a estar en el pueblo. Como estaba sola en casa e Ivet también, la invité a que viniera a comer el sábado y así hablábamos tranquilamente del libro. El timbre sonó sobre la una.

—Pasa, dame dos minutos, que termino con la ropa. ¿Quieres tomar algo?

—Ya me sirvo, ¿tú quieres un vino?

—Perfecto —acepté desde el pasillo entrando en su antigua habitación, que por aquel entonces era el sitio de la colada y de los trastos.

—Así que esto es lo que se cuece en esta casa. Una relación polígama, pero con excepciones, claro. Ella se lo beneficia y tú sólo le planchas la ropa.

—Pero ¡¿qué dices?! Sólo es una camisa que estaba con todo el montón, no me pareció bien plancharlo todo y dejarla —le aclaré. Parecía que había llegado con la munición a punto de batalla.

—Sí, excusas las que quieras. Recuerda que a los calzoncillos hay que darles la vuelta o a tu prima le sale un sarpullido.

—Calla, y no me distraigas —le recliné sonriendo.

—Sí, sobre todo que quede perfecta —siguió vacilándome—. Pero o te impones o vas a acabar fatal. Ya estás enamorada de él. ¿No te das cuenta de que ese cabrón está jugando contigo o no quieres verlo?

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Qué mosca te ha picado hoy? Ah, ya, como no está tu *amore* para metértela, vienes a meterte conmigo. Pues lo siento, pero no es lo mismo.

Revolvió los ojos y puso morritos, vi que dudaba si añadir algo. Casi habría sido mejor que se picara por meterme con su relación, pero no, prefirió

seguir con Abel y conmigo.

—¿Recuerdas en el Mixturis la noche del teatro, cuando G le dijo lo de conformarse con las migajas?, pues eso es lo que haces. Conformarte con ese segundo plato.

«Si él es el pan, yo me zampaba la panadería entera y me relamía con las migajas...»

—Y tú, ¿recuerdas su respuesta? Por menos se ha empezado una guerra.

—Pero si hasta en el libro Iván, el protagonista, tiene gestos y ¡es clavado a Abel! Se te ha ido de las manos. ¿No ves que esto no puede acabar bien? — Pegué un rebote al oírla. Levantó los brazos hacia arriba y los dejó caer de nuevo—. ¿Hasta dónde vas a llegar? ¿Crees realmente que la va a dejar por ti?

—¡No! —grité—. Yo... —Pero fui incapaz de seguir.

Desenchufé la plancha y coloqué la prenda con cuidado en una percha. Agaché la cabeza ordenando con cuidado el resto de la ropa.

—Dios, sí lo crees, lo estás deseando. —Me ruboricé y salí de allí hacia el cuarto de mi prima para dejar sus prendas y la dichosa camisa, que colgué en la puerta del armario—. Vale, en tu cuento él se decide por ti, ¿y luego? ¿Te vas tú o Nerea? De la cual ya te puedes ir despidiendo, porque no te lo va a perdonar. Encima es tu prima, imagina cuando vayas a visitar a tus padres, las comidas, las celebraciones familiares...

Yo iba por la casa guardando la ropa e Ivet me seguía muy de cerca. No quería escuchar, ni oír, y mucho menos darle la razón. Pero la tenía y lo sabía. Poco a poco empecé a temblar al ver que el tiempo pasaba y que la situación estaba llegando a su límite. Dejé caer la bandeja de mimbre y caí de rodillas en medio del pasillo. Las lágrimas empezaron a salir sin control.

—¡Ya lo sé! —No se lo gritaba a ella, sino a mí misma—. Sé mejor que nadie que esto ya no tiene vuelta atrás, ya estoy de mierda hasta arriba — gimoteé—. Sé que tengo que hacer algo, pero no me siento preparada. No te enfades conmigo —pedí en un susurro.

—Enfadada estoy con él, lo que siento por ti es preocupación. —Me abrazó

con fuerza—. Mucha. Odio ver cómo te mira, es un cabrón y no lo soporto. No soy nadie para juzgarte, pero joder, Nola, mereces más.

—Lo sé, eso es lo peor.

Para terminar, sacó su vena profeta:

—No te molestes con el pozo que está seco porque no te da agua, mejor pregúntate por qué tú sigues insistiendo en sacar agua en donde ya ha quedado claro que no puedes encontrarla.

No sabría decir el rato que seguimos aún en el suelo, hasta que me levanté de un arrebato, fui a la habitación de Nerea y cogí la camisa. La estrujé de mil maneras mientras gritaba en alguna lengua extraterrestre, parecía abducida, como me dijo después Ivet. La cuestión es que seguí agarrando y golpeando. La tiré al suelo y la pisoteé hasta que no me quedaron fuerzas. Agotada, la cogí con dos dedos y la llevé de nuevo a la galería, al cubo de la ropa sucia.

—Que se encargue ella.

—Eso ha sido brutal —me vitoreó—. Ahora pasa por la ducha mientras yo preparo la comida.

Cuando salí, como una señal —no me había dado cuenta hasta ahora al recordarlo—, sonaba por los altavoces *If I Go*, del disco *Feline* de Ella Eyre. La ventana estaba abierta, buscando renovar el aire rancio de hacía un rato, y la mesa baja frente al sofá ya estaba lista. Arroz blanco, pollo al curry y vino tinto.

—Dime, ¿por qué te sale tan bueno? —le pedí con la boca llena.

—Querida mindundi, la cocina está plagada de secretos.

—¿Ni en un día como éste? ¿Para subirme la moral?

—Pimienta.

—¿Cómo? —pedí.

—La pimienta potencia el sabor de la especia. Tan sencillo como eso.

Hablamos del libro, repasamos las notas y sus impresiones y apunté las ideas que fuimos madurando. Me repitió que Iván se parecía mucho a Abel,

dejé ir un suspiro donde ahogué la verdad y fui a preparar café. Al volver, la vi teclear en el teléfono.

—¡Quieres dejarlo descansar!, pero ¿qué hora es en Tokio?

—Allí son las once de la noche y no hablo con Guillem. He tenido una idea, coge una muda, tú y yo nos vamos.

—Nos vamos, ¿adónde?

—Al apartamento de la playa. Mis padres están en casa, podemos pasar a buscar las llaves cuando queramos. Nos irá bien tomar algo de aire y distancia.

Sus padres tenían un apartamento en Begur. En época de exámenes, nos habíamos refugiado allí las tres para estudiar. Otras sólo habíamos ido para desconectar. Como fue el caso.

Esas veinticuatro horas que pasamos allí las disfruté muchísimo. Bebimos como esponjas y fumamos, cosa que era muy poco habitual en nosotras. Nos permitimos todos los caprichos y vicios. Terminamos con DOLORES, así, en mayúsculas y en plural. De pies, de tanto bailar. De cabeza, por el ruido atronador de aquella maldita discoteca y el alcohol. De estómago, de las guarradas que llegamos a ingerir... Pero todos aquellos dolores llegaron a mitigar el otro, el del corazón. Quedó tan camuflado por el resto que en algunos momentos llegué a olvidarlo.

Sobre las cuatro y media de la madrugada, tumbadas sobre una manta en la arena y muertas de frío mirando las estrellas, llegamos a una conclusión. Más bien fue una revelación de Ivet: los amores son estrellados, pero ahí se dividen. Están los que te hacen ver las estrellas y todo es de color de rosa, y otros que se estrellan por el camino dejando sólo secuelas.

El domingo llegué a casa sobre las diez de la noche. La paz me duró más bien poco cuando descubrí que Nerea ya estaba en casa, y acompañada.

Habían pedido hasta pizza.

—Hola, ¿dónde has estado?

—Con Iveta; nos fuimos al apartamento.

—¡Qué zorras! ¿Y por qué no me lo dijisteis?

«¿Dejar de ir al pueblo a ver a tu madre para pasar un *finde* con nosotras? A veces no te entiendo...»

—Eh... Surgió ayer al mediodía, que la invité a comer —respondí en cambio.

—Bueno, llegas a tiempo para la peli, ¿te apuntas?

—Estoy algo cansada. —Intenté que la excusa sonara tan convincente que hasta fingí un bostezo.

—Venga... —insistió poniendo morritos y tirando de mi mano hasta dejarme sentada en el sillón.

—Es la segunda parte de *El exótico hotel Marigold* —comentó Abel.

—Oh, le tenía muchas ganas —afirmé volviendo la cabeza hacia él.

—Pues ahí te quedas, voy a por el helado —añadió Nerea.

—¿Lo habéis pasado bien? —me preguntó él como si nada al verla desaparecer en la cocina.

—Sí —respondí escueta, evitándolo. Me levanté, para quitarme la chaqueta de lana y el pañuelo.

La peli empezó. Nerea, al terminar su helado, se tumbó y se acurrucó junto a su novio. Yo lo hice sobre mí misma, envuelta en una manta. Me sentí bastante capulla. En esos momentos no sabía cuánto tenía de real aquella metáfora. Mi prima pronto se durmió con la cabeza sobre el regazo de él. Me obligué cien veces a no mirar hacia ellos, a mantener la cabeza y la vista centradas en la pantalla, pero me costaba, y más porque Abel se había empeñado en ir comentando las escenas en susurros.

—Ya en la primera parte me gustó una frase de esas que se convierten en típicas y que llenan los muros en Facebook o Pinterest: «Al final todo va a salir bien, y si no sale bien, es que aún no es el final». Y en ésta es aún mejor:

«El mejor presente es un momento». Coincido completamente —musité—. No hay mejor regalo que un momento, un instante... ¿Por qué me miras así? —dije al ver que me estaba observando con una media sonrisa.

—Perdona..., no sé... Me gusta tu forma de pensar, coincido completamente. Un recuerdo es algo muy poderoso y muchas veces lo obviamos con materialismos. Algo así no pasa de moda, no envejece. Al contrario, con el tiempo, embellece cobrando vida y aumentando su valor. — Tenía la vista fija en mí, pero acariciaba el pelo de mi prima con una cadencia hipnótica, como si ni se diera cuenta de lo que hacía.

Allí estábamos los dos, envueltos en esa semioscuridad y con los destellos de la pantalla bailando a nuestro alrededor, comentando la película en susurros. Era un bonito momento, un recuerdo que almacenar. «Claro que sería perfecto si fuera yo quien estuviera tendida a su lado. Si fuera mi pelo el que acariciara y que, en lugar de mirarme de lado, mirara hacia abajo.» Era como ver mi futuro, lo que me gustaría desde el palco de un teatro. Pero en la realidad quien ocupaba el sitio de la protagonista era mi prima. Ella era la realidad, y yo sólo un mero espectador.

«Dios, que desaparezca el mundo y ¡quedemos solos él y yo!

»¡¿Que desaparezca el mundo?! Mira a tu alrededor, ¡la única que sobra aquí eres tú!»

El labio empezó a temblarme cuando me di cuenta de que tenía un grave problema al querer extinguirlo todo cuando estaba claro que la única que sobraba en aquella ecuación era yo. Todo lo que yo no era capaz de decidir, y mucho menos de asimilar, mis latidos ya lo gritaban retumbando. Ese instante perdurará siempre en mí. Había llegado el momento de decidir. Dicen que elegir es uno de los lujos de la vida, aunque a veces parece más una frase para embaucarnos y hacernos creer que tenemos esa opción. Porque la respuesta vino sola cuando me di cuenta de cuáles eran las salidas:

- Escoger quererlo a él y quedarme.
- Escoger quererme más a mí y marcharme.

Ivet tenía razón. Me caí del abismo. Sin alas. Sin cuerdas, sin frenos. Me estrellé. Mathias Malzieu, en su libro *La alargada sombra del amor*, escribió: «Es espantoso el ruido de un corazón cuando se rompe».

¡CRASH, BOOM, BANG!

Explotó de nuevo y me dejó sin aire. Después se hizo el silencio y todo fue oscuridad.

Dicen que antes de morir o de tener un grave accidente ves tu vida pasar en una fracción de segundo. En mi caso fue esa explosión. No sé bien qué lo ocasionó, si fue darme cuenta de cuál era el siguiente paso, si fue algo de repente o más bien la acumulación de momentos robados, de amaneceres con olor a café, de soñar para despertar en una pesadilla... El fin de semana con Ivet fue como una mecha que poco a poco fue apagando la ilusión. Desapareció el humo y al final encontré la solución en la oscuridad. Me puse en pie escondiendo mi decisión tras un escalofrío.

—Hasta aquí, no aguento más. —Y no me refería a la noche.

Al pasar justo por su lado, Abel alargó la mano para cogerme la mía, me estremecí y a duras penas retuve las lágrimas. Cerré los ojos con fuerza, me deshice de su dulce agarre y me fui.

Nunca el pasillo me pareció tan largo. Nunca antes había contado los pasos desde el comedor hasta mi habitación, pero aquella noche, en aquel momento, cada pisada se me hizo eterna, como los últimos pasos hasta la cima del Everest. Me faltaba oxígeno, mis piernas se habían convertido en dos pilares de cemento armado que se negaban a avanzar. Temblaba, las lágrimas, aunque silenciosas, me nublaban la vista, pero tampoco había nada que ver. Estaba todo claro y la decisión tomada.

Cerré la puerta tras de mí y, apoyada en ella, me derrumbé. No hay otra palabra. Sólo había una única opción: irme.

«Porque por una vez la paciencia no es el arma.

»Porque por una vez la testarudez no me hará llegar donde quiero.

»Porque, esta vez, abandonar es el único camino.»

Parte II

No debemos tener miedo de equivocarnos.
Hasta los planetas chocan y del caos nacen las
estrellas.

CHARLES CHAPLIN

—Hola, ya lo tengo. ¿Es algo así lo que tenías en mente? —me saludó Lía al abrirme la puerta. La seguí hasta su mesa y giró el papel para que viera el diseño que había ideado. Eran las seis y media de la tarde y estaba en un estudio de tatuajes.

Jorge Luis Borges dijo: «Hay derrotas que tienen más dignidad que una victoria». Y eso hice, me retiré dignamente. No más vida en paralelo. No más mentiras. No más dolor por desear lo que no puedes tener. Por amar algo tan cercano y tener que contenerte. El amor es aire, es libertad, es sentir, pero no era mi caso.

Toda la noche, fue el tiempo que me di. Durante horas, hecha un ovillo en la cama, me permití lamentarme, maldecirme..., mientras James Arthur y su *Impossible* sonaban en bucle a través de mis cascos. Pasé por todas las fases del duelo en sólo unas horas: negación, ira, negociación, depresión y, con la llegada del amanecer, la aceptación. Desde el inicio había sido como una carrera de fondo, sin tiempo de asimilar que mi muso había aparecido en mi vida y era el novio de mi prima. Intenté mantener la distancia. No sentir. Huir de él y de lo que despertaba en mí, pero cuanto más formaba parte de mi vida, más me gustaba. Que me enamoré sin darme cuenta y, cuando lo hice, fue demasiado tarde. Que dejé que me pudiera el deseo antes que la culpa. Odiándome, pero siempre dando ese paso más. No era nada repentino ni nuevo. Supe desde el primer momento en que lo vi que aquello no podía terminar bien. Si querer a ese nivel implicaba perderlo todo, supongo que

tendría sentido. Uno que yo no comprendía, pero, por dispar que sonara, correría ese riesgo las veces que me dieran la oportunidad.

«Sólo me he enamorado, no he hecho nada malo... Esto sólo hace daño a una persona y es a mí misma. Entonces ¿por qué me siento tan culpable?»

De alguna forma no era libre de amar a quien quisiera, ése era el problema. Sentirme culpable por quererlo. No pedí nada, sólo ocurrió. Acepto que puede que no hiciera lo suficiente para frenarlo, pero fue demasiado tentador dejarse seducir por un sueño hecho realidad. Era yo quien se había enamorado de quien no debía. Ésa era mi condena. No había culpables. Sólo daños colaterales. De forma inconsciente, pero irreparables. Era a mí a quien le tocaba alejarse de todo y asumir las consecuencias. Renunciar a mi hogar, a mi trabajo, a mis amigos, a mi prima..., al amor, a él. Era mi sino. Por amar, y no sólo por no ser correspondido. Él, la razón de mis mejores noches llenas de sueños y de mis amargos despertares. Había vendido mi vida a cambio de cuatro instantes al alba; habían sido suficientes, pero ya no. Quería más, lo quería todo, pero él no podía dármelo porque nunca obtendría de Abel lo que esperaba, me estaba fallando sin ser consciente.

Necesitaba encontrar mi propio refugio donde lamerme las heridas, llorar, gritar, hasta volver a levantarme. Aunque fui yo quien tomó la decisión, me sentí derrotada. Sola. Una sensación de asfixia, pérdida y dolor. Todo el mundo tiene sueños, igual que secretos, entonces ¿por qué a mí tenían que pasarme factura? Un cambio de rumbo impuesto. Un big bang que poco a poco había ido mostrando pequeñas explosiones hasta la definitiva. Hasta quedar reducida a nada.

Charles Chaplin dijo: «No debemos tener miedo de equivocarnos. Hasta los planetas chocan y del caos nacen las estrellas». Yo sólo esperaba saber cómo brillar ante la oscuridad que de pronto me rodeaba desde que sentí que me estrellaba. No podía ni pensar en qué hacer a partir de entonces. Me negaba a ver o a imaginar hasta qué punto influía en mi vida aquella decisión.

Sólo había un motivo para irme, y era el mismo al que me aferraba para quedarme.

«Sí lo quiero, sí me importa, pero por encima de todo estoy yo, y hasta ahora me he ignorado. Hasta aquí. No quiero más sueños con él de protagonista, ahora me toca a mí serlo.»

Oír a Nerea levantarse aquella mañana fue lo que me impulsó a tomar la determinación. Cuando las prioridades son claras, las decisiones se tornan fáciles. O eso me dije y quise creer. De nuevo me dejé llevar por otro sueño, uno que durante años había retrasado. Había llegado el momento de quererme a mí por encima de todo. Lo primero que hice al salir de casa aquella mañana fue ir a la cafetería de al lado de la oficina, sentarme a una mesa a desayunar y garabatear la lista infinita de cosas que tenía por hacer. El primer paso: decidir mi nuevo destino. No me costó mucho encontrarlo: Nueva York. Siempre había deseado visitar la ciudad en Navidad, seguro que las películas románticas tienen la culpa de que todas deseemos pisar alguna vez sus avenidas en esa época del año. La sensación mientras me tomaba el café o andando por la calle era la misma. Todo a mi alrededor seguía igual. Como si nadie lo sintiera; como si nadie ni nada se diera cuenta de lo especial que era aquel día. Mi mundo cambiaba, pero el mundo seguía igual para el resto de los mortales. Para ellos era un día cualquiera, para mí había un antes y un después.

Segundo paso: informar a mi jefa de que me iba cuanto antes. Nico, al verme, sólo me saludó con un gesto de la cabeza, era lunes, y ya sabía que a esas horas era parco en palabras.

—Necesito hablar de un asunto muy urgente con Ingrid. —Se dio cuenta de que algo no iba bien, supongo que mi cara, más blanca que la de un cadáver, y el temblor de manos eran signos claros de ello.

Asintió y, mientras yo me dirigía a mi mesa de trabajo, oí cómo la llamaba.

—Puedes ir cuando quieras —me dijo al tiempo que me entregaba una taza de café.

Os ahorraré, o, mejor dicho, prefiero ahorrarme esa conversación. Me costó horrores aguantar estoicamente, hablar sin que me temblara la voz y sin dejar que ni una lágrima cayera, pero al final no lo conseguí. No sólo me alejaba de Abel y de mi prima, estaba dejando mi trabajo. Algo que me encantaba, y estaba renunciando a él también. Aunque la noticia la cogió desprevenida, al final acordamos una excedencia voluntaria de un año. Si quería volver a mi puesto o a uno similar, estaría disponible. Y, pese a que me moría de ganas de coger ya el billete, esperé a que ella hablara con la gestoría antes de buscar fecha de partida.

Y allí estaba ahora, observando un trozo de papel con un diseño especial. Mariposas. Esas que quería tatuarme en el estómago. Había llamado al mediodía a Lía y le había contado lo que quería. Me dijo que tenía un hueco a las seis y media aquel mismo día.

«Porque creo en las mariposas, porque no hay nada mejor en esta vida que sentir las revolotear en tu interior, y no quiero dejar de sentir las nunca.»

—Es perfecto.

—Pues adelante, ya sabes el camino.

Claro que lo conocía, había confiado en Lía para cada uno de mis tatuajes. Tenía dos. En el empeine del pie derecho, una hiedra que subía hacia el tobillo, y el otro, en el costado izquierdo, bajo el pecho, un ala de pavo real.

Lía era la novia de Muriel, una compañera de carrera. ¿Os suena la serie «NCIS» y Abby, la forense gótica? Pues Muriel era como su clon.

El estudio era pequeño, antes había sido el estanco de su padre. Las paredes seguían guardando marcos de antiguos anuncios de marcas de tabaco,

más diseños y fotografías de sus diseños. Era algo ecléctico, pero tenía su encanto. Lía tenía el aspecto que os imagináis: pelo corto teñido de fucsia, brazos y dedos tatuados y *piercings* en nariz y labio inferior.

Me quité el vestido; qué gran idea había tenido esa mañana al pensar que, si tenía hora para mí, el pantalón podía molestarme. Me tumbé en la camilla y ella puso el papel de calco sobre mi piel, y ese simple contacto hizo que me estremeciera.

—¿Estás bien?

—Eeh, sí, sólo que hoy es un día un poco cargado de emociones.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó mientras retiraba el papel y corregía un poco antes de ayudarme a levantarme para ver qué podría dar delante de un espejo.

—Un chupito de aquel veneno que tienes.

Sonrió y de la nevera sacó la botella con un líquido de un color rojo y para ella una de agua.

—Por el efecto mariposa —brindé en el aire antes de darle un trago y notar cómo me ardía la tráquea.

Volví a mirar mi estómago. Desde la cadera y algo por encima del monte de Venus, seis mariposas pequeñas ocupaban mi piel, todas mirando hacia el corazón. Algunas tendrían algunas motas de color en las alas. Era simplemente perfecto. Me tumbé de nuevo y, mirando fijamente la luz le di permiso para trabajar. Por los altavoces sonó *Lost on You* de LP.

—*Go!* —Empezó por las más pequeñas, las que iban sólo en negro y estaban cerca del ombligo.

Cuando llegó a las caderas, me quejé.

—Joder, ahí duele.

—Tienes poca chicha. ¿Te refieres al concepto de la teoría del caos? —Cambió de tema para distraerme—. Un pequeño aleteo de las alas de una mariposa puede generar un cambio enorme.

—Algo así. Éstas se han despertado y mi vida ya no es lo que era. Desde

esta noche, da un giro de ciento ochenta grados.

¡Y lo que quedaba! La decisión estaba tomada y mi nuevo futuro estaba medio hilvanado, pero las consecuencias aún no eran tangibles. El suelo de momento sólo temblaba bajo mis pies, la grieta estaba a punto de convertir mi vida en un antes y un después. No sé si fue por las ganas de contar los cambios, las emociones, el chupito o el dolor, pero Lía se convirtió en mi profesora. Para cuando terminó el dibujo ya sabía que había dejado el trabajo, que me iba al otro lado del Atlántico y que estaba enamorada de Abel.

—A veces se necesita ese caos para conseguir lo que realmente estamos buscando. Listo.

—¿Te apetece ir a tomar algo, cenar? —la invité.

No sabía los días exactos que me quedaban para irme, pero ya sentía que no quería ir a casa. Quería retrasar el momento de ver a mi prima, verlo a él.

—Conozco el sitio perfecto. Llamo a Muriel para que se venga.

Me llevaron al Little Italy, un restaurante que recrea el ambiente del Soho neoyorquino. Además, esa noche había sesión de jazz en directo; empezaba a las nueve.

Con Muriel congenié desde el primer día de universidad. Durante la carrera compartimos muchas horas de estudio, aunque la verdad es que pasábamos casi todo el tiempo descifrando la firma de gente famosa, ¡hasta creamos un blog! Ella se había especializado en documentología antigua. Le llegaban casos de viejos textos que atribuir a un autor. Era una de esas relaciones que, aunque haga un año que no os veis, cuando os encontráis de nuevo el buen rollo y esa química surge sin más. Era fácil estar con ella, de hecho, con las dos. Nunca se escondían y mostraban sin complejos ni prejuicios lo que sentían por la otra.

—¿Nueva York? —dudó Muriel—. ¿En Navidad? ¿No es como...?

—Intentar dejar de beber en un bar una noche de barra libre —terminó la frase su novia.

—Lo sé.

La camarera se acercó para coger nuestro pedido, y las tres nos decantamos por la hamburguesa New York con queso cheddar, beicon y pepinillos.

—Eso es de ser muy masoca —insistió mi compañera de carrera.

—Ya... Primero pensé como tú, en buscar un lugar lejos donde la Navidad no exista, buscar una cueva para lamirme las heridas mientras me llamo idiota, pero no quiero. Sé que será duro, pero necesito algo a que aferrarme, una ilusión, y Nueva York lo es. Le tengo ganas desde hace años, y especialmente en esta época.

—Me gusta tu forma de afrontar el problema desde la boca del lobo, eso es de ser muy...

—Ya..., estúpida y kamikaze —terminé por Lía.

—Iba a decir valiente —corrigió poniendo su mano sobre la mía.

—Valiente no sé, pero quiero algo mejor que la mierda que estoy viviendo ahora.

La verdad es que me daba pavor sentirme sola, pero más miedo me daba pensar en seguir como lo había hecho hasta entonces.

La noche aún se alargó un poco más porque seguimos allí sentadas tomando unos cosmopolitan y disfrutando de la música en directo. A ninguna le importó que al día siguiente fuera martes y madrugáramos. Al final nos acercamos a la parada de taxis, yo en medio, abrazada a la cintura de ellas dos.

—¿Quieres venir a casa? —me invitó Muriel.

—¿Con las dos? Demasiado tentador..., estáis seduciéndome demasiado.

—Te prometo que sabemos cómo hacer que te olvides de él y de los hombres en general... —añadió Lía con la mano en mi cuello, haciéndome cosquillas.

Su roce me sorprendió, pero al oír la carcajada de su novia, nos unimos a ella.

—Repito, tentador, pero de momento desestimo la oferta.

Me despedí de ellas y me subí al taxi.

Llegué a casa a la una y media pasadas. Me quité las botas y, haciendo el mínimo ruido, me fui a mi habitación. Al pasar frente a la de Nerea vi que la puerta estaba abierta, suspiré y solté el aire que había retenido sin ser consciente: estaba sola.

Esa mañana había salido de casa mucho antes sólo para no cruzarme con él. «Y mañana tampoco.» Eso me dio algo de paz. Me encerré en el baño y me desnudé para poder lavar bien el tatuaje. Delante del espejo, volví a mirarlo en detalle. Las mariposas eran pequeñas y muy finas, Lía había hecho un trabajo fantástico. Temblé al pasar mis dedos sobre ellas, admirando ese símbolo que a partir de aquel día me acompañaría el resto de mi vida. Las jodidas mariposas despertaron por el simple hecho de pensar en él y dieron vida a las que me había tatuado. Cada ala, cada gota de tinta ardía dejando claro que marcharme era la única opción. Solté el aire resignada mientras me untaba en toda la zona una crema de caléndula que Lía me había dado.

A todo gas

Estaba terminando un informe cuando Ingrid me llamó y me pidió que fuera a su despacho. Me puse nerviosa pensando que había hablado con el gestor y que había surgido algún problema. La noche había resultado bastante corta, a las cinco y media me desperté de nuevo y me fue imposible volver a coger el sueño. Al final, como siempre, me refugié entre palabras y, contando la historia de Candela, me evadí de todo aquel caos en el que se resumía mi vida hasta que sonó el despertador a las ocho.

—Dijiste que después de Nueva York no sabes qué vas a hacer, ¿verdad?
—me preguntó mi jefa nada más verme entrar por la puerta.

—Eh, sí... —balbuceé.

—Siéntate, tengo algo, a ver qué te parece.

—Dime... —Su sonrisa me tranquilizó y liberé la presión de manos y hombros.

—Máster en Psicología Forense en Canterbury.

—¿Cómo? —Meneé la cabeza de lado a lado como si no hubiera entendido la propuesta, aunque mi cerebro ya iba a mil.

—Ha empezado en septiembre, pero, ya sabes, tengo buenos contactos en la universidad. —Ella había estudiado allí, era muy buena amiga del decano, tanto como para que fuera el padrino de Lis—. Si quieres, puedes empezar en enero. Tendrás que ponerte al día con el temario, pero lo conseguirás.

—¿En serio?... Es... —Me costaba reaccionar.

—Siempre dices que es algo que te gustaría hacer...

—Lo sé.

«¡Dios, es perfecto!»

—Sólo he tanteado la idea para saber si había alguna opción antes de hablar contigo, pero ya sabes, sin compromiso. Piénsalo y ya me dices.

—No hace falta. Acepto. Dime qué tengo que hacer, con quién hablo...

Estaba tomando las decisiones de forma muy precipitada y muy a lo loco, sin pensar, pero parecían una señal. Cada idea me llevaba lejos de allí y me apartaba de él. Era lo que necesitaba y quería. Había poco que rumiar.

—Ahora te paso un *e-mail* con los datos que James me ha mandado. No sé qué te ha pasado para que lo dejes todo, pero, sea lo que sea, con ese espíritu conseguirás salir muy pronto.

Me levanté y la abracé mientras le susurraba un emotivo «gracias». Salí de allí sonriendo y feliz. Sin haberlo buscado, ya tenía destino después de las vacaciones en la Gran Manzana. Inglaterra, Canterbury y la zona de Kent. Hacer ese máster que siempre decía que quería hacer y nunca me decidía. Puede que ya empezara a ver esas brillantes estrellas después del caos.

Cuando me senté en mi silla, en la bandeja de entrada ya tenía el *e-mail* de Ingrid con toda la información. Necesité leerlo dos veces para convencerme de que aquello era real. Había toda la información del curso, el precio y los horarios. Había clases cada día y sólo por la mañana. Era caro, pero todo lo que había ganado con los libros estaba intacto. No era una gran fortuna, pero podía permitirme el lujo de pagarlo, y esperaba encontrar algún sitio donde vivir que no fuera muy caro. Estaba también el teléfono de James, el contacto de mi jefa. Cuando cogí el aparato, la mano me temblaba y me costaba hablar por la sonrisa nerviosa y de excitación que tenía. Fue muy agradable, me dijo que me pasaría la temática hecha hasta el momento, los libros que me recomendaba, y le pregunté por algún alojamiento.

—Se me ocurre algo..., ¿te gustan los perros?

—Eh..., sí.

—¿Y tenías pensado vivir en la ciudad o prefieres algo alejado y tranquilo?

—Tranquilo —contesté mecánica.

—Dame tu correo. —Se lo dicté y en nada me llegó un *e-mail* con la foto de una casa—. ¿Qué te parece?

—Que dónde hay que firmar. —Era una casita de dos plantas, antigua, sí, pero preciosa, cerca del mar y con un jardín alrededor.

Rio al oír mi respuesta.

—Espera, que te doy los detalles. Está en el pueblo de Whitstable, a unos veinte minutos de la universidad, y hay trenes y buses directos. Allí vive mi suegra Charlotte, es mayor y ha pensado en alquilar la planta superior. Tiene habitación privada, baño, cocina... y, bueno, en el precio se pide que a cambio se saque a pasear a los perros...

—¿Los perros? ¿En plural? —Mi cabeza imaginó a una abuela inglesa a lo reina Isabel, con perros de caza, chubasquero, botas y una escopeta bajo el brazo para salir a cazar patos.

—Sí, a *Elizabeth* y el *Señor Darcy*. —No pude contener la carcajada, porque era todo lo contrario de lo que había imaginado. Entonces, mi cabeza dibujó a una abuelita leyendo frente a la chimenea. Me encantó que les pusiera los nombres de los protagonistas de *Orgullo y prejuicio*, seguro que íbamos a llevarnos bien—. De verdad sólo es pasear a los perros. Ella ya tiene a Fiona, que es quien se encarga de las tareas del hogar... Es sólo algo de compañía. Tendrás la libertad que quieras.

—Me parece bien —repuse—. Me encanta salir a correr con mi perro *Curry* cuando estoy en casa de mis padres y...

—No sé si éstos son muy corredores —me interrumpió—, son más de manta y chimenea, pero puedes intentarlo. —Oí su risa a través del teléfono—. Te paso todos los datos y esta tarde iré a hacer fotos de lo que sería el piso. Y ya hablamos sin compromiso.

—Me parece perfecto.

Colgué y no pude evitar lanzar una exclamación y levantar los brazos. En ese momento sentí que todo se estaba encarrilando de una manera tan perfecta que hasta se me pasó preocuparme por tener tanta buena suerte de golpe. Sin

embargo, aparté las malas sensaciones, a lo mejor era la forma que tenía el destino de compensarme todo aquel caos. Me puse en pie de un salto y fui a poner al día a Ingrid.

—Conozco la casa, la boda de Margaret y James fue en el jardín. Es el lugar perfecto. Te va a encantar, y, sí, Charlotte es una lady algo excéntrica y fría como todos los ingleses, pero estoy segura de que os llevaréis bien.

—Gracias, de verdad, por todo, no sé cómo agradecerte...

—Vuelve cuanto antes y mándame, como mínimo, un artículo por trimestre.

Jueves. Ivet acababa de enviarme un mensaje desde el aeropuerto diciendo que había ido a buscar a Guillem mientras yo estaba en mi escritorio preparando el viaje. Ya tenía los billetes comprados, me iba el viernes 16 de diciembre y la vuelta era para el 3 de enero, directa a Londres. También tenía listo el papeleo, como el ESTA para entrar en Estados Unidos. Busqué alojamiento en la Gran Manzana y al final opté por unos apartamentos situados a tan sólo un kilómetro de Times Square. James me llamó desde la casa y pude hablar con Charlotte, que me pareció encantadora; acordamos el precio y ya tenía sitio donde quedarme también en Inglaterra. La parte superior de la casa era preciosa; tenía bastante encanto y era algo retro, con muebles viejos que parecían restaurados, pero, no sé, tenía un aire muy bohemio que me sedujo. Me vi a mí misma levantándome pronto, paseando con los perros cerca de la playa rodeados por la bruma marina, corriendo por los acantilados, estudiando y escribiendo frente a la chimenea, bajando a tomar el té con Charlotte...

Estaba realmente nerviosa. Había momentos en los que aquello me parecía una locura, pero en otros me preguntaba cómo no lo había hecho antes. Cada decisión tomada me hacía sentir mejor. Me concentré en mirar sólo adelante, hacer preparativos y estudiar el máster como única cosa en mente para recuperar los casi tres meses que llevaba de retraso. Sin pensar de verdad qué

era aquel cambio. Preparaba una nueva vida y ni siquiera me sentía del todo consciente de lo que hacía. Había ilusión, mucha, pero era como si con esa alegría enmascarara el verdadero motivo por el que lo hacía. Tenía el don de querer aferrarme a las cosas que me hacían ilusión y no querer ver la realidad en su totalidad, pero cada uno afronta los momentos de la vida a su manera, y aquella era la mía. Sabía qué dejaba atrás, pero también sabía que aquellos pasos, aquellas decisiones que estaba tomando, eran la única forma de pensar en mí y de llegar a estar en paz conmigo misma y hallar la felicidad.

Cogí una libreta y fui haciendo listas. Tenía que hacer una maleta para Nueva York, preparar las cajas con lo que quería llevarme a Inglaterra... Había acordado con Charlotte mandarlas antes de irme para que cuando llegara ya estuvieran allí. Pero, no nos engañemos, había ratos de todo, de subidón y otros de bajón extremo. Como si las fases del duelo las fuera pasando una y otra vez. Y abrir armarios, recorrer cajones e ir apuntando listas fue uno de ellos. Al final me senté en la cama, mejor dicho, me tumbé, cogí el móvil y busqué un nombre en la agenda, lo necesitaba.

—Hola, preciosa, ¿qué me cuentas? —La voz de Eloi me hizo sonreír.

—Estoy tumbada en la cama pensando en ti.

—Esto se pone interesante. Dame diez minutos, que estoy en el coche yendo a casa.

—¿Cómo va todo? —pregunté intentando que mi voz no me delatara.

—Genial. Me he adaptado muy bien, hay mucho trabajo y tengo vía libre para hacer y deshacer, así que encantado. ¿Y por ahí?

—Sin novedades. ¿Qué tal con Serina?

—Bien, por fin nos vemos mañana. Tanto hablar por teléfono, no sé, siento que son los preliminares más largos de mi vida y...

—Te gusta —terminé la frase por él.

—Me tiene loco, la verdad. Y tú, ¿qué planes tienes para este *finde*?

—Cena con todos, Ivet traerá a Guillem. —Había perdido la mirada vagando alrededor de la habitación.

—No parece que te apetezca mucho.

—Nada de nada.

Chasqueó la lengua y después dijo sarcástico:

—Y ahora me vas a preguntar por el tiempo.

—¿Cómo?

—Te conozco lo suficiente para saber que estás rara.

—¿Te queda mucho para llegar?

—Entrando en el garaje, así que venga, desembucha.

—No..., yo... —Me puse nerviosa y las palabras salieron solas—: Tengo que irme.

—No te preocupes, ya hablaremos en otro momento.

—No —lo corregí—, me voy... a Nueva York.

—Ah, de vacaciones, yo fui hace años y estoy deseando volver.

—Eloi..., no es... —resoplé nerviosa—. He pedido una excedencia de un año en el trabajo.

Se lo había contado a Muriel y a Lía, pero Eloi sabía todo y más. Había vivido aquella situación a mi lado.

—¡Joder! —Noté el cambio en su voz, acababa de entender el tamaño de la decisión que había tomado. Oí hasta cómo daba un golpe en el volante y resonó la bocina—. ¿Estás segura?

Me mordí el labio con fuerza y tardé unos instantes en contestar:

—No puedo seguir aquí. Necesito poner tierra de por medio.

—Espera, ¿me estás diciendo que lo dejas todo por él? —gritó con la voz estrangulada.

—No lo dejas por él, simplemente me he enamorado de quien no puede ser.

—¿Y no hay otra solución? No sé..., ¿algo menos drástico? ¿Menos lejano?

—No. Tengo que pensar en mí, no quiero nada a medias. Pasaré las Navidades en la Gran Manzana y luego mi jefa me ha encontrado plaza en un máster de Psicología Forense en la Universidad de Kent.

—Veo que lo tienes todo listo.

—Sí, excedencia en el trabajo, billetes comprados, alquilada habitación, el ESTA... Me voy el 16 y vuelo directo el 3 a Londres.

—¿Quieres venir a verme unos días antes de irte?

—¡¿Estás loco?! ¿Cómo voy a viajar a Argelia antes de ir a Estados Unidos?

—No había caído, pero tienes poca pinta de terrorista. —Aunque quiso mostrarse gracioso, la preocupación vibraba en su voz—. ¿Quién lo sabe?

—Aparte de ti, nadie cercano.

—¿Vas a hablar con él? —preguntó al cabo de unos instantes en que los dos permanecimos en silencio.

—No hay nada que decir —contesté, sabiendo que ninguno de los dos creía mis palabras. Nos quedamos de nuevo en silencio.

—¿Estás segura? Por nada que decir lo dejas todo atrás.

—Toca afrontar, asumir y seguir adelante.

—Pero... —Hizo una pausa como buscando las palabras—. Nola, creo que deberías hablar con él, lo conozco y...

—No —lo interrumpí—. Y prométeme que no le vas a decir nada.

—No me meteré, te lo prometo. Pero no estoy nada de acuerdo con lo que estáis haciendo. Ni él contigo, ni tú huyendo... ¡Joder!

Me eché a llorar y, aunque intenté apartar el teléfono para que no me oyera, fue en vano. El silencio se instaló de nuevo entre los dos, me dejó espacio, pero con su respiración cerca acompañándome.

—Lo siento, me había prometido no llorar.

—Eso es lo de menos. Llorar no es malo. —Su voz se volvió dulce, cargada por el momento—. Siento no estar ahí contigo.

—Ya haces mucho escuchándome. —Las lágrimas seguían ahí, cargando todo el peso de culpabilidad y pena que me albergaba.

—Y lo haré las veces que lo necesites.

Plan maquiavélico-sensual

Sábado noche. La semana había pasado con altibajos, con un humor de perros que no me aguantaba ni yo. Tenía comportamientos bipolares, en un minuto estaba decidida y con ganas de que llegara el 16 de diciembre y marcharme, pero al siguiente la pena y la desidia me decían que sería mejor seguir aquí y apañármelas de algún modo para mantenerme en esa cuerda floja. Abandonar cualquier esperanza que Abel me diera y poco a poco ir distanciándome de él.

Serían las nueve cuando sonó el portero automático y fui a abrir. Hacía apenas media hora que Nerea había llegado de Puigcerdà. Había sido una escapada exprés porque no quería perderse la cena «por nada del mundo», palabras textuales de ella.

—Hola —me saludó Abel.

—Sube, Nerea aún está en la ducha. —Le di al botón y solté el aire que retenía por los nervios.

Me puse nerviosa, desde que tomé la decisión de irme el domingo por la noche no nos habíamos visto; seis días, cinco noches sin aparecer por allí, como si de alguna forma hubiera intuido que necesitaba tiempo y espacio. «Y, encima, yo vestida así.» Me di un último vistazo en el espejo de la entrada mientras esperaba que subiera y maldije a Eloi por convencerme, ¡hasta me acordé de su madre y de sus antepasados!

«Con los nervios y las pocas ganas de salir a cenar..., ¡y encima esto!»

Todo había empezado el día anterior, el viernes, cuando sobre las nueve y media de la mañana sonó mi móvil.

—¿Qué haces levantado a estas horas si para ti es como un sábado? — contesté al ver que era Eloi.

—Estoy en el aeropuerto esperando a Serina. Ayer me dejaste preocupado.

—Estoy bien. —Sonreí levantándome de la silla y acercándome a la ventana. La mañana era fría y los cristales estaban empañados. Apoyé la frente en ellos buscando ese frescor—. De verdad.

—Me parece una locura.

—Lo dice el que se ha ido a vivir a Argelia.

—Ya, pero yo no huyo de nada. Lo he hecho con un importante contrato bajo el brazo con el que por fin voy a trabajar de lo que me gusta.

—Y yo he tomado la decisión pensando en mí, sólo en mí —lo interrumpí—. Puede que ahora esté algo perdida, pero debo hacerlo para estar bien; me apetece.

—Eso te hace aún más sexy —murmuró con voz ronca.

—Te recuerdo que estás esperando a tu chica.

—No importa. Sabes que me gustas y admiro tu valentía, y no es mi chica —subrayó.

—Acuérdate de llevarla a comer —me burlé—. Ya sabes, eso que hacemos a veces los humanos...

—No me lo vas a perdonar, ¿verdad? —rio y ese sonido, conocido y cercano, me relajó.

—¿Que me dejaras sin cenar?

—Recuerdo que te di un vaso de leche con galletas a las tres de la mañana. Bueno..., están anunciando el vuelo, deséame suerte.

—Disfruta.

—Y tú pásalo bien en la cena.

—No me apetece mucho, la verdad. Aparte de ser la única soltera, es... puede que sea una de las últimas cenas en las que estemos todos.

—Ya, como una despedida que sólo tú sabes.

—Exacto.

—Piensa que, como mínimo, tienes la oportunidad de despedirte, poco a poco. Tú lo gestionas como quieres, date ese privilegio. Para lo que quieras, no dudes en llamarme.

—Gracias, Eloi. —Y nos despedimos con alguna que otra broma que no recuerdo.

Me costó volver a ponerme con el informe que tenía entre manos. Me levanté a por un café, hablé con Nico sobre Whitstable y, cuando regresé a mi mesa, volvió a sonar el teléfono. Era otra vez Eloi.

—Oye, ¿no tendrás por ahí una faldita corta de cuadros?

—¿Tipo escocesa? —contesté a la gallega, sin saber de qué hablaba.

—Tipo colegiala, mejor dicho. —Oí la risa de una mujer—. Por cierto, estoy con el manos libres: Serina, Manuela —dijo presentándonos.

—Un placer, me ha hablado mucho de ti —me saludó ella. Tenía una voz algo cantarina y un acento con una raíz francesa que le daba ese toque sensual.

—Lo mismo digo.

—¿Tienes o no? —intervino Eloi.

—Pero ¿me vas a decir de qué hablas?

—Me he acordado de algo. Para la cena de mañana estaría muy muy bien que te vistieras como una colegiala, ya sabes, faldita corta...

—Sí, y coletas —me mofé sin dejarlo terminar la frase.

—Y un corpiño que se intuya bajo la camisa blanca —añadió la azafata.

—¿Cómo? —preguntó Eloi, y luego se hizo el silencio, hasta que oí una exclamación ahogada de él y la risa de ella. No veía qué estaba pasando, pero me fue fácil imaginar que ella lo llevaba y se había desabrochado algún botón o algo para que Eloi viera su ropa interior.

—Joder —carraspeó—, sí, obligatorio uno de éstos.

—Eloi, estoy trabajando. —Chasquéé la lengua impaciente—. ¿Puedes decirme qué pretendes, de qué va esto?

—De Abel. Acepto que te vas, pero eso no impide que antes le devuelvas un poco de esa locura que te ha llevado hasta aquí. Vístete como su sueño

erótico y sé su tortura.

«Hostias..., yo... ¿su... su sueño erótico?»

—Eloi, está con Nerea, y yo me voy —murmuré sin voz porque mi cabeza estaba funcionando a mil, «putas musas».

—Sólo es disfrutar del poco tiempo que te queda, quema todos los cartuchos. Disfruta, al fin y al cabo, ¿qué más da? Ya lo has perdido todo.

—Eh... —No supe qué contestarle. Me froté las sienes con la palma de la mano sin entender mucho el plan de Eloi, pero, por una parte, me estaba apeteciendo de verdad aquella locura.

—Sé que lo estás pasando fatal, sólo es un poco de revancha. Piénsalo.

Y allí estaba yo, esperando a Abel y estrenando ropa, porque, sí, había hecho caso a aquellos dos y había pasado el viernes por la tarde de compras. La falda era roja de cuadros, cruzada, y en el lado izquierdo tenía una pequeña abertura que dejaba ver más muslo, medias de liga, camisa de seda blanca que ya tenía y que me ponía muy poco por ser demasiado transparente. Y, claro, el corpiño, aunque sabía que mis probabilidades de que Abel lo viera era las mismas de que cayera un meteorito y me pillara. Era blanco de encaje y satén, sin tirantes, con ligero, y conjunto de tanga que me costó un dineral. Yo no era mucho de ese tipo de lencería, pero tengo que reconocer que me sentí la reina de la perversión vestida así. Me estaba arrepintiendo, llevaba todo el día preparando aquel disfraz y, a la hora de la verdad, me entró el miedo y la vergüenza... «¡Pareces recién salida de una peli porno!»

Un ligero toque de nudillos sonó al otro lado de la puerta, estaba allí y yo no tenía tiempo de cambiarme. Cogí el pomo, suspiré y meneé la cabeza antes de abrir. No quería ni mirarlo, así que bajé la cabeza a sus pies. Botas moteras marrones, vaqueros color camel, y al no oír nada seguí subiendo, camisa azul marino... «Dios...» Se había quedado mirándome absorto y con la boca desencajada.

«Pues sí que tenía base el plan.»

En mi mente, la voz de Eloi vitoreaba un: «Te lo dije».

—Hola —saludé intentando sonar natural y evitando sonreír—, ¿pasas?

—¿Eh...? —Se llevó la mano a la boca y se pellizcó el labio inferior, ese gesto que ya le había visto hacer otras veces, pero sin dejar de observarme.

—Que si no entras —repetí coqueta tocándome el dobladillo de la falda, y sus ojos siguieron el movimiento. Verlo de aquella manera hizo que despertara ese instinto que tenemos las mujeres, el de la seducción. Una tortura que no sólo lo sería para él.

—Ah, sí —carraspeó y entró en casa—, hola.

«Que empiece la noche...»

Cerré la puerta y al volverme vi que me daba la espalda y se quitaba la chaqueta. Llevé mis manos a su cuello y lo ayudé. Noté cómo pegó un brinco al notar mis dedos en la nuca y me aguanté la risa. Se dejó hacer y, una vez le quité el abrigo, lo colgué. Él se dio la vuelta y sus ojos se pegaron a mi escote; la temperatura me subió diez grados más.

—¿Quieres tomar algo?

—Ehmmm..., una cerveza.

—Marchando. —Me fui hacia la cocina y lo dejé allí.

—*Cagoenlaputa...* —siseó entre dientes, y, aunque no hice nada que denotara que lo había oído, así fue.

De la nevera cogí dos botellines y los destapé con el abridor en forma de torre de Pisa que era imán y que nos trajo mi primo de unos de sus viajes. Con el rabillo del ojo vi que se llevaba las manos a la cara y se la frotaba.

—¿Qué tal ha ido la semana? —pregunté como si nada.

Se acercó a mí, deteniéndose justo cuando sus pies tocaron mis zapatos de plataforma negros, y me atraganté con mi propia saliva. Seguía afeitado, y, aunque estaba increíble —y así sus labios aún parecían más puñeteramente jugosos y apetecibles—, echaba de menos aquella barba. Me cogió uno de los botellines y dio un trago... Mis ojos se perdieron en su cuello, en el movimiento de su nuez tragando... Su mirada atrapó de nuevo la mía antes de

agacharse a la altura de mi oído, y su olor... «¿Para quién decía que era esa tortura?»

—Cada mañana de esta semana, mientras tomaba el café, me ha faltado algo... —me susurró, enfatizando cada palabra como misiles que estallaban todos en mi bajo vientre.

Las jodidas mariposas despertaron como siempre que estaba cerca de él y dieron vida a las que Lía me había tatuado. Cada ala, cada gota de tinta ardía de pasión prohibida. Ladeé un poco la cabeza, igual que él, y nuestros labios se acercaron buscándose... Esa necesidad primitiva, cuanto más prohibido, más anhelo. Nunca habíamos dejado que llegara tan lejos. Habíamos coqueteado rozando nuestros dedos al alba, porque lo de la noche en la cocina, abrazados desnudos, aquel piel con piel, era mucho más que deseo, pero en aquel momento sus ojos hablaban de pasión y su aliento ardiente cosquilleaba sobre mis labios... Ese momento mágico rebosante de expectativas que precede al beso..., pero ahí se quedó. En un acercamiento, porque la puerta del baño se abrió y oímos a Nerea que se dirigía a su cuarto cantando.

Abel se apartó y se fue en busca de su novia, dejándome sola. Llevé las manos a la espalda y me agarré al mármol. Nunca habíamos estado tan cerca de besarnos.

«Dios...»

Tardé en recuperar el pulso, la respiración... Bebí un largo trago y el frío de la cerveza me despejó un poco. Corrí hasta el comedor y cogí el móvil de la mesita. Fui de nuevo hasta el espejo de la entrada y me hice una foto que le mandé a Eloi:

Tu plan está funcionando 😊.

Estás tremenda. Disfruta, chica mala.

—Fuera de aquí, así no hay quien se vista y vamos a llegar tarde. —La risa exultante de Nerea resonó desde el pasillo y, desde mi posición, los vi. Ella,

desnuda, empujándolo lejos de la habitación, y él besándola en el cuello con las manos clavadas en sus caderas.

«¡Mierda, Eloi! Se suponía que tenía que volverlo loco, no que correría a tirarse a mi prima delante de mí a los cinco segundos después de casi besarme.»

Si tenía dudas de que irme era la mejor opción, me quedó claro en aquel instante. No pintaba nada allí. Nerea escapó de sus brazos y corrió para encerrarse en su cuarto. La risa de los dos chocaba con las ganas que yo tenía de gritar. Y llorar, para qué engañarnos. Abel se dio media vuelta y me vio allí parada, me sentí idiota vestida de aquella manera, viendo a pocos metros de distancia un momento de su intimidad. Algo apartada, sí, pero tan cercana en algunos aspectos. Miró hacia la puerta donde su novia se estaba terminando de vestir, de nuevo a mí, y al final optó por irse al baño. Aunque me dieron ganas de correr hacia mi habitación para hacer la maleta y adelantar el viaje, al final cogí el abrigo, el bolso y me fui. «Basta de hacer el ridículo...» Al llegar a la calle, caminé hasta la parada de taxis y le di la dirección del restaurante.

Cenas de tres pares y una

Después de casi tres meses había aprendido a convivir con aquella sensación. La de vivir un sueño y que, al despertar, fuera más bien una pesadilla. Durante buena parte del trayecto sentí que el tatuaje de las mariposas me ardía, causándome más dolor que cuando Lía lo dibujó, y el corpiño me estaba oprimiendo, impidiéndome respirar. Intenté relajarme, olvidar aquel capítulo y pensar sólo en la cena. Si no era la última vez que tendríamos una velada como aquella, sería la penúltima, y así me lo tomé, como un primer contacto hacia la despedida de todos mis amigos. Eso catapultó el deseo por Abel y dio un giro a todos mis sentimientos para quedar sólo la pena. Poco a poco, la decisión era más palpable y todo tomaba forma. Dejar el trabajo, pensar qué hacer, organizar mi futuro y empezar a despedirme. Sabía que sería de las cosas más complicadas que debería hacer, porque, al fin y al cabo, iba a alejarme casi por obligación y dejar atrás cosas que me gustaban y que quería en mi vida, como mi empleo, mis amigos... Después de casi diez años nos habíamos convertido en una familia, y estaba segura de que algunos de ellos seguirían conmigo después. Sí, cada vez tenía más claro que tras la decisión había un antes y un después en mi vida, como también sabía que algunas cosas no seguirían conmigo en esa posdecisión.

Pedí al taxista que me dejara en la esquina; quería retrasar el momento porque no me sentía capaz. Me abroché el abrigo y anduve hasta uno de los bancos de la acera. Estaba algo alejada, pero veía claramente la fachada y la puerta del restaurante. Me senté y busqué en el bolso la cajetilla de tabaco. No solía fumar, sólo en ocasiones especiales, pero en momentos así era como si

hinchar los pulmones y llenarlos de humo me ayudara a calmarme. Estaba dando la última calada cuando los vi llegar por la misma esquina donde me había dejado el taxista. Iban abrazados, con Abel pasando el brazo por encima de los hombros de mi prima y ella acurrucada con su mano en la cintura de él bajo la chaqueta. Sonreían mientras hablaban, y me di cuenta de que, hasta entonces, poco me había parado a pensar en su relación. Con la distancia suficiente para observarlos como pareja, tengo que confesar que se los veía bien. Nerea, aparte de sus sarpullidos por los calzoncillos al revés, parecía feliz con él, y llevaban casi cuatro meses, todo un logro para ella. Merecía ser feliz, y en parte me alegré al saber que, cuando me fuera, aunque se sentiría traicionada y dolida, la dejaría con él. Ella tendría un hombro al que acudir. De hecho, todas tenían a alguien. Y, por encima del dolor de saber que estaba enamorada de alguien que no me correspondía, por encima de dejar mi casa, mi trabajo, a mi familia y mis amigos, estaba la envidia de no tener a nadie a mi lado. La soledad, ese vacío en el que se había convertido mi vida.

El frío empezaba a calarme los huesos y, aunque quisiera estar en otro sitio, mis pies me llevaron hasta el restaurante. En el camino inspiré, exhalé el aire despacio, relajándome y tomando el valor y el coraje en cada respiración. En cuanto crucé la puerta los vi; estaban todos esperándome en la barra. «Apartaos, que la solterona acaba de llegar.» Cerré por un instante los ojos al tiempo que forzaba una sonrisa. Recordé las palabras de Eloi: «Disfruta de los últimos momentos». Elsa fue la primera en verme y se levantó de su taburete para saludarme. Me quité la chaqueta mientras me acercaba. El resto, al verla, hicieron lo mismo.

—Pero ¿adónde vas vestida así? —preguntó Ivet tras saludarme y darme dos besos como teníamos por costumbre.

—¿No te gusta? —Di una vuelta sobre mí misma, sonriendo.

Me daba miedo que Ivet, la que mejor me conocía, se diera cuenta de mi tristeza y se empeñara en hablar, pero por suerte estaba tan nerviosa con la presentación de su novio que casi ni se percató de mi estado. Casi.

—Estás increíble. Ya conoces a Guillem —añadió exaltada, cogiéndolo de la mano.

—Hola, ¿qué tal el viaje? —saludé, dándole dos besos.

—Bien, pero tenía ganas de volver —contestó mirando canalla a su chica.

—Te has ido sin despedirte ni nada —intervino Nerea sin levantarse.

—Sabes que no me gusta depender de nadie.

—¿Has venido en la moto? —insistió.

—No, en taxi. —Me volví hacia mi muso, después de lo vivido en la cocina ni me atreví a darle un beso en la mejilla, así que hice sólo un leve movimiento con la cabeza—. Abel.

—Nola. —Y, aunque sabía que sólo me llamaba por mi nombre completo estando a solas, lo eché de menos.

Un camarero nos indicó que nuestra mesa ya estaba lista y empezamos a ir hacia allí. Me quedé junto a Ivet, que, al ver que todos empezaban a andar, se quedó rezagada.

—Vas buscando guerra. —Tiró del cuello de mi camisa, que ya era suficientemente escotada, para mirar dentro, y silbó al ver la ropa interior—. Y lo sabes.

Me aparté para levantarme un poco la falda y enseñarle las ligas y luego le guiñé un ojo. Soltó una carcajada, me dio un pequeño azote en las nalgas y se alejó casi corriendo al ver que su novio la estaba esperando sonriendo y con la mano alzada dándole paso. Suspiré dándome un último aliento de valentía y empecé a andar, pero no me fijé en que habíamos dejado a alguien atrás, para ser más exactos, a Abel, hasta que lo sentí muy pegado detrás de mí, tanto como para cuchichearme muy cerca del oído:

—Más que guerra, yo diría que eres una puta tortura.

Pasó de largo como si nada y yo sentí que las piernas se me volvían de regaliz.

Me senté en la silla que habían dejado libre, que, cómo no, era la de la cabecera. A mi lado, Quim y Elsa. A la derecha, las chicas; a la izquierda, los

chicos. Pareja frente a pareja. La sensación de soledad se convirtió en metáfora en una silla vacía al otro extremo.

Ivet estaba parlanchina y risueña, como siempre que estaba nerviosa, pero Guillem aportaba esa seguridad que la calmaba, ¡a ella y hasta a mí! Parecía que pronto había encontrado algo en común y se había integrado fácilmente en el grupo. El camarero tomó nota de las bebidas y nos dejó las cartas. Por fortuna, el tema se centró en cómo se conocieron, el encuentro en el ascensor, el detalle de los gemelos..., y así dejé de sentir cómo los ojos de la Dalai me miraban escudriñándome desde su posición.

—Es una buena anécdota para contar a nuestros nietos. —Guillem dedicó una mirada tan intensa a Ivet que ésta sólo pudo sonreír como respuesta y darle un beso en los labios. «¡Joder, yo quiero uno así!»

—Por fin podemos cenar todos juntos. Últimamente, cada vez que quedábamos, al final acababas marchándote —comentó Elsa cogiéndome de la mano.

Todos reímos e Ivet le contó a Guillem las últimas cenas que habíamos tenido: en una había huido al ver a Abel, aunque nadie supiera que era ése el motivo, y la otra fue la noche que hicimos creer a Gervasi que él era mi pareja. Por suerte, el camarero llegó con las bebidas. Eso me dio tiempo, pero cuando se marchó con nuestros pedidos y ellos hablaban de vinos y de la moda de las cervezas artesanas, Nerea abrió la boca, aunque habría sido mejor que siguiera callada.

—No sé cómo Gervasi pudo creérselo —ironizó—, sólo había que veros. No hay química entre vosotros, y encima tú tan... nerviosa.

«Ojalá te atragantes con un trozo de pan, así tendrás la boca cerrada...»

Todos rieron, yo me llevé la copa a los labios e intenté esconderme tras ella, pero mis ojos buscaron los de Abel. Me encontré con su mirada, una que no supe cómo descifrar. Si estaba recordando aquella noche, el casi beso de hacía sólo una hora, no lo sé, pero sí que mis mariposas tatuadas siguieron

revoloteando como si él fuera de esas flautas mágicas que hechizan a las serpientes.

«¿Chispa? ¿Nada de nada?

»¿Así mira a su madre?»

Dios, ¿de verdad estaba tan loca?

Para cambiar de tema, me dirigí a Elsa y le dije que ya tenía cabecero y que era como habíamos hablado.

—Se lo encontró Abel —añadió mi prima, que estaba al otro lado de la decoradora—. Y su amigo Eloi lo estrenó. No ha perdido el tiempo.

—¿Quién es Eloi? —pidió Elsa.

—Mi mejor amigo —intervino él—. Acaba de mudarse a Argelia, y Nola y él se han entendido desde el primer momento. Se lo cuentan todo, hasta los secretos de los demás, ¿verdad? —Lo dijo sin dejar de mirarme, y la expresión de su rostro era de contención.

Entendí que sabía que mi vestimenta era por él y que nuestro amigo me había hablado de algo que se suponía que yo no tenía que saber. Eloi sólo me había aconsejado vestirme así para atormentarlo, sin añadir más. Y en aquel momento deseé levantarme para llamarlo y saber en qué encerrona me había metido.

—Hay gente con la que es fácil hablar... —repuse altiva, sin dejar que sus palabras ni su forma de mirarme me afectaran.

—Y meterse en la cama —añadió Nena.

Mi prima, aquella noche, mostró su cara más cabrona, y si insistió con alguien fue conmigo. Vamos, los dos me la tenían jurada. Ivet me miraba y me guiñaba el ojo, me sonreía mandándome cariño desde su asiento, hasta que, sin que nadie se diera cuenta, me mandó un mensaje:

Quien te enfada te domina. Contrólate.

Elsa intervino preguntándome por el cabecero, y aunque parecía una de tantas charlas que teníamos sobre decoración, sé que en el fondo sólo

intentaba dar tregua en aquella velada. Le enseñé las fotos de la verja, el antes y el después. Empezó a hablar de colores, de papel para tapizar las paredes, de tejidos, pero yo ni la escuchaba, me sentía realmente sola y sólo pensaba en marcharme.

Los entrantes llegaron y, con una nueva ronda de bebidas, Quim se levantó para brindar. A Elsa se le enrojecieron las mejillas cuando él le ofreció la mano para levantarse, y, antes de que anunciaran la noticia, me percaté de que ella iba a brindar con un vaso de agua en la mano.

—Queridos amigos, no deseamos quitar el protagonismo de esta noche a Guillem, pero es que no aguanto más: ¡vamos a ser padres!

Estallaron los vítores y los aplausos. Nos levantamos a felicitarlos, brindamos y, cuando abracé a Elsa, el nudo de mi garganta se hizo mayor. Me lo perdería. No viviría con ella el embarazo, y mucho me temía no estar ni para el nacimiento. Londres no quedaba tan lejos, sólo a dos horas de vuelo, pero volver... Suspiré y tragué las lágrimas. Alejarme implicaba mucho más de lo que había imaginado en un primer momento.

Por suerte, por llamarlo de alguna forma, el resto de la cena se centró en cómo les cambiaría la vida. Todos teníamos edad más que de sobra para pensar en hijos. Era normal avanzar y pensar en el siguiente paso. Ir madurando. Trabajo, parejas, una vida en común, planes de futuro y familia. Yo llegaba a ese punto y, en lugar de seguir avanzando, me veía que, de un puntapié en el culo, aterrizaba de nuevo en la casilla de salida. Tenía miedo, mucho. Estaba aterrada por el futuro que tenía por delante, el más cercano. Me sentía abatida y sin fuerzas, cuando tenía claro que, si en algún momento tenía que sacar toda la fuerza que había en mí, era en esa época, en los días que estaban por llegar. Me embargaba la soledad, y aún no me había ido. No había nada a que aferrarme, nada de mi zona de confort me acompañaría en aquel viaje. Los que había alrededor de aquella mesa eran parte de mi familia; había vivido de todo con ellos, pero eso me tocaba hacerlo sola.

El sonido de una bandeja resonando contra el suelo me devolvió a la

realidad. Hablaban de hijos, Ivet tenía claro que le daba igual el número siempre que fuera más de uno, porque no quería que fueran hija única como ella. Guillem dijo que le encantaría tener la parejita.

—Claro que deseo ser madre, pero, no sé, a veces tengo la sensación de que es muy egoísta por nuestra parte —dijo su opinión Nerea—. ¿Qué vida les ofreceremos? ¿Qué mundo les vamos a dejar? Si parece que estamos a las puertas de una tercera guerra mundial...

—Pues yo no sé si porque somos tres hermanos y es lo que he vivido —añadió Abel—, pero me gustaría tener tres.

Ni me preguntaron ni di mi opinión. Si hubiera salido el tema tres meses o incluso dos semanas antes, habría dicho que era algo que quería, que deseaba, que me veía siendo madre y de familia numerosa, pero aquella noche preferí callar, porque ese futuro lo veía tan lejano que me dio vértigo.

—Queríamos proponeros pasar el puente juntos en la casa de mis abuelos en el Vall d’Aran —sugirió Quim con la llegada de los postres—, hay que aprovechar antes de que llegue el peque y demos prioridad a los *bibes* en vez de a los botellines.

—Sería genial. Cabemos las tres parejas y tú, Nola, podrías dormir en el sofá —sugirió Nerea.

Yo ya no estaba muy fina, emocionalmente hablando, y el vino no ayudó en nada, al contrario, empezaba a notar la cabeza embotada. Pero la idea de lo que podía suponer ese fin de semana pasó en cámara lenta por mi mente, con demasiados detalles. Más allá de lo idílico que lo planteaban y todo lo romántico que podía ser para ellos, porque para mí era una especie de pesadilla, una de la que parecía que no podía despertar.

«Veinte días y desapareceré.»

—Suenas tan divino —ironicé con voz de actriz de telenovela— que no sé cómo me voy a resistir... Perdonad, voy al baño.

No había cola, pero me entretuve refrescándome un poco y dándome ánimos para volver a la mesa.

Querían pasar el puente juntos en una casita en la montaña y esquiar. No sería la primera vez que ocupábamos la casa de los abuelos de Quim. Sabía qué esperar de aquel puente, y en otras circunstancias habría sido la primera en empezar a planificarlo todo. Por una parte, lo vi como una forma de despedida a lo grande, pero no me vi capaz. Días de nieve y esquí, veladas frente a la chimenea, alejados de todo en aquella cabaña. Ya me veía yendo a un bazar chino en busca de una bolsa de agua caliente para calentar mis noches. Sólo una, los demás tenían quien les calentara los pies en invierno. Maldije a Queta por sus opiniones. Me veía acabando mis días con ella, y, en lugar de pasar las noches en cabañas frente una chimenea, sería en una sala jugando al bingo. Le había oído repetir tantas veces eso de «desafortunados en el amor...».

«Estando en Nueva York podría llegarme hasta Las Vegas y probar suerte...» Cuando me di cuenta de lo pesimista que era aquel pensamiento, me obligué a volver a refrescarme la nuca y a regresar a la mesa.

El adiós que nos merecemos

Al abrir la puerta, di un paso para salir, pero alguien apareció de la nada, me tapó la boca y me cogió por detrás para volver a encerrarme en el baño. Intenté moverme, pero era más fuerte y no lo conseguí. Me estaba poniendo histérica cuando percibí un olor familiar. Lo conocía. El miedo se esfumó y lo reemplazó una vibración distinta. Su cuerpo pegado tras de mí, el tacto de sus dedos ejerciendo fuerza sobre mis labios y su respiración calentando mi cuello. Recuerdos de un pasado ya lejano, momentos de pasión salvaje y arrolladora como el ramalazo electrizante que creció entre mis muslos y subió por mi columna. Lo que le faltaba a esa noche. «La puta guinda del pastel.»

—Soy yo.

Estuve a punto de decirle que eso no era motivo para no gritar más fuerte, pero seguía con su mano sobre mi boca. Cuando me dio la vuelta, quedé frente a él.

Gervasi.

El cabrón estaba insoportablemente atractivo. Seis años de relación me sirvieron para identificar aquel brillo en su mirada. Los recuerdos nos quemaban a los dos.

—Hummm—intenté hablar y, al final, cansada, dejé de revolverme.

—Te he visto desde que habéis entrado y... o bien te ha dejado, o mi teoría es cierta: el día que me lo presentaste fue una pantomima. —Hizo una pausa—. Si te suelto, ¿gritarás?

Negué con la cabeza. Estaba demasiado cansada y harta como para montar otro espectáculo, esta vez de damisela en apuros.

—Siento haberte mentido. —Por una vez intenté estar serena y supliqué—: Pero, por favor..., G, si algún día me quisiste, basta. No es mi mejor noche.

—No mereces estar sola —susurró como si mi estado fuera obvio. Puede que sí me conociera, al fin y al cabo.

—Gervasi...

Y, cuando creía que ya nada podía enfatizar la sensación de soledad y tristeza, llegaba él. La camisa negra se le pegaba al cuerpo. La reconocí, era una de sus favoritas y se la había regalado yo. Una nueva oleada de recuerdos me aturulló. Mis dedos volaron a su pecho y acariciaron los botones, como quien acaricia el pasado.

—Te echo de menos. No dejo de pensar en ti. Por favor, dame la oportunidad de hablar contigo. —Estaba nervioso y las palabras se amontonaban unas sobre las otras por la rapidez con la que articulaba.

Llevó una mano junto a la mía, que aún temblaba sobre su pecho, y las unió besando mis nudillos. Era la primera vez que me parecía sincero, con ganas de hablar, por fin y por primera vez, de verdad. Además, estaba su olor, su cercanía, la soledad que me invadía.

—Por favor... —repetí sin fuerza.

—No insistiré, pero quiero que me tengas en cuenta. Sabes lo que puedo ofrecerte. Me equivoqué, sí, pero no me daré por vencido, jamás.

—Lo pensaré; es lo único que puedo prometerte.

—Me sirve.

Por unos momentos me dejé llevar por las sensaciones; su aliento tan cerca... como si el pasado me engullera. Cerré los ojos y él lo aprovechó como una invitación para besarme. Las emociones me vencieron, igual que los recuerdos. Se me hizo raro cómo su sabor, sus besos me transportaron al pasado, a la paz de lo conocido. Nuestros cuerpos se acoplaron como un viejo engranaje, las manos tomaron el camino ya tan conocido y dieron placer como sabían que le gustaba al otro. Poco a poco se volvió más intenso. Dejé de pensar y me dejé llevar por el deseo. Jadeando, se apartó lo mínimo. Su

aliento aún cosquilleaba sobre mi boca y no sé el tiempo que permanecemos allí, respirando el uno junto al otro con nuestras miradas hablándose en silencio. Me di cuenta de que ya no había herida abierta. Ya no sangraba. No había odio ni rastro de las peleas, ni de las tantas lágrimas derramadas. El tiempo, como la vida misma, se había llevado lo malo para dejar sólo lo bonito. Algo que se había roto entre los dos y no era capaz de saber cómo arreglarlo y ni siquiera si quería... Con mis manos en su pecho, lo empujé con suavidad y bajé la cabeza. Él depositó un beso en mi frente y me abrazó. Todo me transportó a años atrás. Esa complicidad, su forma de abrazarme, de protegerme, consiguió hacerme sentir bien, segura. Viva. «A lo mejor podría...»

—Sácame de aquí —le pedí con los labios sobre los suyos.

Volvimos a besarnos y ese año separados fue como si no hubiera existido.

«Vale más viejo amante en mano que fantasma inalcanzable...»

Se apartó y me miró cuestionándome, dejándome unos instantes para reafirmar mis palabras, para huir si había algo de duda, pero sólo asentí y al final tiró de mi mano.

—Espera, deja que coja el bolso y me despida.

—Estaré en la puerta.

Me acerqué a la mesa, y me resultó curioso que las dos personas que estuvieran pendientes de mí fueran Ivet y Abel.

—Me voy.

Todos se giraron al oírme. Me fijé en que Abel miraba hacia la puerta, que estaba situada tras de mí, y su expresión se tensó; imaginé el porqué de su reacción y al volverme lo confirmé. G sonreía victorioso, con un aire demasiado chulesco. Siempre he odiado ese comportamiento tan cavernícola y machito. En otra ocasión habría saltado, pero esa noche preferí callarme.

—¿Estás segura? —murmuró Nerea entre dientes, como si no estuviera muy convencida de formular la pregunta.

Por fin un gesto de la Nena que me gustaba, y no de la arpía en la que se

había convertido durante la cena. Todos los presentes sabían lo mal que lo pasé cuando me separé de él, pero mi prima fue testigo en primera persona de las noches de llantos y del luto que me acompañó durante mucho tiempo. Y luego, cada vez que nos cruzábamos con él y su facilidad para ponerme histérica en segundos. Me pregunté si era una buena solución lo que estaba a punto de hacer.

«Manola, ¿qué esperas marchándote con él?»

No lo sabía, pero sentía que era lo que quería, lo que me apetecía. No esperaba mucho, por no decir nada, puede que sólo un polvo por los viejos tiempos. Una despedida. ¿Hablar? «No lo sé.»

Le sonreí agradecida y, como respuesta, obtuve un guiño y una sonrisa pícaro.

—Disfrutad, parejitas, sigo con mi costumbre de abandonar la cena antes de tiempo. —Me colgué el abrigo del brazo y saqué el monedero del *clutch* para pagar mi parte.

—Yo te lo pago, no te preocupes —prosiguió mi prima al verme. Eran las dos caras de ella, podía pasar de ser una arpía a tu mejor amiga. Eso era lo que nos seguía manteniendo unidas, cuando conoces la peor versión de una persona, y la mejor. Encontrar ese equilibrio que hace que sigáis unidos.

—No hace falta que os levantéis —dije empezando por el lado de las chicas a despedirme con dos besos—. Guillem, un placer, nos vemos otro día.

Cuando fue el turno de Abel, me acerqué deprisa, más por las ganas de largarme de allí que por el miedo a estar demasiado cerca de un antojo como él. Acerqué los labios a su cara, él también buscó ese pequeño roce y no se conformó sólo con tocar mejilla con mejilla, sino que también noté sus besos en mi piel. Ardí. Sólo con eso, ardí. Al incorporarme, no se me pasó por alto dónde estaban sus ojos perdidos. Al agacharme, el cuello de mi camisa se abrió dejando ver mi ropa interior. Al final, sin buscarlo, había acabado enseñándole el corpiño a Abel. Ese que se ceñía a mi cintura y hacía que mis pechos casi rozaran el cielo. Nuestras miradas chocaron y en aquellos iris

color chocolate estuve a punto de perderme de nuevo. Era tan bonito lo que allí se reflejaba. Me faltó muy poco para derrumbarme y decir delante de todos que estaba enamorada de él y que me iba. Un escalofrío me sacudió entera, respiré hondo, tragué el gemido y con él me llené de coraje y abandoné el restaurante.

Gervasi me estaba esperando fuera, delante de la puerta del local. Cuando me vio, su postura se relajó con un ligero movimiento de los hombros y una sonrisa sincera que le cambió la cara; supuse que a lo mejor creía que no saldría. Empezamos a andar, bueno, mejor dicho, me situé a su lado y lo seguí. Sin ser consciente, supongo que por un acto reflejo después de tantos años juntos, nuestras manos se buscaron y enlazamos los dedos. Fuimos a su casa en su coche; era el mismo que tenía cuando estábamos juntos, su perfume estaba impregnado en el aire, recorriendo la ciudad y parados en los mismos semáforos... Volver a aquel piso, donde me había sentido como en casa.

—Es tan normal que resulta hasta raro —admití.

Por toda respuesta, sonrió y me apretó la mano antes de volver a ponerla sobre el cambio de marchas.

El trayecto lo hicimos en silencio, como si tuviéramos miedo de decir algo que rompiera aquella especie de paz, a la que, sin saber muy bien cómo, habíamos llegado. Era la comodidad que reside entre los viejos amantes. Un amor que primero paseamos por la universidad y fue madurando con nosotros. El primer trabajo, hacer planes siempre a dos, las familias..., imaginar un futuro... Cuando has compartido años de tu vida con una persona, cuando él formaba parte de todo tu mundo, esa sensación sigue ahí, como unas ascuas que aún desprenden calor pero ya no hay llama. Sin embargo, aquel año separados, las peleas, las decepciones también estaban ahí. Marcando distancia. El pasar de serlo todo a no ser nada.

Nada más entrar en el ascensor y darle al botón del quinto piso, me arrinconó y empezó a besarme. Aún hoy no sé si había sólo deseo, si era un efecto de la memoria recuperando viejos instantes vividos o era sólo una forma de seguir con aquella tregua, porque sabíamos que teníamos que hablar y que no sería fácil. Sólo optamos por retrasar el momento y hacerlo de la mejor manera. Esa que hace que lo olvides todo. «Justo lo que necesito.»

—¡Dios, joder! —Sus manos estaban bajo mi falda, acariciándome el muslo. Encontró el ligero y tiró de él mientras con la otra mano me estrujaba las nalgas. Mis dedos ya estaban entretenidos desabrochando los botones de su camisa—. Estás... estás de sueño erótico.

Como respuesta, mordisqueé su cuello a la altura de la carótida. No quise que esa última frase me afectase y me centré en sentir. Sus manos en mi cuerpo. Su olor llenándolo todo. Su deseo clavándose en mi cintura. El calor de su piel bajo mi tacto.

Cruzamos el largo pasillo conmigo colgando de su cuello y mis piernas encarcelando su cintura. No sé cómo consiguió abrir la puerta. Me dejó en el suelo y me volteó, quedando de frente al espejo de la entrada. Los recuerdos de la primera noche que estuve en aquella casa me invadieron. Como aquella vez, él se quedó a mi espalda y, muy despacio, empezó a despojarme de la ropa. Tan despacio. Tan torturador. Tan sensual. Verle la expresión, notar la dureza de todo su cuerpo reclamarme desde atrás aumentaba el deseo. La falda pasó a decorar el suelo, junto con la camisa. Me quedé en ropa interior, las ligas y los zapatos.

—Dios, déjame contemplarte como mereces.

Se apartó y se situó junto al espejo, delante de mí. Llevaba la camisa abierta y los vaqueros desabrochados, cayendo sensuales sobre sus caderas. Estaba muy excitada. Se mezclaban las ganas que tenía de él con los recuerdos. Dios, en la cama siempre había sido increíble. Sus pupilas hablaban del mismo paraíso. Se mordió el labio para lamerlo después de forma lenta. Di un paso hacia él y volvimos a besarnos con anhelo. Me deshice

de su camisa y mis dedos se pelearon con su pantalón. Mientras, él me hacía gemir al sentir sus dientes en uno de mis pechos. Me estaba molestando el corsé, y gemí.

—Espera, esto me está oprimiendo... —Reí y me peleé para quitarme la prenda. Sus ojos me acariciaban con lujuria desde esa escasa distancia que había entre los dos.

No me dejó acabar de desnudarme, me cogió en volandas y me llevó hasta la habitación. Caímos sobre la cama hechos una amalgama de cuerpos, de brazos, de piernas y con el sonido de la piel y los besos chocando con el silencio de la noche. Me dejó debajo y el calor de su cuerpo me cobijó y me hizo vibrar con los dibujos de su lengua recorriéndome entera.

—Me gusta —dijo, y noté sus dientes rozarme el vientre.

—¿Hum? —pregunté jadeando.

—Las mariposas.

Dos palabras, dos malditas palabras y todo se detuvo. De pronto, sentí frío. De pronto..., nada.

La única luz era la que entraba por la ventana. Mis ojos, que ya estaban acostumbrados a esa semipenumbra, viajaron rápido pared tras pared. Parecía que todo seguía igual. ¿Y nosotros?

No, nosotros ya no éramos.

Hay cosas que no tienen arreglo. Cosas que se rompen y, por mucho empeño que pongas, nunca volverán a ser como antes. No creía en las segundas oportunidades. Y sigo sin creer en ellas. Pero algo dentro de mí sabía que no había llegado hasta esa cama buscando una reconciliación, buscaba algo más egoísta: sentirme querida. Buscaba consuelo. Días de soledad, de dudas y de tomar decisiones que afectaban a todo lo que era yo, o, mejor dicho, a lo que había sido. Es normal que, presa de la intensidad de lo ocurrido, recurriera a quien durante años me hizo sentir una diosa. Feliz. En aquel mismo piso, tan lata de sardinas hasta para uno, habíamos encontrado nuestro paraíso. Deseaba a Gervasi, lo quería, pero si me había tatuado

aquellas mariposas era para recordar lo que sentía al notarlas vibrar y que era exactamente eso lo que quería en mi vida. Nada menos.

Me crucé de brazos, más que para ocultar mi desnudez, lo que me molestaba era mostrar mi vulnerabilidad. Respiré hondo antes de levantar la cabeza. Siempre he sabido que Gervasi era inteligente, y en ese momento me lo demostró. Abatido, se dejó caer hacia atrás sentándose sobre sus piernas. Los brazos laxos, perdidos sin saber qué hacer si no podían tocarme, y una mirada intensa, retándome. Una mirada que suplicaba seguir juntos.

—No he dejado de quererte, te quiero. —Sé que decía la verdad.

Me gustó oírlo porque me trajo buenos recuerdos de años atrás. Como la primera vez que me dijo esas dos palabras. Fue justo dos meses después de empezar a salir, estábamos en ese mismo piso, sentados en el sofá cenando sushi. Yo estaba distraída intentando pescar una gamba con los palillos —cosa a la que aún no le he cogido el tranquillo, por más que lo intente—, y lo dijo tan natural como si me pidiera que le pasara la botella de vino. Aquella noche me hizo tocar el cielo y sentirme la mujer más feliz del mundo.

—Y yo —susurré cogiendo una de sus manos entre las mías—, pero no es suficiente.

El silencio se instaló entre nosotros, pero no era pesado, era simplemente un paso más, una pausa antes del final, ese que ambos sabíamos que había llegado. No sé el rato que pasamos allí, mirando nuestras manos enlazadas. Al final, fue él quien se movió, se levantó y de la cómoda que había debajo de la ventana sacó dos camisetas y me entregó una. Él terminó de quitarse los pantalones, se quedó en calzoncillos y se puso la otra. Anduvo hasta el otro lado de la cama y se sentó reposando la espalda en el cabecero. No encendió ninguna luz, sólo abrió los brazos y yo busqué refugio en su pecho.

—Me entró miedo y yo... —empezó a decir en voz baja y cargada de melancolía. Mi mente se llenó de instantes como aquél, años atrás, cuando las palabras eran de color azul y hablaban del mañana. Sus dedos acariciaban mi pelo de forma distraída—. Sólo intentaba explicarle a mi novia cómo me

sentía, y de pronto estábamos discutiendo. Cuanto más hablábamos, más lejos parecía que estábamos el uno del otro. Como si no quisiéramos lo mismo... No sé si fue por vergüenza a reconocer mi miedo... ¡Joder, es que aún no sé cómo, ni qué pasó! He perdido la cuenta de las noches que he pasado en vela pensando en ello.

—Ni yo. No vi que intentaras contarme tus dudas..., sólo sentí que no era suficiente.

—Lo sé. —Me besó en la frente—. No sé por qué nos fue más fácil aceptar eso, en lugar de sentarnos y poder hablar..., no sé, como ahora...

—Puede que no estuviéramos preparados para ello.

Dicen que para cerrar del todo una herida hay que abrirla de nuevo. Y esa noche es lo que hicimos. Creo que ambos aceptamos que había llegado la hora de despedirnos de verdad. Lo nuestro había acabado. Me abracé fuerte a él y me despedí para siempre. Yo lo sabía, y estaba segura de que él también. Nuestra historia había sido bonita mientras duró, pero ya no había futuro como pareja para nosotros. Algo se había roto, algo que no podía repararse. Había descubierto que, por mucho que lo quisiera, él ya no despertaba ese cosquilleo.

Sólo cuando sentí aquella especie de paz me di cuenta de cómo agradecer poder cerrar aquella etapa de mi vida, y sobre todo de aquella forma. Darle el mejor final a lo nuestro. El que se merecían el Gervasi y la Manuela del inicio. Sin más reproches, ni más odio.

Me habló de su trabajo en un laboratorio farmacéutico, que seguía con su afición por la bicicleta..., y yo me atreví a contarle que había tomado la decisión de irme. No entré en detalles, sólo que iba a cogerme un año sabático. Le hablé de viajar por fin a Nueva York, y recordamos las veces que habíamos dicho que lo haríamos juntos, pero acabamos postergándolo «para el año que viene», y al final nunca llegó. Le conté lo del máster en Canterbury. Dios, qué bien me sentó poder sentirme tan bien con él. Porque lo había querido mucho y me veía pasando la vida con él, pero sobre todo porque había

mucha complicidad entre nosotros. La de los buenos amigos, y esa noche lo demostramos.

—Al final no me has contado quién es él.

—¿Quién? —contesté despistada.

—El de la pantomima de hace unos meses en el Mixturis.

—Abel —respondí, intentando sonar lo más neutra posible y que no se me notara que me temblaba la voz cada vez que pronunciaba su nombre—. El novio de Nerea. Yo no sabía nada, me pilló tan desprevenida...

—Con lo mal que se te da a ti fingir.

«Pues si me vieras últimamente..., no me reconocerías.»

—Entre eso y ver que te lo estabas creyendo..., me dolió pensar que en el fondo no me conocías como pensaba.

—Me chocó tanto verte en brazos de otro que creo que me cegué un poco. Igual que las otras veces, te pido perdón por cada una de ellas. No sé, era verte, tan bonita y tan lejos de mí. Y cuando más intentaba hablar, peor lo hacía. Me sentía tan impotente. Joder, ¡me estaba boicoteando solo!

—Ya está, olvídale. Esta noche lo cura todo. —Ladeé la cabeza y lo besé en el cuello. Me abrazó fuerte. «Dios, qué bien sienta...»

No había ni pena ni lágrimas, creo que nuestra historia ya había agotado todas las reservas. Sólo era emoción. Y algo de orgullo por haber sido capaces de llegar hasta allí, cosa que, hasta unas horas antes, me habría parecido imposible. Pero lo hicimos y nos regalamos el mejor final.

Me retiré para mirar la hora en el despertador que había detrás de mí: la una y media de la madrugada.

—Quédate.

—Prefiero irme a casa. Pido un taxi.

—Déjame acompañarte. Por los viejos tiempos.

Aparcó en doble fila y me costó un mundo bajarme. Aquella noche había sido un cúmulo de emociones. Bastante caótica y de muchos nervios. Desde la tristeza por la cena y la despedida, la impotencia con Abel, hasta lo inesperado, Gervasi.

—Me encantaría que pudiéramos seguir en contacto. Que me pongas los dientes largos sobre la Gran Manzana y que, si añoras Barcelona —dijo nombrando la ciudad como englobándolo todo—, me llames.

Y nos besamos a modo de despedida. Todos los adioses deberían ser así. Un buen recuerdo. Una sonrisa sincera. Un agradecimiento por todo lo vivido. Que no importen las decepciones ni los reproches; gracias a ellos, somos más fuertes. Forman parte del camino, forman parte de nuestra vida.

Un paso más lejos

Me desperté sobre las ocho de la mañana. Temprano para un domingo, pero me sentía descansada a pesar de haber dormido unas escasas cinco horas. No obstante, era mucho más de lo que estaba acostumbrada en los últimos tiempos. Y, sobre todo, era excepcional hacerlo con una sonrisa en los labios gracias a Gervasi. No sabía si de verdad seguiríamos en contacto, como habíamos acordado al despedirnos. Si serían palabras de cortesía o un deseo por parte de los dos de tenernos en nuestras vidas. Una postal, un mensaje..., un café a la vuelta... «Porque volveré..., ¿verdad?»

Ésa era la pregunta que resonaba de fondo en mi cabeza cada dos por tres. Entre las muchas decepciones que se centraban en mi persona, entre los muchos deseos de irme y emprender ese viaje y descubrir qué me esperaba..., ahí estaba ella. La pregunta. Como un faro en la tierra en la que naciste. Tus raíces y donde sientes que es tu hogar.

Me levanté con energías renovadas y, a pesar de que la mañana estaba oscura y melancólica, las ganas de correr y de tomar aire hicieron que me calzara las zapatillas. Pronto me encontré corriendo por las calles de la ciudad en dirección al mar. Hacía bastante frío, me puse la capucha y escondí los dedos en las mangas. Sólo se oía el amanecer en las calles de la ciudad y mis pasos resonando en la acera. Al llegar a la playa, bajé a la arena y me acerqué al agua. Respiré profundamente. Echaría de menos ese paisaje. Mi ciudad. Esa que me había visto convertirme en mujer. Enamorarme. Y no una, sino dos veces. Conseguir hacer carrera y trabajar en lo que me apasionaba. Donde había brotado mi pasión por escribir y había visto nacer cuatro novelas.

Donde había conocido lo que es amar y no ser correspondido. Donde había sentido el mayor de los placeres y el mayor dolor. ¡Y cuánto se parecían el uno al otro! Los dos ardían en la sangre, erizaban la piel. Se apoderaban de tu alma y sacudían tu cuerpo a su antojo sin poder controlar ninguna sensación. El olor a salitre impregnaba el aire húmedo. Me agaché a recoger algunas piedras, buscando las más planas, y, como nos había enseñado Eric un verano en el lago de Puigcerdà, empecé a lanzarlas al mar. Había perdido la práctica, aunque nunca llegué a hacer que rebotaran en el agua como mi hermano.

Recordé los domingos con Gervasi, cuando nos levantábamos tarde, cogíamos las bicis y nos llegábamos hasta allí. Solíamos comer en una de las terrazas, arroz negro y una botella de cava. Tradiciones que nos gustaba tener. Ese equilibrio entre la rutina y esas cosas tan nuestras. Después nos tumbábamos sobre la toalla, leyendo o simplemente dejando pasar el tiempo. Volvíamos despacio, para terminar la tarde echando la siesta en la cama, desnudos.

Recordé los días de verano con las chicas. Horas de sol, de confesiones y de risas con gusto a mar salada y a sandía.

Me senté y poco me importó la humedad de la arena. Únicamente necesitaba un rato de soledad. La playa estaba muy tranquila a esas horas y el tiempo tampoco invitaba. El aire era fresco, pero a pesar de eso no me despejó la mente. Todo seguía igual, hirviendo. Me preguntaba si era un error marcharse así. Estaba decepcionada conmigo misma por la forma tan pésima en que había llevado el asunto. Como todo lo relacionado con Abel, me había sobrepasado. Y allí me encontraba, preguntándome de cuánta gente tenía que despedirme.

Me acurruqué abrazándome las piernas, pasando los brazos bajo los muslos. El frío empezaba a calarme los huesos, pero era incapaz de levantarme. Dejé que las lágrimas me empañasen los ojos y resbalaran por mis mejillas mientras el viento las acariciaba en un intento nulo de frenarlas. Seguía con la vista fija en el horizonte, oyendo tan cerca y tan lejos el rumor

del mar. Miré las olas, iban y a la vuelta borraban toda huella de la anterior. Y ahí lo vi claro, en ese movimiento tan hipnótico: ¿por qué actuaba como si me fuera para no volver? ¿Por qué actuaba como si fuera un destierro? ¿Por qué estaba viviendo aquello como si fuera el final de todo?

Sólo era el final de una parte de mi vida, de un capítulo. Me quedaba mucho por vivir. Sólo era un viaje. Una nueva etapa. Ni mejor ni peor. Sólo... algo nuevo. Estaba bien viajar con la mochila sólo llena de recuerdos y cerrar heridas como podía ser Gervasi. Tampoco tenía que llevar mucho lastre. Los errores cometidos, y que me habían llevado hasta allí, me habían hecho conocer una parte de mí que desconocía. Dicen que para enamorarte hay que perder la cabeza, yo me lo tomé al pie de la letra. «¡Dios, si sólo hubiera perdido la cabeza...!»

Aceptar la derrota y ser capaz de tomar una decisión como aquélla. Como había dicho Abel, hablando de Eric cuando se fue, era propio de valientes. Sí, hay que ser muy valiente para afrontar el momento de tomar una decisión así y llevarla a cabo. De tener el coraje, como habían dicho Lía y Muriel, de arriesgar y salir de la zona de confort, esa zona que es algo muy personal e intransferible. Como en la mayoría de las personas, mi zona había ido mutando y yo me iba adaptando a ella con más o menos esfuerzo. Había aprendido a vivir con aquella culpa que me arrastraba cuando pensaba en Nerea. En aquel quiero pero no puedo con Abel. Últimamente mi zona de confort era bastante decadente y patética, pero yo había llegado a ser una experta marinera en aquel mar de dudas y había encontrado la estabilidad sentada en el precipicio con los pies colgando.

Y desde hacía unas semanas había vuelto a cambiar con esa decisión.

Y volvería a hacerlo al llegar a Nueva York.

Y cuando me mudara a Inglaterra. Lo que más temía del hecho de haber saltado al abismo no era no saber qué habría debajo; era el miedo de cuánto de mí habría dejado allí arriba sin poder recuperarlo.

Sí, quería ser como aquellas olas, ir y volver. Porque dejaba muchas cosas

por las que merecía volver. No sabía ni cuándo ni cómo, pero allí sentada vi claramente que no era una despedida para siempre. Sólo necesitaba alejarme un tiempo.

La vuelta la hice como si estuviera en Kenia de safari y detrás tuviera toda la fauna muerta de hambre. Al llegar, pasé a saludar a Queta.

—Tú, que puedes estar en la cama, ¿qué narices haces levantada tan pronto con el frío que hace?

—Congelarme —admití. «Yo y mis ideas...»—. Voy a por una ducha hirviendo.

Me despedí y me fui a casa, entré haciendo el menor ruido, me descalcé, e iba hacia el baño cuando me di cuenta de que Abel estaba sentado en el sofá, vestido y con los codos sobre las rodillas, masajeándose la cabeza. Estuve a punto de ignorarlo, pero no pude y me acerqué.

—¿Estás bien? —Me agaché frente a él y puse las manos sobre las suyas.

—Estás helada —murmuró con voz contenida sin cambiar de postura y sin contestarme.

—Y tú ardiendo. —Dibujé una sonrisa. Despacio, como con pereza, levantó la cabeza y la intensidad de su mirada me atrapó. Eso, junto al calor de su piel, fue algo sumamente excitante.

—Pensaba que no estabas en casa.

Aparté las manos de las suyas y las escondí cruzándome de brazos por miedo a dejarlas solas y que tomaran lo que querían, a él. Abel desvió la vista a mis labios, en los que notaba el latido por la ansiedad de besar los suyos. No sé cómo llegaba a controlar esa necesidad de él.

«Oh..., sí, ahora entiendo mucho mejor al pobre Edward cuando se resistía a besar a Bella.»

—Sólo salí a correr. ¿Resaca o gripe? —No esperé a que respondiera y

seguí hablando—: Deja que sea yo quien hoy te prepare el desayuno.

Me fui a la cocina preocupada por su estado, encendí la cafetera y la tostadora. Me acerqué un momento a la entrada y me alegré de ver en el perchero una vieja chaqueta de lana gruesa que tenía para estar por casa; sólo con ponérmela noté que mi cuerpo agradecía la prenda. La ducha podía esperar. Volví y saqué de la nevera la leche, mermeladas, queso de untar, naranjas y un limón para hacer zumo natural. Metí el pan en la tostadora.

—¿Te causó algún problema..., ya sabes... —carraspeó—, cuando fingimos?

Me volví al oír su pregunta. Estaba de pie en el umbral de la puerta, ese rincón que ya habíamos hecho tan nuestro. Cuántas decisiones, cuántas veces las ganas de huir y de seguir se habían dado en ese mismo punto.

—No. —Sonreí recordando la noche—. Por fin pudimos hablar con calma y está todo solucionado.

—Así que has vuelto con él. —No era una pregunta, lo daba por sentado.

Cruzó los brazos sobre el pecho; ese gesto, junto con su mirada tan intensa, era intimidante. Vale, y sexy. Mucho. Demasiado. «Arggg...»

—No. —Respiré soltando el aire lentamente por la nariz y sonreí—. Hemos entendido que lo nuestro ya pasó. Gervasi no es para mí.

La cafetera pitó y me volví para apagar el fuego. Cogí dos tazas limpias del lavavajillas.

—Déjalo, me voy a casa.

—Pero ya está todo listo. Desayuna, te tomas un paracetamol y luego, si quieres, te vas.

—Prefiero estar solo, no me encuentro muy bien.

Sin hacer ruido, se calzó las botas, que estaban en la entrada, y ni oí la puerta cerrarse. Seguí allí plantada en la cocina, con dos tazas en la mano y oliendo a pan quemado.

Lo nuestro, mejor dicho, lo que yo sentía por él, era sólo una quimera. Una que únicamente podía vivir en mi cabeza, en mis sueños. Amores de

almohada, había quien los llamaba. Además, alguien dijo que eran tan perfectos porque eran irreales, pero el mío —hasta en eso se había metido Murphy— era real. Un amor que pedía autocontrol, resistencia. Joder, el amor era todo lo contrario. Pedía ser disfrutado sin cordura, gritarse en libertad, expresarse sin miedo, vivirse en todas las dimensiones.

Al final acabé tirando las tostadas quemadas, guardé el zumo en la nevera, cogí una bolsita de galletas Princesa y una taza tamaño extragrande de café y me fui al baño. Antes, sin embargo, fui a buscar el móvil a mi mesilla y vi que tenía varios mensajes:

Ivet (00.10 horas): Llámame si me necesitas. Si no, hablamos mañana sin falta.

Eloi (03.40 horas): Está claro que nuestro plan funcionó. Está muy cabreado conmigo 😞.

Les contesté que ya los llamaría. Cogí los cascos y llené la bañera y me sumergí. Sonaba *Heartbeats* de José González. Me encantaba aquella canción. No sabía si era la melodía de la guitarra rasgando el aire, la voz..., sólo sé que era escucharla y mi cuerpo empezaba a moverse en un dulce vaivén hacia delante y hacia atrás. Mi cabeza se volvía una página en blanco y la imaginación comenzaba a hilar historias. Brochas sobre un lienzo que empezaban sin ton ni son para terminar formando algo bonito. Muchas veces no llegaba ni a plasmarlo en una hoja, ni a vivir más que aquellos minutos que tomaban vida en mi mente. Aunque también he de confesar que, desde hacía algunas semanas, aquellos personajes ficticios tenían cara y nombre. Abel y Manuela.

El agua ya estaba fría cuando entró Nerea, desperezándose y bostezando.

—Sal de ahí, tenemos que hablar. —Pegué tal bote que eché media tonelada de agua fuera de la bañera. Mi cabeza ya empezaba a buscar excusas para

justificar algo tan imposible de justificar como de quién te enamoras, cuando siguió hablando—: Quiero saber todo lo que pasó ayer con G.

Solté por la boca todo el aire que retenía de una vez. Me levanté y cogí el albornoz de detrás de la puerta.

—Buenos días. Fue muy bien. Espérame en la cocina. —Me vestí con un pantalón de pijama de invierno bien calentito y unos calcetines gordos.

Cuando llegué a la cocina, Nerea ya estaba tomándose el zumo que yo había guardado. Aquel que había hecho para su novio. Seguía con aquel frío en el cuerpo, pero, por mucho que me decía que era por haber estado tanto rato en la playa, sabía muy bien que poco tenía que ver con aquello y más con un chico de ojos marrones.

Cogí una manzana y empecé a contarle cómo había ido, las sensaciones y el gran peso que me quitaba de encima al haber cerrado nuestra relación de aquella manera.

—Así que se terminaron todos los encontronazos con él. Me alegro. Sobre todo, que hayas cerrado ese capítulo de tu vida. A ver si por fin encuentras a alguien de quien enamorarte que te corresponda.

—Se lo pediré a los Reyes —bromeé.

Me sentí tan a gusto hablando con ella, tan como en los viejos tiempos, que se me pasó por la cabeza contárselo todo. Cómo me sentía, la decisión. Abrirme en canal y confesarlo todo. Fue la primera vez que me planteé ser sincera con ella. Se lo merecía después de todo lo que habíamos vivido juntas, pero no pude. Sólo de imaginar la escena se me hizo un nudo en la garganta y se me secó la boca. Dios, pensaba que se me iba saltar el corazón del pecho.

—¿Has visto a Abel esta mañana?

—Se iba cuando yo volví de correr. Dijo que no se encontraba muy bien.

—Sí. Ayer volvimos pronto, espero que no sea la gripe. He pensado en preparar una paella y llevarles un poco.

—Cuidando del novio y de su hermano..., quién te ha visto y quién te ve.

—Me llevaré el uniforme de enfermera. —Riendo, se levantó de la silla y

se puso a hacer la comida.

Aunque sabía que prefería cocinar ella sola, me pidió si podía ayudarla, y yo estaba tan encantada de aquella tregua silenciosa que me puse a picar la cebolla.

Mientras ella se preparaba y se ponía guapa para ir a casa de su novio, yo rellenaba las fiambreras. Cerré y acaricié la tapa como si con ello pudiera llegar hasta él. Quería ser yo quien fuera. Quería conocer su casa, a su hermano. Adentrarme en su mundo, y, por encima de todo, quería ser yo quien cuidara de él. Como hizo él conmigo aquella tarde que preparó el bizcocho para mí.

—Siento que comas sola.

—No pasa nada. Espero que esté mejor.

—A ver. Me llevo ropa por si me quedo a dormir. No me esperes.

Sabiendo que Nerea no volvería en toda la tarde, y puede que ni tampoco a dormir, aunque ese pensamiento lo aparté rápido, me fui a mi cuarto. Tarde o temprano tenía que ponerme a ello y no podía retrasarlo mucho más. La noche pasada, mientras hablaba con Elsa, se me ocurrió la tapadera perfecta para recoger mis cosas sin levantar sospechas. Para todos, estaba recogiendo y pensando en remodelar la habitación. La verdad era que tocaba hacer limpieza y empezar a organizar el viaje. Repasar las listas. Pensar qué llevar en la maleta para el viaje a Nueva York y en las cajas para la mudanza a Kent. Pero al final me tomé algo de tiempo y llamé a Eloi.

—¿Mal momento? —lo saludé al oír que descolgaba al segundo timbre.

—No. Estoy en el coche volviendo de la visita a las obras.

—No me acordaba de que tú trabajas. Lo siento.

—¿Por qué te disculpas?

—Por Abel. ¿Está muy cabreado?

—Tanto como para llamarme a las dos de la mañana y cagarse en toda mi familia.

—Joder... —balbuceé, poniéndome más nerviosa.

—Me alegré de no estar en la ciudad. Menos mal que Argelia le pilla lejos.

—Tú que lo conoces, ¿se le pasará?

«Di que sí, di que sí», recé para mis adentros.

—Esta vez, bueno, digamos que los dos nos hemos dicho algunas verdades a la cara. Algunas que no queríamos oír. Me pasé, no debería habértelo contado.

—Tampoco me dijiste mucho y prefiero no saberlo. Sólo sé que casi nos besamos en la cocina y que luego la cena se convirtió en un infierno.

—Pero has vuelto con tu ex.

—¿Te ha contado eso?

—Sí. Y algo acerca de que os hicisteis pasar por pareja delante de él. Estaba tan nervioso que entendí sólo la mitad.

—Ya..., no he vuelto con él. Por fin pudimos hablar con sinceridad y terminar lo nuestro de la mejor forma.

—Eso te irá bien. Una carga menos para el viaje.

—Sí, aunque no pensaba que lo haría como lo ha hecho.

—Me alegro por ti. Toca cerrar etapas.

—Esta mañana he visto a Abel cuando volvía de correr. Ha dicho que no se encontraba bien y se ha marchado a casa. Nerea ha ido hacia allí. Y, aprovechando que estoy sola, iba a empezar a hacer la mudanza.

—Uff, se acumula una de mierda que no veas. Mi consejo: tira, tira mucho. Igual que la ropa, haz bolsas con todo lo viejo y dónala. Empieza de nuevo, en muchos sentidos.

—Dime que lo vais a arreglar —supliqué, sintiéndome culpable—, no quiero ser la responsable de cargarme vuestra amistad.

—Nola, no fue culpa tuya. Joder, sólo te pusiste una ropa y él se puso demasiado cachondo. No es nada malo. No me fui tanto de la lengua como piensa. Algo de tiempo y ya.

—Sí, parece que el tiempo es la cura de todo.

—Porque lo es. Dentro de un año, hablaremos de nuevo y sólo te quedará

darme la razón e invitarme a comer.

—¿A ti solo o vendrás con Serina?

—Ya sabía yo que al final me preguntarías por ella. —Rio y, aunque no lo viera, sabía que tenía esa sonrisa canalla—. Sólo me gusta. Pero con sus viajes y eso, cuesta plantearse algo más.

—Pero tú lo has hecho. —No era una pregunta.

—Sí. —Tardó un poco en seguir y le dejé el tiempo que necesitaba. Cuando volvió a hablar noté la risa en sus labios—: Me resulta muy fácil imaginar un futuro con ella. Hacer planes, no sé..., estoy un poco acojonado por cómo me siento.

—Puñetero, eso suena a amor, ¡más que gustar! Eloi, es genial. Te lo mereces. ¡Qué ganas de conocerla!

—Podríamos ir a verte a Londres y, no sé, hacer algo los tres.

—¿De verdad?

Reconozco que cuando estaba eufórica me imaginaba que mis amigos irían a verme. Estaba segura de que Ivet sería la primera en escaparse, sobre todo para asegurarse de que estaba bien, pero que Eloi insinuara ir me hizo darme cuenta de que no estaría tan sola y que podía contar con mis amigos.

—Ni lo dudes. Aunque sea solo, no pienso desaprovechar la oportunidad de verte y de volver a una de las ciudades que más me gustan del mundo.

Antes de colgar, aún seguimos hablando un ratito más de banalidades. Con una sonrisa en los labios y un empujón de positivismo, afronté el reto.

Las horas siguientes las pasé entre lagrimones —que parecían no tener fin— y haciendo limpieza. Acabé llenando cuatro bolsas de basura entre viejos apuntes, revistas, panfletos publicitarios, billetes de avión, entradas de conciertos... Cuántas cosas guardamos como si fueran importantes, hasta que toca priorizar y te das cuenta de lo poco material que necesitas. Todo lo importante es lo que llevas dentro.

Me voy

Hazlo y, si te da miedo, hazlo con miedo.

Esa frase podía definir los días siguientes. Iba avanzando, la lista de tareas pendientes para el viaje se iba incrementando, por mucho que cada día fuera tachando alguna. Iba sin tiempo porque ponerme al día con el máster se llevaba cada minuto que tenía libre. Agradecí tomar la decisión de seguir trabajando hasta el viernes día 2. Luego ya venía el puente del 6 y el 8, y el resto de los días para los últimos detalles, como las despedidas. Iba falta de tiempo, sí, pero estar en casa tampoco era la solución, porque sólo de pensarlo me agobiaba más.

Como era de esperar, Nerea pasó la noche fuera, y yo casi cojo una tendinitis en el dedo por las ganas de mandarle un mensaje para saber cómo estaba Abel, pero me contuve. Esa noche, la sensación de vacío y de soledad se hizo algo más palpable. Estaba sola, en una habitación con las paredes desnudas —que la volvía del todo fría e impersonal—, una maleta bajo la cama que ya contenía algo de ropa... Lo único que me ayudaba a olvidarme de todo era ponerme a escribir. Al zambullirme en la vida de Candela conseguía dejar de pensar en la mía.

El lunes, estaba aparcando la moto frente a la oficina cuando me encontré con Nico e Ingrid, que llegaban al mismo tiempo que yo; iban abrazados y estaban muy mimosos.

—¿Un fin de semana malo? —me preguntó él.

Aunque esa mañana me había maquillado a conciencia, sabía que hay cosas que ni añadiendo tres capas de chapa y pintura llegan a esconderse.

—No. Sólo algo... completo.

—James nos ha invitado a pasar el fin de año con ellos en Londres — comentó Ingrid, abriendo la puerta del portal—. Dice que quiere ver a Lis antes de que haga la comunión.

—Eh, ¡qué bien! Yo llegaré el día 3. Qué lástima que no coincidamos.

—Sí, una pena. Pero hemos pensado que, si quieres que te llevemos algo de aquí, nos lo dices —añadió Nico, ya en la escalera.

—Hablé con él la semana pasada y quedamos que mandaría algunas cajas para que cuando llegue ya esté todo allí. Pero lo tengo en cuenta. Gracias.

Le comenté que igual al día siguiente llegaba algo más tarde porque tenía que pasar por el banco y empezar a preparar los cambios de divisas.

La mañana pasó rápida. Le mandé un mensaje a Ivet para saber si le apetecía comer conmigo y así reservar en el restaurante tailandés, el Petit Bangkok, donde solíamos quedar siempre.

Ya me esperaba en la mesa cuando llegué. Estaba despistada mirando su móvil. Llevaba un vestidito color lavanda con cuello Peter Pan en blanco. Estaba preciosa. Se la veía feliz. Éramos como la cara y la cruz. Ella preciosa y feliz, yo un ogro con ojeras y triste.

—Mejor no pregunto cómo estás.

—¿Por?

Me señaló desde la cara hasta llegar a las botas. Me miré, hasta en la vestimenta había optado por algo fúnebre. Botas negras, pantalón del mismo tono y jersey grueso gris dos tallas más grande.

—Es lunes, algo de piedad.

Sin añadir nada, se levantó y me abrazó. Y yo alargué un poco más y la apreté fuerte. «Dios, cómo te voy a echar de menos.»

El camarero se acercó con el agua con gas que solíamos pedir siempre y

nos tendió la carta. Mientras esperábamos los platos, empecé a contarle el porqué de la vestimenta del sábado.

—No me gusta nada todo esto. —Negaba con la cabeza.

Nos trajeron la comida. Frente a ella dejaron el *pad thai*, tallarines de arroz salteados con gambas, soja, huevo y cacahuets, y, para mí, *pad khing*, un wok de verduras salteadas con jengibre, *shiitake* y pato.

—Gracias —agradecí al camarero, y volví a ella—. Lo sé...

Pero no terminé la frase, porque la verdad es que no sabía cómo justificar nada. Supongo que vio que no quería seguir con aquel tema y pasó a preguntarme por Gervasi. Levanté la cabeza del plato, sonreí y le conté el resto de la noche.

—Es un buen tipo, aunque pasara una época siendo un capullo integral.

—Estoy comprobando que, a veces, hay situaciones que hacen salir al ogro que todos llevamos dentro.

Ella me contó el resto de la velada. La mala cara de Abel hasta que se fueron del restaurante, y que ellos, al quedarse solos con Elsa y Quim, decidieron ir a casa de éstos y tomar algo allí.

—¿Qué tal lo pasó Guillem?

—Muy bien. Se sintió muy cómodo. Espero que no te moleste, pero se lo conté.

A decir verdad, no me extrañaba. Siendo pareja, era de lo más normal, y supongo que mi comportamiento daba pie a intentar justificarlo. «Como si eso fuera posible...»

Por la tarde, al salir del trabajo, fui a comprar algunas cajas de cartón. Al llegar a casa, Nerea aún no había vuelto. Me preparé un café, me cambié de ropa y empecé por el armario. «Tira», me había dicho Eloi.

Y lo hice. Fui seleccionando las prendas que creí que ya llevaban suficiente

tiempo conmigo y a las que les tocaba buscar otro dueño. Algunas directamente las metí en una bolsa para tirar.

Caja para Canterbury.

Caja para donar.

La maleta para Nueva York.

Y todo con un nudo en la garganta. Mi cabeza empezó a recordar una letra y busqué la canción en la lista de reproducción: *Let It All Go* de Birdy y Rhodes.

*Pero si somos lo suficientemente fuertes para dejar que entre,
somos lo suficientemente fuertes para dejarlo ir.*

Dejarlo todo ir, dejarlo todo ir.

Dejarlo todo a un lado.

Subí el volumen más fuerte de lo permitido, porque necesitaba cantar a pleno pulmón e intentar así no oír mis propios pensamientos. Mi prima llegó y estaba tan concentrada que ni la oí. Necesitó encender y apagar la luz un par de veces para llamar mi atención y que saliera de aquel bucle.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Estaba en el umbral de la puerta, aún con la chaqueta y el bolso puestos.

Tragué saliva.

—He pensado en lo que dijo Elsa. Voy a redecorarla y así aprovecho para hacer limpieza.

Me miró suspicaz. Joder, por un momento pensé que lo sabía.

—Parece más una clase de terapia.

—A lo mejor...

—Si necesitas algo, me avisas. Algo como hablar o tomarnos una copa, el resto te lo dejo para ti.

—¿Qué tal está Abel? —No pude aguantar más.

—Bien, ha pasado la noche sin fiebre. Y hoy ha ido a trabajar. Hace un rato me ha dicho que va mejor.

—Me alegro.

—¿Te parece bien que vaya preparando ya la cena? Es que estoy cansada y quiero acostarme pronto.

—Cuidar del novio es agotador.

—Cabrona. —Me sacó la lengua, me lanzó una camisa que había en el suelo y me dejó con mi jaleo.

Para cuando me llamó a la mesa, ya tenía toda la ropa clasificada. Eloi tenía razón, al final lo que me llevaba era más bien poco. Una buena excusa para ir de compras en Nueva York.

Aparté un fular con un estampado en rojos y verdes, tipo campo de amapolas, para Elsa, a quien siempre le había gustado, y una cazadora vaquera que a mí me iba algo grande y que seguro que a Ivet —que tenía más delantera— le iba mejor. También busqué entre la colección de anillos. Pensé en prepararles unos minipaquetes, añadiría además una foto que estuviera con ellas. Algo simbólico, a modo de despedida.

Antes de acostarme, mandé un mensaje a Eloi para saber si tenía noticias sobre el cabreo de Abel. Me contestó de inmediato.

No te preocupes. Lo conozco. Dale unos días.

Unos días... ¿Serían suficientes con los que me quedaban antes de irme?

Como solía pasarme cuando estaba bajo mucho estrés, la regla se me adelantó tres días, así que la semana aún se volvió más jodida. Estaba más gruñona, sensible y de lágrima fácil. «Putas hormonas...» Me acordé de él y de su bizcocho más de lo debido. Me iba, sí, pero eso no cambiaba lo que sentía por él. Dicen que tu corazón pertenece a la última persona con quien piensas por la noche. Abel era la persona en quien yo pensaba antes de dormir, con quien soñaba, a quien tenía en mente al despertar, y esa sombra que me

acompañaba todo el día. En definitiva, visto así, no sólo lo tenía en mi corazón: él estaba en todo.

Para colmo, en el grupo de WhatsApp, los preparativos para el puente se iban incrementando. Al final acordamos hacer un bote común de cincuenta euros e ir tirando de él. Cuanto más cerca estaba, menos me apetecía. No era por dormir en el sofá..., eso era lo de menos, la verdad. Una parte de mí deseaba irse y disfrutar de mis amigos. Otra, en cambio, me decía que no era lo suficientemente fuerte para afrontar cuatro días con sus veinticuatro horas junto a ellos y mantener el secreto.

El viernes fue mi último día de trabajo. Fue horrible, y eso que todos se volcaron montando hasta una minidespedida con cava, bandejas de repostería salada y un cuadro que pintó la señora Marqués para mí. No había duda de que era suyo, pero se dejaba intuir el *skyline* de la ciudad y el mar de fondo. La verdad es que, cuanto más lo miraba, más me gustaba. Hablé con Ingrid y le dije que me pasaría otro día para buscar mis cosas, una mañana que supiera que Nerea no estaría en casa y no me vería.

Reconozco que al salir de la oficina me daba una pereza enorme irme a casa. Si durante la semana no había visto a Abel, mucho me temía que esa noche o la siguiente aparecería por allí para dormir con su novia.

Una vez me senté en la moto, en lugar de conducir hasta el piso, me fui al centro de la ciudad y paseé por la catedral y el barri Gòtic. Me compré una taza con motivos gaudinianos para llevarme algo de la ciudad conmigo. Visité mi librería favorita, la Laie, donde me tomé un café y compré una guía de Canterbury y me hice con un ejemplar de *Cartas desde la isla de Skye*, de Jessica Brockmole. Ahora os puedo decir que me encantó y me dio ganas de escribir algo así, en formato epistolar. Poco a poco, paso a paso, y con la cara escondida bajo la bufanda, me fui despidiendo de Barcelona.

Eran las ocho pasadas cuando me decidí a hacer algo que nunca había hecho y que tenía que ir aprendiendo: saber disfrutar sola de las cosas. Así que me fui al cine a ver *La llegada*. Regresé a casa sobre las once de la noche. Estaba todo en silencio y a oscuras. No tenía sueño, así que me preparé una infusión de rooibos con limón y me senté en el sofá con el calor de la taza entre las manos.

Dos semanas justas y estaría volando. Miles de kilómetros por delante. Un punto y aparte. Volver a empezar. Pero aquella noche no era el viaje lo que me quitaba el sueño, sino las explicaciones, y tenía que dar muchas. Y a mucha gente. Empezando al día siguiente con mis padres, contándoles los motivos por los que me iba y lo dejaba todo. Sí, había tomado la decisión de no ir con mis amigos de puente. Pensaba dejar una nota en la mesa de la cocina con el dinero y huir antes de que Nerea se levantara.

Había hablado ese mediodía con mi madre y le había dicho que subiría a verlos. Necesitaba ir a casa, y, bueno, contarles las novedades de mi vida. No sabía cómo afrontar el momento porque tenía claro que nunca encontraría uno que me pareciera adecuado. Se trataba de confesar y abrirse en canal, ¿cómo quería encontrarlo?

Me atormentaba la despedida. No sabía cómo hacerlo, ésa era la verdad. Cómo justificar aquella decisión. Los últimos días, en mi cabeza resonaba una voz gutural y muy de ultratumba que me decía que sólo era un chico y que había dramatizado la situación. Que había llegado demasiado lejos. Partir parecía lo más difícil. Pero ¿era así o huir de todo era sólo la forma más fácil para no afrontar el problema de raíz? O sea, sentarse con Nerea y confesarlo todo. Marcharse parecía difícil, pero contar la verdad parecía peor. Elegir nunca es fácil. Porque nada es blanco o negro. Hay sentimientos de por medio que dan matices a cada punto de vista. Elegir era madurar. Aprender. Equivocarse. Y la sensación era ésa, que me había precipitado. Que era un error irme, avergonzarme de lo que sentía. Había tomado la vía más cruel como la más fácil. Tanto miedo, tanta vergüenza, tanto tenía que reprocharme,

con motivo o sin él, que había preferido marcharme antes que quedarme y afrontar mi vida una vez confesado todo. O seguir como si nada. Compartir mi vida con mi prima, con él pululando alrededor. Con sus gestos, sus rabietas y sus celos. Con todo.

Las lágrimas, tan comunes por aquel entonces, tanto de día como de noche, volvieron; estaba tan perdida en mis pensamientos que ni lo oí, hasta que levanté la vista y allí estaba Abel, frente a mí, en la misma posición que yo había estado el domingo anterior. En cuclillas, frente a mí, vistiendo sólo una camiseta de manga corta de algodón blanca y unos bóxers negros. Despeinado, con cara de sueño, pero estaba muy guapo. Cuánto lo había echado de menos... Me quedaban tan pocos días para poder verlo. ¿Dos? ¿Tres? Ni sabía los que serían.

—Más que preguntas, tus ojos piden un abrazo. —Sin añadir más, apoyó las rodillas en el suelo y tiró de mí.

Me aferré a su camiseta, y sin dudarle, escondí la cabeza entre su hombro y su cuello, dejando que me consolase. Era de esos abrazos que no sólo son pasar el brazo a tu alrededor. Es estrecharte, abrazarte con todo el cuerpo.

Parecía tener un puto radar. Sabía cuándo darme espacio cuando estaba al límite. Darme suficiente cuerda para que tuviera esperanza y un hombro en el que apoyarme. Era don puto perfecto, pero con el fallo más grande, que ya no sabía si era un fallo o lo que hacía que fuera más perfecto aún. Ironías del destino, el mismo hombre que me consolaba no sabía que él era el motivo de cada una de mis lágrimas.

Me di cuenta de que el dolor y el placer te embargan de la misma forma. Se siente en todo el cuerpo. Y yo, entre sus brazos, los sentí ambos. El mayor de los placeres teñido de un dolor que me desgarraba por dentro. Hasta que al final me dejé llevar, olvidándome de todo.

—Por favor, deja de llorar. Dime qué puedo hacer para que no estés así, no soporto verte tan triste. —Me besó el pelo y yo gemí junto a su cuello. Me encantaba cómo olía.

—¿Perdonarás a Eloi? —pregunté cambiando de tema.

—¿Estás así por él? —Se apartó y su voz dejó un rastro de desconcierto.

—No, ¡claro que no! —Negué con la cabeza—. Quiero que sepas que no me contó nada. Sólo sugirió lo de la ropa. Yo no quería..., joder, lo último que quiero es que estéis enfadados.

—Déjalo. Hoy he hablado con él y está todo aclarado. —Sonrió y lo imité.

Me secó las lágrimas con los pulgares, y a punto estuve de ponerme a ronronear como un gatito buscando más de esos mimos.

Más tarde, cuando volviera a la habitación, vería que tenía un mensaje de Eloi contándomelo.

—Menos mal. No sabes cómo me alegra oírlo. —Sus manos dejaron de rozarme las mejillas y reposaron sobre mi regazo, junto a las mías.

—Sólo lo diré una vez, pero que sepas que estabas jodidamente sexy vestida así. —La intensidad de sus palabras se multiplicó con el brillo que tomaron sus ojos.

—Me quedó bastante claro. —Sonreí y me mordí los labios. Por delante de mí pasaron aquellos tres meses. Abel siempre sería aquel hombre que me hablaba con la mirada y también me besaba sin tocarme—. ¿Puedo pedirte un favor? —murmuré con los ojos fijos en nuestras manos.

—Claro. —Dibujó una sonrisa tierna y me dio un apretón como de confianza.

—No me iré con vosotros de puente.

—¿Cómo? —preguntó alzando la voz, y los dos miramos hacia la puerta del pasillo, como si no quisiéramos despertar a Nerea.

Dicen que a buen entendedor pocas palabras bastan. Lo miré sin decir nada, pero sé que me entendió. Después sólo me excusé en voz alta y él me siguió el juego.

—Voy a ver a mis padres. Vosotros disfrutaréis mejor los seis, en plan salida de parejitas.

—Si es por lo que dijo Nerea, sólo era broma; a ninguno le molesta tu

presencia.

—Sé cómo es mi prima. —«El que parece no conocerla eres tú»—. Sólo quería pedirte que me disculpes con ellos. Dejaré mi parte del dinero sobre la mesa de la cocina.

—Sabes que, si no vienes, no lo van a aceptar.

—Da igual, pero prefiero hacerlo así. Yo cogeré el primer tren.

Abel se levantó dejándome allí desconcertada y fue hasta el perchero de la entrada. De dos zancadas volvía a estar frente a mí, en la misma postura. Cogió mis manos y depositó en ellas unas llaves.

—Ten. No lo necesito. Está aparcado en la plaza de parking de las oficinas. Luego te mando un mensaje con la dirección exacta.

—Pero... —intenté decir, pero no me dejó.

—Por favor, así no dependes ni de trenes ni de nadie.

No me lo esperaba para nada, y me dejó sin saber qué decir. Su coche... Al mirar el llavero se me escapó la risa al ver que era una margarita grande de plástico, con los pétalos blancos y el centro amarillo. Alcé una ceja y contestó a mi pregunta sorda:

—Es el coche de mi madre. El mío tiene un problema de sensores.

«¿De su madre? Ni hablar.»

—Abel, te lo agradezco —dije—, pero no creo que...

Pero de nuevo no me dejó terminar.

—Ella pasará el puente con mi padre y te prometo que no lo necesita. Ya sabes que Elsa y Quim van en su coche porque ellos se han cogido toda la semana, el resto vamos con el de Nerea y volvemos el miércoles.

Reconozco que los mensajes del grupo los había mirado por encima y no me había enterado de nada de eso.

La verdad era que subir en coche me permitiría llevarme todas las cajas de viejos libros, CD y cosas que no quería tirar y que había pensado en dejar en casa de mis padres. Las cajas estaban listas..., era un buen plan. Muy bueno, a decir verdad.

—¿Te fías de mí? —intenté ironizar.

Chasqueó la lengua y me palmeó la rodilla.

—¿Necesitas algo más de mí? —me contestó.

«¿Necesitar de ti? Oh, sí..., pero siempre hay un maldito “pero”.»

—Gracias. Es más de lo que esperaba.

Le di un beso en la mejilla y alargué unos instantes el contacto antes de levantarme e irme.

Es fácil hacerse adicto a cualquier cosa que te haga sentir mejor. A cualquier cosa que nos hace olvidar aquello que nos atormenta. Los vicios se alimentan de ello. Comida, alcohol, drogas. El amor, Abel...

El despertador sonó a las siete. Lo había puesto a esa hora porque sabía que habían quedado a las nueve e imaginaba que sobre las ocho estarían en pie y yo no quería estar en casa cuando se levantaran. Me vestí cómoda con unos vaqueros, una sudadera y deportivas, y me fui a buscar el coche. El plan era cogerlo, ir a desayunar a algún sitio para hacer tiempo hasta que ellos se fueran y pudiera ir a casa, aparcar y cargar las cajas.

Como me había dicho, vi que tenía un mensaje de él con la dirección del aparcamiento. Cuando llegué al parking y vi el coche se me escapó la risa. Y no sé qué me picó para mandarle un mensaje con una foto mía al lado del vehículo, señalándolo:

¿En serio?

Estaba colocando el asiento a mi altura cuando vi que me llamaba y la risa se me detuvo del todo.

—¿Ya estás despierto? —balbuceé nerviosa.

—Princesa, ¿te estás burlando de tu carroza? —Eso sí eran buenos despertares, con su risa y su voz soñolienta en susurros.

—Más que una carroza, parece un pato de plástico, tamaño XXL.

—Un respeto, que es el coche de mi madre. —Intentó parecer serio, pero no lo consiguió. Era un Peugeot 1007 amarillo de los antiguos, con la puerta corredera—. Fue una apuesta, se sacó el carnet con cuarenta años. Mi padre la retó a que, si se lo sacaba todo a la primera, le compraba el coche que ella quisiera. Y haciendo broma comentó que siempre había querido un coche amarillo para no perderlo en los parkings. El resto te lo puedes imaginar.

—Cada día soy más fan de tu madre. —Oí el sonido de la cafetera y lo imaginé en la cocina, en calzoncillos... Me mordí el labio evitando gemir—. ¿Qué haces ya levantado?

—Estaba despierto cuando he oído tu mensaje. Y ahora estoy preparando café. Si estuvieras aquí podríamos desayunar juntos y te contaría más cosas. —Y no sé si la última frase la susurró para que mi prima no lo oyera, pero el timbre de su voz se filtró en mi espina dorsal, estremeciéndome, y me agarré fuerte al volante acariciándolo e imaginando sus manos nervudas sobre él.

—¿De tu madre? —reí.

—De lo que tú quieras.

Los dos nos quedamos callados, recurriendo a ese silencio tan familiar que se instalaba entre ambos y que, en lugar de separarnos, era como si aún nos atrajera más. Joder, ése sí es amor del bueno, del que te hace vibrar, del que eriza la piel sin tan siquiera tocarte.

—Abel..., yo... tengo que colgar... —murmuré cuando noté que se me anegaban los ojos otra vez—. Pasadlo bien.

—Sabes que te vamos a echar de menos estos días, ¿verdad? —Sonó ronco.

—Y yo. —Colgué rápido y lancé el teléfono al asiento del acompañante. Bajé la cabeza hasta el volante y me puse a llorar de nuevo.

Explicaciones

No sé el rato que pasé en aquel coche. En aquel parking. A oscuras. Sola. Con el eco de su risa.

Si algo aprendí de esa época, digamos desde que había llegado Abel a mi vida y hasta después de la decisión, fue la capacidad de resistencia del ser humano. Nos agarramos a cualquier cosa antes que sufrir y aceptar la verdad, por muy clara que la tengamos. Sí, sabía y tenía muy latente que ese día sería duro, llegar a casa de mis padres en un coche que no era mío, lleno de cajas y con una noticia que dar. Se me atragantaba la saliva en la garganta y se me ponía el corazón a mil al pensar en ello, pero no era en eso en lo que llenaba mi mente estando allí sentada. ¿Entonces? Pues sólo recordaba en bucle esa llamada. ¿Servía de algo? No. Pero me hacía sentir bien y sonreír. Todo lo que necesitaba. Porque pensar en él, recordar esa llamada era aferrarme a algo. Algo suyo y mío y de nadie más. Ese algo al que todos acudimos cuando sentimos que flaqueamos. El creyente, sea cual sea su religión, busca consuelo encomendándose a una fuerza superior. Necesitamos creer que hay algo más por encima de nosotros, algo que creemos que por nosotros solos no podemos asumir. Y, en ese rezo, dejamos aflorar la fuerza que llevamos dentro. Yo no le encomendaba la tarea a ningún dios, pero preferí pensar en algo bueno en lugar de hacerlo sobre lo que estaba por acontecer. ¿Otra forma de huida? ¿De esconderme? Puede... Seguramente... Estaba clarísimo.

El móvil me vibró en el bolsillo y no me sorprendió ver que era un mensaje de Ivet:

Lo entiendo, pero cada día lo odio más. A la

vuelta tenemos que hablar.

Si ella supiera lo que tenía que decirle... Pero tenía que retrasar al máximo esa conversación, porque, de no ser así, los días que quedaban serían aún más complicados.

Tampoco fue una novedad que no tuviera noticias de Nerea, ni una llamada al saber que no los acompañaba. No sabía si era que quería dejarme espacio, su forma de decir que le parecía estupendo y les dejara el puente para parejitas, o era el miedo a afrontar por qué nos estábamos distanciando de aquella manera.

Sabiendo que ya estaban rumbo al Vall d'Aran, arranqué sin muchas ganas, pero en esta vida a veces toca hacer muchas cosas que no apetecen. Me sentí un poco ladrona en mi propia casa. Haciendo esa mudanza a espaldas de todos y mintiendo sobre el motivo que justificaba aquel desorden de habitación.

El coche era pequeño, pero hacía su cometido y al final pude meter todo lo que quería llevar. Cuando ya salía de la ciudad pulsé *play* en el equipo de música del coche. «Virgen santísima...»

Era muy fan de su madre en muchos de los aspectos que me había contado él, sus anécdotas me hacían imaginar a una mujer divertida, carismática, pero en cuestión de música... me dejó estupefacta. En definitiva, me pasé el viaje escuchando boleros, de Luis Miguel, para más señas. Una de las cajas que había en el maletero estaba llena de CD, pero fui incapaz de bajarme y cambiarlo. Escuchar aquellas canciones hablando de las penas del amor y su sufrimiento me hacía sentir menos sola, algo que me decía que el mundo estaba lleno de gente con el corazón roto: «Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida... Si nos dejan, nos vamos a vivir a un mundo nuevo...».

Hasta me inspiraron más de una escena, y, sí, a escribirlas sí que me detuve en un área de servicio. El camino se me hizo más corto de lo que estaba acostumbrada, o quizá fueron las pocas ganas que tenía de llegar.

Nada más abrir la puerta del coche, *Curry* me saludó tirándose encima de mí. Lo abracé y, al separarme, vi que se acercaban mis padres.

—Ya estaba impacientándome —dijo mi madre mientras me abrazaba. Ella y sus genes para preocuparse por todos.

—¿Y este coche? —fue el saludo de mi padre.

—Me lo han prestado —carraspeé. No quise entrar en más detalle. Aunque no me pasó desapercibida la mirada de mis padres. De tontos, ni un pelo, y yo, de esconder lo que ocurría, como que tampoco.

Me fui hacia el maletero y empecé a sacar cajas.

—¿Y esto? —siguió mi padre.

—Encontré un cabecero, de ahí Elsa me convenció para que renovase la habitación, pintar... y, bueno, ya puestos, he terminado haciendo limpieza a fondo. Son apuntes y cosas que no quiero tirar, pero allí ocupan mucho.

—Tendrás que buscarles sitio en el garaje. —Me guiñó un ojo mi madre—. Tienes todo el puente...

Sonreímos, porque, por mucho que dijera eso, todos sabíamos que sería la primera en echarme una mano.

—Deja que te ayude —se ofreció mi padre cogiendo la caja de cartón que tenía en los brazos.

Estaba nerviosa y lo notaron, aunque fingieron que no. En ese momento salió mi tía de su casa.

—Qué bien verte por aquí. Aunque pensaba que estarías de puente con el grupo.

—Ése era el plan, pero he cambiado de idea.

—Ya me dijo Nerea que eras la única soltera, debes de sentirte tan sola...

Me la quedé mirando con ganas de saltarle a la yugular; a veces la verdad a la cara duele demasiado. Pero el sonido de una bocina me hizo volver la cabeza hacia el principio de la calle. Ver la ranchera llena de barro de mi hermano nunca me había hecho tanta ilusión.

Curry fue en su busca y yo casi también me pongo a correr hacia él.

La interrupción valió para que cada uno cogiera una caja y las dejáramos en el suelo del garaje esperando encontrarles su sitio. Ubicarlas.

¿Y yo? ¿Dónde sería mi próxima ubicación? Meneé la cabeza e inspiré hondo. «Cambio de pensamiento. Ya. ¡Es una orden!»

Entrar en casa fue como un viaje al pasado. El mismo olor, los mismos muebles, los recuerdos que se movían como fantasmas entre esas paredes. No lo esperaba, y la familiaridad hizo que me sintiera en mi hogar. Hacía días, casi desde la decisión, que notaba que Barcelona ya no lo era, y volver a sentirlo fue muy agradable. Me sentía perdida y no sabía muy bien hacia dónde iría, pero de alguna forma sentí que allí siempre encontraría un refugio. En mis padres y en Eric.

Esperamos a que mi tío Ferran volviera de cazar para sentarnos a la mesa. La abuela estaba fuera, cada mes hacía una escapada con sus amigas y se iban a un balneario. Me coloqué al lado de mi hermano, que me ofreció una cerveza como forma de apoyo en silencio. Si no fuera porque conocía a mi tía — porque Nerea era una copia en joven de ella—, la comida se me habría atragantado más de una vez. Y me habría largado otras tantas. Parloteaba sin cesar, ya estábamos acostumbrados. Si no tenía protagonismo, lo buscaba. En parte, lo agradecí, así no tenía que justificar malas caras o que estuviera poco habladora. Llegaron los postres y Adela seguía acaparando la conversación con su depresión y sus problemas.

—Ver a Nerea tan feliz ayuda mucho, ¿sabes? Vendrán para Navidad. Tengo tantas ganas de conocerlo.

Abel en Navidades, ¿en ese punto estaban? Nena no me había dicho nada, aunque últimamente, de hablar, poco. La última vez había sido el domingo por la mañana, y hablamos de Gervasi.

—Tú lo que quieres es que te llenen la casa de nietos —se burló mi tío. Los dos sonrieron cómplices y yo me agarré a la silla para no salir huyendo.

—¿Y a ti qué te parece? —me preguntó.

—Seguro que te gusta, tía, Abel es muy majó.

Noté la mirada de Eric clavada en mí. Ni me atreví a volverme; si lo hacía seguro que me echaba a llorar. ¡Joder, qué llorona estaba esos días!

—Además, me ha chivado que has vuelto con Gervasi —aplaudió.

—¿Cómo? —Mi madre y yo gritamos al tiempo.

Todos los ojos se centraron en mí y yo carraspeé buscando las palabras.
«¿Qué coño estás contando, Nerea?»

—Eeeh, no. No estamos juntos, y no sé por qué ha dicho eso.

—¿Os habéis visto de nuevo? —pidió mi madre, tímida y con una mirada suspicaz. Era más que evidente que me pasaba algo y estaban deseosos de saber qué estaba ocurriendo.

—Nos hemos ido cruzando, la última vez pudimos hablar tranquilamente y los dos lo tenemos claro. Lo hemos arreglado, eso sí, pero como amigos. No hay futuro para nosotros. Nos quisimos, pero ya está.

Me llevé un trozo de tarta a la boca para tenerla llena y evitar seguir hablando. Me levanté y pregunté quién quería café. Sí, era una huida muy sutil, pero pronto vi que todos lo habían pillado. En la cocina, mientras me organizaba con las cápsulas del café, el móvil me vibró en el bolsillo trasero y lo cogí. Sonreí como una tonta cuando vi que el mensaje era de Abel.

¿Qué tal tu carroza?

Muy bien. Aunque la música...

Ya veo que no eres muy fan de Luis Miguel.

Lo imaginé sonriendo. Pensar que estaba allí y que, en lugar de aprovechar la compañía de los demás, prefería estar hablando conmigo...

Y vosotros, ¿qué tal?

Muy bien. Ya sabes, la casa es fantástica.

Imaginaba que le gustaría; aparte de ser un pedazo de casoplón en un entorno privilegiado, era toda de madera.

Pero se te echa de menos.

«Seguro...», pensé.

No será para tanto.

El problema es que puede que sí sea para tanto.

¿Qué insinuaba? La respuesta la escribí muy nerviosa, sin percatarme de que cuatro pares de ojos no me quitaban la vista de encima mientras fingía llenar el lavavajillas.

Dormir en el sofá no es mi fuerte.

Si es por eso, podría dormir yo en el sofá.

¿Conmigo?

Mis dedos fueron demasiado rápidos y me arrepentí en el acto de haberle dado a «enviar». «Joder, ¿estás loca?»

¿Invitación?

Me hice ilusiones. Tardé en contestar porque mi cabeza empezó a acumular imágenes. Gemidos. Piel con piel. Él..., yo...

Los tríos no me van.

Lo siento, no quería ofenderte.

Ya no sabía si ofendía, si dolía o me alegraba. Estaba de puente con su novia, ¿qué coño hacía mandándome mensajes a mí? Vale que me gustaban, pero ¿por qué?

Encima, la charla por teléfono de esa mañana... ¿A qué venía ese cambio?

Gracias de nuevo por el coche.

Cerré el teléfono y terminé la tarea. No recuerdo nada de lo que se habló después porque mi mente estaba muy lejos de allí.

—Voy a dar un paseo antes de que anochezca. ¿Te vienes? —le pedí a Eric.

—Claro.

Cinco minutos después, ya estábamos en el bosque. Caminábamos con *Curry* delante de nosotros. Hacía frío, pero poco nos importó.

—Dos minutos más y soy yo quien te pide ir a dar una vuelta. ¿Qué pasa?

Dejé caer la cabeza en su hombro y, agarrada a su brazo como unos viejecitos, se lo conté todo. Las últimas semanas, la sensación de haber perdido, la dura prueba de tomar la decisión. Todo. Él sólo me escuchó. Atento. Lo único que me reveló cómo iba asimilando la noticia era cuando se tensaba y el modo en que su respiración se iba alterando. No sé el rato que pasamos en silencio cuando terminé. Al final se detuvo, me secó las lágrimas con los pulgares y me abrazó fuerte. Qué bien me sentó aquel abrazo. Eric había pasado por ello. Había huido de su vida y había estado buscándose durante tres años. Si alguien podía entender cómo me sentía, era él.

—¿Quieres que hable con él? —susurró con los labios aún sobre mi pelo.

—¿Con Abel? —Asintió—. Ni loca.

—Sé que ahora te parece todo un caos y que dudas de cualquier cosa. Pero te prometo que un viaje así te renueva. Tendrás días de todo, pero llegarás a conocerte, a valorarte.

Se volvió pasando su brazo sobre mis hombros y, atrayéndome hacia su costado, empezó a caminar. Siguió hablando, no lo pintó todo de color rosa, pero tampoco gris. Me atreví a preguntarle por su viaje, el tiempo que estuvo fuera fue una incógnita para todos y cuando volvió dijo que no quería hablar. Y lo respetamos.

—No puedo contarte mucho. Sólo porque tu viaje no será como el mío. Es especial, cada uno hace el suyo. Implica tanto lo que llevas, lo que arrastras y lo que quieres dejar atrás, como lo que buscas. Tienes que hacerlo por ti, sólo por ti. Te dije que fueras egoísta, y, bueno, de alguna forma lo has hecho. No

voy a criticar ni a juzgarte. Ni a decirte si haces bien o mal en irte. La Manola de hace seis meses no es la misma de hace tres o la de hoy, y mucho menos la de mañana. Será duro, pero descubrirás a una nueva tú, y estoy seguro de que te encantará. Y si realmente necesitas hablar, llámame, no lo dudes. Piensa que aquí lo importante es cómo te enfrentas a lo que sea. Date tiempo.

Tiempo...

Cuando volvimos ya había oscurecido, mis tíos ya no estaban y mis padres, al vernos entrar, apagaron la televisión. Había llegado el momento, y, si no estaba preparada tanto daba, porque querían respuestas y las querían ya. Los dos se sentaron a la mesa, y mi hermano y yo, después de quitarnos las chaquetas y el gorro, los imitamos. Quedaba lo más complicado. Empecé a hacer rodar los anillos, nerviosa. Todos esperaban que comenzara a hablar y yo no era capaz ni de levantar la vista. Cuando oí a mi padre coger aire por la boca impaciente, lancé la noticia.

—He decidido tomarme un año sabático. Primero iré a Nueva York porque siempre he querido ir, y a principios de año me mudo a Inglaterra. En la Universidad de Kent hay un máster de Psicología Forense que me interesa, Ingrid ha hecho algunos trámites y me han cogido.

—¿Cómo?

—¿Por qué? —Los dos se lanzaron a un interrogatorio al mismo tiempo.

—Me apetece un cambio —dije alzando la cabeza.

—Pero habrá algo que te haya impulsado a hacer algo así —insistió mi padre, y miró de refilón a Eric.

—Pero... ¿es por trabajo? Pensaba que te gustaba lo que hacías —añadió mi madre.

—No, no hay nada. Sólo que quiero irme.

—¿Ha pasado algo con Nerea? —me preguntó ella.

—Eh..., no...

—A ver, que ya somos todos adultos. ¡No puedes decir que lo abandonas todo sin una razón! —alzó la voz mi padre. Los dos empezaban a estar muy

inquietos.

—Díselo —murmuró Eric, y me apretó el brazo para darme su apoyo—. Será más fácil para todos.

Cerré los ojos, solté el aire por la boca y me di ánimos. Sabía que pasaría. Aun mentalizada como iba, a la hora de la verdad no encontraba el ánimo suficiente ni las palabras adecuadas para dar explicaciones.

—Estoy enamorada y no es de Gervasi. Me gusta Abel —anuncié levantando la vista y diciéndolo tan rápido que ni respiré.

—¿Quién es Abel? —inquirió mi padre desconcertado.

—El novio de Nerea —musitó mi madre, llevándose las manos a la cabeza.

A mi padre, al comprender, se le pusieron los ojos en blanco y se le escapó un «joder».

Se produjo un largo silencio. Se miraban entre ellos y luego a mí. Yo me estrangulaba las manos ejerciendo tanta fuerza que hasta me dolían. Eric colocó las suyas sobre las mías y su tacto me frenó.

—¿Y vosotros...? —preguntó ella en un hilo de voz.

—No —negué—. Sólo yo.

—¿Y has llegado a la conclusión de que lo mejor es irte y abandonarlo todo? —exclamó él con los dientes apretados.

—Lo he intentado y así no puedo seguir —suspiré—. Le he dado muchas vueltas, no es algo precipitado.

—Pero a lo mejor no hace falta que te vayas, podemos buscar otro piso, algo en otra ciudad, no hace falta dejarlo todo por ese imbécil.

—Papá...

—Nada. Si por culpa de él estás así, insultarlo es lo mínimo —se justificó. Ante eso no pude rebatirle.

—De momento quiero hacer ese viaje. Aprovecharé para conocer Nueva York y luego haré ese máster, que me apetece mucho.

—No. ¡No puedes irte! —El llanto de mi madre fue desgarrador.

Me levanté y me dejé caer de rodillas delante de ella apoyando la cabeza

en su regazo. Un sudor frío me perlaba la frente y me recorría junto con un escalofrío toda la espalda.

—Mamá...

—Es..., no puedo volver a pasar por esto otra vez... No puedo pasar otros tres años preocupada cada instante, pensando en si habrá sucedido algo, si...

«Serás estúpida. Sólo tienes que olvidarte de él. ¡Sólo es un tío!

»Y, ni por éstas, haces daño a todos los que quieres antes que dejar de quererlo...»

Cuando mi hermano se fue, todos lo pasamos francamente mal, pero si había alguien a quien esa huida hizo mucho daño fue a mi madre. Adelgazó y era un alma atormentada y nerviosa, siempre pendiente del teléfono. Fue antes de irme a Barcelona, la veía cada día y sé por lo que pasó. Pensar que pudiera volver a aquello, y por mí...

—Te prometo llamarte cada día, por videoconferencia si hace falta, y estaré a una hora de Londres, podremos vernos siempre que quieras...

—¿Cuándo te vas?

—El viernes 16. El día 3 tengo el vuelo a Londres, directo.

—¡Pero ¿quieres pasar las Navidades lejos de nosotros?! —Eran sus fiestas favoritas y yo se las iba a fastidiar.

—Necesito alejarme, sólo de pensar en sentarme aquí con ellos dos..., no puedo, ahora no. —Les conté los detalles y todo lo que tenía planeado sobre Nueva York, sobre el máster, la casa de Charlotte, y lo amables que habían sido tanto ella como James. Querían que vieran que había un plan. Un lugar donde ir. No era una locura sin cabeza.

El silencio se instaló, mi madre me acariciaba el pelo y, como años atrás ese gesto había sido un bálsamo, espantaba mis miedos y curaba heridas, entonces también fue capaz de calmar aquel desasosiego.

—¿Tú lo sabías? —preguntó hipando a mi hermano.

—No. Se lo he contado antes al dar el paseo —contesté por él.

—Siento por lo que estás pasando —murmuró mi padre, acariciándome el

pelo.

—Pero ¿van tan en serio? —Seguía incrédula mi madre—. No he preguntado delante de la tía, pero conocemos a Nerea...

—Eso parece. Y, algo más: no quiero que nadie sepa que me voy hasta el día 16, que es cuando tengo el billete. Debo hablar con Nerea y, bueno, va a ser complicado, así que esperaré al último minuto.

—¿Y cómo vas a hacerlo? No puedes preparar un viaje así a sus espaldas, ¡vivís juntas!

—De momento estoy escondiéndolo bajo la excusa de querer remodelar la habitación.

—Nerea no es tonta —añadió mi padre.

—Lo sé. Sólo que aún no es el momento.

—¿Y ese coche es de...? —siguió.

—La madre de Abel.

—¿Cómo? —dijeron a la vez.

—Yo quería venir en tren, pero cuando le dije que no me iba con ellos y que venía aquí me propuso cogerlo. El suyo está en el taller. Y, bueno, eso me permitía traer cajas sin que nadie me viera recoger...

—Vamos, todo a hurtadillas. Lo estás haciendo fatal.

—No se me ocurre otra forma.

—¿Seguro que Nerea no sospecha nada?

—No sé —admití—. Hace tiempo que estamos muy distanciadas. Y no sólo desde la llegada de Abel.

—Creo que todos necesitamos una copa de vino —dijo Eric levantándose.

—O dos —añadí, consiguiendo así romper la tensión en el ambiente y que todos sonriéramos.

4 de diciembre, fum, fum, fum

El domingo, cuando me levanté, vi que la casa estaba vacía. Una nota de mi madre me decía que habían ido a comprar algunas cosas. Me sorprendió, pero no hice más caso. Desayuné en el porche y luego salí a correr con *Curry* y me fui a mi rincón.

Estaba terminando de vestirme después de pasar por la ducha cuando los oí llegar. Mi madre se acercó a la puerta y dio un golpe suave de nudillos.

—Vístete para salir, que vamos a casa de tu hermano y nos quedamos allí.

—Perfecto. —Le di un beso y en él incluí un silencioso «gracias».

Si nos íbamos allí arriba, las posibilidades de ver a mis tíos se reducían, y eso me permitía una despedida con mis padres y con Eric, a solas los cuatro.

Cuando llegamos a la granja y los vi abrir el maletero y empezar a sacar cosas, entendí el plan. ¡Adelantábamos la Navidad! Grité una vez y otra cuando entré en el salón de casa de mi hermano. Había puesto hasta el abeto, y el *tió*, de cuando éramos chicos, y que recuerdo de todos los años bajo el árbol, aunque ya nadie le pusiera mandarinas ni aguardara a Nochebuena para darle unos azotes esperando que «cagara» regalos. Dios, cómo me eché a llorar, a reír y a gritar.

Habían aprovechado que era domingo y que los centros comerciales estaban abiertos para comprar un jamón, gambas y todo para hacer el típico caldo de *galets* de Nochebuena, el pavo y los canelones. Sin olvidar los turrónes. Mi madre pronto empezó a preparar la olla con el caldo y el olor se expandió rápidamente, mezclándose con el del abeto y el del fuego de la chimenea. Olor a Navidad, al menos, en mi casa.

—Si hasta parece un hogar, y no una cueva de ermitaño —declaró mi hermano; estábamos los dos decorando el árbol.

—¿Eso es malo? —pregunté colocando una bola.

—No, sólo que verla así tan navideña, oír las risas, no sé, ha despertado...

—Quieres volver a enamorarte. Formar una familia —cantó mi padre, burlándose de él.

—Pues apúntate a «Granjero busca esposa» —añadí riendo.

—¡Qué graciosa!

—A ver, no digo que vayas a un programa, pero, no sé, prueba por internet. Puede que te resulte más fácil encontrar a una mujer que comparta tu forma de vida, y seguro que, siendo así, no la vas a encontrar en medio de una discoteca de Barcelona.

—Puede que ya sepa dónde ir a buscarla —canturreó jocosamente, y sus labios dibujaron una sonrisa pícaro.

—Espera —dije sentándome en una silla en un claro signo de que quería que nos contara aquello. Mis padres fueron más sutiles y sólo se quedaron en silencio, mirándolo impacientes.

—¡Frena, que ya os veo montando boda! Se llama Lara. De mi edad o por ahí. Pelirroja, preciosa. Es la chica que se encarga del puesto en la feria.

Cada año en el pueblo, por esas fechas, se celebraba el típico mercadillo donde comprar todo tipo de productos de la zona, artesanía, abetos y todos los detalles de la decoración navideña. Eric se había negado a pasar cinco días haciendo de tendero, y, como él, estaba su amigo el apicultor y una chica que hacía jabones. Al final decidieron contratar a alguien y venderlo todo en un mismo puesto. Ese alguien resultó ser Lara. Sabía muy poco de ella, que hacía poco que se había instalado en el pueblo y que trabajaba como *freelance* para diferentes editoriales, donde hacía de traductora y elaboraba informes de lectura.

—Quiero conocer todos los detalles —le advertí, apuntándolo con el dedo.

—Claro, te pasaré una hoja de ruta detallada —se burló—. No hay nada,

sólo he hablado cinco minutos con ella. Pero es de esas personas que desprenden algo, no sé, buenas vibraciones... —Su voz fue bajando hasta finalizar en un murmullo, como si sólo hablara para sí, con la vista perdida en el gesto que hacía su mano, acariciando las vetas de la madera de la mesa.

Los tres lo observamos divertidos y esperanzados al verlo ilusionado.

Fueron de las mejores fiestas que recuerdo. Los cuatro solos. Planeamos que vendrían a verme. Mi madre quería ir a las Highlands, aunque mi padre se negaba, porque decía que sólo quería ver tíos en falda. Al final, Eric lo convenció sólo con mencionar la palabra «whisky». La idea de hacer una ruta por las destilerías fue nuestra aliada. Celebramos también mi cumpleaños, que sería el siguiente sábado. Eric me regaló la vieja mochila de piel que lo había acompañado en su viaje, y fue un detalle que aún hoy, al recordarlo, me emociona. Mis padres fueron algo más profundos. Un sobre y una nota:

Llama y ahí estaremos.

Pero la verdad es que el mejor regalo que me hicieron fueron aquellos cuatro días, en los que llegué a olvidar todo lo malo. Ayudé a mi hermano con las tareas de la granja, alimenté a las gallinas, recogí los huevos, y pasamos buenos ratos entre cabras mientras me contaba todo lo relacionado con el queso y su elaboración. Compartí horas con mi madre en la cocina, preparando esas recetas tan tradicionales. Me esforcé en hacerle entender que aquel viaje era distinto del que había hecho Eric, que preocuparse era normal, pero que no tenía que llevarlo al extremo.

—¿Cómo es? —me preguntó mientras ella terminaba de enrollar los canelones y a mí me tenía dando vueltas a la bechamel.

—¿Abel? —respondí al cabo de unos instantes, imaginando a quién se refería.

—Sí. Quiero saber cómo es el motivo de todo esto.

Suspiré, antes no me atreví a hablar y, cuando lo hice, un rubor me teñía las mejillas. Mi madre, al verme, hizo un amago de sonrisa. Sé que lo que dije

después poco importó, porque mi cuerpo lo reveló todo por mí. Ella sólo vio a su hija sufrir por amor, y una madre, ante eso, no podía hacer nada.

—Como ha dicho Eric antes sobre Lara, es de esas personas que tienen algo que atrapa desde el principio. Cercano. Atento. De los que escuchan y te hablan mirando a los ojos. Tanto como para ayudar a un amigo en una mudanza, ver una casa en ruinas y llamarme para saber si quiero la verja como cabecero, porque un día comiendo comenté que me gustaría. Prepararme un bizcocho de chocolate porque estaba con la regla y en señal de paz, no me preguntes por qué... O verme llorar por la noche en el comedor, acercarse y decirme: «Tus ojos piden un abrazo más que preguntas». Dejarme el coche de su madre para que no tuviera que venir en tren... Es arquitecto y trabaja con su madre y sus dos hermanos. Diseñan casas de madera, y es algo que le apasiona y, cuando te cuenta sobre ello, engrandece. Vive con su hermano, adora a su madre..., no sé... Te gustará.

—¿Estás segura de que él no siente nada por ti?

—No. —Me corregí—: No lo sé. A veces su comportamiento me hace pensar que sí, pero luego entiendo que es sólo un espejismo. Es un buen amigo. Nada más.

—Es una pena sentir algo así y que no sea correspondido.

Sí, era una pena. Porque ya tenía edad para saber que ese «algo así» cuesta mucho de encontrar.

Mi padre y yo dimos buenos paseos junto a *Curry* y *Tramuntana*, la perra de mi hermano. Como he dicho, fueron unos días perfectos, y ahora sé que no sólo fueron un regalo para mí. Eric se abrió un poco y nos contó alguna anécdota de su viaje. Forjamos lazos y nos unió como nunca antes.

El martes día 6 llegó y pasó demasiado rápido. Y la despedida el miércoles fue tan amarga que casi prefiero pasar por ella de puntillas. Rasguñé hasta el

último momento.

—No pasa nada si dudas, aquí siempre puedes venir... —dijo mi madre, esperando que cambiara de opinión.

—Lo sé. Pero esto debo hacerlo sola.

No sé cuántas veces los abracé, les pedí que no bajaran a Barcelona, no los quería en el aeropuerto. Quería llevarme aquellos días como el último recuerdo. Sólo eran unas vacaciones, y prometimos un fin de semana como el que habíamos pasado, esa vez en Inglaterra.

Como era de esperar, la carretera estaba atestada de coches. Ir poco a poco y no tener que estar muy pendiente de la calzada fue un alivio, porque me pasé todo el viaje de vuelta llorando. Mientras estaba con ellos me sentía bien, pero una vez sola la tristeza me embargó de nuevo. Cada kilómetro me alejaba más de esa vida que tan bien conocía. Me distanciaba de la gente que quería y me acercaba a lo desconocido. Como banda sonora seguí con la música de Pilar. Esa vez tocaron clásicos del pop español, entre ellos, Rosana y su *Sin miedo*, que puse más de una vez:

Sin miedo, lo malo se nos va volviendo bueno.

[...] Sin miedo, si quieres las estrellas vuelco el cielo.

No hay sueños imposibles ni tan lejos,

si somos como niños

sin miedo a la locura, sin miedo a sonreír.

Pasaban de las diez de la noche cuando llegué y dejé las llaves del coche en la entrada. Las acaricié como quien se despide poco a poco de otro objeto más. Otro confidente más de mi vida.

No deshice la maleta, ¿para qué? Mi vida estaba toda empaquetada. Calenté un poco del caldo que me había dado mi madre. Para no variar, volvía de casa con más tapers de los que cabían en el congelador. Me quejaba siempre, pero al mismo tiempo era su forma de mimar a la hija y, por mucho que nos mintamos todas, nos encanta cómo cocinan nuestras madres. De pie

frente al ventanal, me tomé a sorbos la sopa. Con la mirada más allá que aquí. Pensando e imaginando cómo sería mi nueva vida lejos de todo aquello.

Me tomé un paracetamol con la esperanza de que me ayudara a mitigar el dolor de cabeza. Me acurruqué con un libro en el sofá tapada con una manta. Sólo quería dejar de sentir. Las emociones de las últimas horas hicieron mella y me quedé dormida.

—Llévala a la cama —oí la voz de Nerea a lo lejos, y después noté cómo unos brazos me cogían y me aupaban.

No sé a qué hora llegaron, pero me negué a abrir los ojos. Simplemente me hice la dormida y dejé que el hombre de mis sueños me pegara a su pecho y me llevara a la cama. Quedaban tan pocos instantes para compartir que cada uno de ellos, siendo consciente o no, marcaba un recuerdo. Una página que llenar de ese diario que llevaría conmigo siempre.

Al llegar al pasillo, el agarre se volvió más íntimo, me acercó más a él, y yo aproveché para acurrucarme en su cuello, donde me invadió su olor. Sus labios no se despegaron de mi pelo. No encendió la luz de la habitación, sino que la dejó en penumbra como buscando una aliada, apartó el nórdico, me depositó en la cama y me tapó. Sus dedos retiraron el pelo de mi cara y me besó en la frente.

—Sueña bonito, Manuela —murmuró sobre mi mejilla.

—Te odio, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —farfullé con la voz rota y la boca medio pegada al cojín.

Sé que me oyó porque, por un instante, oí que dejaba hasta de respirar. Podía sentir sus ojos clavados en mí, pero me negué a abrirlos. Me negué a afrontarlo, haciendo de la oscuridad y mi duermevela mis aliados.

Cuenta atrás

Algo curioso cuando corres es que, sean los que sean los kilómetros que salgas a hacer, los últimos son siempre los más duros. Da igual si estás corriendo un maratón con sus cuarenta y dos o una carrera de cinco, los últimos son los peores. Esos días, yo me sentía igual. La meta estaba cerca, pero parecía que nunca llegaba.

El jueves era festivo y tanto Nerea como yo nos levantamos tarde. Mientras comíamos la bandeja de canelones que mi madre me había dado, le pregunté por el viaje y me disculpé por no haber ido.

—No, tranquila, lo entendí. Todos lo hicimos. Debe de ser muy triste ver que todas tus amigas están tan enamoradas mientras tú sigues sola. —Supongo que ya os habéis dado cuenta de que tiene el don de la palabra...

—Por eso mismo preferí ir al pueblo. Tu madre parece estar mejor..., ¿le dijiste que había vuelto con Gervasi?

—Le conté que lo habías solucionado, puede que me entendiera mal.

«Seguro», ironicé en mi cabeza.

—Ya. Te dije que con Gervasi no hay nada. Se acabó.

—Tenemos a Ivet superenamorada —agregó cambiando de tema—. Ésa se nos casa en nada.

—Boda y bautizo. Madre mía —murmuré. Eso el mismo año que me iba. ¿Qué más iba a perderme con mi huida?

—Sí. Elsa está muy revuelta por las mañanas y Quim la colma de atenciones. Yo diría que demasiado; es gracioso verlos.

Era siempre así, una de cal, otra de arena. Una conversación normal, con

alguna que otra puñalada.

—¿Y vosotros? Tu madre está deseando conocerlo. No me habías dicho que... ir... vendrá para Navidad —me costó formular la frase.

—Bien. Pero me tiene completamente despistada..., nunca sé con qué me va a salir. De pronto está lejos y casi me rehúye, como está de lo más empalagoso y fogoso. Después de estos días lo necesito un poco lejos. Le dije que quería pasar tiempo contigo —se sinceró. Levantó la vista y paró de hablar, como si algo hubiera hecho clic en su cabeza—. Pero estamos muy bien. Lo tengo completamente enamorado de mí.

Le conté una mentira. Le dije que me sobraban días de vacaciones, que con el congreso lo había contado mal y que la semana siguiente estaría en casa. Me debatía entre si contarle la verdad en aquel momento o no, pero fui incapaz. La miraba y la veía tan lejos de todo lo que me rodeaba. Sí, estábamos charlando, pero más que dos primas y mejores amigas, era como si me estuviera poniendo al día con un conocido. ¿Cómo iba a contarle aquello? No obstante, la idea de irme sin decirle nada o dejándole una nota tampoco me parecía bien. Aquello era madurar, no sólo tomar la decisión de irse y dejarlo todo atrás, también afrontarla y decirle la verdad. Pero ese día no.

—Me han pedido que la semana que viene vaya de noche.

—Ostras, con lo poco que te gusta...

—Ya, bueno, esperemos que sean tranquilas. Por cierto, el otro día estuve en una operación con Derek. Es una máquina. Qué técnica, cómo se le nota el año en América. Y lo mejor es que su ayudante estaba de baja y me tocó a mí ser su instrumentista. Fue genial. Nos complementamos a la perfección. Cuando acabamos, me felicitó y me invitó a un café.

—Enhorabuena. —Sabía que era uno de sus logros profesionales, ser la mano derecha de un gran genio del bisturí.

—Buenos días —me saludó Abel con una sonrisa sincera cuando entré en la cocina.

—Hola, ¿y esto? —pregunté al ver que la mesa estaba preparada con un sustancioso desayuno en el que no faltaba de nada. Los cruasanes olían a mantequilla, como si acabaran de salir del horno, y, al lado de la silla que siempre utilizaba, el periódico.

—Me apetecía. —Se encogió de hombros por toda respuesta.

Era sábado y también mi cumpleaños. Lo último que me apetecía era celebrar nada, y mucho menos cumplir años. Las últimas noches me dormía pensando en ello. Siempre me había gustado y lo esperaba con cierta ilusión, porque lo consideraba especial, pero ese año no tenía ganas de que llegara. Era un recordatorio de que, en lugar de ir avanzando e ir cumpliendo sueños y etapas, mi vida daba un giro de ciento ochenta grados y me veía teniendo que volver a empezar.

—¿No tienes hambre? —La voz de Abel me devolvió a la realidad.

Me lo quedé mirando sin reaccionar. Seguía plantada en medio de la estancia. Él, frente a mí, con la cafetera en la mano. El olor a café se mezclaba con el suyo, aún tenía el pelo mojado. Iba descalzo, vaqueros y una sudadera gris.

—Eeeh, sí, sí. Huele de vicio.

Sé que la mirada que le dediqué era de muy golosa, y no sólo por la comida. Tenía hambre, pero de él. Pronto me di cuenta de que no había sido un detalle porque fuera mi cumpleaños, porque pronto entendí que ni lo sabía. Nos sentamos y sirvió el café.

—He hablado con Queta... —Empecé a sonreír sin saber siquiera cómo terminaría la frase, pero de la quiosquera podía esperar cualquier cosa—. ¿Sabes que ve las pelis de pie?

—Sí. —Reí—. Me lo contó. Dice que, si se sienta, se duerme...

La voz de mi prima cantando nos llegó a lo lejos. A medida que se aproximaba la canción que salía a grito pelado de sus labios fue más clara. Yo

cerré los ojos de vergüenza, y estoy segura de que hasta Marilyn se revolvió, donde sea que esté, al ver aquella penosa imitación.

—*Happy birthday to you...*

—¿Es tu...? —balbuceó Abel atónito sin terminar la pregunta al tiempo que también se ponía en pie.

—Sí —afirmé sonriendo tímida antes de ser engullida por el abrazo de mi prima.

—No lo sabía. Feliz cumpleaños. —Me besó en la mejilla y, aunque me molestó un poco que no lo supiera, en parte me alegré; eso quería decir que no habría fiestas sorpresa ni nada por el estilo. Ya había tenido suficientes dosis de esos encuentros.

—Gracias.

Poco a poco iba conociendo los gestos de Abel, y parecía tenso. Casi no habló y se pasó todo el desayuno con el ceño fruncido. Mis padres y Eric llamaron mientras aún estábamos en la mesa. Hablé un poco con ellos, tuve que decir que estábamos los tres para evitar ciertas preguntas que no quería contestar, y menos con ellos delante.

—Es tu día, venga, ¿qué te gustaría hacer? Pide, será mi regalo —dijo Nena.

Se levantó y empezó a recoger. No preguntó si queríamos otro café, dio por sentado que ya habíamos terminado. Ella era de tomar un zumo, ¿cómo contarle que si fuera por nosotros dos aquello podía durar toda la mañana? Un mordisco por aquí, charla, sorbos de besos, digo..., de café, pellizcos de bizcocho, de él, leer la prensa y estudiar a Abel... ¿Qué mejor plan?

Me obligué a olvidar esos pensamientos porque o yo estaba muy necesitada de mimos o esa mañana mi muso estaba demasiado arrebatador. Pensé en cuando eres pequeña y la ilusión que te hace que llegue tu día. Esa inocencia por tu cumpleaños, por Navidad..., y con qué facilidad la perdemos de mayores. La madurez nos roba saber disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Sonreí y levanté la cabeza al saber qué quería para mi día.

—Al Tibidabo.

La carcajada de él me cosquilleó las entrañas. Otra cosa fue la cara de sorpresa, por no decir de asco, de Nerea. Tan antagonistas entre ellos que al final acabé imitándolo a él.

—¿Quieres ir a un parque de atracciones? —preguntó mi prima remarcando cada sílaba.

—Sí. Nunca hemos ido. Además, ¿cuánto hace que no subes a un tiovivo?

—¿Lo dices en serio? —Seguía sin creérselo.

—¿Por qué no? —intervino Abel—. Puede ser divertido, y si a ella le apetece... —Se encogió de hombros, y yo estuve a punto de saltar sobre la mesa y devorarle esos morritos con los que me sonreía.

—Sólo quiero algo distinto. Algo que me haga olvidar que soy adulta, la vida... Sólo quiero disfrutar como cuando era niña, esa facilidad que había en todo, esas ganas de vivir, de descubrir. Esa inocencia.

—Pues, hale, al Tibidabo. ¿Querrás corona de princesa y algodón de azúcar?

—Ni se pregunta. —Sonreí de medio lado y le saqué la lengua. En ese momento recibí un mensaje de felicitación—. Es Ivet. Hoy van a comer a casa del hermano de Guillem, me lo dijo esta semana.

Recordé cuando el jueves me llamó a media tarde diciendo que ya estaban en la fase de ir conociendo a la familia. Que, aunque ya se conocían del hospital, estaba muy nerviosa. Intenté tranquilizarla.

Le contesté dándole las gracias y le deseé también mucha suerte en esa comida.

—Pues nos toca hacer de niños. Lástima que Elsa y Quim siguen en la montaña, podrían haberte llevado ellos y así se iban entrenando como papis.

Eran pasadas las doce cuando llegamos al parque. Hacía un día perfecto, el

aire era algo fresco porque venía del norte, pero al mismo tiempo el cielo estaba completamente despejado. La vista de la ciudad desde la colina era fabulosa. No me importó que fuéramos los tres. Que Nerea se quejara por el precio, la gente, los niños gritando y las colas. Era mi día. Una forma bonita de irme despidiendo de esa ciudad que tanto me había dado. Me propuse disfrutar como una niña y olvidar el resto. Subimos a la montaña rusa, a la noria, e hicimos fotos en la sala de los espejos. Nerea se negó a subirse al Diávolo, las sillas voladoras de toda la vida, y Abel tampoco subió, creo que, más que porque no le apeteciera, fue un gesto hacia su novia. Total, que al final fui sola. Me gustó la sensación de estar con las piernas en el aire, casi volando sobre la ciudad. Tan lejos del suelo, como solía sentirme tantas veces, soñando y tan lejos de la realidad. Esa que ni quise buscar con la mirada. Ellos abajo, con los pies en el suelo, yo allí sentada, en una silla voladora. Al bajar, él se quedó algo rezagado y yo, sin darme cuenta, fui a su ritmo, dejando a mi prima unos pasos más adelante buscando un sitio donde tomar algo.

—Allí arriba estabas increíble, eras... —Parecía no saber cómo seguir.

—¿Como una niña? —intervine aun sonriendo y con las mejillas rojas del frío.

Se acercó demasiado poco para lo que mi cuerpo pedía, sólo lo suficiente para que nadie más oyera lo que iba a susurrarme pegado a mi mejilla:

—No, más bien alguien a quien te pasarías la vida besando.

Frené de golpe, él siguió avanzando y se puso al lado de Nerea. A mí me costó un empujón de unos niños que se perseguían reaccionar. «Joder...»

Me quité el gorro de lana y sacudí la cabeza, dejando que mi melena tomara un poco el aire; de hecho, me sobraba mucha ropa. No sabía por qué, pero desde que había tomado la decisión de irme, algo había cambiado entre nosotros. Las insinuaciones y la coquetería eran algo menos sutiles y más directas. No sólo por mi parte, que, consciente de que eran los últimos días que íbamos a compartir, estaba más lanzada, sino que parecía que él de alguna forma lo supiera. Estábamos jugando al límite. Había nuevas normas, y a mí,

que ya me costaba mantener las manos quietas antes, con tanta directas... y sabiendo que me iba..., era demasiada tentación.

En una de las terrazas tomamos unas cervezas con unos bocatas de jamón. Me disculpé y fui un momento al baño. Allí encerrada, miré las fotos que Nerea había hecho. En algunas salíamos las dos, en otra yo sola, había pedido a una chica que nos hiciera una a los tres y, por descontado, una con él. Bueno, quien dice una dice cincuenta, porque me puse tan nerviosa que se me escapaba la risa, él se burlaba y me bajaba el gorro, yo le daba un codazo... Todo eso estaba en aquellas fotos. Al final, una riendo los dos, pero mirándonos a los ojos. Era perfecta. Me llevaba un recuerdo de los dos plasmado en una fotografía, y la tenía gracias a mi prima. «Putas casualidades...»

Ronroneamos allí sentados al sol como unos gatos. Abel se levantó corriendo cuando una niña pasó por su lado persiguiendo un globo con forma de unicornio y se lo alcanzó. Ella le ofreció una preciosa sonrisa mellada. Y me enamoré un poco más de él al ver esa estampa. Era fácil ver que los niños le gustaban y que, aunque sólo era un gesto, decía mucho del padre que podía llegar a ser. Nerea, igual que los padres de la niña, estaban más pendientes del teléfono y ni siquiera se habían dado cuenta. La pequeña vestía un tutú violeta con estrellitas brillantes, medias de rayas, botas rojas y chaqueta amarilla, igual que el gorro. La cogió de la mano y se acercaron a la mesa.

—Dice que también es tu cumple —me saludó la niña.

—Manuela, te presento a la princesa Elba, hoy cumple siete años.

—Feliz cumpleaños, me encanta tu falda. —Era preciosa, aunque le faltaran las dos paletas y uno de los incisivos inferiores.

—La ha hecho la *abu* para mí. —Dio una vuelta sobre sí misma y el tutú tomó forma a su alrededor.

Abel me miró y sonreímos cómplices.

—Elba, por favor, ven aquí, no molestes. —La pequeña, al oír a su madre, nos mandó un beso con la mano y se fue corriendo.

—Quiero una igual —balbuceé con la mirada perdida en aquella duendecilla vestida de colores con un unicornio volando detrás de ella.

—¿Un unicornio? —se burló Nerea. Sonreí porque yo me refería a la niña, y la intensidad de la mirada de Abel me hizo sentir incómoda por ser tan familiar, pero supe que él sí había entendido mi deseo.

Mi prima recibió una llamada de su madre justo cuando nos tocaba subir al tiiovivo después de hacer un cuarto de hora de cola.

—Id vosotros, es mi madre.

—¿Suben o no? —gruñó irritada la mujer que estaba recogiendo las entradas.

Abel tiró de mi pase y se lo tendió.

Cuando giré la vista hacia él, lo que vi me traspasó como un huracán arrastrando cualquier esbozo de raciocinio que me quedara. Era imposible ver nada que no fueran sus ojos. Perderme en su sonrisa. Dejé salir a la niña que todos llevamos dentro, con esa inocencia, sin miedo al futuro, sin mirar más allá de ese mundo que daba vueltas a nuestro alrededor. Las manos al cielo, su risa junto a la mía y el calor de su mirada calentándome la piel. Ese momento valía por mil, lo sentí tan cercano, quería ver en su forma de mirarme tantas cosas, quería que fuera valiente y pudiéramos hablar de ese algo, de esas mariposas, como las que tenía dibujadas en mi piel y que alzaban el vuelo tantas veces, cosquilleándome las entrañas. Y, sentada sobre aquel caballo blanco de madera, bajo las luces y la música que me recordaba a la *musette* parisina, lo vi claro. Eso éramos, él y yo: un tiiovivo de sensaciones y emociones. Arriba y abajo, viendo pasar el mundo a nuestro alrededor.

Éramos unas marionetas del destino. Pero ninguna vida va a ningún sitio encerrada y dando vueltas. Nuestra mariposa tenía que ser libre y volar, y nosotros debíamos bajarnos del tiiovivo. La vida no se basa en dar vueltas, se

trata de avanzar, y ese caballito no iba a moverse de su sitio. Éramos un viaje sin destino, una entrada para un instante de esperanza. Teníamos el tiempo cronometrado y una fecha de caducidad. Necesitábamos avanzar. Y nosotros, allí subidos, nunca lo haríamos. La vida es avanzar, caerse, levantarse, pero nunca detenerse. Y para nosotros había llegado el momento de volver a darle al *play*. Hasta entonces era algo así como un Día de la Marmota, sin querer avanzar ni asumir consecuencias, escondiendo la cabeza bajo el ala... Pero la música cesa y el viaje termina.

La vida en rosa chillón

No conseguí del todo mi propósito, sólo en momentos puntuales sentí que volvía a ser una niña y que los problemas eran algo cuyo significado desconocía, pero igualmente reconozco que fue bonito y lo pasé bien. Al bajar del tiovivo, Nerea dejó de lado su actitud de pasota tocacojones y compartió con nosotros el resto de la tarde. Aunque me gustó el cambio y poder disfrutar con ella en la montaña rusa, su actitud también fue de acercamiento hacia Abel. Y eso fue como un pellizco en el corazón. Fue como si lo reclamase sólo para sí. Un «ya te has divertido suficiente con él, devuélvemelo».

Ivet llamó a media tarde y Nerea me robó el teléfono mientras hablaba con ella. Al final, quedamos para cenar a las diez y media. Volví a pasar por la ducha, me maquillé y llegó la pelea frente al armario. Estaba medio vacío, cosas en las cajas, Nerea entró y me vio allí plantada.

—¿Aún estás así?

—No sé qué ponerme.

—Si es que tienes esto peor que un rastrillo. Ponte éste. —Sacó un vestido *midi* a medio muslo, mangas tres cuartos de un color dorado viejo y corsé entallado.

—¿No es muy...?

Nunca me lo había puesto. Soy delgada y con ropa tan ceñida marcando mi figura no me sentía muy cómoda. Además, me parecía muy de vestir para una cena.

—Es perfecto. Es hora de que aceptes tu cuerpo. Eres preciosa. Muchas envidiamos tu culo y tus piernas... Póntelo y verás que tengo razón.

Al final le hice caso, hasta dejé que me peinara. Me recogió el pelo hacia un lado con una trenza de espiga. Otra difícil decisión fue el calzado, después de revolver en la caja me decidí por los *pumps* color ciruela a juego con el bolso.

Estaba muy nerviosa. Sólo era una cena entre amigos, lo sé. Sólo era mi cumpleaños, lo sé. Celebrábamos todos los aniversarios, pero estaba tan abrumada por todo lo que me estaba pasando que tuve que obligarme a disfrutar de aquella noche. De mis amigos. Y el problema era que sabía qué me ocurría: la despedida estaba cerca, era el último encuentro todos juntos.

Cuando bajamos, Abel ya nos esperaba al lado de un taxi. Dejé que llevaran la conversación. Estaba inquieta y no dejaba de hacer rodar el anillo midi que me había puesto en el dedo medio de la mano derecha. Era una simple alianza fina de oro e iba a conjunto con los dos más que llevaba en el anular y el índice. El taxista nos dejó en la calle Aribau. Ellos dos bien abrazados, yo con las manos en los bolsillos y la mirada en los pies, como si temiera dónde pisar, cuando la verdad es que me sentía muy cómoda con aquellos zapatos y su tacón. Oí el grito de Ivet y levanté la vista sonriendo. La imité cuando vi que Elsa y Quim también estaban allí.

—¿Os he robado un día de vacaciones? —pregunté.

—Estaba previsto así. Feliz cumpleaños. —Elsa me abrazó y las emociones volvieron a ponerme la carne de gallina y a asaltarme los ojos.

Respiré hondo reprimiendo las lágrimas.

Quim me felicitó y fue al separarme de él que me fijé en el nombre del restaurante: Verne.

—Oh —aplaudí feliz—, ¡tenía ganas de venir aquí!

—Fue idea suya —me susurró Ivet mientras me abrazaba a modo de saludo.

Abel, cómo no... Recordé una mañana de sábado, aquella después de la regla, cuando bajó a por el periódico y el desayuno. Nuestras miradas se encontraron y me sonrió quedamente.

Al entrar vi que era exacto a las fotos del artículo que comentamos del

artículo. Era un homenaje al escritor Julio Verne y sus *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Medusas iluminando las mesas, un kraken gigante, la sensación era de estar en el *Nautilus*. Estuve a punto de marcarme un *zapateo* al ver la mesa redonda. Nada de parejitas. La cena se compuso de un montón de tapas, a cuál más deliciosa. Patatas bravas con dos salsas, conos de bacalao con olivas y crema de piquillo, pulpo braseado..., todo maridado con una selección de vinos de la que se encargó Guillem, que parecía ser el que más entendía y disfrutaba con ello.

Con los postres llegaron los regalos. Elsa y Quim me regalaron un anillo en forma de espiral en oro rosa de Swarovski. Me sonrojé al ver un vale para un masaje. Recordé a mi protagonista Candela y a Iván. Ivet se me acercó al oído y me dijo: «No es de éstos, pero espero que te deje igual de relajada». Y soltó una carcajada a la que me uní. «¡Loca!»

También me tocó soplar las velas. Cerré los ojos y no me costó encontrar algo que pedir: «Que esta cena se pueda repetir más adelante y que se sumen nuevos fichajes, pero nunca menos».

Al salir nos dirigimos a una discoteca; con tal de no pensar mucho y volver a casa, estaba dispuesta a todo. Era mi último fin de semana, la última noche de sábado que podríamos volver a disfrutar como habíamos hecho tantas veces. Ya no sólo porque me iba, la vida de Elsa y de Quim también estaba a punto de dar un giro. Nuestras noches de juventud las cuatro juntas estaban llegando a su fin. Deseaba que hubiera otras, aunque estaba segura de que nunca volvería a ser igual.

Invité a la primera ronda y me llevé a las chicas a bailar.

—Lo que hace por mí... —dijo Nerea—, no le gusta nada bailar, pero mira, ahí lo tienes, viniendo sólo para complacerme. Es el mejor.

Ignoré sus últimas palabras y su chulería y me concentré en otro dato que me sorprendió, porque el día del cabecero, en el comedor de casa, fue él quien me tendió la mano.

—¿Cómo que no baila? —pregunté dando otro sorbo a mi bebida.

—Pues eso, es de esos hombres que más que piernas tienen columnas de cemento.

Ellos se quedaron charlando, pero al final pareció que se cansaron de mirarnos y se acercaron a nosotras. La sala se fue llenando hasta los topes, y nuestras copas, igual que llegaban, se vaciaban. Quim, Nerea e Ivet se pusieron a hablar con un par de chicas; por los gritos y lo que decían, entendí que habían sido compañeros de carrera. La charla se alargó y Guillem, después de guiñarme un ojo de forma muy disimulada que no entendí hasta segundos después, invitó a bailar a Elsa. Bebí de mi copa buscando algo que decir, porque nos habíamos quedado los dos solos, pero no hizo falta; Abel tomó la iniciativa tendiéndome su mano. No lo dudé. Me acerqué y él estrechó el espacio hasta envolverme con sus brazos. Sonaba la canción *Who You Love* de John Mayer y Katy Perry. Casi sin darme cuenta, nos habíamos ido alejando y de pronto me encontré rodeada de extraños que nos daban intimidad y con el cuerpo de Abel pegado al mío.

—Un pajarito me ha dicho que no te gusta mucho bailar —dije nerviosa.

—No me gusta, pero a veces hay que hacer excepciones para obtener un fin.

—¿Y en este caso es?

—Tener a la cumpleañera en brazos. Además, corres peligro con ese vestido.

—¿Peligro?

—Demasiada tentación. Estás preciosa.

—¿Más, menos o igual que con la falda? —indagué seductora, sacando toda mi artillería sin pensar en las consecuencias.

—Qué cabrona... ¿Cómo te atreves a nombrarla siquiera? —No había forma de tomarse mal su frase ni su tono, porque sus ojos y sobre todo su sonrisa se encargaron de darle el trasfondo que había.

Me callé porque no supe qué decir. La fuerza de su abrazo se intensificó y los dedos de la mano que agarraba la mía me acariciaban jugueteando con los anillos.

—Gracias por el día de hoy —agradecí levantando la cabeza y buscando su mirada.

—Ha sido un placer. —Sus ojos observaban mis labios con atención.

—Y por el detalle del restaurante.

—Es lo poco que he podido hacer con tan poco margen. Me alegro de que te gustara. ¿Ha sido cómo esperabas?

—El local es impresionante, igual que la comida.

Torció la boca antes de sonreír y bajar un poco más la cabeza para estar más cerca. Podía buscar la excusa de que lo hizo para poder oírnos mejor a pesar de la música, pero, joder, prefería pensar que lo único que buscaba era tenerme más cerca. Como yo de él. Su mano se paseaba lánguidamente por mi espalda y la mía por su hombro. Con ganas de acurrucarme en su pecho. De dejar que me sostuviera. Siempre.

—Me refería al día de hoy.

—Todo lo perfecto que podía esperar, a veces no se puede pedir más...

—Las mujeres siempre queréis más... Estoy seguro de que, si te lo preguntara, encontrarías algo que pedirme.

Opté por el silencio cuando lo que más me apetecía era gritarle al mundo entero que sólo lo quería a él.

—El problema no es querer... El problema es qué se quiere. —Suspiré derrotada—. Necesito tomar el aire...

«No puedes forzarte a dejar de soñar con quien estás soñando. Si es a quien amas, entonces es a quien amas...», sonaba desde los altavoces cuando me marché de allí.

—¿Escapando de nuevo? —oí la voz de Ivet pegada a mi oreja mientras me agarraba del brazo. En lugar de frenarme, me acompañó al exterior. Caminamos un poco hasta que encontramos un banco y nos sentamos.

—Sólo necesito un poco de aire, se me ha metido algo en el ojo.

—Sí, un Abel..., y si fuera sólo en el ojo... Tu cara es digna de después de un orgasmo, y sólo es que el capullo te ha dicho algo y ha conseguido hacerte

reír. Por cierto, ha sido el único que lo ha conseguido esta noche de verdad.

—Es que cuando me abraza veo la vida en rosa, como decía la Piaf.

—Sí, en rosa chillón.

Al volver a entrar, Nerea sugirió que nos tomáramos la última en casa.

La música sonaba bajito, no recuerdo qué vinilo pusimos. Ivet y Guillem estaban sentados sobre la alfombra frente la chimenea, que estaba encendida, yo en el sillón —por eso de ser la solterona— y ellos dos en el sofá. Elsa y Quim se despidieron al salir del local, ella estaba agotada. Los chupitos de tequila rondaron dos o tres veces, Ivet y Guillem aceptaron quedarse a dormir. Las risas cada vez eran más silenciosas, igual que las voces, que poco a poco se iban volviendo susurros. Hasta que al final me dormí.

De nuevo desperté cuando noté que unos brazos me alzaban. No me costó reconocer que era otra vez Abel quien me llevaba a la cama. La segunda vez esa misma semana. Podía acostumbrarme a aquello.

«No. No puedes. ¿Lo has olvidado?»

Cuando llegó a mi habitación, se agachó un poco para que apoyara los pies en el suelo. Mis brazos aún se mantenían acoplados a su cuello sin querer soltarse, igual que sus manos en mi cintura.

—Manuela... —Mi nombré quedó suspendido en el aire como esperando algo que no llegó. Al final, como siempre, dio un paso atrás y se dio media vuelta.

—Abel —lo llamé. Se detuvo y me miró por encima del hombro, me volví —. ¿Me ayudas con el vestido?

Me aparté la trenza para darle acceso. Sé que habría llegado haciendo acrobacias como los expertos del circo, pero ¿quién quiere probar posturas a las cinco de la mañana teniendo a su muso en la habitación?

—Claro.

Subió despacio las manos por los costados de mi espalda. Las respiraciones agitadas de los dos eran el único sonido que se oía en el silencio de la noche. Una mano encontró la cremallera y la otra rozó suavemente el cuello en el nacimiento del pelo y detrás de las orejas con los dedos. Me estremecí sólo con ese dulce roce. Me mordí el labio evitando gemir.

Poco a poco, y diría que para disfrute de los dos, me bajó la cremallera, que llegaba justo hasta donde estaba el tanga. Con las manos sostuve la prenda para que no se cayera. Por muy tentadora que me pareciera la idea de quedarme sólo con el tanga y los tacones delante de él..., creí que sería demasiado. Imaginé la escena que le estaba ofreciendo y, si tuviera que describirla, yo estaría temblando de anticipación con los muslos contraídos de excitación. A él, las manos le arderían por tocarme, por besarme, y sus ojos me hablarían de todas las cosas lujuriosas con las que nos entretendríamos esperando ver salir el sol.

—Me encanta tu tatuaje —susurró pasando suavemente el dedo por encima de la tinta.

Dios, cómo me costó seguir aguantando el vestido y no dejarle libre el camino para seguir hasta el pecho, donde terminaba el dibujo. Arqueé la espalda al sentir la caricia.

—Son mis alas —intenté pronunciar, y ni recuerdo siquiera si llegó a oírlo.

Debajo del pecho izquierdo nacía una pluma de pavo real en color y dibujada como si fuera un mandala hasta la mitad del omóplato. Me inspiré una vez viendo sus alas. Esa pluma era un homenaje a él como muso, a sus alas y a mi pasión por la escritura.

—Al final no te he hecho ningún regalo.

—No pasa nada... —balbuceé dándome la vuelta.

—Me habría gustado ofrecerte algo, pero Nerea no me lo dijo y me he pasado el día contigo y no he podido... Yo... Dime algo que quieras.

«Quiero que mis sábanas muestren las arrugas de tu cuerpo y no sólo las

mías de soñar contigo. Quiero noches locas y días de lluvia en la cama. De besos de chocolate y risas de mermelada. De confesiones con sabor a vino y de rosas espantamiedos. Te quiero a ti. Sólo a ti.»

—¿Recuerdas la peli del otro día? —No sé cómo me atreví. No estaba segura de lo que implicaba mi deseo ni tampoco de si me atrevería a contarle antes de marcharme lo que era él para mí. Pero no sería esa noche.

—¿La segunda del hotel Marigold? —Asentí—. Sí, ¿por?

—La frase de la que hablamos..., «el mejor presente es un momento»...

—¿Quieres que te regale un instante? —preguntó sorprendido.

—Sí, sólo quiero que, el día que te lo pida, me lo ofrezcas.

Tardó en contestar, sólo me miraba a los ojos y yo sólo deseaba saber qué pensaba, consiguiendo que me olvidara hasta de lo que había pedido.

—Te lo prometo.

Y en ese momento mi corazón saltó haciendo una cabriola. Tendría mi momento, el nuestro. Sólo esperaba encontrar el coraje para pedírselo.

—Perfecto, eres mi mejor regalo. —Le di un beso en la comisura del labio, más mejilla que labio, pero tan tentador como un beso de película—. Buenas noches, Abel.

—Sueña bonito, Manuela.

Regalos

Hay regalos que te haces sin saber muy bien que lo son hasta que ocurren. Y yo, con mi decisión, me había regalado la posibilidad de despedirme de mi gente poco a poco. No puedo decir sin dramas, pero sí que yo marcaba el tempo en el que ocurría. O lo intentaba. Debo confesar que estaba algo saturada. Al saber que me iba, sin ser consciente, mi mente empezó a almacenarlo todo. Había perdido la capacidad de filtrar y sólo guardar los momentos únicos, los que realmente valían para ser un recuerdo. Todo me sabía a última vez y quería disfrutarlo como tal y al máximo. Era como si quisiera llevarme esas últimas semanas empaquetadas. Quería guardar todo lo que formaba mi zona de confort y llevarlo conmigo para aligerar la nueva etapa.

El equipaje que más ocupaba y el que menos pesaba: el de los recuerdos. Un sinfín de momentos vividos para agarrarlos fuerte que me llevaba conmigo para poder saborearlos con calma en las noches negras sin luna y los días en que empatizara con el cielo gris británico.

El domingo nos levantamos tarde. Todo era pereza y dolor de cabeza. El desayuno era más propio de un geriátrico que de una panda de amigos treintañeros. Los analgésicos rulaban al tiempo que el azúcar y los litros de café. Ellos se pusieron a ver el fútbol. Yo, ignorante de mí, ni sabía que podía haber partidos a las doce, y ellas se dedicaron a pintarse las uñas. Yo me instalé con el portátil en la mesa del comedor y pasé las fotos de la cámara. Aproveché para hacer también alguna instantánea de ese día. Me había pasado el fin de semana con la palabra «foto» en los labios, ésa y «sonreíd». Me

dijeron que ya empezaba a comportarme como una abuela, pidiendo fotos todo el día, y entendí esa necesidad de fotografías de las yayas. Yo me reía y los ignoraba al tiempo que le daba al botón y plasmaba sus burlas.

Decidimos pedir chino y luego pusimos una peli. No llevaba ni cinco minutos y todos empezaron a roncar; yo no pude, me negaba a dormir. Desde mi butaca observaba a las dos parejas, que, sin saber, me habían acompañado en mi último fin de semana, que, cuanto más avanzaba, más me gustaba cómo transcurría. ¿Qué mejor forma de despedirme de ellos que siendo nosotros? Sin dramas ni tintes de despedida, sólo disfrutando de estar juntos. De ser nosotros.

Cuando sentí que los ojos me ardían, sin hacer ruido, me levanté y me fui a mi habitación.

Ivet vino a buscarme cuando despertó, no sé el rato que había pasado, pero yo seguía sentada en la mullida alfombra con la vista perdida en el ventanal y refugiada bajo la lana de la chaqueta.

No me molesté en secarme las lágrimas porque los ojos rojos ya decían que no estaba bien. Se sentó a mi lado y me abrazó.

—Esto está muy triste —dijo mirando las paredes vacías. Dos cajas estaban en una esquina, las que tenía que mandar a Inglaterra—. ¿Ya sabes de qué color vas a pintar?

—He escogido un papel con una cenefa muy bonita para el cabecero, el resto irán igual, blancas.

—Quedará genial.

—Sí.

—Odio verte así. Es que... no hace falta ni preguntar qué te pasa.

—Se me pasará. ¿Quedamos el miércoles? Hay cosas que quiero contarte.

—Sí, claro. ¿Has avanzado en la historia de Candela? —preguntó refiriéndose al libro.

—Sí, mucho. Ya te cuento. —Pero yo no me refería al libro, sino a mi propia historia. Preferí cambiar de tema—: ¿Qué tal fue la comida con su

hermano?

Era tal lo que sentía que fue nombrarlo y se le escapó una sonrisa que irradiaba esa felicidad que comporta vivir el inicio de un amor.

—Una maravilla. Aunque los muy gamberros se vistieron igual, con camisa negra y pantalón gris. Además, recién afeitados y con el mismo corte de pelo, no hay quien los distinga. Carla dice que ya está acostumbrada a ese juegucito. A pesar de mis nervios, pronto me sentí muy a gusto. Con las anécdotas del hospital, rápidamente rompimos el hielo. ¿Crees de verdad que todo puede ser tan sencillo?

—¿Qué quieres decir?

—Guillem hace que todo parezca fácil. Enamorarse de él, compartir todas las horas que podemos, conocer a su familia, no sé... Cosas que antes ni me plantearía a los tres meses de empezar una relación, con él...

—Yo creo que el amor es sencillo. Quien lo hace complicado somos nosotros. Y Guillem está loco por ti. Es un tío genial, y creo que hacéis muy buena pareja.

—Su cuñada, cuando estuvimos en la cocina a solas, me dijo que se alegraba de que me hubiera llevado, que eso significa que va a por todas conmigo. Que era la primera después del divorcio.

Seguimos hablando un ratito más hasta que oímos las voces desde el comedor y fuimos hasta allí, donde nos despedimos y pusimos fin a aquel fin de semana.

El lunes, aunque no tenía que ir a trabajar, me desperté temprano, bueno, despertar no sé si sería la palabra adecuada, porque seguía sin dormir bien, y lo de la noche entera ya era casi una utopía. Mientras me vestía, hice un repaso exhaustivo a lo que me rodeaba. Era deprimente, y más cuando sabía el motivo

de aquella desnudez en las paredes y la vida empaquetada que contenían aquellas cajas.

No sabía qué hacer, si vaciarla del todo o si dejar un rastro. ¿Seguiría siendo mi casa?

¿Volvería?

¿Cómo?

¿Cuándo?

Todo eran dudas.

Después de desayunar me puse a estudiar, pero tenía la cabeza tan embotada que desistí. Al final acabé haciendo limpieza. Baños, polvo, lavadoras, cristales, cualquier cosa que me mantuviera activa y en silencio porque Nerea dormía, supongo que aprovechando que hasta la noche no tenía que ir a trabajar. Necesitaba de las raras conversaciones con Queta para quitarme un poco aquella pesadez que me oprimía por dentro. Era una buena hora, y sólo había una clienta. La despachó y vino a mi encuentro.

—Buenos días. Veo que las vacaciones hacen que se te peguen las sábanas.

—No creas. Llevo ya un rato en pie, limpiando a fondo.

—Va bien hacer limpiezas de éstas. Tanto interior como exterior.

—«Bruja»—. Espera, que tengo que enseñarte la última idea de mi hermana. ¡Con las ganas que tengo yo de jubilarme y ella me sigue buscando trabajo!

La vi trastear detrás del mostrador y sacar una caja. Me hizo gracia su comentario, porque siempre decía eso y luego me susurraba que era mentira, que prefería seguir trabajando en el quiosco y hablar con la clientela. Decía que la vida de jubilada no era para ella, que no tener nada que hacer iba a estresarla.

Os contaré algo en secreto, la muy loca hace años perdió unos papeles y tuvo que pedirlo todo de nuevo cuando se hizo cargo del traspaso del quiosco. No sé qué le pasó por la cabeza ni el motivo, ella dice que la crisis de los cuarenta, en definitiva, que modificó el año de nacimiento para ser más joven.

Pero no lo pensó bien, ya que entonces tendría que esperar dos años más para jubilarse.

—¿Qué te parecen?

Eran tazas. Esas tan de moda, con frases molonas y motivantes, pero para mí fueron como una cerilla demasiado cerca de la pólvora. Cogí la que me enseñaba: SUEÑA LO QUE VIVES. VIVE LO QUE SUEÑAS. Era de cerámica, con una forma más redondeada que las clásicas, en azul añil y las letras en blanco.

—Qué bonita. Qué mensaje tan... —ironicé mientras daba vueltas a la taza entre las manos, y entré en una especie de locura—. ¡Ahora ponlo a prueba en tu vida y verás lo jodido que llega a ser!

No sé muy bien qué dije ni lo que hice porque yo no lo recuerdo, fue Queta quien me lo contó después del berrinche. Resultado: empecé a romper tazas al tiempo que la emprendía con toda esa gente a la que le encantaba filosofar, con quien escribía esas frases, quien las colgaba en los muros de las redes sociales y lo complicado que era llevar una sola a cabo. Algo que muy pocos se atrevían a hacer. Dice que un perro empezó a ladrarme y una madre agarró a sus dos hijos del brazo y los arrastró hasta cruzar la calle por el espectáculo que estaba dando. Al menos nadie llamó a la policía. Cuando me calmé, me llevó dentro, me sentó y me dijo que no moviera ni un dedo.

—Veo que la idea de mi hermana no te gusta, así que he traído de papel. — Volvió al cabo de dos minutos con dos vasos de cartón. Le agradecí el gesto tirándome a sus brazos, llorando y contándoselo todo.

Por cierto, era Queta, así que nada de infusiones de tila ni nada parecido: para ella, una bebida para mi estado era un café con un buen chorro de aguardiente.

—No todo lo malo que nos pasa es un castigo. No has hecho nada para merecer sufrir así. Te estás juzgando con demasiada dureza.

—Cuesta. No sólo me afecta a mí.

—Quien te quiere lo comprenderá. Es normal irse cuando en un sitio sientes que te falta el aire, para eso el mundo es tan grande y hay tanto por

descubrir.

—Te echaré de menos —confesé abrazada a ella.

—Y yo a ti, mi niña. Mándame muchas postales, que es lo que a mí me gusta.

Al final barrí mi estropicio y pagué por todas las tazas, las que había roto y las que habían sobrevivido a mi ira. Ésas, las restantes, me las llevé a casa. Sería uno de mis regalos para las chicas, un detalle de despedida. Había una que me la llevaría conmigo, tenía dibujada una bola del mundo mordisqueada y la frase: CÓMETE EL MUNDO. El destino se empeñaba en recordarme cada momento vivido con Abel, y, seamos sinceras, era tan fácil de convencer que caía en todas. Esa taza, aún hoy, sigue siendo mi favorita.

Pasé el día dentro del quiosco con ella, al mediodía fui a buscar unos bocadillos de tortilla de patatas en el bar y seguimos con la charla. Nada importante, de hecho, ni lo recuerdo, pero fue nuestra despedida.

Despedidas

Todo parece que va en cámara lenta mientras esperas a que llegue el momento y, cuando lo hace, sientes pavor porque no estás preparada.

«¿Y qué coño has estado haciendo estos días sino prepararte para decir adiós?»

Había imaginado la escena, pero, a la hora de la verdad, las piernas me fallaron y el pecho me subía y me bajaba en cada bocanada de aire que tomaba cuando me planté en la cafetería donde había quedado con Elsa. Eran las seis de la tarde del martes y ella acababa de salir de trabajar. La había llamado ese mismo mediodía y le encantó mi propuesta para quedar en el centro y merendar juntas. Llegué con dos bolsas en la mano, un regalo para el *baby* y el pañuelo junto al anillo que había seleccionado para ella, y una de las tazas.

Creo que mi cara mostraba la angustia que sentía porque al entrar, nada más verme, me preguntó que ocurría.

—Estás pálida, ¿qué ocurre?

—Eh, hola, tengo que contarte algo.

El camarero llegó en ese momento con un té rojo y Elsa aprovechó para pedirle una manzanilla.

—Es lo único que mi cuerpo tolera últimamente. —Se quitó la chaqueta, el vestido que llevaba de lana era ceñido y comenzaba a notarse la barriguita.

—No sé por dónde empezar. —Solté el aire por la nariz gritando esa frustración que sentía por no encontrar las palabras.

—¿Pasó algo en el viaje a México? Desde que has vuelto, estás distinta, lejana...

Supongo que para quien quisiera mirar era algo tangible que no estaba bien. Tenía lógica que pensara que había sido en ese viaje, pero la verdad es que fue justo al volver que apareció Abel en mi vida. Por un momento pensé en mentirle; al final me dije que no había cometido ningún error ni nada de lo que arrepentirme o avergonzarme. Pasó. Me había enamorado. Sólo era otra historia de desamor.

—No. Pero no vas mal encaminada, fue justo al volver. Abel apareció en nuestras vidas y las dos nos enamoramos.

Soltó un grito que hizo que todos los clientes del local desviarán la vista hacia nosotras.

—La Virgen... —Se llevó la mano a la boca, que tenía completamente desencajada.

—Hay más. —Tragué saliva—. He decidido irme. —Empecé a contárselo todo.

Me di cuenta de que lo que buscaba dando explicaciones, como si se lo debiera, era sólo conseguir justificar mis actos. Quería que me entendieran y no me juzgaran a la ligera.

—¿Y Nerea lo sabe?

—No, y tampoco que me voy. Es a la última a quien se lo voy a decir, ya sabes cómo es...

—Madre mía... —Sí, la conocíamos tan bien que era fácil imaginar esa charla y lo que vendría después; «por suerte», yo me salvaría de presenciarlo.

Nos quedamos calladas y nos entretuvimos tomando sorbo a sorbo nuestras infusiones. Asimilando.

—Pero Inglaterra no está tan lejos, vendrás a vernos, ¿no? Puedes quedarte en casa si no quieres estar con ella.

Ivet era la mística de todas nosotras y Elsa, la pragmática. Aceptaba las cosas y sólo buscaba la mejor forma de adaptarse a ese cambio. ¿Qué importaba el motivo por el que me fuera? Para ella, yo me iba, así que su mente sólo buscaba cómo conseguir que nuestra amistad no se viera afectada.

Como rezaba aquella frase: «Si alguien quiere estar en tu vida, encontrará la forma de estar presente en ella». Y, sí, me gustaba oír las perlas de sabiduría con las que me obsequiaba mi Dalai, que muchas veces me dejaban pensando durante un rato, pero la forma de ver las cosas de Elsa era como un baño de serenidad porque, en ocasiones, la respuesta que quieres oír no es tan espiritual y lo que buscas es algo más elemental.

—Me encantará. Llevo fatal saber que no voy a poder disfrutar de tu embarazo.

—Bueno, eso lo dices tú, que yo pasado el primer trimestre, es decir, a mediados de enero, ya me dan vía libre y me planto allí a tomar el té de las cinco y lo que se tercie.

Dicen que al final sólo resta lo importante, que después de un gran acontecimiento ves a quién le importas realmente, y yo me di cuenta de que tenía la suerte de contar con gente maravillosa en mi vida. Eso demostraba que, si en un principio era una huida, cada vez tenía más claro que sólo era un viaje, y que no significaba romper con toda esa vida que dejaba en Barcelona.

—Por cierto, feliz Navidad —sonreí, ofreciéndole los regalos.

Eran para Olivia, una diablilla preciosa que necesitaría pocas horas de sueño y que sería de las de pasarse las noches como un búho, pero, como por aquel entonces aún no se sabía el sexo, le había comprado un peluche, un murciélago de colores que me enamoró sólo con verlo y unos paños de muselina con estrellas pintadas que me dijeron que eran muy útiles.

—Muchas gracias, me encanta. —Me dio dos besos y me abrazó, y la emoción nos pudo a las dos y nos pusimos a llorar cuando vio el anillo y el fular—. Hormonas.

—Huida. —Nos miramos un segundo antes de estallar en carcajadas.

Dios, pasamos de las risas al llanto en milésimas de segundo.

—¿Qué haces luego?

—Nada, y Nerea va de noche. —Quise añadir que cada día me sentía más extraña en el piso y que no tenía ningunas ganas de volver.

—Perfecto, te vienes a casa. Esperaremos a que Quim termine el turno y mientras tanto nos vamos de compras, que aún me quedan muchos regalos de Navidad por buscar. El tuyo incluido.

—Yo sólo quiero que me prometas un montón de fotos y que me tengas al día de esta barriguita.

El resto de la tarde lo pasamos de tienda en tienda recorriendo la zona de Portal de l'Àngel, y, a diferencia de otras veces, la decoración no fue el tema de conversación. Hablamos más de la vida, de los miedos... Esas cosas a las que tememos, pero que, de alguna forma, nos empujan a seguir adelante. Para ella era el embarazo; aunque sentía pavor por el reto que representa ser madre, lo afrontaba con mucha ilusión, sólo había que verla. En mi caso era marcharme, pero al mismo tiempo necesitaba irme. Me regaló un sombrero negro con un poco de ala, dijo que sería perfecto para refugiarme del frío, y en la misma tienda me compré un bolso a juego.

Serían casi las nueve cuando nos fuimos a su casa. Los dos provenían de familias adineradas y vivían en un ático dúplex en un edificio esquinero entre la rambla del Poblenou y la Diagonal, muy cerca del centro comercial de Glòries. El piso ya de por sí merecía la pena por la enorme terraza, era muy luminoso y el toque de Elsa —había hecho derribar algunos tabiques y había apostado por la decoración nórdica— lo hacía espectacular.

Para cenar preparamos unas costillas con miel y romero al horno. Dijo que era su antojo y, antes de subir a casa, habíamos pasado por la carnicería. Para acompañar preparamos puré de patatas casero. Cuando Quim llegó ya estaba todo listo. Nos encontró a las dos sentadas en el sofá; yo tomando un vino blanco y ella un agua con gas con una rodaja de lima. Con ver nuestras caras ya nos preguntó si pasaba algo grave. Y es que habíamos pasado todas esas horas entre sonrisas y lágrimas.

—Depende —le respondió Elsa, y se lo contó todo.

A medida que le relataba que me había enamorado de Abel, y que ése era el motivo de mis huidas en las cenas, el no ir con ellos de puente y mi forma de

actuar, a su marido la cara le iba cambiando y pasando por todos los estados. Al final dejó caer la espalda para atrás y apoyó la cabeza en el sofá con la vista en el techo.

—Es muy valiente lo que vas a hacer.

Yo era incapaz de verlo como valentía porque lo que sentía era puramente de cobardes. Huir antes de afrontar el problema y sus consecuencias.

—Basta de hablar de mí. Celebremos que el amor llega tarde o temprano, como en vuestro caso. Por el primer amor, que a veces resulta ser también el único. Y que conste que lo digo con una envidia horrorosa.

Y más los envidié cuando vi cómo se miraban, sus gestos, que eran tan naturales en una pareja que llevaba ya casi media vida juntos. Y pude ver que era verdad que Quim se volcaba, hasta diría en exceso, en colmar a Elsa de atenciones.

Despedirme de ellos fue duro, pero de alguna forma ya empezaba a cogerle el tranquilo. Y si alguna vez me había avergonzado de mostrarme vulnerable, durante aquellos días aprendí que una despedida siempre me hará llorar y que no tengo por qué esconderlo.

Decirle el domingo a Ivet que quería hablar con ella el miércoles fue una forma de obligarme a afrontar esa despedida, porque, de todas, era a la que más echaría de menos. Si había una persona que estaba segura que seguiría en mi vida a pesar de todo, era ella, pero eso no implicaba que no tuviera que decirle adiós. Seguirían nuestras charlas, seguiría compartiendo con ella mi secreto de autora, pero ya no sería igual. Si había esperado hasta el último momento era porque la conocía y sabía que habría preparado una fiesta de despedida y eso ya habría sido demasiado para mi estado. Las palabras «fiesta» y «despedida» nunca las he entendido en la misma frase.

Quedamos en su casa. Quería un lugar íntimo porque sabía que entre las dos

pareceríamos clones de María Magdalena.

—¿Es ese vestido, o estás más delgada? —preguntó cerrando la puerta tras de mí mientras yo dejaba el casco en el suelo y me quitaba el abrigo.

—No sé.

Cuando lo mencionó, llevé mis manos a las caderas. Llevaba un vestido de punto, largo y ancho, con una cremallera en un lateral de color burdeos. Puede que sí notara la ropa algo más holgada. No era por no comer, pero las noches sin dormir y los nervios...

—¿Té, café, un vino? —me preguntó yendo hacia la cocina.

—Me voy —escupí de golpe.

Ella se volvió y, con las manos en la cadera, soltó riendo:

—¡Pero si acabas de llegar!

—He tomado la decisión. —Y me eché a llorar.

Y ya no hicieron falta más preguntas, tiró de mi mano hasta el sofá.

—Pero, ¿cómo que te vas?! —gritó nerviosa—. ¿«Vas» de irte, de marcharte, de...?

—Sí. —La frené antes de que nombrara todos los sinónimos—. Necesito tiempo, espacio... Aquí ya no puedo seguir, necesito poner kilómetros de por medio.

Le conté los planes que tenía y no me hizo falta fingir la ilusión de conocer por fin Nueva York. O la idea de instalarme en la costa de Canterbury mientras hacía el máster, porque la verdad era que, sin buscarlo, los planes y el futuro que me esperaba me gustaba y me hacía mucha ilusión. Ganas de empezar de nuevo. Todo lo que estaba por descubrir, gente nueva a la que conocer y, como Eric me había dicho, descubrir a una nueva Manuela.

—¿De verdad ésa es la solución? —murmuró mordiéndose las uñas.

—¿Y qué esperas que haga?

—No sé, pero me parece que pagas un precio demasiado alto.

—Me lo he buscado, lo merezco. —Por mucho que Queta dijera que no era un castigo, yo seguía sintiéndolo así—. Perder el piso, a Nerea, el trabajo...

es sólo una consecuencia por enamorarme de quien no toca.

—Lo siento —dijo con la voz rota rasgando el silencio.

—¿Por qué me pides perdón? —le pedí extrañada, secándome las lágrimas.

—Porque creo que no he sido justa contigo. Me he cegado sólo al ver que estaba mal y no he pensado en que eso ya lo sabías..., siento no haber estado ahí para ti.

—Pero ¿qué dices?

—¡Que sólo te he juzgado y no te he apoyado! —gritó y se levantó para volver a sentarse después—. A lo mejor si..., no sé... Imagino lo que debes de haber pasado para tomar esa decisión. Has estado sola, y yo, en lugar de estar ahí para ti, sólo te he dicho que lo olvidarás, encima siendo una egoísta pensando sólo en Guillem y en mí.

—¡Vet, frena; ni se te ocurra ir por ahí. No podías hacer nada. Ocurrió, me enamoré de quien no debía, no he hecho nada malo.

«Es el precio de aprender a convertir los sueños en nuestra propia vida.»

—Y entonces ¿por qué te vas? ¡Parece un exilio!

—No lo veo así. De verdad que el viaje me hace mucha ilusión y el máster hace tiempo que me apetece. Sólo ha sido el empujón que me hacía falta.

—Joder, más que un empujón parece...

—Basta —le pedí, cortando de raíz cualquier réplica.

—¿Y cuándo te vas?

—El viernes.

—¿Qué viernes? —Torcí la boca y lo entendió—. ¿Pasado mañana? ¿Y cuánto hace que lo sabes? ¿Por qué has esperado tanto?

—Tomé la decisión la misma noche que volvimos de Begur. Y si no te lo he contado antes ha sido porque necesitaba ese tiempo para mí.

Se quedó callada, las dos lo hicimos durante unos instantes, ella haciéndose a la idea y yo quitándome un peso de encima, otra despedida superada.

—¿Lo habéis hablado? —Sabía que se refería a Abel.

—¿Estás loca?! Tendría que decirle lo que siento por él.

—¿De verdad piensas que no se ha dado cuenta? Si es así, son los dos el uno para el otro; Nerea es ciega si no ha visto cómo a veces te quedas embobada mirándolo. Y, para más inri, si él se da cuenta te la devuelve.

—No digas tonterías. —Estaba cansada de esas miradas, de esos gestos, de todo.

—No las digo, pero también te doy mi opinión, yo lo hablaría. Tienes derecho a esa oportunidad.

—¿Qué oportunidad? —rugí molesta.

—Creo que, si no se lo dices, algún día te arrepentirás; tiene derecho a decidir.

—Soy yo la que no tiene derecho a meterse. Y no te confundas: decidir ya lo ha hecho porque sigue con ella. ¿Qué persona sigue con su novia cuando siente algo por otra?

—Más de los que te imaginas. El mundo está lleno de cobardes, la pregunta es: ¿eres tú de ese montón?

No contesté. Sólo me terminé el vino de un solo trago y me dejé caer hacia atrás tapándome la cara con un cojín para amortiguar el grito que pegué. Porque sus palabras me hacían sentir ganas de salir de allí, ir a buscarlo y contárselo todo.

—Tan pronto te instales, iré a verte. —Noté cómo apoyaba la cabeza en mi estómago y me abrazaba.

Dejé el cojín y pasé mis brazos por su espalda y la apreté fuerte.

—Eso espero —sollocé.

—¿Te quedas a dormir? —preguntó sin moverse.

—Me encantaría —acepté, y le entregué mi regalo: la chaqueta, un anillo y dos tazas.

Era bien entrada la madrugada cuando nos metimos en su cama.

—Huele a perfume masculino —dije con la nariz pegada a la almohada.
Echaba de menos esas nimiedades

—Lo sé, y me encanta. Me dejas sola...

—No digas eso, que no es verdad. Tienes a Guillem, de hecho, todas tenéis pareja.

—No es lo mismo, y lo sabes... Te echaré de menos.

—Y yo.

—Joder, no es justo, me niego. No te deajo ir. —Se sentó en la cama—. Busquemos otra cosa. Vente aquí por un tiempo. Encontraremos la manera...

—No —la interrumpí, y tiré de su brazo para volver a tumbarla—. Basta, acepta mi decisión. No hay más vueltas que darle ni nada que replantearse. Además, cuando veas la casita de Whitstable, entenderás por qué quiero ir allí. Es perfecta para escribir.

—Prométeme que me llamarás siempre que estés de bajón...

—¡Me va a salir caro! —No hacía falta ser pitonisa para saber que tendría días grises.

—Déjate de pamplinas, es la única condición que pongo. Promételo.

—Antes de saltar, prometo llamarte.

Quien sueña recoge pesadillas

Jueves. Tres y media de la tarde. En menos de veinticuatro horas salía mi vuelo para Nueva York. La maleta estaba hecha y esperaba escondida bajo la cama. Todo estaba listo, menos una cosa: Nerea.

Esa misma mañana, a primera hora me acerqué con el coche de mi prima hasta Correos para mandar las cajas con todo lo que quería para empezar en Inglaterra. A las nueve estaba en mi antiguo despacho. Llegué con una maleta y una bandeja de dulces que había comprado en una pastelería cercana. En la maleta llevaba el portátil, algunas libretas y un sobre con libras. Ingrid y Nico se habían ofrecido y me pareció buena idea, ya que era material que prefería no tener que meter en una caja, y menos tener que pasearlo en el viaje a Nueva York. Si ellos podían llevarlo y, como quien dice, custodiarlo, mucho mejor. Me tomé un café con Nico esperando poder ver a la jefa, pero al final me fui sin verla. Él me chivó que le estaba costando encontrar a alguien que me sustituyera, y me sentí fatal porque estaba dejando un trabajo que me gustaba. Salí con el estómago rebosando dulce y con lágrimas en los ojos.

Todo estaba listo y la sensación era de pánico. Ese pavor que se adueña de nosotros frente a lo desconocido. Había viajado sola muchas veces, la última cuando fui a México para asistir al congreso y me tomé unos días libres antes para recorrer la zona de Cancún y la isla Mujeres, pero el viaje a Nueva York, por mucha ilusión que me hiciera y ya tuviera una lista infinita de lugares que quería visitar, se veía empañado por esa sensación de miedo y vacío. Un hueco al que no sabía muy bien qué nombre ponerle. Si era por marcharme, si

era de la angustia por las despedidas, por todo lo que dejaba atrás... o por Abel, porque seguía con la duda de si confesarle lo que sentía o no.

Y así estaba, hecha un manojo de nervios, sentada en el sillón esperando a que Nerea se levantara porque ya no había más tiempo y, por mucho que me odiara por obligarme a mí misma a pasar por ello, sentía que si no tenía esa charla con ella me arrepentiría.

Estaba en la cocina preparando..., había perdido ya la cuenta de los cafés que llevaba, cuando Nerea apareció.

Estaba preciosa ese día, sin maquillar; para mí era cuando estaba más guapa, sin nada que le tapara aquellas diminutas pecas que tenía alrededor de la nariz y que ella tanto odiaba porque le daban un aire aniñado. Sus ojos azules no necesitaban nada para atraer miradas, ni tampoco su pelo rubio, alborotado del sueño.

—Por fin —murmuró bostezando y dándome un abrazo que me pilló por sorpresa—. Esta semana no te he visto el pelo.

—Yendo tú de noche, es complicado que nos crucemos. Son las cuatro de la tarde y te acabas de levantar. Yo, a estas horas, aprovecho para estar por ahí. —No añadí «despidiéndome»—. ¿Un zumo?

—Mejor un café, así aguanto mejor la noche.

—¿Qué tal el turno? —pregunté con el corazón a mil por hora.

Uno de los peores días y momentos de mi vida y ella estaba de lo más dulce y cariñosa. «Hay que joderse...»

—Bien. —Sonrió como si se hubiera acordado de algo bonito—. Derek, bueno, Miguel, que me ha pedido que lo llame por su nombre, ha solicitado mi puesto como su ayudante. El anterior ha tenido un accidente con la moto y tiene para meses. ¿Y tú?

—Bueno, tengo cosas que contarte, ¿vamos al salón?

—Claro. —Su cara se transformó en un momento y vi claramente cuándo puso la coraza.

Su pose al sentarse en el sofá se había transformado. Ya no era la niña

dulce, frente a mí estaba la Nerea fanfarrona. Y ahora, al volver a revivirlo para contároslo, me doy cuenta de que el cambio tuvo lugar cuando imaginó qué iba a decirle. Me mordí el labio inferior por dentro hasta hacerme daño, levanté la vista al tiempo que expulsaba el aire que estaba reteniendo en un resuello al tiempo que dejaba caer los hombros. De poco habían servido las horas que había empleado preparando ese discurso, buscando las palabras adecuadas, imaginando la situación, porque cuando llegó el momento mi mente se quedó en blanco.

—He decidido tomarme un año sabático.

—¿Qué dices?

—Que me voy.

—Te vas —repitió sorprendida.

—Sí. Mañana vuelo a Nueva York, estaré allí dos semanas y luego, a principios de año, a Canterbury para realizar un máster de Psicología Forense.

Seguía callada, sin decir nada. Así estuvimos un rato, apuré mi café y ella seguía mirándome sin ni siquiera pestañar. ¿Sabéis esa calma que precede a la tormenta? Pues eso convertido en mujer, y la tenía delante.

—Pensaba que sólo era un cambio de piso, algo temporal. ¿Estás loca?

—Eehh...

—Parece que es cosa de hermanos —bramó con un deje de prepotencia—. A la mínima, hale, carretera y manta. Pero que sepas que no cuele, no vayas ni de víctima ni quieras hacerme sentir culpable. Todo es culpa tuya.

—¿Perdón? —Entorné los ojos sin comprender.

—Ten al menos la decencia de decírmelo a la cara —me espetó chulesca.

Lo supe nada más ver su expresión, quería que pronunciara las palabras en voz alta.

—No quiero seguir como hasta ahora, no puedo más. Sólo eso. —Esquivé su petición, aunque sirvió de poco.

—¿De qué no puedes más? —insistió, remarcando cada palabra.

—Nerea..., por favor... Me importas demasiado y no quiero ni puedo...

—¿Por favor? —se burló, imitando mi voz.

—¿Qué quieres oír? —Aún no sé cómo fui capaz de hablar porque estaba intentando asimilar todo aquello.

—Quiero que seas franca de una vez.

Levanté la cabeza y la afronté sin miedo.

El error más grande es creer que, si tú no dices, los otros no lo saben. *Mec.* Error. No hablar no significa no existir. Cada una tenía sus propios motivos para guardar silencio.

—Pues ahí lo tienes: estoy enamorada de tu novio.

—¿Por qué?

—Si me preguntas por qué es que nunca has estado enamorada de verdad.

Puso los ojos en blanco e hizo una mueca de fastidio.

—¿Por qué lo escogiste a él en lugar de a mí? —Se puso en pie—. ¿Y para qué? Para nada. Habéis tenido mil oportunidades y él sigue conmigo, ¿no te has dado por enterada aún?

Zas en toda la cara y con la mano abierta.

—No entiendo qué dices —balbuceé, removiéndome en mi asiento.

—Lo sé desde hace tiempo y os he dejado espacio. ¿Crees que de verdad me olvidé que habíamos quedado para comer el día del cabecero? Sólo te di la oportunidad de estar con él, y ¿qué hicisteis? Pintar una vieja verja. Igual que el día que fingimos que era tu novio delante de Gervasi, él sólo te abrazó y tú ya babeabas mirándolo como a un ídolo adolescente. Te has comportado como tal, huyendo más de una vez de las cenas, llorando por las esquinas... Ha sido bastante patético. —La conocía, y sabía que estaba disfrutando metiendo el dedo en la llaga—. No sé qué ha pasado entre vosotros, sólo sé que tú te has encaprichado y él, como tío, te ha seguido un poco la corriente, pero no ha pasado nada, ¿o me equivoco?

—No.

Creo que todos éramos conscientes, quisiéramos o no afrontarlo, pero supongo que nos interesaba más esconder la cabeza y omitir e ignorar lo que

estaba ocurriendo. Y empezaron las distancias, los remordimientos y las decepciones. Porque ahí fui realmente consciente de que Nerea lo sabía, no dijo nada y encima buscó hacerme daño por encima de todo. Una venganza. Un premio. Él, como trofeo, y ella como la ganadora. Ya no era envidia, era hastío lo que me provocaba todo aquello.

—Pues eso, date por enterada de una vez. Me ha escogido a mí.

Y no sé qué me sentó peor, que tuviera razón o que hubiera sido tan manipuladora, retorcida y perversa.

—Eso lo tengo más que claro.

—Y encima soy la última a quien se lo cuentas —me reprochó volviendo a sentarse—. Sé que Ivet lo sabía desde el principio. Imagino que ya te has despedido de todos, y ¿a quién dejas para el final? ¡A mí, tu prima! Eso es lo que soy para ti, la última de tu lista.

—Joder, pero ¿qué dices? Si no te dije nada fue porque me daba vergüenza y pánico contártelo. He hecho lo imposible para no sentir, pero no ha servido de nada. ¿Y por qué crees que me voy si no es por ti?

—Ah, no. No me culpes a mí de tu cobardía. Afronta las consecuencias de tu estúpido comportamiento. Prefieres irte y pasar por la víctima.

—Dios, me da miedo hasta formular la frase, pero oyéndote parece que lo que te molesta es que no te lo contara, que lo hablara con Ivet y no contigo, que te dejara al margen de mis problemas. Y, más allá, ¿sigues con él porque de verdad lo quieres o es sólo tu forma de mostrar que has ganado?

Su respuesta: carcajearse de mí, de la situación, de la pregunta..., no estoy segura, pero abría tanto la boca que hasta le vi la campanilla.

—Claro que sí me gusta.

—Ése es el problema: yo lo quiero, estoy enamorada.

—¿Cómo puedes decir eso? Ni nosotros nos hemos dicho la palabra, ¡es sólo una obsesión! —gritó dando un puñetazo al asiento del sofá de su lado.

—No lo es. —Pensé en seguir, pero creí que lo mejor sería dejar de insistir, no llevaba a nada—. Te juro que por más que he imaginado esta

escena nunca pensé... —No me dejó terminar. «Ya dicen que la realidad supera la ficción...» Estaba alucinando.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te aplaudiera y te animara a robarme el novio?

—No, claro que no. Pero tampoco me había planteado esto como una competición.

—Desde que te dejó Gervasi que te sientes sola y te has encoñado con él. ¡Sólo son celos!

La vergüenza y el miedo por afrontar aquel momento se habían volatilizado y sólo sentía rabia. La sinceridad estaba sobrevalorada, igual que la honestidad. Tardé en contestar porque estaba tan en *shock* que me costaba reaccionar a todo aquello.

—Ahora mismo no son celos lo que siento, es pena. Pena de ver hasta dónde hemos llegado. Dios, sé que me he equivocado, que no he hecho las cosas como debería, pero, joder, no soy la única que tiene problemas. Me reprochas no haberte dicho nada, ¿y tú? Si lo sabías, ¿por qué has callado? — Fue terminar de formular la pregunta y entenderlo.

Nerea quería mantener aquella situación. Ella salía ganando, tan segura de que entre él y yo no había nada y sólo era un capricho mío. Ganaba, así que, ¿por qué discutir o afrontarlo? Mejor seguir hasta vete a saber cuándo. Supongo que estaba claro que era a mí a quien le tocaba desanudar aquel caos. Si había tenido dudas sobre la decisión de marcharme, entonces lo vi claro. No pintaba nada en aquella casa, y menos a su lado.

—Porque no era a mí a quien le tocaba dar ese paso. Joder, es mi novio, ¿tanto te costaba mantenerte lejos? ¡Ni eso has respetado!

No le contesté a eso.

—¿Cómo has podido ser tan retorcida de dejarnos solos para ver qué pasaba? Es que no puedo entenderlo.

La vi dejar la taza en la mesa e irse a su habitación. En nada volvió a salir, se había cambiado el pijama por unos vaqueros, un jersey y unas Converse blancas. En la entrada cogió el bolso y se fue sin mirar atrás.

No sé el rato que pasé allí sin siquiera moverme, con los ojos anegados en lágrimas silenciosas y fijos en la puerta, pero sin ver nada. Asimilando que por fin había podido hablar con ella. Intentando digerir sus palabras y cada uno de sus actos. Hice un repaso de todos esos momentos que ella decía que nos había dado, ¡y yo pensando que eran robados! Era tan retorcido.

«¡Hija del mal!»

¿Qué mente maquiavélica podía concebir algo así? Conocía su faceta arrogante y egocéntrica, pero aquello me parecía que rozaba algún trastorno casi enfermizo. ¿Me ponía a prueba a mí? ¿A él? ¿A la confianza? El estómago se me revolvió y se me encogió tanto que tuve que correr al baño y acabé vomitando todo lo que tenía en él. Cuando terminé, me desnudé y me metí en la bañera. Necesitaba hablar con alguien, pensé en llamar a Ivet y pedirle ayuda, a Eric... Al final entendí que era mi propio proceso y que me tocaba a mí salir de él sin ayuda de nadie.

Se había marchado y quedaban muchos cabos sueltos, algunos sólo necesitaban tiempo, otros eran algo más burocráticos, como por ejemplo el piso. Ninguna de las dos sacó el tema, pero tenía claro que me iba por un tiempo, largo e indefinido. No sabía cómo gestionarlo, si tenía que irme y pagar también mi parte mensual. Pero era mejor dejar pasar los días, ya habría tiempo; o eso me dije, porque hablar de qué hacer con nuestro hogar sería claramente decir en voz alta que estaba todo roto. Sentí que aquello se parecería mucho a un divorcio. Éramos primas y amigas, que desde siempre habían estado juntas. Aunque éramos muy distintas, nos habíamos adaptado. Nos entendíamos como una vieja pareja que se ha acostumbrado a las manías del otro. Nosotras igual. Misma inercia. Sin preguntarnos qué era lo que queríamos o buscábamos en realidad de nuestra mejor amiga. Estaba allí, punto. Con la distancia, las manías se habían ido acentuando y las ganas de

soportarlas menguaban. Buscamos eso que nos ataba, que nos mantenía unidas, pero se había esfumado.

No sólo pesaba en mí la traición, también lo hacía haber sido tan poco para ella como para que jugara conmigo de aquella forma. Eso fue lo que más me dolió. Para Nerea era una cuestión de orgullo y de venganza. Las dos destruimos aquel *fifty-fifty*. La gran diferencia era que yo me sentía muy culpable y ella sólo víctima. Ninguna de las dos consideró hablarlo de frente y afrontarlo. No nos pareció que valiera la pena. Dejamos que se pudriera como si no importara lo más mínimo.

Sin querer, te quiero

Abel se presentó en casa pasadas las diez de la noche. Me sorprendió tanto verlo allí que me costó reaccionar, decirle que pasara, y, bueno, él parecía igual de desconcertado y perdido. Los dos sabíamos que Nerea iba de noche, y su turno había empezado hacía poco. Así que, si estaba allí, era por mí. Me había planteado veces y veces ir a buscarlo, hablarle..., pero siempre llegaba a la conclusión de que lo mejor era dejar la situación como estaba. No remover ni tratar de aclarar las cosas entre los dos. Sí, era una cobarde que prefería seguir creyendo en la duda. Esa que dejaba algún que otro rincón para la esperanza. ¿Estúpida? Sí, mucho.

«Me voy, te quiero. ¿Te vienes conmigo?»

—¿Quieres tomar algo? —Al final, opté por una invitación algo más... cordial.

—Lo que a ti te apetezca estará bien.

«Pues a mí me apetece tú desnudo en mi cama bañado con chocolate», pero de nuevo opté por algo más... líquido. Cogí dos vasos y la botella de tequila, que sabía que le gustaba. No sabía qué hacía allí, si era de nuevo una jugada de Nerea o qué.

El baño que tomé después de que se fuera mi prima duró poco. En cuanto me sumergí en el agua empecé a tiritar, y eso que estaba casi hirviendo. Me fui directa al sofá buscando calmarme, sólo pedía un instante. Nada más. Para no sentir. Ni culpa. Ni remordimientos. Ni decepción. Ni loca. Ni enamorada. Nada.

Además, tenía la esperanza de que Nerea volviera antes de irse a trabajar,

pero no lo hizo, y yo maté las horas sentada en el sofá dejando que la música, como *Made to Love You* de Dan Owen, me envolviera y acallara las voces de mi interior. Lo único remarcable que hice fue mandarle un mensaje a Eloi diciendo que Nerea lo sabía y ya estaba lista para irme. Y otro a Ivet, en el que también le pedía que me diera tiempo antes de hablar.

Nerea no había vuelto, pero su novio estaba en el salón esperándome. Se había quitado la chaqueta y estaba frente al ventanal. Imaginé que había tenido alguna reunión de trabajo porque vestía ropa más elegante de la que solía llevar para ir a la oficina habitualmente. Pantalones gris antracita que resaltaban sus piernas musculadas y su perfecto trasero, una camisa en azul marino con estampado de minilunares y botas Chelsea de cuero negro. Además, tenía un poco de barba..., el cabrón estaba irresistible. Quería almacenar esa imagen en mi retina para acudir a ella muchas de las noches de soledad que estaban por venir. Me quedé allí en silencio, mirándolo como cuando lo haces observando algo por última vez. «Eres la forma tan bonita y tan triste que tiene el destino de decirme que en esta vida no todo se consigue.»

Me recordó meses atrás, cuando vino para decirme que Eloi no era lo que buscaba. Sentí vértigo de todo lo vivido en tan poco tiempo; tres meses. Sólo había necesitado tres puñeteros meses para quererlo, enamorarme de él, decepcionarme a mí y perder todo lo que había seguro en mi vida. Cosas inmateriales, estaba claro. Otras costarían más de olvidar. Pero todo era una cuestión de actitud. Ayudarían kilos de chocolate, litros de alcohol y rollos de Scottex —de los que nunca se acaban— para secar las lágrimas, pero todo era una cuestión de actitud. Podía con ello, no había otra solución.

Se volvió al oír mis pisadas. Puse la botella y los vasos de chupito en la mesita, me senté en el sofá y dejé caer la cabeza sobre mis manos, que tenía apoyadas en las rodillas.

—Me ha dicho que te vas.

Levanté los ojos y vi que seguía sin moverse de su sitio.

—¿Qué te ha contado exactamente? —pregunté dudosa, sin saber qué esperar de aquella nueva Nerea.

—Sólo que te tomas un año sabático y que te vas a Inglaterra. —Dio los pasos necesarios para acercarse, abrió la botella, sirvió dos chupitos y se bebió el suyo de un trago—. ¿Es por mí?

—¿Por qué debería ser por ti? —Lo encaré nerviosa al oír su pregunta. Parecía realmente incómodo. Me bebí mi chupito y serví dos más.

—No quería que ocurriera esto. —Suspiró sonoramente y se sentó a mi lado.

—¿Y qué esperabas? —Me arrepentí en el acto de haber formulado la pregunta, y ni había acabado de hablar que ya levantaba la mano y la acercaba peligrosamente a sus labios para impedir que dijera nada—. Mejor no contestes.

Me había hecho a la idea de no volver a verlo. Lo tenía asumido. Lo último que esperaba era que Nerea fuera en su busca para contarle que me iba y que Abel se presentara en casa preguntando si era por él. Para eso no estaba preparada. Ni para tenerlo tan cerca la noche antes de irme. Pero algo hizo que lo viera como una señal. Había venido a casa buscando una explicación, pues iba a tenerla. Iba a lanzarme. Puede que fuera lo mejor, emprender el viaje sin más cargas sobre mis hombros, que bastante sostenían ya. No quería más secretos.

Me acerqué a él y, pesé a que su olor me atrajo como una ventosa, me concentré en mi labor y, recordando las palabras de su madre, despacio, besé su mejilla rasposa al tiempo que murmuraba casi sin voz:

—Perdóname.

—¿Yo a ti? ¿Por qué? —susurró.

—Por lo que te voy a contar. —Cogí de nuevo mi vaso y me bebí el líquido de un trago. Al verme, él me imitó.

«¡Pero, ¿qué vas a hacer, loca?!»

No obstante, ya era demasiado tarde. La parte macabra de mí, la más

kamikaze, se lanzó a abrir la boca y contar mi mayor secreto. Ya no había marcha atrás. Puede que fuera lo mejor, dejar atrás todo ese peso que llevaba, sin secretos, nada. Con ese ataque suicida me iba sin lastres. Ahí se quedarían todos y cada uno. Para empezar a vivir de nuevo tenía que comenzar a soltar todos esos cabos sueltos que me impedirían avanzar.

—Hay algo que quiero que sepas, y puede que entonces..., bueno, prefiero ni imaginar lo que puede pasar... —Me tomé mi tiempo y él me acarició la mano en un acto de apoyo... «A ver si lo sigues haciendo cuando te cuente la bomba que tengo»—. Sólo te pido silencio hasta que haya acabado. Yo..., que estoy enamorada de ti ha acabado siendo un secreto que todo el mundo conoce. —Fue a interrumpirme y levanté la mano, las mejillas me ardían y la piel me bullía de los nervios. Me aclaré la garganta y seguí—: Lo que nadie sabe es que llevo pensando en ti muchos años. —No podía estarme quieta, no llevaba ningún anillo y los eché de menos porque ese movimiento mecánico de hacerlos rodar en mis dedos me ayudaba a canalizar los nervios—. Poco después de mudarme al piso decidí pintar la habitación y tiré el viejo armario; de detrás salieron papeles y un *pendrive*. No hice caso y lo guardé en un cajón del escritorio. Un día que buscaba el mío para hacer una copia de seguridad, lo vi y lo conecté. En aquel momento lo cerré de golpe, avergonzada por entrar en la privacidad de una pareja de extraños...

—Espera... —me interrumpió. Hasta entonces no me había atrevido a mirarlo, y cuando lo hice vi claramente cuándo su cerebro comprendió de qué hablaba—, ¿estás hablando de una llave USB roja?

No sé cómo conseguí asentir sin bajar la mirada, temblaba de vergüenza, pero allí estaba, frente a él, contándole el mayor y más humillante de los secretos. «Sí, Abel, la primera vez que te vi fue echando un polvo con tu novia.»

Fue a levantarse, pero pareció replanteárselo. Al final, se sirvió otro chupito y, cuando dejó la botella, como no había rellenado el mío, me serví y me lo bebí de golpe.

«Joder, vaya idea has tenido al contárselo todo...»

—Ese día lo cerré de golpe y la escondí en el fondo del cajón. Pero una noche que estaba atascada, necesitaba inspiración y nada me salía como quería, recordé el vídeo.

—Frena, ¿inspiración para qué? —Estaba tan nerviosa que ni sabía qué contaba ni a qué venía tanta pregunta. Sólo sé que él parecía estar molesto y cabreado, sí, pero también estaba claro que estaba disfrutando de mi humillación al contarle todo aquello.

—Para una escena. ¿Te suena la trilogía *Vino y canela*? —Asintió, escudriñándome con los ojos—. Es mía. Yo soy Emma Nuelles.

—¿Tan poca vida sexual tienes como para que tengas que inspirarte en el sexo de los otros?

—¡No voy a entrar a hablar de mi vida sexual! —grazné mostrando mi dignidad.

—Sabes que existen páginas en internet, ¿verdad? —insistió sonriendo de lado, sacando el Abel chulesco que había visto algunas veces.

Los ojos se me pusieron en blanco al tiempo que chasqueaba la lengua contra el paladar.

Me planteé echarlo de casa, estaba agotada de todo aquello y de cómo me hacía sentir cualquier cosa que tuviera que ver con él. Al final, decidí afrontarlo. Cogí aire y me propuse contárselo todo sin dejar que me interrumpiera de nuevo y sin dejar de mirarlo. Me avergonzaba cómo había llegado a él, pero no de lo que sentía.

—No sé por qué, me acordé del vídeo. Sólo sé que lo puse y allí estaba lo que buscaba. Había pasión, furia, pero también ternura y amor. Poco a poco me fui obsesionando con esas imágenes, contigo. Sólo conocía tu voz en susurros, tu cuerpo... Supongo que puedo decir que me enamoré de ti ya por aquel entonces. Eras como mi muso. Pensaba en ti y las escenas me llegaban solas. Lo acabé mezclando todo, y te convertiste en cada protagonista masculino que creaba. No se me ocurrió que podría cruzarme contigo. Un

amor platónico que se hizo real una noche, apareciendo de la mano de mi prima en una cena. Salí pitando de allí, para encontrarte al día siguiente en mi baño... Y el resto... Por más que lo intenté, no podía alejarme de ti, y al final... —No me dejó terminar la frase: «... sin querer, te quiero».

—Así que en realidad lo que sientes por mí es sólo un capricho. Soy un mero objeto sexual para alimentar tu creatividad. Sólo era un puto actor porno del que te encaprichaste. ¿Y qué quieres?, ¿uno contra la pared para poder hacer realidad tu sueño y poder irte tranquila?

La mano me ardía de las ganas que tenía de pegarle un guantazo.

«¡Imbécil, no entiendes nada!»

Nunca me había imaginado confesándole el mayor de mis secretos, pero lo último que se me habría pasado por la cabeza era que ocurriría de aquella forma. Me había sucedido lo mismo con Nerea. Eran tal para cual.

—¿Crees que por un capricho perdería mi vida? ¿Me lo preguntas de verdad? —grité alzando la voz por primera vez esa noche.

—Y yo aquí, carcomiéndome durante días porque esto se me había escapado de las manos... ¡Sólo era un puto juego! Algo que empezó para hacerte sentir mejor y que olvidaras al gilipollas... —Cuanto más decíamos, más daño. Lanzas que se clavaban en lo más hondo—. Está visto que todos hemos perdido la partida.

«¿La partida? ¡Estúpido, yo lo he perdido todo! Soy yo la que mañana lo empieza todo de nuevo. Sola, a cinco mil kilómetros de todo lo que tengo, bueno..., tenía.»

Se levantó hecho una furia, pero dio un paso al frente para volver atrás y detenerse, con su metro noventa, de pie frente a mí, que seguía sentada. Levanté la cabeza y mis ojos buscaron los suyos. Lo afronté con todo el miedo del mundo por sentir que era el fin de una etapa de mi vida. Tenía la mandíbula apretada, tensa... Abrió la boca para decir algo, pero acabó cambiando de opinión y se alejó.

Bajé la cabeza y me tiré del pelo, pero una idea me vino entonces a la

mente.

—Abel, una cosa más —dije con un nudo en la garganta.

—¿Qué quieres? ¿Un autógrafo?

—Que escribo erótica —carraspeé ignorándolo— sólo lo saben Ivet y Eloi. Agradecería que pudieras guardarme el secreto.

—Eloi, como no. Ya veo..., así que sólo tenía que follarte para saberlo todo de ti, y yo ahí, como un amigo, ¡qué estúpido!

De un portazo, que resonó en todo el edificio, me dejó sola.

«Adiós, Abel.»

Regálame un instante

Por segunda vez ese día busqué que el agua caliente me reconfortara, si es que algo podía hacerlo, y esa vez lo conseguí. Me sumergí bajo la espuma, oyendo distorsionada la canción *Secrets* de One Republic. ¿Sólo un juego para olvidarme de Gervasi? ¿Para levantarme el ánimo? Coquetear, seducirme..., nada era real. ¡Nada de lo que había creído sentir! Puede que Nerea tuviera razón, no había pasado nada porque para él sólo era un puto juego. Parecía la trama del peor culebrón televisivo. Podía escribir una gran historia. Seguro que se vendían como churros. Claro que, en la vida real, aquello era para bajar la cabeza y no volver a la superficie. Me había abierto en canal, enfrentándome a mis miedos, a ellos dos, confesándolo todo. ¿Y para qué? Lo único que obtuve fueron sus desplantes, su chulería y su arrogancia.

Está visto por qué en este mundo la mentira gobierna por encima de la verdad. Se tolera con mayor facilidad. Yo había traicionado a mi prima enamorándome de él y haciendo más bien poco para dejar de sentir. Yo había acabado contándole a él, con la mayor de las vergüenzas, mis secretos para que acabara ofendido y molesto y, lo peor, mofándose. Yo le confesaba que estaba enamorada de él y Abel sólo se había quedado en cómo había llegado a conocerlo. Vale, asumía que, si para mí era vergonzoso, no debía de ser muy agradable saber que te han visto en la cama recreando el *Kama Sutra* con tu novia, pero, joder...

Se me cruzó por la mente coger la maleta e irme directamente al aeropuerto y hacer noche allí, y pasar el control para que nadie pudiera buscarme. Pero ¿acaso habría ido alguien a buscarme?

El agua llevaba ya un rato fría cuando decidí salir. El albornoz se me cayó al suelo y al cogerlo recordé la primera vez que lo vi allí, en ese mismo baño. Las piernas se me doblaron y dejé que de nuevo las lágrimas salieran sin control. Donde fuera que mis ojos se posaran en aquel piso, había un recuerdo de él. Aquella casa era el escenario de varios de los momentos vividos, los mejores y los peores.

Me vestí con unos calcetines gruesos y un viejo camión de felpa con un feo estampado de cuadros que había decidido no llevarme. En la cocina, me tomé un analgésico que acompañé con un poco de pan con aceite y chocolate. Llevé mi cena hasta el salón y me senté en el sillón. Era tarde, pasaba de la medianoche. Todo estaba en una calma excesiva, parecía que hasta la ciudad no tenía voz y todo estaba sumergido en un angustioso silencio. Sólo podía oír mi corazón marcando el tiempo, y el cacao de voces que me atormentaban en la mente. Quería desvanecerme, no sentir más. Cuando imaginé esas conversaciones siempre supe que acabaría sintiéndome fatal, el problema es que acabé mal, sí, pero por otro motivo. No de culpa o la vergüenza. Allí había decepción, y la sensación de haber sido un mero juguete con el que divertirse. Los dos.

Unos golpes en la puerta, nada amistosos, me asustaron e hicieron que pegara un salto en el asiento. Al abrir, la última persona que esperaba ver estaba frente a mí. Abel empujó la puerta entrando de forma brusca.

«¿Ha vuelto? ¿Por mí?...» Ilusiones a mil. La esperanza tirando cohetes...

—Quiero que destruyas el *pen* delante de mí —dijo dirigiéndose a mi habitación sin esperar a que contestara y mucho menos a que lo invitara.

«¡Reacciona!

»No puedo.»

Estaba agotada. Me costó un esfuerzo titánico cerrar la puerta y llegar hasta mi cuarto. Estaba plantado en medio de la estancia con la respiración acelerada y su cara mostraba el frío de la noche. Me pregunté qué había estado haciendo —miré el despertador— durante las casi dos horas que habían

pasado desde que se había marchado. Su aspecto me dijo que a casa no había ido. Sin mediar palabra, me acerqué al escritorio, cogí la llave que tenía escondida pegada bajo el último cajón y saqué la pequeña caja fuerte de debajo de la cama. Seguía allí escondida porque aún no había decidido qué hacer con ella. Si llevármela conmigo, tirarla... Al final su destino lo decidió Abel. Tenía su lógica. Una absurda, como todo aquello. La abrí y, sin poder mirarlo a los ojos, se lo entregué. Parecíamos dos extraños actuando sin mirarse, sin hablarse.

De dos zancadas se alejó, haciendo que sus pasos resonaran en las paredes. Toda la ciudad seguía en silencio, como en suspense, pendiente de lo que ocurría en aquel viejo piso cerca del Arc de Triomf. Oí cómo trasteaba en la cocina y lo seguí. Lo encontré delante del fregadero con el grifo abierto y el *pen* debajo. No contento con eso, se fue a la galería a por la caja de herramientas para coger el martillo. Sobre la tabla de cortar, empezaron los golpes. Poco le importó la hora. Trozos de plástico saltaban por todos lados. La ira con que martilleaba aquella llave dejaba claro que no sólo quería destruir el *pen*. Había mucho más. Cada golpe era un escalofrío que me sacudía como un latigazo. Cada pedazo que saltaba era un recuerdo, los momentos compartidos, yo. Cuando pareció darse cuenta de su estado, y de la situación en sí, golpeó la encimera con el puño cerrado y renegó entre dientes algo que fui incapaz de entender. Pasó por mi lado yendo en dirección a la puerta, ni me atreví a levantar la cabeza, sólo vi pasar sus botas.

Me puse a recoger las migajas. Sería genial poder hacer lo mismo con lo que sentía por dentro... El clic de la puerta al abrirse fue lo que activó un pensamiento: «Si no gano, que tampoco pierda». Tenía un deseo, el mismo desde hacía años, aunque en los últimos meses había mutado para convertirse en el único. Por él, estaba donde estaba. No era un corredor de la muerte ni se trataba de una enfermedad terminal, aunque había pasado días que sentía que me moría. Sólo era un punto y parte. La vida son un montón de decisiones que tomamos siendo conscientes o no de las repercusiones que conllevarán, pero a

veces nos quedamos cortos con nuestras suposiciones. Empecé a querer a Abel antes de saber que era de carne y hueso y que podía cruzármelo cualquier día en alguna calle de Barcelona. Pero apareció de la mano de mi prima. Su novio, mi amante imaginario. Todo porque un día, la que fue su habitación cargada de secretos se convirtió en la mía y se mantuvieron allí. Casualidades, esos ases en la manga que se guarda el destino y que cuando los saca ya sabe que ha ganado la partida de antemano. Eso le da aliciente a nuestra vida, pero, joder, cuando estás dentro, maldices y te vuelves medio loca intentando dejar de sentir. Sin embargo, es inevitable. Somos humanos, pecamos, nos dejamos seducir por lo prohibido. Lo fácil atrae, sí, pero lo complicado tiene algo adictivo.

Al día siguiente empezaba una nueva vida; hay gente que se reinventa una y cien veces, yo lo haría en pocas horas. Tenía miedo, para qué engañarnos, pavor a la soledad de una nueva ciudad, una nueva cultura. No me había ido y ya echaba de menos todo lo que formaba parte de mi vida anterior. Esas nimiedades a las que te aferras sólo porque forman parte de un pasado conocido. Pero tengo que confesar que había ilusión. Mucha. Ese cosquilleo que no me dejaba casi ni respirar pensando en todas las nuevas oportunidades que estaban por llegar. Por eso tenía que estrujar al máximo el tiempo que quedaba de esa Manuela. Esa que ya estaba loca perdida, así que otra estupidez más ni se notaría en el expediente, o eso quería creer. Una dosis más de enajenación. Otro momento de locura transitoria, aunque estuviera en todas mis facultades. Era como aquel refrán de cagarse en el convento; aquello era menos escatológico, pero igual de fisiológico. Sí, porque un beso de Abel se había vuelto tan necesario como respirar.

—Me debes algo. —Mi voz sonó tan alta y tan clara que hasta a mí me sorprendió esa seguridad. Nada de murmurar, nada que mostrara ni miedo ni vergüenza. Me incorporé y me acerqué a la puerta, donde él se detuvo al oírme.

—¿Cómo? —Se volvió para encararme y chocó de pleno con mi mirada.

Seguía envalentonada, otro acto de bravura que dudaba que me diera la victoria, pero era la única solución.

—La noche de mi cumpleaños, en la habitación, después de ayudarme con la cremallera del vestido —insistí. Sí, eran datos sin importancia, pero quería demostrarle que su juego no tenía nada de inocente—, me hiciste una promesa.

¿Era rebajarme? ¿Claudicar? ¿Pedir limosna? Poco me importaba.

—¿Estás loca? —Bajó la cabeza para estar a la altura de la mía. Me sentí pequeña, indefensa frente a él, que parecía haber crecido en los pocos minutos que habían pasado desde que había llegado. No sé si era su pose de superioridad o que se había hinchado en plan gallito, pero me sentí como Ann Darrow frente a King Kong.

—A estas alturas, la duda ofende. Mira dónde he llegado. —Extendí los brazos y volví a bajarlos—. Sé que es el peor momento, pero dudo de si volveré a tener el valor y mucho menos la oportunidad.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —Entornó los ojos a la expectativa.

«Que me quieras como para pasar el resto de tu vida a mi lado.»

—Un beso. Ese que tantas veces has jugado a provocarme hasta convertirlo en algo de primera necesidad.

—¿De verdad crees...? —vaciló con las cejas levantadas.

—Regálame un instante.

Por primera vez ese día sentí que me miraba, que lo hacía de verdad, como cuando compartíamos aquellos momentos que no sabía cómo definir.

—Cuando me lo pediste, sabías que pasaría. —Su voz había perdido cualquier rastro de arrogancia y volvía a tener ese matiz de *soul* que encendía mi interior—. Llevas semanas con esto. —No era una pregunta, era una afirmación atando cabos de mis reacciones en el último tiempo.

—La decisión de irme estaba tomada porque ya no podía más, lo que no tenía claro era si te lo confesaría todo.

«Sólo tengo el aquí y el ahora.» No tenía nada más que perder. Sin tiempo

para dejarlo para otro momento. Arriesgarme o lamentarme. Alargué la mano para tocarle la mejilla y, aunque me miraba desconfiado, no se apartó. Eso me dio el empuje que necesitaba para acercarme más.

—Fue la noche de la película, ¿verdad? —Su mirada buscó la mía.

—¿Cómo?

—Cuando decidiste irte.

—Sí —admití sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en tus ojos.

Quise preguntar qué vio exactamente, pero su respuesta era lo de menos. Sólo me importaba que, aun a oscuras y con su novia en su regazo durmiendo, me conociera tanto como para ver aquella decisión reflejada en mis ojos.

Deseaba alejarme tanto como necesitaba dar el último paso, pero lo di e hice que nuestros cuerpos se tocaran, me puse de puntillas para acunarle la cara con las dos manos y acerqué la mía. Su olor me reclamó como esclava.

—Un beso —repetí.

«Sólo uno, lo suficientemente bueno para mis noches de soledad, que me haga sonreír sólo con recordarlo. Que me haga esta huida más llevadera y me hormiguen los labios cada vez que piense en ti.»

Estaba al borde del infarto, pero nada frenaría aquello. La respiración de los dos era tan rápida que nuestros alientos fueron los primeros en acariciarse. Gemí de anticipación, sentía que conocía la sensación porque antes de sentir sus labios sobre los míos ya me había besado con la mirada en aquellos instantes tan nuestros. El día que pintamos el cabecero, cuando me ató a él, bailando en el comedor, la noche en la cocina desnudos. Los amaneceres en la terraza o la noche del disfraz... Cada vez que nuestras miradas se cruzaban el día de mi cumpleaños.

Un instante de la mejor mentira que pueda existir, pero empezó a desvanecerse en milisegundos cuando vi que ni se movía, aunque no dejé que su actitud me hiciera retirarme. Abel se resistía, pero su cuerpo hablaba de rendición. Puso sus manos sobre las mías para apartarme, pero no lo dejé, me

aferré más, y por fin rocé la fruta prohibida de sus labios. Podéis imaginar lo que sentí. Años soñando con ello, de día y de noche. Dormida y despierta. Le mordisqueé suavemente el labio inferior, le pasé la lengua buscando alguna reacción y en el momento en que abrió la boca la reclamé con todo mi anhelo. Necesitaba saciar los años de sueños. Condensar una vida en ese segundo que me ofrecía a regañadientes. Sabía que podía apartarme de un manotazo, pero no lo hacía, aunque tampoco sucumbía. No obstante, algo cambió, me mordió el labio, jadeó, su mano fue a mi nuca y la otra me cogió por el muslo desnudo, y en un segundo fui yo la que estaba contra la puerta con su cuerpo presionando el mío. Me quedé sin aire cuando nuestros ojos se encontraron bajo aquella neblina de duda y deseo. Tiró de mi pelo hacia atrás para tener mayor acceso y poder besarme a su antojo, se abalanzó sobre mi boca y gemí al recibirlo. Era lascivo, salvaje; lleno de odio mezclado con el mayor de los placeres.

Y poco a poco fuimos repasando todos los besos que puede haber, de todos los tipos y para cada momento que nunca viviríamos. Todos los besos de buenos días, de buenas noches, de amor, ternura, pasión, de promesas de futuro, de agradecimiento, de perdón. De cumpleaños, de ánimos y de miedos. Los perezosos que duran horas, los rápidos que son sólo un roce, los provocadores y los húmedos. Todos en un único beso.

Él, yo. Abel y Manuela. Había todo lo necesario, sobraba todo el resto. Tan sencillo, tan único. La magia del amanecer, un viaje en tiovivo. Una estrella fugaz. Tan efímero. Tan nosotros.

Mi mente desconectó, perdí la capacidad de raciocinio para tener todas las fuerzas concentradas en sentir. Mi cuerpo sólo recibía, incapaz de asumir aquello. Tenía los ojos cerrados y apretados por miedo a abrirlos y que todo se desvaneciera. Su cuerpo pegado al mío, apretándome contra la madera, clavándome las costuras de su ropa hinchada por el deseo y con mis piernas desnudas alrededor de su cintura, impidiéndole alejarse. La presión de su brazo bajo mi trasero sosteniéndome y hundiendo los dedos en la cadera

mientras la otra mano se aferraba a mi nuca. La mía perdida en su pelo, y la otra escondida bajo la camisa acariciando las alas de su espalda. Gimió con la boca abierta y con la lengua dibujando sobre mi cuello bajando y apartando la tela. Casi estallé al pensar que estaba así por mí. Bajé la mano metiéndola dentro del bolsillo trasero para poder estrujarlo, y tiré de él hacia mí para sentirlo mucho más cerca.

¡CRASH, BOOM, BANG!

Las mariposas tatuadas emprendieron el vuelo ascendiendo por mi pecho, el hormigueo de sus alas extendiéndose por toda mi piel. Mi pulso se volvió errático cuando el corazón, en lugar de latir, empezó a explotar como las erupciones de un volcán que nunca creí que vería activo. Ahí tenía nuestro momento. Ese que sólo era nuestro. Nunca veríamos juntos un amanecer acurrucados bajo una manta, ni ponerse el sol en el mar. No compartiríamos tardes de sofá oliendo a lluvia mientras viejos vinilos seducían el silencio. No nos fundiríamos entre las sábanas hasta no saber si era de día o de noche. Entre aquellas paredes nació todo, en ellas terminaba también. El vídeo, mi obsesión, la presentación, el amor, las dudas, los pecados. Los celos, la esperanza y la decepción. Hasta la decisión de irme. Todo se había fraguado allí.

Recordé uno de los proverbios chinos que Ivet me había enseñado: «La semilla de la felicidad es el instante». Tenía lo que le había pedido: un instante. Él y yo. Nuestro efímero nosotros.

Mi interior gimió desconsolado cuando lo empujé y me deshice de su abrazo. Desconcertado, posó su mano en mi mejilla y con el pulgar me acarició el labio. Soltó un gruñido que me pareció de impotencia.

Lo miré por última vez y, sin decirle nada, llevé la mano tras de mí y abrí la puerta invitándolo a marcharse, de esa casa y de mi vida.

—Siempre serás uno de mis recuerdos favoritos. Aquello que soñé y viví. Quiero que sepas que me arrepiento de muchas cosas de estos meses, pero no de lo que siento por ti. —Fui incapaz de despedirme como tal. Mis labios me

traicionaron y, en lugar de decir adiós, vibraron emocionados diciendo en voz alta y por primera vez—: Te quiero, Abel.

Tenía que decirlo. Una sola vez en voz alta. Sin vergüenza ni miedo. Segura de que mis sentimientos poco tenían que ver con juegos. Dos palabras que me quemaban por dentro y que al salir calmaron un poco la agonía. Nada cambiaba, pero de alguna forma estaba en paz conmigo misma, había abierto mi corazón, mostrando todo lo que era, todo lo que sentía.

Sin despegarme de la puerta, la fui abriendo y escondiéndome para no ver cómo cruzaba el umbral.

En la distancia está el secreto

Costó cerrar la puerta. Costó asumir que yo era quien había provocado aquel final, pero era necesario. Yo valía más. Las piernas no me aguantaron y me escurrí hacia el suelo, donde me hice un ovillo. Oscar Wilde dijo que la única forma de vencer la tentación es caer en ella. Yo esperaba que fuera cierto. Había cedido a la tentación de besarlo, pero tenía claro que, en lugar de vencerla, me había condenado aún más.

Las emociones me podían, reía y lloraba, me tocaba los labios asegurándome de que aquello era real. No había sido sólo un beso de regalo. Que los demás dijeran lo que quisieran. Que se engañara el propio Abel si quería, pero yo sabía qué había sentido. Por mucho que él dijese que los momentos compartidos no eran más que un juego, habían sido reales.

«¡Dios!»

Nada de vídeos, nada de fantasear, nada de sueños dormida o despierta, nada podía compararse con ese beso. Uno que sería inmortal.

«¡Dios!»

Nunca un beso supo a tanto, ni una despedida fue tan dulce. Y me di cuenta de cuánto nos habíamos estado mintiendo. Para Abel aquello también había sido más. No era un cabrón, sólo un cobarde. Uno al que le gustaban dos primas y que no supo o no quiso afrontar la situación. Descubrirlo hizo que una parte de mí se sintiera más reconfortada, más feliz. Pero no era suficiente, ¿de qué me servía saber que le gustaba? De nada.

Sólo quedaba marcharme. No sabía si el punto final estaba donde tocaba, pero había llegado la hora de pasar página. Empezar un nuevo capítulo. Uno

que se iniciaba con muchas dudas. Muchos puntos suspensivos y demasiados interrogantes. Pero ¿qué sería de nosotros sin esa ilusión por la hoja en blanco para llenarla de vida?

Cuando fui capaz, me vestí y me fui al aeropuerto.

Parte III

Todo rechazo es una oportunidad, todo fracaso un
cambio de camino, todo final una fiesta.

ALEJANDRO JODOROWSKY

La otra versión

Abel

Hace tan sólo cinco minutos que sé que Manuela está plasmando en una novela todo lo que pasó, y es curioso que, en lugar de sorprenderme, me haya parecido de lo más natural viniendo de ella. ¿Qué he hecho al saberlo? Preparar una cafetera e irme al comedor con el portátil bajo el brazo. No sé qué saldrá porque, de hecho, no sé ni por dónde empezar, pero de alguna forma quiero dar voz a esa otra versión. Toda historia tiene dos puntos de vista; aunque ésta podría tener tres, pero bueno, eso no viene ahora al caso.

Creo que la forma en que nos enfrentamos al miedo dice mucho de nosotros. Hay algunos que huyen sólo de presentirlo, otros lo desafían sentándose en el sofá con un bol de palomitas en el regazo..., yo soy de los que se llevan las manos a la cara pero miran a través de los dedos. Es decir, no lo disfrutan, pero tampoco son capaces de levantarse, enfrentarlo o huir. Nada. Se quedan ahí. Punto.

Mi mente viaja a la noche del beso. A su declaración. ¿Quién pediría que la besara después de todo lo que me había confesado? Ella. Manuela.

Salí del piso y me puse a correr como si me persiguiera el mismísimo diablo. Pero el diablo lo llevaba dentro y me pedía que volviera atrás..., para sentir cómo me abrazaba con sus piernas y mis dedos agarrados con fuerza a ese cuerpo que me volvía loco.

«Loco» es la palabra más adecuada para describir todo aquello. Una locura. Sin pies ni cabeza. Sólo una obsesión. La más bonita de mi vida, eso

sí.

Estaba cabreado. Mucho. Estaba cachondo. También.

Cuando llegué al final del paseo del Arc de Triomf, el pecho me ardía y me detuve. Me senté en un banco e intenté recuperar la respiración. Llamé a Eloi sin importarme la hora que era.

—Lo sé todo.

—¿Qué ha pasado? —contestó con voz soñolienta.

—¿Que qué ha pasado? He ido a su casa. Ni sé con qué intención, sólo sé que me sentía culpable. Y llego y me suelta que está enamorada. Que ya me quería antes porque había visto... —dije, y me detuve antes de seguir, buscando una escapatoria— me vio en unas fotos con Marta, y luego me suelta lo de ser escritora. ¿Sabes que para todos sus personajes yo era su muso? Joder, me siento utilizado.

—¿Perdón?

—No te hagas el idiota. Sé que lo sabes.

—No todo. No tenía ni idea de que ya te conocía. ¿Y después?

«¡El maldito beso!»

Sólo con recordarlo la boca se me hizo agua y tuve que separar las piernas. Me conocía y con su silencio me dio tiempo para coger aire y soltar lo que llevaba dentro. Le conté todo lo que había ocurrido.

—¿Sabes, Abel? Fui al primero al que llamó cuando decidió irse porque tenía que hablarlo con alguien. Tío, será muchas cosas, pero lo que tengo claro, y más después de escucharte, es que me alegro de que se vaya. Mira, eres mi amigo, pero a los cobardes les quedan grandes las mujeres de verdad. —Y me colgó. ¡El muy cabrón!

«¿Cobarde?»

¡Pero si era ella la que se largaba! Las palabras de Nerea de aquella misma tarde resonaron de nuevo en mi cabeza: «Ella ha tomado la decisión de irse, pero ya verás cómo acabará siendo culpa mía y al final quedaremos nosotros como los malos de la película».

«Abel, tío, que eres arquitecto, ¿quieres empezar por los cimientos, en lugar de por el tejado?!»

El inicio, vale..., sí, será lo mejor.

Todo empezó la noche que salí con Charlie. Me llamó diciendo que estaba en la ciudad y si me apetecía quedar para tomarnos algo. La noche estaba tranquila, cervezas, recuerdos, cachondeo al recordar el jugo que les sacamos a los gloriosos dieciocho..., hasta que una tía se le tiró al cuello. Mis ojos recorrieron su cuerpo de abajo arriba, cuanto más descubría, más me gustaba. Y eso que sólo la veía de espaldas. Un olor a..., me recordó al incienso con al que mi hermana Abril le gustaba perfumar la casa, algo así como «Fragancias de la India», si no me falla la memoria. Él la cogió en brazos y dio una vuelta sobre sí mismo. Al dejarla en el suelo, le pasó el brazo por los hombros y me la presentó.

—Abel, ésta es mi hermana Nerea.

Un bombón. Rubia. Ojazos azules y una cara salpicada de pecas que le daba un toque aniñado que contrastaba con un cuerpo muy femenino. Conectamos. Creo que podría decirse así. No tardé en ver que ella se insinuaba, y yo sólo me dejé seducir. Aquella misma noche, en su casa, y por esa gracia del destino, el mismo piso en el que había pasado mi primer año de carrera, recorrí aquellas curvas, donde me perdí durante horas.

A partir de entonces lo nuestro fue una relación. Era..., cómo decirlo..., suave. Fácil. Manejable. Me explico: vengo de una familia en la que mis padres no han sabido gestionar su amor. Se quieren muchísimo, pero son incapaces de convivir. Digamos que se quieren más a sí mismos y no están dispuestos a ceder. Consecuencia: son incapaces de vivir juntos, pero tampoco se divorcian. Pasan la mayor parte del tiempo separados, pero se echan de menos y vuelven, para entrar en una fase de estar demasiado pegados, tanto como para poner en una mala situación a un hijo. Sí, soy de esos que piensan que han llegado al mundo por polinización. Imaginar a mis padres teniendo

sexo me cuesta, y mira que cuando pasan esas épocas, digamos, de celo, es demasiado fácil pillarlos. Uno, porque suele ser un aquí te pilló; dos, es como si sus neuronas dejaran de funcionar con coherencia. Parecen una panda de hippies de los sesenta. *Peace and love. Mucho love.*

Bueno, que me despisto...

Sábado por la mañana, yo saliendo de la ducha, Manuela entrando en el baño. Yo completamente desnudo. Ella completamente descolocada.

No sólo entró en el baño como un huracán, tan despistada escuchando música, entró igual en mi vida. Sobre un suelo damero empezó aquella partida. La sostuve en mis brazos después de que se pegara un viaje con la puerta al intentar huir. Se abrió una pequeña brecha en la frente que, aun a día de hoy, si te acercas, puedes ver la cicatriz. Estaba perturbada, con los ojos desorbitados. Estaba sudada, con la cara contraída por el dolor y la sorpresa, pero me pareció preciosa. No sólo el vaho estaba contenido en aquella habitación, había algo vibrante que nos tenía atrapados. Me gustó ella, y cómo me miraba, tanto como para olvidarme de que estaba desnudo delante de una desconocida. Sus ojos marrones, como la miel oscura, recorriendo mi cara, mi cuerpo. Sólo sé que, a cada centímetro que cubría con su vista, un ligero hormigueo se extendía bajo mi piel, que ardía de forma especial.

«Jodida Manuela, qué pronto te me metiste bajo la piel.»

Nerea entró, y, sin saber cómo, aquel momento se deshizo. Me di prisa por tapar mi desnudez, que, si hasta entonces no me había molestado, al ver a mi novia en el baño me entraron las ansias por buscar una toalla y salir. Aquella sensación se evaporó al abrir la puerta.

Los siguientes encuentros con Manuela fueron incómodos; como si algo de mí le molestara; me evitaba, aunque su forma de mirarme me hacía pensar lo contrario. La noche que tuvimos que fingir que era su novio, aquella vibración del baño volvió para instalarse a partir de entonces y definitivamente entre nosotros. Al principio, cuando Nerea lo planteó me pareció divertido; darle en

todos los morros a un tipo que se creía invencible siempre apetecía, y más cuando después conocí a su ex. Gervasi.

¡Dios, que ganas me dieron de patearle el culo! Porque en su mirada supe que aquel cabrón sabía mejor que nadie qué pedazo de mujer tenía en mis brazos, temblando y oliendo de maravilla. «Fingir..., pero ¿quién demonios no la desearía?» Pero cuando Manuela entró en el juego, el motivo cambió. Me importaba una mierda aquel tipo, sólo quería alargar la situación lo máximo posible. Ella se acurrucó en mi pecho, y mi mano encontró la abertura de la espalda. Vibró y yo lo hice con ella. Sentir cómo su piel reaccionaba a mi tacto fue mi condena. Aunque no lo supe hasta mucho más tarde. Quería seguir teniéndola entre mis brazos, no sólo por el deseo que despertaba en mí, sino que verla tan tocada por culpa de su ex hizo que me nacieran unas ganas locas de protegerla. No sé, no es que fuera de damisela en apuros, ni que yo fardara de caballero andante, era algo más fuerte que todo aquello. Como si una fuerza interfiriera por nosotros. Un imán que me agarró sin ser demasiado consciente de lo que hacía.

Como al día siguiente, cuando llegamos y nos la encontramos en la terraza. Estaba..., ¿sabéis esas veces que ves a alguien y envidias verlo en esa paz? Pues aquél fue un momento así. Se la veía tan bien en aquel espacio, con el sol calentándole la piel, tan natural. Tan atractiva. Manuela era sensual de por sí. Sin adornos, sedas ni encajes. La camiseta desbocada enseñando su hombro y aquellas jodidas piernas..., que devoré con los ojos hasta que se dio cuenta y las bajó de la mesa. Me fascinó que se sintiera tan cómoda conmigo como para confiarme todo lo que había pasado con su ex. Había naturalidad, una conexión como de viejos amigos, a pesar de que éramos un par de desconocidos. Cuanto más la conocía, más quería saber. Manuela pedía un abrazo y yo estaba deseando sentirla de nuevo en mis brazos. Ella tan cercana, yo tan predispuesto. Mala combinación.

Intensos, así es cómo describiría nuestros encuentros. Dos personas tomando un café, una charla banal... Pero nada es lo que parece a simple

vista, y entre nosotros era de todo menos simple. Los días se pasaban así, entre acercamientos y alejamientos por parte de ambos. Me decía que sólo era un juego, un coqueteo inocente del que parecía que los dos disfrutábamos. Cada uno viviendo en su propio infierno, pero pecando juntos. Hasta que se me fue de las manos. Aquella noche estaba despierto en la cama cuando oí sus pasos yendo hacia la cocina. Nerea roncaba —bueno, no roncaba, pero es de esas personas que duermen profundamente—, con sigilo me levanté y la seguí. La cocina en penumbra, y Manuela allí en medio, como una visión. La suave luz de la nevera perfilaba su cuerpo, sus piernas desnudas y su jodido culo prieto en pompa..., demasiado para mí.

¡Me cegué! Ah, maldito Lucifer, cómo le gusta tentarnos con lo prohibido...

Dejé de pensar y me guie por un impulso casi animal. Sólo sé que me acerqué y, aunque la sorpresa brilló en sus ojos, duró poco. ¡Qué puto calentón me entró al ver que me seguía el juego! Y estaba tan jodidamente deseable y sexy. Despeinada, con las mejillas encendidas y la camiseta empapada mostrando cómo sus pequeños pechos reclamaban el calor de mi boca... Se dio la vuelta para desnudarse y dudé, pero igualmente me acerqué.

«Sólo sentirla —me dije—. Un instante.»

La sensación de piel con piel. Sus gemidos. Mis ganas. Me asusté y supongo que ella también, porque se fue. Los actos hablan por nosotros y, si los suyos me fascinaban, los míos me avergonzaban. Me acojoné porque no me controlaba cuando estaba con ella. ¡Es que ni me reconocía! Me alejé. No podía. No quería todo aquello. Por mucho que intenté comprender por qué Manuela me aceleraba tanto, no lo entendía. Era una fuerza que arrasaba conmigo. Como ese mar embravecido que te arrastra con él, y tú no puedes hacer nada. No puedes remar contracorriente, es mejor dejarte llevar sabiendo que vas a ser engullido. Mis padres eran un ejemplo de querer sortear un mar como el que azota la Costa da Morte con un par de remos. Nerea, en cambio, era esa brisa veraniega que casi ni la notas. Quería seguir con la calma que era Nerea. Algo manejable. Tranquilo. Y Manuela era todo lo contrario. Deseo.

Una obsesión. Un huracán salvaje y atractivo. Indómito. Era complicarse la vida, y no valía la pena.

Pero Eloi me pidió ayuda con la mudanza, y allí estaba, la verja, como una señal. Ni lo pensé, llamé a Nerea para contarle que había encontrado un cabecero y le pedí el teléfono de su prima. Sabía que mi mejor amigo era un semental, demasiadas noches compartidas. En el camino lo puse al día: soltera, recién salida de una mala relación que aún duele. Y lo supe sin siquiera haber bajado aún de la furgoneta, Eloi iría a por ella. Y ella se dejó. Me cabreó. Muchísimo. No sé si llamarlo celos o si era simplemente el hecho de que él pudiera conocerla a fondo, y no sólo me refiero en la cama. Él se iba y tenía esa oportunidad que yo me había prohibido. Saber que había congeniado tan bien con Eloi no era una sorpresa. Los conocía a los dos y sabía que eran de esas personas auténticas por las que das gracias por tener en tu vida. Encajaban, qué raro.

«Claro que eran celos, ¡capullo!»

Y cuanto más en ridículo y en evidencia me dejaba —yo solito—, cuanto más gilipollas me sentía, Manuela seguía allí, sin importarle. Pero basta con que te niegues algo para que lo desees más. Lo nuestro era físico, una necesidad de piel aunque nos conformáramos con un roce, cuando lo que de verdad quería era devorarla entera. También era químico, de estar cerca y saltar chispas, de estar lejos y notar todavía aquella energía. Y más cuando lo tienes a un roce de dedos. Tan cerca. Tan apetecible a todas horas. Tan prohibido que me volvía loco. Si me alejaba, la echaba de menos; si me acercaba, me sentía culpable. Me repetía una y otra vez que no la echaba de menos a ella, sino a lo que sentía. Algunos se tiran en paracaídas, otros hacen *puenting*...; yo para sentirme vivo y notar que la adrenalina me quemaba en las venas sólo tenía que estar cerca de Manuela.

Recuerdo una vez en la casa de campo, era una de aquellas noches interminables frente a una botella de ron, del que a mi padre le gusta. Y es que tengo que confesaros que mis primeras borracheras fueron con él. Yo debía de

tener unos dieciséis o diecisiete años, habían vuelto a discutir y nos marchamos los dos solos. A veces le entraba una especie de verborrea filosfal, algunas eran de lo más delirantes, pero me gustaba escucharlo, aunque, por edad, muchas no las entendiera. Me contó que su mayor temor en la vida era perder la ilusión, dejar que la rutina se lo tragara. Y aquellos días lo entendí, porque, si algo tenía aquella especie de rutina con Manuela, es que me hacía sentir vivo. Tenía miedo, pero seguía mirando entre unos dedos que cada vez estaban más separados. Paso a paso, con vacilación, pero si tenía la oportunidad, no la rechazaba. El destino nos desafiaba siempre que podía y era un gustazo caer en su trampa. Prepararle un bizcocho con la excusa de pedir perdón, acercarme al sofá donde ella estaba dormida y sentarme a su lado. Acariciarle el pelo sabiendo que estábamos solos y que ella tampoco se enteraría. La adrenalina recorriendo mi sangre como la de un niño haciendo la mayor de las travesuras cuando no me pude resistir y la besé. Tan suave, tan jodidamente... duro. Jugar con fuego y casi quemarme al ver que despertaba y me pillaba allí, casi encima de ella. Un roce en la terraza, un «Dios, no puedo, pero, joder, cómo te deseo». Éramos cómplices de algo muy nuestro y que queríamos que siguiera así; aunque nuestras miradas lo revelaban, estaba allí como un puto letrero de neón, para quien quisiera verlo, claro. Y yo no era uno de ellos.

Lo intuí, la noche que volvió de pasar el fin de semana con Ivet, mirando la peli lo intuí. No tenía ni idea de lo que había ocurrido, ni qué pasaba por su mente, pero supe que algo había cambiado. No necesitaba palabras, porque entre nosotros no hacían falta; había aprendido a leer a través de sus ojos. Aquella mirada tan transparente. Aquel lenguaje tan nuestro desde el primer momento. No sabía cómo ayudarla, me hacía sentir muy incómodo ver la verdad que ocultaba su mirada. Además, me daba pánico dónde podía llevarnos atrevernos a hablar cara a cara y poner nombre a aquel juego. Sólo una vez me sentí con coraje para afrontarlo, pero me abrió la puerta y se me desencajó la mandíbula. Y los pantalones se me encogieron tres tallas.

«*Hostiaputa...* Tremenda...» Estaba incluso más increíble de cómo la había imaginado. Sus piernas parecían infinitas con aquella falda tan corta, y aquella camisa tan insinuante..., tan jodidamente sexy. El sueño erótico de unas noches atrás pasó en cámara rápida por mi mente. Me cagué en Eloi y en todos sus antepasados cuando entendí que era él quien se lo había contado. Me enfureció. Era mi sueño, un tema personal que ellos habían convertido en algo con lo que burlarse de mí. «¡¡Cabrones!!» Y para rematar la noche se fue con Gervasi. Estaba tan cabreado que tenía la cabeza a punto de explotar. Quería dejar de jugar. Quería olvidarla. Quería centrarme en Nerea. Sólo en mi novia. Y lo hice, aunque duró poco. Una semana. Pero no pude resistirme a acercarme cuando encontré a Manuela llorando en el comedor. No me gusta ver a una mujer así, y menos a ella. Porque, lo reconozco, me sentía culpable de buena parte de aquellas lágrimas. Me sentí el puto amo cuando noté cómo encontraba consuelo en mis brazos. Pero de nuevo fallé, sobre todo a mí, y seguí comportándome como un idiota.

Joder, ¡cómo me cabreeé con Nerea por no decirme que era el cumpleaños de Manuela! Ella argumentó que se había olvidado. Ahora sé que «lo olvidó» con toda la intención del mundo. Pero hice lo que pude para que disfrutara de un día especial, porque si verla llorar me partía el alma, verla sonreír era un chute de éxtasis. Y Manuela se fue colando despacio, poco a poco entre mis dedos.

Llegó la despedida. Nerea vino a casa poco antes de irse a trabajar. Me contó la pelea que habían tenido; ya empezaba a conocerla y me pareció algo exagerado. Luego se marchó al hospital. Tardé en tomar la decisión, pero al final cogí la chaqueta y me fui a buscar a Manuela. Tenía que hablar con ella. Claro que no contaba con que me confesara todo aquello. La primera vez que me marché, nada más pisar la calle fui en busca de un bar donde tomarme un tequila. O cuatro. Sentía rabia. Unos vídeos que grabé con Marta en una habitación de hotel en la que pasamos un puente entero, en lugar de disfrutar

de la playa como había sido la primera intención. Lo curioso del caso es que nunca los vimos. Nos moló grabarnos, pero ya está. Ahí se quedó.

Saber que te han visto en la cama con tu novia, que alguien ha figoneado en un juego de pareja resultaba... desagradable. ¿Cómo decirlo? Era permitir que hurgasen dentro de ti y mostrar tus secretos. Dios..., como ella... Aun no sé cómo tuvo el coraje de confesarme algo así...

Quise destruir el *pen*. Sentía que me había utilizado. Ni me acordaba de él hasta que Manuela lo nombró. Pensaba que había desaparecido con el resto de las cosas que tenía de Marta. Recuerdo aquella tarde, ya lo habíamos dejado, pero apareció por sorpresa en mi habitación, alguno de los chicos la dejó entrar. «No la quiero, pero tampoco soy capaz de quemarla. Hazlo tú». Me tiró con mala leche una caja que se abrió y un año de recuerdos salieron volando por los aires. Supongo que así fue cómo aquel lápiz USB llegó a su escondite detrás del armario.

Manuela era una locura en sí misma, pero una tan cuerda que asustaba. Y después de abrirse en canal y confesarlo todo me pidió que la besara. Puta loca, si supiera cómo me excitó y me cabreó al mismo tiempo. Ya había probado sus labios dormida, pero allí estaban, jugueteando con los míos, provocándome. No es que me resistiera, es que los dos yoes que habitaban en mí estaban discutiendo. Pero al final, Manuela ganó y los dos se rindieron a ella. Le devolví el beso con urgencia. Excitado, como pocas veces en mi vida, mis manos cobraron vida propia y tomaron aquel cuerpo que tantas veces había deseado tocar, saborear..., hasta que ella volvió a demostrarme lo superior a mí que era al decirme «te quiero» y cerrar la puerta.

Si Manuela era una loca por tener las cosas claras e ir a por ellas, ¿en qué me convertía a mí aquello? Simple: en un gilipollas.

Vivir es algo más que coger aire

Despedirse con un beso, un «te quiero», sin un «adiós». Cerrar la puerta en lugar de seguir abriendo el corazón. Irse sin amarras, dejando todo atrás. En la mano una maleta, en los labios su sabor. Poco a poco, la distancia y el tiempo dejarían su huella en aquel beso y lo irían erosionando. Los años me harían recordarlo con una sonrisa y ese dulce cosquilleo por lo que podría haber sido. Pero estaba segura de que, en los próximos días y meses, sería el recuerdo al que más veces recurriría mi mente cuando estuviera a más de mil trescientos kilómetros de distancia.

Eehhh, vale, permitidme un paréntesis. Tengo que confesaros que escribir esta parte me está costando un mundo. Llevo días atascada con este capítulo. Los recuerdos me nublan la vista, me invade la congoja y soy incapaz de seguir. Stephen King dijo: «El momento que da más miedo es justo antes de empezar», y le doy la razón. Pero añadiría: justo antes de empezar (a dar) cada paso hacia delante. Llegar al aeropuerto. Pasar el control. El embarque. En cada paso que daba había una voz que me decía: «¿Qué coño estás haciendo?», pero seguí avanzando.

Durante las ocho horas largas que había de trayecto —sin escalas, menos mal—, me impuse autocontrol. Disciplina. Ya tendría tiempo para regodearme en mi pena, pero primero había que pensar en la supervivencia. Sólo lo retrasé, tampoco venía de un día. O de seis. Durante un par de horas me sumergí de lleno en preparar el *road book* para ese día. La situación del aeropuerto, llegar al hotel y cómo moverme desde allí. Sí, por insistencia de mi madre me alojé en un hotel. Decía que no se fiaba de los apartamentos, que

si me pasaba algo... Al final, entendí su preocupación. Tenía miedo de que me atrincherara entre aquellas paredes. Estar en un hotel me obligaba a bajar a las horas de las comidas, a ver gente, me obligaba a socializar y no hacer de la ciudad de los rascacielos mi propio búnker. Escogí uno de cuatro estrellas en la zona de Little Italy, y pagué un poco más para tener una habitación con vistas. Lo situé en el mapa y busqué cómo moverme desde allí. Hice una lista de los lugares que más me apetecía visitar, los más conocidos y los que había ido descubriendo a través de algunos blogs de viajes que fui encontrando por internet. Quería empaparme de su esencia y estar fuera del turismo de masas.

Recordar Nueva York es sinónimo de hablar de dos viajes, dos caras de una misma ciudad. ¿Sabéis eso de «no eres tú, soy yo»? , pues éste es un ejemplo. No fue por ella, fue por mí. Me explico. Viernes 16 de diciembre, mediodía. Día frío, pero soleado. Empezaba un nuevo capítulo. Ver la ciudad desde los asientos traseros de un taxi amarillo fue como un chute de energía. El hotel era una maravilla. Estaba situado en pleno Soho. Era muy moderno, decorado con arte contemporáneo en distintas zonas. La habitación era espaciosa y la cama muy cómoda —vale, confieso que, sólo con verla, salté en ella e hice la croqueta—, pero lo mejor eran las vistas. Lo primero que hice fue conectarme al wifi y al ver que había buena recepción, hice una videollamada a mis padres, tal como les había prometido en el mensaje que les mandé al aterrizar. Les enseñé la habitación y las vistas de los rascacielos desde el gran ventanal.

—Mejor, así te vas acostumbrando a las seis horas de diferencia —dijo mi padre cuando les conté que había dormido en el avión y que estaba muerta de hambre.

Todo con una sonrisa en los labios, que os prometo que no era falsa. Era real. Estaba contenta de estar por fin en esa ciudad. Hablamos un poco más, les deseé buenas noches y me hicieron prometer que al día siguiente con más calma volvería a llamarlos.

Deshice la maleta, tomé una ducha y me fui a comer a uno de los dos

restaurantes situados en la última planta del hotel. Estaba como una niña en Disneyland. Mientras comía un sándwich de pollo y una taza de café, les mandé algunas fotos a las chicas al nuevo grupo de WhatsApp que había creado Ivet, uno sin Nerea. Intercambiamos algunos mensajes y al final me despedí:

Tengo una cita con el Empire State, hablamos
mañana, os quiero. Besos.

Alucinaba, más que andar, sentía que flotaba. El bullicio, la luz propia de la ciudad y, encima, engalanada con las luces de Navidad, era mágica. Flatiron Building fue el punto de partida. Caminé por la Quinta Avenida hasta el Empire State. Como tenía ya la entrada, accedí a los ascensores sin mayor dificultad. Estaba anocheciendo y la imagen se grabó en mi retina. Carne de gallina y una solitaria lágrima de pura emoción. Seguí la misma avenida rumbo a la catedral de San Patricio y, luego, crucé para ir a Rockefeller Center, donde sonreí como una niña frente al abeto de Navidad. La ciudad ha sido el escenario de tantas películas que ella misma y sus edificios más conocidos provocan una extraña sensación, como de familiaridad, que desconcierta un poco.

Encontré un Starbucks, me pedí el especial navideño, con tarta *red velvet* incluida, y me senté a escribir unas postales que había adquirido en una tienda de *souvenirs*. Allí también compré imanes y una taza para Nico. Al principio la idea era sólo escribirle a Queta, pero al final añadí una para mis padres y otra para Ivet y Elsa. Era sólo un detalle, uno que esperaba que los hiciera sonreír.

El primer día lo terminé acercándome a Times Square. Eran pasadas las ocho cuando me tumbé de nuevo en la cama. Cinco horas andando por una ciudad que ya me tenía enamorada. Un zumbido me llegó desde la mochila. En un movimiento digno de un espectáculo del Cirque du Soleil, saqué el teléfono, era Eloi.

—Pero ¿qué haces levantado a estas horas?

—Es viernes, acabo de llegar a casa. He pensado que aún era pronto para ti y quería probar si te pillaba despierta. ¿Qué tal la Gran Manzana?

—Impresionante —y le conté un poco lo que había hecho ese día.

Me recomendó un par de sitios que él conocía y decía que me iban a encantar, uno era el Smoke, un club de jazz, y el otro el Housing Works Bookstore Café, una librería y cafetería con mucho encanto.

—Te va a encantar, era una antigua fábrica industrial. Seguro que en ella encuentras un rincón ideal para escribir o leer. No sabes cuánto me alegro de oírte tan contenta.

—Estoy bien, de verdad.

—Sé todo lo que pasó anoche.

—Te ha llamado —murmuré.

—Después de salir de tu... del piso.

Lo interrumpí:

—Eloi, háblame de lo que quieras, pero de eso no. No quiero ni recordarlo.

—Te diré lo mismo que a él, vales muchísimo más y él no te merece por cobarde. Pilla a un neoyorquino que te quite la pena a base de orgasmos.

—Si te hago caso, te lo contaré.

Seguimos hablando un rato más, hasta que los bostezos —más por mi parte que por la suya— empezaron a interrumpir la conversación cada vez con más frecuencia.

—Descansa, hablamos otro día. Disfruta muchísimo y mándame fotos. Un beso.

Me despedí mientras empezaba a desnudarme. Caí rendida en la cama.

Primer día y primera noche superadas con éxito. O la mayor parte, porque tengo que admitir que de tanto en tanto me invadía el recuerdo del beso. ¡Qué feliz era yo viviendo de mis fantasías y siendo tan ignorante! Pero la vida es injusta y desde aquella noche tendría que aprender a convivir con el sabor de sus besos. Una dulce agonía que me robaba el aliento cuando me invadía. En

algunos momentos me llegaba a ver como una mártir, una de esas personas a las que el amor les roza los dedos y luego se lo arrebató, tan rápido, que no les da tiempo ni a disfrutarlo. Sólo un roce de realidad virtual con el beso más puñeteramente bueno de la historia. «¡Vivía mucho mejor en la ignorancia!»

Pero supongo que lo nuestro no era un amor de los convencionales. El nuestro era de palabras no dichas y miradas que lo decían todo. De roces y de un solo beso. ¿Por qué tenían que ser todos de cuento de hadas? No nos engañemos, claro que quería el cuento, el final feliz, todo, hasta las dichosas perdices; pero supongo que hay amores que son para vivirlos y otros sólo para soñarlos.

Al día siguiente pasé la mañana por el barrio. Al final de la calle, en la esquina se encontraba el Kat'z Delicatessen, un local que se había hecho conocido por el cine, sobre todo por la mítica escena en la que Meg Ryan finge un orgasmo en la peli *Cuando Harry encontró a Sally* y donde siempre había cola para comprar su famoso sándwich de pastrami. Acabé comprando uno —estaba bueno, pero sigo prefiriendo un bocata de jamón ibérico— y me lo comí en la habitación mientras hablaba por Skype con Elsa e Ivet. Al principio charlamos de banalidades, el viaje, la ciudad. Elsa me enseñó que ya empezaba a tener algo de barriga. Al final les conté toda la pelea con Nerea, sus palabras.

—Joder, que se imaginara algo tenía un pase —dijo Ivet—, pero esto... es...

—Ya lo sé, no hay palabras para definirlo.

—Es que no lo entiendo —insistió Elsa sorprendida.

—Ni yo. No sé qué esperaba.

—Yo te lo diré —gritó la Dalai—. Una excusa. Si os pillaba, Nerea se convertiría en la reina del drama, la víctima; así no tendría que ser ella la que

cortara con Abel. Si es que sigue siendo la misma egocéntrica de siempre...

—Dejadlo, no quiero seguir con esto. Pero hay algo más. —Y, claro, también les conté lo ocurrido con Abel.

Volver a pensar en aquella noche era volver a la pelea; la decepción por mi prima seguía igual de latente porque la herida estaba tan fresca que aún costaba de asumir. En cambio, reconozco que pensar en él era volver al momento del beso, me llevé las manos sobre las mariposas tatuadas como si con ello pudiera frenar la sensación de hormigueo.

—Madre mía. Éstos no duran ni dos días.

—Qué va —le contestó Ivet a la futura mami—, seguro que ahora los dos intentarán parecer la mejor pareja del mundo y, si no, ya veréis. Tú olvídalos, disfruta del viaje.

Gorro, bufanda, guantes y un café largo, como los que me gustaban, para calentar el cuerpo fueron mis acompañantes indispensables. Más que hacer turismo, engullí la Gran Manzana. Ésa fue la máxima aquellos primeros días. Iba como sobreexcitada, pateando la ciudad. Si al principio llevé mapa y visité lo más importante, tres días después vagaba y empecé a dar vueltas sin rumbo. Dejé que la ciudad me guiara a perderme entre la vida que palpitaba en sus calles.

Me obligaba a estar en movimiento, a estar rodeada de gente, como un recordatorio bullicioso que me dijera que la vida seguía. No quería sentir. No quería recordar. Como un asno, sólo hacia delante.

El hotel estaba a unos dos kilómetros del puente de Brooklyn, las vistas desde ahí son impresionantes. Al otro lado está el Brooklyn Bridge Park, que se convirtió en mi lugar favorito. Me gustaba sentarme en uno de los bancos que daban al río y dejar pasar el tiempo. Un día, escuchando cómo un grupo de chicas —en plan cumbayá— cantaba *Sound of Silence* de Simon & Garfunkel

en la lejanía, sin saber muy bien por qué me vino una idea a la cabeza. Saqué el cuaderno que siempre llevaba y así empecé a escribir *La vida desde un banco del parque*. La historia de una chica que ha perdido las ilusiones por vivir, a la que su psicóloga sólo le receta que vaya cada día a un parque, que se siente en un banco y observe. No entiende esa petición, pero la cumple. Cada día, a la misma hora. Poco a poco, día tras día, irá viendo que la vida sigue. Una mujer embarazada que con el tiempo paseará un cochecito y, en meses, un niño dando sus primeros pasos. Unos abuelos cogidos de la mano, a pesar de que cada día lo hagan más despacio. Una pareja en su primer día de relación, los primeros besos, la primera pelea, la separación. Un hombre corriendo en su propia burbuja sin que le importe nada de lo que ocurre a su alrededor, la abuela que alimenta a los patos. Toda esa vida que ella se niega a vivir, pero que existe. Mi primer libro sin él como muso. Sólo yo como protagonista. Del libro. De la historia y de mi vida. Le doy toda la razón a Hemingway cuando dijo que su psicoanalista era su máquina de escribir.

Hasta que, en ese mismo parque, me encontré un carrusel, conocido como el de Jane, y los recuerdos me vencieron. Recordé mi cumpleaños. Abel. Su mirada. Los roces. El beso. Y me derrumbé. Sobredosis emocional, podríamos llamarlo. Allí surgió el segundo Nueva York.

Cuanto más huyes, más perdido estás. Estaba allí por elección, pero me sentía desorientada y en algunos momentos le daba la razón a Ivet y me sentí desterrada. De mi casa. De mi vida. Obligada a olvidar. Hasta me obligué a no sentir, alguien como yo, que se mueve por sentimientos. Y como decía Frida Kahlo: «Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore por dentro». Fue casi más difícil que hacer la maleta. Más que irse. Estaba a seis mil kilómetros de distancia, pero mi cabeza aún no se había ido del todo. Mi cuerpo había viajado, mi cabeza lo seguía, pero al galope. No estaba en Nueva York, pero tampoco en Barcelona. Sin olvidar, pero sin recordar..., sin superar ni asumir.

Mi corazón había dejado de ser una explosión constante, seguía vivo, pero

ya no había llamas. Ni magia ni pasión. Sin esperanza, y roto de amor, sólo era un básico latido. Un recordatorio de que vivir es algo más que un latido, algo más que coger aire. El problema es que no viajaba sola, me había ido con un fantasma. Uno que no pude dejar atrás, y no por falta de ganas, como las que tenía de patearle el culo; lo complicado era no salir yo misma rodando de la patada. Un fantasma que me perseguía día y noche hasta que le hice caso y me venció. Los últimos meses pasaron factura. Hay cosas de las que no puedes huir, entre ellas está la muerte, pero también las consecuencias de las decisiones que tomamos.

Estaba de luto. Había sufrido una pérdida y tenía que llorarla. A Abel. A ese futuro juntos que imaginé tantas veces y que nunca fue ni tuvo oportunidad, por mucho que me encaprichase de él. Sólo fue una idea, un esbozo de vida en el que empleé más horas, demasiadas noches y todas mis energías. Había pasado tanto tiempo escondiéndome, mostrándome tan distinta de quien soy que, como decía Ivet, estaba difuminada. Creé una coraza en la que me protegí hasta de mí misma y de mis decisiones. Sonriendo cuando quería llorar. Con las manos cerradas cuando rebosaban caricias por dar. Callada cuando quería gritar, tanto que acabé perdida y olvidando quién era realmente.

Estaba agotada física y emocionalmente, y el cansancio acabó convirtiéndose en una gripe que me tuvo encerrada en la habitación casi una semana. La excusa perfecta para justificar pasar las Navidades sola y tumbada en la cama.

Lo bueno, por llamarlo de alguna manera, era que estaba preparada para ello. Un mes de preparación para el viaje también incluía esa fase. Imaginaba que sería duro, pero tenía que afrontarlo. Y retrasarlo no había modificado nada. Ni para bien ni para mal. Seguía dentro, latente, esperando el turno para salir.

«Pero podré con ellas. Con la soledad, la tristeza, la rabia. Las sobreviviré, porque tanto pasa lo bueno como lo malo, nada es definitivo. Por mucho que queramos creerlo. Quizá no sea mañana, ni pasado, ni dentro de un

mes, pero estoy segura de que llegará el día en que no duela. En que el recuerdo me haga sonreír y no me falte el aire ni escueza la herida.»

Dicen que lo bonito de la vida no es llegar a la vejez con un alma impecable; lo importante es llegar con marcas, llena de cicatrices, y querer seguir viviendo. Y yo quería volver a la vida.

Abel

No recuerdo unas fiestas con tanto dolor de cabeza, y no era por el alcohol, que también. Mi madre me soltaba que parecía un chiquillo de quince años en pleno ataque hormonal. Estaba malhumorado, irritado, y era un auténtico incordio. Me sentía raro, cabreado, y una parte de mí, también culpable. Ese sentimiento empecé a sentirlo con más fuerza el día 26 de diciembre, fiesta en Catalunya para celebrar San Esteban. Había pasado la Navidad con toda mi familia en Barcelona; de camino a Puigcerdà, ese sentimiento se acrecentó porque iba a comer en casa de Nerea. Ocuparía la silla de Manuela, mientras ella estaba a seis mil kilómetros de distancia. Iba a ser una celebración... tensa. Me ponía en el papel de los padres de Nola y aún no sé cómo había dejado que mi novia me convenciera. Pero era Nerea, y los últimos días aún estaba más tocacojones que de costumbre. La mala pécora sabía bien cómo bajarme el cabreo y convencerme.

«Si es que en el fondo soy un blando, joder.»

El recibimiento fue más caluroso de lo que esperaba. La abuela era un encanto y fue muy cariñosa; supongo que porque era la única que no sabía que yo era la pieza clave de la pelea entre sus nietas.

Nerea se convirtió en mi sombra. Su madre, Adela, un calco de su hija — físicamente y en todo—, era coqueta y muy... sobona, la verdad. De esas de acariciarte la cara, el pelo, el brazo, colocarte bien la camisa —como si la planchara sobre tu pecho— mientras hablaba y hablaba.

Los padres de Manuela, Jordi y Mercè, estaban tensos, pero me saludaron con cordialidad. Sobre todo, su madre, que hasta tuvo el detalle de preguntarme por mi familia.

Me contaron que Charlie estaba de guardia en el aeropuerto, y que hasta la semana siguiente no podía ir; así que al único que conocía allí, aparte de mi novia, era a Eric, que llegó cuando ya estábamos con el aperitivo.

—Vaya horas de llegar —soltó Ferran, el padre de Nerea.

—Primero las cabras, luego los cabrones.

«Muy sutil, Eric, sí, señor...» Todos sonrieron y a mí me subió la bilis.

Intenté pasar desapercibido, fundirme en la silla, pero mi «suegra» no dejaba de hacerme preguntas, por lo que me veía obligado a contestar, siendo así el centro de atención, cuando yo sólo quería... huir, la verdad. Hasta me palpé dos veces el bolsillo de los pantalones para asegurarme de que las llaves del coche seguían allí.

Con la llegada de los canelones, los suspiros, las miraditas *fulminavidas* de Jordi, la sonrisa sempiterna de la abuela y el padre de Nerea guiñándome el ojo, como dando su aprobación..., no pude más y, disculpándome, busqué refugio en el baño. Necesitaba escapar de allí, aunque fueran cinco minutos. Al salir, «tropecé» de forma inesperada con Eric. El año que habíamos compartido piso lo pasamos genial, y tengo que confesar que me entendía mejor con él que con Charlie. Pasamos infinitas horas de charlas de lo más variopintas en la terraza del piso con una cerveza en la mano. Me agarró por la nuca, y por la fuerza que ejercía no era un gesto nada *colegui*.

—Acompáñame, voy a por una birra. —Al llegar a la cocina me soltó y tuve que estirar el cuello para destensarlo un poco. Íbamos de mal en peor—. ¿Tú quieres una?

—No, gracias. Me paso ya al agua, que tengo que conducir.

—¿No te quedas? —Sonó sarcástico.

—No. Para un primer contacto ya está bien.

—Disfrutando de la familia, ¿eh?

No pude esperar más y lancé la pregunta:

—¿Cómo está?

Vi cómo tensaba la mandíbula antes de contestarme.

—¿Tú qué crees?

—Eric, párteme la cara...

—No me tientes —me interrumpió.

—Prometo ni moverme, pero dime que está bien.

—¿Bien? —Dio otro trago y el silencio fue peor que cualquier palabra que pudiera decirme. Aquel día supe que aquel lenguaje de miradas que compartía con su hermana con él también lo tenía—. Sé que la conoces, puede que mejor que nadie, así que eres lo bastante listo como para saber la respuesta. Lo siento, el tiempo de hablar y de preocuparse ya pasó. Hizo lo que nadie se atrevió a hacer: tomar una decisión. Te dijo lo que tenías que saber. Ahora respeta eso.

—Ah, estabas aquí. —Nerea se acercó fulminando con la mirada a su primo, antes de cogerme de la muñeca y sacarme de allí.

Al volver a la mesa, algunos estaban repitiendo canelones, pero a mí se me había cerrado el estómago, y eso que los nervios me hacían tragar cual pavo días previos a las fiestas. La abuela se levantó alzando la copa de cava frente a ella y todos la imitamos.

—Por los nietos que faltan, uno por trabajo, y la otra, pobre mi niña, que está malita.

—¿Manuela está enferma? ¿Qué le pasa? —la interrumpí sin pensar.

Si en aquel momento no reaccioné, más tarde en el coche me daría cuenta de la mirada de «niña de *El exorcista*» que me dedicó mi novia.

Mercè se mordió el labio, y su marido me gritó con los ojos que quería hacer conmigo picadillo, pero la abuela, que la tenía a mi lado, me sonrió con dulzura.

—Se ha ido de vacaciones, pero lleva días en cama por una gripe. Y, encima, tan sola y lejos.

—A ver, que está en una de las mejores ciudades del mundo —le respondió Adela—. No es que esté perdida en el Amazonas. Además, ha sido ella la que ha decidido irse. Con lo bien que estaría aquí..., como en casa en ningún sitio.

—Hemos hablado con ella esta mañana —me dijo la tía, dándome golpecitos cariñosos en la mano—. Parecía tener mejor cara.

—Eso es porque acababa de ducharse —soltó Nerea.

Allí le descubrí un lado que desconocía y que no me gustaba nada. La inocencia de la matriarca y dos malas put... pulgas como eran mi novia y su madre fueron enredando más la cosa mientras se retiraban los platos y traían los postres. Yo notaba hasta chinches en la silla, y ni me atrevía a levantar la vista del plato por vergüenza ajena... y, joder..., la mía propia.

—Lo que ha hecho es una chiquillada. No ha demostrado ninguna madurez. Y ahora me quedo sola en el piso. Menos mal que es nuestro, si no, vaya marrón me dejaba. Es que es una egoísta.

Mi novia haciéndose la víctima... ¿Ella? Yo, un tío de metro noventa, sentí que empequeñecía al tiempo que la maldad y la ironía de Nerea crecían. Estaba irreconocible, al menos para mí.

—Basta —le susurré muy cabreado—. ¿No respetas nada?

Al levantar la vista vi que Mercè tenía los ojos vidriosos y que estaba haciendo un esfuerzo por no llorar y mantener la boca cerrada. Manuela se le parecía tanto que se me encogió algo dentro al recordar las veces que la había visto llorar, como aquella noche en el comedor.

«Joder, ¡dónde me he metido!»

—¿Por qué callar lo que todo el mundo piensa? —añadió Adela de forma sarcástica mirándome mal por haber reñido a su hija—. Bueno, basta de dramas —dijo «la depresiva»... Aunque, ¿quién lo diría viéndola aquel día? ¡Ni depresión ni leches!

Una silla rechinó contra el suelo al desplazarla con fuerza hacia atrás. Era Jordi.

—Voy a preparar los cafés. —Cada uno fue nombrando lo que le apetecía,

hasta que me tocó a mí—. ¿Abel?

—No, gracias. Yo me largo.

—¿Te vas? —Nerea se levantó al ver que ya estaba en pie y me miró sorprendida.

—Gracias por la comida —agradecí ignorándola—. Un placer poder conocerlos a todos. Que terminéis de pasar un día estupendo.

—¡Pero aún es pronto!

—No quiero pillar cola. —Fui escueto, porque temía abrir la boca y sacar todo lo que tenía atragantado en la garganta. Como vio que no me convencería, cerró el pico.

Todos se levantaron y me despedí. El padre de Manuela, más que apretón lo que hizo fue dejarme la mano destrozada antes de irse a la cocina.

—Lo siento, lo siento de verdad. Espero que podáis perdonarme —musité pegado a la mejilla de Mercè, que, al apartarse, me miró con los ojos llenos de lágrimas.

¿Cómo habíamos llegado a ese punto?

No era sólo que Manuela se marchara, era el dolor que había provocado a sus seres queridos, era la brecha que había abierto en aquella familia.

Fue su decisión, sí; pero todos sabíamos qué la había llevado a tal extremo.

Nerea me acompañó hasta el coche.

—Venga, no te enfades, era una broma. —Intentó cogerme del brazo, pero la rechacé.

—¿Una broma? Hablas de tu prima. Tanto tú como yo sabemos el motivo de ese viaje, pero igualmente me han abierto las puertas de su casa. Y encima está enferma y tú te burlas, ¡de verdad, no te entiendo!

—¿Ahora te preocupas por ella?

—Ayer, hoy y mañana. —Y hasta a mí me sorprendió aquella declaración.

—Lárgate. No quiero verte —sentenció altiva.

—Te equivocas, me largo porque es a mí a quien no le apetece verte ni un segundo más.

Me pasé el camino despotricando por todo y contra todos. Y, por recibir, hasta Manuela se llevó su parte. «Cobarde —le grité en mi cabeza—, te has ido, pero yo me he comido todo el marrón. Y solo.» Llamé a mi padre y le dije que, aprovechando que él estaba en la ciudad, me iba a la casa del pueblo. Quería estar solo y no ver a nadie.

Fue al creer que ya había pasado todo, que el miedo ya había desaparecido, que dejé caer las manos. ¡Maldita idea! Allí me di cuenta de lo tonto que era, porque Manuela ya no estaba frente a mí, pero seguía allí conmigo más que nunca. Mi mayor miedo, y con nombre propio, se había colado entre los dedos hasta llegar a lo más hondo de mí.

Quise llamarla mil veces, pero no me atreví. Quería oír su voz.

Un: «¿Cómo estás?». Tomarme un café a su lado.

Un: «Perdóname». Un silencio tan lleno de los nuestros.

Un: «Joder, cuánto te echo de menos». Una mirada cargada de besos.

No obstante, no fui capaz. El teléfono llegó a quemarme en la mano, pero soy un cobarde. Encima, aún me escocía lo del vídeo, la verdad. Y yo de orgullo y cobardía tenía unos buenos kilos de más.

Estuve dos días aislado del mundo. El jueves, cuando volví a Barcelona, Nerea estaba de lo más insistente y al final se presentó en mi casa. A ver, creo necesario hacer un inciso. A mí Nerea me gustaba. Mucho. Todos tenemos nuestras cosas, buenas y malas. Conocía su lado malo, ese que buscaba ser el centro de atención y tener siempre la razón. Pero yo también tengo mis defectos, entre ellos, no querer afrontar las cosas cuando toca y dejarlo todo para otro momento. Me pidió perdón y hablamos durante un buen rato. Los nervios fueron la justificación para todo. La cosa quedó en tablas. Me preguntó si los planes para Nochevieja seguían igual, y, aunque tengo que confesar que no las tenía todas conmigo, dije que sí. Quedar con sus amigos

para cenar en casa de Quim y Elsa no es que me apeteciera mucho. Me sentía extraño. Y esos días de aislamiento me sirvieron para entender qué me ocurría. Me costó verlo, pero al final fue de lo más lógico. De esas cosas que tienes delante pero que no eres capaz de ver. Lo que más me molestaba era estar viviendo esas Navidades como si fueran robadas. Comidas en casa de Manuela, fin de año con sus amigos... Era ella la que debería estar allí.

Nada más cruzar la puerta de la casa de Quim y Elsa ya noté que el ambiente estaba cargadito. Había tanta tensión que se podía cortar con un sable. Allí estaban, junto con Ivet y Guillem, mirándome los cuatro como al culpable de haberles arrebatado a su amiga. «¡A la hoguera! —oí sus voces en mi cabeza, torturándome—, ¡que lo quemem en la hoguera!»

«¡Vaya noche me espera!» Tenían la costumbre de pedir un *catering* para evitar tener que cocinar. La mesa ya estaba lista, y no tardamos mucho en empezar a cenar. «Boca llena y birra en la mano, mucho mejor.» Lo pasamos mejor de lo que podía esperarse visto el recibimiento, eso sí, se habló hasta de política para evitar tocar algún tema que pudiera ser susceptible. Aquello era una bomba chorreando nitroglicerina bajo el sol del desierto. Con las campanadas, la situación se calmó un poco y se volvió algo más cómoda, más parecida a lo que se espera de una noche de fin de año. Durante un rato cada uno estuvo pendiente de su teléfono, esperaba que alguien dijera algo de Manuela, pero nadie la nombró. Más tarde supe que los cuatro habían hablado antes con ella. Me habría encantado estar en aquella videollamada. Pero de nuevo me quedé con las ganas y no hice nada para remediarlo. «Puto cobarde.»

Recogimos la mesa, fue bastante rápido, porque entre los envases de la comida del catering y que habíamos optado por platos de plástico, acabó todo en bolsas de basura. Me sentía tan incómodo que me ofrecí a bajar y llevarlas yo mismo a los contenedores. Estaba ya en el ascensor con las puertas casi cerrándose cuando Ivet entró en él. No me dirigía la palabra, pero me miraba con tanta intensidad que me estaba poniendo peor de los nervios.

—Entiendo que me odies —empecé a decir, pero me interrumpió.

—Odiar se queda corto. Sabía que no le traerías nada bueno. La has apartado de mi lado y eso no te lo perdonaré en la vida.

Llegamos a la calle. Hacía frío y el sonido de la celebración de la gente se oía mezclado con el propio de la ciudad.

—Lo acepto, pero te pido por favor... —resoplé—. Sólo dime si está mejor de la gripe.

—No sé qué vio en ti. —Se quedó quieta delante de mí, con los brazos cruzados—. Nola es muy distinta, merece mucho más. En cambio, Nerea y tú sois tal para cual. Tú jugando cuando estoy segura de que sabías lo que siente Nola por ti. Nerea provocando las situaciones para ver si caíais en su trampa y os liabais.

«¿Perdón?»

—¿De qué estás hablando? —pedí confundido.

—Veo que no has hablado con tu novia de lo que pasó en aquella pelea. Pregúntale a ella, porque, si soy yo la que te lo cuenta, acabaré vomitando. Asco, eso es lo que me provoca esta situación. Y una cosa más, si hoy estáis aquí es por una promesa que le hicimos Elsa y yo a Nola.

Se fue y yo tardé unos segundos en reaccionar e ir tras ella. Antes de llamar al timbre para que nos abrieran, susurró:

—Está mucho mejor. Hasta tiene la intención de salir esta noche.

El resto de la noche pasó sin pena ni gloria. Las palabras de Ivet daban vueltas en mi cabeza, no entendía nada y estaba deseando quedarme a solas con Nerea para averiguarlo.

—¿Qué es eso de que nos dejaste solos para ver si te ponía los cuernos? —estallé al llegar a su casa.

—¿Qué dices? —preguntó Nerea, encendiendo las luces del comedor. No

había estado allí desde la noche con Manuela. Os juro que su presencia parecía flotar en el aire.

—Me has entendido muy bien. ¿Es verdad?

—¿Cómo puedes pensar eso? ¡¿No ves que lo que quieren es ponerte en mi contra?!

Se quitó los zapatos de tacón y la chaqueta. Se había puesto un vestido rojo, muy llamativo, con un gran escote que dejaba ver bastante carne. Nerea es de esas chicas de ropa interior de encaje y satén. De corpiños con lazos complicados de desatar. Reconozco que me ponía muy borrico con aquel tipo de lencería, pero yo en eso soy muy simple, y la prefería mil veces vistiendo sólo una de mis camisas que toda aquella ropa que no dejaba nada a la imaginación.

—No me has contestado y quiero tu versión —me aventuré, como si ya supiera lo que pasó.

Se acercó contoneando las caderas y empezó a desabrocharme la camisa. Era gris y me la había regalado ella aquella misma tarde.

—Debió de entenderlo mal. Yo no dije que os dejé solos para ponerlos a prueba. Dije que habíais tenido suficiente tiempo a solas y que si no pasó nada fue porque no sientes nada por ella.

No la creí, y empezaba a ver el calibre de aquella pelea.

—Aquella noche vine aquí, hablamos y acabé besándola.

A pesar del maquillaje vi cómo se le encendían las mejillas de rabia, aunque cuando habló escondió muy bien sus sentimientos.

—Pero se ha ido y tú estás conmigo. No hay nada más que añadir. — Cuando fui a replicarle, sus labios se tragaron mis palabras y me besó con deseo—. Venga, vamos a la cama, que estoy agotada.

Fuimos, follamos como en una especie de reconciliación que fue basta, rápida y que me supo a poco, por no decir a nada. Ella se durmió *ipso facto*, pero no yo pude. Me levanté y anduve por la casa hasta que al final me colé en la habitación de Manuela.

Recordé las veces que la había llevado en brazos a la cama, como la noche de su cumpleaños, cómo le bajé la cremallera y recorrí con el dedo su tatuaje... El cabecero seguía allí, solo, como un fantasma oscuro, cargado de toda la esencia de ella. Me tumbé y acaricié el hierro. Me la imaginé escribiendo, pensando en mí, y lo que no consiguió Nerea mientras estaba dentro de ella, lo consiguieron esas fantasías: excitarme. De un salto me puse en pie, salí de allí y me fui al comedor. Allí amanecí.

Tanga rojo y vida nueva

Dicen que la hora más oscura es justo antes de amanecer. Yo sentí que el hoyo en el que me encontraba cada día era más oscuro y más hondo. La pena se alimenta de la pena y poco a poco te consume. Por suerte, aunque en la distancia, tenía gente que cada día se preocupaba por mí y me recordaba que todo pasa. Menos Nerea. De ella no había sabido nada. Yo tampoco me puse en contacto. Mi comportamiento no había sido ejemplar, pero como mínimo no busqué hacer daño intencionadamente. Puede que fuera sólo un cuento que me contaba para disminuir la culpa, pero sentía que yo tenía muchos más motivos para no querer hablar con ella.

Mis padres me contaron que pasó las fiestas en casa y que se comportó como un perro faldero con su madre. Mi padre me soltó que hasta temía quedarse sola con alguno de ellos. Y es que les conté todo lo ocurrido el día antes de irme. Todo. Si sabían lo que pasó sería más fácil entender que no quisiéramos vernos ni hablar. Fue al día siguiente de llegar a Nueva York y en esa charla también estaba Eric, que, al enterarse, se puso en pie y empezó a maldecir.

—Niña caprichosa, malcriada... —soltó mi padre.

—Miserable. ¡Será mezquina! —exclamó mi madre.

—No lo entiendo, de verdad —admitió mi hermano—. Los tíos somos más de arrebatos, de venganzas en caliente. ¿Qué os corre por las venas a las tías? Hay que tener la sangre muy fría para planear algo así. ¿Qué pretendía con ello? Yo te lo diré: hacerte sentir culpable por el resto de tu vida. Hay que ser malvada, coño.

No había sabido nada de Nerea, pero tampoco de Abel. Que no lo esperaba, pero soy tan estúpida que la ilusión de un mísero mensaje sí estaba presente.

Pasé días encerrada en aquella habitación, sin hacer nada más que mirar por el ventanal, con la vista perdida igual que la mente. Las horas pasaban sin darme cuenta. Ni de noche corría las cortinas, me gustaba la sempiterna luz de la ciudad de noche. Pero llega un día en el que, sin saber muy bien cómo, acabas cruzando la tierra y llegando a un nuevo mundo. Ni mejor ni peor. Sólo nuevo. Una página en blanco que esperaba impaciente llenarla de vida.

Siguiendo mi tendencia por los refranes, como dicen los ingleses: «*No rain, no flowers*». Si no llueve, no hay flores. Nada florece. Y yo empecé a germinar con la llegada del nuevo año. El día 31 amanecí con las fuerzas renovadas. A las ocho de la mañana ya estaba en la cafetería del hotel tomando unos huevos revueltos y un plato de fruta fresca. Salí a correr, crucé el puente de Brooklyn y troté unos kilómetros por el parque mientras hacía una lista mental de los propósitos para el 2017. Por raro que parezca, sólo tenía un objetivo: disfrutar cada día de esa nueva etapa de mi vida.

«Tanga rojo y vida nueva.»

Pasé el resto de la mañana en una de las mesas junto a la cristalería del *lobby*, la cafetería del hotel. Era espaciosa, las paredes eran de vidrio, pero lo que más llamaba la atención era el techo, donde había un mural de Lee Quiñones. De fondo se distinguía un plano de la ciudad y, por encima, también dibujados, como si fueran fotografías hechas con una Polaroid, instantes de la vida callejera. Era sensacional.

Leí de nuevo todo lo que tenía escrito sobre Candela e hice algunas anotaciones; me faltaba poco para acabarla, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. La inspiración se había esfumado. Bueno, esfumado para la historia romántica, porque la narrativa sobre el banco del parque iba viento en popa.

Sobre las doce del mediodía, Eric me llamó. Sólo con oír su voz ya lo noté exultante, y poco después supe el motivo. Me mandó una foto de él con una

chica pelirroja, junto con *Tramuntana*, su perra.

—¡¡Oh!! ¿Y ella es?

—Lara. Quedamos el día 28 a las cuatro de la tarde. —Sonreí al oírlo. Si yo soy de letras, mi hermano es de números, y siempre retiene ese tipo de datos. Cualquiera diría: «Quedamos el miércoles por la tarde», pero él especifica el día de mes y la hora.

—¿Una cita el Día de los Inocentes? —bromeé.

—Sí, macarra. Pero nada de bromas, le había hablado tanto de las cabras y todo eso que le picó la curiosidad y la invité a venir. Estuvimos muy a gusto, tanto que la noche se nos echó encima y, bueno..., se fue ayer.

—¿Ha estado ahí dos días? —dije sorprendida. Mi hermano era cada día más ermitaño, y el contacto de la gente lo evitaba siempre que podía.

—Sí —admitió con la boca llena de felicidad—. Y te prometo que ya la echo de menos.

—¡Eric, me alegro tanto por ti!

—No te precipites, sólo nos estamos conociendo, pero bueno, su forma de pensar y ver la vida es muy parecida a la mía. Me gusta mucho. Y, bueno, como ella tampoco es de fiestas ni aglomeraciones, dentro de un rato subirá otra vez.

Hablamos un poquito más, le conté que el hotel hacía una especie de cena-celebración y que me había apuntado. Por los pasillos se veía gente bastante joven y con ganas de celebrar la llegada del nuevo año por todo lo alto. Mi humor ese día era un viaje tras otro en el Dragon Khan de Port Aventura, a ratos estaba eufórica y a ratos me entraba la soledad, que intentaba ahuyentar como podía.

—Me lo dijo mamá. Me alegro de que te atrevas. Tres cosas impiden avanzar: orgullo, miedo y pena.

—Tengo las tres, pero las superaré. Estoy en ello. —Oí ruido, como un bocinazo.

—Es ella. Esta aquí —dijo, y en su voz noté nerviosismo—. Intentamos

hablar más tarde. Y como cantaban los Beatles: «Coge esas alas rotas y aprende a volar».

Fui a comer a un restaurante italiano, Bacco, que estaba justo al lado del hotel. Mientras comía una lasaña de verduras, la mejor que he probado en mi vida, cogí los apuntes para el máster y les di otro repaso. Reconozco que, aunque le tenía muchas ganas a aquel curso, me daba miedo no estar a la altura. Era un país nuevo, la universidad, todo en inglés, aunque el idioma no fuera un problema para mí..., la psicología y sus tecnicismos me estaban costando. Al salir, tuve una idea y me acerqué a una de las tiendecitas que había dos calles más allá. Casi ni me dio tiempo a llegar a la habitación que el móvil empezó a sonar. Había quedado con las chicas en que nos llamaríamos ese día vía Skype, ellos estarían todos en casa de Elsa y Quim. Ahh, cómo me odié por robarme aquella noche con todos ellos como llevaba haciendo tantos años, ¡qué rabia me entró!

Cuando les conté el encontronazo, dos días después, Ivet me llamó. Estaba molesta y muy cabreada con Nerea, tanto que estaba a punto de presentarse en el piso y decirle cuatro cosas. No obstante, la detuve, no quería más peleas. Entendía que el comportamiento de mi prima hiciera emerger un odio hacia ella, pero no quería más malos rollos. Por eso le pedí que, por favor, mantuvieran la cena igual, que disfrutaran y que intentaran que no les afectara lo que pasaba entre dos primas. Con reticencia, aceptó.

Les conté las pocas novedades y ellos me comentaron que habían contratado el *catering* para la cena y que estaban empezando a organizarlo todo. Los cuatro se veían muy guapos, y aunque sonreían, los conocía lo suficiente como para saber que estaban incómodos. Entendí que me tocaba a mí ser la payasa de turno que destensara el ambiente y demostrarles que no pasaba nada, que estaba bien. Así pues, les enseñé lo que había comprado: uvas. Todos estallaron en carcajadas y los imité.

—Venga, ¿me acompañáis? No pienso empezar el año sin ellas. ¡En algún lado deben de ser las doce de la noche!

Enseguida vi que Guillem trasteaba en su móvil.

—En YouTube tiene que haber las campanadas de algún año.

Elsa se puso en pie y tiró de la mano de Ivet.

—Ayúdame a preparar uvas. Creo que hay suficientes.

—Yo voy a por una botella de cava —añadió Quim—. Nola, tienes con qué brindar, ¿verdad?

Les enseñé lo otro que había comprado. Un Moët Chandon para mí sola. Veinte minutos después, estábamos todos con la boca llena de uvas, riendo y deseándonos un buen año.

—¡Sois los mejores! —grité emocionada.

Elsa se puso a llorar, les echó la culpa a las hormonas, yo la imité acusando a la distancia, e Ivet dijo que aquello sólo tenía un culpable: Abel. Oír su nombre hizo que un escalofrío me recorriera de arriba abajo la columna vertebral, y me estremecí. Tragué saliva e intenté que no se notara cómo me afectaba.

—Lo siento, yo... no quería...

—No pasa nada —dije interrumpiendo a la Dalai, que se dio cuenta de mi estado—. Sólo es cuestión de tiempo.

Tiempo. El que todo lo cura y nos hace pacientes. El que tiene la respuesta a todas las preguntas y con ello nos hace más sabios. ¿Sabíais que en los rituales las palabras que pronunciamos sólo son una forma de marcar un tempo? Da igual si dices luna o mar, si nombras a la diosa o al pecado, sólo sirven para darle al conjuro el tiempo que requiere para hacer su efecto. Murakami escribió: «El tiempo también desempeña su papel, y éste lo hace con mayor fidelidad y precisión que yo». Y mi papel era esa palabra tan bonita —y complicada de pronunciar, al menos para mí— que se ha puesto de moda: resiliencia. La capacidad del ser humano para adaptarse positivamente a situaciones adversas.

Resiliencia

Somos el resultado de lo que hemos vivido. Somos la huella de todas las risas que hemos lanzado al aire y el polvo que nos queda de todas las caídas. Somos cómo nos levantamos y afrontamos el siguiente paso. Somos aciertos, como también errores. Con nuestros miedos que nos hacen dudar, con nuestros sueños que nos hacen levitar. Todo forma parte de lo que somos. He aprendido que la sabiduría no es algo que vaya implícito en la edad, no es un «Cuanto más mayor, más inteligente»; no, sería más: «Cuanto más vives, más sabio eres». Hay personas que nacen con la capacidad de absorber la inteligencia de los demás. Escuchan, aprenden..., son más sensatos. Otros somos mucho más necios y necesitamos vivirlo, experimentarlo en nuestra piel para entenderlo. Caer cien veces para levantarse ciento una para aprender. Somos más... imprudentes. No es mejor lo uno que lo otro, son diferentes formas de afrontar la vida. Por eso los consejos de los demás, a veces, sirven de tan poco. Y yo esa lección la aprendí muy estilo a la vieja escuela: «La letra con sangre entra».

Whitstable, en concreto, y todo el condado de Kent me enamoró a primera vista y tuve la sensación de que, si había un solo lugar donde empezar y sentirme en casa, era allí. Y no me equivoqué. Llevaba unas tres semanas en Inglaterra y ya sentía que pertenecía a aquel lugar. En pocos días me di cuenta de que aquello no era una huida ni nada parecido a un destierro. Era como un retiro espiritual que me hizo encontrarme con una Manuela desconocida. Cada día iba descubriendo un poco más de esa otra parte de mí. Era un proceso lento y solitario, pero en la soledad encontré mi aliada. Afronté la soledad sin

miedo y me hice amiga del silencio, convirtiéndolo en mi mejor confesor, y, por raro que parezca, en ese silencio aprendí a escuchar muchas de las respuestas que esperaba. Sentía un poco de vértigo cuando miraba atrás, habían pasado tantas cosas, pero poco a poco las iba asimilando. Aceptándolas.

El avión había salido de Nueva York a las dos de la tarde, y por esas cosas de la diferencia horaria, a las cinco y diez aterrizaba en Londres. Siete horas de vuelo que las pasé nerviosa e ilusionada como una niña pequeña. No hacía más que imaginar el estilo de vida tan distinto que llevaría a partir de ese día. Al salir del aeropuerto, James y Margaret ya me esperaban como me habían dicho por teléfono. Aunque les dije que no hacía falta, insistieron. Fueron muy simpáticos y el viaje en coche hasta Whitstable, de una hora y poco más, se me pasó en un suspiro. Hablamos de Nueva York, pero sobre todo de la estancia, mínima, de siete meses que pasaría con ellos. El tiempo no acompañó y una ligera lluvia nos escoltó durante todo el camino, además, al llegar se le sumó la niebla. Fue la bienvenida que me dio el clima inglés, muy a su estilo, vamos.

Gracias a las fotos que James me había enviado por correo, la casa era como me esperaba, claro que le faltaba la calidez de la chimenea y el olor a caldo y a especias que nos recibió. Charlotte resultó ser una mujer seria, pero muy amable. Era menuda, con unos ojos azules de haber visto muchos amaneceres y el pelo blanco recogido en un moño; se movía con un bastón. Os lo confieso, me hizo pensar en la abuelita de Caperucita Roja. Era una mujer de pocas palabras, menos cuando hablaba de libros. Era una gran fanática de la literatura de su país, sobre todo de Mary Shelley y de su obra *Frankenstein*.

Eran poco más de las ocho y media de la noche cuando nos sentamos a la mesa. Charlotte se excusó porque no me dieran tiempo ni de ver la habitación: «Margaret luego te la enseña y te lo explica todo con detalle. Prefiero cenar ya e irme a la cama».

James se fue poco después y Margaret, como hija de la anfitriona, fue la

que me acompañó al primer piso mientras me contaba que había decidido quedarse a dormir aquella noche para, al día siguiente, poder enseñarme un poco el pueblo y la parada donde coger el bus para ir a la universidad. Me sentí halagada por cómo se volcaron en facilitarme las cosas.

—Es una casa vieja, pero la hemos ido renovando poco a poco.

Me enseñó la parte de arriba, que correspondía a mis aposentos. La verdad es que era más bonita de lo que reflejaban las fotos. La habitación en sí no era muy grande, la cama era de esas de cuerpo y medio, una mesilla con una lámpara antigua de lágrimas de cristal, un viejo armario con patas, de doble hoja con espejo, y una cómoda preciosa. Todo había sido restaurado, barnizado en un tono de madera oscuro, color cerezo, con pinceladas en verde esmeralda. Margaret me contó que era trabajo suyo; era marchante de arte y en su tiempo libre le gustaba trabajar en viejos muebles.

—Te han quedado preciosos. Yo... —dudé si seguir, pero al final me animé — encontré una vieja verja, la lijé y pinté y la tenía a modo de cabecero.

—He visto algunas ideas por el estilo y queda fenomenal. En el garaje tienes todo lo que puedas necesitar si te animas con un mueble.

—Gracias, pero soy muy poco mañosa.

En uno de los lados, había una salita, sin puerta, con el mismo papel floreado que la habitación, en tonos verdes y amarillos pálidos. Allí había una mesa color roble frente a la chimenea y junto a la ventana —donde ya me veía escribiendo— y un sillón doble de piel. El techo era abovedado, de madera oscura. El conjunto tenía un aire anticuado, pero reformado con mucho encanto. En la otra pared, una minicocina, con microondas, un hervidor, un hornillo y una nevera de las bajas. Era suficiente para mí. Además, Margaret me dio permiso para bajar y utilizar el horno o guardar lo que quisiera en el congelador.

Aquella primera noche me costó coger el sueño, a mi cuerpo le costaba ubicarse y las emociones no ayudaban. Cuando a la mañana siguiente vi que las ventanas daban al mar, sonreí feliz. Bajé dos horas más tarde; al pie de la

escalera me topé con Margaret, que ya me esperaba en la puerta para enseñarme la ciudad con dos bicis.

—Puedes cogerla siempre que quieras. Fue el regalo de James al cumplir los cuarenta. Nos prometimos que cada vez que viniéramos nos moveríamos con ellas, pero ya te aseguro que, en estos cinco años, creo que las hemos utilizado unas dos veces, tres, como mucho.

Y así, riendo y pedaleando, nos acercamos al centro de la ciudad. En verdad, era más un pueblo grande. Me dijo que era un sitio bastante turístico donde la gente se acercaba a comer marisco, sobre todo ostras. Conocido por la playa y el puerto, y la galería de arte. «La lleva una amiga mía, Kate; pásate cuando quieras», me dijo. A las dos y media cogía el primer bus para ir a la universidad desde la parada más cercana a casa, la Library.

A partir de ese día empezó mi nueva vida. Una en la que descubrí que el sol sale muy temprano, sobre las cinco, y que por tanto el café viendo amanecer implicaba despertarse antes de lo que esperaba. Y en la que me vi obligada a comprarme una chaqueta resistente al agua y con capucha, con la que afrontar la lluvia, porque si esperaba a que amainara para salir, lo tenía claro.

Los horarios de las clases eran muy cómodos: los lunes, de dos a cinco de la tarde. Martes, ninguna. Miércoles, de cuatro a seis; jueves de una a tres y viernes de una a cuatro. Éstos eran los de invierno; en verano aún se reducían más. Eso me permitiría tener las mañanas libres, estudiar, escribir, y tiempo para conocer cada rincón de esa zona.

Aquella mañana de finales de enero bajé la escalera de dos en dos. Llevaba zapatillas, los *leggings* de invierno, una camiseta térmica y debajo otra de tirantes.

—Buenos días, querida —me saludó Charlotte al verme entrar en la cocina.

Se había vuelto una costumbre; al principio desayunaba sola arriba, pero un día me invitó a hacerlo con ella. «Es tontería estando las dos en casa, baja siempre que quieras.» Y lo hice, aunque sólo para el desayuno, el resto de las

comidas no solíamos coincidir. Ella era de las británicas, puntuales, de a las doce el almuerzo, a las cuatro el té y a las siete la cena.

—Buenos días. —Me acerqué y le di un beso en la mejilla. El primer día que lo hice se quedó tan sorprendida que hasta me excusé.

Sí, los españoles somos muy besucones y ellos unos estirados, pero, aunque sólo sea un beso, ese mínimo contacto con otra persona es importante, o al menos yo lo necesitaba. Una cosa es hablar, y otra una caricia tierna.

Me fui hasta la cocina y empecé a preparar el *porridge*. Me enseñó a hacerlo al estilo de su madre, con avena, una buena miel de romero y el ingrediente secreto que utilizaba su familia: leche de almendras.

—¿Es este fin de semana cuando vienen tus amigas? —me preguntó entre cucharadas de gachas.

—Sí. —Aplaudí emocionada. Era martes, pero el viernes llegaban Ivet y Elsa para pasar el fin de semana las tres en Londres—. Tengo tantas ganas de verlas.

Entre nuestras charlas matutinas solía contarle cosas de ellas y de mi familia, que ya conocía de haber hablado con ellos a través de una videollamada.

Estábamos terminando cuando llegó Fiona, la mujer que la atendía. Yo recogí las cosas y después de ponerme la chaqueta y el gorro, estaba lista para el paseo.

—*Elizabeth, Darcy*. —Los dos perros ya me esperaban en la puerta, ansiosos.

Los primeros días les costó, no andábamos ni un kilómetro y ya los tenía a los dos agotados, pero cogieron rápido la forma y los paseos cada vez eran más largos. Eso sí, el resto del día que nadie osara apartarlos de espachurrarse sobre la alfombra delante de la chimenea.

Aunque me haya criado en un pueblo de montaña, el mar tiene un efecto de sosiego en mí, me absorbe las malas vibraciones, equilibrándome y dándome paz. Y si el Mediterráneo me tenía enamorada, el mar del Norte me sedujo

desde el minuto uno. El paisaje me encandilaba cada día. Las grandes playas, con divisores hechos de muros de madera o guijarros, el cultivo de ostras que se dejaba ver con las mareas, las *huts* —las pequeñas casas de los pescadores—, el salitre impregnado en el aire, el ruido de brisa silbando entre los mástiles desde el puerto..., tenían un encanto especial. Un decorado que enamoraba sin importar el tiempo. El mar batido, los días grises, el sol acariciando el suave paisaje o la bruma matinal dando el toque místico... Parecerá mentira, pero tenía la sensación de que allí el cielo era aún más grande. He visto anocheceres en Cancún, en el Mediterráneo, pero como los de Whitstable ninguno. Y es que, a pesar de estar en la costa este, la orientación de su playa hace que puedas ver la puesta de sol sobre el mar. Simplemente espectacular.

Hay una frase que profesa que la clave de la felicidad es la mala memoria. Pero como no era mi caso —para nada en absoluto—, tenía que buscar otros caminos; mejor dicho, convivir con aquellos recuerdos que se negaban a abandonarme. Cuando vives una faceta de tu vida, como la que yo atravesaba entonces, te das cuenta de que hay un hilo invisible que enlaza cosas que, a priori, no tienen nada en común. Por ejemplo, un día estaba pelando cebollas y lo recordé a él en la cocina; o cómo, dando un paseo en bici por la playa al anochecer, al ver el vuelo de un cormorán con sus alas negras, me vinieron a la mente las que Abel tenía tatuadas en la espalda. Otra curiosidad era que el café que me tomaba al levantar siempre lo hacía frente a la ventana, y sentía un extraño hormigueo en el meñique como el que despertaba el roce de nuestros dedos. Todo eran pinceladas de un pasado tan latente y vivo que cualquier nimiedad hacía que subiera a la superficie. Viajar al pasado se puede, yo lo hice infinidad de veces.

Puede que cueste de entender que algo tan fugaz pudiera haber sido tan intenso y tan loco. Pero lo fue, y si bien estaba aprendiendo a vivir sin ello, Abel seguía allí conmigo. Él y los recuerdos, que parecían estar empeñados en pelear contra el tiempo, incapaces de rendirse ante él y diluirse en el olvido.

Confieso que el calor que me producía volver a aquellos momentos vividos llegaba a mitigar un poco ese dolor agudo que a veces me pinzaba el corazón muchas noches. A pesar de ello, cada día, antes de abrir los ojos y afrontar un nuevo día, despertaba con una sonrisa.

Los primeros días me dije que lo único que buscaba al recordar aquellos errores era no volver a cometerlos, pero, cuando eso ocurría, un segundo después oía una carcajada enorme en mi interior que me decía que volvería a hacerlo. Volvería a caer en la misma trampa. Aunque significara volver a sufrir, porque ello comportaba volver a sentir intensamente. Eso es lo que yo entiendo por vivir. Arriesgar y aceptar las consecuencias.

Pero como he dicho antes, había encontrado un equilibrio, la sensación de que volvía a tener mi vida en marcha en un nuevo rumbo que me hacía feliz. El ritmo de vida me había cambiado muchísimo. Nada del jaleo de la ciudad, de aglomeraciones ni de prisas. El pueblo ayudaba a ello. Todo iba a cámara lenta, como yo. Durante las horas libres que me dejaba el curso, escribía y, sobre todo, disfrutaba del placer de estar sola.

Eric tenía toda la razón cuando decía que un viaje así te hace aprender mucho de ti mismo. Porque pronto me di cuenta de que aquel viaje no era como los otros que había hecho o que haré en mi vida. Whitstable no era un sitio de vacaciones, tampoco uno donde esconderme a lamerme las heridas, no era un lugar de paso, era un refugio donde siempre me sentiré en casa.

London

Secret Nation cantando *Tonight* me acompañó en el camino entre la estación de Saint Pancras y el hotel. Habíamos escogido uno con habitación triple que estaba situado en uno de esos edificios victorianos tan característicos de Londres y que como clones se multiplicaban a lo largo de las calles. Fue verlos y pensar en Mary Poppins al distinguir sus chimeneas.

Lo que no esperaba al abrir la puerta de la habitación es que Elsa e Ivet estuvieran allí. Al vernos, no sé quién de las tres gritó más. Las dos se pusieron de pie y se abalanzaron sobre mí.

—¿Que hacéis aquí? ¿Estás bien? —le pregunté a Elsa cuando nos separamos.

—Sí, sólo necesitaba una siesta. Se me están encogiendo los pulmones, al contrario que la barriga. Voy a ser una barrigona total.

—Estás preciosa.

—Lo sé. —Me sacó la lengua y estallamos en carcajadas.

Acabé de entrar en la habitación y cerré la puerta tras de mí, dejando la maleta a un lado.

—Veinte días habéis tardado en aparecer —dije con sorna.

—Llevas más de un mes fuera. Ya no aguantaba más sin verte —me contestó Ivet.

—Yo también os echo mucho de menos —admití mientras me quitaba la chaqueta y el sombrero que me había regalado Elsa para Navidades.

—¡Pendón, sí que te ha sentado bien el destierro! Estás preciosa. Yo pensaba encontrar un fantasma —ironizó la Dalai.

—Me ves por Skype cada semana —repliqué.

—Ya, pero no es lo mismo.

Nos volvimos a abrazar, a gritar, y caímos las tres sobre la cama más cercana. El cuarto era grande, con una cama de matrimonio y una individual.

—Vas a tener que compartir cama conmigo.

—Si no hay más remedio. —Le di un cachete en el culo a Ivet y me fui al baño.

—¿La guía tiene algo planeado?

—Londres desde las alturas —dije, y al ver la cara de Elsa especifiqué sabiendo su temor—: Tranquila, no es el London Eye, es desde una terraza mirador que sé que te va a encantar.

—Vale, y merendar, ¿cuándo? —me respondió.

—Golosa —reí.

—He cumplido con la tradición del té de las cinco y las galletas cortesía que el hotel ha puesto. Eran de esas de mantequilla, estaban de vicio.

—Debo especificar que se lo ha tomado a las tres y media y se las ha comido todas. Sólo me ha dado el cacho de una para que la probara.

—Eh, que como por dos, ya veréis lo bonita que va a salir vuestra sobrina.

—¿Sobrina? —exclamamos Ivet y yo a dúo.

—Sí, nos lo han confirmado esta semana. Olivia.

Elsa se levantó el jersey y nos enseñó la barriga. Estaba de casi cinco meses. Al ser delgada, se le notaba mucho. Estiré la mano y se la acaricié. Por un momento me pregunté cuánto tiempo tendría que esperar para ser madre.

—Ay..., cómo la vamos a malcriar —bromeó Ivet.

—Es vuestro trabajo.

Media hora después estábamos en uno de los típicos autobuses londinenses, en la parte superior y en primera fila. Se estaba poniendo el sol cuando llegamos a Sky Garden.

Ellas habían estado ya esa mañana en esa zona de la City. Su avión había aterrizado sobre las diez, pero yo tenía que ir a clase, así que hasta la tarde no

pude reunirme con ellas. Les había sugerido que vinieran a la hora de comer y se acercaran hasta Leadenhall Market, un mercado cubierto precioso de los más antiguos de la ciudad. Está muy bien conservado y sigue manteniendo el toque victoriano. Ha sido el escenario de varias películas, entre ellas *Harry Potter*. Me contaron que, desde allí, se acercaron a la zona de Tower Bridge, donde comieron antes de ir al hotel a descansar.

El Sky Garden es un jardín situado en la planta número treinta y cinco de un rascacielos. La entrada es gratuita, pero hay que reservar hora con antelación. Las vistas desde allí arriba son increíbles, con una panorámica de trescientos sesenta grados de toda la ciudad. Allí mismo hay una cafetería en la que nos sentamos a tomar un capuchino mientras anochecía. Salió a colación que no habían visto a Nerea ni a Abel desde la noche de fin de año. Ellas no la habían llamado y Nerea tampoco había dado señales de vida.

—¿Sabes que tu prima no le contó la verdad sobre vuestra pelea? — empezó a decir Ivet—. Él no sabía nada de que os había puesto a prueba.

Me habían contado cosas de aquella noche, pero estaba visto que quedaban otras que no me habían dicho, supongo que era mejor cara a cara.

—¿Se lo contaste? —le pregunté.

—No. Es cosa suya. Abel estuvo incómodo toda la noche y, cuando bajó a tirar la basura, me fui tras él. Lo primero que me pidió fue que le dijera cómo seguías de la gripe. Le contesté que no tenía derecho a preguntar, que eras distinta de ellos. Porque estaba claro que él sabía muy bien lo que tú sentías y que el juego de Nerea de dejaros solos era patético. Me contestó que no entendía de qué le estaba hablando. Parecía completamente sorprendido. Hasta me dio pena, y antes de subir le conté que estabas mejor de la gripe y que esa noche pensabas salir.

—Os tengo que confesar que esperaba algún mensaje de él. Hasta hablé con Gervasi, pero de ellos, nada. Aunque supongo que es mejor así.

—Poco a poco. Lo estás haciendo muy bien.

—Eloi tampoco sabe mucho más; le recriminó que se comportara como un

cobarde y casi no se hablan. Y yo me siento culpable.

—Ah, no, eso sí que no —me zarandeó Elsa—. Basta de excusar a todos menos a ti, de perdonarlos y cargarte a ti con toda la culpa. Cada uno que apechugue con sus decisiones. Eloi es libre de decepcionarse por el comportamiento de su amigo, como nosotras con Nerea.

—Ya, bueno. Olvidemos el tema —pedí secándome la primera lágrima y la última—. Estamos aquí para disfrutar las tres.

Cortázar escribió: «Cada vez iré sintiendo menos y recordando más». Yo aún no había llegado a ese estado, porque seguía sintiendo igual, o más.

Al salir cogimos el bus y nos acercamos a Trafalgar Square y el Big Ben. Cenamos unas pizzas sentadas en un banco al lado del Támesis y luego volvimos al hotel, donde de la maleta saqué una sorpresa.

—Sentaos ahí juntitas —dije, y a continuación le di un paquete a cada una.

—¡Por fin! —exclamó Ivet al abrirlo y ver lo que era, sobre todo qué significaba.

En una de las librerías de la universidad pedí que me encuadernaran dos copias del libro de Candela y otras dos del relato del banco.

—¿Y esto? —preguntó Elsa desconcertada.

—Tengo que confesarte algo. Yo soy Emma Nuelles.

—Ya...

—De verdad. Es ella —insistió Ivet sin dejar de reír.

—Espera, espera —pidió la futura mamá, como si necesitara un segundo para asimilarlo, mientras tenía los ojos fijos en los documentos—. No lo entiendo, pero ¿por qué te escondes? Escribes genial.

—Eso le digo siempre yo.

—Siento no habértelo contado antes. Ivet lo sabe porque me emborrachó y se lo acabé confesando. No quería que nadie lo supiera y poco a poco se va conociendo.

—¿Eso quiere decir que por fin podré tenerlos firmados? —rio Elsa.

—Te los regalé todos yo. Directos de fábrica.

—¡Ay, no me lo puedo creer!

Siguió incrédula un rato más. Luego nos pusimos las tres a repasar las tantas tertulias que habíamos tenido sobre las historias que escribía.

—Eloi también lo sabe, se me escapó en la cama en una de las conversaciones. Y a Abel se lo confesé yo misma antes de irme. Y, hablando de eso, hay algo más que tenéis que saber de él... Yo... —empecé, pero no me atreví a decir nada del vídeo, así que modifiqué un poco la verdad—, poco después de mudarme, al tirar el viejo armario, encontré un sobre con fotos. En ellas salía Abel, con Marta, una ex, y me gustó nada más verlo.

—Ostras... —balbuceó Ivet.

—Tenías razón cuando decías que te recordaba a Bernardo, o que en éste —dije señalando la historia de Candela—, que Iván tenía gestos de Abel. Estaba enamorada de él antes de conocerlo, de una forma platónica.

—Hostia... —murmuró Elsa—. ¿Y él lo sabe todo?

—Sí —admití—. No quería más mentiras. Por eso hui la noche en el Mixturis cuando Nerea lo llevó para que lo conociéramos. Fui al baño y, al salir, estaba allí y yo no pude..., me chocó tanto verlo...

—Madre mía, por lo que has pasado. Y todo en silencio... Puedes contar con nosotras, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Elsa, pero se fue haciendo más grande y no lo pude controlar. Y me daba vergüenza...

—¡Madre mía, y decías que mi historia con Guillem era de libro!

—La mía no tiene final feliz —carraspeé antes de seguir—. Bueno, volviendo a los libros. He terminado con Candela. Y éste es una historia corta, de unas ciento treinta páginas. Es muy distinto, surgió en Nueva York y necesitaba escribirlo. —Del bolsillo trasero de los vaqueros saqué dos bolígrafos rojos con un lacito de adorno—. Todos vuestros.

—Yo no sé si voy a saber hacerlo. ¿Qué esperas de mí? —dudó Elsa.

—Que lo leas y me cuentes tus sensaciones. Frases que veas que no encajan, palabras... Pregúntale a Ivet, que es quien ha hecho de lectora cero

en los últimos.

—Zorronas, ¡qué callado os lo teníais! Yo esperando el libro nuevo y lo tenía al lado...

—Perdóname.

—Anda, es una tontería. Pero me alegra saberlo. A Quim se lo puedo contar, ¿no? No sé tener secretos con él.

—Claro. Él forma parte de mi círculo más cercano, aunque también te digo que no lo saben ni mis padres.

—Sobre lo que has dicho de Abel... —empezó Ivet.

—Nada. No quiero hablar de él. No más secretos, pero tampoco más tortura.

Me levanté y empecé a ponerme el pijama dando por zanjada la conversación. Las dos me copiaron.

—Yo no resisto a llegar al avión para empezar a leer —dijo Elsa, recostándose en la cama individual con el libro. Cinco minutos después, ya estaba roncando.

Nosotras también nos acostamos y dejamos encendida sólo la luz de una lamparita.

—Bendito embarazo —admiré divertida.

—¿No duermes bien? —preguntó Ivet.

—Hay días de todo. Pero reconozco que, a la hora de conciliar el sueño, cuesta.

—No huyas como siempre, dime cómo te sientes —insistió preocupada.

Me levanté y me acerqué a la cómoda, donde había una botella de agua y una de las cajas de galletas Princesa que me habían traído de regalo. Volví a mi lado de la cama y comí algunas antes de hablar.

—¿Qué quieres oír? ¿Que por mucho que lo intente no puedo olvidarlo? ¿Que me duermo recordando su voz, el beso y cada puto momento compartido? ¿Que me duele? Sí, es verdad. Pero también lo es que estoy bien sola, me gusta la vida que llevo. Me hace sentir bien y es mucho más de lo que podía

esperarse de este viaje. Reconozco que huyo de la gente que se me acerca en el curso, no estoy preparada para nuevas amistades u otra cosa...

—No te impongas nada. Tómate tu tiempo.

—¿Y Guillem y tú?

—Muy bien. —Sonrió enamorada—. Creo que es el definitivo. Cuanto más lo conozco, más me gusta. Es, no sé..., ese todo que hace que tu vida sea plena.

Me habló de las fiestas navideñas donde se conocieron ambas familias. Y que cada vez pasaban más noches juntos. La vi exultante, la verdad.

—Esto acaba en boda.

—Uff..., no sé yo.

—¿Qué es lo que no sabes? —pregunté desconcertada.

—Aún es pronto, pero no sé. Yo siempre he querido casarme, pero él... dudo que quiera volver pasar por ello en vista de cómo salió.

—¿Lo habéis hablado?

—Nunca. Me da cosa sacar el tema. Siempre hace alusiones a un futuro juntos, como cuando habla con su sobrino Biel, y se refiere a mí como la tía, pero no sé..., si pienso en ello me pongo nerviosa.

—Pues si te sientes así, será mejor que lo habléis y dejes de darle vueltas. Que sepas a lo que te enfrentas.

—Que la decisión la tengo clara, ¿eh? —admitió con una débil sonrisa—, si es entre boda o Guillem, lo elijo a él.

El sábado por la mañana, a petición de Elsa, nos acercamos con el bus hasta la catedral de Saint Paul. El día se levantó encapotado y lluvioso, pero eso no nos impidió disfrutar de la ciudad. Al salir, cruzamos la calle y entramos en la cafetería Soho, donde probamos el mejor capuchino que he tomado en mi vida, y un cruasán de almendras que estaba delicioso. Y eso que

en el hotel habíamos comido un típico desayuno inglés, con huevos, beicon, salchichas y judías. Pero Elsa tenía hambre y nosotras, aquel fin de semana, parecía que también estábamos embarazadas y famélicas todo el día.

El resto de la mañana fuimos de tiendas. ¡Si hasta habían facturado una maleta con esa intención! Tengo que reconocer que nos volvimos un poco locas en la sección de bebés, donde compramos un montón de ropita para Olivia. Salimos cargadas de bolsas. Me compré una chaqueta de entretiempos; entretiempos para Inglaterra, pues, a los dos días de estar allí, me di cuenta de que lo que yo consideraba de invierno para Barcelona allí era de primavera. Comimos en un restaurante en Chinatown y por la tarde me tenían una sorpresa: entradas para el musical *El rey león*. Fue el regalo de Navidad de ellos. Nos encantó a las tres. Al salir paseamos por Leicester, hasta Covent Garden, donde compramos la primera muñeca para Olivia, y, de allí, hasta la mítica plaza de Neal's Yard. No podíamos terminar nuestro fin de semana londinense sin ir a Notting Hill, adonde fuimos el domingo por la mañana, y en una de las tiendecitas nos compramos un colgante con un reloj de los antiguos. A las tres de la tarde nos despedíamos en la estación de tren. Fue duro volver a decir adiós, pero, como mínimo, sabía lo que me esperaba y ya no tenía tanto miedo como en diciembre.

Whitstable

Era miércoles, y, después de la carrera con los perros, me fui con la bici hasta el pueblo y me acerqué a Tea & Times, una de las cafeterías que me recomendó Margaret. Estaba situada en la calle principal, con la fachada pintada en azul y la parte superior de ladrillo visto. Me gustaba, tenía un ambiente acogedor, sobre todo la parte de arriba, donde había una sala con chimenea, mesas y un sillón de piel marrón que, si tenías la suerte de pillar libre, era para sentarse y dejar pasar las horas. Estaba revisando las anotaciones que me habían enviado desde la editorial. Les habían gustado los dos proyectos, pero el del banco, al ser otro género que nada tenía que ver con la romántica que llevaba Andrea, se lo pasó a un compañero suyo, Hugo. Éste me contó que el libro le parecía muy bueno y que querían publicarlo. Y allí estaba, revisando lo que me habían enviado los correctores.

Elsa estaba encantada con su nuevo trabajo de lectora cero, y tenía muy buenas sugerencias que había aprovechado. Ivet se reía diciendo que le iba a quitar el puesto de *Miss bolígrafo rojo*. Como os decía, estaba en la cafetería sentada a una de las mesas al lado de la ventana, sumergida en las correcciones del libro del banco, cuando me sonó el teléfono. Era Muriel. Después de saludarnos y ponernos un poco al día, me soltó:

—Me he vuelto vidente.

—¿Qué dices? —reí.

—¿Quieres una prueba?

—Adelante —dije apurando el té.

—Sé dónde estarás dentro de dos meses.

—¿Te sabes mi agenda?

—En un hotel de Barcelona, viendo cómo me caso con la mujer más maravillosa de este universo.

—Ohh, ¡enhorabuena! —exclamé demasiado alto y muchas de las miradas de los clientes que estaban allí se posaron en mí—. Me alegro muchísimo por vosotras. ¡Al final has convencido a Lía!

—Queremos ser madres y vamos a por todas. Ahora en serio, nos gustaría que estuvieras con nosotras.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Es el sábado 1 de abril. Luego te paso un *e-mail* con la invitación y todos los datos. Si quieres, puedes traer acompañante.

—Lo dudo...

Había hablado con ella y con Lía para fin de año y las tenía al corriente de todo. Me preguntó cómo estaba, cómo me iba el máster, y seguimos charlando un rato más.

Al volver a casa me encontré a Charlotte sentada en su sillón, bajo la cálida luz amarillenta de una lámpara, leyendo un libro. Era una persona antitelevisión. Sólo la veía cuando emitían películas antiguas del Oeste. Decía que era un invento del demonio que se alimentaba de cerebros. Me recordaba a mi abuelo Tomás, porque a él tampoco le gustaba la tele. Cada mañana, después de desayunar con su mujer, mi abuelo se iba hasta el centro del pueblo, se tomaba un café en el mismo bar de siempre, compraba el periódico, daba un paseo por el lago y volvía a casa. Era un hombre de rutinas, pero supongo que cuando se llega a una cierta edad es reconfortante sentir que cada día puedes ir repitiendo esas nimiedades.

—Vienes contenta.

—Unas amigas mías acaban de llamarme para invitarme a su boda, será a principios de abril.

—¿En Barcelona?

—Sí.

Sentándome en el sofá, le conté cuatro cosas de ellas. Cómo conocí a Muriel en la carrera. El salón de tatuajes de Lía. Al nombrarlos, me preguntó si tenía alguno y me subí el jersey y la camiseta a la vez para enseñárselos.

—Me gustan las mariposas. Parecen especiales —dijo mirándome a los ojos.

—Lo son. Son el motivo de que esté aquí. —No añadí más porque noté cómo se me quebraba la voz y ella no insistió, sólo afirmó con la cabeza y sonrió con ternura.

—Fiona te ha guardado un poco de la dorada al horno que ha hecho..., y tienes carta.

—¡Ohh! —Corrí hasta el mueble recibidor de la entrada. Era de Queta.

Me fui a la cocina de Charlotte y me serví. Fiona, sabiendo cómo me gustaba el pescado, siempre preparaba un poco más para mí. Con el tiempo me di cuenta de que las dos me mimaban como si fueran mi madre o mi abuela. Era reconfortante sentir que había gente dispuesta a preocuparse por ti sin esperar nada a cambio.

Cogí una bandeja con el plato de pescado, los cubiertos y el agua y me fui a su lado a comer. Nos hacíamos compañía mientras le contaba lo que Queta me había escrito.

Al principio eran siempre postales, pero pronto se convirtieron en cartas que solían tener entre dos y tres páginas llenas de anécdotas del barrio y de las historias con su hermana. Era como estar en el quiosco con ella. Y siempre, siempre, dentro de la carta había una piruleta.

Me sorprendía la velocidad a la que pasaban los días; era como si en Inglaterra, en lugar de ir a una hora menos, todo fuera a horas de más que se consumían en microsegundos. Tres semanas después, un sábado, cuando volvía del paseo matutino con *Elizabeth* y *Darcy*, al acercarnos a casa, los vi salir

corriendo hacia allí. Pensé que serían James y Margaret, que habían venido a pasar el fin de semana, pero no, la visita que había en la puerta junto a Charlotte no eran ellos. Me costó reaccionar, pero cuando lo hice imité a los perros; sin ladrar, pero sí corriendo y gritando, me tiré a sus brazos.

—¡Sorpresa! —exclamó abrazándome fuerte. No podía creer que estuviera allí.

—Eloi —murmuré, apartándome un poco para mirarlo y convencerme de que era real, y después volví a enterrar la cara en su cuello y me eché a llorar.

—Eh, no era ésa la reacción que esperaba.

—¡Pero ¿qué haces aquí?!

—Llevo toda la semana en Londres por trabajo. Luego te cuento, pero quería venir a verte.

—¿Os apetece un té? —La voz de mi casera me hizo salir de aquel trance.

—Oh, disculpa, Charlotte —dije—; él es Eloi, mi mejor amigo.

—Ya nos habíamos presentado —me aclaró ella divertida.

—Oh, vale. Pues si quieres entra y tómate un té mientras yo paso por la ducha. Tardo cinco minutos.

No le di tiempo a contestar, y si lo hizo no me enteré porque ya estaba subiendo la escalera de dos en dos. Creo que es de las duchas más rápidas que me he dado en mi vida. Me puse el vestido que me había comprado en Londres con las chicas y que aún no había estrenado. Era de un color óxido, con motivos geométricos en tonos amarillos, medias opacas negras, como las botas altas. Me sequé el pelo y ni me molesté en maquillarme para no perder más tiempo.

Al bajar me los encontré en la salita, charlando animadamente. Cuando salimos a la calle y cerré la puerta tras de mí, volví a abrazarlo al tiempo que le daba un beso en los labios.

—Eres el mejor. Gracias por venir.

—Tenía ganas de verte, y estando tan cerca...

Lo miré absorta.

—Estás muy guapo, aunque pareces cansado.

—Ha sido una semana intensa.

Me pasó el brazo por encima de los hombros y empezamos a caminar. Fuimos hasta el centro de la ciudad, pero por la playa. Me explicó que habían tenido problemas con las obras: los estaban boicoteando. Materiales que no llegaban y, cuando lo hacían, alguien los robaba por las noches. Trabajos hechos que de un día para otro había que volver a hacer, planos equivocados... Un desastre, que poco a poco empezaban a solucionar.

—Esto es una maravilla.

—Sí, lo es. La verdad es que estoy contenta, me siento bien aquí.

—Se te nota, estás preciosa —afirmó besándome en la frente.

Aunque habíamos ido hablando por teléfono, le conté un poco mi día a día, mientras le enseñaba los rincones que más me gustaban de la ciudad. Acabamos comiendo en The Lobster Shack, un restaurante con vistas al puerto. Nos pusimos las botas saboreando langostas, ostras y una bandeja con una variedad de pescado y marisco con diferentes salsas para acompañar. En un momento dado, Eloi alzó su jarra de cerveza.

—Tenemos algo que celebrar —dijo haciendo una pausa para crear suspense—: La ha dejado. —Supongo que vio en mis ojos que no lo entendía, y añadió—: Abel y Nerea ya no están juntos.

—Oh. —No fui capaz de decir nada más.

No brindé con él, pero sí di un largo trago a mi cerveza. No sabía si me alegraba, si me entristecía o realmente me resbalaba la noticia, pero es que de verdad no me lo esperaba.

—Imaginaba que no lo sabías. Me llamó anteayer para contármelo.

«Hostias..., ¿ya no están juntos?»

—Me alegro de que entre Abel y tú se hayan solucionado las cosas — admití, aún desconcertada.

—No me gustó su comportamiento, pero cada uno es como es.

—Yo no sé si podré perdonar tan fácilmente a Nerea.

—Esa bruja es un caso aparte.

Seguía sin creerlo. Tanto, que a partir de ese momento me costó centrarme. Eloi pareció comprender mi estupor y me dejó mi espacio.

—Me has dejado sin palabras —dije rompiendo el silencio al cabo de unos minutos.

—Tranquila, es comprensible.

—¿Y qué tal está? —me atreví a preguntar por Abel, como quien no quiere la cosa, con los ojos clavados en los mástiles de los barcos que había en el puerto.

—Bien. Muy bien, la verdad. Tengo la sensación de que por fin ha visto quién era y cómo la estaba cagando...

«Pues sí que le ha costado saber con quién se metía en la cama...

»Y entonces ¿para qué tanto sacrificio? ¿Para qué me he ido?»

Pero no me gustó hacia dónde se me fueron los pensamientos y cambié de tema.

—Y tú, ¿qué tal con Serina?

Sonrió cómplice, entendiendo mi petición. Chasqueó la lengua y movió la cabeza de lado a lado antes de contestar:

—Las mujeres sois complicadas.

—Lo complicado es el amor, la vida —suspiré, haciendo morritos.

—Lo dudo. Creo que somos nosotros mismos quienes convertimos la vida en algo complejo. Sea por dudas, prejuicios, reglas autoimpuestas...

—¿Qué ha pasado?

Me contó que las cosas no iban como a él le gustaría. Entendía que el trabajo de ella no facilitaba la relación, que al ser azafata de vuelo se pasaba los días de un lado para otro sin casi tiempo para verse. Eloi lo sabía, pero eso no implicaba que a veces lo llamara tres veces al día y luego pasara casi una semana sin dar señales de vida.

Estábamos en los postres cuando se me ocurrió algo.

—Me han invitado a una boda el 1 de abril en Barcelona, ¿te apetecería ser

mi acompañante?

—¿En qué cae? —dijo al tiempo que sacaba el móvil y comprobaba lo que imaginé que era su agenda—. Podría combinarlo. Tengo que renovar el visado ese mismo mes. Será un placer acompañarte. ¿Quiénes son los novios?

—LAS novias —puntalicé—. Muriel es una compañera de carrera y su novia, Lía, mi tatuadora.

Brindamos por ellas y quedamos en que ya iríamos perfilando el viaje.

El día pasó tan rápido que sin darme cuenta estábamos de vuelta en casa, frente al coche de alquiler y despidiéndonos, porque él tenía el vuelo de vuelta a Orán para esa misma noche.

—¿Se te da bien conducir por la izquierda? —Yo aún no me había atrevido ni siquiera a probarlo.

—Sí, tengo experiencia. Pasé todo un verano en las Highlands. Dos parejas, una caravana. De ahí mi pasión por el whisky..., pero casi mejor te cuento eso en otra ocasión.

—¿Piensas dejarme con la intriga?

—Así tengo excusa para verte otro día.

—No necesitas...

—Lo sé —me interrumpió—. Sólo te digo que daría para una buena novela.

—Compraré una botella del mejor whisky escocés y un cuaderno para la próxima visita. No te voy a dejar escapar. —Me abracé a él como una lapa—. Me ha encantado la sorpresa. Gracias, Eloi, por estar siempre ahí.

—Para eso están los amigos. —Esa vez fue él quien me acunó el rostro con las dos manos y me besó de forma suave. No había nada morboso, sexo ni mucho menos amor en aquel roce de labios. Había amistad, cariño y mucho afecto.

De todo a nada

Abel

Después de fin de año las cosas se calmaron un poco. Seguía sin saber qué había pasado exactamente en aquella pelea de primas, pero era fácil imaginar que la situación estaba al límite y era proclive a decir palabras sin sentido bajo un calentón. Y ya se sabe que, en momentos así, a uno se le llena la boca de cosas que no siempre siente. Oír a alguien decir que lo dejaba todo atrás..., joder..., por mí. Era una locura. Yo, la causa de todo aquello, pero me obligué a aceptar que era una decisión voluntaria por parte de Manuela. Ella había decidido irse dejándolo todo atrás.

Tanto Nerea como yo canalizamos aquellos sentimientos y los reinvertimos hacia nosotros. Nada de celos, nada de culpas: nos lanzamos a demostrar que éramos una pareja de puta madre; creo que los dos necesitábamos creerlo. Y el año empezó con esa inercia, la de buscar autoconvencernos de nuestra relación y de que aquello sólo había sido una anécdota. Y convertimos aquella mentira en una rutina. Creo que los dos nos volcamos en hacer que funcionara. Nos obligamos a ello.

Ella empezó a salir con compañeras de trabajo, con las mismas que iba al *gym*, y se distanció de Ivet y de Elsa. Yo tampoco insistí en que recuperara aquella amistad, porque hacerlo era hablar de ese tabú en el que se había convertido Manuela. Un fantasma innombrable, pero que siempre estaba presente.

Las noches en su casa se volvían casi un tormento que implicaba un paseo

hasta la habitación de Manuela, tocar el cabecero y pensar en ella. Por eso cada vez estábamos más en mi casa, y eso que Adam estaba también allí. Nerea insistía en conocer a mi familia, yo lo retrasaba alegando que mis padres habían vuelto a discutir y no era un buen momento.

Salíamos a cenar fuera, cine, fines de semana a esquiar..., buscamos llenar una agenda de actividades sólo para dos. Lo más curioso es que cada vez teníamos menos de que hablar. Y lo veía, pero me negaba a aceptarlo, era conformista. Como tampoco me planteaba si me hacía feliz. Formular la pregunta sabiendo la respuesta, ya de antemano, implicaba tomar soluciones que no quería afrontar.

Nerea y yo empezamos muy fuerte, y poco a poco pasamos de todo a nada. En nuestro caso, conocernos no hizo que nos enamoráramos más, sino todo lo contrario. Cuanto más la conocía, menos me atraía. Pero durante meses en nuestra relación hubo demasiados adornos que hacían de filtro. Claro que, cuando éstos se fueron y quedamos nosotros solos, no hubo por dónde pillarlo. «¡Maldita Manuela! Siempre presente, ¡como un puto dolor de muelas!»

Un «hoy estoy cansado, me voy a casa».

«He quedado con las chicas, se me olvidó decírtelo.»

Y los mensajes fueron cada vez más escasos, igual que las ganas de vernos. A mediados de febrero, después de casi cuatro días sin dar señales el uno al otro, por la noche me presenté en el piso. Nerea me abrió ya con el pijama puesto.

—Me parece que queda más que demostrado que ninguno de los dos quiere seguir con esto, pero opino que como mínimo deberíamos dejarlo cara a cara, ¿no crees?

—No tengo nada que decirte —contestó cruzándose de brazos y alzando la cabeza de forma altiva y prepotente.

Sin reproches. Nada. Éramos tan patéticos que nos faltaban ganas hasta para dejar lo nuestro de forma oficial. Al salir de allí sentí un gran alivio y ninguna pena.

Tardé una semana en contárselo a Eloi. Las cosas entre los dos estaban tirantes. Era mi mejor amigo y, como tal, me había dicho esas verdades que yo no quería oír. Cuando lo llamé me contó que estaba en Londres por trabajo y que esperaba poder tener el sábado libre para hacer una escapada y ver a Manuela. Dios, cómo lo odié por decir eso, por tener esos planes, por tener la oportunidad de verla y estar con ella. Y el muy cabrón el lunes me saturó el *e-mail* con fotos de los dos; si llego a tenerlo delante, lo estrangulo. Y os parecerá macabro y hasta chulesco, pero me enorgullecía pensar que, a pesar de que yo era el motivo por el que Manuela lo había abandonado todo, también era yo quien le había presentado a una persona en quien confiar cuando más sola se sentía y no podía ni contar con sus amigas. Retorcido, ¿eh? Pues ése soy yo.

«¡¡Claro que tampoco tenía que acostarse con ella para eso!!»

Barcelona

Estaba bien. Me sentía bien con aquella nueva Manuela que estaba descubriendo, completamente integrada en aquella nueva vida que había hecho tan a mi medida, y, estando en el avión de vuelta a Barcelona, los sentimientos eran una amalgama que me tenían inquieta. Volvía a la ciudad para asistir a la boda de Muriel y Lía. Seguro que sería un fin de semana para recordar, pero suponía volver a los orígenes, al escenario del crimen...

Llevaba casi la mitad del curso, quedaban sólo tres meses y sólo de pensar en los planes para después me agobiaba, porque la verdad era que todavía no había decidido qué quería hacer. ¿Volver a la ciudad? Algo me frenaba, allí no había nada, ningún aliciente que me motivara lo suficiente como para regresar. Sólo un trabajo que me apasionaba, pero que podía encontrar en cualquier otro lugar. En cambio, Whitstable lo tenía todo para incitarme a quedarme.

Desde que Eloi me contó que Abel y mi prima ya no estaban juntos, mi mente no dejaba de pensar en ello. Después de que él se fuera, me encerré en mi habitación y llamé a las chicas para contárselo. Elsa dijo que no le extrañaba, que ya en Nochevieja no se los veía muy bien. No sólo por la incomodidad de la cena, sino que entre ellos se veía que algo no cuajaba. Ivet añadió que lo ocurrido era una carga pesada para una pareja y que si no había buenos cimientos era normal que se derrumbara. «Sobre Nerea pesa la pelea, los celos por si siente algo por ti..., y sobre él pesa cómo jugó contigo y hasta dónde te llevó todo aquello. Tú te has ido, pero tu presencia sigue aquí.»

Y la pregunta que siempre me hacía: «¿Tanto para esto?».

Me había marchado, me había alejado para que ellos duraran... ¿dos meses

más?

¿Me había precipitado tomando la decisión?

Pero no tenía respuestas.

Llegué a Barcelona pasadas las ocho de la noche. Ivet y Guillem, como me habían dicho, me esperaban al otro lado de la puerta, y la muy loca hasta había hecho un cartel de bienvenida. Corrí hacia ella y la abracé fuerte; sobre nosotras, Guillem haciendo piña.

Cogimos la Ronda Litoral para llegar al piso de Elsa y Quim, donde íbamos a cenar. El tráfico estaba algo congestionado, pero tampoco importaba, el camino se hizo en un santiamén con todo lo que teníamos que contarnos. Volver a aquel piso, a cenar los cinco y con tantas buenas vibraciones, hizo que se disipara un poco aquella congoja por volver a estar en la ciudad donde había pasado los últimos diez años de mi vida. Una Elsa entusiasmada y barrigona, como decía ella, nos enseñó orgullosa la habitación que estaban acabando de preparar para Olivia. Aún faltaban algunos detalles, pero estaba quedando preciosa. Una de las paredes tenía un papel pintado de un cielo azul y una niña columpiándose, las demás eran blancas. La cuna, de color violeta, a juego con el resto de los muebles, estaba a medio montar.

—No he podido terminarla porque faltan piezas —se justificó Quim.

—Lo que falta es que seas algo más mañoso —ironizó su mujer.

—Si quieres, puedo pasarme mañana y te echo una mano —se ofreció Guillem.

—Ah, pues te lo agradecería.

—Veníos a comer —los invitó Elsa.

Era una preciosidad de cuarto, estaba lleno de color, como me gustaban a mí las cosas de bebés. Ya llegaría el día en que la vida misma los obligaría a

lo formal, al blanco y negro. Eran niños, necesitaban crecer rodeados de vida, y los colores dan vida.

—A ver cuándo nos ponemos nosotros —susurró Guillem al oído de Ivet con su mano sobre la tripa de mi amiga, saliendo de la habitación. Lo había pronunciado lo suficientemente alto para que yo, que estaba justo al lado de ella, lo oyera.

Sonreí por dentro porque imaginé que, si a mí se me puso la carne de gallina frente a una declaración de intenciones tan clara, cuál no habría sido el efecto sobre mi Dalai.

La cena se pasó entre risas y muchas anécdotas. Guillem se había integrado muy rápido en el grupo y parecía que siempre hubiera estado allí. Y pensé que con Abel había ocurrido lo mismo. La voz de Quim me hizo volver a la realidad cuando mis pensamientos se esfumaron al volver a pensar en él.

—Y, dime, a partir de ahora cómo tengo que llamarte: ¿Manuela, Nola, Emma Nuelles...?

—Llámame bombón —pedí, y todos estallamos en risas.

—Que sepas que, al saber que eras tú, los he leído todos.

—Y yo —admitió Guillem levantando el dedo.

—Ay, Dios, ¡qué vergüenza! —murmuré escondiendo la cara de forma teatral tras la servilleta.

—No le gusta nada hablar de ello —dijo Ivet en tono burlón.

—Deberías estar orgullosa. Leer la historia de Candela y luego la del banco en Brooklyn es..., son dos géneros muy distintos, pero tienen algo que atrapan. Tienes talento, no te escondas de ello —añadió su novio.

—Ya, bueno, es que cuesta un poco aceptar que algo que empezó como un hobby cada día es más importante en tu vida. Cuanto más escribo, más me satisface y más lo necesito.

—Pues disfruta de lo que te apasiona, que en esta mesa todos somos tus fans —dijo Elsa alzando su copa de agua—. Brindo por Emma Nuelles y por todo lo que le queda por contar.

—Por cierto, ¿el nombre de dónde viene? —me preguntó su marido.

—Es un juego de palabras con mi nombre en francés, Emmanuelle, que además es un clásico dentro de la erótica.

El resto de la velada pasó igual de rápido. ¡Cómo los había extrañado! Eran pasadas las doce cuando dimos por concluida la cena; al día siguiente tenía una boda a la que acudir. Tenía reservada una habitación en el mismo hotel donde se celebraba la boda. Aunque mis amigos se habían ofrecido para dejarme una habitación, preferí hospedarme en el lugar por si la velada se alargaba un poco; así no tenía que moverme de allí. Ivet y Guillem me llevaron en coche; de nada sirvió que dijera que iría en taxi hasta allí.

El sábado amaneció despejado, con un sol cálido típico de la época que daba una temperatura ideal para poder disfrutar de la fiesta al aire libre. La boda empezó a las doce del mediodía en una zona ajardinada, con vistas a la ciudad y, a lo lejos, el mar. La ceremonia empezó a ritmo de Bon Jovi y su tema *Always*, interpretado por un grupo de cuatro chicos con sus guitarras acústicas. Muriel y Lía aparecieron cogidas de la mano. Las dos iban de rojo, con unos vestidos sencillos pero que realzaban su belleza. Fue una ceremonia muy emotiva y bonita. Fue un gustazo asistir a una boda así, donde se celebraba el amor por encima de todo, sin prejuicios y otras chorradas varias. Los allí presentes sólo vieron a dos personas profesarse amor contra viento y marea y no soltar la mano de la otra jamás.

Hasta la hora del baile no pude charlar tranquilamente con Eloi. Había llegado justo a tiempo para la ceremonia y, durante la comida, el ambiente en la mesa y en la sala en general estaba tan animado que fue imposible. Estaba muy guapo, había optado por unos pantalones de traje negros y una camisa en un tono verde botella oscuro que realzaba sus ojos. Estaba impresionante.

—Mira, nuestro primer baile.

—Es verdad, y encima estoy con la chica más guapa de la fiesta.

Había escogido para la ocasión un pantalón de vestir ancho y con caída de color azul noche y, arriba, un *crop top* plateado a conjunto con una torera del mismo tono. Era elegante, pero no en exceso. El pelo lo llevaba peinado todo hacia un lado.

Bailamos una canción tras otra mientras nos poníamos al día. Por teléfono ya me había contado que poco a poco las obras iban avanzando.

—Le he dado un ultimátum a Serina.

—Ostras, ¿y eso? —pregunté deteniéndome.

—Esto necesita una copa. —Me señaló uno de los sofás de jardín que había en un porche, donde había más gente sentada charlando—. Ve escogiendo sitio, ahora voy.

Poco después estábamos los dos con un vaso de whisky en la mano.

—No quería seguir así. Un día todo y al siguiente nada. Me gusta mucho y quiero avanzar. No tenemos edad para estar de sí pero no, como deshojando margaritas. Yo, al menos, quiero dar el paso.

—Sea lo que sea, ya sabes que si necesitas hablar...

—Lo sé. —Me guiñó un ojo y tiró de mí hasta que recosté la cabeza en su hombro—. No había tenido nunca una amistad así con una chica, y eso que nos hemos acostado.

—¿Te resulta raro?

—No. Primero nos acostamos y luego nos hicimos amigos. No es lo habitual, pero me gusta esto que tenemos.

—Y a mí.

Ya anocheía, pero la fiesta continuaba. Eloi tenía una invitación para ir a cenar con unos amigos, la había rechazado, pero había quedado para verse después y tomar una copa. Me ofreció acompañarlo, pero la desestimé, estaba agotada y tenía ganas de meterme en la cama. Charlamos un rato más y luego nos despedimos de las recién casadas dando por finalizada la velada.

El domingo me levanté tan tarde que ni me dio tiempo a ir a ver a Queta, como tenía previsto. Sólo pude ducharme y vestirme antes de salir hacia el restaurante donde había quedado con mis padres para comer. Cuando llegué ya estaban sentados a la mesa, y, para mi sorpresa, estaba también mi abuela.

—Déjame que te vea, estás preciosa. —Me había vestido sencilla con unos vaqueros y una blusa *plumeti* de mangas francesas, en color malva.

—Tú sí que estás guapa, te has arreglado para venir a la capital, ¿eh?

—Ayer fui a la peluquería y todo. —Sonrió coqueta.

—Siento haber llegado tarde —me disculpé tomando asiento—. La boda se alargó hasta la madrugada.

—No pasa nada —dijo mi padre.

—Estábamos admirando las vistas —añadió mi abuela, que volvió la mirada hacia las cristaleras. A diferencia del día anterior, había algunas nubes altas, pero seguía haciendo un día muy primaveral.

—Son impresionantes. La vez que vine era de noche.

—¿Ya habías estado aquí antes? —preguntó mi madre.

—Sí, me trajo Eloi. Fue su forma de despedirse de la ciudad.

—¿Ése no es el chico con el que fuiste ayer a la boda?

—Sí.

—¿Quién es Eloi? —me interrogó mi padre.

Antes de contestar, carraspeé:

—Es el mejor amigo de Abel y también el mío.

—Ay, hija, qué lío —dijo mi madre.

—No lo es. Tiene novia, es un hombre genial y somos amigos. Nada más.

—Ya... —ironizó mi padre alzando las cejas y haciendo una mueca de «no me chupo el dedo».

La camarera nos trajo la carta de vinos porque cuando llamé ya había encargado el menú degustación. Mi padre siempre bromeaba diciendo que

tenía un sumiller escondido dentro; le encantaba probar bodegas nuevas. Por eso les había sugerido que bajaran en tren, para que disfrutara de ello sin preocuparse de conducir después.

—Tenemos dudas de si Nerea les ha contado a sus padres que ya no está con Abel. Nadie dice nada, pero, conociendo a tu tía, es capaz de saberlo y no comentar nada.

—Siento todo esto, abuela —dije cogiéndola de la mano—. Nunca fue mi intención crear un conflicto en la familia.

—Esas cosas no se planifican. La gente es como es. Os habéis enamorado del mismo chico. —Sí, al final les había dicho a mis padres que le contaran la verdad—. Tú te has ido escapando del problema. Y ella se regodea haciéndose la víctima. No me gusta nada esta situación.

—Intentaré arreglarlo. Te lo prometo.

—El problema se solucionará cuando ella quiera. A cabezotas no las gana nadie. Que de tal palo, tal astilla... —terminó en alusión a mi tía.

Comimos mientras hablábamos sobre la diferencia de costumbres en la cocina, y cómo echaba de menos sobre todo el jamón y los embutidos. Se rieron de mí, pero me aseguraron que me mandarían una caja llena para cubrir mi antojo. Cuando terminamos decidimos dar una vuelta por el centro. Mi abuela hacía años que no había bajado a la ciudad, decía que sin mi abuelo no era lo mismo; pero aquella tarde de abril, con su brazo enlazado con el mío, paseamos por la Rambla mientras nos contaba anécdotas de cuando eran novios.

Eran casi las ocho de la tarde cuando acompañé a mis padres a la estación de tren, cogí el metro y fui a casa. Bueno, al piso. Vi que la luz del comedor estaba encendida y no me di tiempo a arrepentirme y llamé al timbre.

—Soy yo —dije cuando descolgó el telefonillo. Me abrió sin añadir más.

—¿Por qué llamas? —me preguntó Nerea desde el umbral de la puerta.

—Ya no vivo aquí —repuse. Sí, se me había pasado por la cabeza utilizar mi llave, pero sentía que era invadir su intimidad.

—Tienes razón, ahora es sólo mi castillo. ¿A qué has venido?

—¿Puedo pasar? —pregunté ignorando la pulla del castillo y ella como reina del imperio.

Dudó, pero se acabó apartando y dejándome entrar. Fue muy raro volver allí dentro. Un escalofrío me cruzó la espalda de arriba abajo y me dio malas vibraciones; la verdad, no me sentí a gusto. No sabía el motivo, pero era muy desagradable.

—¿No fue suficiente con lo de anoche, que tienes que venir tú también hoy? —murmuró bajito.

—¿Cómo? —contesté sin saber a qué se refería.

—Estarás contenta; ya no estamos juntos.

—¿Podemos hablar como gente adulta? —pedí, armándome de paciencia.

—¿Me estás llamando niñata?

«Es imposible.»

Mientras estuviera en aquel plan no solucionaríamos nada. Se me atragantaron los remordimientos. Y las disculpas. No había nada que hacer.

—Me voy. Ha sido mala idea.

—La peor. Aún no te he perdonado que te enamoras de mi novio y no me lo contaras.

—Y sólo por curiosidad, ¿no crees que tú deberías pedirme perdón por algo? —No hubo gritos como la última vez; el tono era calmado, aunque las palabras fueran como dardos.

—Yo no hice nada malo. Fuiste tú quien lo estropeó todo. Hasta me has apartado de Elsa y de Ivet. Me has robado a mis amigas, que te recuerdo que, si no fuera por mí, ni las conocerías.

—Si ellas no te hablan puede que sea porque tu comportamiento ha decepcionado a mucha gente. Asume las consecuencias de jugar con los demás. Ahora tengo claro que entre tú y yo no hay nada que hacer.

Fui hacia la entrada y cerré de un portazo. La rabia me consumía, pero eso no impidió que al pasar por el recibidor viera una chaqueta de hombre

colgada del perchero, al lado de un casco de moto. Mi prima no estaba sola en casa.

Estaba cabreada conmigo misma por querer arreglar las cosas, cuando estaba claro que era imposible. Ya no. No conocía a esa Nerea, y tenía claro que no quería tener ningún contacto con esa bruja en la que se había convertido.

Llamé a mis padres nada más pisar la calle y les dije que lo había intentado, había ido al piso, pero Nerea estaba cerrada en banda.

—Lo siento, pero creo que se ha roto para siempre.

De traca final

El vuelo de vuelta no salía hasta las tres menos diez de la tarde. Las clases habían pasado al horario de verano y sólo tenía los martes y los viernes. Así que la mañana del lunes me levanté temprano y, antes de pasar por la oficina a saludar a mis compañeros, me fui a ver a Queta. Estaba atendiendo y no me vio hasta que los clientes se fueron y quedó frente a mí.

—Pero ¿qué haces aquí? Dime que te quedas. —Me besó, dejando un rastro de carmín en mis mejillas.

—No, sólo vine para una boda y ya me voy a mediodía, pero quería verte y ayer me fue imposible.

—¡Qué bien te sientan los aires ingleses!

A esas horas de la mañana, no eran ni las nueve, había bastante clientela en busca del periódico o de una revista, pero igualmente fui a por un par de cafés con leche y unas ensaimadas y nos pusimos un poco al día. Le conté que Abel y Nerea ya no estaban juntos, cosa que ella ya sabía.

—Hace tiempo que no lo veo; si estaba por aquí siempre me saludaba, me caía bien. Ahora creo que va con uno que tiene una moto; los he visto juntos. Un día fue bastante escandaloso, era como una novela de Corín Tellado, pero en vivo y en directo.

Al cabo de un rato me despedí de ella, y, cargando de nuevo con la maleta a cuestas, me acerqué a mi antiguo trabajo. Unos días atrás Ingrid me había llamado con una propuesta, el gabinete había recibido una oferta para colaborar con una empresa de recursos humanos. Había oído hablar de ello, se trataba de hacer un informe a partir de unos currículums que venían con un

anexo de una hoja escrita a mano para ayudar en el proceso. Por ejemplo, si la persona estaba capacitada para un puesto de alto cargo y responsabilidad, o era un perfil idóneo para un trabajo de comercial. Dije que sí cuando me ofreció que fuera yo quien se encargara. Podía hacerlo desde donde fuera, me harían un contrato de diez horas a la semana. Acepté encantada y dije que pasaría a firmarlo aprovechando que tenía que estar en la ciudad.

Fue una visita rápida, saludé a mis antiguos compañeros, hablé con mi jefa antes de que se fuera a los juzgados y me tomé un café con Nico, a quien le entregué la taza que había comprado en Nueva York para él.

—Oh, gracias. ¿Y la de Whitstable? —me pidió fingiendo decepción—. Bueno, ya la compraré yo el mes que viene, cuando vayamos para el cumpleaños de Charlotte. Mierda, era una sorpresa.

Recordé el correo electrónico que me mandó Margaret con el asunto «*TOP SECRET*». Su madre cumplía ochenta años y querían hacerle una fiesta sorpresa por todo lo alto.

—No pasa nada. Me alegra saber que os veré allí.

—Ingrid me matará cuando sepa que te lo he contado.

—Tranquilo, sé fingir muy bien —reí, recordando los últimos meses—. Cuando os vea me haré la sorprendida.

Cinco minutos después ya estaba en la calle, esperando un taxi para ir al aeropuerto. Mi visita a Barcelona había concluido y la sensación era desconcertante. Había pasado un mes preparándome para irme cuando no lo deseaba, y allí estaba aquel lunes, con la sensación de que necesitaba subirme al avión y volver a Whitstable. El tiempo no me había ayudado a dejar de pensar en Abel como en el hombre al que amaba, pero sí había influido en mi escala de prioridades, y tanto Nerea como Barcelona habían descendido en picado en aquella lista.

Mientras entraba en el aeropuerto por una de las puertas giratorias pensando en el bocata de jamón que me comería en una de las cafeterías de la zona de embarque, algo me llamó la atención. Mejor dicho, alguien, que estaba al otro lado de la cabina y del cual sólo me separaba un cristal.

Mi cuerpo se puso a temblar sabiendo quién era, pero mi mente tardó un poco en reaccionar. Para ser exactos, otra vuelta más. Allí, encerrada, con los ojos fijos en los suyos, que parecían igual de asombrados que los míos. Él reaccionó primero y salió en el hall y yo lo hice después quedando frente a él. Abel.

Poco más de tres meses sin verlo. Para ser exactos: ciento seis días. Fue verlo delante de mí y de golpe volví a ser la Manuela de antes.

—Ostras..., ¡has vuelto!

—No. Ya me voy —repuse. Aferraba tan fuerte el asa de la maleta que me estaba clavando el anillo, y el corazón me latía a máxima velocidad.

—Yo acabo de traer a mis padres —dijo deprisa, como cuando estaba nervioso—. Se van de segunda luna de miel. Miedo me dan, o vuelven enamorados o me llaman porque los han detenido en Canadá.

—Yo sólo he venido a pasar el *finde*.

—¡Qué casualidad! Eloi ha estado aquí también.

—Lo sé —sonreí—. Se han casado unas amigas mías y él fue mi acompañante.

Vi cómo le cambiaba el gesto y reí por dentro agradeciendo a nuestro amigo común que no le hubiera contado nada. Su mandíbula se tensó, pero sus ojos no dejaban de buscar los míos, que lo evitaban. No estaba segura de poder enfrentarme a ellos. No de aquella manera, no tan pronto.

«¿Qué hacemos hablando como si fuéramos amigos? Hablando como si no hubiera pasado nada. ¡Venga, anda y tira para dentro!»

—Tengo que irme —mascullé, con las emociones prendidas en los párpados.

No dijo nada, se quedó allí, a tres pasos de distancia, aunque su fuerza, esa

que me desmoronaba, cada vez se hacía más intensa.

—¿Tienes tiempo para tomar algo? Me gustaría hablar contigo.

—Yo ya lo dije todo —declaré levantando la cabeza y afrontándolo por primera vez cara a cara.

—Yo no dije nada y te debo un «perdón» y un montón de palabras más.

Chasqué la lengua y repuse serena:

—No fue porque no las esperara.

—No puedo quitármelo de la cabeza.

Dio un paso hacia mí y su olor se impregnó en el aire que respiraba. Llevaba las gafas de sol colgando de una camiseta de manga corta negra con cuello Mao y dos botones en el pecho abiertos, los vaqueros del mismo color y unas zapatillas. Informal, con el pelo algo más largo, y volvía a llevar barba. Un *look* algo más cañero que le sentaba increíble.

—¿El qué? —pregunté sin pensar.

—El beso. A ti. A nosotros. —Un aluvión de recuerdos muy frescos me azotó de tal forma que sentí que la boca se me secaba. Necesité cerrar los ojos un instante para no marearme.

—Nosotros fuimos sólo una alucinación —suspiré mordiéndome los labios con fuerza.

No estaba preparada para verlo, y menos en aquel plan. Era del todo inesperado y no sabía cómo afrontarlo.

—Quiero saber qué es esto —dijo.

—¿Esto?

—Esto. —Cogió mi mano y la juntó con la suya, palma con palma, dedos con dedos—. Una alucinación no hace temblar —murmuró bajando la cabeza, como si supiera que su voz de cerca me hacía estremecer de placer.

—Abel... —le pedí sin fuerzas.

Y, no, no sabía si le pedía que siguiera o se detuviera. «Pero ¿qué está ocurriendo?»

—Era mal momento, pero ahora... —empezó, pero lo interrumpí.

—Puede que para nosotros no haya un momento.

—Eso no nos corresponde a nosotros decidirlo —me corrigió.

—Olvidalo, ya no importa.

—Si ya no te importa, no pasa nada porque dé un paso más, te coja la cara entre las manos —susurró, y a medida que lo relataba lo iba haciendo—, te acaricie con los pulgares al tiempo que cierras los ojos y...

—Ni se te ocurra. —Apoyé las manos en su pecho y bajé la cabeza moviéndola de lado a lado para apartar las suyas de mi rostro. Sabía qué iba a pasar y lo detuve. Sus labios lo gritaban, los míos lo deseaban.

«¿Acabo de negarle un beso? Ahora ya sí que pueden encerrarme...»

Suspiré para coger el valor suficiente para darme media vuelta. Intenté irme, pero su mano aferró la mía cuando dejé de tenerla sobre su pecho. Cerré los ojos, y antes de volverme del todo, él se había acercado detrás de mí, pegando su boca a mi oreja.

—Es de mala educación.

—¿El qué? —gemí. El calor de su cuerpo en mi espalda, los recuerdos de aquella noche en la cocina...

—Desaparecer cuando me estaba enamorando. —Fue él quien se fue y yo me quedé temblando sin ser capaz de reaccionar.

Como un autómata, subí a la primera planta para embarcar. Seguía con el corazón a mil, las mejillas me ardían... Imaginad qué cara debía de tener que fui escogida para un control exhaustivo. Bolso, maleta, cacheo. La guardia de seguridad que me lo hizo me miraba como si fuera una terrorista.

«¿Cara de esconder algo? No, señora. Cara de “¿¿qué coño haces aquí en lugar de correr tras él?!”.»

Al final fui incapaz de comer nada, me senté en una de las sillas con la vista perdida en la cristalera. Estaba en una especie de *shock* y me movía por inercia. No sé ni cómo embarqué. Ciento seis días perdidos, más de tres meses huyendo que no habían servido de nada, porque, sólo con volver a verlo, había sucumbido a él. Un roce, las palabras que siempre quise oír y volvía a perder

la cabeza. Me sentí indefensa y me alejé como hacía últimamente para no afrontar a ese nuevo Abel, directo y con las cosas claras.

El avión comenzó a moverse y, en un acto kamikaze, de los que sólo él me incitaba a hacer, saqué el móvil y le mandé un mensaje:

Es de mala educación.

¿El qué?

Sonreí al ver que respondía de inmediato copiando las palabras que yo le había dicho.

Aparecer cuando se está olvidando.

Puse el teléfono en modo avión y lo escondí en el fondo del bolso. La esperanza alimentó a aquellas mariposas, que volvían a aletear con fuerza.

«Yo a ti te conozco... Sé qué es esta sensación... Bienvenida de nuevo a mi vida.»

Nada más aterrizar, conecté el móvil y el corazón volvió a latirme con aquella especie de explosiones que sólo él me provocaba al ver un mensaje suyo en el centro de la pantalla:

No lo permitiré.

Si tú aquí...

En el tren de camino a casa, llamé a Ivet. Después de soltar un montón de palabrotas y onomatopeyas, empezó a hablar con coherencia.

—Ni se te ocurra dar un paso. Espera, si quiere algo que se lo trabaje; no le facilites las cosas. Hazte la dura...

—¿Sabes lo que me ha costado apartar la cara para que no me besara?

—Lo imagino.

—Es imposible. ¡Nunca has estado en una situación así!

—Nola, has sufrido mucho con todo esto, ¡mira dónde estás! Actúa con cabeza esta vez. Intenta no crearte muchas expectativas, ¿vale?

«El aviso llega demasiado tarde...»

—Pero ¿por qué me dice que se estaba enamorando y que no permitirá que lo olvide? Debería haberme tomado ese café y escuchar todo lo que tenía que decirme. Soy una estúpida. Voy a llamarlo y que me diga...

—Noooo. Deja que veamos cuál es su siguiente paso.

—Y, mientras, me como las uñas, la cabeza y me saturó haciendo hipótesis.

—Y, mientras —me corrigió—, te haces a la idea de que tu prima es una zorra y con ella ya no vas a conseguir hacer las paces. Pero Abel sí sentía algo, no sólo estaba jugando contigo. El beso le dejó huella y ahora está dispuesto.

—Pero ¿dispuesto a qué, maldita sea? Si lo dejé plantado.

—Tiempo al tiempo.

—Odio que, a todas las preguntas que lanzo, la respuesta sea ésa.

—Respira hondo, ponte música, disfruta del paisaje. Mañana con más

calma hablamos, ¿de acuerdo?

Me colgó y yo me puse los cascos con el volumen a tope, y Rag'n'Bone Man con su tema *Skin* me hizo cerrar los ojos y suspirar.

«Impotente, me rindo, encadenado por tu amor [...] Estaré pensando en ti [...] Y estuvimos tan cerca, esto era casi amor...»

Habían pasado veinticuatro horas desde el encontronazo en el aeropuerto y seguía sin poder pensar en otra cosa; puto Abel, que me cegaba de aquella forma. Aquel martes empezaba las clases en el horario de verano. Sólo tendría que ir los martes de nueve y media a doce y media, y los viernes de once a tres de la tarde, cosa que me permitiría tener tiempo de sobra para trabajar en el nuevo proyecto de los currículos.

Es curioso cómo en Barcelona si salía era para correr, y allí también lo hacía por las mañanas, pero era verdad que el ambiente, el paisaje incitaba a acercarse a la playa —que era kilométrica, tanto hacia el sur como hacia el norte— y andar por su orilla sin prisas, sobre todo al anochecer, dejando que la brisa vespertina, como la de aquella tarde, me ayudara a despejar un poco aquella nebulosa espesa en la que se había convertido mi cerebro. El teléfono me vibró en el bolsillo y el corazón empezó a latirme hasta que vi que no era la llamada que estaba esperando. Era Eloi.

Hablamos unos minutos, que me sirvieron para saber que Abel no le había contado nuestro encuentro, y yo tampoco se lo dije. En cambio, sí le hablé de que fui a ver a Nerea.

—Sobre eso..., hay algo que tengo que contarte del sábado por la noche. Por eso te llamaba.

—Miedo me das —admití, cuando lo oír suspirar a través del teléfono.

—Me encontré a Nerea en el último local al que fuimos; no estaba borracho, pero sí algo más envalentonado que normalmente. Me vio y no dudó

en acercarse y sacar toda la artillería.

—Eloi, no quiero saberlo... —me apresuré a decir, imaginando por dónde iban los tiros.

—No es lo que piensas. Pues eso, que ya sabes cómo es, vino a por mí con toda la intención del mundo y, después de tontear un rato, me dijo: «Te espero en casa dentro de media hora». Fui al piso, me abrió la puerta y se abalanzó a besarme, le seguí el juego y empecé a quitarle el vestido.

—Eloi, te repito... que no... —Pero no me dejó terminar.

—Cuando estuvo completamente en bolas, le dije que nunca, en mi vida, me acostaría con una víbora como ella y me fui.

—¿Que hiciste qué? —Estaba alucinando.

—Fue mi propia venganza. La dejé avergonzada, desnuda, cachonda y cabreada.

Entonces entendí su comentario cuando fui a verla y me soltó: «¿No fue suficiente con lo de anoche?».

—Pero ¿por qué? ¿Sabes el cabreo que tenía cuando me vio?

—La noche que cenamos los cuatro ya te dije que se me había insinuado, y a la primera oportunidad que tiene se tira a mis brazos. Que ella no tenga escrúpulos no significa que los demás no los tengamos. No la soporto.

—Pero la besaste —solté, dejando que hablara la envidia que sentía sólo de imaginarlos juntos; aunque fuera ése el motivo, me daba repelús.

—Ni me lo recuerdes. Alguien tenía que darle una lección por cómo se ha comportado contigo y el poco respeto que ha tenido por mi amistad con Abel.

Cuando colgué, una duda me asaltó a la mente: ¿de quién era la cazadora y el casco que había en el piso cuando fui a verla? ¿Quién era el de la moto que había visto Queta? Lo que estaba claro era que a Nerea no le importaba mucho, cuando había citado a Eloi en casa para acostarse con él.

A finales de abril, llegó el buen tiempo. La vegetación estaba exuberante; era un placer recorrer y notar el olor de las flores en el ambiente, mezclado con el aire marino. Pero si había un lugar donde se notaba la primavera era en mi sangre; ya lo dice el refrán... No sé si era por la época, o por Abel, pero desde que me lo había cruzado, los sueños cada noche eran más ardientes. Y eso que no había sabido nada más de él, y con el paso de los días las esperanzas empezaban a menguar.

La semana que pasé con mis padres por Escocia fue un paréntesis que llegó en el mejor momento. Hacía dos semanas que había visto a Abel en el aeropuerto y a veces dudaba de que no fuera una alucinación y hubiera pasado de verdad. Pero había ocurrido, igual que el silencio que vino después. Consumía los días a una velocidad que me daba vértigo cuando miraba hacia atrás, y más que pánico si miraba hacia delante, porque seguía sin tener muy claro qué hacer cuando acabara el máster a finales de junio.

Había recuperado los apuntes que había tomado cuando estuve en la Riviera Maya sobre la isla Mujeres y la diosa Ixchel, y la estructura de la novela iba cogiendo forma. Me encantaba sentarme en la playa, cerrar los ojos y empezar a conocer a los personajes para que me contaran su historia. Esa parte de la escritura es fascinante, de los pocos trabajos que permite realizar una buena parte de él con los ojos cerrados.

Además, estaba el cumpleaños de Charlotte. Margaret me había delegado algunas de las tareas. Esa mañana de miércoles la dediqué a pasar por la floristería y por la pastelería para encargar el pastel. Fui hasta Tankerton Road y comí en Ossie's, porque me habían dicho que era el mejor sitio para probar el típico *fish and chips*. Hasta aquel día no entendía muy bien esa devoción por el pescado rebozado y cuatro patatas, pero allí aquel simple plato me supo a gloria.

Al salir me fui a la estación central de trenes. Quería pasar la tarde en el centro de Canterbury y buscar un buen regalo para la anfitriona, cuando de repente sentí ese cosquilleo de cuando te sientes observada; ladeé la cabeza y

mi corazón se detuvo. Frente a mí estaba el motivo que me había llevado allí. Me dedico a escribir sobre el amor, sobre sentimientos y emociones..., y ahora, aquí sentada, intentando contar qué ocurrió, soy incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar aquel momento.

¡CRASH, BOOM, BANG!

Mi corazón explotó.

Las mariposas fueron como un ave fénix reviviendo entre las cenizas.

Mi respiración se volvió errática mientras asimilaba que Abel estaba frente a mí, que era real y no otro sueño con el que me despertaría en la cama. Y Abel..., Abel se estaba riendo a pleno pulmón como nunca lo había visto, mientras se acercaba a mí y todos los presentes no le quitaban el ojo de encima.

—¡Hostias! He imaginado esto durante días y todas las noches, en el vuelo, en el tren... y nada es como lo esperaba... —dijo entre risas.

—¿Quieres dejar de reírte y decirme qué haces aquí? —murmuré con los dientes apretados de pura histeria.

En un visto y no visto, se descolgó la mochila para dejarla en el suelo y me abrazó pasando un brazo por mi cintura y con la otra mano me acunó la cara. Me pilló tan desprevenida que no reaccioné.

—Primero déjame besarte, lo necesito. Y luego tendrás todas las respuestas que quieras. —Las últimas palabras las dijo con sus labios sobre los míos. Temblé.

Me besó. Primero tímido, un roce sutil, delicado, provocándome que cerrara los ojos de puro gozo. El anhelo se intensificó y nuestras lenguas salieron a encontrarse de forma tan sensual que gemimos al unísono. Sus dedos se agarraron con fuerza a mi piel y mis manos buscaron su nuca.

—Basta —supliqué, y me aparté para poder pensar con claridad. Lo miré de arriba abajo. Llevaba casi la misma ropa que cuando lo vi en el aeropuerto, camiseta negra, vaqueros deshilachados en una rodilla y zapatillas. A sus pies descansaba una mochila y una maleta con ruedas—. ¿Qué significa esto?

—Te dije que no permitiría que me olvidaras. Te dije que quería saber por qué no puedo apartarte de mi cabeza. Por qué me vuelves tan loco. Significa que vengo para quedarme.

—Te vas a quedar..., ¿aquí? —balbuceé incrédula.

—No, no. Es una estación bonita, pero he alquilado algo mientras esté aquí —bromeó. Yo tan descolocada, él tan burlón.

—¿En Whitstable? —insistí.

—Sí. Si tú estás aquí, yo también.

—¿Estás loco? —grité.

—Recuerdo que la noche antes de que te fueras te hice esa misma pregunta. Te contestaré lo mismo que tú: a estas alturas, la duda ofende.

Y tardé en contestar. Él me miraba con esa magia que me había encandilado meses atrás. «Pónselo difícil, que se lo curre», oí la voz de Ivet en mi mente.

—Ah, muy bien, te gustará. Pues ya nos veremos por ahí... Me voy, que tengo que hacer unas cosas en Canterbury.

Ni sé cómo dije todo aquello, pero ya estaba hecho. Mis palabras lo cogieron por sorpresa, tanta que se le terminó la risa de golpe. Torció la boca y chasqueó la lengua.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—Ni por asomo —sentencié, y fui yo la que sonrió—. Disfruta de ese beso, porque el siguiente puede tardar.

—Lo imaginaba. No esperaba menos de ti.

Esa vez fui yo quien lo dejó allí y se fue.

Parte IV

¿Y ahora con qué voy a soñar, cuando he sido tan feliz despierto?

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Navegar

Abel

Cuanto más pensaba en todo lo vivido aquellos meses, más rabia sentía. Había llegado a suponer que lo único que nos unía a Nerea y a mí era Manuela. A mí, porque me gustaba tenerla cerca por lo que me hacía sentir. A Nerea, porque por encima de todo estaban sus ansias de sentirse ganadora. ¿La perjudicada? Manuela, la única que tenía sentimientos puros.

Si algo provocó separarme de Nerea fue que de algún modo se evaporó ese velo que prohibía pensar en su prima. Ya no había nada que lo impidiera. Fue como abrir unas compuertas y la ausencia de Manuela cada vez se me hizo más palpable. La echaba de menos, y cuanto más recordaba, más estúpido me sentía. Mi mente repetía en bucle todos los encuentros, las palabras... Como una vaca haciendo una digestión tardía, yo igual. Tarde, digería aquellos recuerdos y, al volver a revivirlos, descubría nuevos detalles que me habían pasado por alto. Volví a gozar de nuestras miradas anhelantes, de la súplica en sus ojos, de los roces, de las palabras no dichas..., del beso. Porque Manuela me sedujo, lo hizo ella, lo hizo la propia vida que explotaba cuando estábamos juntos. La verdad es que me gustaba cómo me veía en sus ojos. Todo lo que aquellas sonrisas mostraban, lo que gritaban los silencios. Me hacía sentir vivo ver cómo su cuerpo reaccionaba al mío. Un nuevo yo, que me gustaba y me asustaba. Una sensación extraña al ver siempre ese interés y cómo me buscaba. Como una planta buscando el sol, cuando ella era la luz. Luz, tanta y tan de golpe que, como al despertar por los rayos del sol, te tapas la cara con

las manos. No estaba acostumbrado a esa cegadora luz, pero pronto me acostumbré a ella. «Joder, que rápido lo hice...» Sin darme cuenta. Sin buscarlo. Pero ahí estaba ella, tan jodidamente dispuesta a todo. Siempre.

La echaba de menos. Cada mañana con el sabor del café en la boca, ver un libro o una chica corriendo, una tableta de chocolate, cuando el viento me susurraba su risa en mi oído sin ton ni son... Poco a poco fui consciente de lo que me pasaba: se coló entre mis dedos hasta el fondo. No el miedo, sino ella, Manuela. Se me coló bajo la piel.

Y, sin huir lejos, me alejé como lo había hecho ella. Puse distancia en todo, porque tarde o temprano el castillo de naipes se derrumba y te encuentras rodeado de tus miedos. De tus mierdas, que no has sabido cómo tratar. Y para eso lo mejor era estar solo.

El punto decisivo ocurrió en la celebración del cumpleaños de mi hermana. Estábamos toda la familia en la casa de Paüls. Mis padres volvían a estar juntos, olvidada quedaba ya la última pelea. Estábamos en el jardín, Abril se echaba la siesta tumbada sobre la hierba con mi sobrina Vera acurrucada junto a ella; Adam y nuestro cuñado Gus charlaban aún sentados a la mesa sobre política, su tema favorito. Yo estaba en una de las tumbonas, en el regazo un libro escrito por Manuela, el de la perfumista en París. No lo leía, sólo acariciaba la cubierta con la mente muy lejos de allí. Mi madre se acercó y me tocó el hombro antes de sentarse a mi lado.

—Sigues pensando en ella, ¿verdad?

Después de ir a comer por San Esteban con la familia de Nerea y de esconderme en aquella casa huyendo de todos, al volver a Barcelona me preguntó el motivo y se lo conté todo.

—No sé qué hacer ni lo qué siento. Si es sólo una obsesión o algo más...

—Abel, eres una persona a la que le cuesta tomar decisiones, y si las puede evitar, lo hace. No digo que no te guste tu trabajo, pero a veces me pregunto si no escogiste Arquitectura por el simple hecho de saber que podías contar conmigo y tener un sitio donde trabajar al terminar. Te fuiste a vivir con Abril

porque te lo pidió, ella se fue y llegó Adam... Dime una sola decisión que hayas tomado recientemente.

—Yo, eh... —Pero no la encontré.

Pensé en ello, puede que tuviera razón. Si hasta fue Nerea la que se acercó a mí aquella noche y me dejé seducir. Vale, había sido yo quien había ido al piso a terminar nuestra relación, pero había esperado sabiendo que aquello hacía semanas que no funcionaba.

—Deja de pensar en los demás, en lo que les gustaría o esperan de ti. Sé egoísta. ¿Qué quieres, Abel? Cierra los ojos. —La miré por encima de las gafas de sol, extrañado. Ella me las quitó y noté la palma de su mano sobre mis párpados—. Hazme caso, cierra los ojos y piensa en lo que deseas. ¿Qué ves frente a ti?

Durante unos instantes sólo había negrura de tantas imágenes que desfilaban por mi retina, pero poco a poco una fue haciéndose más nítida. Estaba en una terraza de madera, muy cerca de un mar coloreado por el atardecer. Corría una suave brisa marina, yo llegaba con dos copas de vino en la mano; delante de mí, dos sillones de madera, y en uno de ellos, acurrucada bajo una manta, Manuela.

Sonreí. Mi madre me dio un beso en la frente y me dejó solo. Tardé aún un poco en abrir los ojos disfrutando de aquella visión que me había hecho sentir feliz. Cuando lo hice, ladeé la cabeza y busqué a mis padres. Estaban bajo el roble, sentados en la hamaca con los pies colgando. Reían y por un momento me pareció que eran dos adolescentes enamorándose por primera vez. Se dieron un beso con tanta pasión que hasta aparté la vista y me fui a buscar otro vaso de licor de hierbas con hielo. Pero aquella imagen de los dos fue como una señal. Estaba equivocado al pensar que era más fácil navegar en un mar en calma. La vida es pasión. El amor es pasión, si no se vive intensamente, no tiene ningún sentido. Al verlos comprendí que prefería vivir en un huracán. Que no se trataba de aprender a controlarlo ni de estar pendiente de lo que

había delante, sino de aprender a dejarte llevar con él, alzar velas, dejar el timón, tumbarte boca arriba y sólo observar el cielo que se abre ante ti.

Tiempo atrás os habría dicho que no creo en el destino ni en las señales, pero últimamente ya es demasiada casualidad. El hecho es que, al día siguiente, fui a acompañar a mis padres al aeropuerto. Y allí estaba ella. Manuela, al otro lado de la puerta giratoria. No podía creerlo. Después de tanto desear verla, por fin la tenía delante y no sabía qué hacer. Estaba tan nervioso que empecé a hablar rápido sin pensar en lo que decía. Y, como la noche de la cocina, dejé de pensar y actué por instinto. En sus ojos latía la sorpresa y la incertidumbre; quise borrar esas sombras a besos. Quería verla reír, y tuve claro que quería ser yo quien lo hiciera posible. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que había hablado con mi madre cuando puse nombre a lo que sentía por Manuela. Aún no sabía cómo había conseguido decirle que estaba enamorado y mucho menos dejarla allí. «Despacio —me dije—, los dos lo necesitamos.»

No sé si puedo llegar a arrepentirme de cómo fueron las cosas porque todo pasa por algún motivo. Si hacía falta demostrar que yo era un capullo que no supo cómo reaccionar, si Manuela tenía que sufrir tanto y alejarse de todo lo que le importaba en la vida. Pero de todo se aprende y los golpes nos hacen más fuertes. Manuela conoció a gente nueva, creció como persona, lo que la hizo aún más excepcional, y a mí tanta colleja por fin me hizo reaccionar. Sabía que tenía que hacer algo, pero no sabía cómo acercarme a ella de nuevo. Todo me parecía poco y vulgar. Manuela merecía algo especial. Ella había mostrado todas sus cartas al irse; al contarme todos sus secretos, las mentiras y las medias verdades que había entre nosotros. Valiente para decir «te quiero», astuta para echarme de su vida.

Hablé con Eloi más veces de las que puedo recordar. En la primera le pedí

explicaciones de por qué no me había dicho que estaría en Barcelona con ella; su única respuesta: «Porque no merecías saberlo». En las otras le pedí consejo acerca de cómo conseguir que Manuela me perdonara.

—Simplifica, Abel. Es sencillo. ¿Qué quieres?

—A ella.

—Y, cuando quieres algo, ¿qué haces?

—No te pillo —refunfuñé. Odiaba cuando se ponía sardónico.

—Quieres cerveza, vas a la nevera. ¿Quieres a Manuela? —Se dio unos segundos de pausa para darle más énfasis—. Pues eso.

¿Estaba diciendo que fuera a buscarla?

«¡Pues claro que decía eso, idiota!»

Nace una ilusión

Con las piernas hechas gelatina y la respiración acelerada, subí al tren al tiempo que me empezaba a reír sola de puro nerviosismo. Mandé un mensaje al grupo de WhatsApp que tenía con las chicas:

Ahora sí que Whitstable lo tiene todo para quedarme, Abel está aquí.

Risa floja. Carne de gallina. Nervios a flor de piel. Un tic en las piernas, que no podía dejar de mover. El estómago revuelto, la respiración agitada, el corazón seguía latiendo de forma especial, el cerebro derretido... Eran algunos de los efectos secundarios que sentí después de ver a Abel en Whitstable. Después del beso. Después de saber que venía para quedarse. Y esos síntomas duraron horas.

Siempre que iba a Canterbury lo hacía en bus, era directo y rápido, una media hora, pero el día anterior, hablando con Fiona, me comentó que un día cogiera el tren: «Da un poco de vuelta porque pasa por Faversham, una bonita ciudad, y desde allí va a Canterbury. Tarda lo mismo, pero así vas conociendo más del entorno».

No recuerdo mucho el viaje, sólo que ocho minutos más tarde paraba en Faversham. Cambié de idea y me bajé allí. Necesitaba aire. Sin saber muy bien hacia dónde iba —y más que andar, flotaba—, llegué al centro de la ciudad, que me encantó. El río, algunos edificios aún conservaban la estructura de madera como antaño, con un valor arquitectónico impresionante, y de pronto me encontré frente a la iglesia. La que las adora es Elsa, yo no tanto,

pero entré igualmente. El silencio reinante y ese aire místico que daba la luz del claristorio me sedujeron y me senté en uno de los bancos. No para rezar, sino para asimilar lo ocurrido. Desde que nos habíamos visto en el aeropuerto esperaba una señal, estaba deseosa de saber cuál sería su siguiente paso, pero ni me había atrevido a imaginar lo que había ocurrido.

«Abel está aquí.

»Abel ha venido para quedarse.

»Abel quiere saber qué hay entre nosotros.»

Y como cantaban en *La bella y la bestia*: «... nace una ilusión en el corazón...». Sí, una ilusión, las esperanzas volvieron a ponerse en fila preparadas para salir a combate y se veían reflejadas en mis ojos.

Abel acababa de salir de una relación, con mi prima, para más señas. Había demasiado pasado en nuestras zapatillas. Cuando lo soñaba era inalcanzable, cuando fue realidad se le sumó el imposible, pero estaba allí... Abel se había colado de repente en mi refugio. Después de todo lo vivido, ¿podía haber un «futuro para nosotros»?

Y con esa pregunta clavada en el pecho como una maldita flecha, volví a casa sin haber hecho nada de lo que tenía previsto. Al llegar, encontré a Charlotte acompañada por una de las vecinas, que a veces se acercaba a visitarla. Las saludé mientras me quitaba la chaqueta y el gorro.

—Vuelves pronto. ¿Estás bien?

—Sí, sólo tengo un poco de dolor de cabeza, me voy a la cama. Hasta mañana.

Pero no descansé, únicamente contemplé durante horas la madera del techo abuhardillado de mi habitación.

Una de las cosas que me sorprendió los primeros días de mi llegada a Inglaterra fue la hora en que el sol se levantaba; solía hacerlo sobre las cinco

de la mañana. Esa noche no había corrido las cortinas y poco a poco la luz del amanecer fue dibujando figuras en las paredes que me acompañaron en mi desvelo. Aunque estaba cansada de dar vueltas sobre el colchón, no me atrevía a levantarme. Hacerlo implicaba afrontar aquel nuevo día, el primero sabiendo que Abel estaba en Whitstable. ¿Dónde se habría instalado?

¿Lo llamaba?

¿Lo haría él?

Las preguntas se amontonaban, y eso aumentaba mi histeria. Al final ganaron los nervios y me levanté cuando pasaban pocos minutos de las ocho de aquel jueves. Al mirar por la ventana vi que el día estaba gris y una fina lluvia, tan característica de la zona, caía lánguidamente. Decidí pasar por la ducha. No me apetecía correr; saldría a dar un largo y tranquilo paseo con *Darcy* y *Elizabeth*. Me vestí con unas gruesas mallas color hueso y un jersey de lana de cuello vuelto en tonos azul turquesa que había comprado en una de las tiendas del centro de la ciudad y que se había convertido en mi prenda favorita. Estaba saliendo de mi habitación cuando oí a los perros ladrar, era algo tan poco habitual dentro de casa que bajé veloz la escalera. Estaban los dos frente a la puerta. Charlotte estaba allí, con el pelo alborotado, aún en camisón y batín.

—Creo que hay alguien fuera —musitó preocupada.

—Voy a mirar.

—Ten cuidado.

Con sigilo, abrí la puerta y salí al jardín delantero. La calle quedaba escondida por los setos, *Darcy* me seguía pegado a mis piernas, y al salir encontré el motivo de sus ladridos. Abel estaba dando vueltas arriba y abajo.

—¿Estás loco? ¿Qué haces aquí?

—Hola, esperarte. —Se encogió de hombros sonriendo. Iba sin paraguas y llevaba el pelo empapado.

—Pasa, anda. Por poco no nos provocas un infarto —dije volviendo adentro.

Elizabeth, al vernos, se acercó a él olfateándolo.

«Perra, huele de vicio, ¿verdad?»

Entramos en la casa y los presenté. Abel se disculpó con Charlotte por haberla asustado.

—Lo siento —se excusó—. No sabía a qué hora salías y quería estar aquí.

El inglés de Abel me hizo sonreír porque era muy académico. Cuando se dio cuenta de que me estaba riendo de él, me sacó la lengua.

—Quítate las zapatillas y sube, prepararé café.

Él se agachó y Charlotte me miró con las cejas enarcadas. Sonreí nerviosa, me levanté un poco el jersey para enseñarle las mariposas y luego lo señalé a él. Asintió cómplice y me guiñó los ojos —sí, en plural, porque la anciana no sabía hacerlo con uno solo y era adorable ver cómo cerraba los dos—, antes de irse hacia la cocina.

Subimos arriba, fui primero al baño a por una toalla que le lancé sin atreverme a girarme y verlo. Me dio las gracias, pero no contesté. Me limité a preparar café, pero estaba tan callado que me inquietó saber qué estaría haciendo y me volví para afrontarlo. Se había quitado la chaqueta y estaba en calcetines, con unos pantalones técnicos de montaña de color verde militar y un polar fino negro con cremallera en el cuello. Con la toalla en una mano, se iba secando el pelo mientras con la otra ojeaba uno de los manuscritos que tenía sobre la mesa.

—¿Son nuevos?

—Sí. Ése lo escribí en Nueva York.

—¿Crees que...? —empezó a decir levantando la vista de los folios, y me miró directamente a los ojos—. ¿Me dejarás leerlo?

Estábamos sólo a unos pasos de distancia, una que estaba cargada de una fascinante electricidad... La misma de meses atrás. Quise acercarme, acariciarle el pelo, abrazarlo. Ya nada me lo impedía. Ya no era prohibido, pero igualmente me quedé con las ganas porque no me atreví.

La cafetera empezó a pitar y fui a apagar el fuego.

—Lo pensaré, pero que sepas que para ése no me inspiré en ti —bromeé intentando romper la tensión del ambiente.

Lo serví y volví a su lado.

—Había olvidado lo que siento al tenerte delante —susurró con voz ronca al rozarme los dedos al coger su taza.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —pregunté después de dar un sorbo, ignorando con toda la intención del mundo sus palabras.

—El suficiente.

Carraspeé y retiré la vista de sus ojos. Demasiada tensión. Me faltaba aire y también muchas respuestas. Lo apremié a terminar rápido con la excusa de que tenía que sacar a los perros.

La zona era muy tranquila, con casas de dos plantas y un jardín delantero. La calle era paralela a la costa y sólo estaba construido el lado que daba hacia el interior; en el otro, y separada por un gran descampado, estaba la vía del tren, lo que daba a las viviendas mucha visibilidad, sobre todo desde la primera planta. *Darcy* y *Elizabeth* iban abriendo la marcha. Un poco más adelante nos desviamos hacia la derecha para coger el puente sobre las vías y llegar a la playa. Íbamos muy cerca uno del otro, pero sin decir nada. No sabía si el día anterior le había dado tiempo a bajar hasta el mar, pero por si acaso dejé que el paisaje hablara por sí solo. Su expresión me lo dijo todo.

—Es increíble, ¿verdad? —indiqué con la vista en el horizonte.

—Lo es. Una preciosidad. He visto poco, pero ya he notado que tiene algo especial.

—¿Dónde te quedas?

—En una de las *huts*.

—¿En serio? —Desde que había descubierto aquellas casas de pescadores que deseaba ver una por dentro. Eran uno de los reclamos turísticos y uno de

los alojamientos más codiciados.

—Sí. —Rio—. Son de madera, ¡¿qué esperabas?! Es diminuta, pero tiene algo que..., bueno, ya la verás.

Seguimos andando un poco más. La lluvia había amainado y el sol se colaba entre las nubes espesas. Mi vista siguió el vuelo de un cormorán que parecía divertirse con las olas, y recordé que siempre que veía uno en mi mente aparecía la espalda de Abel y sus alas tatuadas en negro. Sonreí sin darme cuenta.

—Estás preciosa. —Se detuvo. Su voz, entre varonil y meliflua, me hizo estremecer con un dulce cosquilleo. Delicioso y, la verdad, algo incómodo. Fui a hablar, pero puso un dedo sobre mis labios y no me dejó—. No, por favor, que no te incomode. No tienes ni idea de las veces que he tenido que callármelo. No quiero más censura entre nosotros.

El dedo que tenía sobre mis labios lo movió con ternura hacia la mejilla, acariciándola. La magia que brotaba cuando estábamos tan cerca empezó a rodearnos.

—Abel, necesito respuestas —pedí embriagada.

Tardó un poco en contestar con sus ojos prendidos en los míos, como si en ellos encontrara las palabras que parecía estar buscando. Se llevó la mano a la boca y se pellizcó el labio inferior.

—He venido porque quiero que nos demos una oportunidad. Conocernos, empezar de cero. Lejos de todo. Tú y yo, nada más. Descubrir hacia dónde nos lleva.

—¿Y si sólo era un juego? ¿El morbo de lo prohibido? —le reproché.

—¿Y si lo que sientes por mí es sólo una obsesión? —De nuevo, fui a contestar, pero no me dejó—. No quiero un beso, un revolcón, ni pasar juntos un fin de semana para satisfacer mi deseo o el tuyo. ¿Qué sientes ahora mismo?

—Miedo..., no sé..., muchas cosas.

—¿Buenas o malas? —Dio un paso más y puso sus manos en mis caderas

como para que no me quedara duda de la fuerte atracción que nos unía.

—Buenas —admití, y sonreí débilmente.

—Yo también. Déjame seducirte como mereces. Como has soñado y como deseo. —Alargó la mano entre los dos queriendo formalizar un pacto—. ¿Aceptas?

—Acepto —afirmé dándole un apretón. Después agachó un poco la cabeza y me besó los nudillos.

—¿Qué te parece si volvemos, dejamos a los perros en casa y nos vamos a tomar un buen desayuno inglés? Me gustaría que me enseñaras un poco la ciudad.

—Estaré encantada de ser tu guía.

Surrealista y real

Me encantaba Whitstable; es de esos sitios que no sabes muy bien qué tiene, pero te gusta. Hasta que paseas al lado de un arquitecto que te hace darte cuenta de que la gran mayoría de los edificios tienen sólo dos plantas.

—Entra más luz y da la sensación más de pueblo. Se le da más prioridad al peatón, hay flores, las fachadas tienen mucho colorido. Te olvidas rápido de la ciudad y su caos —me comentó alegre.

Soy de esas personas que cuando están en un país extranjero quieren empaparse de su cultura. Y Abel parecía que también era de éstos, porque los dos optamos por huevos revueltos, beicon, salchichas —yo lo pedí sin las judías con salsa de tomate porque no me gustaban nada— y tostadas. En lugar del café largo que nos gustaba, tomamos té. Inmersión británica absoluta. The Peter Cushing - JD Wetherspoon había sido un antiguo cine, y ahora esa cadena lo había convertido en un pub. Estaba situado en Oxford, la calle principal. Era espacioso, con una decoración estilo *art déco* e inspirada en el mundo del cine. Vi que había acertado con el local porque sólo de entrar los ojos de Abel se pasearon de una pared a otra con una sonrisa divertida en el rostro. Me habló de Queta y sus pequeños encuentros.

—Era la única que se atrevía a hablarme de ti. Ivet, Elsa, tu hermano..., todos rehuían mis preguntas. Joder, yo sólo quería saber que estabas bien, lo necesitaba, pero nadie decía nada. Hasta que me armé de valor y pasé a saludar a la quiosquera; tengo que confesar que me daba miedo.

—¿Miedo? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sabe por qué estás aquí ¿verdad? —Afirmé con la cabeza—. Lo

imaginaba. Pero es Queta, así que en lugar de decirme que no tenía ningún derecho, hizo lo contrario. Ya dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Sin siquiera preguntarle me contó todo lo que le relatabas en las postales. Creo que no fue con mala intención, ella sólo quería hablar de ti. Y, aunque me encantaba saberlo, no sé..., me martirizó más. Me hacía sentir más culpable.

Pasaron dos horas sin darnos cuenta, allí sentados tocando «el tema», pero de puntillas. Como una avanzadilla. No sería fácil hablar de lo que pasó, pero estábamos dispuestos a ello; poco a poco. Y, aunque la conversación al principio fue algo agria, poco después hablamos de todo. Porque, a pesar de lo ocurrido, éramos amigos, y no dos extraños que no se conocen de nada. Me contó que sus padres volvían a estar juntos, tanto creían en esa nueva oportunidad que habían decidido hacer el viaje. Fue como si los últimos meses no hubieran existido. Era él, pero más abierto, más espontáneo. Hablaba sin parar, se reía..., y yo me dejé llevar por su carisma.

—Al día siguiente de que Eloi estuvo aquí me colapsó el *e-mail* con fotos de los dos. El asunto era: «Muérete de envidia, cabrón». Quiero la revancha —dijo al salir del pub.

Era jueves al mediodía y estábamos en la calle principal de la ciudad, había gente, pero poco le importó. Sacó su móvil y empezó a echarnos fotos. Se puso detrás de mí, pasó su mano por mi cintura y me pegó a su cuerpo. Reía, me besaba en el pelo y yo le seguía el juego atontada perdida sin prestar atención a los clics que iba oyendo.

Eloi nos llamó en cuanto le mandamos algunas, y Abel puso el manos libres.

—¡Por fin! Me preguntaba qué vería antes: una cana o a mi mejor amigo siendo valiente.

—Te lo debía. Te odié a muerte aquel día —admitió risueño Abel.

—Al menos hicieron su cometido. Si no, ahora no estarías ahí con una de las mujeres más fascinantes que he conocido en mi vida.

—Cuidado con lo que dices.

—Tío, en más de quince años nos hemos peleado una sola vez, y ha sido por ella.

—Por eso mismo.

—Si alguna vez lo dejas de querer, piensa en mí, ¿vale? —murmuró seductor Eloi.

—Sabes que serás mi primera elección —contesté sonriendo al ver cómo Abel apretaba la mandíbula.

—¿Ya has olvidado a tu azafata? —le reprochó.

—No. ¡Qué idiotas nos vuelve el amor! ¡Sed malos de una vez por todas! —gritó antes de colgar.

«¡Es peor que yo con la ropa!»

Expulsé todo el aire que retenía por la boca haciendo bastante ruido, expresamente, para que me oyera. Me había pedido que lo acompañara a comprarse una chaqueta con capucha. Habíamos dado ya un par de vueltas en todas las tiendas y seguía sin decidirse. Le gustaba una Barbour, ¡claro, y a mí! Era la típica chaqueta inglesa, pero el precio era exorbitante. Al menos para mí, que estaba sin trabajo y mis ahorros iban menguando a una velocidad vertiginosa. Estaba deseando que me ingresaran el pago anticipado por la novela de Candela y la historia corta del parque para ver un positivo en el extracto. Eso me hizo pensar en que Abel aún no me había contado qué pensaba hacer con su trabajo. Cuando le había preguntado por el tiempo que iba a quedarse sólo había respondido «el suficiente». ¿Se había cogido vacaciones? ¿Era una escapada o algo más duradero? ¿Podía permitirse el lujo de trabajar a distancia? Intenté apartar aquellas preguntas mientras él se probaba —en la enésima tienda que visitábamos— una parca con menos estilo *british*, pero práctica y que cumplía aquello de «bueno, bonito y barato».

La última parada aquella mañana fue en uno de los supermercados. El carro pronto se llenó de productos de higiene y alimentos básicos del día a día que Abel necesitaba. Me invitó a comer a su «casa» y decidimos comprar algo de marisco —gambas y almejas— para preparar unos espaguetis a la marinera. Los dos, paseando por los pasillos, hablando sobre vinos y banalidades...; era tan cómodo, tan normal que me dio un poco de vértigo, y, por segunda vez en poco rato, volví a hacer lo imposible por apartar aquella angustia.

Llegamos a su *hut*. Calculé que no estaba ni a un kilómetro de distancia de casa de Charlotte; a pie de playa y, por detrás, el campo de golf. Por fuera estaba pintada de azul, se accedía por una terraza de madera donde había dos sillones. La puerta y los marcos de las ventanas eran en blanco. Dentro, por la distribución y el tamaño me hizo pensar en una autocaravana, una vivienda con encanto y con todo lo esencial. Las paredes, igual que el techo, y las vigas eran en blanco.

—Echa un vistazo mientras voy colocando todo esto —me dijo.

Al entrar, a mano derecha, había una escalera empinada para subir a la habitación, que daba a una especie de balconada sobre el resto de la estancia. El baño era minúsculo, con un váter y una ducha tan pequeña que dudaba que Abel entrara en ella. La cocina se componía de una minipila y una encimera de madera con una placa de vitrocerámica de un fuego. Debajo, dos armarios, uno de ellos era la nevera. En una estantería sobre el fregadero, un microondas y un hervidor. Las tazas y los platos estaban colgados como decoración. En la pared contraria, un sofá de rayas azules y blancas. Toda la decoración, la poca que había, tenía un toque muy marinero y sobrio. En el fondo de la estancia, contra la pared, había una mesa de madera clara y dos sillas blancas. Sobre ella, una ventana estrecha en horizontal que daba al campo de golf.

—¿Puedes subir a por el portátil? Pondré algo de música.

Fui a por él. La parte de arriba era más grande de lo que esperaba, aprovechando la altura en la zona más abovedada del tejado, pero, con todo y con eso, imaginé que Abel tendría que agacharse para moverse por allí. Me

entró un dulce cosquilleo al ver la cama. Era grande, ocupaba casi todo el ancho de la casita. Estaba sin hacer, pero las sábanas, en lugar de ser un pelotón, estaban bien dobladas a los pies de la misma. Bajé y se lo di aún con la respiración acelerada; se sentó en el sofá y, al poco, los primeros acordes de la canción *Single for the Summer* de Sam Hunt empezaron a sonar.

—Creo que voy a alimentarme a base de bocadillos y ensaladas —bromeó cuando empezó a buscar un bol donde verter las almejas y ponerlas en agua y sal para que se abrieran y no encontró ninguno, por lo que tuvo que utilizar la única cacerola que había.

—Traeré algo de embutido, jamón y queso de Eric que me mandaron el otro día mis padres. —Desde que les había dicho que era lo que más echaba de menos, cada mes recibía una caja con provisiones.

Cogí las cebollas y me puse a cortarlas en juliana. Tuve que hacerlo en la mesa porque en la «cocina» no cabíamos.

—En vista de la logística, creo que voy a hacer un arroz. O lo hago en dos tiempos o veo complicado hervir la pasta y hacer el resto.

Tres meses de amor prohibido, cuatro meses de ausencia. Un encuentro en el aeropuerto. Dos semanas de esperanzas. El día anterior encontrarlo en la estación de tren, conocer sus planes de quedarse, el beso. Y allí estábamos, como un viejo matrimonio hablando de qué hacer para comer... Me sentí tan cómoda, tan bien que me colapsé. Me fui al baño cuando noté que los ojos se me anegaban.

«¡Putas lágrimas, ¿es que no se van a terminar nunca?!»

Tomé aire y lo solté despacio, pero la ansiedad fue en aumento, igual que el llanto. No sé qué fue lo que lo alertó, si fueron los sollozos o que ya llevaba mucho rato allí escondida, pero de golpe lo oí detrás de la puerta.

—¿Estás bien? —Tragué saliva para contestar, pero no me salió la voz—. Voy a entrar.

—Yo... —balbuceé cuando lo tuve delante.

—Ven aquí. —Me tendió la mano, porque era imposible que cupiéramos

los dos allí dentro, y salí.

Me pasó el brazo por la cintura y salimos al exterior. La brisa salina me azotó la cara y me agarré a la baranda de madera. Cerré los ojos y suspiré con fuerza.

—Manuela... —Me volví al oírlo. Estaba detrás de mí, sin saber muy bien qué hacer. Corrí hacia él y lo abracé. Noté cómo relajaba los hombros al sentirme pegada a él—. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo...?

—No. Yo... Esto... No me creo que estés aquí... —hipé.

—Mírame. —No le hacía caso porque me costaba despegarme de su pecho.

Puso sus manos a cada lado de mi cara. Eran grandes y desprendían calor, giré un poco el rostro para acomodarme en ellas, y me obligó a hacerlo mientras con los pulgares intentaba secarme las lágrimas, que no cesaban.

—Todo esto, hoy, es tan... Tengo miedo de que sea un sueño y despertar en mi cama.

—Es real. Siénteme. —Y me pegó con más fuerza a su cuerpo—. Estaba deseando volver a tenerte así.

—Odio que huelas tan bien —murmuré con la nariz pegada a su cuello cuando su olor me bloqueó la respiración.

—Eso ya me lo habías dicho —ironizó con dulzura—. Dime qué necesitas. Sólo quiero que estés bien, no quiero presionarte.

—Pues me estás abrazando con mucha fuerza —bromeé. Una de sus manos estaba en medio de la espalda y la otra en mi nuca.

—No lo puedo evitar —admitió atrayéndome de nuevo hacia su pecho—. ¿Quieres irte?

Lo pensé. Puede que fuera lo mejor, ir poco a poco.

—No. Necesito más de esto para aceptar que es la realidad. —Pero, como siempre, mi mente decía una cosa y acababa haciendo otra.

No sólo me costaba asumir que Abel estaba en Whitstable. Además, estaba muerta de miedo, pero no sabía qué me lo daba más, si intentarlo y descubrir que todo era una ilusión y que hay amores que no tienen más vida que en los

sueños, o encontrar que era lo mejor de mi vida y me lo estaba negando. Dudas no resueltas que resultaban ser una carga constante. Ante mi respuesta, carraspeó antes de añadir:

—Me muero por besarte.

—Ahora sabes lo que sentí. Tenerte cerca, desearte, querer algo más que un roce... Pasé tres meses de este calvario.

—Ahora sólo existe un Abel y una Manuela que se gustan y que están dispuestos a todo.

—¿A todo? —repliqué ilusionada.

—Por mi parte, sí. ¿Y por la tuya?

Como respuesta, me puse de puntillas y lo besé. Con las ganas que me consumían desde hacía años, como había deseado durante aquellos meses. Eran besos cortos. Un roce sensual de labios, sutil y cálido. Disfrutar del contacto, alejarse unos milímetros, compartir el aire, sonreír y volver a empezar. De pasión contenida, de emoción esparciéndose con el aleteo de las alas.

—Pensé que el próximo beso iba a tardar...

—Me he dado cuenta de que, si te lo pongo difícil, soy la primera que salgo perdiendo. Yo quiero, tú quieres, el resto está de más.

Gruñó de satisfacción y me alzó sin esfuerzo sentándome sobre la baranda. Se situó entre mis piernas y me observó como si me estudiara en detalle. Me regaló una sonrisa llena de propósitos y volvió a besarme. Empezamos como antes, pero poco a poco se fue intensificando. Escondí la mano bajo su jersey y acaricié la piel caliente de su espalda al tiempo que lo estrechaba más cerca de mí con el fervor de quien consigue por fin lo que tanto ha deseado. Labios, lengua, manos, dedos, piel. Cada parte de nuestro cuerpo se buscaba.

—Será mejor que sigamos con la comida —propuso antes de morderme el labio con anhelo y seguir descubriendo cómo nos gustaban los besos.

André Breton, el precursor del surrealismo, hablaba de una nueva realidad, una en que la vida y el sueño, más que opuestos, eran complementarios, y yo

sentí que era allí exactamente donde estábamos, en esa otra realidad.

Adaptación

Cuando entramos sonaba *First Time* de Lifehouse. «Tal vez me equivoque, pero me siento bien, donde sea que esté sólo contigo, como estar enamorado de ti por primera vez [...] —decía la letra, tan perfecta para ese momento—. El mundo que veo dentro de ti, esperando a nacer, llamándome a soñar, la realidad en tus ojos...»

«¿Soy débil por caer de nuevo? ¿Por sucumbir al deseo?» No sabía la respuesta, sólo sé que me dejé llevar por lo que sentía. Está más que demostrado que soy una persona que se mueve por sentimientos y no por razones.

Hizo un chiste sobre el tamaño de las casas y si éramos gnomos, pero no lo recuerdo. Yo seguía con el sabor de la realidad en mis labios; como esas uvas que, al morderlas, esparcen su dulce sabor, que se escapa por la comisura de la boca, y te relames para no perder ni una gota. Mi realidad, tanta y tan de golpe que me costaba retenerla, por eso aguantaba el aire, queriendo alargar los minutos.

El bagaje de los meses vividos estaba allí para lo bueno y para lo malo. Nos conocíamos, había una amistad que hacía que fuera cómodo sentirnos a gusto estando en compañía del otro. Aquella electricidad que emergía cuando estábamos cerca seguía allí, latente, pero ya no tenía que esconderme por no poder sentirla, ni bajar la cabeza avergonzada cuando el deseo brillaba en mis ojos.

No me pasó desapercibido el profundo suspiro que lanzó antes de concentrarse en poner a dorar las cabezas de las gambas para sacar todo su

jugo para luego hacer el caldo.

—¿Cómo vas a hacer con el trabajo? —le pregunté.

Había terminado de cortar las cebollas y nos serví dos tazas —porque no había vasos— de vino blanco.

—He traído el portátil. Tengo que terminar algunas modificaciones; no son vacaciones, pero sí que es a otro ritmo. ¿Y tú, las clases?

—Ahora sólo tengo los martes por la mañana y los viernes de once a tres. Tengo que hacer unos informes. —Le conté el nuevo trabajo sobre los currículos que me había dado Ingrid.

—Suena interesante.

—Lo es. Además, he terminado las correcciones de los libros. Ahora estoy recabando información y pensando en la trama del próximo.

Brindamos dos veces y seguimos hablando.

—¿Crees que podremos hacer un poco de turismo? Había pensado en alquilar un coche e ir a Dover, mi vena arquitecta me pide ir a Chilham, un pueblo medieval, y todo lo que se te ocurra.

—Claro que encontraremos el tiempo. Esta tarde tengo que ir a Canterbury. —Él estaba delante del fuego pendiente de la sartén y yo estaba apoyada en la escalera, cerca, pero a una distancia prudencial.

—¿Tienes que ir a la universidad?

—No. El sábado Charlotte cumple ochenta años y le hacen una fiesta sorpresa y aún no tengo el regalo. ¿Te apetece venir?

Dio un par de pasos hacia mí y tuve que levantar la cabeza para poder mirarlo. Tardé unos instantes en reaccionar, en pensar que poner la mano en su pecho como deseaba no era nada prohibido, al contrario; yo lo necesitaba, y él también, en vista de cómo sonrió al sentir la caricia.

—Contigo, todo —murmuró.

Se inclinó y me sonrió como pidiéndome permiso para besarme. Eliminé el espacio que quedaba y busqué ávida sus labios.

«Sigue besándome así hasta que se termine la eternidad y puede que

después acepte que esto es real.»

En el tren dejé que Abel se situara en el lado de la ventana; yo ya había tenido el privilegio de ver ese precioso paisaje. Entre que era la hora de la siesta, los nervios, la pasada noche en vela y el traqueteo, al final me quedé dormida acurrucada con la cabeza sobre su hombro. Cuando desperté, su mano descansaba en mi cintura y notaba el calor de su pecho pegado a mi mejilla.

—Lo siento, soy una pésima compañera de viaje. No he dormido mucho esta noche.

Me cogió desprevenida y de un movimiento me sentó de lado sobre su regazo, con mis piernas ocupando mi asiento. Siempre me había sentido un saco de huesos, pero desde aquel día le vi muchas ventajas a ser un peso pluma. Tenía una mano rodeándome la espalda y la otra descansaba sobre mis rodillas.

—No pasa nada. No me gusta ser el causante de tus desvelos. Sólo deseo que a partir de ahora, cuando te quite el sueño, sea por tenerte bajo mi cuerpo.

—O tú bajo el mío... —Le mordí el labio y gimió.

Oímos cómo alguien detrás de nosotros tosía de forma disimulada. Nos miramos un momento y me guiñó un ojo, pero siguió abrazándome con ternura.

—Creo que empiezo a saber qué es «esto» —admitió con sus labios jugueteando con el lóbulo de mi oreja.

—¿Esto? —dije señalándonos a los dos, asintió y me dedicó una sonrisa ladeada.

—Algo que no quiero que tenga fin.

—Lo que más miedo da es la claridad con la que sabemos algunas certezas —filosofé con la mirada fija en la suya.

El regalo se me ocurrió después de dar un par de vueltas por el centro y no ver nada que me gustase. Tomando un té y una porción de pastel de zanahorias tuve una idea, algo relacionado con *Frankenstein*, su libro favorito. A través del buscador del móvil vi que existía una nueva edición especial con ilustraciones. Tuvimos que buscar en cuatro librerías distintas hasta que lo encontré. Al salir a la calle, no me percaté de que venía una bicicleta y casi me arrolla; suerte que Abel tiró de mi mano y me apartó.

—¿Estás bien?

—Sí; no la había visto.

Empezamos a andar de nuevo y tardé unos segundos en darme cuenta de que íbamos de la mano; me chocó tanto que hasta me detuve con la vista fija en ese detalle.

—No más distancias —dijo dándome un apretón—. No soñar, no imaginar, no pedir. Sólo hacerlo. Sólo vivirlo. Aquí, ahora.

Cogidos de la mano, seguimos callejeando por aquella ciudad, sin rumbo, sólo por el simple placer de hacerlo juntos. Su mano fuerte junto a la mía era esa ancla que me retenía en la realidad. Sentí vértigo al ver cómo había cambiado mi vida en apenas veinticuatro horas. Pero no lo concebía de otra forma. Puede que fuera otra estupidez, arriesgar tanto al volver a perder la cabeza de aquella forma. Pero él, Abel, el hombre de mis sueños, había cogido una maleta y se había presentado en Whitstable porque quería poner nombre a aquello que nos hacía vibrar. Yo tenía claro que era amor, del bueno. Del que hace sonreír, cometer locuras, por el que merece la pena arriesgarlo todo. Y Abel, aunque lo tenía por una persona cobarde, había demostrado con aquel viaje que estaba dispuesto a afrontar sus miedos por algo en lo que creía.

Una costumbre que tenía era buscar consejos en la web sobre dónde ir a comer, así descubría locales que tenían un encanto propio. Esa vez nos llevó a The Foundry Brew, una fábrica de cerveza con pub integrado. La variedad que

ofrecían de cervezas de todo el mundo, de sidras y vino nos dejó alucinados. El ambiente era cálido, relajado e informal. Tenían la opción de seleccionar cinco tipos de cerveza entre su gran carta; te las presentaban en una especie de bandeja ovalada en forma de puente, en vasos de tercio. Para comer nos decidimos por el costillar con una salsa de miel y cerveza que hacía que te chuparas los dedos.

El móvil me sonó y vi que era un mensaje de Margaret:

Mi madre dice que tienes visita de alguien especial, tráelo el sábado. Nos encantará conocerlo.

—¿Quieres acompañarme el sábado a la fiesta?

—¿De verdad?

—Margaret, la hija de Charlotte, acaba de invitarte.

Aceptó encantado y me pidió que le hablara de ellos.

Sonaba *Sorry Seems to Be the Hardest Word* de Elton John, pero la versión que hizo Joe Cocker: «¿Qué tengo que hacer para que me quieras? ¿Qué tengo que hacer para ser escuchado? ¿Qué digo cuando todo ha terminado? Cuando “perdón” parece ser la palabra más difícil... Es triste, tan triste, es una triste situación. Y se ha hecho más y más absurdo. Es triste, tan triste. ¿Por qué no podemos hablarlo? Oh, me parece a mí que “perdón” parece ser la palabra más difícil.»

Y, mientras Joe cantaba, yo le contaba a Abel cómo, después de tomar la decisión y decirle a mi jefa que me iba, me propuso hacer el máster. Cómo su amigo y decano de la universidad, James, me había hablado de Charlotte y del alquiler de la habitación.

—Y, a pesar de aquel caos, todo parecía salir rodado, convirtiendo una huida en un viaje lleno de proyectos que deseaba realizar.

—Lo siento —dijo cargando cada vocal con el peso de aquellos meses. Su rostro se transformó.

—Abel... —lo interrumpí—, no creo que sea el mejor sitio, y, la verdad,

no me apetece meter el dedo en la llaga.

—No quiero que sea un tabú, o nos comerá. Puede que no hoy, pero tendremos que hablarlo.

—Al mediodía lo hemos hecho, y ahora también. Poco a poco —le pedí.

Una noche fría y húmeda nos esperaba al salir a la calle. Me pasó el brazo por encima de los hombros y me atrajo hacia él. Abrazados y en silencio, fuimos hacia la estación. Como Abel decía, no podíamos convertir nuestro pasado en un tabú porque nos comería, y en aquel paseo se notó. Se notaban todas las palabras no dichas, las culpas y los reproches por parte de los dos. Había mucho que asimilar, y creer que la herida ya estaba cerrada era un gran error. Me acompañó hasta casa de Charlotte. Al día siguiente era viernes y hasta las tres de la tarde no terminaba las clases.

—Aprovecharé para trabajar por la mañana, ¿te pasarás un rato cuando vuelvas? —preguntó algo cohibido.

—Nos vemos en la *hut* —le contesté, y rodeé su cintura y me acerqué a él —. Ya sabíamos que no iba a ser fácil.

Con aquel abrazo no sólo buscaba su consuelo, sino también el mío. Me apretó fuerte contra él y, en lugar de faltarme aire por la opresión, sentí paz. Se inclinó y me depositó un beso en la frente, después fue bajando muy despacio, otro en la punta de la nariz, y mis labios vibraron impacientes esperando su roce. Se hizo de rogar, pero llegó. Demencialmente lento, jugoso. Vibrante de los pies a la cabeza. Extremadamente sensual.

Poco después de meterme en cama recibí un mensaje suyo:

Sueña bonito.

Me cansé de soñar, prefiero vivir bonito.

Creo que la palabra que busco para describir lo que sentí sería que me acojoné. Pasé de nuevo la noche en vela; las emociones del día tenían un efecto excitante peor que la cafeína en vena. Todo el día juntos, él y yo, dejando salir aquel deseo que sentíamos. Fue demasiado fácil dejarse llevar y olvidar por qué estábamos a más de mil kilómetros de casa. Teníamos que hablar, claro que sí, pero al hacerlo aparecía el fantasma, y con él venían las dudas y los remordimientos. Su cercanía, sin la prohibición ni el pecado, era una atracción demasiado atractiva. Me había propuesto hacerlo esperar, que sintiera un poco de esa ansiedad que provoca tener tan cerca lo que ansías más que nada y que no puedes conseguir. De nuevo fui débil, pero Abel era mi debilidad, y lo besé. Porque lo necesitaba tanto o más que él. Porque necesitaba sentir para creer que él estaba en Whitstable dispuesto a todo, como había dicho. Porque, a esas alturas de la película, yo necesitaba más que un amor de color de rosa, lleno de promesas y quedarme sólo con las mariposas. Necesitaba acciones, como venir hasta mí. Y, aunque dolieran, necesitaba oír de su boca todas aquellas palabras que durante tanto tiempo estuvieron encadenadas en nuestras gargantas. Necesitaba todo lo que Abel estaba haciendo.

Y lo besé y ya fue imposible dejar de hacerlo. De buscar un roce sólo por sentir su piel vibrar junto a la mía, de poder relamerme observándolo sin pudor y verlo sonreír al pillarme in fraganti. Descubrir un Abel dispuesto a dejar la cobardía de lado, a abrirse, a hablar, a mostrarse como pareja... ¿Pareja?... ¿Relación?

«¡OH, DIOS MÍO!»

Me paralicé cuando me di cuenta de que estábamos empezando una relación. Sí, lo sé, es estúpido, pero a veces hasta que pones nombre a algo es como si no acabara de ser. Y, aunque durante todo el día nos habíamos comportado como tal, ese instante me puso tan nerviosa que me acojoné. La mezcla de ilusiones, esperanza y temores era tan loca y disparatada que era

imposible hacer balance porque los valores no dejaban de variar. Teníamos un bagaje a nuestras espaldas, uno que nos recordaba que en la vida no todo es blanco o negro. Que hay matices, y ese pasado estaba allí para dar esa dosis de realidad que muchas veces la emoción de un nuevo amor no deja ver. A nosotros, como a todo el mundo, nos hacía volar y era extraordinario; pero sin olvidar de dónde veníamos. Un pasado que ponía trabas y que hacía que el camino no fuera fácil, pero no por ello quitaba las ganas de seguir andando. Saltando. Volando... Siempre que fuera cogida de su mano.

«Vale, acepto que estaba como cualquiera que pasa el primer día junto a su pareja, con la ñoñería por las nubes...»

El viernes, cuando me levanté —más agotada que cuando me acosté—, una única palabra retumbaba en mi cabeza: «TIEMPO».

Necesitaba tiempo para asumir. Primero di una vuelta con los perros, pero mi cuerpo me pedía velocidad. Cuando volví a casa, me vestí con un *short* y una camiseta de tirantes y salí a correr. La brisa salina se pegó a mi piel y me provocó un escalofrío. Bobby Bazini cantaba *C'est la Vie* mientras mis pisadas hacían salpicar la arena. El movimiento hipnótico de las olas y la paz que produce respirar el infinito del mar fue relajándome y dándome ese subidón de energía que necesitaba.

Fui a la universidad, pero puedo aseguraros que sólo calenté la silla; no recuerdo ni una palabra, ni siquiera de qué iba la clase. Al salir, aproveché el wifi del campus e hice una llamada por Skype a las chicas. Después de que el miércoles les mandara un mensaje diciendo que Abel estaba en Whitstable, me pidieron todos los detalles, pero no estaba preparada y les dije que ya las llamaría cuando fuera capaz.

—¡Por fin! Eres una amiga horrible —me saludó Ivet.

—¿Y eso? —le pedí sonriendo.

—Porque nos tienes en ascuas —me respondió Elsa—. No puedes soltar una bomba como ésa y no dar señales de vida ¡en dos días!

—Nos has pillado haciendo la maleta para ir a verte y saber qué pasaba —

añadió la otra.

—Exageradas —reí.

—O hablas o te retiramos la palabra para siempre —gritó Ivet.

Empecé a relatar el encuentro con Abel en la estación de tren y todo el día anterior. No dejaban de interrumpirme con preguntas buscando todos los detalles, y el resumen se extendió tanto que parecía que estuviera contándoles la Biblia.

—Vale, el tío se lo está currando; mi opinión de él va mejorando —dijo la Dalai.

—¿Cómo te sientes?

—Pues no he dormido —le respondí a Elsa—. Y ahora es en plan: quiero tiempo para asimilar que está aquí. El día de ayer..., no sé. Es tanto y tan de repente...

—¿Tienes dudas de lo que sientes? ¿O de él? —siguió la futura mamá.

—No, para nada. Cada beso, cuando me cogió de la mano, hablar, aunque no me gustara el tema... Es tan sencillo, no sé cómo describirlo. Supongo que como ya éramos amigos antes, ese *feeling* facilita este comienzo. Un Abel nuevo, que todavía me gusta más. Por eso da miedo. Ahora es bonito, pero ¿y mañana? ¿Cuando vuelva a la ciudad? ¿Cuando se entere Nerea?

—Des-pa-ci-to —cantó burlona Ivet—. No, ahora en serio; es normal que te preocupes por el futuro porque no será fácil, y Nerea hará de las suyas, pero no le des permiso para hacerte daño. Lo suyo no pudo ser, pero no quiere decir que lo vuestro tampoco.

—Nola, si fuiste egoísta para irte, sé egoísta para disfrutar de esto sin pensar en los demás. Es tu vida. El amor es cosa de dos, de nadie más —añadió la otra.

Sabía que me costaría, pero les prometí intentarlo. Elsa me habló del embarazo; me contó que se habían terminado las náuseas matutinas, aunque habían sido reemplazadas por un hambre atroz a todas horas, y que la habitación de Olivia estaba terminada.

—Gracias a Guillem, si no llega a ser por él, seguiríamos sin cuna, ya me veía metiendo a mi niña en una caja de zapatos.

—Es que mi novio es perfecto.

—¿Lista para el viaje? —le pregunté. Cuando había estado en Barcelona, me contó que Guillem la había convencido para que se cogiera una semana de vacaciones en mayo y lo acompañara a Tokio.

—¡Ay, Virgencita, que me voy a Japón! Me está entrando como ansiedad. No sé por qué lo veo como una prueba de fuego. No hemos estado más de cuatro días juntos, y allí estaremos solos y ¡en la otra punta del mundo!

—Bueno, eso de solos..., es el país más poblado del planeta —la picó Elsa, burlándose.

—Ya me entendéis.

—Pues aplícate el cuento —la sermoneé, fingiendo seriedad—. Despacito y no quieras correr. Disfruta al máximo y el tiempo dirá.

Y no sé si ella me hizo caso, pero yo en cuanto llegué a Whitstable le mandé un mensaje a Abel diciendo que me dolía la cabeza y que prefería ir a casa.

En cuanto lo recibió me llamó, pero corté la llamada y le envié otro mensaje pidiendo tiempo.

El que necesites.

Todo lo que puede ocurrir

Abel

Estaba acojonado. Por si llegaba demasiado tarde. Por si había perdido la oportunidad de estar con ella, pero no de vivir. Me explico: quería arriesgar, sin más indecisión, sin negarme por ser un cobarde. Tenía mis dudas sobre cómo me recibiría, pero me agarraba a esa esperanza, la que me decía que Manuela se había enamorado de mí mostrándole todos mis defectos. Estaba dispuesto a tomar cualquier cosa que ella me ofreciese. Un bofetón. Silencio. Ignorancia. Amistad. Claro que, por pedir, me conformaba con una vida entera.

Como me dijo mi padre cuando les comenté que me iba: un barco amarrado estará seguro, pero no fue construido para permanecer en la orilla. Y me fui en su busca, con una maleta a cuestas y las ilusiones flanqueándome a miles como los guerreros de Xi'an. Llegué a Whitstable pensando en la mejor forma de darle una sorpresa y en la mismísima estación de tren fui yo el sorprendido. «¡¡Hostia puta, divina casualidad!!»

Joder, qué puto subidón me entró. Del puro nerviosismo, exploté riéndome como un carcamal. Y allí estaba ella, tan guapa, tan sorprendida, tan jodidamente deseable que no me pude resistir. Necesitaba besarla y lo hice. Pero un beso no pasa sin más. Un beso se crea, se busca, se disfruta, y Manuela, aunque la pillé desprevenida, me respondió con la misma fuerza que la noche que se fue. Porque hay veces en que las palabras están sobrevaloradas y todo lo importante se puede decir con un beso, un latido. Una mirada. Y en eso nosotros éramos unos expertos. Me dejó completamente

pasmado que me dejara allí y se fuera, pero era tan Manuela que tengo que decir que me gustó. Claro que hubiera preferido que me acompañara y terminar en la cama, pero eso era lo que hacía que fuera tan auténtica.

A la mañana siguiente fui a buscarla. Pensaba que pasaría peor noche, pero supongo que el cansancio y las mismas emociones me dejaron K.O. sólo con tumbarme en la cama. La *hut* que había alquilado era pequeña, pero perfecta; tal como la imaginaba. Estaba deseando enseñársela, porque estaba seguro de que le encantaría. Por lo que conocía a Manuela, no era de hoteles de lujo ni de contar estrellas, sino de sitios con encanto propio.

Eloi me había hablado de sus rutinas, y, a pesar de aquella llovizna, a las siete ya estaba allí, deambulando de un lado a otro esperando que saliera. Me reí unas cuantas veces pensando en Braveheart, cuando le decía a Murrón que ese tiempo era el mejor para salir a pasear. ¡Ah, cuántas memeces decimos para conquistar a la chica!

Mi primer día en aquel pueblo costero fue fantástico. Manuela se mostró cercana y juguetona. Me tenía loco buscando su roce, buscando cómo hacer y qué decir sólo por oírla reír, pero de verdad, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca abierta para que saliera todo. Sin complejos. Natural. Tan absolutamente fascinante. Pero también se mostró vulnerable cuando en aquella terraza, con las mejillas mojadas, me confesó que tenía miedo de que aquello no fuera real. No sabía cómo hacerle ver que aquello era la vida, la nuestra. La abracé y sentí que el pecho me explotaba cuando fue ella la que se puso de puntillas y me besó. La senté en la baranda y observé atolondrado sus ojos oscuros, donde yo sólo veía luz. Era como una pantalla minutos antes de empezar la película, todo estaba por decir; era mirarla y no poder apartarlos esperando más, fascinado por cómo brillaban y se dilataban las pupilas. Dios, tenía el puto universo allí dentro dibujado, con sus estrellas, sus galaxias... Descubrí que todos los mundos que yo quería conquistar estaban allí y que no tenía ni idea de que existían hasta aquel momento.

Llegó el viernes, pero no Manuela. Y la incertidumbre, las dudas y el malestar se fueron incrementando a lo largo del día al no saber nada de ella. Hora que pasaba, hora que me sentía como un puto hámster encerrado sin poder moverme. Cuando a media tarde la llamé, después de recibir su mensaje diciendo que tenía dolor de cabeza, y no me cogió el teléfono casi me da un infarto. Me pidió tiempo y, aunque me mordí la lengua, se lo concedí. Ella lo merecía, había esperado por mí durante meses, que yo sufriera un poco no tenía importancia.

Y me di cuenta de lo fácil que resultaría rebasar aquella línea, la que hay entre la locura de la propia vida y la locura enfermiza. Porque deseaba encerrarla en mis brazos y no dejarla ir sólo con pensar en perderla, sin contemplar la posibilidad de olvidarla.

Así que busqué con quien compartir las penas y pasé una noche ardiente con Bell's, un whisky escocés que había dejado a modo de cortesía el propietario de la *hut*.

Cumpleaños a la escocesa

Ninguna noche es eterna, como tampoco la lluvia. Amanece, sale el sol, y yo me levanté el sábado con la ilusión desbordando por los poros de mi piel y con unas ganas terribles de él; tanto como para presentarme en la *hut* antes de las ocho y media de la mañana. Antes, sin embargo, pasé por una panadería a buscar una barra de pan de trigo sin refinar y me encapriché de un bollo de queso parmesano, que también compré. En la mochila llevaba jamón, embutido y un queso de los que hacía Eric.

Darcy y *Elizabeth* se acomodaron en la terraza, y llamé a la puerta con los nudillos y con el corazón acelerado.

—Desayuno a domicilio —anuncié con voz de recepcionista cuando me abrió la puerta.

Sólo llevaba los bóxers como única vestimenta, el pelo era una maraña y el sueño —o, mejor dicho, el insomnio— se reflejaba en su cara. Estaba tan sexy que dejé caer la bolsa y la mochila y me tiré a sus brazos enroscando mis piernas a su cintura. Devoré —no puedo usar otro verbo— sus labios. Él me respondió con la misma ansia, clavando los dedos en mis nalgas. Fui a separarme, pero Abel no me dejó y me agarró con más fuerza.

—Aún no —susurró apartándose un poco para poder mirarme, y después volvió a pegarme a su pecho—. Necesito sentirte, dame un minuto.

«Te doy la vida entera.»

—Lo siento, no era lo que pretendía. Sólo... —Me silenció besándome. Húmedo, con la melodía de los labios chocando, acompañados por suspiros y

gemidos—. Ni te imaginas la de mañanas que he deseado darte un beso de éstos cuando aparecías vestido así...

—Las mismas que yo a ti —admitió con su boca pegada en el lóbulo de la oreja, haciéndome cosquillas con la lengua.

El ladrido de los perros nos hizo separarnos. Reímos y me dejó en el suelo.

—Será mejor que entremos antes de que se zampen nuestro desayuno —dijo cogiendo las bolsas.

—Yo me encargo del café mientras tú pasas por la ducha y te arreglas. Nos esperan para echarles una mano. —Aquel día celebrábamos el cumpleaños de Charlotte.

—Dame cinco minutos. —Me dio un casto beso y se fue al baño. Yo me quité la chaqueta y empecé a sacar las cosas de las bolsas.

Cuando salió, sólo con una toalla alrededor de la cintura, tuve que agarrarme a la mesa que tenía detrás, donde acababa de colocar los platos y las servilletas. Se acercó despacio, sabiendo muy bien lo que estaba provocando en mi cuerpo. «Madre mía...»

—Estás preciosa —dijo pegando sus caderas a las mías.

Me había puesto unos vaqueros de pitillo y las botas de tacón de color teja a conjunto con las flores diminutas que tenía el estampado de la camisa de manga larga de color verde *mint*. Tenía el pequeño detalle de tener el cuello cruzado hasta la cintura, con un escotazo tremendo. Me gustó nada más verla en Nueva York.

—Eeehh... —balbuceé. Tragué saliva al tiempo que notaba cómo toda la sangre fluía hacia un punto en concreto.

—Esta camisa es una invitación demasiado atrayente. Hace meses habría sido un puto infierno, pero hoy puedo darme la satisfacción de hacer esto... — Su dedo se paseó sobre mis labios entreabiertos y fue bajando despacio por el cuello hacia el escote; allí, entre mis pechos, me rozó con los nudillos de forma tan sutil que me provocó una sacudida deliciosa que se centró en mi bajo vientre. Sonrió al ver mi reacción y alargó la mano un poco más hacia

dentro y acarició el pezón, que estaba duro. Jadeé. Todo ello sin apartar su mirada de mi rostro, empapándose de cada una de mis reacciones—. Me gusta oírte gemir, suena mucho mejor en la realidad que en mis sueños.

Y me dejó allí, al borde del infarto, con todo mi cuerpo palpitando y mis ojos fijos en su espalda antes de desaparecer escaleras arriba. Sólo fui capaz de reaccionar cuando oí la cafetera silbar, y, con todo y con eso, mis movimientos eran lentos, como si no entrara suficiente aire en mis pulmones. Cuando bajó, yo ya estaba sentada a la mesa, cortando rebanadas de pan y con el sabor del café en el paladar.

—¿Qué te parece así? —Llevaba puestos unos pantalones grises y una camisa negra que le quedaba de vicio.

—Perfecto —admití—. Me gustas más así, con el pelo un poco más largo. Y con barba.

—Me alegra, porque es así cómo me gusta llevarlo.

No quise entrar en detalles de lo que ocultaban aquellas palabras, tampoco hizo falta. Sabía que Nerea era enemiga de las barbas.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a desayunar.

—Éste es el nuevo queso de Eric; te va a encantar —dije pasándole el plato. Sabía que era un entusiasta de los quesos, como yo.

—Lo probé en Navidad, me encanta. —Sólo con decirlo, se arrepintió. Se notaba en su cara, se reflejaba en la mía. Allí estaba de nuevo el recuerdo de mi prima, como un fantasma acechando a todas horas buscando un hueco por el que salir a la luz. Se levantó y se agachó a mi lado, cogiéndome las manos entre las suyas—. Lo siento.

—Ya... —repuse chasqueando la lengua—. Como dijiste, hay un pasado y no podemos convertirlo en tabú.

—Regálame una sonrisa —me pidió en un susurro. Había empezado el día con mucha energía, pero me estaba quedando mustia por momentos—. Por favor.

Una leve sonrisa se me escapó por la comisura de los labios.

—Es pasado —suspiré.

—Exacto. En adelante es todo nuestro para hacer con él lo que queramos.

Eché mis brazos a su cuello y lo abracé con fuerza, dejando que el calor de su pecho y su olor me acunaran y apartaran aquella maldita desazón. Nos costó un poco romper aquel ambiente gris y rancio, pero lo conseguimos. No sé si fue por los nervios, o que no habíamos cenado mucho la noche anterior, pero nos zampamos toda la barra y el bollo. Intentamos fingir normalidad, retrasando el momento; aunque sabíamos que llegaría tarde o temprano. Le hablé de que mi hermano había conocido a Lara, y de que era muy gratificante, y también gracioso, verlo enamorado e ilusionado con alguien. Le conté la llamada con las chicas, que Elsa llevaba mejor el embarazo y que Ivet estaba nerviosa por el viaje.

—Guillem está loco por ella. La quiere de verdad. No tiene de qué preocuparse.

No eran ni las diez cuando llegamos a casa de Charlotte. James había ido al aeropuerto a buscar a Ingrid, Nico y la pequeña Lis. Fiona se había llevado a la cumpleañera a la peluquería, como cada año. Todo estaba en marcha. El día primaveral acompañaba para celebrar la fiesta en el jardín trasero. Presenté a Abel a Margaret, y ésta nos invitó a un café. La cocina estaba repleta de cajas, bolsas y botellas.

—Gracias por invitarme. Ha sido un detalle.

—Un placer. Manuela forma parte del círculo y tú vas con ella.

—¿En qué te ayudamos? —le pidió Abel.

—Lo siento; te invitamos y encima te hacemos trabajar.

—No pasa nada.

—Pues estaba acabando de colocar las sillas y luego ya podremos empezar con la mantelería y eso. Si quieres, ahí tienes una bombona de helio para

hinchar los globos.

Abel se fue hacia un extremo con los perros a sus pies, y yo la ayudé a ella con las mesas. Los colores elegidos para la decoración fueron el blanco y el dorado. Con el césped verde y el cielo tan despejado, el contraste era espectacular. Estábamos terminando de poner los jarrones con las margaritas y las velas cuando llegó mi jefa.

Al verlos, me puse a chillar y me tiré a sus brazos. Nico me guiñó un ojo en agradecimiento por fingir no saber que estarían allí. Lis, que se había ido a ver a los perros, vino corriendo hacia nosotros y se agarró a mi pierna. Todos se nos acercaron, y, cogiendo a Abel de la mano, lo presenté.

—Y tú eres... —empezó la frase Nico.

—El motivo por el que está aquí —afirmó Abel, haciendo que todos rieran. Me rodeó la cintura y me dio un beso en el pelo.

—Pues espero que seas el motivo por el que regrese, porque la necesito de vuelta ya en el despacho —dijo Ingrid, haciendo una mueca de desesperación.

—No exageres —le contesté.

—No lo hace —afirmó su marido—. Vamos por el segundo sustituto. Has dejado el listón tan alto que resulta complicado encontrarte un suplente.

—Estoy haciendo casi todo el trabajo yo, y estoy agotada.

El timbre sonó y empezaron a llegar más invitados. Entre ellos, la vecina y unas amigas de Charlotte. Los tíos de Margaret junto con los padres de James fueron de los últimos en llegar.

Un dúo de gaitas empezó a sonar cuando la anfitriona apareció en el jardín.

—Al veros a todos, por un momento he pensado que era mi velatorio —dijo, y todos estallamos en carcajadas y nos acercamos para felicitarla.

Tengo que confesar que no me di cuenta de que Abel había desaparecido, estaba hablando con Ingrid y Margaret; Lis estaba entretenida a nuestro lado

jugando con *Elizabeth y Darcy*. No recuerdo ni de qué charlábamos, pero de golpe oímos una ovación, aplausos y gritos. Todo el mundo buscó el origen de tanto alboroto, y yo también lancé un chillido parecido al de una marmota cuando los vi. Todos los hombres, James, Nico, cuatro más que no conocía y Abel acababan de salir de la casa y estaban vestidos con camisa blanca y un *kilt*.

Se acercaron a Charlotte e hicieron una pequeña reverencia delante de ella. Sabía que era escocesa, pero aquello era una sorpresa, y no sólo para ella. Algunos se pusieron a cantar acompañando a los gaiteros, entre ellos, la cumpleañera, que estaba pletórica.

Yo seguía sin poder cerrar la boca y apartar la vista de Abel, que me observaba con tanta intensidad que noté que las piernas me flojeaban. Y allí estaba de nuevo, aquella mirada convertida en beso. La gente se dispersó y yo continuaba sin moverme de aquel rincón, donde él fue a mi encuentro.

—Ahora me comprendes, ¿verdad? —Fruncí las cejas, incapaz de responderle que no sabía de qué me hablaba—. Las faldas escocesas son una tortura.

Recordé aquella noche que me vestí con una falda similar —mucho más corta, eso sí—, siguiendo el consejo de Eloi.

—Lo son —mascullé con la boca seca. Me atreví a meter la mano debajo de la prenda y fui subiendo lentamente por el costado de la pierna hasta llegar a la cadera—. Cachis... —solté al notar que llevaba los calzoncillos puestos.

—Son fáciles de quitar... —bromeó incitante.

—Me tientas... —Tiré de la goma de los bóxers y la dejé ir oyendo el chasquido que hizo al chocar con la piel de nuevo. Un gesto tonto, infantil, pero que nos aceleró a los dos la respiración.

—Me vuelves loco —gimió cogiéndome de la cintura con las dos manos y dándome un beso posesivo y salvaje sin importarle que alguien nos viera.

El ambiente era festivo y lo pasamos realmente bien; quién habría dicho que a la mayoría era la primera vez que los veíamos. Abel hizo buenas migas

con Nico. Estaban uno frente al otro sentados y nos les faltó conversación, y eso que Lis se encariñó de él y se pasó buena parte del tiempo sentada en su regazo. Mientras él hablaba con el padre, a la pequeña le dibujaba cualquier cosa que se le ocurriera en un cuaderno y ella iba pintando. Charlotte estaba eufórica y nos contagió su buen humor a todos. Con la llegada del pastel, su sobrina Moira y su novio nos deleitaron con un nuevo miniconcierto de gaitas que a más de uno nos puso la carne de gallina.

Cuando le entregué el regalo, de parte de los dos porque Abel había insistido en pagar la mitad, le encantó y nos lo agradeció abrumada por tantas muestras de cariño que estaba recibiendo.

Una tarde, al poco de mudarme, estábamos tomando el té en su salón y me contó que era su libro favorito; le dije que no lo había leído y me prestó uno de los ejemplares que tenía. Tres días después estábamos en el mismo lugar hablando las dos durante horas sobre ese clásico.

—Es una pena que la gente se quede en lo superficial, lo ven como una historia de terror —empecé a decir—. Y es mucho más. Sentimientos llevados al extremo. Es ética. La moralidad de la ciencia y hasta dónde podemos llegar por venganza, amor, soledad o culpabilidad.

—Frankenstein vio el grave error que había cometido creando aquel ser y, en lugar de buscar una solución, huyó como un cobarde —siguió ella dando un sorbo a la segunda taza de té—. Pero había creado un ser con sentimientos y pensamientos...

—Te confesaré una cosa, yo también escribo —anuncié, y le revelé mi secreto—. Y cuando pienso que fue escrito en 1818 y por una mujer..., es impresionante. El lenguaje, cómo detalla las emociones, el suspense. Es de lo mejor que he leído.

—La melancolía, la angustia, son muy características de la literatura gótica y romántica. Hablar de soledad, de oscuridad y de muerte.

—En definitiva, dejé de ver el monstruo como tal. —Sonrió complacida

como lo haría un maestro al oír hablar con tanta pasión a su alumno.

—Es una edición preciosa —nos dijo ahora sin dejar de observar las ilustraciones—. Muchísimas gracias.

Sobre las cinco de la tarde, la gente empezó a marcharse, los horarios británicos seguían sorprendiéndome. Charlotte pidió a Fiona si podía acompañarla hasta su habitación, estaba agotada y necesitaba descansar. El resto nos pusimos a recoger; una horita después, todo estaba limpio y no quedaba huella de la fiesta. Lis me estaba contando que se quedaba a dormir con sus padrinos.

—Nos vamos a pasar la noche a Londres —dijo Ingrid—. Cenaremos y después iremos a Leicester, a algún chiringuito de venta de entradas, a ver si encontramos alguna ganga interesante. Mañana bajarán los tres y pasaremos el día en la ciudad hasta la hora del avión.

—Así que ya no nos vamos a ver más.

Nico y Abel llegaron en aquel momento entre risas. Los dos se habían quitado el *kilt* y los pantalones tapaban aquellas piernas que habían pasado el día tomando el aire.

—Chula, vamos a perder el tren —señaló Nico.

Nos despedimos e Ingrid, al abrazarme, me pidió o más bien me suplicó que volviera:

—He hablado con el señor Marqués y puedo sobornarte con un incremento de sueldo.

—Me queda algo más de un mes para terminar el máster. Ahora mismo no sé muy bien qué hacer —dije con la vista fija en Abel, que hablaba con James—, pero prometo pensarlo y decirte algo cuanto antes.

—Me vale.

Se fueron cinco minutos más tarde. James y Margaret hablaban de ir a dar una vuelta en bici con Lis, y Abel me propuso dar también un paseo.

La caja de Pandora

Cuando salimos de casa me sorprendió que hubiera un coche blanco aparcado delante de la entrada que no reconocí. Pasé de largo, pero Abel me agarró del codo y con la otra mano le dio a un mando a distancia y los cuatro faros del coche parpadearon.

—¿Y esto? —pedí.

—Lo he alquilado. Acabo de ir a recogerlo con Nico; me ha llevado hasta allí con el coche de James. Mañana podríamos hacer una excursión.

—¿Sabes conducir por la izquierda?

—Siempre hay una primera vez para todo —rio—. James me ha aconsejado un sitio para dar una vuelta y acostumbrarme, ¿te apetece?

—No es amarillo, pero me vale.

—No, no es el pato —sonrió, sabiendo que me refería al coche de su madre—, pero puedo poner a Luis Miguel de fondo.

Cogimos la carretera hacia el este, bordeando la costa. Fuimos sin música y los dos concentrados, y, aunque casi no hablamos de nada que no fuera la tarea de conducir por el otro lado, me sentía muy a gusto. Me estaba acostumbrando demasiado rápido a pasar los días enteros a su lado. Veinte minutos después llegábamos a nuestro destino: Reculver, las ruinas de una vieja fortaleza romana de la cual sólo quedaban en pie las torres gemelas del monasterio de Santa María. Al apearnos del coche nos pusimos al día sobre la historia de ese lugar y supimos que todo el acantilado era reserva natural y que la costa lo era de interés científico. Cogidos de la mano, paseamos por aquellas ruinas mientras el atardecer teñía de violetas y ocres la luz. Como arquitecto, Abel

me hizo fijarme en cómo estaban contruidos los muros y cómo, en algunos sitios, se podía ver algún ladrillo, reminiscencia de la construcción romana.

—¿No te parece que aquí las puestas de sol son más bonitas? —admiré, y me detuve para poder observarla.

Se situó detrás de mí, bajó la cabeza hasta apoyarla en mi hombro, mejilla con mejilla y con la vista perdida en el horizonte. Permanecimos allí sin movernos unos minutos, hasta que él habló:

—Decimos que algo es bonito por lo que nos hace sentir —murmuró, y su voz me volvió a sonar a melodía—. Una canción, una sonrisa, los colores de la naturaleza... Te maravillan, te seducen y, algunas veces, hasta te dejan sin aire por la sensación de paz absoluta que te envuelve. Si me preguntas, te diré que no he visto nada más bonito que cuando has llegado esta mañana y te has lanzado a mis brazos.

Me estremecí por aquella declaración y él me arropó con su cuerpo. Me volví sin que él apartara sus manos de mis caderas y sus labios buscaron los míos. Me besó con tanta ternura y adoración que sentí que flotaba, pero un ruido provocó que nos apartáramos y estalláramos en una carcajada que la brisa marina hizo resonar con más fuerza. Las tripas de Abel.

—Lo siento, estoy muerto de hambre.

—Y yo —admití sin parar de reír.

—¿Pasamos a buscar una pizza y cenamos en casa? —Os parecerá una idiotez, porque los dos estábamos allí de turistas, pero aquellas cuatro letras me sonrojaron las mejillas y otro brote de felicidad me sacudió hasta el alma al oír la palabra «casa».

—Conozco el sitio perfecto.

Estábamos cenando sentados en el sofá comiendo con la caja de pizza en el regazo y las manos pringosas. No sé si fue la canción de *The Only One* de

James Blunt, que sonaba bajito desde el ordenador y su letra: «Seré el primero en decir lo siento, el primero en decir que soy estúpido», pero Abel abrió la caja de Pandora.

—La noche en la que te di las llaves del coche de mi madre fue una de las peores. No sé cómo explicarlo, cuando fue lo de la camiseta mojada en la cocina, el cabecero, mis celos por Eloi, el bizcocho el día de la regla..., eran encuentros que podríamos llamar algo más carnales, más jugar con el pecado y la prohibición. Te deseaba, me hacías sentir vivo de una forma que no sabía cómo gestionar. Pero aquella noche, cuando te encontré en el sofá llorando, uff..., lo siento de verdad, te debo tantas disculpas...

—Poco a poco. —No fui capaz de decir nada más, sólo llevé mi mano sobre la suya y se la estreché.

—No, quiero seguir, quiero que lo sepas. Sabía que te pasaba algo, te lo dije, lo supe en el momento de la película... Se te notaba a la legua si observabas con atención, y yo, aunque no lo pareciera, lo hacía a menudo. Lo mirabas todo como con lejanía, estabas apagada..., y verte llorar aquella noche fue..., sentí impotencia. Pasé el resto de las horas tumbado en la cama sin poder dormir. Cuando te oí levantarte me senté, quería ir contigo, decirte lo perdido que me sentía, pero sólo me aferré al colchón incapaz de ponerme en pie. Me arrepiento de haber sido tan estúpido y cobarde tantas veces. No sé ni cómo me has perdonado.

—Has superado ese miedo y has venido sin saber qué ibas a encontrar... Estás aquí, y me vale.

Habíamos dejado las cajas vacías en el suelo y los dos estábamos medio girados hacia el otro, con una pierna doblada sobre el asiento. De tanto en tanto buscábamos los ojos del otro, sonreíamos cohibidos, un roce en la mejilla, un apretón de manos; tocaba afrontar aquella charla y expulsar todo lo que guardábamos dentro.

—Háblame de lo que pasó realmente en la pelea. Ivet insinuó que Nerea me había mentado y Eloi no quiere contarme nada.

Le relaté todo lo sucedido aquel día. Las palabras de Nerea y cómo me decepcionó al oírla decir que había estado provocando la situación entre los dos. Abel soltó un gruñido al tiempo que se levantaba del sofá hecho una furia. Tenía los puños apretados, todo su cuerpo estaba en tensión.

—¡Joder, no me lo puedo creer! —Caminaba de un lado a otro, se lo había visto hacer otras veces y siempre era cuando estaba muy nervioso—. ¡Menudo gilipollas he sido! Una cosa es ser egocéntrica, pero esto roza la locura enfermiza.

Lo dejé asimilar esa noticia, sin moverme, con la mirada fija en cada paso que daba. Su pecho subía y bajaba en cada profunda respiración. Cuando se calmó un poco volvió a sentarse a mi lado y habló de nuevo.

—Ahora entiendo el comportamiento de todos en Nochevieja. Sobre todo, de ellas.

—Elsa e Ivet sienten como si Nerea las hubiera traicionado a ellas.

—Normal.

—Eloi, a su manera, se vengó.

Puso cara de no saber a qué me refería y se lo conté.

—¡Hostia puta! Lo adoro, pero está fatal de la cabeza. —Se frotó la cara con las dos manos y después lanzó una risa estridente de puro nerviosismo.

Se levantó otra vez de un salto y se acercó a la cocina. Del último estante cogió una botella de whisky y dos tazas de té floreadas, muy victorianas, la verdad. Cuando regresó, nos sirvió y bebimos un largo trago, como si estuviéramos sedientos.

—Por Eloi —brindé—. Quien me ha enseñado a degustarlo.

—Por el mejor amigo.

Dimos otro trago y, antes de seguir, cogí aire despacio.

—Pensaba que eras más de tequila.

—Y lo soy; la botella la dejó el propietario como obsequio de bienvenida.

El silencio se instaló entre nosotros, dimos vueltas a la taza entre las manos, otro sorbo, hasta que cogí aire resoplando. Me bebí lo que quedaba del

licor de un trago y seguí recordando aquella noche.

—Luego llegaste tú y te confesé el mayor secreto.

—Lo más curioso del caso es que grabamos aquel vídeo, pero nunca lo miramos. Se me hace raro pensar que me has visto follando con otra tía.

—Imagino —admití abochornada—. Quiero que sepas que, desde que apareciste de la mano de Nerea y te hiciste «real» —confesé haciendo el gesto de entrecomillar la palabra—, no pude volver a verlo.

—He leído los libros —dijo sin querer seguir con ese tema—. Eres buena, hay pasión en cada palabra y atrapan de una forma especial. En el fondo me agrada saber que te inspiro cosas así. ¿Sigues sin querer salir del anonimato?

—Durante mucho tiempo fue un secreto sólo mío. Luego lo compartí con Ivet. Ahora todos mis amigos lo saben, hasta Charlotte. Creo que al contártelo dejó de ser tabú. Cada vez me siento más orgullosa, *Vino y canela* está traducido a tres idiomas, se están vendiendo muy bien, y gracias a ese dinero puedo permitirme estar hoy aquí. Es algo que me apasiona y cada vez me siento más cómoda hablando de ello. Hace un año era impensable contárselo a nadie, menos aún conocerte y confesártelo... Algún día.

—Claro, puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Significa mucho.

Seguimos hablando de aquella noche, hasta llegar al beso.

—Manuela, no fue nuestro primer beso —vaciló, como si no estuviera seguro de decir aquello.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño y lo miré expectante.

—¿Recuerdas la tarde del bizcocho? Estabas tumbada en el sofá... —Asentí sin dejar de observarlo—. Te besé. Te despertaste y me dio vértigo que me pillaras allí, casi encima de ti.

—Pensé que lo había soñado —murmuré, y sin ser consciente me llevé los dedos a los labios, rozándolos levemente.

—Fue real.

—Oh... —exhalé recordándolo todo.

—Y la despedida..., ¡joder, me cabreé tanto! —Me cogió la cara con las manos y me besó con ímpetu, con rabia y el deseo vibrando en su lengua—. Después de aquel beso tuviste la valentía de decirme que me querías y cerrar la puerta. Dios, cómo te odié por ser más valiente y afrontar lo que yo no fui capaz. Ese coraje, esa decisión fue lo que acabó de enamorarme de ti. Me querías, sí, pero por encima de todo escogiste quererte a ti, y eso me hizo tu esclavo. Aunque he tardado lo indecible en darme cuenta y afrontarlo.

¡¡¡CRASH, BOOM, BANG!!!

«Enamorarme de ti», ahí estaban las palabras que tanto había esperado oír de sus labios, y cuando aparecieron me di cuenta de que en el fondo no eran para tanto. Sí, fue increíble oír las, pero sus actos, como ir a Whitstable, el modo en que se había comportado aquellos dos días que llevaba allí y todo lo dicho anteriormente a esas tres palabras me lo había demostrado: Abel me quería.

—Perdóname por cada lágrima que has derramado por mí, por alejarte de los tuyos, por ser tan imbécil de engañarme sobre lo que sentía.

Me cogió las manos entre las suyas y empezó a besarlas de forma dulce, un beso, un «lo siento», otro beso, un «perdóname», y así hasta trazar un camino por el brazo mientras iba tirando de mí y me sentaba en su regazo, donde siguió con aquella especie de procesión desde los hombros hasta el cuello y, de ahí, a mis labios. Me abracé a él y dejé que nuestras respiraciones se acoplaran. Que nuestros cuerpos se reconciliaran por las veces que los mantuvimos separados.

—¿Qué pasó con Nerea? —No me atrevía a preguntar, pero si queríamos cerrar todos los temas, también tocaba ése.

—Uff... —Me hizo incorporarme para mirarlo a los ojos y con sus manos en mis caderas empezó a relatarme cómo fue a partir de mi marcha—. La comida con tu familia fue una pesadilla. Nerea y tu tía mostraron lo malas putas que pueden llegar a ser. A tu padre la ira se lo llevaba, pero mantenía el tipo, y tu madre..., joder..., sois tan iguales que me partía el alma... No llegué

ni a tomarme el café, me fui antes, pidiendo disculpas a todos. Estuve dos o tres días sin hablar con Nerea; yo me sentía culpable y a ella, en cambio, parecía no afectarle nada. Pero dejé que de nuevo me embaucara y llegó fin de año. Yo seguía con la sensación de haberte robado tu lugar entre tu gente, tus amigos, tu familia... Sé que lo pasaste mal, pero tampoco fue fácil para mí — siguió contándome cómo se volcaron en su relación y cómo terminaron.

Aquella noche, todos los silencios que durante meses habían flotado entre nosotros cobraron vida llenándose de palabras y muchos porqués tuvieron su respuesta. Fuera dudas, fuera secretos sin importar el daño que provocaban. Fuera miedos. Desnudamos nuestras almas y dejamos que el otro entrara donde nadie había hurgado antes, ni siquiera nosotros mismos. No sé el rato que pasamos allí, quietos, dejando que el silencio cerrara aquella herida que habíamos abierto. Conmigo encima de él, con su mano dibujando espirales en mi espalda, con mi nariz pegada a su cuello y acariciándole el pelo de su nuca. Pero al final me revolví y me puse en pie, era suficiente para una sola noche.

—Creo que será mejor que me vaya, es muy tarde.

Me miró esperando algo, y al ver que no ocurría se mordió los labios:

—Te llevo.

Nuestro nunca, para siempre

Quedaría genial empezar este capítulo hablando de la noche cálida y del salitre impregnado en la brisa. Podría hablaros de la luna y las estrellas, pero os mentiría. ¿La razón? Era incapaz de ver nada y, mucho menos, de pensar. Como un caballero, Abel me acompañó al coche, hasta mi lado del acompañante, y nuestras manos se encontraron sobre la puerta abierta. Las ganas de fundirme en su piel se hicieron insoportables.

—No quiero irme.

—Quédate. —Nos echamos a reír al encontrarnos hablando a la vez.

Me volví al tiempo que él, con un movimiento de caderas, me aprisionaba contra el coche.

—¿Estás segura? —El deseo volvió más ronca su voz.

—¿Tienes idea de la cantidad de besos que murieron en mis labios durante esos meses?

—Haré lo imposible para resucitarlos uno a uno.

Cerró la puerta, me alzó en volandas y la noche se hizo eco de nuestra risa mientras volvíamos a casa.

Y así fue cómo perdí la noción del tiempo, del espacio, de la realidad. No recuerdo cómo conseguimos despegarnos y subir al altillo. Sus labios tibios besando cada gemido, los míos bailando sobre sus sonrisas. Mis manos, temblorosas, tomaron iniciativa propia y fueron desabrochando su camisa; las suyas ya se habían librado de la mía y estaban volviéndome loca acariciando mis pechos. Me arqueé cuando sentí sus labios húmedos bajar hacia ellos.

«Dios, años soñando con esto, y por fin...»

Me mordió la piel del ombligo y besó las mariposas, que, más que volar y notar su aleteo, yo sentía fuera de órbita, flotando en el espacio de su propio universo.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de descubrir qué hacer para que te desmorones en mis brazos y sentir cómo te estremeces bajo mi deseo. Arrancarte jadeos, robarte el aliento...

—Abel... —gemí tirando de su pelo y succionando la piel de su hombro en busca de su sabor.

Las paredes de madera se impregnaron de calor, el que provocaron todos los sueños con los que ambos fantaseamos durante tanto tiempo.

—Tengo que confesarte que estoy nervioso.

—¿Por? —Me separé un poco y pasé mi mano encima de su pecho, donde su corazón latía feroz.

—Llevas soñando con esto más noches que yo, y, joder..., me siento presionado. Tengo miedo de no estar a la altura de todo lo que has imaginado que te hacía, que hacíamos.

—Abel, te recuerdo que sé cómo eres en la cama... —admití sin querer pensar en ello, porque, cuando lo hacía, ya no era morbo lo que sentía, sino unos putos celos que me consumían por dentro.

—Esto es distinto, y, si aún no lo sabes, voy a tener que remediarlo.

Se arrodilló a mis pies y empezó a desabrocharme los pantalones, besándome la piel que iba dejando al aire y martirizándome con su lentitud tan antagonista. Como habíamos dicho antes, los dos habíamos soñado muchísimas veces con aquel momento, y nos tomamos el tiempo de disfrutar de cada paso. Saborear. Asimilar. Guardarlo en la retina. En la memoria. Una bota, un calcetín, un beso en el empeine; la otra bota, el otro calcetín, un mordisco en el gemelo, mis jadeos, su tintineante risa... Sus manos paseando por mis piernas sin dejar ningún rincón, reírme al sentir ese roce detrás de las rodillas, la fuerza de su agarre en la tersa piel de mis muslos y estremecerme al notar su lengua en la parte interna de éstos. Sus dedos hurgando libidinosos

dentro de las braguitas y conseguir hacerme daño por la fuerza al morderme el labio.

Le acuné el rostro consiguiendo que su barba me hiciera cosquillas en las palmas y, mientras lo besaba, tiré hacia arriba hasta lograr tenerlo de pie. Con mis labios dibujando círculos en su pecho, terminé de quitarle la camisa y el resto de la ropa mientras sentía sus manos en todos los rincones, desde el pelo hasta las nalgas.

El ambiente se cargó de magia, de esa que nace al vivir un momento con el que llevas años soñando. De la que nace de esa conexión con otra persona que traspasa piel con piel.

Desnudos, mirándonos, estudiándonos por primera vez. Cada valle, cada peca.

Su respiración frenética.

Las erupciones de mis latidos.

Sosegando las prisas, las ganas.

Y no sé cómo se me ocurrió, pero me subí a la cama a gatas y me aproximé al cabecero. Él hizo el amago de acercarse, pero con el índice le dirigí un gesto de negación.

—No, prométeme que no vas a moverte hasta que te lo pida. —Había empezado a quitarme el sujetador, que le lancé y que él pilló al vuelo. Lo acercó a su nariz y, al olerlo, cerró los ojos.

—Manuela...

Llevaba un conjunto de ropa interior sin encajes, sin sedas, sin transparencias ni adornos. Sencillo, de color bronce, con copa, y un culote.

—Por favor... —supliqué haciendo lo mismo con las braguitas.

—Dios, lo que tú quieras.

Me tumbé y, sin apartar la vista de sus ojos, empecé a acariciarme. Comencé por la boca, el cuello, y fui bajando. Mis muslos se apretaron uno contra el otro sólo con ver cómo él reaccionaba. Todo el cuerpo de Abel se

endureció. Los dos gemimos al unísono cuando abrí las piernas y rocé mi propio sexo brillando de deseo.

—Me estás matando... —gruñó.

Sonreí, parecía hipnotizado con el movimiento de mi mano y mi cuerpo se retorció de placer.

Me había masturbado una cantidad incalculable de veces pensando en él. Con esa expresión de placer en su rostro, lamiéndose los labios golosos, pero ahora era real, estaba frente a mí y sus jadeos los provocaba yo; verlo así era tan morboso y excitante que me llevó directa al orgasmo.

—Joder... —gimió mordiéndose el labio, soltándolo lentamente.

—Ahora tú también me has visto.

No hizo falta que le dijera que se acercara, con un movimiento felino se lanzó sobre mí y atrapó mis labios con la boca. Mis manos recorrieron su espalda, las alas, bajé hasta clavar los dedos en sus nalgas para poder acercarlo más. Abel movió las caderas insinuante y sólo con ese vaivén jadeamos ansiosos.

«Desnudos, con Abel sobre mí...

»¡Ya me puedo morir! Bueno, mejor espero unas horas para que me dé tiempo a saber al menos qué se siente con él dentro de mí.»

Sus dientes y su lengua se peleaban por el pezón mientras sus manos se enlazaban con las mías y las alzaba por encima de nuestras cabezas. En nuestras caricias se notaba la desesperación; en nuestros besos, la frustración que durante tanto tiempo habíamos sentido. Queríamos saciar la sed de meses de un solo trago, concentrándolo tanto que los dos estábamos a punto de estallar. Su piel ardía y mi lengua buscaba calmarla, la mía suplicaba pidiendo más. Arqueé la espalda buscando la fricción entre nuestras caderas... Placer. Urgencia. Cerré los ojos y contuve el aliento esperando el momento, pero no llegó. Cuando los abrí, me sonrió.

—No los cierres.

Entró de forma lenta y pecaminosa. En su mirada leí el porqué: «Abre los

ojos porque esto es real». Se hundió en mí. Abel estaba dentro de mí de todas las formas posibles. Carnales y espirituales.

—Muévete... —supliqué cuando se detuvo.

—Un segundo —jadeó pegado a mis labios—. Necesito grabar a fuego este momento para recordarlo cada vez que sea un cobarde.

Salió y volvió a entrar, esta vez de una estocada que me hizo vibrar, y un latigazo de placer me partió en dos. En cada embestida los «ojalá», los «nunca», los «imposible» fueron cayendo en combate y sólo quedó en pie el «siempre». Los jadeos saturaron el aire; el placer y el deseo brillaban sobre nuestra piel. Siguiendo a las mariposas, los dos empezamos a levitar perdiendo casi la conciencia al llegar a un clímax interminable.

¡CRASH, BOOOOOOOOOOOOOM, BANGGGG!

«El big bang, comparado con esto, es una bengala.»

La propia luz de la noche se colaba por la pequeña ventana circular que había sobre nuestras cabezas. Nuestras piernas estaban enlazadas y las manos jugueteaban sobre su pecho. Nos costó recuperar la respiración, que los latidos se calmaran y salir de aquel trance. Sonreí todavía con la boca pastosa y, sin haber recuperado el aliento del todo, le di las gracias.

—¿Por?

—Por demostrarme que la realidad siempre supera la ficción.

—Manuela...

—¿Humm? —contesté con la boca pegada a su cuello.

—Mírame —me pidió poniendo un dedo bajo mi barbilla y alzándose el rostro hacia él—. Te quiero.

Me eché a llorar. Nada de contestar: «Yo también», de besarlo, de sonreír, de gritar de alegría. No. Lloré de tanta felicidad que no sabía qué hacer con ella.

Él sí sonrió, me rodeó la cintura con un brazo pegándome a su costado; con besos, de una ternura infinita, fue secando cada lágrima. Otra demostración de que a veces no hacen falta palabras, los gestos dicen lo que tú eres incapaz de pronunciar pero el otro ha entendido perfectamente. Cuando la emoción me dejó, me apoyé sobre su pecho para erguirme y busqué su mirada para pronunciar sin vergüenza, sin pecado ni límites un:

—Yo también te quiero, Abel.

Si en un principio la propia adrenalina nos hacía parlotear y hablar sin cesar de tonterías —como que él prefería las sábanas blancas a que fueran oscuras o muy vistosas, y que yo no soportaba el olor de suavizante en ellas—, los silencios poco a poco se fueron instalando y durando más, dejando como único susurro el del oleaje. Tenía los ojos cerrados cuando Abel me susurró con sus labios pegados a mi frente:

—Sueña bonito.

—Ahora que lo sabes todo —dije incorporándome un poco para rozarle de forma mimosa la punta de la nariz con la mía—, ¿te das cuenta de lo que significaba esa frase para mí?

Sonrió e hizo una mueca adorable.

—Te parecerá estúpido, pero, en cierta forma, me gusta pensar que durante un tiempo te hice feliz; aunque no lo supiera.

—Lo hacías, y a pesar de no albergar la esperanza de que llegara lo de hoy, de alguna forma siempre lo deseé y esperé.

Me di la vuelta y él se acopló detrás de mí con nuestras caderas encajadas y sus labios pegados a mi hombro. Cerré los ojos, pero el sueño se me resistía.

—¿Habías pensado en algún sitio en concreto para ir mañana?

—A Dover, ¿has estado? —me contestó con el sueño pegado en su voz.

—No. Genial, me gusta el plan.

—Descansa.

—Sí, perdona. Buenas noches. —Cogí su mano, que reposaba en mi

cintura, y le di un beso sin soltarla después. La aferré entre mi cuello y la almohada.

No sé si fue mi respiración, que en lugar de relajarse seguía agitada, pero de alguna forma supo poner nombre a mi intranquilidad. Me cogió y me dio la vuelta situándome a su otro lado, con la cabeza pegada a su pecho izquierdo.

—Intenta dormir. Estaré aquí. —Con esas palabras y su gesto, apartó aquel miedo sin siquiera haberlo pronunciado.

Temía despertarme y darme cuenta de que nada era real. Pero oír su latido fue como un bálsamo, un reloj que marcaba un tempo, la realidad. La melodía de su corazón me calmó y poco a poco dejé que me venciera el sueño. Y, como escribió Pablo Neruda, mi poeta favorito: «Y lo escogí a usted, sí, a usted, porque me di cuenta de que encontró mi punto débil y fue el único que descubrió la forma para calmar esta alma indomable. Lo escogí porque me di cuenta de que valía la pena, valía los riesgos..., valía la vida».

Nosotros

Ni sé las veces que aquella noche abrí los ojos sólo por el placer de saber que, al hacerlo, vería a Abel a mi lado. ¿Quién quería soñar cuando vivir era tan maravilloso? Yo, que me pasaba la vida fantaseando, y llegaba él para mostrarme lo equivocada que estaba al pensar que mis sueños eran insuperables.

«Dios de mi vida, qué noche...»

Tenía la sensación de ser, toda yo, una endorfina; una hormona de la felicidad de metro setenta que se sentía la *queen* del universo *Endorfilandia*. Mi piel despertó sintiendo las manos de Abel deslizarse livianas perfilando mi cuerpo, ronroneé gustosa medio adormilada. En mi mente apareció un recuerdo, una de las mañanas que desperté e imaginé que lo tenía a mi lado:

Siento el cosquilleo de su respiración pausada junto a mi cuello, su mano sobre mi vientre, acercándome a él, protegiéndome del frío otoñal con su calor. Me giro sabiendo que está al otro lado. Estiro la mano para acariciarlo despacio, el tacto de su piel adormecida y la suavidad de su pelo deslizándose entre mis dedos.

Me di la vuelta, sonreí feliz por poder hacerlo real, y la boca de Abel buscó la mía.

—Me gustan las mariposas.

Estaba boca arriba. A la luz del día, ya no pasaron desapercibidas como había sido el caso durante la noche. Besó cada una de ellas y sentí como si la

tinta se prendiera y fuera fuego al pasar sus labios sobre ellas.

—Son por ti —confesé jadeando.

Después de tomar aire le conté la historia de aquel tatuaje tan especial para mí. Mi confesión le arrancó una sonrisa deslumbrante.

—Haré que nunca dejen de batir las alas. —Sus dedos recorrieron mis costillas hasta la cadera, con tanta exquisitez que me arqueé de placer.

—Pensaba que no tenías cosquillas. —Vio que no sabía de qué me hablaba y me lo especificó clavando sus dedos en mi piel—: Eloi, en aquella cena, mencionó que no tenías.

—No me acordaba.

—Mira por dónde, yo no puedo olvidar nada de lo que dijo.

Me vinieron a la mente las palabras de nuestro amigo: «Conozco secretos que ni siquiera tú sabes: sé que no tiene cosquillas, el lugar de cada peca o cómo hacer que se corra en menos de dos minutos».

—Es distinto tocar para hacer reír que tocar para hacer gemir. —Me incorporé y me subí sobre él dejando que el vello de su pecho me hormigueara sobre los labios mientras lo besaba—. Lo conoces, sabes que sólo buscaba torturarte.

—Lo sé, pero eso no quita que... —Mi boca buscó la suya y con un arrebató de pasión lo silenció.

Mis caderas suplicaron moviéndose de forma circular sobre su pelvis y bajo el placer absoluto volvimos a amarnos con frenesí, con una necesidad casi enfermiza por fundirnos el uno con el otro. No eran besos, era devorar. No era acariciar, era tatuar las yemas de los dedos, conquistar el deseo, emborracharse de gemidos, consumirse en la lujuria. Con Abel, todo tomaba otra dimensión, hasta los orgasmos que nos hacían levitar en una agonizante convulsión que arrasaba por unos instantes con nuestra existencia.

Nos quedamos adormilados de nuevo, conmigo encima de él. Su olor me fascinaba, pero aquella mañana era distinto, era mejor. En su aroma había un

nuevo matiz, el que había provocado una noche de pasión. Sudor, sexo y mi propio olor mezclado con el suyo.

—Es aquí, justo en este hueco, donde querría vivir para siempre —susurré rozando con mi nariz su cuello—. Donde puedes enterrarme, justo en este hueco. Moriría feliz sabiendo que el resto de la eternidad podría olerte.

—Ven siempre que lo necesites. Te estaré esperando —prometió después de besarme.

No sé el tiempo que pasó antes de que decidiéramos que era hora de levantarnos de la cama y bajar a desayunar. Había ganas de viajar a Dover, pero también de no ir con prisas, disfrutando de cada instante de esa nueva etapa de nuestra vida. Una siendo... NOSOTROS. Aún me costaba hacerme a la idea. Bueno, le costaba a mi coco, a esa parte racional que siempre va al ralentí, porque en mi corazón y en lo más profundo de mi alma estaba anclado ese «nosotros» como algo tan natural que daba vértigo. Nunca me había sentido tan bien; aquello iba más allá de ser feliz, más allá de querer y sentirse querido. Había algo más, una sensación de plenitud extraordinaria. Puede que sea a eso a lo que se refieren cuando dicen que te sientes completa al encontrar tu alma gemela.

Él se levantó primero y de una estantería cogió una camiseta, que me lanzó a la cama.

—Así ya no estaré celoso y podré deshacerme de la imagen de verte vestida sólo con la camiseta de Eloi.

Me puse en pie de un salto, olvidándome de la prenda, y me acerqué a él apoyando la frente en su pecho. Me abrazó con una fuerza contenida. Los celos nos dominaban a los dos.

—Nuestro pasado no nos lo va a poner fácil, pero podremos con ello. Tú y yo somos presente y futuro. Nada más —le respondí acariciando su mejilla;

después me puse de puntillas y nos besamos con urgencia, buscando mitigar aquellas malas sensaciones.

Mientras se calentaba el café y poníamos la mesa para el desayuno, el ambiente seguía algo cargado, y continuó así hasta que cogió el portátil y puso música. Sonreí como una boba al oír la canción: *Skin* de Rag'n'Bone Man: «Cuando mi piel envejezca, cuando mi aliento se vuelva frío, estaré pensando en ti, en ti».

—¿Te gusta? —preguntó acercándose por detrás y rodeándome la cintura con sus manos, meciéndonos en un ligero vaivén.

—Me encanta. Este hombre tiene una voz, una forma de cantar que se te mete dentro, que suena a plegaria. Y sus letras...

—Tiene algo que hace que no puedas dejar de escuchar —añadió sonriendo.

Sin darnos cuenta fuimos tachando de una lista imaginaria todos esos sueños que durante años almacené, y que en los últimos meses se había incrementado considerablemente. Desde los más eróticos hasta el más banal, como desayunar sin prisas charlando de todo y de nada sin sentir que estaba cometiendo una traición. Sonreír enamorada sin tener que esconderme, la felicidad brotando en cada suspiro. Brindar con nuestra piel porque habíamos vencido al miedo y la utopía se había convertido en realidad.

Su móvil sonó y se levantó para cogerlo.

—¿Qué pasa, *Absenta*?... Oh, lo había olvidado. Y ¿qué tal les ha ido?... Genial. Por aquí..., perfecto. —Me dedicó una sonrisa que hizo que mis entrañas se contrajeran insaciables—. Ya hablamos.

Antes de volver a sentarse, se acercó y me dio un beso en los labios; realmente fue más bien un roce de sus dientes sobre el inferior y después su lengua calmándolo.

—Era mi hermano desde el aeropuerto para decirme que mis padres ya han llegado y que el viaje les ha ido muy bien.

—¿Lo has llamado «absenta»? —pregunté sorprendida.

Soltó una carcajada y me contó la historia:

—No sé si te había dicho que mis padres se llaman Pius y Pilar. Los dos empiezan por «pi». El caso es que mi nombre lo tenían claro. Con mi hermana quisieron seguir la tradición y le pusieron Abril. Y, sin buscarlo ni esperarlo, llegó el tercer hijo. Un día, hablando de ello, mi padre nos contó que habían pensado en ponerle Abelardo, pero que las coletillas serían muchas. Mi madre dijo que Abdul, pero no les gustaba nada, y ahí saltó mi hermano: «¿Y por qué no Absenta? Puestos a decir gilipolleces...», y se le ha quedado el apodo.

—Adam, ¿no?

—Sí, al final se conformaron con que los tres tuviésemos la misma inicial, y todos felices.

—¿Está mejor?

Recordaba que Nerea me había hablado de él y por qué no podían estar en su casa. «Acaba de dejarlo la novia y está muy tocado, y Abel no quiere refregarle en los morros lo bien que estamos juntos», fueron sus palabras, pero a esas alturas ya dudaba de todo.

—Sí. Es muy como tú, os pueden los sentimientos, no tenéis miedo de querer sin límites, y a veces, al exponerse de esa forma y abrirse en canal..., entra lo bueno, pero también lo malo. Ha vuelto con Judith y, a pesar de llevar más de medio año separados, parece que lo han retomado donde lo dejaron.

Preparamos otra cafetera y me siguió hablando de su familia. De sus padres y de cómo le había afectado a él la relación que tenían. Como esos hijos de parejas divorciadas que, al hacerse mayores, dudan de que el amor pueda ser para toda la vida y le buscan siempre una fecha de caducidad.

—No pretendo justificarme. No entendía ese amor tan loco que te hace perder la cabeza y ser tan extremo, quería controlarlo.

—Pero si hay algo poco controlable es el amor. Los sentimientos.

—Eso lo he aprendido contigo. —Su mirada brilló cómplice desde el otro lado de la mesa, erizándome la piel.

Sicalipsis

Era casi mediodía cuando nos levantamos de la mesa, y, mientras él estaba en el baño, yo lo recogí todo antes de irnos. Después de saludar a Charlotte y pedir disculpas cuando me riñó —con una sonrisa que se le escapaba por la comisura de los labios— por no haber avisado de que pasaría la noche fuera, subí la escalera de dos en dos. Abel fue el encargado de sacar a *Darcy* y a *Elizabeth* para su paseo matutino. En la ducha, la piel se me estremecía sólo con el roce del agua, y entre una neblina parecida a la resaca —pero ésa era de amor y sexo—, retazos de la noche me invadían la mente, provocándome una risa floja.

Me puse un vestido camisero vaquero y le doblé las mangas largas hasta el antebrazo. Lo acompañé con cinturón marrón a juego con las botas y el bolso de mano. Escogí el juego de cinco anillos *midi* dorados, que repartí entre las dos manos. Me recogí el pelo en una trenza ladeada y cuando fui a maquillarme me di cuenta de que sería una estupidez querer esconder lo que una noche con Abel había conseguido hacer en mi piel y en mis ojos. Tan sólo me puse un poco de *eyeliner* y brillo en los labios.

Descubrí que Abel es de los de comer chuches en el coche y cantar a pleno pulmón, vamos, que le gusta montar un karaoke cuando viaja. Y, con su voz imitando a Tina Turner y su *The Best*, con mi mano en su muslo y la suya sobre la mía, tuve esa agradable sensación de que no quería bajarme; me sentía bien, tanto como para emprender un viaje. Viajar a su lado, sólo por el placer de estar allí, junto a él, sin rumbo fijo.

Así fue cómo empezó una de las mejores semanas de mi vida. Decidimos

dar un poco de rodeo y coger la nacional, que nos llevaría a nuestro destino pasando cerca de la costa. La primera parada fue Deal, donde visitamos su castillo. Y allí descubrí que, si Elsa era una apasionada de las catedrales, Abel lo era de ese tipo de construcciones. Seguimos hacia el sur por una carretera secundaria hasta St. Margaret's at Cliffe, donde nos maravillamos con los conocidos acantilados blancos.

Cuando llegamos a nuestro destino debían de ser cerca de las siete de la tarde. Buscamos una terraza para tomarnos una cerveza y comer algo. El día era cálido, Abel estaba sumamente sexy vestido con un polo de manga corta de rayas marineras y vaqueros. Supongo que mi cara reflejó mis pensamientos, porque me preguntó en qué pensaba.

—¿La verdad?

—Siempre —me contestó, con una mirada tan intensa que me robó la voz y tuve que carraspear para encontrarla.

—En cuando nos conocimos en el baño. Llevabas el pelo más o menos igual de largo que ahora —señalé su mata espesa y algo ondulada— y me imaginé que escondía mi mano en tu melena y tiraba de ella pidiéndote más...

—¿Más? —Apoyó los codos en la mesa y se acercó a mí todo lo posible en un movimiento jodidamente seductor que acabó con su lengua refrescando sus labios jugosos.

—Siempre —susurré copiando su gesto y su respuesta.

Sus ojos bajaron hasta mi pecho y brillaron de deseo. Sin darme cuenta, uno de los botones se había desabrochado y con la postura le estaba ofreciendo un primer plano de mi canalillo y de los pechos cubiertos de satén blanco con una puntilla de encaje. Llevé mi mano a esa zona y la rocé con las uñas, Abel gruñó ronco y yo sonreí perversa.

—Mañana no tienes clases. —Negué con la cabeza, aunque no sonó a pregunta—. ¿Qué te parece si nos quedamos a pasar la noche?

Como respuesta, saqué mi móvil y empecé a buscar alojamiento, era domingo y fue fácil encontrarlo; además, fue un amor a primera vista y pensé

que a él le encantaría.

Sabiendo que no teníamos prisa para volver, llamé a Charlotte para decirle que esa noche tampoco me esperara; después nos levantamos y paseamos por la ciudad. Dover tiene un gran peso en la historia de Inglaterra, sobre todo como puerto. Aunque desde allí es posible ver la orilla de Calais —que está situada a treinta y tres kilómetros—, ese día había algo de calima y fue imposible divisar la costa de Francia. Decidimos dejar la visita del castillo para el día siguiente.

Supe que había acertado cuando vi la cara que puso Abel al llegar. Nos hospedamos en The Gate House, un minicastillo gótico restaurado como casa de vacaciones. En la web decían que fue construido a mediados del siglo XIX y que se cree que era el alojamiento de los oficiales de la guarnición del castillo de Dover, que está situado a unos trescientos metros. Si por fuera nos pareció una casita de cuento, pequeñita y con un jardín que la rodeaba, por dentro nos enamoró. Una cocina totalmente equipada y moderna. Una salita muy acogedora con chimenea y, frente a ella, un sofá Chester de piel marrón. El toque de color en toda la casa era el rojo burdeos, que estaba en las cortinas, la colcha, los cojines o la alfombra. Una escalera llevaba hasta el torreón, donde estaba la única habitación. El techo era abuhardillado, con las vigas vistas como en el resto de la casa. La cama era grande, de hierro dorado y dosel; un coqueto tocador y, al lado, un baño grande con bañera.

Recuerdo estar de pie observando la habitación en detalle y cómo Abel se acercó a mí con esa forma de mirar tan suya y que sentía que era un lenguaje tan nuestro. Con una fascinante calma, me desabrochó el vestido botón a botón y lo dejó caer a mis pies. Cogió una de mis manos y se llevó el dedo índice a la boca. Gemí con las mandíbulas apretadas y me agarré a su cintura cuando lo chupó y con su lengua jugueteó con el anillo hasta que me lo sacó con los dientes.

«Dios...»

—Deseaba hacer esto desde tu cumpleaños. Es más erótico de lo que

pensaba. —Sonrió y siguió con el resto.

Lo besé desesperada, estaba tan concentrada que ni me di cuenta de que nos estábamos moviendo, hasta que, con un suave empujón, me tumbó sobre la colcha.

—Dios, dame control para poder llevar a cabo todo lo que quiero...

—¿Estás rezando? —lo interrumpí divertida. No me contestó, se dio la vuelta y yo me apoyé con los codos para ver sus movimientos—. ¿Qué vas a hacer?

Había desatado los cordeles con los que estaba atado el dosel a la estructura de la cama.

—Calla, me estás distrayendo... —Me cogió una mano y la llevó al cabecero, donde me ató, y ese simple gesto tan cargado de intenciones hizo que mi sexo lo reclamara con espasmos.

—Ni te imaginas la de veces que he soñado que hacías esto... —jadeé rendida al delirio. Me regaló su sonrisa más descarada.

Una vez terminado, se puso en pie y empezó a desnudarse de forma lenta para mi regocijo. Después siguió conmigo y acabó de quitarme la ropa interior. Protesté de impotencia al ver que no podía tocarlo.

—Dime todo lo que has imaginado, relátamelo como si fuera en un libro.

Sé que, llegados a este punto, vuestra parte más calenturienta está esperando que os cuente todos los detalles de esa noche, pero..., a pesar de que escribo libros de erótica, no sé cómo describirla. Me faltan palabras que no se han inventado para poder expresar, un mínimo, cómo me sentí y todo lo que ocurrió. Además, estoy segura de que vuestra mente ya se ha puesto en funcionamiento y ha recreado todo lo que pasó. Por cierto, que sea el capítulo número sesenta y nueve es mera coincidencia. Buscando cómo relatar lo que sentí, encontré esta palabra: «sicalipsis». Significa: «picardía o malicia referente a temas sexuales». Viene de las palabras griegas *sykon* («higo») y *aleipsis* («frotar», «untar») —a partir de ahí, que cada uno llegue a sus propias conclusiones—, y fue creada por unos publicitarios en 1902 para una

obra pornográfica en el diario *El Liberal* de Madrid. Suele utilizarse más el adjetivo: «sicalíptico», que es sinónimo de «obsceno» o «pornográfico», y define bastante bien la noche.

Sólo sé que cada una de sus caricias quedó marcada a fuego bajo mi piel. Al principio me costó hacer lo que me pedía porque me era imposible pensar bajo la tortura que suponía su lengua, su boca, sus manos..., todo él, en definitiva. Pero, si al principio Abel fue esperando cada uno de mis deseos para realizarlos, en un momento dado, él tomó la iniciativa y después sólo me convertí en una voz en *off* comentando la jugada. Fue de lo más excitante para los dos. Así fue cómo descubrimos que los sueños, al hacerse realidad, se multiplican. Y lo mejor de todo es que ambos estábamos dispuestos a cumplir los del otro sin importar nada. Hicimos realidad todos y cada uno de nuestros sueños más eróticos y carnales. El silencio se llenó de excitantes jadeos monosilábicos que dejaron el aire atolondrado de lujuria. Nuestros labios impregnaron con un «te quiero» cada rincón de piel que saboreaban. Nos faltaban manos para responder a las súplicas de nuestro cuerpo. Un huracán de pasión nos arrastró con él hasta perder la razón, el tiempo, la cordura, pero nos encontramos a nosotros. Un Abel y una Manuela sin fronteras ni tabús. Tal como éramos, porque nos entregamos por completo.

—Hay algo que no te he confesado, aún.

—Soy toda oídos.

No sé qué hora sería, bien entrada la madrugada imagino, acababa de abrir el grifo esperando que se llenara la bañera y Abel estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Desnudo, igual que yo. Se mordió el labio al tiempo que se le escapaba la risa. Su mirada me acarició todo el cuerpo y vi cómo reaccionaba el suyo al pensar en ello.

—Es sobre aquel domingo en que te ayudé con el cabecero. —Asentí

sabiendo de qué día hablaba—. Te deseaba, tanto como para seguirte cuando te fuiste a la ducha. Abrí la puerta sin saber muy bien qué hacer y..., Dios..., estaba casi dentro cuando te oí gemir. Tenías los ojos cerrados con fuerza y la espalda apoyada en los azulejos. Con una mano te apretabas fuerte un pezón y la otra estaba entre tus piernas. Me volviste tan loco.... ¿Qué me frenó y por qué no di el último paso y me fui? Aún hoy me lo pregunto. Pero es una de las imágenes más eróticas que he visto en toda mi vida.

Recordé que, cuando fui a salir, me pareció extraño encontrar la puerta abierta y, aunque no quise darle importancia, lo que me había confesado Abel fue lo primero que me vino a la cabeza.

—Así que tú también tienes una vena *voyeur*... —dije asimilando aquella confesión.

Asintió y se acercó sentándose en el borde de la bañera y dejándome a mí entre sus piernas.

—He imaginado mucho qué habría pasado si en lugar de huir aquel día hubiera dado un paso hacia aquella ducha. Déjame demostrarte todas mis hipótesis.

Besó mi ombligo y sus manos recorrieron mi espalda de arriba abajo, y de allí hasta los muslos, donde había descubierto cómo la cara interna era una de mis partes erógenas. Su lengua dejó un rastro húmedo hasta llegar a mi sexo.

—Más —pedí en un gemido, agarrada a su pelo.

—¿Más? —preguntó, recuperando nuestra conversación de la terraza.

Estaba tan concentrada en el placer que tardé en contestar. Me mordió el monte de Venus y jadeé.

—Siempre.

Alcé las caderas y arqueé la espalda. Me volvió loca con la boca, con la lengua, con sus dedos resbalando dentro y fuera.

—Dios, me haces sentir tan vivo, eres pura vida —gimió Abel cuando entró dentro de mí, rápido, bruto, salvaje.

La luz del amanecer se filtraba perezosa por la ventana del torreón. Él estaba tumbado boca abajo en medio de la cama, yo, a su lado, apoyada sobre un codo, perfilando sus alas con la mano derecha. Besé su nuca como sabía que le gustaba.

—¿Te acuerdas cuando me contaste en la terraza el porqué de este tatuaje? —Asintió y me miró curioso—. Tengo que confesarte que a mí también me han hecho soñar. He pasado días y noches pensando en recorrerlas como ahora — admití besándolas—. Y hoy estás aquí, tu piel huele a mí y mis dedos por fin tocan lo que han anhelado durante años. Es como si hubiera pasado toda la vida persiguiendo un águila, admirando sus alas... y por fin consiguiera tocarlas. Y lo más extraordinario es que no es el ave la que ha bajado a la tierra, sino que soy yo la que ha emprendido el vuelo. Tú me haces volar.

Pasó su brazo por mi cintura y con un movimiento grácil me situó bajo su cuerpo; su aliento cálido erizó la piel de mi cuello antes de sentir su beso sobre él y lentamente ascendió hasta mi boca, que esperaba la suya con ansia. Se incorporó hasta quedar sentado, de rodillas, frente a mí. Tardó unos instantes en hablar:

—A veces te gusta un símbolo y decides tatuártelo sin ningún motivo especial. Sin pensar que algún día, en un futuro, será tu destino —empezó a decir con voz melosa. Movié el brazo derecho, lo puso en medio de los dos y nuestras miradas se encontraron en la ola que tenía dibujada y que daba la vuelta a su antebrazo—. Al principio te comparé con un mar salvaje e indomable del que renegaba; ahora he comprendido lo equivocado que estaba. Tú, una ola, salvaje a veces, otras sensual, me has enseñado que la vida no se basa en saber cómo navegarlo, sino en dejar que te engulla y volverte como él. Aunque las palabras se quedan cortas para decirte lo que siento: te adoro. Con una certeza que no me da miedo, como nunca creí posible.

Los besos que vinieron después sabían a proyectos de futuro, y los

movimientos envolventes de nuestras caderas, a vida.

Siempre

Abel

El amor es una paradoja. Es el que te roba el aliento y, al mismo tiempo, da vida. El que te hace sentir libre cuando más atado estás a una persona. El que, cuando más demente te sientes, más cuerdo estás. La lógica del amor es tan inverosímil que sólo la comprendes si lo vives en tus carnes. ¿Cuál es el mínimo de tiempo que tiene que pasar para decir que estás enamorado y no parecer un loco?

¿Te puedes enamorar en un día? ¿En unas horas? ¿En tan sólo una mirada?

Yo lo estaba. Enamorado, digo. Hasta el tuétano. Y feliz como un Teletubbie.

Mi padre es de números, de buscarle una lógica y una respuesta a todo. De los tres hermanos soy el único que tiene esa..., ¿puedo llamarlo «manía»? El caso es que a la mínima que tengo una duda busco aclararla. Y acabo de encontrar, gracias a Google, una respuesta que justifica cómo me sentía aquellos días. Al estar enamorado segregamos serotonina, la hormona del ánimo. Regula el sueño, el apetito y, además, es afrodisíaca. Así que aquel estado que me hacía sentir un animal en celo era sólo un efecto secundario de la hormona que regula el ánimo. Que sí, que vale, que saber de dónde procedía era una gilipollez y que lo realmente importante era satisfacerlo, y ¡joder si lo hicimos!

La primera vez estaba más nervioso que cuando tenía diecisiete y perdí la virginidad con Aída. Fue una tarde de verano en la casa de pueblo,

aprovechando que, ni recuerdo el motivo, me habían dejado solo. Bueno, que me despisto, Manuela me pidió que no me moviera mientras ella se tumbaba en la cama y, ¡hostias!, empezó a tocarse y a masturbarse. Me volvió loco verla tan sensual, era puro deseo; pero, sobre todo, se mostró frente a mí sin reservas. Nada en mi vida ha sido tan erótico como aquello; verla gozar, observar cómo se contoneaba, se acariciaba sin apartar los ojos de mí, y cómo el orgasmo la reclamaba y la arrastraba sin encontrar obstáculos. No pude esperar más y me lancé sobre Manuela como un jodido perturbado con una rendición total a ella. Recorrí todos sus recovecos con adoración. Toqué, lamí, besé, mordí cada curva, cada valle, cada peca de su cuerpo. Llegó el momento de entrar en ella, y allí quise morir. De ganas, las tuyas, las mías. Las nuevas y las viejas, contenidas durante meses. Quería llegar más hondo, penetrarla hasta fundirme en ella. Y rozamos el nirvana juntos cuando un orgasmo interminable nos acogió. Largo. Intenso. Demoledor.

Crees que eres el amo con tus sueños eróticos que parecen sacados de la mente de un quinceañero pajillero, ja. Crees que tus fantasías son difícilmente superables, pero luego te encierras en el torreón de un castillo construido en 1850, con una cama enorme con dosel y la noche se queda corta. Nunca había experimentado un sexo tan cómplice. Tan salvaje. Tan..., joder..., tan TODO.

Yo, con mi metro noventa, ancho de espaldas, un Hulk que me siento a veces, y ella tan pequeña y delgada, se me crecía y se hacía grande entre mis manos. Manuela convirtiéndose en una diosa, la mía, a la que adorar siempre. Me despertaba por las noches intranquilo, con un miedo a no sabernos querer y acabar como mis padres. Luego la miraba, tan tranquila, durmiendo, el calor de su cuerpo pegado al mío, y una paz me envolvía y me veía capaz de todo. De desafiar la vida y superar cualquier obstáculo. A su lado. Codo con codo. Siempre. Hay palabras que decimos muy a la ligera, quitándoles gran parte de su importancia y robándoles toda su esencia, entre ellas, *siempre*. Llámame raro, pero a mí me da respeto esa palabra. O me lo daba, porque creo en su significado. Puede que por eso me guste la historia, por todos los «siempre»

que guarda en ella. Como las piedras de una construcción. Algo que supera el tiempo, en definitiva. Y esos días tuve claro que Manuela, para mí, era mi siempre.

Nueva vida

—Manuela... —Su voz aterciopelada sonó muy cerca y su piel se pegó más a la mía—. Manuela, despierta.

—No quiero —me quejé. Oí su risa, pero fui incapaz de abrir los ojos.

—Vas a llegar tarde.

Eran las ocho de la mañana del martes. El despertador había sonado, pero lo ignoré. A las nueve y media empezaban las clases y me negaba a abandonar la cama, dejar a Abel e irme a Canterbury para no volver hasta cuatro horas más tarde. Me di la vuelta sin abrir los ojos y me abracé como una lapa a su pecho. Me acarició con los labios la piel del hombro de forma tan sutil que fue tremendamente seductora.

—Si me miras, te cuento mi plan.

—¿Me vas a hacer chantaje?

Tenía su erección en la mano y con el pulgar trazaba círculos en la punta. Gimió y abrí los ojos para poder ver cómo el deseo se reflejaba en su rostro. Echó la cabeza hacia atrás y se mordió el labio. Llevó su mano sobre la mía, apretó fuerte y la movió arriba y abajo un par de veces antes de detenerse.

—Después —carraspeó—. Ahora nos vamos a levantar, pasarás por la ducha mientras te preparo el desayuno. Luego te acompañaré hasta el bus y, mientras estés en la universidad, iré a buscar a *Darcy* y a *Elizabeth* y daré un paseo con ellos. Volveré y trabajaré un rato hasta las doce. Después cogeré el coche y pasaré a recogerte, comeremos en algún sitio y pasaremos la tarde en Chilham.

Sabía que tenía razón y que tocaba volver a la realidad, y ésa pasaba por

seguir con mis obligaciones. Era una tontería, pero me daba como miedo, como si, con ella, esa burbuja en la que habíamos vivido los últimos días desapareciera. Aquel día me levanté cobarde, pero Abel me mostró que lo nuestro era de verdad y que podía encajar perfectamente con nuestras obligaciones. Ana María Matute decía: «Hay que inventar la vida, porque acaba siendo verdad». Aquellos días los llenamos de vida, de la realidad más bonita y más feliz. Le costó unos cuantos besos más convencerme, pero al final nos levantamos y seguimos su plan. La noche de antes, al dejar a los perros, había cogido una mochila con un par de mudas y el neceser para tener en la *hut*. Las temperaturas eran cálidas para estar a mediados de mayo —pasaban de los veinticinco grados—, y opté por vestirme con unos pantalones tobilleros en un tono coral, una camiseta básica blanca y estrené las alpargatas de esparto floreadas que había comprado hacía pocos días en una tiendecita cerca del puerto. Me dejé el pelo suelto y esa mañana tampoco me maquillé.

A las doce salí de la clase con tantas prisas que no sé cómo no me abrí la crisma cuando el asa del bolso se me quedó atrapada en el pomo de la puerta del aula. Lo encontré en el parking; Abel estaba distraído mirando el teléfono y apoyado en el coche. El *jodío* estaba muy sexy. Se había puesto unos pantalones cortos azul marino y la camisa vaquera.

«Dios, cómo la había echado de menos...»

Como si hubiera presentido que lo estaba observando —entiéndase «babeando por él»—, levantó la cabeza y me dirigió una sonrisa espectacular. Corrí como una niña enamorada en busca de su novio. Me cogió al vuelo y nuestros labios se buscaron mostrando cómo se habían añorado.

—Te quiero. —Lo abracé buscando su olor a realidad, saboreándolo en la punta de la lengua al deslizarla por su cuello.

—¿Estás bien? —preguntó al separarnos, acariciando un mechón de mi

pelo suelto.

—Sí, sólo necesitaba decirlo. Como dijiste, pensar y no callar.

—Y yo a ti. —Me besó haciendo que me olvidara de todo lo que no fuera él. Unas risas cercanas nos devolvieron a la realidad—. Será mejor que nos vayamos de aquí —dijo abriéndome la puerta del coche.

—Esta camisa es mi prenda fetiche, la echaba de menos —admití desabrochando dos de los botones.

—Es mi favorita. —Sonrió con la boca torcida, antes de darme un beso en la sien y empujarme hacia dentro.

Aquel día me arrepentí de no haberme puesto falda, porque, en el cuarto de hora que tardamos en llegar a nuestro destino, Abel no paró de acariciarme los muslos y de apoyar la mano frente a mi sexo con fuerza para que mis caderas se volvieran locas buscando el roce que calmara aquellas ganas, demostrando así que, cuando quieren, los hombres también son capaces de hacer dos cosas a la vez.

Chilham era un pueblo muy pintoresco. Los edificios conservaban la estructura tan característica medieval con las vigas vistas, y por ello había servido como escenario para numerosas filmaciones. Abel me comentó que, en arquitectura, a ese estilo lo llaman Tudor. Y con la sensación de viajar en el tiempo nos perdimos en sus callejuelas mientras nos íbamos conociendo poco a poco con el típico juego de las preguntas rápidas. Había descubierto que le habría gustado tocar el piano, pero era un negado para la música. Que practicaba canoa, a pesar de tener una lesión en el hombro de una mala caída jugando al básquet cuando tenía quince años, y que de vez en cuando se resentía. Que su fruta favorita eran las cerezas, que recolectaba en la masía de su padre. Que lo que menos le gustaba de su trabajo era tener que lidiar con los clientes, por eso prefería que fuera Abril quien tratase con ellos y él pasar el día rodeado de planos. Que los medios de comunicación lo ponían de mala leche porque, en lugar de informar, normalmente daban su opinión.

—¿En qué época te habría gustado vivir? —le pregunté.

—En cualquiera, con la condición de que tú estuvieras en ella. ¿Una palabra que no te guste?

—«Efectivamente», me parece petulante. ¿Un bicho que odies?

—Los ratones —dijo sin tiempo a pensarlo, y me contó el motivo—: No recuerdo qué edad tenía, imagino que unos siete años o por ahí; hacía poco que habían comprado la casa en Paüls. Aquel fin de semana fuimos solos mi padre y yo, me gustaba ayudarlo en los trabajos de rehabilitación. Sólo había una habitación adecentada y dormíamos en el suelo con viejos colchones de lana. En mitad de la noche noté algo en los pies, ¡los putos ratones habían hecho un nido en mi colchón! Me dio tanto asco que desde entonces no puedo verlos. A veces se oyen corretear por el techo, y, aunque sé que es imposible que bajen, te juro que me crispo.

Y seguimos, le confesé que me daba yuyu la canción de cuna «Duérmete, niño, duérmete ya, que viene el coco... y te comerá». La risa brotó a borbotones de su boca, pero acabó dándome la razón.

Sobre las seis ya estábamos de vuelta. Le pedí que me dejara en casa de Charlotte.

—Pero luego te vienes, ¿no? —me preguntó cauteloso.

—Sí, claro. —Suspiró y sonrió—. Es sólo pasar a saludarla y contarle esto con más tranquilidad.

—Te espero en casa. —Y, de nuevo, ese «en casa» hizo que hasta a las mariposas se les encendieran las mejillas de felicidad.

Al entrar ya me di cuenta por las risas de que Charlotte estaba acompañada. Desde la puerta, las saludé, y, estando a mitad de la escalera, recibí un mensaje de Ivet:

Ya en Tokio. Todo de pm.

Después de intercambiar algunos mensajes, quedamos para hacer una videoconferencia las tres al día siguiente.

Hacía días que no salía a correr y las ganas me pudieron. Me cambié de ropa y, cuando bajé, los perros ya me esperaban en la puerta.

—¿Os apetece correr un poco?

Le dije a Charlotte que me iba con ellos.

Bajamos hasta la playa. Me gustaba ir hacia el sur por la tranquilidad que había al alejarme del pueblo. Durante el recorrido, mi cabeza se puso a ordenar todo lo ocurrido, aún me costaba creer que Abel estaba allí y que me quería. Salté y..., bueno, va, os lo cuento... Me olvidé de que estaba en la playa y de que alguien podía verme y me puse a cantar y a bailar dando vueltas con los brazos en alto y los perros saltando y ladrando a mi alrededor, haciendo los coros: «Desde que llegaste ya no vivo llorando, vivo cantando, vivo soñando. Sólo quiero que me digas qué está pasando, que estoy temblando de estar junto a ti...».

Ah..., me sentí como Salomé en Eurovisión del 69; claro que, sin el vestido azul que diseñó Pertegaz, los movimientos no resultaban tan chulos, pero bueno... «Qué tiempos aquellos, cuando España ganaba...»

Cuando llegué a «casa», me encontré con que Abel se había cambiado de ropa, llevaba unos pantalones cortos igualmente, pero unos de estilo informal, y una camiseta vieja y bastante descolorida. Iba descalzo, como era su costumbre. Al verlo en la mesa frente al portátil, imaginé que estaba trabajando. Me acerqué a él, que con sus brazos envolvió mi cintura y me sentó sobre su regazo.

—Has tardado mucho —se quejó con la boca pegada a mi cuello.

—He aprovechado para ir a correr un poco, poner orden en la buhardilla, tender una lavadora... —No me dejó añadir más porque sus labios me silenciaron.

—Manuela..., me gustaría hacer una videoconferencia con mis padres.

—Estaré fuera.

—No, no es eso lo que quería decirte. Quiero que estés a mi lado y los conozcas.

«¿Sus padres?» Me santigüé mentalmente.

—No sé... —balbuceé nerviosa—. Abel..., hace poco les presentaste a Nerea... ¿y ahora a su prima?

—No la conocen.

—¿Cómo?

—Sólo la conoció Adam.

—Yo pensé... —Sacudí la cabeza—. Pensaba que como habías ido para Navidad a casa...

—No fue porque ella no insistiera, pero no me sentía cómodo y siempre busqué excusas.

—¿Estás seguro?

—Saben que estoy aquí por ti. He hablado antes con mi madre y está deseando conocerte. De hecho, están todos, hoy cenan allí.

Me abrazó fuerte y mi nariz buscó ese refugio en su cuello donde me sentía tan bien.

Y así fue cómo conocí a su familia. Yo prefería sentarme en una silla a su lado, algo más políticamente correcto, pero él se negó y me obligó a seguir sobre su regazo. Me sudaban las manos, me picaba todo..., y los segundos que pasamos esperando a que conectaran se me hicieron eternos. Sus dos hermanos estaban de pie, junto a su hermana, Gus, su marido y, al otro extremo, Judith. Sus padres eran los únicos que estaban sentados en primera fila y su madre tenía en brazos a una niña, Vera.

—Siento que la primera vez que nos vemos sea a través de una pantalla — dije con voz temblorosa.

—No te preocupes. Estábamos deseando conocerte.

Adam hizo alguna que otra broma, que no recuerdo de lo nerviosa que estaba, y el ambiente se fue relajando.

—Así que tú eres la loca... —dijo su hermana con ironía, y luego chasqueó

la lengua.

—No te pases —le advirtió Abel sonriendo.

—¿Estás segura? —insistió Abril haciendo una mueca.

Ladeé un poco la cabeza y pasé el brazo sobre los hombros de Abel, que me dio un beso en la mejilla.

—Pero míralo —declaré enamorada—, como para no perder la cabeza.

Nos preguntaron qué habíamos hecho esos días y pronto me sentí muy cómoda. Aquella familia era tan excéntrica que se hacían querer desde el minuto uno. Al final, su padre se acercó un poco más a la cámara y su rostro se tornó serio.

—Manuela, eres de esas personas que aman sin esperar nada pero se entregan por completo. Me alegra saber que el necio de mi hijo no ha desperdiciado la oportunidad.

—Siento que te haya hecho sufrir —añadió su madre—. Debería haberle dado una colleja antes...

—Eh, que estoy delante.

—Abel, todos sabemos que eres el más tonto —puntualizó Adam, que se llevó un codazo de su novia.

Cuando colgamos, Abel me dio un beso largo y profundo que hizo que hasta la punta de los pies sintiera esa ardiente electricidad. Su lengua invadió mi boca, reclamando jadeos con su nombre escrito.

—Bienvenida a la familia —masculló.

Fue tal el subidón de alegría y motivación que sentí que no dudé en seguir.

—No te muevas —le pedí. Mejor afrontarlo todo de golpe y eliminar tareas pendientes.

«Sí, los suegros, como los yogures, en packs de cuatro.»

—¿Por? —Sus manos estaban bajo mi camiseta, jugueteando con el pezón por encima del sujetador.

—Ahora les toca a mis padres.

Sus caricias se detuvieron de golpe. Cuando ladeé la cabeza, su expresión

me tranquilizó; no me contestó, pero tampoco hizo falta, la sonrisa con la que me besó decía que estaba encantado con la idea.

No obstante, las que nos llevamos la sorpresa fuimos mi madre y yo cuando nos enteramos de que Abel había llamado a mi padre y le había contado que pensaba venir a Whitstable. Habían mantenido una charla «entre hombres», según las palabras de mi progenitor. Y, aunque a mí me pareció anticuado, a mi madre aquel gesto de Abel la conquistó. Aunque no hubo tantas risas como con su familia, para ser el primer contacto no fue tan malo como habría imaginado.

La única forma que encontramos de calmar los nervios fue yendo directamente a la cama, desnudarnos de forma salvaje y sentir que todo estaba bien al notar cómo Abel entró dentro de mí de un solo empujón.

—Manuela... —jadeó y mi nombre brotó de sus labios como si fuera puro clímax.

Fue rápido, bruto, sin preliminares.

De mordiscos más que de besos.

De dedos clavándose en la piel.

De rasguños en la espalda.

Fue bestial.

Paso a paso

El miércoles me desperté con una sorpresa. Oí un ruido y, sin abrir los ojos, estiré la mano de forma automática buscando su cuerpo, pero su lado de la cama estaba vacío. Me senté de golpe.

—Estoy aquí —susurró. Acababa de subir y en la mano aún sostenía una bandeja. Al ver mi cara de pánico, la dejó sobre el baúl que había a los pies de la cama y se sentó a mi lado abrazándome con fuerza; sólo entonces la turbación abandonó mi cuerpo—. Te he traído el desayuno.

Me separé un poco y lo observé. Se mordió el labio y una sonrisa hechizante se le escapó por la comisura. Los recuerdos de aquella conversación en la cocina, meses atrás, volvieron a mí:

—¿Eres de los que llevan el desayuno a la cama? —le pregunté.

—¿Por?

—Nada..., pero Nerea no suele desayunar, así que no te lo tomes a mal, es una excepción; al resto —añadí sin especificar a si me refería a las mujeres en general o a mí— nos encantaría que nos lo llevaras, pasar la mañana en la cama, tomar el café, leer el periódico, desayunarte...

Abel se dio cuenta de hacia dónde habían ido mis pensamientos y se las ingenió para hacer que mi mente quedara en blanco y lo olvidara todo. Mis dedos se enredaron en su pelo y lo atraje con mis piernas rodeando su cintura. La verdad es que la mermelada acabó untada sobre mi espalda y el café estaba frío cuando nos lo bebimos.

Si no fuera porque me había comprometido a sacar a los perros, creo que

habríamos pasado el día en la cama. Iba a levantarme para ir a la ducha cuando me fijé en que sobre la mesilla había un libro: *Una leyenda celta*.

—¿Te gusta? —le pregunté mientras leía la sinopsis. Era de tapa dura y se veía bastante usado.

—Es uno de mis favoritos, lo estaba releendo. Es la historia de san Patricio. Te lo presto con la condición de que me dejes leer los nuevos. —Me mordió el cuello jugueteando.

—Ahora, cuando vayamos a casa de Charlotte, los cogemos.

El día se había levantado con la típica bruma matinal y los dos nos vestimos parecidos, con vaqueros y una camiseta. Por encima me puse un cárdigan de punto grueso color mostaza. Mientras paseábamos por la playa me contó que le gustaba leer, sobre todo novela histórica. Y que hasta se había planteado hacer la carrera de Historia, pero al final se decantó por la Arquitectura porque le permitía crear.

—Entre mis libros favoritos están *El misterio de las catedrales*, *Stonehenge* o *El castillo*, sobre la construcción de la fortaleza románica de Loarre. Todos mezclan mis dos pasiones.

—No he leído ninguno, en ese sentido sólo recuerdo *Los pilares de la Tierra*.

Seguimos hablando sobre libros, me preguntó si ya tenía alguna idea para el próximo que escribiría y pasé buena parte del camino contándosela.

—¿Qué te parece?

—Es fascinante, tú lo eres. Hablas de ello con tanta pasión que brillas. ¿Y no crees que deberíamos ir? —Se puso delante de mí y sonrió mientras me abrazaba con los dedos clavados en mis nalgas.

—¿Adónde?

—A México. Escribir el libro desde allí, con tu muso...

«Cancún, con Abel... ¡Virgencita, que me toque la Primitiva!»

—Suena de maravilla. Pero de momento creo que la inspiración será muy británica.

—Yo es que soy más de tequila que de whisky. ¿Y tú de qué eres?

—¿Yo? De ti. Me da igual el estado, allí, aquí. —Me puse de puntillas para besarlo y luego llevé mi mano a su bragueta—. Líquido, sólido, gaseoso...

Lanzó una carcajada al aire llevando la cabeza hacia atrás, gesto que aproveché para besarle jugosa la nuez de Adán.

—Eso es porque no has estado conmigo una tarde poscocado...

Fui a contestar, pero no me salió nada. Al final estallamos en risas. Sí, como niños, «culo, mierda, pedo» y, hala, a reír.

Después de dejar a los perros y quedar con Charlotte para tomar el té al día siguiente, nos fuimos hasta el centro de la ciudad. Pasamos por el supermercado y por una tienda de fotografía, donde imprimimos algunas de las que habíamos hecho los últimos días. En la cafetería Tea & Times volvimos a desayunar, Abel se pidió un trozo de *plum cake* de banana y canela, y yo escogí mi favorita de aquel local, la tarta de zanahoria. Había una foto que me gustaba especialmente, la habíamos hecho con los acantilados de Dover al fondo, los dos sonriendo como bobos enamorados y nuestras cabezas unidas. En el reverso escribí una pequeña nota y la metí en un sobre para mandársela a Queta: «Queremos compartir contigo esta feliz noticia».

Después de comer, hacía tan buen tiempo que nos sentamos en los sillones de la terraza. Abel estaba leyendo el relato que escribí en Nueva York, y yo tenía el cuaderno donde apuntaba las ideas para la próxima novela en el regazo, pero sin escribir nada. Estaba demasiado ocupada contemplándolo en silencio. Los días con él pasaban a una velocidad demasiado rápida, como si la vida se me escapara entre los dedos y fuera imposible de frenar.

—¿Ya no te inspiro? —se burló al percibir mi mirada sobre él.

Me levanté y me senté en su regazo. Sus manos fueron directamente bajo mi camiseta y las mías a su pelo.

—No es eso. Dicen que es más fácil escribir cuando sufres que cuando eres feliz. No es que no me inspires, pero llevo demasiado tiempo soñándote y ahora quiero vivirte.

Acercó su boca a la mía, jugueteó con mis labios, acariciándolos con la lengua, provocándolos con mordiscos. Abel era intensidad. En la forma de ver la vida y vivirla. En sus besos, en cómo entendía el lenguaje de mi piel y en el temblor que me provocaba y me robaba el aliento.

—¿Qué te parece si preparo unas crepes para merendar?

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—En casa todos lo hacemos. Es como las tareas del hogar, nunca han hecho diferencias.

—¿Sabes planchar, coser un botón, limpiar cristales...?

—¿Es una pregunta con trampa? —preguntó haciéndome cosquillas, y me revolví como una culebra.

—No, sólo que, por si aún no lo sabes, soy muy mala cocinando.

—Algún defecto tenías que tener.

Estábamos en la cocina los dos atareados, él preparando la masa y yo observándolo embobada cuando sonó el inconfundible tono de la llamada de Skype y corrí hacia el ordenador para hablar con las chicas. Empezamos a hablar las tres a la vez y las risas inundaron la estancia. Al final tomó la palabra Elsa, que nos contó que ya no iba a la oficina. Estaba con el síndrome del nido y se había agobiado. Al final había optado por darse el lujo de trabajar desde casa, y había dejado la tienda a cargo de una empleada. Ivet nos puso los dientes largos hablando un poco del viaje, sólo llevaban un día y Guillem esa noche tenía una cena.

—De verdad que no sé cómo lo hace. A mí me duele la cabeza horrores del *jet lag*, y él parece tan fresco...

—Está más acostumbrado a ir y venir.

—Deja de preguntarnos por nosotras —dijo Elsa— y cuéntanoslo todo sobre el idilio del año.

—¿Del año? ¡Será del siglo! —apuntó la otra, burlona.

—Nos va bien, muy bien. —Levanté la vista buscando sus ojos. Al oírla, Abel se había dado la vuelta y me estaba observando riéndose canalla.

—¿Eso es todo lo que piensas decir? —insistió la preñada.

—¿Has comprobado lo de los calzoncillos? —añadió Ivet.

—Loca. —Estallé en carcajadas, pero moví la cabeza arriba y abajo sin apartar los ojos de Abel, que tenía el ceño frunido y me interrogaba con la mirada.

—Ah, que está por ahí. ¿Se ha escondido de mí? —se burló la Dalai.

—Está haciendo crepes.

—Oh, había olvidado que también sabe cocinar. —Chasqueó la lengua.

—¿Me buscabas? —Abel se acercó por detrás y me dio un beso en el pelo, acariciándome la nuca.

—Que sepas que ya no te odio tanto —le contestó ella.

—Que sepas que me alegro. Os dejo solas.

Abel se fue a la terraza y me dio algo de intimidad para poder hablar. Les conté sobre el viaje, algunos detalles de la noche más erótica de mi vida, lo enamorada que me sentía y lo rápido que parecía ir todo, pero que, al mismo tiempo, era tan natural que daba vértigo.

—Sé a qué te refieres, lo mío con Guillem fue más o menos igual. Acojona, pero, joder, qué bien sienta.

«Amén, hermana...»

También les dije que habíamos hecho una videollamada con toda su familia, y otra con mis padres, y el detalle que había tenido Abel de hablar con mi padre y contarle que pensaba venir.

—¿Me estás diciendo que le pidió permiso a tu padre? —insistió alucinada Elsa. Afirmé con la cabeza sin dejar de reír—. Es normal que sea tu muso... ¡Si parece sacado de una novela de Jane Austen!

Las carcajadas se hicieron más escandalosas, y después me preguntaron qué tal había ido con su familia.

—La verdad es que muy bien; fueron un encanto. Pensaba que conocían a Nerea, pero resulta que nunca la llevó.

—¿Has pensado en decírselo? —me preguntó cautelosa Elsa.

—A tu prima —aclaró Ivet.

Fue nombrarla y perdí la sonrisa. De forma instintiva ladeé la cabeza hacia la puerta abierta, vi a Abel con los brazos apoyados en la baranda mirando al mar, distraído, como si no nos hubiera oído.

—Sé que tengo que decírselo y que es mejor que se entere por mí, pero... ni me apetece ni sé cómo hacerlo.

Después de eso la conversación se enfrió un poco. Ivet se excusó con la hora y aprovechamos para desconectar.

Abel se acercó de nuevo y me tendió la mano para que me levantara.

«O puede que sí que nos haya oído...»

—Lo siento —dijo acunándome la cara con las manos y buscando mis ojos como si necesitara encontrar algo en ellos.

—No es culpa tuya... —Le acaricié la nuca escondiendo los dedos en su pelo como sabía que le gustaba y busqué con la nariz su cuello, mi refugio—. Es sólo que, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí, me jode tener que preocuparme por ella.

«No quiero nada con Nerea, por no querer, no quiero ni conflictos.»

—Aquí, la única gilipollas que hay es ella con su comportamiento.

—Ajo y agua, y a buscar la mejor manera de contárselo.

—Con ella no hay forma correcta. —Suspiré y cerré los ojos apoyando la cabeza en su pecho; entendió mi súplica silenciosa y cambió de tema—: ¿Qué es eso de los calzoncillos?

—Nos contó que tenías la manía de ponerte los calzoncillos del revés, cosa que ella no soportaba.

—¿Os contó eso? ¡Joder, qué vergüenza!

—Tranquilo, a mí es que me hablan de ti en calzoncillos... y yo ya...

Nos reímos y pareció que el ambiente se relajaba; merendamos y después

me excusé diciendo que tenía trabajo que hacer y me fui al sofá con el portátil en el regazo. No era mentira, Ingrid me había mandado unos currículos para revisar esa misma mañana. Aunque tenía de plazo hasta finales de semana, quise hacerlo y ocupar la mente en algo más mecánico, pero la verdad es que la sensación no se desvaneció del todo y el fantasma de Nerea seguía allí. De nuevo, estaba nerviosa sólo de pensar que tenía que hablar con ella.

—¿Nos damos un baño? —me preguntó Abel al cabo de unas horas.

El sol empezaba a ponerse, pero la temperatura aún era alta. La verdad es que apetecía, si no fuera porque ya lo había intentado otras veces y no lo había conseguido.

—Está helada. Sólo he sido capaz de meterme hasta las rodillas.

—Es de esas cosas que no tienes que pensar, llegas y te tiras. O eso nos decía mi padre un verano que fuimos a Galicia.

—¿Funcionó?

—Dímelo tú.

Como dos niños chicos, corrimos escaleras arriba para ponernos los bañadores y en menos de tres minutos ya estábamos corriendo descalzos por la arena en dirección al mar. Como había dicho, él no frenó y, en cuanto sus pies tocaron el agua, se zambulló sin pensarlo. Yo no las tenía todas conmigo, pero lo imité.

—Hostia puta, ¡qué fría! —gritó cuando sacó la cabeza.

—Fría es quedarse corto... —respondí retirándome el pelo hacia atrás y dando saltitos hacia la orilla.

Oí su risa mientras se acercaba a mí. En la arena me cogió en volandas y así me llevó hasta casa.

—Estuvimos quince días —empezó a contarme sobre aquellas vacaciones—. Adam flipaba con las mareas. Abril se pasaba el rato buscando conchas, y

mi padre y yo hicimos como un estudio. Mi madre se burlaba porque decía que siempre tenía que analizarlo todo. Otra prueba de lo distintos que son. Con un termómetro en forma de pez que compramos en una farmacia y una libreta, cada vez que bajábamos a la playa comprobábamos la temperatura y la apuntábamos. Hace más de veinte años, pero aún lo recuerdo. Si estaba sobre los dieciséis, al meterte notabas como agujas clavándose en la piel, a los diecisiete aún podías meterte, y a partir de los dieciocho podías estar un rato dentro. Lo gracioso fue que cuando volvimos y fuimos a la playa de la Barceloneta; nos pareció tan caliente que no nos gustó.

Entre risas y besos con sabor a mar y a deseo, nos desnudamos. Roces sensuales que arrancaban suspiros y que se detenían en el mejor momento. Al final me escabullí y me fui a la ducha, qué pena que fuera tan pequeña, porque seguir con aquel juego bajo el agua caliente era lo que más me apetecía. Salí y entró él. Mientras me secaba un poco el pelo, Abel terminó de ducharse. Me puse un vestido bajo su atenta mirada y gruñó al ver que lo hacía sin ponerme ropa interior.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó terminando de ponerse los pantalones y la camiseta que llevaba antes.

—Podemos abrir la botella de vino que compramos esta mañana.

Salí a la terraza, pero noté frío y volví a entrar en busca de la chaqueta. En el pasamanos de la escalera había un jersey suyo y me lo puse por encima.

Oí sus pasos acercándose, pero se detuvieron y ladeé la cabeza para ver qué hacía. Estaba bajo el dintel de la puerta, con dos tazas en la mano, y me miraba fijamente.

—¿Estás bien?

—La alquilé por esta terraza.

—¿Cómo?

Se acercó a mí, dejó el vino en el suelo y se arrodilló delante de mí. Yo estaba sentada sobre mis pies, con las piernas encogidas. Buscó mis manos

bajo las mangas de su jersey y las envolvió con las suyas. Sus ojos encontraron los míos y allí nos quedamos, en aquel silencio tan revelador.

—El domingo, antes de verte en el aeropuerto —murmuró con su voz sonando a *soul*—, celebramos el cumpleaños de Abril. Después de comer, tuve una charla con mi madre sobre lo que deseaba. Me hizo cerrar los ojos y pensar qué quería de verdad. En la imagen vi una terraza parecida a ésta, junto al mar, tú en un sillón, acurrucada con una manta, y yo llegaba por detrás con dos copas de vino.

—Como ahora —pronuncié a media voz por aquella declaración.

—Como ahora. Tú eres mi sueño. Lo que deseo en la vida.

El beso que selló aquella confesión fue especial, aceptando que para lo nuestro ya no había marcha atrás.

Nena

El jueves, después de comer y de una siesta desnudos en la cama, dejé a Abel trabajando sobre unos planos y me fui a tomar el té con Charlotte. Fue curioso que la sensación no fue de ir a «casa», a pesar de que llevaba cinco meses siendo mi hogar, y todo porque aquella minicasita de madera junto a la playa en pocos días se había ganado ese título. Tan de Abel, tan mía, tan de los dos.

Fiona había preparado sus deliciosas galletas de mantequilla y Charlotte me esperaba ansiosa por saberlo todo sobre Abel. Le conté nuestra historia, por qué me fui dejando todo atrás y qué significaba para mí que él hubiera ido a buscarme. Y mientras lo relataba me di cuenta de que empezaba a superar aquellos fantasmas porque ya no me avergonzaba admitir que me había enamorado del novio de mi prima. Al contrario, estaba orgullosa de cómo al final los dos habíamos vencido a nuestros propios demonios.

—Queremos un amor de verdad, de esos que superan las pruebas más duras que el destino les manda, pero eso implica sufrir y la gente no está dispuesta a ello. La vida obsequia a quien está dispuesto a padecer para conseguirlo — dijo con una voz aterciopelada, cargada de solemnidad.

No sabía si era cosa mía, pero ese matiz también lo había notado, a veces, al hablar con Queta. Una frase, unas palabras que escondían sabiduría en cada letra. Como si con aquel tono fuera más fácil retenerlo en la memoria. Puede que fuera por eso que me gustaba charlar con ellas, rodearme de gente mayor que no hablaba de infravalorar la muerte porque la sentían cerca, hablaban de no infravalorar la vida.

—Y cuando resulta que es sencillo lo complicamos porque nos cuesta

aceptar que sea tan natural —murmuré, casi más para mí que para ella.

—Es una historia preciosa, deberías escribirla —sugirió risueña.

—No sé si podría, es muy personal.

—Por eso mismo. Creo que te ayudaría a sacar todo eso que aún supura. Como bien decías, escribir es como una terapia. Es sólo una sugerencia.

—Lo pensaré —suspiré, y la idea empezó a cuajar rápidamente en mi cerebro.

—Si lo haces, acuérdate de ponerme mucho más guapa, olvida mi joroba y el bastón. —Solté una carcajada.

Cuando volví a casa eran pasadas las seis de la tarde, y si terminamos fue porque sabía que a Charlotte le gustaba cenar temprano e irse a la cama, porque, si no, aquello podría haberse alargado horas y horas.

Estaba subiendo los escalones que daban acceso a la *hut* desde la playa y el estribillo de *Take Me to Church* de Hozier era cada vez más nítido cuando me sonó el teléfono.

—Hola —saludé con voz temblorosa. No me podía creer que fuera mi prima la que me llamara.

—Sólo quería decirte que lo sé, la última, como siempre, pero ya me he enterado de que estás con mi ex.

—Nerea —empecé a decir sin saber cómo continuar. No sabía cómo se había enterado, pero por suerte ella me cortó, ahorrándomelo.

—En cambio, yo te voy a poner al corriente la primera: gané la apuesta. Mejor dicho, lo gané a él. Estoy con Miguel. Los últimos meses han sido los mejores de mi vida. —Me vino a la memoria el día que fui a verla, en mi último viaje a Barcelona, y cuando, al marcharme del piso, me fijé en que había un casco en la entrada. La verdad es que la noticia no me sorprendió; las últimas veces que habíamos hablado del doctor Félix, algo se intuía—. Y he

pedido plaza para trabajar en Chicago. Él tiene buenos contactos y quiere volver. Así que, en vista de que parece que te gusta recoger toda la mierda que yo no quiero, te lo digo porque podrás quedarte con el piso cuando yo ya no lo necesite.

La última frase tuvo una sola reacción en mí: echarme a reír a pleno pulmón.

—Entonces soy la reina Midas, convierto en oro todo lo que tú consideras mierda. Por cierto, ¿ya sabe el doctor Derek que invitas a Eloi a tu cama? — solté, y colgué.

No tenía intención de decir aquello, pero Nerea conseguía volverme tan arpía como ella. Lancé un grito de impotencia al aire. Abel salió a mi encuentro cuando me oyó.

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo coño lo ha sabido? Dudo que Elsa o Ivet se lo hayan contado.

—Por mí —susurró cabizbajo, masajeándose la nuca.

—¿Qué?

—La llamé hace un rato. —Desvió la mirada hacia el mar.

—Joder, Abel, ¿por qué? —rugí.

Empezó a andar de un lado a otro.

—Porque estabas muy nerviosa, te preocupaba cómo decírselo, y yo... sólo quería evitártelo.

—¡Sé cuidarme solita!

—No lo pongo en duda. Sólo quería...

—¿Y a qué esperabas para contármelo?

—Nena, acabas de llegar —respondió calmado, aunque su cuerpo mostrara lo contrario.

—¿Acabas de llamarme «nena»? —aullé completamente fuera de mí.

—¡Hostias! No lo decía...

Pero no quería escucharlo. Bajé la escalera y me fui hacia el agua dejándolo con la palabra en la boca. Estaba muy cabreada. Creo que todo se

juntó y de nuevo estallé por no saber cómo afrontar todo lo que sentía.

Sabía que se lo tomaría mal, era Nerea, pero aquello demostraba, por si me quedaba algún resquicio de duda, que mi relación con mi prima era y sería nula a partir de entonces. Sus palabras resonaron de nuevo en mi mente: «... el piso cuando yo ya no lo necesite».

«Hija... del mal...»

¿Por qué Abel no me había dicho que pensaba hablar con ella? Joder. Habría estado preparada para recibir aquella llamada.

«¿Por qué hacerlo sin estar yo presente?»

En mi cabeza volvió a sonar su voz llamándome «nena» y cerré las manos, clavándome las uñas con fuerza.

«¡¡El capullo me ha llamado «nena»!!»

Quería creer que lo había dicho como un mote cariñoso, pero lo tenía tan asociado con mi prima que me dio asco. Mi mente se puso a mil revoluciones imaginándolos juntos, siendo pareja, compartiendo tantos momentos como los que estábamos viviendo nosotros que se me revolvió el estómago y me subió la bilis hasta el paladar. Me llevé las manos a la cara y apreté fuerte sobre los ojos como si pudiera borrar aquellas imágenes que desfilaban atormentándome más y más.

«¡Putos celos, me van a volver loca!»

—Lo siento. No..., nunca te llamaría como a ella. —Abel estaba detrás de mí. No lo veía, pero noté cómo dudaba y al final me rodeó por la cintura.

—¿Qué haces? —Me revolví inquieta.

—Llévate a tu lugar favorito. —Me dio la vuelta y me abrazó estrechándome con fuerza contra su pecho y, de forma espontánea, me puse de puntillas para que mi cara quedara encajada en su cuello—. Estamos construyendo este «nosotros», y eso quiere decir que siempre voy a cuidar de ti. Aunque estés enfadada conmigo, aunque a veces no te entienda, o tú a mí, busca tu refugio porque siempre estará ahí para ti.

Abel había acabado con aquella espina, la última que teníamos clavada e

impedía continuar y dar carpetazo. Los ojos se me empañaron de lágrimas; no era de pena, me derrumbé de puro alivio.

—Lo siento, es que me ha cogido por sorpresa y me han podido los celos.

—También ha podido con mis nervios, tiene un don.

Ladeé la cabeza y él hizo lo mismo; nuestros labios se buscaron a tientas, dejando besos por el camino antes de encontrarse. Cerré los ojos y el tiempo se detuvo. Dejé de pensar. Un beso lento, tierno. Un beso que poco a poco me fue robando el malestar, la rabia, y me calmó como nada habría conseguido hacerlo.

Si vives o sueñas

El sábado fuimos a comer a Wheelers Oyster con la excusa de que hacía una semana que Abel había llegado y que estábamos juntos. De primero pedimos ostras y de segundo una lasaña de langosta que es de lo mejor que he probado en mi vida. Para beber, una botella de vino blanco que se nos quedó corta para cuando llegó el postre, una tarta de manzana que estaba increíble.

Antes de irnos pasé por el baño. Mientras me lavaba las manos me miré en el espejo y sonreí al recordar esa misma mañana. Nos habíamos arreglado para la ocasión; él estaba tremendamente sexy con una camisa de cuadros verde oscuro y negro y unos vaqueros. Yo había optado por ponerme el mono negro, el mismo que había llevado la noche que hicimos el paripé delante de Gervasi. Me había recogido el pelo en un moño alto y maquillado con sólo el *eyeliner* y en los labios el Chatterbox de Mac a juego con los *stiletos* en fucsia para darle el toque de color. Estaba poniéndome el anillo de espiral que me regalaron Elsa y Quim para mi cumpleaños cuando sentí sus labios besándome la nuca.

—Dios, qué buenos recuerdos.

Sonreí al ver que él también se acordaba de él.

No me di la vuelta, dejé que su mano volviera a acariciarme la piel que dejaba expuesta aquella abertura en forma de rombo en mis lumbares como aquella noche.

—¿Por qué pusiste tu mano ahí? —le pedí con la respiración acelerada—. ¿Por qué me provocabas de aquella manera?

—No pude resistirme. Desde el primer instante, ver cómo reaccionas a mí

me vuelve loco. Creo que mi cuerpo fue el primero en saber que eras para mí.

Dos mujeres entraron hablando y volví a la realidad. Terminé de secarme las manos y no pude evitar escuchar lo que decían.

Volvimos a casa andando descalzos por la playa con los zapatos en la mano; cuando llegamos le pedí que siguiéramos un poco más. Tanto como para llegar al final del pueblo, donde solía pasear cuando salía con los perros. En esa zona había un grupo de *huts* que estaban alejadas de todo. Me fui hacia ellas sin dejar de pensar en aquella conversación que había oído en el baño del restaurante.

—¿Qué haces? —me preguntó Abel cuando vio que me dirigía hacia una de ellas.

—Ven. —Tiré de su mano y subí la escalera—. Antes, en el baño, he oído que está en venta y que durante todo el día tienen un «puertas abiertas» para poder visitarla.

La terraza era grande, en forma de «L», tenía una parte de porche cerrado con ventanales. Fue entrar y enamorarme. Las paredes estaban pintadas de un color turquesa muy clarito; el techo alto y las vigas, en blanco. Era acogedor y con una decoración muy coqueta. La cocina era abierta a la sala, y tenía dos habitaciones independientes. Di otra vuelta a toda la casa con Abel pegado a mi espalda sin decir nada. Él salió a la terraza y yo me acerqué a los propietarios para preguntar por el precio y las condiciones.

—¿Qué te parece? —pregunté ilusionada cuando salí en su busca.

—¿De qué estás hablando? —Abel se volvió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Podríamos comprarla y alquilarla cuando no estemos. Con lo que sacáramos en temporada alta podríamos pagar buena parte la hipoteca... Joder, ya sé que es una locura, ¡ahora mismo no tengo ni trabajo! Pero es fantástica. Podría hablar con Fiona, le pagaríamos un tanto por tenerla limpia y que ella se encargara de recibir a los inquilinos...

—Frena, creo que tenemos que hablar. —Más que por las palabras que

dijo, fue el modo en que tensó la mandíbula lo que me puso en alerta.

—Eso suena fatal, ¿lo sabes? —susurré, perdiendo toda la alegría de golpe.

—Será mejor que volvamos a casa. —Me tendió la mano y empezó a andar.

El corazón comenzó a martillarme y sentía que el pecho se me estaba encogiendo por momentos. De golpe tenía frío y la carne de gallina. Abel se dio cuenta y me pasó el brazo por los hombros para pegarme a su cuerpo, pero ni con ésas.

Al entrar, me quedé de pie sin saber muy bien qué hacer, mi cabeza estaba completamente en blanco. Él tiró de mí y nos sentó en el sofá.

—¿Has pensado en qué vas a hacer después?

—¿Después? —balbuceé al borde del infarto.

—Cuando acabe el curso —especificó acariciando mis manos, que estaban entre las suyas.

—Ah, la verdad, no mucho. —Suspiré y cogí aire al tiempo que ordenaba las ideas—. Los motivos para irme son los mismos que para volver. Esto me encanta, pero todo lo que quiero está allí. Sé que tengo mi puesto de trabajo, Ingrid estará contenta, y, bueno..., buscaré un piso y...

—Puedes quedarte en casa el tiempo que necesites. —«¡Ay, Dios!» Aquello me dejó sin palabras—. Si por mí fuera te diría que te quedaras para siempre —añadió sonriendo—, pero sin presiones.

—Abel... —comencé a decir, pero me puso un dedo sobre los labios, que besé en un acto reflejo.

—Hay algo más. —Desvió la mirada un instante y tomó una bocanada de aire, como si le costara encontrar las palabras—. Mi vuelo de vuelta sale el lunes.

—¿Cómo? —exclamé poniéndome en pie de un salto.

—Ven. —Me agarró de la cintura y me sentó sobre su regazo a horcajadas—. El lunes me voy.

Se me tragó la tristeza. De golpe. Me mordí el labio, intentando aguantar aquella oleada de pena. Me acunó con sus dedos enmarcando mi rostro y me

besó de forma delicada.

—¿Por qué? ¿Qué prisa tienes? Pensé que podías trabajar desde aquí.

—No se trata de mí, sino de ti. —Juntó nuestras frentes y el suspiro que lanzó sonó a lamento—. Éste es tu viaje. No debería haber venido, debería haber esperado a que volvieras, pero no aguanté. Ahora sí lo haré. Termina el máster, el viaje, y cierra el ciclo. Yo te esperaré lo que haga falta.

—Tengo miedo —admití sin pudor.

—No desaparecerá porque estemos separados. Deberías empezar a creer que esto es mucho más fuerte, y pienso recordártelo cada día. Te quiero —murmuró con sus labios pegados a mi oreja, en un suspiro tan silencioso como si quisiera que sólo el alma lo oyera.

Le dije que yo también lo quería mientras me abrazaba fuerte a él. Me costó entenderlo. Y aceptarlo. Para qué voy a mentiros. «¡Pero si estamos de puta madre!» Yo no quería que se fuera, no quería una relación a distancia. Me daba miedo estar de nuevo sola. No me había planteado qué hacer después del curso, porque con su llegada había dado prioridad a vivir el presente, sin pensar en el mañana. «Y ahora todo se precipita.» Él se iba, y yo tenía que terminar el curso. Whitstable me encantaba, pero tenía claro que era un refugio y que mi vida estaba en Barcelona. Con Abel, con mis amigos. Con mi familia cerca. De nuevo, tuve la sensación de que el mismo destino se confabulaba para ponerme fácil tomar las decisiones. Volver sabiendo que tenía trabajo, un hogar junto a Abel, el problema de Nerea solucionado porque ya lo sabía y, por tanto, no era obligatorio ni volver a verla. Pero, con todo y con eso, sentía ansiedad; dicen que lo que la produce es un exceso de futuro. Al menos, en mi caso, era exactamente eso.

—¿Decías de verdad lo de vivir juntos? ¿No es algo precipitado?

Su risa resonó entre las paredes.

—¿Decías de verdad lo de comprar la *hut*? ¿No es algo precipitado? —se burló copiándome.

—Ya... Ha sido un palpito. He oído a esas mujeres comentarlo y sentí que

debíamos ir a verla. Es una locura, pero, no sé, aquí he sido muy feliz, lo nuestro... está lleno de buenos recuerdos.

—Ya lo hablaremos, pero, Manuela, no importa dónde estemos, lo que lo hace especial somos tú y yo.

Preferí ni pensar en las horas que nos quedaban juntos, pero no por ello dejaron de pasar. En mi cabeza oía el sonido de los granos de arena caer uno a uno, robándome el tiempo que nos quedaba. Intentamos que fuera un fin de semana normal, pero la despedida lo tiñó absolutamente todo.

El domingo me desperté antes que él, y al abrir los ojos sonreí porque Abel estaba girado hacia mí. Embelesada, en silencio, observé su rostro tranquilo y sereno. Me dije mil veces que me quedaban muchísimos más amaneceres contemplándolo, sintiendo el calor de su cuerpo pegado al mío, pero no me servía para calmar la aflicción que me comprimía el pecho desde que sabía que se iría. Aún estaba allí, pero mi cuerpo ya lo echaba de menos, y eso que mis piernas estaban enlazadas con las suyas y sentía el calor de su mano en mi cadera.

Fue un día parecido a los demás, en aquella rutina que habíamos hecho tan nuestra en tan sólo una semana. ¡Una semana! Sólo empezaba a saborear aquel «nosotros» y me lo arrebatában. Me parecía increíble todo lo ocurrido. Cómo, en tan poco tiempo, mi vida había dado un giro tan grande. De estar sola a estar con Abel. De no saber qué hacer con mi vida a tener claro que sería a su lado. El resto, si un piso u otro, si compraríamos la *hut* o no, poco me importaba. Sólo quería que él fuera la constante de aquel futuro, el resto era variable.

Le había preguntado con más calma sobre la llamada a Nerea, aunque no me contó mucho. «Fue rápido. Ella se excusó en que tenía prisa y se lo solté sin dilación. Lo que importa es que ya está hecho; intenta poner distancia.»

Abel no me recomendó olvidarla porque sabía que me pediría algo imposible, sólo algo de distancia. Había añadido un «que te resbale todo lo referente a ella». Y eso traté de hacer, aunque en el fondo me seguía doliendo cada palabra que Nerea me había dicho. El problema de base era que no comprendía el comportamiento de mi prima. Y es que, después de tantos años y tanto compartido, aún me costaba hacerme a la idea de que Nerea era sólo pasado.

Salimos a pasear con los perros, desayunamos en el café leyendo el periódico, comimos en la terraza bajo el sol. *Stay with Me* de Sam Smith siempre me traerá el recuerdo de aquella siesta de horas tumbados en la cama, escuchando música y hablando del futuro. Dormir con el sonido de las olas rompiendo en la orilla y su latido bajo mi oído. Atenacé cada instante como si fuera lo más valioso de mi vida.

Decidimos ir a ver la puesta de sol desde el Old Neptune, un pub de los auténticos y un emblema en la zona. Era muy conocido en el pueblo. La gente solía ir para ver cómo se escondía el sol en el mar mientras degustaban una pinta y un sándwich de cangrejo. Conscientes o no, retrasamos al máximo la hora de volver a casa. Como si con ello ganáramos más tiempo; queríamos una noche interminable porque, con el amanecer, Abel se iría. Cuando lo hicimos, las estrellas cubrían un cielo despejado de luna nueva. La temperatura era tan agradable que la convertía en una noche perfecta.

Al llegar, Abel entró para preparar unos whiskys y yo lo esperé apoyada en la baranda. Era un domingo de mediados de mayo y todo estaba en silencio. Algunas de las *huts* que durante el fin de semana habían estado habitadas volvían a estar cerradas. Estábamos completamente solos en aquel paraíso.

Cuando regresó, se situó detrás de mí y noté su mano en mi muslo subiendo muy despacio por debajo del vestido ceñido que llevaba puesto.

—Me he acordado de aquella noche en la cocina. Con tu cuerpo perfilado a la luz de la nevera. —El deseo rasgó su voz. Sus manos fueron a mis pechos y pellizcaron los pezones erguidos.

—Duros y sin necesidad de echarme agua helada por encima —lo provoqué conociendo ya sus gustos. Noté cómo hincaba los dientes en mi hombro desnudo.

Nuestros cuerpos revelaron las intenciones en una especie de código morse. Su pierna entre mis muslos, mis caderas contoneándose y ciñéndose a ella. Clavé las uñas en la madera de la barandilla cuando su dedo se hundió dentro de mí y su erección, bajo el pantalón, rozó mis nalgas con deseo. Un grito de placer se ahogó en mi garganta.

—Me ardes en las manos —jadeó pegado a mi oído.

—Hazme volar —le pedí curvándome hacia delante y abriéndome sin reservas.

—Te llevaré al cielo y dejaré que las estrellas te hagan cosquillas.

Y el deseo se apoderó de nosotros. El chasquido que hicieron sus pantalones al chocar contra la madera del suelo, el sonido de los besos húmedos, su mano en mi cadera alzando mi vestido y la otra tirándome del pelo...

—Piel —reclamé en medio de la neblina—. Necesito sentir tu piel.

Se separó y nos desnudamos con movimientos erráticos y frenéticos antes de volver a sentirlo dentro de mí. Algo surgió, magia; sentí un fuerte vínculo cuando Abel empezó a moverse al ritmo de las olas. Todo a nuestro alrededor se volvió más brillante, las estrellas, el agua, la noche, como en una especie de hechizo que convirtió nuestra respiración en aire y nuestro cuerpo en puro fuego. La naturaleza, como único testigo, en una ceremonia ancestral dando su conformidad. Un ritual de apareamiento donde convertimos lo nuestro en infinito.

No sé ni cómo llegamos a la cama. Pero lo siguiente que recuerdo es estar allí tumbados, y aún con los últimos temblores que nos había provocado aquel brutal orgasmo seguimos insaciables. Nuestras bocas eran incapaces de separarse. Mis manos abarcaron su deseo de forma posesiva. Sentí cómo sus dedos, calmados pero con la presión exacta, me hacían retorcer de placer.

Abel parecía empeñado en la tarea de que en cada gemido gritara su nombre y que cada respiración emanara su esencia con caricias controladas para alargar las sensaciones. Estábamos de lado, con las piernas enlazadas y sin dejar de mirarnos. Los movimientos se volvieron lentos, suaves, prolongando el placer, sin querer terminar nunca, haciendo el amor con cada parte de nuestro cuerpo y nuestra alma.

—Te quiero por ser tan loca para querer soñar despierta —dijo apretándome contra él y alzando las caderas en una embestida que buscaba llegar lo más hondo posible y que repitió con cada frase—. Por querer sin miedo y sin límites. Por arriesgar sin arrepentimiento. Quiero que seas tan feliz que no sepas si vives o sueñas.

75
Vuelve

Abel

—¿Qué haces?

—Escribir nuestra historia. Charlotte lo comentó y al final me he decidido.

¿Te molesta?

—En absoluto. Pero me utilizarás igualmente de muso, ¿no?

Miro el reloj del portátil porque no tengo ni idea del tiempo que ha pasado desde esa conversación vía Skype. Son las cuatro de la madrugada, pero no tengo sueño. Llevo horas tecleando mi versión de nuestra historia y empiezo a saber por qué le gusta tanto escribir.

Hace casi un mes que volví a Barcelona y, aunque sé que irme fue la mejor decisión, la echo tanto de menos que me vuelvo algo insoportable, bueno..., bastante. Ni siquiera yo me aguanto.

Olivia nació al jueves siguiente y, claro, el viernes después de clase, Manuela cogió un vuelo para ver a Elsa y a su hija. Pasó el fin de semana conmigo, en casa, y se llevó una increíble sorpresa cuando vio que el cabecero de mi cama era la verja. Era una jugada arriesgada, pero con aquel simple gesto quería decirle que lo de mudarse conmigo iba en serio, claro que también podía entenderse como un claro chantaje. No obstante, cuando vi la emoción y cómo gritó al verla, me di una palmada en el hombro mentalmente por haber tenido la genialidad de llamar a Eric y contarle el significado de aquel amasijo de hierros para nosotros. Bajó aquel mismo viernes, y, mientras

Nerea estaba trabajando, hicimos la «mudanza». ¡Y por fin le dimos al cabecero el estreno que merecía! Sólo cogí aquello, el resto ya lo haríamos cuando Manuela regresara definitivamente, porque si algo tenía claro era que ella no deseaba volver a aquel piso, por mucho que le gustara. Sólo quería que algo tan simbólico para los dos estuviera esperándola, y hacer de mi hogar también el suyo.

El sábado fuimos a cenar con Ivet y Guillem, que nos contaron que se iban a vivir juntos y que empezaban a preparar la boda. De vuelta a casa, Manuela me contó que era uno de los miedos de Ivet, que como él ya había estado casado y le salió tan mal que no quisiera ni oír la palabra. Pero en aquel viaje a Japón habían hablado y se había dado cuenta de que Guillem estaba más que dispuesto a volver al altar si era con ella. Aunque de eso ya hace tres semanas. ¡Tres! Un putito calvario.

Lo bueno es que Adam hace unos días se fue a vivir con Judith, así que estaremos solos cuando Manuela vuelva para instalarse definitivamente conmigo. Ya ha hablado con Ingrid y su despacho la está esperando. Igual que yo.

Volviendo a aquellos últimos días, ¿dónde me quedé? Ah, sí. Bueno, paso de contaros los detalles porque sólo éramos dos personas disfrutando cada instante de estar juntos. Lo único que me queda por contar es mi conversación con Nerea.

—¿Qué quieres? No pienso darte otra oportunidad. —Se me escapó la risa al oír cómo me saludaba—. ¿De qué te ríes?

—¿Tienes tiempo?

—¿Para qué?

—Quiero comentarte un par de cosas.

—Pues date prisa, que mi novio —dijo resaltando la última palabra

creyendo que me afectaría— pasa a buscarme dentro de diez minutos.

—Sólo necesito dos. Por cierto, felicidades por tu novio. ¿Y ya conoce tu lado macabro y enfermizo? Ese que hizo que fueras tan retorcida como para dejarnos solos a ver si te ponía los cuernos.

—¿Me llamas para que me disculpe? —Sonó petulante.

—No, te llamo para decirte que me importa una mierda lo patética que es tu vida para jugar así con la gente, pero la artimaña te salió mal. Quiero que sepas que lo sé todo, cómo nos dejaste solos... y, la verdad, es tan retorcido que ni me esfuerzo en entenderlo. Sin embargo, me he dado cuenta de algo, tú seguías conmigo como venganza y yo seguía contigo sólo para estar cerca de ella.

—¿Qué dices?

—Que si a ti nunca te dije que te quería, con Manuela me faltan las horas. Estoy enamorado de ella —enfaticé la última frase— y estamos juntos. Quería que lo supieras por nosotros.

—Es sólo un capricho. Para los dos. Se os pasara en dos días —dijo insolente, pero, al fin y al cabo, nos conocíamos bien y sé que la noticia fue completamente inesperada para ella.

Ni me molesté en contestarle.

—Adiós, Nerea. —Colgué sin dejarle tiempo a la réplica.

No sabéis lo a gusto que me quedé, claro que duró poco, luego llegó Manuela, su prima la llamó y tuvimos nuestra primera pelea. Nunca la llamaría como a aquella maldita bruja, sólo era un «nena» cariñoso. Pero os juro que si para Manuela la palabra que menos le gusta es «efectivamente» porque le resulta chulesca; la mía es «NENA». Exterminada de mi diccionario. Nunca más.

Y llegó el día. Pasamos la noche sin dormir, como si así el amanecer no

llegara, pero lo hizo y yo lo maldije con todas mis fuerzas. A él y a mí.

«¿Por qué nos hice esto? Porque ella lo vale.»

La espera. El dolor de pelotas. Todo.

Claro que podía seguir en Whitstable, aunque me pasara la vida pagando los plazos de la puta tarjeta de crédito, habría merecido la pena. Pero, como le dije, era su viaje y quería que cerrara el ciclo. Antes de levantarnos y afrontar la jodida despedida, volví a buscar su cuerpo, y ella me atrajo con sus piernas incitadora, siempre receptiva. Al principio fue posesivo, amargo, con una fuerza descontrolada, pero luego nos fuimos calmando. Controlando las sensaciones, sin correr para llegar a la meta, al contrario. Despacio. Gozando de cada etapa. De cada caricia y cada beso. Maldita sensación de que nunca estaría suficientemente dentro. Suficientemente cerca. Nunca sería suficiente, en definitiva. Disfrutar al máximo de controlar ese deseo incontrolable. Hacerlo duradero, infinito. Y nos desintegramos poco a poco cuando se aferró a mí clavando los talones en mis nalgas, alzó las caderas y me arrastró consigo.

Cierro la tapa del portátil. Me tiento mandárselo, pero lo dejo para mañana. Prefiero darle una leída antes, y mejor cuando me sienta algo más despejado. Pero no dudo y cojo el móvil y le mando un mensaje:

No tienes ni idea de las ganas que tengo de
sucumbir a tus labios, de perder la cordura en tu
piel, de hundirme en ti y no salir jamás.

Manuela está metida de lleno con los exámenes y aún queda una semana como mínimo para que vuelva a casa, pero la mudanza ya ha empezado. El otro día llegaron dos cajas con toda su ropa de invierno.

Es jueves, son pasadas las siete de la tarde y hace sólo unos instantes le he mandado a Manuela el documento y estoy que me subo por las paredes de los nervios por saber qué le parece. Cuando veo su nombre y su foto en la pantalla, deslizo el dedo para contestar con una sonrisa de idiota en la cara.

—¿Qué es?

—Mi parte de la historia —respondo sonriendo.

—¿Tú versión sobre lo nuestro? —pregunta, y noto cómo su voz tiembla.

—Exacto. Dios, lo que daría por tenerte a mi lado. —Resoplo como un toro impotente y, después de unos instantes de silencio, le suplico—: Vuelve pronto.

Su risa se desliza en mi oído y me la imagino tan nítida como si la tuviera delante. Su respuesta hace que me ponga de pie y corra:

—Estoy en la puerta.

¡CRASH, BOOM, BANG!

No hay ningún final real. Sólo hay un punto en el que dejas de contar tu historia.

FRANK HERBERT

Agradecimientos

Tardé dos años en escribir esta historia y en el transcurso de ese tiempo llegaron a mí personas que han acogido a Manuela con un cariño que no sé cómo agradecer.

Un gracias enorme a mi querida Blas, Norma Estrella, por las horas compartidas, por tu paciencia y tu sabiduría.

A las madrinas de Manuela y Abel que después de tantas charlas los han convertido en reales. Gracias por el cariño infinito que nos habéis brindado (a ellos y a mí): Ester Cruz, Lara Díaz, Lorena Rivera, Tamara González y Yoli Calvo.

Un gracias de Óscar a Lorena Rivera por vestir (y maquillar) a los protagonistas.

A mi marido por la confianza absoluta que ha mostrado desde el minuto uno en que empecé con esta aventura. A mi familia por estar ahí.

A Esther Escoriza, quien ha confiado en esta historia para que hoy esté en vuestras manos.

Y, por último, a ti. Gracias por elegir *¡Crash, boom, bang!* para pasar un ratito de tu vida. Espero que lo hayas disfrutado.

Biografía



Dona Ter nació en el año 1981 en un pueblo montañoso de la provincia de Girona. Aunque estudió una rama de medicina, actualmente se mueve en el sector de la informática. Ha vivido en diferentes sitios, desde el Pirineo catalán hasta la costa gallega, donde reside actualmente.

Es una lectora compulsiva y, aunque siempre le ha gustado escribir, no fue hasta el año 2014 que decidió emprender la aventura de dar forma a una novela y autopublicarla. Con *¡Crash, boom, bang!*

salta al mundo editorial.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

donater.info

Referencias a las canciones

- Nuvole bianche*, Decca Music Group Limited, interpretada por Ludovico Einaudi. (N. de la e.)
- Big Girls Cry*, Monkey Puzzle Records, under exclusive license to RCA Records, interpretada por Sia. (N. de la e.)
- My Universe*, Decca, interpretada por The Shires. (N. de la e.)
- Heart's Content*, Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Brandi Carlile. (N. de la e.)
- You're Beautiful*, WEA International, Inc., interpretada por James Blunt. (N. de la e.)
- Spirit Cold*, At the Harm Farm Music, interpretada por Tall Heights. (N. de la e.)
- Summer Guest*, One Little Indian Records, interpretada por Ásgeir. (N. de la e.)
- It's Too Late*, Ode Records, interpretada por Carole King. (N. de la e.)
- Noches de bohemia*, Parlophone Music Spain, interpretada por Navajita Plateá. (N. de la e.)
- Agua*, Parlophone Music Spain, interpretada por Jarabe de Palo. (N. de la e.)
- Wake Me Up*, Tower Window Records, Inc., interpretada por Aloe Blacc. (N. de la e.)
- Algo contigo*, Universal Music Spain, S. L. (Vale Music) España, interpretada por Rosario. (N. de la e.)
- Pilgrims on a Long Journey*, Dare To Care Records, interpretada por Cœur de Pirate. (N. de la e.)
- Believe*, Warner Music UK Ltd., interpretada por Cher. (N. de la e.)

Human, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Rag'n'Bone Man. (N. de la e.)

Here with Me, Sony BMG Music Entertainment (UK) Limited, interpretada por Dido. (N. de la e.)

Harder to Lie, Sweetworld, interpretada por David Ramírez. (N. de la e.)

Mamma Mia, Polar Music International AB, interpretada por ABBA. (N. de la e.)

Cuánto me duele, Universal Music Spain, S. L., interpretada por Morat. (N. de la e.)

To Be with You, Rhino UK, a division of Warner Music UK Ltd., interpretada por Mr. Big. (N. de la e.)

The Other Woman, Birdy Music, interpretada por Nina Simone. (N. de la e.)

My Sweet Song, T Killa Music, interpretada por Toby Lightman. (N. de la e.)

If I Go, Virgin Records, Ltd., interpretada por Ella Eyre. (N. de la e.)

Impossible, Simco Limited under exclusive license to Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por James Arthur. (N. de la e.)

Lost on You, LP under exclusive license to BMG Rights Management (US) LLC d/b/a Vagrant Records, interpretada por LP. (N. de la e.)

Heartbeats, Imperial Recordings, interpretada por José González. (N. de la e.)

Let It All Go, Jasmine Van Den Bogaerde under exclusive licence to Warner Music UK Limited, interpretada por Birdy + Rhodes. (N. de la e.)

Si nos dejan, Warner Music Benelux, S.A., a Warner Music Group Company, under exclusive arrangement with Jason Recording System Ltd., interpretada por Luis Miguel. (N. de la e.)

Sin miedo, Warner Music Spain, S. L., interpretada por Rosana. (N. de la e.)

Who You Love, Columbia Records, interpretada por John Mayer y Katy Perry. (N. de la e.)

Made to Love You, Dan Owen, interpretada por Dan Owen. (N. de la e.)

Secrets, Angelin Sofia Vacheron, interpretada por One Republic. (N. de la e.)

The Sound of Silence, Sony BMG Music Entertainment, interpretada por

Simon & Garfunkel. (*N. de la e.*)

Tonight, None, interpretada por Secret Nation. (*N. de la e.*)

Always, UMG Recordings, Inc., interpretada por Bon Jovi. (*N. de la e.*)

Skin, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Rag'n'Bone Man. (*N. de la e.*)

La bella y la bestia, Disney Enterprises, Inc., interpretada por María Caneda. (*N. de la e.*)

Single for the Summer, UMG Recordings, Inc., interpretada por Sam Hunt. (*N. de la e.*)

First Time, Geffen Records, interpretada por Lifehouse. (*N. de la e.*)

Sorry Seems to Be the Hardest Word, Parlophone Records Ltd. / Capitol Records, Inc., interpretada por Joe Cocker. (*N. de la e.*)

C'est la Vie, Universal Music Canada, Inc., interpretada por Bobby Bazini. (*N. de la e.*)

The Only One, Atlantic Records UK, a Warner Music Group Company, interpretada por James Blunt. (*N. de la e.*)

The Best, Parlophone Records Ltd., interpretada por Tina Turner. (*N. de la e.*)

Vivo cantando, Belter, interpretada por Salomé. (*N. de la e.*)

Take Me to Church, Rubyworks Limited, under assignment to Island Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Hozier. (*N. de la e.*)

Stay with Me, Capitol Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Sam Smith. (*N. de la e.*)

¡Crash, boom, bang!

Dona Ter

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Dona Ter, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20706-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



DONA TER



*Crash
Boom
Bang*

zafiro♥